3 1761 07970801 2

PURCHASED FOR THE

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

FROM THE

CANADA COUNCIL SPECIAL GRANT

FOR

LATIN AMERICAN STUDIES

NOSOTROS

Nosotros

Revista Mensual de Literatura - Historia - Arte - Filosofía

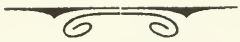
Aparece en la primera quincena de cada mes

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

Vol. 1

AÑO I — TOMO I



BUENOS AIRES

1907 — 08

KRAUS REPRINT
Nendeln/Liechtenstein
1968

LIBRARY
APR 1 1 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

AP
63
N6
t.1-2

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden

NOSOTROS

PRESENTACIÓN

La revista ya lleva en su título una rotunda afirmación de sí misma. Acaso ese título, como toda altivez juvenil, aun pueda parecer algo petulante. Porque es en efecto Nosotros una revista de jóvenes, y como tal se presenta armada de aquel ardimiento que una esperanza todavía no decepcionada presupone.

No sabemos si ella viene ó no á llenar un vacío. El éxito que obtenga lo dirá. Pero, de todos modos, siempre ha de marcar alguna huella. Lo espera, aún más, lo pretende, pues que, cumpliendo rectamente su programa, que es el de tenerse apartada de todo lo burdo, de todo lo vulgar, de todo lo manoseado, no ha de ser ineficaz la contribución que aporte, por poca que sea, al adelanto de las altas actividades del espíritu entre nosotros. Bueno es arrojar la simiente. Ya fructificará algún día.

Sus aspiraciones no tienen un límite prefijado. Ellas tomarán sin duda una mayor amplitud, á medida que la revista avance en su camino. Más alto se sube, más el horizonte de uno se ensancha.

Esta revista no será excluyente. No desdeñará las firmas desconocidas. Si lo hiciere, renegaría de este su origen, humilde como el lector vé. Todo aquello que bien pensado y galanamen-

te escrito á sus puertas se presentare, recibirá una afable acogida. Ningún otro anhelo anima á sus directores que el de poner en comunión en sus páginas, las viejas firmas consagradas con las nuevas ya conocidas y con aquellas de los que surgen ó han de surgir. Siempre que lograra revelar á algún joven, ya podría esta revista vanagloriarse de su eficacia. Y si estas aspiraciones pudiesen salvar las fronteras de la patria y extenderse á toda la América latina, mejor aún. Nada de más urgente necesidad que la creación de sólidos vínculos entre los aislados centros intelectuales sudamericanos.

Sonrían los descreídos. Salmodien una vez más su repetida pregunta: «¿para qué sirve eso?» El arte, en toda su aparente inutilidad, pasa sencillo, sonriente, en marcha hacia el cumplimiento de los altos fines que persigue, sin cuidarse de aquellos que desde las tinieblas le arrojan piedras.

La Dirección.

INTRODUCCIÓN Á "NOSOTROS"

POR

ROBERTO J. PAYRÓ (1)

Cuenta un prodigioso narrador en un cuento bíblico, que habiendo matado á su mujer por adúltera, Eliasçam hijo de Ghoni, fué llevado á los jueces para que deliberasen sobre su culpa delante del pueblo. Dos eran los jueces, ambos viejos como dos viejos cedros. Ambos tenían barbas canas y largas, pesadas

---

(1) Conocidos son en cierto círculo intelectual varios fragmentos de una novela que anunciara Roberto Payró hace ya muchos años, con el mismo título de esta revista. Este título alguien nos lo sugirió; pero cuando conocimos su procedencia no dudosa, tuvimos justos escrúpulos de adoptarlo, no habiendo aun sido lanzada á la publicidad esa novela. Consultamos el caso con el mismo Payró. Le propusimos una transacción, que—dicho sea con toda sinceridad—nos convenía. «Dénos usted el primer capítulo de la novela, le dijimos, y nosotros explicaremos la procedencia del título de esta revista.» Era justo. Payró, benévolo como siempre, sonrió con indulgencia y cedió.

La novela de la cual publicamos en este número una parte del primer capítulo, Payró la viene acariciando en su mente desde muchos años atrás. Sin embargo la misma magnitud de la visión que de ella tuvo en principio, le ha impedido hasta ahora darle forma definitiva. Pero, reduciendo su plan primitivo, modificándolo como piensa hacerlo, acaso no tarde esta novela en salir. Así por lo menos lo espera su autor.

No nos corresponde aquí hablar de ella. Como toda la obra de Payró—obra genuinamente nacional como lo atestiguan *La Australia Argentina*, y los cuentos de Pago Chico, y *Sobre las ruinas*, y *El*

de respetos, y ojos profundos, de varones que ven la verdad. El uno condenó al matador, el otro le absolvió. El pueblo alzó su enorme clamor. Y una voz fuerte pidió que para decidir la verdadera justicia, se juzgasen á sí mismos mostrando sus vidas, diciendo el secreto de su sangre y de su alma.

Quien había absuelto era Gedeón, profeta, hijo de Johas Abihezerita; hombre de bondad, escogido por los hombres, con ciento treinta años sobre sus lomos; vigoroso aun por la virtud de Dios. El dijo cómo había pasado su juventud en Hophra, y cómo cuando había en él despertado el amor, á los quince años sacrificó gloriosamente su virginidad por la virgen Nazerath, hija de Maslonn. Después usó de la lanza y la espada combatiendo en los combates de los justos: degolló capitanes y reyes: se reprodujo en innumerables vientres: hizo hijos; y así pudo llegar á vestir el lino blanco de los patriarcas, y á reposar, anciano de bien, después de cumplida su misión de varón.

El viejo juez que había condenado se levantó á su vez, y delante de la muchedumbre silenciosa, habló el secreto de su existencia.

Dijo que había nacido bajo una higuera cerca de Gaza. A los quince años le había vestido su madre de lino blanco, y consagrado á la virginidad. Creció en el aborrecimiento del amor, y miraba la fecundación como un hecho de espanto. La mujer inspirábale desdén y horror: y su virginidad habíase conservado hasta la llegada del invierno de la vida. Era así anciano sin descendientes, cuya simiente había sido ahorrada y perdida sobre

---

casamiento de Laucha—es una novela fuerte, sincera, que suple los vanos aristocratismos de forma por un concepto vigoroso y fecundo. Por eso, por lo que ha de representar en nuestras letras esta novela en cuanto aparezca, no hemos titubeado—apartándonos algo de nuestro propósito de no publicar sino páginas inéditas—de hacer preceder el fragmento que de ella insertamos, por un artículo que á su respecto escribiera Darío en 1896 en *La Nación*. Es una página que, desconocida para los más y olvidada seguramente por los que tuvieron ocasión de leerla, bien merece, como todo lo de Darío, retener por un instante la atención del lector. Además, contiene enseñanzas que si bien ya dichas en 1896, nadie negará que es conveniente repetirlas en 1907.

N. de la D.

la faz de la tierra. «He ahí porque, obedeciendo á su corazón» había condenado á muerte al acusado.

«¡A muerte!» respondió un inmenso eco. Muerte á tí, juez, pues eres tú quien ha juzgado mal.

Los cinco mil brazos del pueblo tendieron un solo puño. Ese puño terrible amarró al juez contra un árbol; y era la ligadura tan fuerte, que las uñas de su nodriza se hubieran roto al querer libertarlo.

Se puso en libertad á Eliasçam.

«Después, se precipitaron los soldados, el arco tendido con sus flechas, y el sol se infló, sopló su fuego como un torrente rojo. Entonces las mujeres vinieron. Descabelladas, delirantes, los senos agitados por gritos ardientes; hasta la noche estuvieron alrededor del árbol; insultaron con sus burlas al hombre de corazón muerto, al casto que negaba el amor. Y las vírgenes despreciadas le cubrieron de lodo y los niños que él detestaba, le lapidaban; mientras que erizados de lanzas, llegados como el viento llega, espantables hombres á caballo detenían su galope bajo el árbol, destrozaban al juez, golpeaban su sexo inútil!»

Ese cuento de D'Esparbes ha venido á mi memoria, mi querido Roberto Payró, cuando he visto más bien que adivinado el noble impulso que te ha llevado á escribir tu libro NOSOTROS: pues tu libro es ante todo una protesta que quieres hacer contra los infecundos é impotentes, en este tiempo en que en todas partes, y en nuestra América sobre todo, se necesitan los fecundadores de almas, los trabajadores, los vigorosos hacedores de hijos intelectuales.

Si el ambiente no te es propicio como á todos los que tenemos nuestras barcas en la Estigia de tinta de la prensa, no por eso te has acobardado, y has podido, en medio de tus tareas psicomecánicas del diario, trazarte tu plan intelectual y poner á disciplina tu pensamiento para la realización de obras de verdad, de bien y de belleza.

De tus primeros libros de juventud no te diré sino que ellos daban á entender claramente las vías que con el tiempo había de seguir tu producción. Por cierto que en tendencias artísticas y en ideales has cambiado mucho. No te felicitaré por la pérdida de tu frescura primitiva; pero ella debía desaparecer para dar paso

á un vigor saludable y viril, y lo que has perdido en amables ensueños lo has ganado en conocimiento de los hombres y de las cosas del mundo.

Tú sabes de las luchas del hombre de letras, en todos lugares atroz y martirizadora, pero en ninguna parte como en estas sociedades de la América Latina, donde el alma anda aún á tientas y la especulación del intelecto casi no tiene cabida. Has tenido un buen campo de experiencia y ese es el diario. ¡El diario! Yo le oigo maldecir y sé que se le pinta como la galera de los intelectuales, como el presidio de los literatos, como la tumba de los poetas. Y es á mi ver injusto de toda injusticia ese cargo. Pues si el trabajo continuado sobre asuntos diversos no nos hace ágiles y flexibles en el pensar y en el decir, ¿qué nos hará entonces?

Los inútiles y los lechuguinos de las frases, los peluqueros de la literatura, los «incomprendidos», los almidonados, teman al diario. Los que aman el hervor continuo de los pensamientos no le temen; los que sienten llamear un deseo de fructificación y de parto, un ansia de elevación sobre las muchedumbres, ó una consagración á un ideal, no le temen.

Antes bien miran en él el campo de batalla.

Y no es por cierto sino saludable su ejercicio y su frecuencia. No mueren las ideas porque tengamos que escribir del hecho común ó que comentar el suceso de ayer; nacen las ideas por eso mismo. Luego vienen las correlaciones extrañas, el secreto de las cosas, las simpatías inexplicables, la amistad con el utensilio —así el amor á la pluma y al papel—y la voz pausada y cadenciosa de la máquina, que anuncia su diaria preñez.

Bendita sea esa voz que nos habla de trabajar y fecundar. A tí, como á tantos otros, te ha arrullado como la voz de una nodriza. Sin esas gimnasias de la prensa, tu idea no habría tenido nunca músculos.

No habrías podido anhelar lo que hoy estás en vías de conseguir. No habrías podido conocer el medio en que vives, ni el mecanismo social de tu patria, ni esta actual gestación, ni soñar con la visión de tan glorioso y luminoso porvenir.

Escribir un libro que contenga la condensación del ser de tu tierra, un libro al par de sociología y de literatura, de estadísti-

ca y de poesía, mezcla de todo y reflexión de todo; meter la Argentina en un libro tarea es de dar temor. No hay un libro que contenga la Argentina. Yo te diré de mí, que cuando quiero confundirme con el espíritu de esta gran nación, me relaciono con el *Facundo* de Sarmiento, con *Martín Fierro;* leo los versos de Obligado ó los libros de González, y decoro también las saludables y ásperas verdades de Groussac.

Intentas encerrar en tu libro á Buenos Aires. Tarea es. No conozco tampoco libro que la contenga. No cuento con lo antiguo. No me refiero sino á este Buenos Aires modernísimo, cosmopolita y enorme, en grandeza creciente, lleno de fuerzas, vicios y virtudes, culto y políglota, mitad trabajador, mitad muelle y sibarita, más europeo que americano, por no decir todo europeo. A mi memoria vienen á este respecto algunos nombres: Cambaceres, Juan Argerich, el autor de *¿Inocentes ó culpables?*, Miró con su *Bolsa*, y Sicardi con sus libros extraños. ¿Citaré al celebérrimo López Bago? Todos han pintado lados parciales. Y luego no vas á hacer una novela. La parte que conozco de tu obra, por más que parezca el comienzo de una novela, no tiene de ella sino el diálogo.

Nosotros... ¿Y qué vas á hacer, he exclamado, ¡oh escritor atrevido? ¿Vas á hablar con entera franqueza de las cosas buenas y malas que hay en tu propia casa? De las buenas, pase: pero de las malas ¿cómo vas á hablar? ¿Quieres fecundar tu conciencia? ¿Quieres apostolizar ó redimir? Tienes buen seso para saber ya que esas siembras no dan sino cosechas de espinas.

Tú lo arrostras todo. Te caparazonas de audacia y vas adelante. ¿Estilo? Un día me dijiste: «Soy un periodista, he abandonado por completo toda preocupación literaria.»

Pero desmientes en hermosas partes de este libro tu propósito. La psicología de Buenos Aires hecha entre personajes excelentemente encarnados, he ahí lo que he visto yo.

Y la sugestión de Zola en descripciones minuciosas y bien ajustadas y elegantes.

Sí, eres un periodista; ¿pero quita eso ser un escritor? No es obra de un inmenso, de un colosal repórter esa *Roma* de Zola que estás aún traduciendo para *La Nación?* ¿Zola no nos demuestra que Homero hace competencia á Baedeker?

Para este libro has hecho, según entiendo, varios planos; al par del plano urbano, has puesto un plano moral, un plano intelectual y un plano político y administrativo. Y en ellos has ido estudiando parte por parte, acumulando observaciones, marcando detalles. Te sabes tu Buenos Aires de memoria. Lo has auscultado: le conoces cerebro, ojos, lengua, corazón, vientre y sexo, vigores y enfermedades.

De todo eso nos hablas con franqueza y dureza; pero esta dureza es de amor á esta querida y bella enemiga. De todo tratas desde la estadística hasta la lírica. No me extraña, pues eres uno de los periodistas más completos que yo haya conocido. Enciclopédicamente atrevido, te he visto cómo entiendes desde los partes de policía hasta los editoriales de *La Prensa* y algunos versos mios, que dicen por ahí que no se entienden.

Y así, con constancia, dando tiempo al tiempo, y preparando tus materiales para lo futuro, has concluído la primera parte de NOSOTROS.

Dios te ayude, y te ha de ayudar, puesto que tú te ayudas bravamente. Y pronto veamos la tarea completa en su fin digno.

Y cuando seas juez, bajo tu árbol, podrás juzgar sin peligro de que el pueblo te lapide; sin que se te señale con oprobio como á inútil é infecundo: «No, podrás decir, no puedo ser lapidado y amarrado al árbol, ni herido por las lanzas de los caballeros fuertes, ni vejado por las mujeres, como el juez del cuento bíblico. Mal ó bien, he crecido, al impulso de mis propias fuerzas. He trabajado en el rudo trabajo; y mi pensamiento no ha guardado la castidad de los impolutos: se ha manchado de tinta, y ha engendrado.»

RUBÉN DARÍO.

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

Hacía una semana que me hallaba en Buenos Aires, después de catorce años de destierro en la campaña, y la había ocupado en visitar antiguas relaciones anunciándoles mi próximo viaje á Europa, cuando después de un ligero almuerzo, me propuse firmemente buscar á Lové, sin descansar hasta encontrarlo, pues me urgía reanudar nuestra vieja amistad, y escapar á la trivialidad que me rodeaba desde que puse el pie en las calles de mi vieja capital.

Las guías me habían hecho andar de un lado á otro sin éxito alguno, y los informes de criados y porteros, sólo habían servido para aumentar mi confusión y mi impaciencia.

Subí á mi cuarto de l'Universelle, silenciosa en aquel momento, pues casi todos sus habitantes de paso, tan quietos y circunspectos por lo general, habían salido á almorzar; y mientras me cambiaba ropa formaba mi plan de campaña: ir á ver á Gargol, asociarlo á mi pesquisa, ó por lo menos exigirle que me dirigiera, y luego no perder un minuto.

¡Cómo había cambiado Buenos Aires! Catorce años atrás la gente parecía vivir en público, todo el mundo se saludaba, cualquiera nos informaba de lo que queríamos saber. Mientras que ahora las calles eran una baraunda infernal que me mareaba y me ensordecía, no tropezaba con conocido alguno, las viejas casas se habían ido ó estaban por irse, y había menos luz, y menos aire; los altos edificios me sofocaban, los relumbrantes escaparates me sorprendían, y el lujo y la elegancia, y el tráfico, el

atropellamiento de gentes á pie, de tranvías, de carros, de carruajes, de caballos, me hacían pensar en que ésta no era mi ciudad, que acababa de llegar equivocadamente á otro punto del universo. Sin embargo, había seguido en los diarios la marcha ascendente de Buenos Aires, sus progresos rápidos, la sorprendente cifra de su población duplicada en tan corto espacio; pero la prensa, aunque me dejara incrédulo ante sus bombásticos datos, no me había dado, en suma, sino un pálido reflejo de la realidad. Incómodo y desmañado en las calles rebosantes de gente, pedí un coche para ir en busca de Gargol, á quien encontré en la redacción. Nos habíamos visto ya, á mi llegada, que anunció con un sueltito muy amable en la sección Vida Social:

«Tenemos el gusto de saber que ha llegado á esta capital, después de catorce años de ausencia y de paso para Europa, adonde va en viaje de placer, el distinguido hacendado don José Inciente, que tan estrechamente ligado está á nuestras viejas familias patricias. Le enviamos nuestro cordial *shake-hand.*»

No cito en vano el suelto, que me divirtió por lo de «distinguido hacendado» y su forma artificial. Pero Gargol no sabía, en mi primer visita, las señas de Lové.

—¿Cómo hacen ustedes los periodistas para encontrar á un hombre?—le pregunté después de saludarlo.

—Santa Fé, número..... tantos,—me contestó.

Y notando mi sorpresa:

—Ha estado aquí,—añadió,—á preguntarme tus señas, que no me habías dejado, y me dió las suyas por si te volvía á ver. Lo informó de tu llegada el suelto de Vida Social. Ya ves: *à quelque chose malheur est bon.*

Gargol tenía debilidad por el francés, con que salpicaba casi todas sus frases, castellanizando palabras también, aunque hablara con su cocinera. Cuando se le observaba esa costumbre, no dejaba de contestar riendo:

—Eso me *posa.* Y los tontos se quedan *abasurdidos.*

Conseguido tan fácilmente el triunfo, dejé á Gargol y me lancé en busca de mi amigo. No había visitado aún aquella parte de la ciudad, y en el trayecto quedé admirado de su transformación. Buenos Aires se había extendido hacia el poniente, como otras muchas grandes ciudades, y desde Callao, á ambos lados de la

calle Santa Fé que se ensancha y se alegra, se suceden las hermosas casas, los pequeños palacios con jardines, mientras que las vías que corta perpendicularmente conservan cierto sello de tristeza pobre, y las casuchas contiguas provocan recuerdos que se creerían desvanecidos para siempre. Aquí había un cerco de pita, allá un pantano, más lejos un rancho de paja y barro, éste palacio era un potrero, aquella casa un huerto... De Florida á Palermo se puede llegar sin una solución de continuidad en la edificación intensiva; hasta entre los pocos jardines que restan, hay algunos cuyas tapias están señaladas por las rayas blancas ó negras que los fraccionan para la venta. Entonces me asaltó la idea de que ya los pobres no vivirían tan á sus anchas en Buenos Aires.

Lové me recibió con júbilo, es la palabra. Hacía mucho tiempo que no teníamos noticias uno de otro, con el odio común á las frases de fórmula, comprendiendo que no podíamos hacer de cada carta un libro. Pero la estrechísima amistad que nos unía continuaba como en los hermosos días de la niñez y la primera juventud. Me había buscado en todos los hoteles de importancia, pero no pensó en que pudiera haberme alojado en una casa amueblada.

—Y ahora te vas á venir á casa,—me dijo con su criollismo crónico é incurable. No quiero que te me perdás.

Mi proyecto de ir á Europa le había extrañado. No comprendía el afán de lanzarse al viejo mundo apenas se tenía con que hacerlo, y sin conocer siquiera el propio país; por negocios, perfectísimamente; pero hacerlo por placer, cuando se ignoraba lo que ocurría y lo que había en la tierra natal, le parecía lo mismo que preocuparse de la casa del prójimo sin atender la propia.

—Vos visitarías todo lo interesante, irías con el propósito de observar, de aprender, harías estudios objetivos; ya sé. Pero ¿qué contestarías si allá te pidieran detalles sobre tu país? Y ¿qué aplicación tendrían tus observaciones, si no sabés lo que hay que modificar, corregir, perfeccionar ó crear en nuestra tierra?..... Sos rico, sos joven; empezá por el principio; estudiános y estudiáte antes de irte al extranjero.

Me reí. ¿Acaso aquello podía ser interesante? ¿No sabía cuanto había que saber? Bien me informaban los libros y dia-

rios de lo que era la Argentina, y no contestaría disparates á los que me preguntaran por allá, ni en cuanto á política, ni en cuanto á comercio, ni en cuanto á costumbres. Pero él protestó:

—No es lo mismo. Si fuera lo mismo ¿para qué te vas á Europa, entonces? Podés leer libros y diarios, mejores y más. Pero es que hay que ver con los mismos ojos de uno. Yo no he encontrado en ningún libro lo que he visto viajando; por lo menos no lo he comprendido tan bien. Mirá: en aquel mapa están señalados con tiza azul todos los que he hecho. Buena madeja ¿eh? Tucumán y Santiago del Estero por un lado; Bahía Blanca y la Pampa Central por otro; Mendoza por el de más allá; Córdoba en el medio, y luego Entre Ríos y Santa Fé y Corrientes, y el Chaco, y el Bermejo. Fijáte: hasta Corumbá, en el Matto Grosso, y Santiago y Valparaíso en Chile, y Montevideo, y el Salto y Santa Rosa. Mirá por el Uruguay.....

Y siguió relatándome su vida de ardilla, cuándo y cómo había estado en cada punto, su firme intención de visitar el país entero antes de llegar á viejo, su orgullosa satisfacción de haber observado, de haber visto, de saber.

—Podría escribir un libro, un libro nuevo é interesante, lleno de cosas que los demás desdeñan, pero que constituyen nuestra originalidad. Algunas veces me han dado tentaciones. Después lo he dejado. ¿Para qué? Malgastaría el tema, haría un soporífero, no sabría cómo describir las cosas. Pero ¡caramba! Vos no te podés ir sin ver. Tenés que hacer como yo. Si querés, recorreremos juntos las provincias que me faltan: San Luis, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy..... Te aseguro que merece la pena. Saliendo de Buenos Aires, visitando las capitales, se vuelve con una idea nueva, pero nueva de lo que es la República Argentina. Se vé y se toca un límite que parece material.

Le contesté sonriendo que mi viaje estaba decidido, que hasta «la prensa» se había ocupado de él y que no me echaría atrás. Pero él insistió. Era necesario saber la posición moral, intelectual y económica que Buenos Aires ocupaba en el país; éste no formaba un todo homogéneo como parecía generalmente, por el contrario, mediaban diferencias capitales entre provinvia y provincia; la característica de cada una estaba perfectamente diseñada, pero en las vecinas había tal semejanza que

era necesario observar muy sagazmente para deslindarla, mientras que en las lejanas, en Mendoza, en Corrientes, en Santiago, saltaban á la vista del menos perspicaz. Y, cosa natural, pero que causaba extrañeza. Buenos Aires, la capital, no se repetía en ninguna otra de las ciudades argentinas, mientras que Buenos Aires, la provincia, sólo tenía puntos de contacto con Santa Fé y Entre Ríos, sobre todo con la primera. Mendoza se parecía más á los del otro lado, á los chilenos, aunque fuera modificándose rápidamente, desde que el ferrocarril la aproximó al Río de la Plata; Tucumán se acercaba á Córdoba, aunque la industria la mueva más; Córdoba continuaba siendo española, conventual, tan conventual como la triste Santa Fé, estrechada y carcomida por las aguas; el Rosario era una calle Rivadavia extendida en todas direcciones.....

Y continuó largo rato esponiéndome la síntesis de sus observaciones, para terminar exclamando:

—¡Qué querés! Cualquiera de las provincias cuando recién la veo, me hace el efecto de un país extranjero, y muchas veces me he dicho que según el concepto que los nacidos aquí tenemos de la república desde chicos, ésta se acabaría en los límites de la provincia de Buenos Aires.

—¡Siempre porteño! exclamé.

—¡Al revés! me contestó. Tengo ideas más amplias. Quisiera que el país fuese completamente homogéneo, por lo menos en el adelanto y la riqueza, tomando, naturalmente, como molde á Buenos Aires. Me gusta haber nacido aquí, como te gustará á vos también, pero no tendría inconveniente en hacerme cordobés en Córdoba ó jujeño en Jujuy, para esforzarme porque adelantaran.

—¿Tenés el carruaje á la puerta? ¿Sí? pues entonces vamos á buscar tu equipaje, y nos venimos. Yo estoy solo, la casa es grande, iremos á comer al centro, donde se nos antoje, como hago todos los días, y estaremos tan á gusto como es posible. Pero desde ya te aseguro que no te suelto.

Salimos juntos, pues no había medio de escapar á su agasajo, y al fin y al cabo mejor estaría en su casa que en la posada, por buena que ésta fuera. Ya en el carruaje, le pregunté con curiosidad si en Buenos Aires todos hablaban como él; yo había tra-

tado de mejorar la manera de expresarme, huyendo lo más posible de los argentinismos, buscando la corrección, y me sorprendía que Lové no hubiera hecho lo propio.

—Eso es según. Algunos hablan estudiadamente, pero hasta á esos mismos suelen escapárseles los *vos*, los *ché*, con toda la retahila. Los más siguen como antes, y la conversación resulta más enérgica y pintoresca.

—Sin embargo, hoy se escribe bastante bien, los diarios mismos parecen cuidar la corrección del lenguaje.

—Ahí verás. Es que todos saben y ninguno quiere, por temor de parecer afectado. Ya te mostraré algunos que lo hacen. Otros, cuando leen, pronuncian la c y la z; pero en el trato corriente ¡qué esperanza! los amigos se reirían. Es una preocupación, pero que algo bueno tiene, porque sirve para caracterizarnos. Y después ¡hay cosas tan expresivas! *Desde ya*, por desde ahora, es más perentorio; el *ya*, seco, da á la frase una energía imperativa magnífica. *Recién*, por hace un momento, da la idea de algo tan inmediato, tan cercano, que causa pena no usarlo cuando se escribe. Hay otros argentinismos sonsos, pero muchos son lo más pintorescos.

Seguimos en amena conversación, contándonos nuestra vida pasada, trabajos, esperanzas, desengaños, mi deseo de descansar y distraerme después de tanto tiempo de soledad y de tristeza, su entusiasmo por América que quería recorrer toda, después de visitar su tierra sin olvidar un rincón, y cuyo porvenir veía estupendo, insospechado, soñando en un apogeo fenomenal de los Estados Unidos, y en un progreso vertiginoso para Sud América, sobre todo en la zona templada, que tendría en poco tiempo un comercio incalculable, trocando sus productos con el mundo entero, una industria colosal, porque tenía en su seno todas las materias primas, y hasta un arte y una literatura. Y Buenos Aires triunfaba, Buenos Aires iba á la cabeza de todas las capitales sudamericanas, más que hoy, mucho más, realizando el grito de orgullo de los viejos que la llamaron Atenas.

Nada lo interrumpió: ni la llegada á l'Universelle, ni el trastorno de la mudanza, ni el arreglo de cuentas. Seguía entonando su himno á nuestra tierra americana: la más joven, la más rica, virgen aún, pero de una maternidad portentosa, que sólo espe-

raba ser fecundada para asombrar al mundo con su florecimiento. Todo estaba decrépito, menos ella, apenas llegada á la pubertad; Europa, perdida la cabeza, con arrebatos seniles, lanzábase á aventuras deplorables, Italia en Africa, España en Cuba, por usurpar ó conservar lo usurpado; y Alemania y Francia, y todas las viejas naciones echaban sobre sus hombros cargas superiores á sus fuerzas, y el continente entero parecía estar en la tremenda oscilación del principio del fin.

Nosotros alcanzaríamos á ver muchas cosas todavía; quizás asistiéramos al gran triunfo, si, enloquecida del todo, Europa se lanzaba á la guerra. Pero eso no sucedería, salvo un acontecimiento excepcional é imprevisto que estallara como una bomba.

—¡Los centenarios no se suicidan! exclamó.

(Concluirá).

ROBERTO J. PAYRÓ.

HISTORIOGRAFÍA ROMANA [1]

Durante el Renacimiento los historiadores romanos fueron leídos y estudiados en Italia con el mismo sentimiento de devoción con que un creyente lee los evangelios, y es que la antigua gloria romana se consideraba como nacional. Eran italianos los que habían conquistado el mundo: levantar dudas sobre una relación de Livio, de Salustio ó de Tácito era atentar contra la patria.

Como Bossuet meditaba sobre los Evangelios, Maquiavelo meditó sobre Livio, prestándole toda aquella sabiduría política que hacía maravillar á Napoleón, para quien no había libro comparable con los discursos del secretario florentino sobre las décadas del historiador paduano. Era sobreabundancia de devoción, y no, falta de crítica.

El siglo de la erudición fué para Italia el XVIII. El criterio histórico se hace en él más independiente. Pero es natural que tan sólo en Alemania, que debe á los latinos su civilización, sin participar de su gloria, podía surgir quien leyera en la historia de Roma con ojo desinteresado; en Alemania, á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, cuando aun el espíritu nacional no

(1) A propósito de los dos primeros volúmenes de la *Storia dei Romani* por G. de Sanctis, últimamente aparecida.

existía, que más tarde ese espíritu hizo considerar como prueba de patriotismo el odio á Roma.

El que llevó á cabo una revolución en la historia romana fué Niebuhr, cuya obra (Römische Geschichte) apareció en 1811. Antes de él, ya habíanse publicado obras que no han perdido todavía su valor. El período tratado con preferencia fué el del imperio : baste con citar la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano* por Gibbon, publicada en 1776. El material para el estudio de este período ya había sido reunido y ordenado por Muratori. También, ya desde 1738, habían sido puestas de relieve por Luis de Beaufort las incertidumbres y contradicciones que presentan los cinco primeros siglos de la historia romana. Ni se puede tampoco pasar en silencio á Vico, precursor universal.

Con Niebuhr, sin embargo, comienza la moderna historiografía romana, cultivada sobre todo en Inglaterra y Alemania. Descartando las monografías innumerables, las biografías diligentes, y todos los autores que pisaron las huellas de Niebuhr, merece ser citada aparte la historia por biografías de Drumann, en la que si abundan la erudición y la penetración, desearíase sin embargo mayor imparcialidad.

Baste decir que pareció demasiado audaz al mismo Mommsen.

Mientras tanto se volvió á repasar todo el material, á ilustrar todos los puntos oscuros, y á tratar separadamente todas las cuestiones. Entre los italianos merecen ser citados sobre los demás, Rafael Borghesi, que estudió los nuevos fragmentos de los fastos capitolinos, Garzelli, que ilustró las condiciones de Italia bajo el imperio (1833), Micali, que se ocupó de la Italia antigua (1810), y mil más.

No bastando ya los manuales de Goldsmith, de Gilliers, etc., aparecieron otros muchos para las escuelas, cuando en 1855, á satisfacer el deseo de una relación detallada, vino la historia romana de Mommsen, que tuvo una aceptación que acaso el mismo autor no esperaba.

La erudición de Mommsen era inmensa sin duda, habiendo sido puesta de relieve con rara competencia por Coen, en un estudio publicado en la *Nuova Antologia*.

Hablar ahora de ella sería llevar vasos á Samos ; pero lo que

no afirmaría es que su imparcialidad sea igual á su erudición. Así por lo menos no le pareció á Ellero. Por lo demás, su marcado imperialismo; su poca simpatía para el romanismo en general, á pesar de haberle consagrado toda su vida de estudio; el modo superficial con que habla de Catón, de Pompeyo, de Cicerón, le han hecho más daño á él que á sus víctimas.

Niebuhr admitía una epopeya romana primitiva, con la que dábase cuenta de muchas leyendas; Mommsen niega á Roma toda aptitud poética, y sin razón. El haberse la literatura desarrollado tarde en Roma y bajo la influencia helénica, nada dice respecto de las aptitudes naturales del pueblo latino para el arte. Volvieron á las ideas de Niebuhr, Lange, Peter, Ihne, Nitzche, etc., con obras monumentales, mereciendo asimismo ser citados entre los mil manuales que aparecieron, los de Leo, Patz, Siddell, etcétera.

En Italia debe mencionarse la historia romana de Atto Vannucci en cuatro volúmenes, que no merece ser pasada en silencio, como algunos lo hacen. Si Vannucci no acepta todos los dictámenes de la crítica alemana, siempre docta, pero no siempre imparcial, tiene sus razones. Por lo demás, su preparación es perfecta, y su erudición tan grande como su buen gusto.

No tan diligente como á d'Ovidio parécele es la historia de Bonghi, de la que no han aparecido sino dos volúmenes.

Todas las veces que en una cuestión toma él la palabra, evidencia su impreparación. Vaya un ejemplo. Sabido es lo que vale Apiano. Bonghi, no obstante, hace un desmedido elogio de su escrupolosidad, porque—dice—quiso visitar todos los lugares de que habla: Cartago, Corinto, Numancia, etc. Ahora bien, Apiano en el pasaje citado, da la razón del porqué dejando el orden cronológico, prefirió dividir su historia por naciones, y dice, más ó menos: he elegido esta división porque siguiendo el orden cronológico el lector veríase con disgusto trasladado de Cartago á Corinto, á Numancia, etc. ¡Vamos! Son erorres éstos que no revelan ni diligencia ni agudeza.

No me detendré ahora ni sobre la historia romana de Ampére (París, 1861), ni sobre el manual de Bertolini, que tuvo un momento de suceso, ni sobre la historia de Víctor Duruy, digna ésta

de consideración, ni sobre la de Schiller, de la edad imperial, ni tampoco sobre las obras dignas de mención de Cantú, ni sobre el volumen de la historia romana en la universal de Oncken, etcétera.

El solo trabajo de tomar nota de tantos autores, excede los límites de la capacidad humana. Antes de todo hay que ordenar las fuentes antiguas, de lo que ocupóse Nitzche (Die Römische Annalistik—Berlín, 1873), y después de él C. Peter en su crítica de las fuentes (Halle, 1879). La colección de los fragmentos débese en vez á H. Peter. En Italia un minucioso estudio de las fuentes se ha hecho en el primer volumen de la historia de Roma de Pais. Con todo, aun no ha aparecido al respecto una obra definitiva.

Esto en lo que concierne á los antiguos, que en cuanto á las obras modernas, hace falta una bibliografía de ellas. En las páginas anteriores sólo he indicado aquellas obras que representan síntesis más ó menos vastas, mientras que en esta materia el trabajo de los sabios ha llegado al *summum* de la subdivisión. Cada acontecimiento, cada ley, cada nombre, sea de lugar, sea de familia ó de individuo, tienen á su respecto toda una bibliografía parcial. Estos estudos se hacen por monografías, que aparecen con preferencia en periódicos especiales.

Así, pasando á Italia, prevalece hoy allí la monografía, el estudio parcial sobre tal ó cual documento, tal ó cual pasaje, siendo en esos estudios donde más se revela el carácter nacional. En efecto, cuanto más limitado es el campo, tanto más fácil es dominarlo, y poder, pues, formarse una opinión: en esto, la intuición, en la que sobresalen los italianos, puede hacerse valer con provecho.

Y no faltan tampoco las relaciones continuas con los estudios que se hacen en los demás países, y los resúmenes, y las valuaciones: agréguese la importancia que han adquirido las escavaciones y las continuas publicaciones á que aquellas dan lugar, siendo en esta rama de los estudios históricos en la que, á pesar de su amplitud, se trabaja con más orden y disciplina.

El interés histórico anda en Italia conquistando el profesorado; pero, ¿qué puede hacer un profesor con el mísero sueldo que recibe? ¿Cómo procurarse las obras? ¿cómo abonarse á tantos

periódicos? Y las bibliotecas—á excepción de algunas—no se hallan del todo bien provistas.

Pero, quien se dedica á esta clase de estudios, si quiere que su voz se distinga en concierto tan vasto, ha de renunciar á toda otra preocupación. El elogio de los competentes ha de bastarle. Por desgracia, el periodismo que podría sacarlo á la luz y señalarlo al público, se halla todo en manos de hábiles editores, de demagogos, de gente que no tiene sino un culto, el del dinero; que conoce todos los resortes de la *réclame*, y que sabe cuán explotables son la ignorancia y la inconsciencia humanas. Se alaba, se ensalza al correligionario, se le crea una reputación ficticia. En condiciones semejantes no ha de extrañar que sólo pueda sostenerse la monografía, la ilustración parcial.

A pesar de todo es verdaderamente asombroso lo que se alcanza á hacer; asombroso en razón de las mismas circunstancias.

En Alemania, donde los estudiosos, en continua relación entre sí, forman una gran orquesta, surgen de vez en cuando síntesis, organizaciones del material conquistado, en las que aparece reunida toda la labor individual.

Trabajos de tal índole, metódicos, exactos, con su bibliografía completa, son los que ayudan al estudioso italiano.

Ayudas también lléganle de Francia, donde todo se pretende verlo claro, y el respeto de la tradición modera el vuelo de la hipótesis y le corta las alas; ayudas también lléganle de Inglaterra, de modo que no faltan en Italia quienes no desesperan todavía de reconquistarle la primacía en estos estudios sobre sus pasada grandeza.

He nombrado poco antes la historia de Pais, obra que no satisface en conjunto, pues, si bien llena de erudición, lo está también de hipótesis desatinadas.

Superior á ella bajo todo concepto es la *Storia dei Romani* por G. de Sanctis, alumno de Beloch, obra últimamente aparecida. Si en fisiología pudo Italia dar al mundo un Luciani, si producir casi en cada ciencia, obras que reflejan el estado del saber contemporáneo, ¿porqué no ha de ser posible que haga lo mismo en historia romana? Pues bien, esta historia de de Sanctis, que aun

no comprende sino el primer período, no será acaso definitiva, pero, sin duda alguna, no es inferior á ningún trabajo extranjero en la materia, ni por la amplitud de la erudición y preparación que evidencia, ni por el método. Todas las cuestiones son en ella tratadas serenamente y con independencia de juicio: el texto anda acompañado de su correspondiente bibliografía al pié de la página, y, naturalmente, no una bibliografía rutinaria ó vulgar. Las obras que según su opinión han perdido valor, las omite; las que no tienen ninguno aparenta no conocerlas; pero si, ya por una razón, ya por otra, alguna obra ó publicación antigua puede servir, no deja de citarla, y nunca cita un autor sin juzgarlo. Además introduce al lector en cada cuestión, no dejando nunca de citar los pasajes controvertidos que la ocasionan.

Si de Sanctis alcanza á poner fin á su obra, Italia tendrá una historia romana á la altura de los estudios contemporáneos.

FRANCISCO CAPELLO.

BELTRAN Y FAUSTINO

(Fragmento de una crónica del siglo VI)

Lo que va á continuación ha sido sacado de una crónica latina de la época merovingia. Es de autor anónimo, y el manuscrito no dá indicaciones suficientes sobre el lugar ni sobre la fecha precisa de su redacción. Es fácil inferir sin embargo, de algunos detalles, que ha sido escrita por un contemporáneo. Es casi seguro que el autor vivió en Tours, y contribuyen á robustecer esta conjetura las frecuentes alusiones á la basílica de San Martín, y su especial devoción por este santo. Es evidente también que su crónica fué escrita ante de fines del siglo VI. El autor parece haber conocido á Gregorio de Tours. En dos pasajes diferentes cita el «Tratado de la gloria de los confesores» y el «Comentario sobre los salmos». Además su estilo es una visible imitación del de Gregorio, y muchas expresiones parecen haber sido tomadas de la «Historia eclesiástica». El fragmento publicado comprende la introducción de la historia de Beltrán, y el episodio del diácono Faustino. El resto del capítulo que aun no he podido traducir narra algunos otros milagros del anacoreta.

—

En el año 575 de la natividad de Nuestro Señor y 163 de la muerte de San Martín, antorcha de las Galias, apareció en el cielo una estrella de brillo sobrenatural y de forma desusada, que anunció grandes calamidades, pues antes de un mes el Ródano salió de madre devastando la campiña adyacente, y cerca de Soissons un rebaño de lobos causó enormes perjuicios. Este inexplicable fenómeno celeste fué interpretado como un signo del próximo fin del mundo. Semejante opinión es hija de la ignorancia popular, pues las señales que precederán á la destrucción han sido minu-

ciosamente descritas en el Apocalipsis, y es evidente, por otra parte que el reino del Antecristo empezará mil años después de la gloriosa muerte y resurrección de Nuestro Señor, por quien hemos sido salvos. Pero esta creencia introdujo un gran espanto en los espíritus, y muchos, suponiendo que la hora del juicio universal estaba próxima, se entregaron á toda clase de crímenes y de excesos, imitando en esto las costumbres de los paganos.

Ese mismo año, Beltrán fué á establecerse cerca de Poitiers. Beltrán había nacido en Tours, y durante su juventud vivió en el siglo, sometido á las pasiones perversas. Una noche se retiraba á su casa, cuando una viejecita encorvada se le acercó, pidiéndole limosna. El joven buscó en su cinto una moneda, pero se halló absolutamente desprovisto de dinero. Entonces, quitándose una cadena de oro que llevaba al cuello se la entregó. Esa misma noche tuvo un sueño de origen divino. Vió á Santa María, Nuestra Señora, en su trono celeste, con una cadena de oro en la mano, y que decía: «Me la ha regalado mi hijo Beltrán cuando aun vivía en el error.» De la misma manera fué convertido San Martín. Esta notable visión hizo comprender á Beltrán á cuan profundo abismo le había llevado su vida detestable. Al día siguiente repartió sus bienes entre los pobres y no queriendo vivir allí donde tanto había ofendido á Dios con sus crímenes se retiró á la soledad.

Su abstinencia era grande, y sólo se alimentaba de leche y de pan. La fama de sus virtudes no tardó en esparcirse por la provincia y de los pueblos más lejanos una multitud de enfermos acudía á implorar su intercesión. Daba la vista á los ciegos y curaba á los poseídos por medio del signo de la santa cruz y con la aplicación de hierbas saludables. Permanecia á veces durante tres días y tres noches sin comer ni beber.

Vivía entonces en Poitiers un sacerdote llamado Faustino, diácono, de familia senatorial, hombre que no tenía de cristiano sino el nombre, pues sus acciones eran dignas de un hereje. Escarneciendo la santidad de su ministerio, repudió á su legítima mujer y se unió con un amor criminal á la mujer de su prójimo. Sabía la gramática latina, y había leído no sólo la «Consolación» de Boecio, sino también la Eneida que pocos conocen por

entero, por lo cual mostraba una vanidad insoportable. Algunos suponen que era arriano y que admitía diferencias absurdas entre las personas de la Santísima Trinidad. Se entregaba con furor á todos los vicios y blasfemaba de los santos, hasta que Nuestro Señor en su misericordia quiso advertirle, privándole de la vista. Esta señal evidente de la voluntad divina no modificó las costumbres del sacrilego. Sin embargo, como los dolores propios de su dolencia llegarán á ser intolerables, pareció arrepentirse: se hizo llevar hasta donde estaba Beltrán y confesó sus pecados. Beltrán hizo sobre él la señal de la cruz. Pero como Faustino estaba desprovisto de fé, la intercesión del santo no bastó para curarle. Y vuelto á su casa llamó á un físico para que le asistiera. Este acto inícuo no tardó en atraer sobre su cabeza la cólera de Dios, pues una semana más tarde, mientras se paseaba por la orilla del río, cayó al agua y se ahogó.

.....

EMILIO BECHER.

CUATRO BOCETOS

El Café

En el rincón oscuro del café solitario,
Entre un ebrio que llora y un gato que dormita,
Silabea mi idea por el abecedario
De las cosas triviales que el desgano limita

Y la pereza esfuma. Sobre la mesa el diario
Sutiles argumentos de opositor medita;
En la calle la lluvia que es un viejo sudario
Deshila mansamente su hilazón infinita.

La mortecina lumbre del cigarro en la taza
Dos hojas enceniza de un crisantemo chino
Puesto sobre la loza por un pincel francés,

Y mientras va, en un cromo del muro, un rey de caza,
Los contornos divagan en tonos de esfumino,
Las luces tienen sueño y un reloj da las tres.

Rincón de Patio

Chorrean las macetas recién regadas
La pared envejecida donde un mocoso
Ha escrito un comentario libidinoso
Bajo la indiferencia de las miradas.

Palidecen las malvas atormentadas
Por un cáncer de flores, siempre oloroso,
Y arañan el oscuro suelo leproso
Las saltarinas peonzas bien aguzadas.

Cuatro ó cinco vecinas en compañía,
Entre un chisme sabroso y un mate aguado,
Comentan las noticias de policía,

Y en el cuarto la enferma llega á creer
Que es la protagonista del libro amado
Que anteayer le prestaron en el taller.

El Cristo del Juzgado

Mientras lee el secretario con voz que atrista
De los considerandos partes primeras,
El juez que tiene cara de prestamista
Va marcando el programa de las carreras.

Se trata del proceso de un anarquista
Que gritó cuatro cosas por las aceras,
Y el *ad latere* docto pasa en revista
Los cargos que merecen penas severas.

Tiene el muro un doliente Crucificado
Que fermenta en sus llagas toscos rubíes.
Cercanas á los clavos del pie llagado

Se entretejen rojizas llagas de herrumbre...

.....

(¿Qué hará entre providencias y entre otros íes
Ese cuerpo de ayunos y mansedumbre...?)

Bajo la lluvia

La lluvia con blanduras de enamorado
Se apaga en su tableado traje morado,
Y si en la nuca grácil se despereza,
Sobre el milagro rubio de su cabeza

Queda prendida. Por el tramado
Que los hilos sutiles han trabajado,
Se descuelgan las gotas con la torpeza
De arañas de diamantes en la maleza

De la aurea filigrana de un aderezo...
Tan mansa cae la lluvia que es como un rezo,
Y á las luces temblantes de los faroles

Que en las aceras brillan como charoles
Dos lágrimas simulan gotas arteras
Cuajadas en el arco de sus ojeras.

ENRIQUE J. BANCHS.

EL SACRISTAN

Algunos dijeron que era el cura, pero yo pienso que debió de ser el sacristán. Por que es más de sacristán aquella escena en que la voz de una campana sube al cielo para avisar al Padre que en la tierra abandonada ha nacido un amor...

Era en uno de esos adorables países de las zonas calientes. Y como en aquellas comarcas todo arde, el alma de la joven aldeana ardía de pasión ante las miradas ambiguas del rubio sacristán. Y cada vez que iba á la fuente para llenar su cántaro se encontraba con él. Y cada vez que él arreglaba los antiguos encajes del altar de la Iglesia ó limpiaba los copones con sus manos temblantes dirijía sus ojos hácia el último de los escaños en la seguridad de ver fulgurar en la sombra del coro los ojos de ella.

Y así, sin darse cuenta, en la divina inconsciencia de los seres perfectos, se fueron amando con amor religioso: un amor sagrado y profundo que al crecer en silencio, sin la necesidad de las palabras, se alimentaba de su violencia propia.

A veces, sin embargo, el sacristán tenía extraños temores. Al pensar en Dios, á quien en su inocencia creía ofender con sus pasiones el alma se le llenaba de congojas y con el espíritu excitado oía palabras de reproche. Muchas veces pidióle perdón de rodillas mientras dejaba caer de sus manos el libro de oraciones. Y más de una noche, enloquecido de terror, juró ante los altares desatar su alma de los vínculos terrenos. Al día siguiente, sin embargo,

la aparición de la aldeanita lo tornaba perjuro, y una sola mirada de aquellos ojos infantiles y blandos era suficiente para destruir, como castillos de papeles, sus más bellos proyectos.

Pero á pesar de la intensidad creciente con que lo dominaba la aldeanita había permanecido hasta ese instante sin hablarla, aunque á veces la realización de su silencio le costase esfuerzos dolorosos.

Una mañana que se hallaba en la Iglesia, agobiado, sin duda, por la quietud terrible que los templos arrojan sobre las almas solitarias, la vió llegar, sola y pensativa, en dirección á la pila del líquido bendito. Y allá en el fondo de su ser pensó en esas santas de las viejas leyendas que para tentar á los creyentes adoptan formas materiales. Y entonces, ante la idea cristiana, le faltó el necesario valor para dirigirle la palabra.

Pero se contemplaron breves instantes, mudos, paralizados ante su recíproca presencia, mientras sus almas gemelas llegaban á sus ojos con irradiaciones de fulgores extraños...

Y la aldeanita cada vez era más bella y el rubio sacristán más pudoroso.

Una mañana, después de mucho tiempo, él arreglaba las campanas suspendido en el pináculo de la torre. De pronto sintió un rumor desconocido en la escalera que conducía á la cúpula y dió vuelta los ojos. Entonces contempló á la aldeana que con el rostro rojo, como los resplandores de un incendio, subía hasta él excusándose con frases incoherentes.

Y al hallarla á su lado, en la hora imprevista, sobre la parte más alta de la Iglesia, sus labios febriles estallaron en un beso que hirió la frente de la niña. Ella, asustada, ante la salutación extemporánea y comprendiendo quizá el atrevimiento de su audacia, exhaló un grito de sorpresa y descendió las escaleras apresuradamente.

Y el sacristán estupefacto por la acción cometida en la casa de Dios levantó los ojos al cielo para pedir perdón. Pero ante él se alzaron las campanas, enigmáticas y frías, dejando caer sus cuerdas sobre las escaleras inmediatas. Entonces, con un movimiento inconsciente se asió de las sogas. Y las campanas comenzaron á vibrar violentas, ágiles, enloquecidas, solmenadas en la cúpu-

la por la mano frenética que las hacía gemir en el terrible estallido de un concierto macabro. Y sobre la campiña, bajo las nubes, hasta las más lejanas líneas del horizonte se desplegó la vibración insólita para llegar á Dios.

Vibraban, vibraban en la quietud matinal, mientras el vecindario temeroso acudía á la Iglesia. Y el sacristán, cada vez con más bríos tiraba de las cuerdas. Hasta que una persona osada llegó á la cúpula para gritarle que bajase.

Entonces él, en su lenguaje rudo, aprendido en la campaña solitaria, quiso explicarle su locura. Y le dijo que esa mañana había pecado y deseaba hacer llegar al cielo, por la voz de los bronces, su arrepentimiento doloroso.

Y siguió tocando, tocando locamente, tocando siempre, con sones formidables que repercutían en los cortijos como la voz de un trueno... De pronto, á la tarde, cesó la vibración. Y cuando subieron á la cúpula le hallaron en el suelo, recientemente muerto, mientras su mano diestra hacía la señal de la cruz y con la izquierda apretaba aún las cuerdas de las campanas!

Y los habitantes de aquel país de las zonas calientes dicen que el pecador fué perdonado porque murió por una virgen en la casa de Dios.

LUIS MARÍA JORDÁN.

LA INTERLOCUTORA [1]

Lo fué, durante todo un lánguido otoño, admirable de silencio y de atención. ¿Qué ansia enfermiza impulsábala á lividecer su alma en la angustia de tales relatos? Nunca quiso decirlo. Cuantas veces se lo preguntara sonreía penosamente y los ojos se le llenaban de lágrimas. La tarde en que presintió que estaba á punto de adivinar su secreto, cerráronse para mí también las puertas de *Las Glicinas*. Desde entonces vive sola en su quinta solariega, sin otro confidente que un suntuoso cuaderno de cantos dorados donde escribe una historia resignada y triste que jamás verá la luz. Y lo mismo que en aquella emocionante ficción de Radiana Glanegg, el Tiempo vela su retiro voluntario con su hoz y su reloj de arena como en las alegorías...

Alta, fina, singularmente pálida, tenía las manos afiladas y expresivas, y el aire pasmado de esos niños trágicos que pasan con ojos atónitos por los cartones de miss Kate Greenway.

Era la oyente ideal. Avida de fábulas, su espíritu no destellaba esa clarovidencia quimérica de sus hermanas extraterrestres, Moralla, Ligeia, pero aquilatábalo, en cambio, sensibilidad tan exquisita, que el sentido de las imágenes abríase para ella con sorpresas de prodigio.

Las tardes crudas, refugiábase en aquel salón de reliquia donde había siempre una partitura olvidada en el historiado facistol y grandes rosas exangües en los floreros antiguos. A «la hora del

(1) De un libro próximo á aparecer titulado *Borderland*.

té humeante y de los libros cerrados», cuando la luz mortecina prestaba matiteces de cutis á las porcelanas de las consolas, y el piano ahondaba reflejos de estanque nocturno, y los retratos de los antepasados adquirían esa animación grave de la vida espectral, acodábase sobre una lacia piel blanca, la cara en las manos, para escuchar en esa postura tendida de esfinge que adoptan las girls juiciosas de los Keepsakes.

Otras veces, con las primeras sombras abandonaba el recinto. Aun me parece verla á mi lado con su andar elástico lleno de la gracia ceremoniosa de las gavotas. De vez en cuando, una ráfaga más fría propagaba ligero temblor en la fronda exhausta del jardín. En todas partes—sobre los arbustos de copas perennes, en los bancales contiguos ó, á sus pies, en la conchilla menuda del sendero—en todas partes caía una lamentable profusión de hojas amarillentas. Deteníase entonces para recoger alguna y, en seguida, reanudaba la marcha con un suspiro.

Sin embargo, rara fué la tarde en que tales paseos no se interrumpieran de improviso. Con frecuencia, en medio de una escena atribulada, inquietábase repentinamente y decía con su vaga sonrisa ocultadora:

—«Ha refrescado mucho, entremos...»

Bajo nuestros pasos, mientras nos alejábamos en medio de los árboles inmóviles, crujía la arena del camino....

ATILIO M. CHIAPPORI.

VERLAINE

¡Ah, pobre Verlaine,
genial miserable!
Fué su vida un sollozo y, también,
poema inefable.

Con cara de brujo
y aspecto de vago,
encantó, sin embargo, y sedujo:
Verlaine era un mago.

Su cuerpo, en las salas
de los hospitales;
y su alma de líricas alas,
por mundos astrales...

Mezclaba canciones
y ritmos dolientes
su laúd; y su boca, oraciones
y besos ardientes.

En noches macabras
de fiebre alcohólica,
profería, con toscas palabras,
tristeza diabólica.

Y al borde de linfas
serenas y claras,
cautivaba su flauta á las ninfas,
con músicas raras.

Fogoso pagano,
soñaba un idilio;
ó á la Virgen, humilde cristiano,
pedía su auxilio.

Burlóse del Numen,
y fué su nocturno
inspirado. Dolor, su resumen.
Su signo: Saturno.

Un sátiro huraño
y amante y deforme,
con espíritu ingenuo y extraño,
precioso y enorme.

ALFREDO ARTEAGA.

ALMAFUERTE

(Primer capítulo de un ensayo crítico en preparación).

—¿Almafuerte?

Y aquellos á quienes preguntaba por el cantor de *Jesús*, por el que poco antes había conmovido á toda una generación con la dolorosa elegía del *Misionero*, arqueaban las cejas en un extraño visaje, como si les hablara de visitar al monstruo Fafner en su cueva. Y cuando ratificaba mi deseo, insistiendo en saber á donde debía dirigirme, levantaban el brazo en un gesto vago, indicando lo infinito, lo desconocido, y decían:

—Por allá... Por Tolosa, siempre... En su covacha...

Había algo de cruel en ese gesto de un pueblo que albergando al más grande de sus poetas simulaba ignorarlo, queriendo engañar al que desde lejos venía, como atraído por misterioso poder, hacia el pensador que tantas veces y tan hondo había hecho vibrar en él magnas tempestades de sentimiento.

La Plata, que olvidaba el camino de la «covacha», pretendía que los demás lo ignorasen. ¿Sería verdad, pues, aquella leyenda de ogro formada alrededor del cantor de la chusma? ¿Sería verdad aquella leyenda de brusquedades carduccianas, de hirientes frases, de malhumores terribles, cayendo como golpes de maza sobre la frente del importuno? Por fin, alguien me dijo:

—Venga usted... Yo le llevaré á la casa del Maestro.

...Y fué en una tarde de invierno, fría, desapacible. Una de esas tardes de invierno que más tristes y dolorosas parecen, en

la desolación de una ciudad inconclusa, de una gran capital fracasada, como La Plata. Calles amplias, bordeadas de árboles desnudos, con grandes huecos de edificación, solares vastos que se iban ensanchando á medida que avanzábamos por el suburbio desierto, silencioso, triste como un pueblo de campo. Había llovido pocas horas antes; grandes charcos de agua en el desigual empedrado, reflejaban tropeles de nubes corriendo por el cielo, cubriendo el sol, dejándolo brillar de nuevo. En un amplio terreno abandonado, un gran charco, brillando y apagándose bajo el intermitente reflejo, parecía pestañear, como si guiñara maliciosamente, riendo de nuestro apresuramiento.

Mientras caminábamos, golpeados de frente por una brisa fría, glacial, cortante, mi compañero hablaba...

Y la vida del poeta pasaba, rápida, febril, como en un cinematógrafo mudo, ante mis ojos. Era una vida, completa vida de amor, de sentimiento, de nobleza, que no comprendían los bárbaros, los crueles, los indiferentes de la ciudad cercana. Era una vida, recta dentro de su tortuosidad superficialmente inexplicable, en marcha hacia la realización de un grande ensueño de amor y fraternidad, combatiendo el mal.

¿Este es odio, mentira, miseria? Pues, contra esa miseria, ese odio y esa mentira debe de ir la obra del hombre verdadero. Solamente los relativos, los inútiles, pueden detenerse en consideraciones sobre los peligros de la marcha. Los obstáculos no se deben de contar... Pero, los hombres los cuentan; los hombres miden y calculan el posible resultado inmediato de sus acciones, evitando perjudiciales errores.

El poeta no calcula, no piensa, no mide. *¿Esto* es verdad? pues *esto* debe de ser dicho. ¿Hay peligro? «La verdad es más llamativa cuando corre más peligro.» La vulgar imposición, temor del cobarde, no alcanza con su brazo á la región del pensamiento. El odio es ignorancia, la miseria es inconsciencia. Enseñar es aliviar. El que sabe y comprende hállase á cubierto de males: pero el que comprendiendo y sabiendo los padece por asimilación apostólica es un héroe. Ese heroismo, empero, es locura dentro del equilibrio anormal de la sociedad contemporánea. Por eso el poeta es «el loco» para los hijos degenerados de los imbéciles que veían en Jesús «el bandido». Ese heroismo

nervioso, desequilibrado en el raquítico medio ambiente donde todo lo grande es anormal, es el de Almafuerte: gesto amplio en los brazos abiertos para recibir al desgraciado y al miserable; impetu de león, irguiéndole, vibrátil, caliginoso, ante una miseria relatada; arrojo de adversario valioso que baja, fuerte de sí mismo, á rogar al poderoso que combate, en beneficio ajeno... Heroismo que va á la abnegación, lindante con la superficialidad ridícula; que llega á lo más alto del sacrificio, en un desesperado abandono de sí mismo, en una anulación del propio sér, en una superabundancia de amor, como el de quien habiendo nacido «para ser madre» se dá, enteramente, totalmente, en un olvido glorificador de la miseria propia...

A la evocación de mi compañero pasaban por mi memoria, vibrantes, fulgurantes, aquellos hechos de la vida del poeta, que corrían de boca en boca, diciendo de una firme voluntad, de una fé inquebrantable. No había sido siempre la «covacha» del suburbio, olvidada; pero este abandono volvía siempre, á grandes espacios, como ritornelo forzado, marcando la marcha progresiva, ascensional, de aquel espíritu único. Lo demás, todo lo demás, era accidental, fugitivo, vano. El salón donde se tejen los perfumados triunfos mundanos; el pasillo del palacio legislativo, el despacho ministerial, donde se trepa y se asciende en el dominio de los hombres; el proscenio deslumbrante, donde se conquista el corazón y el sentimiento de los auditorios; todo eso, es lo accidental, lo inútil, lo pasajero, dentro de la vida genial de los héroes del amor humano. Lo esencial es la escuela primitiva, en pleno campo; la dura lucha con el ambiente salvaje; la obstinada labor, casi manual, de sembrar abecedario en los cerebros incultos, más vírgenes que la dura tierra nunca herida por la reja; lo indispensable es la permanente lucha en el suburbio, frente á frente de las pasiones malsanas que irrumpen como vahos fétidos de una falseada civilización; es la inmensa gesta de un ejemplo noble, de una vida intachable, de un sacrificio prolongado hasta la propia aniquilación cerebral.

Brazos abiertos, grandes brazos abiertos para toda la miseria humana... «Hermano lobo», decía el de Asís; «hermano vicio», ha querido decir éste, no menos grande. Y si el vicio, más cruel que el lobo del seráfico panteísta, ha llegado á veces á envolver

en sus anillos de sombra la frente del hombre, no ha podido, nunca, nunca, bajar hasta su corazón... Job se lamenta, Cristo lanza un grito de desesperación y perdona; nuestro Misionero, nuestro Poeta, que comprende y por comprender duda, no hace más que entregarse, darse todo, en su vida de apostolismo excepcional.

Idiosincrasia tan desequilibrada en nuestro mundo requiere su ambiente propio, su marco de sombra, donde pueda su luz brillar más esplendorosa. ¿Qué hacer en el ambiente falso, hipócrita, de virtud melíflua, de vicio cobarde, de ambición rastrera, de odio afeminado, de utilitarismo calculador, de mal temeroso y grotesco?

¿Qué hacer en ese mundo, falso, pequeño, aniquilador? Por esto los grandes sacrificios requieren calvarios, no salones; tristes, desolados suburbios de miseria y de ignorancia, no los barrios de la aristocrática plebe, con rumor de sedas y deslumbramientos de pedrerías.

Y el suburbio es la llaga, pero es la llaga serenamente abierta, más fácil de curar. El impulsivo pasional tiene regeneración posible; no el degenerado calculador, frío matemático del delito. De ahí que al suburbio vayan los grandes, los nobles, los heróicos, llevados por su apostolismo generoso, cristiano...

Tales almas no pueden vivir la vida falsa de nuestro ambiente; la lucha permanente los endurece y á ellos no resisten nuestros vidriosos convencionalismos. Y esto es abandono, es olvido...

...Mi amigo se detuvo y con un gesto brusco del brazo nervioso mostróme el desierto, silencioso arrabal. La penetrante y aguda brisa había cesado; en torno de nosotros todo era calma, como si de repente se hubiera hecho el vacío. El sol, detrás de una gran nube gris caía en occidente. La ceniza del crepúsculo pesaba en los corazones; y el brazo de mi amigo trazaba lento surco en el aire mostrando una vasta esplanada, dos ó tres calles, abiertas á lo lejos, un grupo de caras, blancas, en la tarde oscura, claras, sobre el espacio gris... Reanudamos la marcha.

...La enemistad de unos, la malquerencia de otros, la desconfianza de los más, hace cada día más alta y fuerte la muralla del aislamiento del apóstol. Aquí, en este ambiente primitivo, late

la sinceridad que es la base del heroísmo. Sólo así puede realizarse la transubstanciación del espíritu del genio á la masa dolorosa del miserable sollozante.

¿Sabe de esta química de las almas el mundo? ¿Es el abrazo dado al leproso, es el beso al criminal, es el cariño á lo más bajo?... ¡No, no sabe el mundo de tales vidas; no sabe el mundo de nada que sea ruda pasión, impetuosidad brava, sentimiento puro! Y Almafuerte es el sacrificio loco, irreflexivo, espontáneo.

Es el heroísmo único, excepcional, sobrepuesto á la pequeñez de la imitación, fuerte en su originalidad de inimitable. Es el maestro sin discípulos; el poeta cuya valía no está en la mecánica del ritmo ó en la gramaticalería de la rima, sino en la idea hecha carne, ya aplicada, acción antes de verbo, como el rayo es luz antes que sonido, antes que la grotesca resonancia del trueno, espanto de cobardes. «¡Maestro!» llamóle cierto día un joven poeta. ¿Maestro? y el joven poeta sufrió un día la prueba, la clásica prueba del patio de la casa de Pilatos... No, no era fácil ser discípulo de un apóstol en acción que al mismo mal defiende si en el mal vé la inconsciencia y la posible regeneración. El místico compadecía al demonio porque no sabía amar...

¡Maestro! No es fácil ser discípulo de tal maestro que pone la poesía en parábolas en acción, que dá lo superfluo y lo necesario, que llora con el afligido, y que, también, fuerte y duro hasta la crueldad, sométeio todo á la implacable gimnasia de su visualidad, de su manera de ver las cosas, con un amor tan grande á todo que á veces toca al odio y á la muerte...

Solo, único, exclusivo; tiene que pasar, como el sol, enceguecíendo.

Nos detuvimos de nuevo. La noche había cerrado, rápida, después del corto crepúsculo de invierno. De nuevo un aire frío, glacial, pasaba con un suave siseo. Ante nosotros abríase el paso á nivel de una vía férrea. Del otro lado una pequeña casa con una ventana iluminada; mi amigo hizo un pequeño gesto indicándola á mi atención.

Yo volví la mirada por todo lo que me rodeaba, queriendo grabar en mi espíritu aquel fugaz momento de mi vida. La noche era oscura, sin estrellas; el hondo silencio persistía; en la vía

férrea, lejos, brillaba una luz verde, más lejos y más altas tres luces rojas...

Delante de mí la ventana iluminada de la casa del Poeta...

Cuando entré y unos brazos vigorosos me estrecharon, sentí que algo temblaba en mis párpados, humedeciéndolos...

Eso era en una noche de invierno fría y desapacible.

JUAN MAS Y PÍ.

DIVAGACIONES IRREVERENTES (1)

La explicación del nacimiento de todo sistema filosófico pudiera acaso encontrarse en aquella inextricable malla de acontecimientos triviales, de impresiones fugaces ó duraderas, de pequeños incidentes que parecen no dejar huella en el espíritu y que van sin embargo plasmándolo, sugestionándolo y dándole determinadas direcciones.

Así, á la investigación del porvenir le está reservado determinar el papel que desempeñó en la concepción del sistema de Kant la ventana de su cuarto, naturalmente sin que el filósofo se diera cuenta de ello.

El término de comparación que ayuda á dar á entender una idea es casi siempre el fenómeno que la ha sugerido. Pero esto generalmente no se advierte.

¿Qué es en efecto la razón pura de Kant?

---

(1) La índole especial de este artículo requiere dos palabras preliminares.

Quien lo firma es un desconocido para el público argentino. Poco hace, en efecto, que llegó de su patria, Dinamarca, donde ejerció durante muchos años el profesorado. El señor Hans Friedrich es un solitario. Habita, completamente retirado, en un pueblecito de los alrededores, sin otro cuidado que el de su jardín, que constituye su única pasión. Adora las plantas. También se ocupa de filosofía, pero tiene sobre ella opiniones radicalísimas. No ama á los filósofos, á los modernos sobre todo. Alimenta á su respecto ideas muy raras, que, si bien expuestas con escasa gravedad, encierran á menudo hondas verdades. Complacida esta revista da hoy cabida y la dará en los números siguientes á algunas de esas ideas, que tienen por lo menos el mérito de romper con la solemne uniformidad del pensar común, sugiriéndole al espíritu nuevos puntos de vista para considerar las cosas.

N. DE LA D.

Un hombre sentado ante su mesa de trabajo, obligado á verlo todo á través de una ventana que tiene vidrios coloreados, y que no puede abrir la ventana ni salir de su cuarto. Toda la realidad exterior se le pinta pues del color de los cristales. Las cosas en sí, en su verdadero tinte, nunca le será dado observarlas, y ni siquiera podrá jamás saber que color tienen los objetos de su cuarto, por cuanto también la luz de él se colorea como los vidrios.

¿Cómo no ver en todo esto al filósofo mismo, obligado por el rigor del invierno nórdico á refugiarse en su habitación, y que á través de los vidrios empañados todo lo vé alterado?

He allí la desdichada condición de los humanos. Basta en efecto sustituir por un cráneo las paredes y el cieloraso del cuarto; por el alma al filósofo mismo; basta leer *intelecto* en lugar de *ventana*, *sentidos* en lugar de *vidrios coloreados*, y *forma del intelecto* en lugar de *forma de la ventana*, para obtener el sistema, la crítica de la razón pura.

Si el cielo parece rectangular y dividido en cuadros, es que así está hecha la ventana.

Pero mientras el filósofo está sumido en tan tristes consideraciones algo se despierta en él que no se deja alterar por el color de los vidrios: el apetito. Una voz se oye: es la criada que lo llama á almorzar. He aquí el sentimiento y la razón práctica.

Tanta inconciencia en filósofos casi no se concibe, y, sin embargo, como es sabido, Tales, el creador oficial de la filosofía, cayó en un hoyo mientras salía de su casa mirando el cielo.

El filósofo mira hacia arriba, y por consiguiente no clava la vista en sí mismo. Hasta su modo de vestir lo demuestra.

Tampoco hay persona que se halle más sujeta á desengaños é ilusiones que el mismo filósofo.

¿De donde pudo, por ejemplo, venirle á Kant la idea de su *fantasía trascendental*, espacio mental (pues que el real para él no existe) donde disponemos nuestras representaciones, sino del espejo en que se miraba al lavarse?

Todo lo que había en su cuarto ha entrado en la fabricación de su sistema.

En estética, por ejemplo, su gran principio que lo bello consiste en una disposición de partes que hacen pensar en un fin sin que

haya tal fin, no pudo ciertamente serle sugerido por otras meditaciones que las que él hiciera sobre cierto vaso que, obligado á permanecer ignominiosamente oculto, estaba sin embargo adornado por muy bonitas flores, por cierto completamente inútiles.

Cualquiera puede llegar á no distinguir ya si está despierto ó dormido. Basta con que se pare en observar este punto capital: que también cuando sueña cree estar despierto. Por lo tanto, para no volverse loco, cuando á uno se le ocurren meditaciones de esta clase, inmediatamente las rechaza, siendo ya indicio su sola presentación de vocación para el manicomio. Kant, sin embargo, pasó toda su vida preguntándose si uno viendo vé algo, y como no tenemos otro par de ojos para cerciorarnos de la verdad, y aun teniéndolos también de ellos podríamos dudar, no pudo salir del atolladero.

Y por el estilo son casi todos los sistemas.

Algo distinto sucede con Platón, el hombre más precavido contra toda clase de ilusiones. Podemos afirmar sin más que en su tiempo no se conocía el alambique, ó por lo menos que él nunca había visto uno, pues de otro modo habríase dado cuenta sin duda, de que lo que él tenía en la cabeza y tradujo en un sistema, no era sino la destilación.

En efecto, en una cosa hay bondad, en otra más; en una hermosura, en otra más: si se pudieran destilar la hermosura ó la bondad, obtendríamos la esencia de hermosura, la esencia de bondad, la hermosura y la bondad puras, sin ninguna mezcla: he allí sus ideas.

Destilando del mismo modo el ser, tendríamos el puro ser, Dios.

Todo esto llena la mente de mil personas que se llaman sabios.

Hoy en día el alambique es común, y sin embargo no se advierte que es en él donde fué á parar Platón, no siendo otra cosa su sistema.

Ni el mismo Aristóteles pudo apercibirse de la cosa. Advirtió sin embargo, que lo que buscaba Platón lo tenemos en nosotros: no dijo destilación, sino abstracción, y es lo mismo. No hay hermosura pura; sólo existen cosas hermosas, de las que nosotros podemos abstraer la hermosura. Abstraer no viene á ser sino fijarse en una cualidad sola; pero esta idea no era tan clara

para Aristóteles. Abstrayendo dejamos esa cualidad en el objeto, y en él la consideramos aislada. Aristóteles observa que la cualidad abstraída se hace idea en nuestro entendimiento, y para indicar cómo, acude á la descripción de un proceso, que no es otro que el de la destilación.

Y no son bromas. La alquimia, que debía transformarse en química, no es sino la aplicación á objetos reales del método que Platón aplicaba á las ideas; es el resultado de la escuela socrática.

Platón siempre es genial: nos dió una idea que no teníamos, y puso al mundo en la senda para descubrirla. En su honor los farmacéuticos llaman *esencias* y *extractos*, (que es lo mismo que decir *abstracciones)* todas las destilaciones que logran conseguir, y no sin razón llámase espíritu al alcohol.

No hay duda de que sólo este método nos puede conducir á comprender bien los sistemas antiguos y los modernos, siendo una necedad suprema el seguir manteniéndose en la atmósfera de una fraseología misteriosa.

Lo abstracto, el ver mal y como de lejos, ha sido puesto sobre lo concreto, sobre la visión clara y distinta; el orden ideal sobre el real; el fantasear sobre el vivir, y el pensamiento sobre la acción.

A pesar de todo se progresa, ¿pero cómo? Tómese á cualquier filósofo y se verá que únicamente donde su sano juicio le lleva á refutar á otro filósofo, da con algo bueno: cuando después de haber refutado se sienta y empieza él mismo á hablar, ya no dice sino disparates. Como andan las cosas nos lo puede decir un símil: la rotación de la tierra que se ha impreso también en la marcha del pensamiento. El sano juicio es el peso, la fuerza centrípeta, lo que nos tiene unidos y no nos deja disipar; la filosofía es la fuerza centrífuga, que si prevaleciera nos arrojaría á todos en el vacío. En cuanto habla el sano juicio en un filósofo y hace que se oponga á la tendencia centrífuga de los demás, éste resulta útil: en lo restante perjudicial.

De la fuerza centrífuga la tendencia filosófica tiene todos los caracteres: el principal, el de quererlo lanzar todo en una dirección única, el sistema, tangente á la realidad en un punto sólo.

Y eso en los sistemas filosóficos antiguos, que en cuanto á los modernos, son de todo punto ruedas que giran eternamente en el vacío sin tocar jamás la realidad.

La salvación está en no dejarse arrastrar, en quedar asidos á lo real.

El atomismo químico con sus equivalencias y afinidades electivas y repulsivas ha sugerido el sistema inglés de la asociación, y también ese sistema parece claro, porque uno se transporta con el pensamiento á la química. Pero despertemos, tratemos de darnos cuenta de que no se trata de átomos sino de ideas, y ya todo nos parecerá oscuro.

Lo que se vé desde lejos no se distingue bien. Colóquese á Fulano algo más allá y ya no lo conoceremos: no será Fulano, sino un hombre; aléjese aun más, y no sabremos decidir si es un hombre ó un animal cualquiera; y si se aleja más todavía lo tomaremos por un bloque inanimado. La distancia todo lo hace igual: es *lo homogéneo* de Spencer, quien no se dió cuenta, estableciendo su ley del progreso, que no hacía sino descender por la escala de los géneros, pasar de la vista confusa á la clara. Ardigó lo advirtió, y á la fórmula *de lo homogéneo á lo heterogéneo* sustituyó la *de lo indistinto á lo distinto.*

La dificultad de entender á los filósofos nace casi únicamente del hecho que no se entienden ellos mismos, y que no se aperciben al hablar de la inteligencia, verbigracia, que están pensando en un alambique.

Todo el aparato telegráfico ha entrado ahora en psicología con los nervios aferentes y eferentes, lo que es muy natural, porque, en efecto, se sabe más ó menos en que consiste el telégrafo. Ya se verá como pronto también será introducido el radium en psicología. De un modo tan inconsciente de pensar ha nacido una inversión perniciosa en la valuación de las cosas.

Se quiere resolver el problema: ¿en qué relación está lo ideal con lo real?, y por empezar ya se da como conocido el punto de llegada, que ha de ser la unificación de los dos términos. He aquí, pues, alterada la cuestión, y reducida á buscar un término de comparación, algo, en fin, en que dos cosas se fundan en una. Se da con la línea curva, cóncava de un lado y convexa,

del otro, y como ésto parece muy claro, se declara resuelto el problema. ¡Y qué á esto se le llame filosofar!

Mientras tanto no se repara en el disparate que se comete en tal concepción de la línea curva. Sólo haciendo de una línea un cerco de tonel, tendrá ésta cóncavo y convexo; pero si se concibe la línea cual debe ser, no tendrá anchura ninguna, y únicamente será cóncava si limita una superficie cóncava, y convexa si limita una superficie convexa. Lo cóncavo y lo convexo son de la superficie, no de la línea.

Si se traza un círculo sobre una hoja, lo convexo queda únicamente en el círculo, y lo cóncavo en la superficie exterior: á quien se ponga á mirar mentalmente desde el centro del círculo le pareceré cóncava la circunferencia; pero porque la destaca del círculo y la proyecta en la superficie en que el círculo ha sido trazado. La línea antes bien que unir, separa precisamente lo que es cóncavo de lo que es convexo. Cuando dibujamos una circunferencia sobre un papel, ésta tiene cóncavo y convexo; pero ya no es una línea, sino una raya, que también se extiende en anchura.

El simil mencionado más arriba valdría si la línea pareciera cóncava y convexa mirándola desde el mismo punto; pero esto es simplemente absurdo. Hay que colocarse en dos puntos de vista distintos, y entonces... ¡adiós monismo!

¡Y decir que semejante sistema hace felices á muchos!...

HANS FRIEDRICH.

BAJO EL REY SOL

Tríptico á la manera de Watteau

I

Mussé, Lilí y Fanfan. La que tiene más, tiene
Cinco años, y son rubias y bellas, lo son tanto,
Que un manso ruiseñor que ellas poseen, viene
A besarles los labios y á cantarles su canto.

Mussé, la de ojos verdes, aislada se entretiene
En morder una rosa que pone más encanto
Y carmin en su boca, mientras Lilí conviene
En que es mejor la fresa que mancha de amaranto.

Fanfan trepa á los árboles y se roba los nidos,
Apresa las libélulas y los nidos floridos
De los que ella posee la luz y la fragancia.

Sus ojos son dos mares azules é infinitos.
(Niñas de tres graciosas y alegres marquesitas
Que en el siglo diez y ocho florecieron en Francia.)

II

Pasan las primaveras. Ya Mussé muy bien sabe
Sentir un madrigal que escribió Duplessis—

El duque y cardenal de Richelieu—y al clave
Toca admirablemente minuetos de Lulli.

Lilí que era sonriente y alegre al par que suave
Sabe á Pierre de Ronsard: *Mignon allons voir si*
La rose qui ce matin... Lo que no impide alabe
Coqueta, haber dicho muy pudorosa un sí

A Carlos de Orleans el gentil duquesito.
Y hay un abate rubio que en su aspecto contrito
Oculta una pasión naciente por Fanfan,

Que se traduce en hondas miradas á hurtadillas,
Cuando la marquesita devota, de rodillas,
Con fé, oye la misa mayor de Nôtre-Dame.

III

En el bello parterre—que el artista decora
Con estatuas y fuentes—del palacio ducal:
Nobles, abates, pajes, Madame,—la encantadora
Duquesa—que acompañan Mussé, Lilí y Fanfan.

Tarde de fiesta. En tanto el duque rememora
Aventuras galantes—picaresco y locuaz—
Ante el grupo de amigos, y la risa desflora
Su flor, entre las damas se procura ocultar

Con discreción, la audacia de la atrevida apuesta
De quien es, de las jóvenes que acuden á la fiesta,
La de más bellas piernas. Es juez el paje Eudoro.

El decidir es árduo. ¿Es Lilí? ¿Es Fanfan?
¿La divina Mussé? La incertidumbre es tal
Que se queda sin dueño la manzana de oro.

EVAR MÉNDEZ.

LETRAS ARGENTINAS

«VOZ DEL DESIERTO» POR EDUARDO TALERO

Es un libro constituído por una serie de capítulos, en los que aparecen vigorosamente pintados, tipos y paisajes del territorio del Neuquén.

Ya forman número en nuestras letras aquellas obras que deben su justa fama á su característica de ser el fiel reflejo del ambiente físico y social en que nacieron, y á ese sabor inconfundible del terruño que sus autores supieron infundirles.

¿Habremos de decir que *Voz del desierto* viene á engrosar ese número? ¿que lleva en sí tanta potencia de vida como para perdurar al lado de esas obras, universalmente celebradas entre nosotros? Nos parece que no.

Como puede ya suponerse en un libro de índole semejante, las descripciones ocupan las más de sus páginas. El señor Talero ama infinitamente la Naturaleza. La ama con adoración de artista. Razón ésta explicativa del porqué ningún sacrificio le ha parecido excesivo para expresar en sus páginas esa adoración. Y tanto ha cuidado las descripciones, tanto las ha pulido, que—por más que él nos asegure de su anhelo de presentar fielmente la impresión directa y sincera sentida en su comunión con la libre Naturaleza—la obra se ha impregnado de un tono general de exagerada afectación. La falta de naturalidad es el principal defecto de ese libro destinado á cantar la Naturaleza. Se siente en él el

tiempo empleado en buscar la imagen rara, en labrar la frase intensa, en hallar el rasgo brillante; se adivina en él—más aún, se palpa—la lucha habida entre la lengua rebelde y la mano del escritor que quiso fijarla en períodos rotundos y expresivos. Y adviértase que cuando lucha semejante se entabla, el lector no acostumbra admitir sino el triunfo completo del artista sobre el rival dominado.

Por eso, por aquel amaneramiento de que adolecen las mejores descripciones de *Voz del desierto*, se les prefiere aquellos otros capítulos más sencillos, más familiares,—vervigracia *Los colonos*, *Dura lex*, *Balazos patriarcales*—en los que el autor nos muestra algunos de los más interesantes aspectos de la vida de esos lejanos pobladores del territorio argentino.

Lo que, sin embargo, mayores elogios merece en el libro, es el cariño intenso que en él manifiesta su autor por aquella tierra de bendición, cariño como de hijo, que, expresado con verdadera efusión póética, logra transmitirse al lector.

Pero el señor Talero no se ha detenido en eso. En un rapto de lirismo campestre juróle sin duda antipatía eterna á la ciudad y á la civilización, y por cierto que esa antipatía no le abandona ya en todas las páginas de su obra. Para expresarla encuentra acentos verdaderamente sinceros; mas, con frecuencia, se excede en su expresión, recibiendo entonces ese odio, en su mismo exceso, el merecido castigo, pues resulta completamente risueño.

Son estos, sin embargo, pequeños lunares que si logran á veces impacientar al lector, en nada menoscaban el valor de conjunto de una obra. Y de este punto de vista *Voz del desierto* bien merece sinceras alabanzas. No desafiará el tiempo sin duda—ya lo hemos dicho—; pero es una obra viril, sincera por el sentimiento que dióle vida, libre como la naturaleza en que vió la luz, una obra, en fin, que algo marca en estos instantes, tanto por su mérito intrínseco, como por lo que representa.

«THESPIS» POR CARLOS OCTAVIO BUNGE

Extremadamente múltiple ha sido hasta la fecha la producción del señor Bunge. Múltiple y variada. A la pedagogía, á las cien-

cias jurídicas, á la sociología, á la psicología, al teatro (ay!), y á la novela, les ha rendido culto con mayor ó menor fervor. Esta misma adaptabilidad de su mente, sin embargo, esta misma sorprendente variabilidad de sus aptitudes, más han redundado en su perjuicio que en su provecho. Sobre todo en perjuicio de su reputación de hombre de ciencia. Y ello es natural. El público generalmente resístese á creer en la profundidad de conocimientos de quien aborda con invariable entusiasmo temas tan diversos.

No hemos de entrar á discutir el fundamento que puedan tener estas opiniones vulgares que, si las hemos anotado, simplemente ha sido porque el tema lo permitía, y también porque ellas se aplican, no sólo á este caso particular, sino al de otros distinguidos hombres de ciencia argentinos, en cuya seriedad científica poco suele creer el vulgo por idénticas ó parecidas razones.

Pero pasemos.

En otro género más se ha ensayado el señor Bunge en este último libro: en el género, harto difícil, del cuento.

El género presenta, en efecto, mayores dificultades de las que comúnmente suélese atribuirle. Sin mencionar las inherentes á la ejecución, otra dificultad supone más insalvable: la de lograr ser originales en campo tan trillado. Hecho éste en el que debe irse á buscar la explicación de esa excesiva eflorescencia de cuentos fantásticos que en nuestras playas, para no ir más lejos, se ha dado en escribir, en libros y en revistas.

Un hermoso libro de cuentos es hoy en día una joya literaria inapreciable. Ninguno sobresaliente conocemos entre los que en éstos últimos años han aparecido entre nosotros, y adviértase que en el género se han ensayado escritores más que estimables.

Buenos y mediocres, eso sí, varios. Thespis bien merece figurar entre los primeros. Es un *buen* libro de cuentos. Y séanos permitido dar sobre él este juicio de conjunto, resumido en un epíteto, pues que, en su misma inexpresiva vulgaridad dice más, sin embargo, que toda la retahila de sutilezas críticas á que obliga la profesión. Un buen libro de cuentos, redactados todos ellos en un estilo sencillo, fluído y distinto según la índole del asunto. Pues diversos son los asuntos en el libro tratados. Asuntos cómicos y trágicos, delicados y groseros, y más ó menos originales, más ó menos interesantes... como en todos los libros de cuentos.

De una trivialidad fuertemente acentuada algunos como *El Justiciero* y *El canto del cisne;* de una exquisita delicadeza el titulado *La madrina de Lita;* ingeniosamente extravantes otros como *El último grande de España* y *Una pesadilla drolática:* pero, sin excepción, aun los más vulgares, no desprovistos por completo de aquel interés que obliga á darles término, á quien comenzó su lectura. Y todos ellos salpicados de un cierto especial humorismo, que, si por instantes choca por lo demasiado burdo, generalmente seduce por su abierta franqueza y su ingenua gracia con frecuencia sutil. Un humorismo que constituye el rasgo dominante en los mejores de esos cuentos, y que nos hace el efecto —vaya la impresión personal concretada en una imagen—de algo como una sonrisa, grave y picaresca á un tiempo mismo, reflejada en todas sus páginas.

Es, pues, *Thespis*, un pequeño y amable libro, que en su modesta esfera llena dignamente su misión de impresionar nuestro espíritu, ya agradable, ya tristemente, pero siempre con mucha suavidad, sin agitarlo en exceso.

ROBERTO F. GIUSTI.

«ESTUDIOS DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL», POR ANTONIO DELLLEPIANE

Redactado en estilo sobrio y llano, viene este libro á acrecer nuestra aun limitada producción sociológica.

La obra está dividida en dos partes: la una, de interés más bien didáctico, llena las exigencias de parte del programa de Filosofía del Derecho, cuya cátedra dicta el doctor Dellepiane en nuestra universidad; la segunda constitúyenla una serie de «notas de crítica sociológica», ya publicadas por su autor anteriormente en diarios y revistas que, según sus mismas palabras, «el tiempo comienza ya á amarillear.»

En la primera parte el autor expone los métodos, el concepto, la división de la Filosofía del Derecho, y sus relaciones con la moral y la sociología. Declárase en estos capítulos preliminares enemigo del historismo puro y partidario de una tésis ecléctica, que

combine acertadamente ambos métodos, el deductivo y el inductivo, del que el histórico no es más que una de las formas que afecta. Pasa luego á tratar de la concepción orgánica de la sociedad, que combate, de la psicología, del método en sociología, de los fenómenos sociales y de su clasificación, y por último de la causalidad en sociología y de las leyes sociales, todo ello con espíritu sereno y equitativo.

La segunda parte del libro, de un interés más general, contiene seis artículos de índole diversa, pero todos instructivos, siendo principalmente en los de orden criminológico en los que el señor Dellepiane pone á contribución todos aquellos conocimientos y aquella perspicacia en la materia, que ya revelara hace tiempo en su notable y conocida tésis *Las causas del delito.*

El titulado *Zola y la herencia* merece sobre los demás especial atención si se consideran las importantes conclusiones á que arriba en él al considerar la faz científica de la monumental obra del Maestro, conclusiones coincidentes muchas de ellas con las que más tarde formulara sobre el mismo tema Max Nordau en su harto zarandeada *Degeneración.*

En resumen : un libro concienzudo y honesto, tanto más elogiable cuanto que se presenta sin pretensiones de ningún género, un libro que es un buen anticipo de la obra que el señor Dellepiane nos promete sobre Filosofía del Derecho, de cuyos capítulos preliminares no es sino un esbozo la primera parte de la que hoy da á luz.

B.

TEATRO NACIONAL

NACIONAL: *«Para vencer» por Leopoldo Longhi—«El mejor tesoro» por Emilio Ortiz Grognet.*

Diversas sensibilidades han de darle naturalmente á un drama de esta índole, nebuloso é impreciso, interpretaciones diversas. Por consiguiente séanos permitido rememorar aquí el argumento del drama á través de nuestras impresiones personales, glosándolo con nuestro especial modo de sentir. Si no siempre hemos de lograr que coincida nuestra interpretación con las ideas del autor, convéngase sin embargo, en que la culpa no será toda nuestra

Entre Raimundo y Elisa, casados desde hace algunos años, existe un desacuerdo espiritual, que va ahondando entre ellos, con el transcurso del tiempo, un abismo infranqueable. Raimundo, escritor, persigue su ideal: la gloria. Elisa, joven y hermosa, también acaricia su ideal. Ella quiere amar y ser amada. Y siente que no lo es. ¿Lo siente? Por cierto. Estos son sentimientos de los que más que un claro, un nítido concepto, sólo tiénese una vaga intuición. Su esposo *no puede* amarla, no: otras preocupaciones lo absorben. El *no puede* dedicarle á ella, pequeña cosa frente á la inmensidad de sus aspiraciones, aquel cuidado que éstas le roban. Es—no lo negamos—una lucha de sentimientos tan sutil, que permanece oculta á la penetración vulgar; una oposición quizás incomprensible para los más, por su misma rareza; pero cuya posibilidad no puede rotundamente negarse. ¿No es admisible que

en un espíritu superior se excluyan el amor á la gloria y el amor á la mujer; que uno de los dos deba necesariamente ser dejado en segundo plano,para que pueda el otro triunfar?

Y lo que Elisa no halla en su esposo, es decir, una correspondencia á su insatisfecho deseo de amor, lo encuentra en el poeta Leonardo, íntimo amigo de Raimundo. Elisa y Leonardo llegan fatalmente á amarse; pero aun logra contenerlos el sentimiento de sus respectivos deberes. Ella todavía ha tenido energías suficientes para suplicarle que parta, que se aleje, y él lo ha prometido, mas le ha faltado el ánimo para cumplir la promesa. Esto en el acto primero.

En el segundo, Raimundo ya comienza á ver cual abismo va cavándose entre él y su esposa. Es algo que él siente, pero que no logra explicarse. ¿Qué es lo que le roba á su esposa la calma, que es lo que la aleja siempre más de su lado, qué visiones cruzan las pupilas de ella que él no puede aferrar á su paso? Por el momento no tiene de la verdad sino una vaga intuición; pero bastarán un gesto, una palabra, un detalle insignificante, para que lo comprenda todo.

Y llega la catástrofe. Carvi, amigo de la familia, especie de viejo Néstor de Raimundo, tiene antes que él la revelación del secreto, y no titubea en enrostrarle su delito á Leonardo. Este, avergonzado de su culpa se decide á partir. Pero la escena que hay entre él y Elisa cambia la situación. Es una escena pasional que el autor ha verdaderamente sentido. Esta y la siguiente, última del acto segundo, son, sin duda, las mejores del drama. Leonardo quiere irse, pero ahora es ella quien lo detiene. No, no partirá. Y, por desarrollo lógico de la escena, surge en ellos la resolución de irse juntos. Mas, en el momento en que ella ya se prepara para seguir á su amante, que acaba de salir, entra Raimundo, que todo por fin lo ha comprendido. ¿A donde va Elisa? ¿porqué huye Leonardo? Los ademanes, los rostros, lo que está sucediendo en la casa están delatando á los culpables á grandes voces. Raimundo, furioso, delirante, se arroja sobre su mujer. Ella en el primer instante niega. Luego, acosada por su esposo, confiesa.—Tú lo amas,—él le grita. Y ella, en su despecho, en su afrenta, con voz sorda, orgullosamente afirma: Sí. Es la revelación. E inmediatamente, toda la amargura que lleva en el fondo

de su alma, se desborda por sus labios en una tirada pasional, que viene á ser como la exposición de la lucha de sentimientos á que aludimos poco antes.

Raimundo entonces, enceguecido por el dolor y la ira se arroja sobre su mujer para extrangularla. Pero á tiempo se contiene, cuando ya sus dedos crispados iban á hundirse sin remedio en la garganta de ella. ¿Qué es lo que lo detiene? ¿El horror del crimen? ¿la rápida comprensión de la inutilidad de esa muerte? ¿ó acaso el miedo al escándalo que promovería esa tragedia? Se detiene y retrocede aterrorizado. Luego, á ese terror de los primeros instantes, sucede nuevamente en su corazón la cólera de que antes se hallara poseído, y en un arrebato pasional la arroja á Elisa de la casa. Y ella huye, aun perseguida por la trágica visión de là muerte, que viera poco antes cerca, muy cerca de sí.

Pasan dos años. Raimundo en su aislada vida dolorosa asediada á todas horas por los recuerdos de la dicha perdida, ha tenido sin embargo la energía, el valor suficientes para lograr la ansiada victoria. La gloria por fin ha descendido á besarle la frente. Todos ahora lo aclaman, todos lo respetan. Pero, cuando ya casi cerradas las antiguas heridas de su corazón, disfruta del triunfo completo, he aquí que á turbar su reposo vuelve *ella*. Es en el tercer acto. Durante una fiesta que en él se da en honor de Raimundo, Elisa ha entrado en la casa, para verlo por última vez. Vuelve pálida, demacrada, agobiaba por su dolor. Viste de riguroso luto. Su relato es triste y sencillo. Leonardo después de hundirse en el juego, se halla ahora encerrado en un manicomio de París. Si ella viste de luto, es porque tuvo un hijo, y ese hijo—su única dicha—murió. Todo ya ha concluído para ella, todo. Si ha vuelto es porque quiso contemplarlo en medio de su triunfo, para arrojarle una vez más al rostro su crimen, que fué el de haber sacrificado una existencia á su ansia loca de triunfar. Y allí mismo,—última venganza que se ha reservado—se mata, cumpliendo con su propia mano y en el mismo lugar, lo que él no supo hacer años antes.

El drama es defectuoso. Su argumento adolece de grandes incorrecciones. Todo explicado, ¿cómo explicar, sin embargo, ese final del tercer acto? Más humano, más lógico hubiera sido que Elisa volviese humilde y—¿por qué no?—aun capaz de arrepen-

timiento. Pero ella, á pesar de su aparente humildad de los primeros momentos, vuelve con el pecho henchido de odio y de rebeldía, vuelve con un arma, que implica lógicamente la premeditación del suicidio y de toda la escena final. Y ese final es propiamente el que da un vuelco completo á la interpretación que del carácter de Elisa nos formáramos en los dos actos anteriores. La pregunta se impone: ¿cuál de ambos fué el culpable? ¿Elisa ó Raimundo? ¿ó quizá ninguno de los dos? ¿quizá fueron dos fuerzas ciegas que marcharon en opuestas direcciones, ambas en pos de distintos ideales encontrados? Y aquí vendría la explicación del título. *Para vencer*, Raimundo, persiguiendo el ideal que se propusiera, todo lo arrolló á su paso. El fué quién inconscientemente, despedazó esa pobre vida de mujer, ansiosa de dicha y de amor. Sin la escena final esta última tésis se explicaría, pero tal como ella se desarrolla, otra pregunta surge al contrario: ¿O es Elisa una mujerzuela perversa y egoista? Pues convengamos en que no hay motivo para que ella culpe á su esposo de tanto crimen.

Por las razones apuntadas, aun admitiendo que el drama terminara con el suicidio de Elisa, más explicable hubiera sido que ese suicidio surgiese de la discusión entre ambos esposos, de la rememoración del pasado, que, naturalmente, llevaría consigo la reabertura de las viejas heridas mal cerradas, de la exasperación, en una palabra, á que ambos llegasen en el transcurso de la escena. Pero esa arma que ella lleva consigo, todo lo echa á perder.

Sobre la veracidad de los caracteres valga lo dicho.

El señor Longhi ha demostrado en este drama no conocer aún á fondo todos los resortes de la técnica teatral. Falta en él movimiento, falta vida, falta habilidad en el manejo de los personajes. La repetida uniformidad en cada acto de las entradas y salidas de los esposos López (en los que el autor ha querido quizá simbolizar la armonía posible entre los espíritus sin altos ideales, frente á la desarmonía que existe entre Elisa y Raimundo) es la prueba palpable del mencionado desconocimiento de la técnica teatral.

Fluído el diálogo, aunque retórico y abundante en imágenes, no siempre de buena ley.

Pero son todos esos defectos que el autor irá fácilmente corri-

giendo á medida que vaya acumulando mayor experiencia en estas lides, razón que hace mayormente resaltar la injusticia de ciertos criticastros que sin compasión atacaron el drama, errado hasta cierto punto, pero acusador de un fresco talento juvenil.

Ningún respeto por el talento del autor que en todas las escenas del drama se revela; ninguna consideración al atenuante de que se estaba en presencia de un novicio en arte tan difícil. Nada.

Pero,—¡qué diablos!—un chiste bien vale el sacrificio de una reputación.

Buena la interpretación. Blanca Podestá sobresaliente en algunas escenas en su papel de Elisa.

El viernes 2 del corriente estrenáronse en este teatro, con éxito franco, la graciosa comedia en un acto del señor Alberto de Zabalía, titulada *Otras músicas*, y *El mejor tesoro* por el señor Emilio Ortiz Grognet.

El mejor tesoro es un drama sin pretensiones y de rápido desarrollo. Su acción, algo lánguida en principio, anímase á medida que se aproxima á la escena final, en la que el autor, de la no muy novedosa situación del esposo engañado frente á frente de los dos culpables, ha sabido sacar infinito partido, pintándonos una complicada é intensa lucha de sentimientos.

Delicada la factura del drama, fácil y galano el diálogo, bien delineados los caracteres en cuanto lo permite un boceto semejante, y por doquier desparramados pequeños rasgos fugaces sin importancia aparente, casi imperceptibles detalles característicos, reveladores de un espíritu curioso y sutil.

¡Lástima que ninguno de los actores estuviera la noche del estreno bien posesionado de su papel!

El señor Ortiz Grognet ha acreditado su fino talento dramático en dos estimables ensayos. Hecha ya la mano á las dificultades de la escena, ha llegado el momento en que se empeñe en una obra de proporciones mayores. Indudablemente lo acompañará el éxito más completo.

Marconi: En este teatro viene actuando con éxito la compañía de Pablo Podestá, que acaba de estrenar el drama *Parientes pobres* por don Martín Coronado. Nos ocuparemos de él en el próximo número.

ROBERTO F. GIUSTI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Las conferencias de Guillermo Ferrero—Guillermo Ferrero ha terminado la serie de sus conferencias del Odeón. Ocho veces en el mes esa aristocrática sala se ha llenado de una selecta y numerosa concurrencia de damas, políticos, periodistas, literatos, intelectuales de todo género y de todas las condiciones, acudidos, los unos por verdadero interés, los otros por simple *snobismo*, á escuchar durante dos horas consecutivas al distinguido historiador.

Y Ferrero, con su voz monótona y plañidera, desagradable en principio hasta hacerse simpática por la fuerza de la costumbre, ha rememorado ante el auditorio respetuosamente recogido, la pasada grandeza de Roma, acompañando su fácil elocución con amplios ademanes de sus brazos largos y huesudos.

Sin temor de errar puede asegurarse que la impresión dejada en el auditorio por ese ciclo de conferencias, ha sido inferior á la espectativa.

Muy novedosa ninguna lo ha sido. Muy profunda tampoco. Ferrero no tiene vuelos de águila. En las de índole general, verbigracia en la primera sobre la importancia de la historia de Roma, y en la séptima sobre el vino en esta historia, se ha notado la falta de más numerosos y más hondos puntos de vista para considerar el tema. La de Antonio y Cleopatra no convenció. El público no gusta tan fácilmente de abandonar ciertas arraigadas creencias. A la sequedad de una prosáica demostración científica, prefiere la fé ciega en una poética leyenda, magüer fuese falsa. A los entendidos tampoco gustó el modo algo irrespetuoso con que trató Ferrero á sus ilustres predecesores en estos estudios. A todos ha parecido algo exagerada esa importancia que el le atribuye á su obra en la resurrección del interés general por la historia romana. Pero, en síntesis, esas conferencias no han dejado de ser interesantes y por consiguiente aplaudidas. En la última Belisario Roldán, el obligado Roldán, dió término á la serie con un bello discurso, en el que nada habría que reprochar como en todos los dis-

cursos del delicado orador, á no ser su superficialidad excesiva y su no menos excesiva prodigalidad de elogios para Guillermo Ferrero.

Tallaví en «Los Espectros»—En una crónica del mes no puede dejarse pasar en silencio el imprevisto acontecimiento de arte que el público porteño ha tenido ocasión de presenciar en estas últimas semanas en el teatro Argentino. Nos referimos, como se comprenderá, á la interpretación que Tallaví ha hecho del papel de Osvaldo en *Los Espectros*. Con sorna fueron leídos los carteles anunciadores del espectáculo. ¿Después de Zacconi? En verdad que se requería audacia. Y con ganas de bromear llenó el público el teatro la noche del estreno. Pero, desde la aparición de Tallaví fué por completo conquistado, subyugado por el talentoso actor. Si esa interpretación no se parecía á la de Zacconi, tampoco le iba en zaga. Algunos en su entusiasmo fallaron en favor de Tallaví. Entre ellos no faltaban médicos. Sí, esa interpretación de la enfermedad de Osvaldo era más exacta, pues, en su calculada continuidad ajustábase más á las condiciones del drama, cuya acción transcurre en menos de 24 horas. Sea como sea ha sido éste para el joven actor español un verdadero triunfo. Y noche á noche el público se ha renovado en la amplia sala del teatro Argentino para aplaudirlo en ese desenvolvimiento magistral que él hace de su dificultoso papel. Pero el hecho se presta á reflexiones. A ver ese drama de Ibsen no se va hoy en día sino para contemplar en cual forma desenvuelve el actor el proceso de la espantosa enfermedad de Osvaldo. El público no va al teatro sino para ver cómo sufre y cómo muere el protagonista, y si lo hace tal como en las clínicas se vé. Reflexionándolo bien eso es simplemente horrible. En definitiva no es algo más elevado que el truculento folletín que place á la gente menuda.

LIBROS RECIBIDOS:

Estudios de Filosofía Jurídica y Social, por Antonio Dellepiane—Valerio Abeledo, editor.

Voz del desierto, por Eduardo Talero—(Edición de la «Sociedad de Escritores de Buenos Aires»).

Thespis, por Carlos Octavio Bunge—(Biblioteca de *La Nación*).

El problema social, por César Iglesias Paz—Arnoldo Moen y hermano, editores. *(Nos ocuparemos de él en el próximo número).*

Cuentos Extraños, por Juan Mas y Pí—La Plata—*(Nos ocuparemos de él en el próximo número).*

Vendimias Juveniles, por Manuel Ugarte.—Garnier hermanos, París—*(Nos ocuparemos de él en el próximo número).*

NOSOTROS.

NOSOTROS

—

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

(CONTINUACIÓN)

Pero su atención se reconcentraba en Buenos Aires, en el punto a que convergen todas las fuerzas del país, como al cerebro todos los nervios del cuerpo. Buenos Aires era su pasión y su esperanza; daría la mitad de su vida por despertar dentro de un siglo y contemplarla durante un mes, quince días, una semana sólo. Y en su entusiasmo, vuelto ya al coche que rodaba sin sacudidas por los rieles del tranvía, hablaba menos incorrectamente que de costumbre, con el rostro animado, los ojos brillantes, señalando con ademanes expresivos las cosas que creía ver en el futuro.

— ¡Hasta arte y literatura! Nada nos faltará, todo lo tendremos, todo está en germen, todo vibra y late ya. Comercio.... ahí están esas casas, que mueven capitales enormes. Industria.... cuando uno llega á Buenos Aires, de cualquier lado, ve erguirse chimeneas y más chimeneas en el suburbio: se multiplican, pero ya se elevarán á potencias, ya pulularán, ya nos harán un toldo de humo, una niebla de progreso, y seremos Londres, y Nueva York y París, y todo junto! Tiempo al tiempo.

Sorprendíame su entusiasmo que no compartía yo tan vivamente, y le observé que quizás se hiciera ilusiones; muchas veces se cifran grandes esperanzas en apariencias engañosas que luego

desvanece cualquier soplo. Indudablemente Buenos Aires tenía fuerzas de expansión ya en ejercicio, pero cualquier circunstancia, una guerra, la cesación de la corriente inmigratoria, un nuevo desastre económico, la desviación de los capitales extranjeros que fueran á otra parte, podían debilitarla de un momento á otro, producirle la anemia, hasta matarla quizás. Me miró con gesto de compasión risueña, sacudiendo la cabeza.

— No, no, dijo, el triunfo de Buenos Aires es ley fatal, y nada puede impedirlo. Todavía estamos en plena crisis económica, pero nada se ha detenido ni en los momentos más críticos; el progreso ha continuado sin cesar. ¿No ves? La edificación no se ha interrumpido; ha disminuido para ir luego creciendo otra vez lenta y seguramente....

Cuando lo produzcamos todo no necesitaremos oro, y por eso á larga es bueno el proteccinismo aunque momentáneamente nos haga sufrir. El oro no es una necesidad nacional, sino un tributo pagado al extranjero. Cierra la República á la importación y no moriremos de hambre.

Cuando nos instalamos de nuevo en su casa, continuó entonando su himno á la «capital de más porvenir de América del Sur».

— Parece que te hago un curso ¿no es cierto? Pero dejame hablar. ¡Hace tanto tiempo que no ves esto! Hay que ponerte al corriente.

Buenos Aires, que despertaba, lanzábase á una vida múltiple y complicada, impelida por las fuerzas más diversas, en plena modificación del medio, de la raza, de las costumbres. Nada en ella era definitivo: de un día para otro todo variaba, desde el tipo de la ciudad hasta el de sus habitantes. Cada raza nos traía algo de sus cualidades y defectos, y poco á poco esas razas iban confundiéndose, haciendo una sola, cuya evolución estaría completa dentro de un tiempo relativamente corto. El suelo se modificaba con el cultivo y la producción. La mezcla de sangre traía la mezcla de costumbres, y la creación de un carácter propio.

— Nuestro cosmopolitismo va á hacer nuestra nacionalidad Cerrando las puertas á la inmigración, dentro de cincuenta años los extranjeros serían escasísimos, dentro de cien no habría uno solo en el país. Sin cerrarlas el resultado será muy semejante,

salvo que la inmigración tome entretanto un vuelo enorme, lo que sería de desear.

Nos hallamos sentados en el escritorio que hacía las veces de sala, mirando pasar los tranvías, que en un principio llevaban escasos pasajeros, y que, poco á poco, según adelantaba la tarde, iban pasando más llenos cada vez, como en una mudanza de media ciudad, hacia el arrabal de Belgrano y el barrio de Palermo, donde los alquileres son más baratos. La conversación decayó cuando las primeras sombras de la noche invadían el escritorio, casi desnudo de muebles, sin más adorno que una inmensa estantería llena de libros que ocupaba toda una pared, y sobre la que batía la luz que entraba por una de las ventanas de la calle. No había observado aún el pobre mueblaje: varias sillas y un sofá de nogal y esterilla, dos grandes sillones de Viena, una larga y ancha mesa cubierta de papeles y libros en desorden, en el centro, justamente debajo de la araña de gas; el piso estaba cubierto por una alfombra ordinaria, y las paredes modestamente blanqueadas y recuadradas.

— ¿Estás pobre? pregunté .

— ¿Lo preguntas por mi instalación? No. Esta casa es mía, tengo otra más al centro que me da buena renta, y luego algunas entraditas que me producen de mil á mil doscientos pesos mensuales. Pero el lujo no es mi fuerte y me impediría trabajar y pensar. Ya verás la casa, que no es mala: fondo completo, de sesenta y cinco varas como en otro tiempo, pero el terreno está casi todo ocupado por la huerta, donde hago un poco de ejercicio por las mañanas. Ya verás. Pero es hora de ir acercándonos al centro, si queremos comer.

El sol, después de dorar los frentes de las casas de la izquierda, se había ocultado tras de ligeras nubes rosas, y la lontananza evaporada, en aquel día de otoño, tomaba tonos violáceos, verdosos y sonrosados, con algunos toques apenas perceptibles de amarillo de Nápoles, mientras que, sobre nuestras cabezas el cielo estaba diáfano y pálido, de un celeste claro, más intenso hacia el naciente, donde las estrellas comenzaban á agujerear la bóveda como clavos de oro. Tomamos el tranvía, una jardinera que, casi vacía, rodaba con gran ruido de hierros, cruzándose con

otras, repletas de gente, los últimos que huian del centro una vez acabada la tarea.

— ¡Cuando pensás irte? preguntó Lové.

— A principio de Mayo, para llegar en primavera.

— Tengo tiempo entonces, — murmuró entre dientes.

— ¡Tiempo! ¿de qué?

— Nada; algo que se me ha puesto.... Quisiera convencerte de que harías mejor visitando el país. Para eso tengo un proyecto, un excelente proyecto: vamos á visitar Buenos Aires en estos días: yo te serviré de guía. Es curioso Buenos Aires para el que sabe mirarle; yo me ocupo de estudiar sus modalidades, sus costumbres, su vida, desde hace mucho tiempo. Primero lo hice inconcientemente, con pensamientos vagos sobre lo que veía al azar, sin términos de comparación, no habiendo visitado otras ciudades; luego, poco á poco, fuí dándome cuenta de que poseía ciertos elementos de juicio, en lo que se refiere á nuestra edilidad, al hojear estadísticas, al recorrer los artículos de los diarios; más tarde, cuando salí por la primera vez de la ciudad, ví más claro, libre del movimiento que tenía que arrastrarme como á los demás, y sobre todo escapado á la costumbre, verdadera venda que impide ver muchas cosas interesantes; entonces, cuando volví, me puse á observar de nuevo, conscientemente esta vez. Ahora estás desocupado ¿querés que trabajemos juntos?

— Si te parece tan interesante....

— ¡Como no!

Yo le escuchaba, pasivo, interesado por su conversación, satisfecho de haber escapado á la trivialidad y el formulismo que me perseguían desde mi llegada. Sin embargo, una vez lo interrumpí: Acababa de subir al tranvía, acompañada por una dama anciana, una joven de sorprendente belleza, morena, de cabellera opulenta, negra, con reflejos azulados, los ojos grandes, labios algo fuertes y muy rojos, el rostro oval, un poco alargado, la nariz fina, recta, la frente alta y tersa, la oreja pequeña.

— ¡Mira! exclamé tocando á mi amigo con el codo.

— ¡Lindísima!—exclamó;—es la de Cuecho, una señorita de lo más distinguido, como dicen las crónicas.

Y como la niña miraba hacia nuestro lado, saludó, con ademán correcto, quitándose el sombrero é inclinándose levemente.

— ¡Es una preciosura! agregó, volviéndose hacia mi y dando por terminado el incidente, para continuar catequizándome.

Muy cerca de mi oido, hablábame con voz clara, rápidamente, como poseedor de tema hasta en sus menores detalles, mientras que yo consideraba á la niña, sentada algo adelante de nosotros y cuyo fino perfil me presentaba á veces al mirar á uno y otro lado. Sin duda era hermosísima, de aire distinguido, vestida con elegancia y riqueza, casi sonriente, tal era la placidéz de su rostro y el brillo puro de sus ojos negros. Me extrañaba verla en el tranvía, porque indudablemente debía tener carruaje: la dama y ella parecían muy ricas, llevaban encima blondas y encajes de mucho valor.

— Mirá, seguía diciendo Lové; no hay desperdicio en Buenos Aires, ni en la vida pública, ni en la vida social, ni en la vida privada. Nuestra política es nuestra y de nadie más: estamos tan lejos de las republiquetas centro americanas como de las repúblicas de Norte América y Europa. La prensa política tiene un tipo híbrido curioso y casi sin parentesco conocido. Los partidos sin rumbo claro, personalistas aunque excomulguen el personalismo, ambiciosos de mando más que de otra cosa, plutócratas casi todos ó todos, ofrecen un campo inmenso á la observación. El socialismo nace en condiciones aparte, muy diversas de las de Europa, mientras que la anarquía no encuentra tierra fértil y muere antes de brotar. El pueblo, en su gran mayoría, queda indiferente, hasta en los grandes sacudimientos como la revolución del 90. Y el comercio ocupa á todo el mundo, y lo arrastra á una vida vertiginosa, lo lleva á la especulación, lo trastorna y arrebata en una incesante lucha, con necesidades crecientes, con ambiciones cada vez mayores, en que el dinero es el único medio y el único fin. La industria, pequeña todavía, que sin embargo lo intenta todo y que fabrica espejos, mosaicos, pasamanería, paños, tejidos, tapicerías, carruajes, aceite, todo, todo lo necesario, todo, todo lo superfluo, hasta billares y barniz; artificial y de vida precaria en muchos ramos, pero en otros exhuberante y sólida, llena de salud y porvenir. Y las profesiones liberales, con sus costumbres aparte, su psicología especial, como es especial la de los comerciantes. Médicos, abogados, ingenieros, hasta artistas, envueltos en especulaciones de Bolsa, en socieda-

des anónimas, en industrias agrícolas y ganaderas, haciendo entre cura y cura, entre pleito y pleito, entre plano y plano, operaciones bancarias, compraventas de tierra, de ganados, de cosechas. Y la turba de empleados públicos, ignorantes de la administración, refugiados por ineptos en las oficinas gubernativas, esperando una ocasión para hacer dinero: un secreto adivinado, una alta protección, un servicio inconfesable. La inmensa y doble centralización, una dentro del país, la capital; otra dentro de la capital, la *city*; hoy desde Callao al río y desde Alsina á Cuyo ó Corrientes.

Se interrumpió. Las dos damas, madre é hija sin duda, iban á bajar del tranvía, y lo saludaban con una ligera inclinación de cabeza.

— ¡Indudablemente es muy linda! exclamé.

Me miró sonriendo, se encojió de hombros y continuó:

— Todo es curioso. El raro concepto que existe de la autoridad, que no toma para nosotros contornos respetables, en lo que nos queda de bonhomia de la aldea que fuimos y que no ha desaparecido del todo. El gobierno nacional, que codeamos todos los días al salir de la Casa Rosada, que casi tuteamos; el gobierno comunal, más cercano aún, sólo temible por los impuestos; las cámaras, cuya vida íntima conocemos de pe á pa, y de cuyos miembros habla el almacenero de la esquina como si se hubieran criado juntos, lo que suele ser cierto: la policía, más temida porque en otro tiempo solía hacer sus barrabasadas, pero no menos burlada por eso. ¡Y ya ves si hay tela en qué cortar!

— ¡Y tanta! exclamé.

— Lo que aquí sucede toma contornos propios, característicos, tanto en las manifestaciones de la vida pública como en las privadas. La beneficencia, que gasta al año enormes sumas, pesimamente invertidas en la generalidad de los casos; la instrucción primaria que, después de muchos tanteos, parece por fin tomar rumbo; la instrucción secundaria que deja á los muchachos tan ignorantes como si nada hubieran estudiado, y las facultades, que suelen limitarse á dar certificados de sapiencia: la de derecho, escolástica, metafísica, superficial; la de ingeniería que sólo abre el camino para que puedan estudiar y saber los que quieran, después de recibidos; la de medicina, donde todavía reina anarquía

de escuelas, de modo que el alumno tiene que tomar partido. Y la vida privada en sus múltiples manifestaciones, desde el conventillo hasta el palacio, desde las familias del país ó ya aclimatadas hasta los que no se han despojado aún de las costumbres que trajeron de su tierra según la raza, la religión, los medios económicos, la educación, hasta la moda del momento, en un cosmopolitismo actual que es una verdadera maraña, pero que tiende poderosamente á la homogeneidad futura dentro de cada clase, porque como habrán notado, ya se fundan aristocracías, sobre bases tan falsas cuanto injustas.

— Tu plan de estudio,—dije—es demasiado vasto para que podamos recorrerlo ni aun superficialmente en un año entero. Y ya sabes que apenas tenemos más de un mes. Yo no renuncio á ir á Europa.

— Algo veremos, y peor es nada. Claro que para hacer un estudio profundo y concienzudo se necesita tiempo, mucho tiempo, y sobre todo conocimientos especiales, que ni tú ni yo tenemos.... á menos que te hayas hecho un sabio en la estancia.

ROBERTO J. PAYRÓ.

(Concluirá)

ÉTICA DEL CRISTIANISMO *

El *judaísmo*, la vieja religión de los hebreos, tal cual se refleja en los libros sagrados que forman el *Antiguo Testamento*, arranca sus concepciones éticas de dos ideas fundamentales: la existencia de un Dios-providencia y el Talión. El Dios-providencia representa una suma idealización del antropomorfismo religioso. Jehová es una divinidad única, con poderes, sentimientos é ideas humanas. Profesa inquebrantables principios éticos, que le sirven de criterio para calificar las acciones de los hombres y castigarles ó premiarles. Los premios y castigos se verificaban en la vida material y mortal, pues parece que el pueblo hebreo no tuvo una noción clara de la inmortalidad del alma casi hasta la proximidad de la era cristiana.

Es probable que esa noción le repugnara, dada su fe sombría y absoluta, la más absoluta de la historia, por acercarse un tanto al heroísmo politeísta y al panteísmo. El monoteísmo hebraico no admitía nada más que á Jehová sobre la naturaleza sensible. Por esta repugnancia, prescindencia ú obscuridad del principio de la inmortalidad humana, Jehová, para premiar á los buenos, aumentaba sus ganados, fecundaba sus cosechas, protegía sus mujeres dándoles hijos varones; les colmaba, en fin, de bienestar y prosperidad. A los malos, castigábales también en sus bienes y sus afectos. Sus bendiciones y maldiciones pasaban de generación en

* De un libro en prensa.

generación. El *criterium* para juzgar lo bueno y lo malo constituíase, en primer término, por una virtud general y suprema, el Temor de Dios, y, en segundo, por una serie de virtudes especiales de bastante culta y elevada moralidad. Revelábase el temor de Dios en el estricto cumplimiento de un vasto y complicado ritual, que comprendía como partes esenciales : la oración, los sacrificios, la santificación de las fiestas, la concurrencia al templo, el homenaje al sacerdocio, el no comer carne impura como la del cerdo y la liebre y la puntual ejecución de ciertos actos menos importantes de piedad exterior. Los sentimientos religiosos ostentábanse aparatosa y públicamente, para edificación de los tibios espíritus. Divinidad absoluta y celosa si la hubo, Jehová reprueba como supremo crímen la impiedad y la idolatría. Las reglas morales propiamente dichas se hallan admirablemente condensadas por Moisés en el Decálogo; condenábase el desafecto filial, el robo, el homicidio, la fornicación, el adulterio.

Los castigos ejemplares de Jehová fueron calcados del talión ó sea del humano ejemplo de la represión de la maldad ó injusticia haciendo sufrir, á quien la ejecuta, pena equivalente á la causada por su acto punible. «Ojo por ojo, diente por diente.» En el *Levítico* (XXIV, 17-22) se define así el talión : «Aquel que mate un hombre, cualquiera que sea, será castigado de muerte. Aquel que mate un animal, deberá reemplazarlo; vida por vida. Cuando un hombre haya inferido una herida á otro, se le inferirá una igual; fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente; se le hará el mismo mal que él hiciere á otro hombre... No tendréis más que una ley; el extranjero será como el nacido en el país; pues yo soy el Eterno, vuestro Dios.» De esta manera el talión viene á tener un doble carácter, humano y divino. Humano, cuando el hombre, de acuerdo con los preceptos religiosos, se venga por sí mismo ó por medio de sus gobernantes : sacerdotes, reyes ó jueces. Divino, cuando Jehová castiga directamente la impiedad y la maldad.

El Dios-providencia de los hebreos era también un Dios legislador. La moral preceptiva y la legislación judía confundíanse en su común origen, el mandato divino. Como en todas las religiones naturales y en todas las sociedades teocráticas, el derecho y la moral, para el judaísmo, formaban una unidad indivisa en el seno de la concepción religiosa. La autoridad de los sacerdotes, re-

yes ó jueces, en fin, el gobierno social, era al propio tiempo religioso y jurídico.

Por el aumento de la cultura definiéronse, hacia el siglo II antes de Cristo, dos nuevas concepciones religiosas: la Expiación y la Inmortalidad. Vino la primera á completar y elevar la noción del talión; la segunda, el concepto de Dios-providencia. Puede decirse que es en el *Libro de Job* donde se define, si no las dos nuevas concepciones, por lo menos la nueva idea expiatoria. Job, varón justo y temeroso de Dios, es amagado por males irreparables y penas insufribles. Sus propios amigos llegan á dudar de su virtud, y él, en el paroxismo de la desesperación, reniega de Jehová. Pero, como Jehová le habla y conforta, él se somete y le acata. El Dios-providencia no quería más que humillarle y probarle, como á hijo predilecto, para compensarle luego, como en efecto le recompensa. Hállase ahí en germen la idea de la gracia, ó de la predilección divina; la gracia se traduce en pruebas cuyo efecto es purificar el alma. La pena puede tener entonces, no ya siempre, un carácter de castigo, sino también de redención y perfeccionamiento, vale decir, de expiación En el varón justo como Job, más que por expiación de una falta determinada, verifícase por gracia una especie de sufrimiento depurador, que luego, en el cristianismo, podrá redimir igualmente los más empedernidos pecadores. Hay así en la adversidad que nos envía el Dios-providencia una intención generosa que eleva y dignifica la primitiva idea del talión, de la mera vindicación ó venganza de una divinidad ofendida y colérica como un hombre.

El concepto de la inmortalidad del alma humana ha sido posiblemente infiltrado en el judaísmo por la cultura griega. En todo caso, este concepto no adquiere suficiente nitidez y seguridad más que en el cristianismo, donde completa la idea de la expiación con una ética neta y declaradamente perfeccionista. «Dios creó el hombre á su imagen y semejanza», según el *Génesis*. Mas esta semejanza sólo adquiere suficiente acentuación con la noción de la inmortalidad del alma, á fines de la era precristiana. Concreta ya esta noción en la doctrina de Cristo, puede Él entonces presentarnos la más sublime síntesis de todo perfeccionismo religioso-moral: «Sed perfecto como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos.» Como toda religión de cultura, el cristianismo es pues más

definidamente perfeccionista que la religión natural que le antecede y sirve de base.

En el ánimo de Jesús, en las prédicas de San Pablo y de los demás apóstoles, y, por consiguiente, en las interpretaciones primeras de la nueva doctrina cristiana, hállase la idea madre de la Piedad, la simpatía al dolor ajeno, la conmiseración de los infelices y los desheredados. Esta idea ó sentimiento primordial y generador adquiere su poderoso dinamismo porque se basa en una concepción de la Igualdad humana, la igualdad de todos los hombres, en derechos y deberes. En forma tan absoluta y categórica, el *principio ecualitario* viene á ser nuevo y revolucionario para las civilizaciones de Occidente. La igualdad ciudadana ó republicana de griegos y romanos, la filosofía de la amistad cívica de Sócrates, Platón y Aristóteles, la doctrina de los estoicos, son todas concepciones humanitarias que sirven de antecedente á la igualdad del cristianismo; pero que en ninguna manera lo equivalen. No olvidemos que la república greco-latina es patrimonio exclusivo del ciudadano, y que la ética de Aristóteles justifica la esclavitud. Los estoicos se acercan más al cristianismo, llegando hasta proclamar una especie de igualdad ideal y á condenar la esclavitud. Mas carecen de esa *caridad activa* que tan eficazmente propende, en la teoría cristiana, á mejorar la condición de los débiles, vencidos y desgraciados.

Si la caridad es la primera virtud cristiana, la igualdad es el principio filosófico de la caridad cristiana. «Ya no hay esclavo ni libre, ni griego, ni judío, ni hombre, ni mujer, pues todos sois uno en Jesucristo», exclama enérgicamente San Pablo (Epis. á los Gálatas, III, 28). Extremando este principio ecualitario, los primeros padres de la iglesia llegan hasta desconocer la legitimidad del derecho de propiedad, ó sea su valor ético. «La naturaleza, dice San Ambrosio, ha sido dada en común á ricos y pobres. ¿Por qué, oh ricos, os arrogáis vosotros solos su propiedad? La naturaleza ha creado el derecho común. La usurpación hizo el derecho privado.» «La distinción de ricos y pobres no parecía á los primeros doctores de la iglesia más ni menos justa que la de los señores y esclavos (1).» «Ante Dios, dice Lactancio, no hay ni esclavo ni señor,

1. A. Fouillée. Cita á San Ambrosio *(De offic.*, I, XXVIII);

puesto que él es nuestro padre común; todos somos libres. Ante Dios no hay más pobre que aquél que carece de justicia, ni más rico que aquél que lo es en virtudes.» «¿Con qué derecho, pregunta San Agustín, posee cada cual lo que posee? ¿No es por derecho humano? Según el derecho divino, Dios ha hecho los ricos y los pobres del mismo barro y una misma tierra los sustenta. Es por virtud del derecho humano por lo que puede decirse: «Esta ciudad es mía, esta casa es mía, este esclavo me pertenece.» Mas el derecho humano no es otra cosa que el derecho imperial. ¿Por qué? Porque por medio de los emperadores y los reyes del siglo distribuye Dios el derecho humano al género humano. Suprimid el derecho de los emperadores, ¿quién osará decir: «esta ciudad me pertenece, este esclavo es mío, esta casa es mía?» Y como este texto, muchos otros sostienen que «la propiedad no es de derecho natural, sino solamente de derecho positivo; más aún, de derecho imperial».

Es del caso preguntarse si, realmente, en el cristianismo puro, tal cual lo enseñara Jesús y lo difundiera San Pablo, se condena la propiedad. A mi juicio, la cuestión tiene dos fases íntimamente conexas: el *trabajo* y la *propiedad*. Se ha señalado como curiosísima «laguna» de los evangelios, su silencio respecto del trabajo. Respecto de la propiedad, se recuerda ante todo la famosa sentencia de Jesús: «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios»...

Compréndese claramente el silencio de los evangelistas respecto del trabajo. El trabajo organizado y eficiente implica la división social del trabajo. Esta división significa la desigualdad social. Al condenarse las desigualdades sociales, condénase al trabajo como un *medio de cultura* política y material. Los evangelistas no justifican pues el trabajo en la forma existente en las civilizaciones antiguas. En cambio, al hacer de la caridad eje y centro de la nueva ética, recomiendan tácitamente todo trabajo con *fines caritativos*, ó de cultura religiosa y perfeccionista.

La propiedad es como una forma del trabajo, «trabajo cristalizado». Cuando el trabajo se cristaliza con fines de cultura políti-

---

Lactancio *(Inst. Crist.*, V, XIV); San Agustín *(In Evangel. Johanhis.; Tract*, 25, 26).

ca y material, es condenable. Revela desigualdad, y por consiguiente injusticia humana. La propiedad, para justificarse, debe ser empleada en obras piadosas y caritativas.

El silencio de los evangelistas sobre el trabajo y sus poco explícitas declaraciones sobre la propiedad, no obstan, me parece, á una clara comprensión de la verdadera doctrina cristiana. En esta doctrina la igualdad es el ideal supremo para el reino de Dios, en el reino del Hombre existen desigualdades de trabajo y de propiedad que deben tolerarse por espíritu de caridad y por la firme esperanza de que esta caridad será premiada en el reino de Dios. Por esto abundan tantas sentencias y parábolas en la prédica de Jesús encareciendo el mayor valor ético de los pobres y los humildes respecto de los ricos y los poderosos de la tierra.

Es ahí donde está la verdadera *transmutación de valores éticos* operada por el cristianismo. Para los paganos, y en cierto modo también para los hebreos, los ricos y los poderosos — los sacerdotes, los reyes y los guerreros — eran éticamente superiores á los trabajadores y esclavos. La gran revolución que engendra el cristianismo en el mundo antiguo no es más que la valorización de las cualidades de los débiles y los vencidos, que antes se consideraran negativas. Para los romanos, la expresión «bajeza de alma» significaba la existencia de sentimientos humanitarios en los ciudadanos, y, especialmente, en los aristócratas del imperio; para los cristianos, la falta de sentimientos humanitarios es la verdadera «bajeza de alma».

De la virtud suprema, vale decir, de la Caridad, se desprenden, para el cristianismo puro, una serie de virtudes secundarias y concomitantes: Castidad, Resignación, Pureza de alma, Fe, Esperanza, etc. Y todas ellas giran alrededor del principio de la igualdad humana y de la plena seguridad de una compensación justiciera para despues de la muerte.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

LA DAMA DEL JARDÍN

Mirando anoche tu semblante
De una frescura de jazmín,
Y el aire fino y arrogante
Con que cruzabas el jardín:

Contemplando tu cabellera
Ardiente y blonda como el sol,
Tu boca exigua y hechicera
Como un fantástico arrebol;

Al admirar de tus pupilas,
Con suerte extraña de avidez,
Los armoniosos tonos lilas
Y la profunda languidez:

Viéndote joven todavía,
Llena de encanto y de vigor,
En la opulenta lozanía
De tus treinta años en flor,

Electrizando con la aureola
De tu belleza singular,

Al que te vé, mágica y sola,
Mágica y honda como el mar;

Al Tiempo duro é implacable,
Formulé un ruego de pasión
Y le pedí guarde, impecable,
Como un tesoro de ilusión,

Tu juventud, riente y sonora,
Con vibraciones de cristal,
Fuente perenne donde mora
Cuanto hay de hermoso y señorial.

Así fué el voto, bella dama,
Que anoche mismo pronuncié,
Mientras hendias en la grama
Del parque rústico tu pié.

No soy tu paje ni tu amante,
La vida nunca nos juntó,
Pero yo te he visto un instante
Y ese momento me bastó.

Muchas mujeres prodigiosas
Por mi camino cruzarán;
Muchas mejillas como rosas
Mi sendero perfumarán.

Miraré estrellas en los ojos,
En frescos labios el rubí,
De otras mujeres tendré antojos,
Porque mi espíritu es así,

Pero jamás, estoy seguro,
Veré quien tenga tu perfil,
Ni quién supere en el futuro
Tu cuello ágil de marfil.

Y así como un frasco de esencias
Conserva siempre su olor,
El ópalo sus transparencias,
La perla fina su valor,

Así también, eternamente,
En mi memoria vivirás,
Y como astro resplandeciente
Sola y altiva reinarás.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

LOS ORIENTALES

Gente española descubrió el Uruguay, y como pereciesen bastantes en un desembarco, á manos de los aborígenes, ni entonces ni en lo sucesivo se procedió á la comedia de arrancar puñados de pasto, girar en el aire las espadas y tomar posesión del territorio en nombre del rey.

El país estuvo abandonado dos siglos, pues no ofrecía aliciente á los buscadores de Ofires. La primer tentativa de colonización—si tal puede nombrarse un fortín, antes que se elevase vivienda española en todo el atlántico del sud—fué arrasada por los indígenas.

Fundada Buenos Aires, al otro lado del rio, hubo nuevos intentos de erigir villas en la Banda Oriental, pero tampoco prosperaron. La gran tribu bélica de los charrúas, con sus hachas y boleadoras de piedra, señoreaba el largo del Plata y dificultaba su conquista.

A la luz de la leyenda—prosa y versos de soldados y frailes—combaten sin cesar, con sombrío furor, los hombres de las hachas de piedra, y en tales fabulosas páginas cualquier tribu vale por Troya y cualquier cacique sale hombro á hombro con Eneas.

* * *

La concentración de los conquistadores, desde el siglo XVI, se operaba hacia el Oeste y tomó fuerza con la fundación del Sacra-

mento por los lusitanos, viéndose de allí en adelante guerras é incendios en los contornos de la ciudad del contrabando, disputándose algo menos de una legua de tierra—en tanto que el resto del país permanecía salvaje—españoles, lusitanos é ingleses, con fortalezas y navíos.

Grandes naves calaban las aguas del Sacramento ó la Colonia. Naves inglesas, portuguesas, holandesas. Importaban negros esclavos, manufacturas y armas de Europa, sedas de la India, te y porcelanas de la China, especias de Molucas, de que surtían al continente clausurado al comercio, y exportaban, en cambio, sebo, cueros y crines. Guerras y tratados con Portugal para recuperar la Colonia, inútiles. Apoyado por Inglaterra el intruso, planeó señorear nuevos territorios valdíos, y á ese fin ocupó por armas y flota la enteramente desierta bahía de Montevideo. De allí logró echarlos el español y alzar villorrio socorrido de fuerte. ¿Debemos decir que cualquier casa de comercio de la época podía enorgullecerse de estar más poblada que el villorrio? Vino, sin embargo, á engrosarlo, al poco tiempo, desde la península, un cargamento de gallegos que los temporales no quisieron hundir...

La lucha con los portugueses no amainó, y al cabo éstos, por habilidad y diplomacia, se quedaron con Río Grande, grande como un reino europeo, templado de clima, y aunque montañoso propio para ganados. Perdió también España parte de las Misiones, el Guayrá y Matogroso.

* * *

En su génesis, la conquista española recordaba poco ó nada un poder central. Sus tropas, ni cultas ni moderadas. Antes bien hombres de presa y delincuentes arrancados á los presidios. Nada más desemejante que los fanáticos y honrados compañeros de Penn y los aventureros de Carlos V. Iban éstos por donde les placía, y en nombre del rey asaltaban imperios y ciudades. Sin nociones de humanidad, ni ideales de ninguna especie, traicionaban y mataban á los indígenas con igual despreocupación que si estuvieran dormidos y soñando. Ni los ríos de plata, ni la estupenda magestad de las montañas, despertaban asomos

de admiración en estos hombres de pura vida interna. Y cruzaban eriales á las mismas aves ingratos, bosques de nocturna oscuridad, ciénagas habitadas de caimanes, abatiendo naciones con las espadas. Ni eran mejores entonces las costumbres de los Estados que las particulares, siendo en ellos la lealtad, extranjera. Un cristianismo degenerado encubría hipocresías peores sin comparación, que las paganas. ¿O tenían algo de común los asesinos de la Inquisición con el riente excepticismo ciceroniano? La brutalidad germánica había segado todas las flores del Imperio: gracia, delicadeza, poesía. Pan era un diablo; diablos las divinidades de la infancia del mundo, las deificadas fuerzas. El diablo, católico ó protestante, asomaba su silueta sulfurosa por toda aquella tiniebla que el reciente descubrimiento de las Indias Nuevas iba á tocar de rosicler.

La ciencia sepultada bajo siete piedras. Epicuro vagando, á modo de sombra infernal, en el Orco dantesco. Los sabios devoraban leñosa corteza aristotélica. Del crimen se redimían los mortales con bulas y teorías de gracia.

¿Que guerreros podían salir de una semejante sociedad?

* * *

Al Plata vinieron gentes menos bruscas y la conquista no pesó con el horror de la tragedia, siendo acaso el cargo más fuerte imputable á los dominadores, sus estrechas miras fiscales. «Es preciso confesar, dice el virtuoso sacerdote revolucionario Juan Ignacio Gorriti, que el gobierno español, después del francés, fué el menos tiránico. Sería honorable para la nación española y consolante á la humanidad, poder contribuir esta lenidad comparativa á un resto de pudor y de amor á la justicia, que no le permitía los refinamientos de tiranía que ejercen otras naciones en sus colonias. El pueblo americano estaba educado en la ignorancia más estúpida. Si se hacía ostentación de algunos establecimientos literarios, era para hacer perder su tiempo é inutilizar á la juventud en el estudio de ciencias estériles. Las matemáticas, la física experimental, la geografía, el derecho público, la economía política, la ciencia de la legislación, eran materias

proscriptas en las universidades. Los libros que trataban estas materias nos eran prohibidos inquisitorialmente en nombre de la religión. Se sospechaba de la creencia de los que á escondidas se atrevían á leerlos. Las costumbres no eran mejor tratadas que las ciencias. Se fomentaban ciertas prácticas minuciosas y se decuidaban las de una virtud sólida. Un hombre que se inscribía en todas las cofradías y hermandades, que oía todos los domingos misa y frecuentaba sacramentos, era aceptado por ejemplar, aunque fuese un avaro injusto, aunque desease ganancias sórdidas y defraudase al jornalero del precio de su trabajo; aunque fuese un marido duro é intratable, un padre cruel, ciudadano indolente y amigo infiel. Por medios indirectos se fomentaba en los americanos la pereza y con ella los vicios que la siguen, trabando los progresos de la industria y poniéndonos en la necesidad de ser miserables pisando las riquezas.»

* * *

Poco prosperó la Banda Oriental bajo los españoles. Caía sobre sus villorrios la sombra del poder militar. Las playas, llenas de guardacostas; el litoral, sin un faro, de suerte que las noches en las riberas se asemejaban en su soledad á las noches primitivas.

Las mercaderías de España llegaban aquí por el camino del Perú, trepando el Ande. La inteligencia sin libros hacía juego con los campos incultos, casi sin un arado. La sociedad, dividida en castas. Media población, negros de lanuda cabeza, esclavos. La otra mitad, ó poco menos, gauchos ó jinetes pastores. Y rigiendo á estas 25 ó 30 mil almas, medio millar de funcionarios; dos ó tres mil soldados. Los gauchos, enemigos de toda autoridad, formados á los rigores del clima, sintiéndose libres en sus desiertos, acabaron por rebelarse contra los españoles; pero antes ocurrió lo de las invasiones inglesas que rindieron á Montevideo y á casi todo el país, abandonado al fin por capitulación de su general en las calles de Buenos Aires.

* * *

La revuelta de los nativos estalló en los campos de Asencio. V. Benavidez era un intrépido ambicioso. Entró al servicio de España y fué ascendido á cabo; pero el cabo no se sentía á gusto y le fastidiaba verse entre locuaces gallegos y maldicientesc catalanes.

Reía para sus adentros viendo los oros del general de su guarnición y la faz ceñuda de sus jefes, y en cuanto el vecino Pedro Viera le habló secretamente de algo que en secreto sabía, vió acercarse el tiempo que amaba.

Viera le enseñó letras de Artigas, nombre que resonaba en los campos. Se le sabía tratando con la Junta de Mayo, tratando de levantar en la región una tempestad de aceros. Y aquella carta, dirigida al comandante militar del pago, D. Román Fernández—el injustamente sumergido en el olvido, hombre circunspecto, valiente y buen patriota—no dejaba dudas, pues ordenaba sublevarse en las cuchillas, fuese con un hombre, fuese con mil. La carta pasaba de mano en mano, sin temor de traiciones, y cada paisano que la oía leer ó la leía quedaba conquistado para la causa. Hartos estaban de gobierno español. Ni olvidaban la campaña de los criollos del pago de Mercedes contra los indios charrúas, invencibles para el español en siglos de lucha; ni cómo ellos, trepando en sus potros, tras un galopar de dos días y dos noches habían vencido á la tribu, pecho á pecho, y degollado á sus caciques entre los pastos. Esto los erguía y lo de haber peleado contra el inglés, mientras todo un virrey de las Españas huía. Menospreciaban al español y escupían cada vez que se encontraban con uno de sus titulados señores. Las cosas se hicieron según indicaba la carta. La guerra costó poco á los gauchos.

A mucho perder, perderían 1000 hombres en 3 años de guerra, bastando tres combates serios—dos en tierra y el otro en el mar del Buceo—para dar buena cuenta de la dominación.

* * *

Los argentinos costearon en gran parte la campaña de la Banda Oriental. José Artigas, viejo blandengue, cuyos años viriles corrieron en los campos salvajes, no amaba la civilización de las comodidades, vale decir de las ciudades, inclinadas al orden, aunque fuese un rey quien mandara.

Nacido «el Oriente»—como llamaban á esta tierra sus hijos—dos siglos más tarde que el país argentino, carecía de una clase social de alta cultura, de bienes y de propio poder. Sin fortuna, sin aristocracia, el país de los gauchos repudiaba toda intención monárquica. Era un estado anárquico lo que por ley natural debía surgir entre esa gente sin tradiciones de gobierno y que aun no hacía un siglo estaba asentada sobre el país.—¿Gobierno? Los cañones de las plazas fuertes de Montevideo, Maldonado y la Colonia. Más allá del tiro de cañón, toda autoridad, á no ser la del coraje, irrisoria. Tomados los cañones, ya no había tutela. Este era, más ó menos, el confuso presentimiento de aquel pueblo. Varias generaciones vivieron y murieron de Garay á Zabala, padres de las dos metrópolis platenses, y en tanto la Pampa de Buenos Aires era hollada por jinetes pacíficos en 1600, en 1800 apenas se veía otra cosa que bosques silvestres, ganados sin dueño y bandas de perros cimarrones en las campiñas de «el Oriente». Artigas simbolizaba, pues,—sin ser inculto— el héroe de poncho, igual que el héroe de Salta ó Entre Ríos en su misma época. Y sin embargo, titulándose «Protector de los pueblos libres», plantea el problema formidable del futuro, él antes que nadie, intentando imponer ásperamente su solución y su hegemonía local á las clases ilustradas de Buenos Aires, oscilantes entre la democracia y el reino. Gobierno democrático, representativo, federal; libertad de cultos; amplia difusión del saber, eso pide el displicente jefe de lanzas. Los otros caudillos de provincia, suerte de reyes bárbaros, adhieren á los planes de este enorme caudillo y dan al virreinato antiguo el aspecto del Caos. ¿No debería llamárseles, antes que bárbaros, históricos señores feu-

dales de las Indias Nuevas? Maldecirlos ¿no es maldecir también las leyes de la evolución humana?

* * *

No guerreó solamente contra el directorio el jefe oriental. Peleó asimismo contra los portugueses, conquistadores de su tierra. Ellos echaron al quemadero miles de veteranos. En un lustro de guerra la comarca perdió el 50 o/o de su población viril. Se riñeron centenares de acciones. Con razón, en cada surco de la tierra oriental socavado por las lluvias, se ve aun el plomo de sus peleas. Derrotado su postrer girón de batallas, pasó el Protector á los campos de Entre Ríos, á exigir obediencia á uno de sus aliados, que acababa de imponer á la metrópoli el federalismo por la victoria. Pelearon. Vencido el viejo Protector, se refugió en el Paraguay, donde se entraba para no salir, y en esta China americana vió acercarse las grandes sombras del olvido y de la muerte.

* * *

Heredó el Brasil á Portugal en sus dominios americanos. 33 orientales, acaudillados por Lavalleja, héroe de la vieja guerra, iniciaron la nueva contra el Imperio. F. Rivera, engañosamente adicto al conquistador desde que su país fué enteramente subyugado, se pasó á los suyos, dando con ello seriedad á la revuelta. Un congreso proclamó en las cuchillas la independencia local y la anexión del país á los argentinos, quienes, agitados por los federales, bando de un nacionalismo furioso, acabaron por ser parte en la contienda. La flota imperial bloqueó en el acto á Buenos Aires que halló medio de formar marina. Esta marina, bisoña y audaz, supo cubrirse de gloria en el estuario, en los ríos y en el mar brasileño. En los campos de Ituzaingó, una sola batalla, precedida y seguida de combates, resolvió el arduo pleito. La terquedad y soberbia del emperador prolongaron un tiempo la paz belicosa que siguió á la rota de sus armas. Los intereses mercantiles y usurarios de la Gran Bretaña, el cansancio de los

beligerantes, la conquista de las Misiones por Rivera, y, finalmente, la indisplina de la gente oriental, convirtieron la tácita tregua en paz definitiva y el debate sobre posesión en declaratoria de independencia de una nueva república.

. . .

Ni Portugal ni el Brasil pudieron hacer algo en provecho de la comarca, mientras la dominaron. De ellos no quedó influencia alguna, y apenas si al idioma incorporóse el nombre de una moneda de cobre. Dominio todo militar. Las hijas del país no se casaban ni con portugueses ni con brasileños, llevando su fidelidad patriótica hasta el sepulcro por un novio muerto en la guerra.

Los dominadores importaron una causa de degeneración: la caña. Muchos gauchos se volvieron dipsómanos, haciéndose con esto más sanguinarios.

. . .

Dióse la república una Constitución calculada para los ricos y el clero. Tal carta, madre de dictaduras y madrina de demagogías, fué jurada por el pueblo ignorante de su contenido. ¿Qué podía saber el pueblo de esta clase de códigos sino sabía leer y sus propios constituyentes carecían de luces, debido al atraso colectivo y á cuatro lustros de pelea?

La nación de los acantilados y las ondas atlánticas, que parecía por su ubicación hecha á soñar el imperio marítimo, continuó siendo arena de gauchos batalladores.

¿Qué de extraño, si aun hoy, con caballos sin enfrenar, riñen los gauchos sus combates ecuestres?

. . .

Casualidad fué que la vida autónoma no se iniciase con arroyos de sangre. Los bandos movilizaron sus fuerzas y sólo las contuvo el temor á la prevista intervención de los vecinos.

De los dos caudillos, el menos liberal asumió el mando provisorio.

La primer presidencia efectiva se la llevó Rivera, hombre en su exterior grave como un templo, y en su interior festivo, amante del placer, enamorado de la Acción. Tal solían ser también los gauchos, fugitiva sombra sangrienta, no sin claridades tempestuosas. Lloraban en sus guitarras desdenes; pero cuando se presentaba el peligro lo acuchillaban, hombre ó perro hidrófobo.

Rivera gobernó «sin cobrar ni pagar á nadie». No miraba el dinero. Todo lo daba: ageno ó propio.

Su émulo Lavalleja, aliándose á Oribe, tentó derrocarlo, pero tracionando por su torvo compañero, hubo de salvar ríos á nado y confiar su vida á la protección de los montes. De su falta de lealtad le vino á Oribe la segunda presidencia que perdió guerreando contra su antecesor. Rivera, nuevamente en el mando, alióse á la Francia que exigía á Rozas el cumplimiento de sencillos deberes internacionales—y viendo su tierra invadida, no sólo humilló con un torbellino de lanzas las armas del dictador terrible, pero invadió á su vez á Entre Ríos y presentó batalla á fuerzas muy superiores y aguerridas de la Confederación, mandadas por Oribe, servidor de Rozas. Quedó deshecho, y su rival no paró hasta el Cerrito de Montevideo, desde donde, titulándose «presidente legal», reclamara sus tres meses de presidencia perdidos años atrás en un mar de sangre. Con escaso arrojo tomara la plaza defendida por cortos centenares de negros. Mas, desperdiciada la ocasión, sus 20.000 soldados—incluídos los de Urquiza—el mayor ejército que hasta entonces se viera en la América del Sud—se habituaron á vivir frente á la plaza visitada por el fantasma del hambre y á diario retemplado por héroes y á poco defendida por legiones de residentes italianos, argentinos, franceses. ¿Héroes? Ciertamente. Allí alientan José María Paz; Melchor Pacheco, el Bolivar local, Chimborazo de entusiasmos, Ares desde el ministerio de la guerra; Thiebaud con sus intrépidos franceses; y con sus italianos de ardiente corazón, el mayor de los corazones itálicos, como si toda su camiseta roja fuese toda ella un corazón. ¿Y aquel teniente, grave y alto, que murmuran comparte sus horas entre una batería y las Musas familiares?

Grande será su surco en la tierra argentina. Será legislador y general y presidente, y traducirá á Horacio. En verdad, esta lucha de Montevideo, es el combate de la poesía y la prosa. Melchor Pacheco, Mitre, Garibaldi, Francisco Acuña, versifican. Talvez el mismo Thiebaud busca una rima mientras los asados chorrean grasa en el campo contrario y el chimango avizor traza sus curvas sobre la hoguera federal.

Fuerza será, no obstante, advertir que la prolongación del asedio, antes que á motivos bélicos fué debida á causas no bélicas. Tales: que los sitiadores monopolizaban la venta del ganado de siete mil leguas de campiñas; que el clima y el país los ataban.

Eran la horda y con la horda, el saqueo. Sangrientos guerreros, fatigados por combates y travesías por desiertos de pajonales y espinoso cardo, experimentaban en aquellas horas el amoroso yugo de la comarca: la bahía azul; floreal y fructidor; la caricia del mar; la música de las brisas; el rielado de las brillantes ondas; el sol en las armas; las polvaredas en los caminos.

Hombres de la selva, la llanura ó la montaña, bien se hallaban en la región de las colinas, sobre un montículo, con la rapiña y la abundancia. Mitad bandidos, mitad poetas, gustaban del ondulante trebolar, del silbo del errante tordo fantaseador. La vida bella en la Naturaleza bella, cuando era sabor americano todavía el de la tierra americana.

Muchos Aquiles tenía Oribe. Ningún Néstor y menos algún prudente Ulises. No se parecía al reyecito del cerro de Troya, pues se resignaba con su «presidencia legal» en las laderas del Cerrito. Jamás mordiérase los puños, seco buitre zahereño, frente al centelleo de los astros. Montevideo triunfó de la prueba y el día que puso fin á sus guerrillas, con un generoso «no hay vencidos ni vencedores», juntando sus armas á las de Urquiza, marchó á derribar el Idolo rojo de los que no concibían la humanidad fuera de si mismos.

VICTOR ARREGUINE.

PÁGINA VIEJA

Mossen Diego de Valera, cauallero prudente e ardido, que con grand auctoridat de reiptos e desafios escriuio, alumbrado de claro entendimiento fue.

En cibdat de Cuenca fue nascido. Non ouo nin solar de linnaxe nin noblerias de açeitunies, mas ante en grand pobredat beuio sus primos annos, ca non auia por toda fazienda que vn arnese e vn cauallo coxo.

Mas como Don Sem Tob, dixo (engenio dino de laudar es este. Anchos e luengos de generosa dotrina son sus *Proverbios*),

Non vale el açor menos
Por nascer en vil nio.

Mucha letura fizo de tractados e descurrimientos de claros varones que compussieron para ensiemplo de la inara gente. Tal Maestro Aristote, Ibn Jofail e Raymundo de Lullio, que aquestos e muchos mas que non fablo, diuino sesso ouieron.

Conoscio de gaya sciencia o poetrya (que desta guisa de muchos es llamada), magüer nunqua fizo rimado, ca Mossen Diego non era ome de mensurar su deçir por longura de pies e musicales muedos. Mas sauia por coraçon de layes, dezires, deytados e serventesios en romance de Castilla, que es fabla donosa e gentil e sonorosa e rica, e allende desto plaçiente de parlar.

E otrosi era assaz sauidor de distinctas metrificaciones tanto

en lemosyn, tal aquellas de Maestre Alan Charrotier que fizo la *Bella Dama Sanmersi*, e Maestre Johan Lorris que el *Roman de la Rosa* de comun e general alabança compusso por virtuosa manera. E tanto, tal los rimados de Mossen Jordi de Sanct Jordi, en lengua de la catalana comarca de la cual sus fijos son en toda industria sapientes, mas en grand suerte en aquella arte que de pesca se llama, ca toda animalia de agua de dulçor e salobressa fenesce en las sus trainas de encantamiento, molas luminantes, pulpos orrificos de mirar, delfinos de tersa gentilessa e pesce-organos de soave son.

En romance de ytalia aprendio estrannas alegorias por Alighier de Florencia que en terçio rimo subio, *Deo gratias*, a exelsitudes de luçiente blancor e descendio en terçio rimo a los circulos de damnada escuressa.

Fizo mucho viaje Mossen Diego de Valera. Viaje felice e assaz luengo corrio en cortes e reynos de nos alongados, por fazer armas con estrannas lanças de pres e nonbre en la Christiandat e otrosi por aprender dotrinal de cortesia e soltura de trato, ca es juyzio de gente sauidora que tal que mucho viaja mucho se limpia e se depura de los natiuos embastecimientos.

Desta guisa anbulo fasta Bohemia, en la cual corte fue con grand onrra resceuido, e mas luego se partio para Lubeck con cartas comendatorias manadas de su rey e sennor.

Deste Mossen Diego quiero deçir la auentura e quando e como le avino. E lo vos dire en verdat verdadera, limpia e christiana, cual la que en libros de Sanct Agostino es, ca si los escriuidores engannosa e falace cosa dixeren ¿ond yran estrauiados e lacerosos por fallar conhortacion?

Seyendo de camino por comarca estranna que es al Mediodia de la Françia, avino, por se reposar, a vn cruçero de escura selva ladera .

E como quier que Mossen Diego non truxere companna nin ome de su allegança ante parescia mercante de pannos que non cauallero.

E en el comedio que reposaua luengamente en sonbra, ca era mucho postrado, allego del la *Fado Esterello*, fada aquesta de grand fermosura e encantamiento que desama los trigales e toda tierra fecunda e florescida.

Por fabula venida de Prouença que a modo de anciano vino corre en todo ayuntamiento de gente serrana, sauemos nos, los beuientes de Espanna, cuan nucidora e catiua aquesta fada es a todo mancebo que namora. Ome nunqua vio que follia de amor manada de bruxa truxesse salut e plazer del amador.

E seyendo Mossen Diego dormido, en anima la deuiso venir e crussar las lusseras que texian en el coraçon de la selva enzinas e milgranos.

Auia la dama de encantamiento manto de muy grand valer, fecho de spuma de flumen e lus matutina. El pie pequenno e brioso, orro e quito de borçeguies, follaba a la locuela los florescidos ramos de retama que broslaban el camino de randas de oro. Buen golpe de orioles e filomenas la reqüestaua, engannados de su cauelladura, que auiendo el cauello de aurea color clara, bien fazia infinta de primeriza mies.

En los ojos auia lumen de stella e rosa de lumen era el sonrrisso. Abrazaua su cuello collar de deesa, fecho en tierras de moros por arte de cauala, con fuego del dragon bermeio que fizo matar Merlin.

E seyendo, como vos ya lo dixe, Mossen Diego dormido e la fada despierta, desta guisa fablaron,

— O, del cauallero, bienvenido seays a mi reyno e falledes en el parayso.

—Apresa de ensuenno es mi carne mas la mi anima viua vos mira luengamente e troua tanto sauor, Sulamita de toda fermosura enriquecida, que non trocara su goso de agora por la eternal salut ermanada a los omes alados que en el Olympo asentaron como Dioses.

— Catad, dormiente, que dezis blasfemia, e como perro xudio renegado aueys del reyno de Dios.

E aquesto dezia la fada por mejor le auer, ca ella non solia fablar limpia e derechamente del Sennor Dios ques sobre toda cosa creada e non creada.

E agora disse el cauallero,

— Reyna e sennora mia, mas vos miro e tanto mas vos goso. Por creer so, que Iguerna, la simpar de Bretanna, es venida a mi. Magüer sean turbadas las mares, e mouida la tierra e descendidos ayuso todos los guerreadores de las diuinas armadas,

çon sus açeros pluviantes de lumbre e mortandat, non ternia pauor tanta, quanta agora me prende el sesso de vos perder. Por vos fazer mia en todo trançe de vida e por todo juego de lecho, reyna e serrana dina de todo omenage, contra Dios e contra derecho yre. E seredes mas onrrada e mas llena de donas que la Virgen Maria.

E disse la fada agora,

— Non so reyna nin serrana, e sauer aueys que la *Fado Esterello* en aquesta comarca so llamada. Non es creada virtut saluadora del cuytado que de mi se namora. Por mi peresce mas ayna que lugaro so ferida de bordon de vaquero e tan esquiua e cruel me guardo, que mi amador furta mi boca e non la muerte. En sannudo bosque de abysmos sembrado e de fieras poblado, es mi palacio. Trauaxos e vixilias e padesceres de toda suerte de sofrir se an por se allegar del. Mas aquel que entrar podiere, por obra de varon ardido, aura sauor de mieles de nul ome gustadas, e soruera de leches nunqua soruidas e aura por se reposar lecho de velludos e cabeçera de lirios, e sobre toda cosa terna infinible goso de mi carne e mi fabla que faze infinta de troçar corales e rubines en bandexa de plata. Si a mi vos allegades, aprender vos quiero la significança de grand copia de conxuros que tornan las rochas en fontanas e tornan en palomas las fieras animalias al egual modo de aquel bruxo que Orfeo es llamado.

E como quier que la fada tornasse a commençar de fablar, desperto el cauallero. E ouo de fuir la catiua, reqüestada de un enxambre de ruysennores .

Otrosi quiero deçir, ca la fabula non es finida, que el cauallero ouo aquesta vegada sesso de philosopho e non corrio nin de cuerpo nin de anima empos de engannosa tentacion de bruxa.

E porque no fizo pecado, magüer dixo blasfemia, Mossen Diego de Valera avra eternal parayso.

E avino aquesta auentura que en escriptura dexo, el anno de mil e quatro cientos mas quatro vezes veynte e vno despues, seyendo la luna en quarto menguante, por voluntat venida de Dios, gouernador de los omes e de los astros que le fazen coronna.

ENRIQUE J. BANCHS.

LOS ANCIANOS

(IMPRESIONES RETROSPECTIVAS)

—«Me complazco—decía Diego—en la sociedad de los ancianos. De esos ancianos venerables, tranquilos, meticulosos, probos, de esa manera escrupulosa que procura el renunciamiento definitivo á las exhuberancias ilusionadas de la vida. De esos ancianos que, con suspiros desalentados, vuelven el espíritu hacia el camino recorrido, lamentando que el tiempo, sus fuerzas y el avance de los años no les permitan recorrerlo de nuevo.

(Y no crean ustedes que esa mi predilección haya nacido del grotesco deseo de exteriorizar alguna torpe tendencia á sobresalir como personalidad *interesante*!)

«A los balbucientes matices, lentamente progresivos, de los humanos albores, impregnados tanto tiempo de las incoherentes divagaciones de la infancia, prefiero la magestad augusta de esos crepúsculos que se encaminan lentamente hacia las sombras del sepulcro con su magnífico cortejo de austeridades luminosas que aureolan los rayos de una dignidad tranquila. Y el ambiente que rodea á mis amigos predilectos cobra algo de su fisonomía apacible, familiar, risueña, despojada de ese afiebramiento convencional que abulta las cosas y los seres al azar de los impulsos juveniles, generosos á veces, egoistas otras, fuera de óptica extrictamente proporcionada siempre, por bien intencionados que sean los corazones que los engendran!

«Esos ancianos de mi «círculo» van cambiando impresiones retrospectivas, abordando, con encomiable afán, temas de actualidad palpitante que miden con el metro comparativo de «sus tiempos». Y no es presunción ni pedantismo en ellos la preferencia que otorgan, con visible orgullo, á la época florida en que eran

madrigalistas y cortejantes, en aquellos salones donde el «buen gusto» rivalizaba con el ingenio sutil, de buena ley, centelleante como las facetas de diamantes de aguas claras en que los rayos del sol de Mayo jugueteaban con caprichosos matices...

«Alguno,—el más ensimismado durante los silencios inevitables en que la conversación decae—considera con rencor huraño el avance vertiginoso del Progreso, «ese monstruo versatil que roe las fibras del sentimiento hasta aniquilarlas por completo». Y dice—entre otras cosas juiciosas y paradojas insubstanciales—verdades de á puño que nuestras generaciones venideras desecharán con sorna, con esos epítetos burlones que pretenden probar la superioridad del espíritu moderno y la decadencia evidente del antiguo; epítetos que resumen con desdén reflexiones superficiales, inspiradas por el egoísmo feroz que distigue á esos pálidos herederos de una raza abolida en su crecimento por la invasión torrentosa del elemento corruptor cosmopolita...

«Yo, escucho esas requisitorias, esas catilinarias, esas diatribas condenatorias de innovaciones mórbidas que riñen con la hidalguía nativa y el buen sentido; «modernismos» que las convenciones sociales imponen sin prévio examen porque son el disfráz que mejor oculta las vilezas del siglo presente. Mis propios recuerdos, mis propias impresiones retrospectivas concuerdan estrechamente con esas opiniones desconsoladas cuyo absolutismo atestigua la entera buena fe de quienes las proclaman, y no puedo menos que complacerme,—por eso mismo,—en la sociedad de los ancianos...»

Diego no es uno de tantos *poseurs* de esta época enfermiza y enervada, que pica la tarántula del exhibicionismo *à outrance.* El mismo lo ha proclamado, y quien comenta con imparcialidad principista sus palabras puede afirmarlo, por haber observado, con interés sostenido, las mutaciones de su carácter, los estados de ánimo variadísimos que el influjo de indescartables circunstancias le imponen, sin que abandone un solo instante el terreno de la franqueza pura en la exposición de sus mayores preferencias.

Sobre los espíritus esclarecidos que viven de una vida idealista y refleja, el pasado y sus impresiones ejercen á veces una seduc-

ción inefable que, si bien atenúa en algo la influencia de un excepticismo invasor, provoca una desmesurada visión de lo presente y una deformación más aun exagerada en las previsoras meditaciones sobre lo futuro. La corrupción de las costumbres, que marca una época en la lenta evolución de los pueblos hacia un perfeccionamiento aleatorio, aparéceseles como el signo de una decadencia ya inmediata é irremediable. Su sentimentalismo exacerbado incítalos á sufrir moralmente con proporciones imponderables; se agrían; ven, en cada hombre que los rodea, un enemigo encarnizado, tanto más temible que su gesto es atrayente y su sonrisa amable. Se sienten desamparados cuando las opiniones que emiten no encuentran resonancia simpática en sus propios contemporáneos; y se refugian, huraños y desganados, en los cénaculos de ancianos que buscan sus últimas energías, para concluir su ya inútil existencia, en la evocación de sus impresiones de otrora, marcadas con el indeleble sello de una perfección irrevocable.

Son escasos, sí, esos «jóvenes ancianos» que persiguen el anonadamiento de sus tristezas en el culto de «lo que ha sido y no volverá á ser» . Esos descreídos que anhelarían cruzar la vida, de la cuna al sepulcro, con la despreocupación risueña de la infancia, sin mancharse en el lodo del camino ni rasgar su carne en las espinas del abrupto sendero entre las zarzas.

Pero la comunión de sus espíritus con los de los ancianos ya renunciantes á las exhuberancias ilusionadas de la vida, inspira más simpatía que las empresas egoístas de sus contrarios, faltos de ideales, desalmados, impostores, que sólo buscan en el mundo la satisfacción de sus sentidos á base de engaño mutuo, como si complaciéranse á demoler el edificio de las tradiciones para reinar un día sobre sus ruinas con la ilusoria magestad de déspotas de melodrama...

Comprendo y admiro que Diego se complazca en la melancólica sociedad de los ancianos...

 RAIMUNDO MANIGOT.

EL BUEN VIEJO···

Yo lo he visto... Severos los ojos y profundos,
Grave ceño; la frente con largos surcos llena,
Su guadaña que abarca los infinitos mundos,
Y el implacable chorro de su reloj de arena.

Era una noche acaso para el ensueño propia.
Recuerdos y nostalgias... En la tersa laguna
Seguía de los astros la refulgente copia
Y se ahogaban mis penas persiguiendo á la luna.

Yo lo invoqué: — «Saturno ¿dónde estás? cual estrella
Es esta noche, eterno destructor, tu morada,
De dónde, dí, me envías la primavera bella,
El otoño, el invierno, el sudario y la nada.

Díme adónde tus alas como una inmensa sombra
De dolor y de muerte caerán sobre la tierra,
Dilo, mientras tu nieve mis jardines alfombra,
Y la cuna se abre y el ataud se cierra.

Responde — ¿Porqué tornas mi primavera breve
Y del otoño siento las ráfagas cercanas?,

¿Porqué los prematuros copos de blanca nieve
Dejan en mis cabellos el fulgor de las canas?»

... Y el Dios del implacable ceño, de la severa
Gran mirada que rige nuestro oculto destino,
Apareció en las sombras y por la vez primera
Desviando sus pasos, á responderme vino.

«Oye, tú que te quejas y en la noble poesía
Te escudas. Tú que vienes á buscar en mi imperio,
El único consuelo de la melancolía
Que te ha dado el Otoño con su mortal misterio.

«Tú poeta que sueñas sin cesar, de tal suerte
Que es tu vida de altivas ilusiones cadena,
Tú poeta que sueñas y que temes la muerte
¿Tiene la muerte acaso más rigor que tu pena?

La Muerte es una hermana del Amor y la Vida.
Ella arranca las almas caducas, las lijeras
Almas de aquellas flores cuya esencia es perdida,
Para que sean puras las nuevas primaveras!

La lleva sabiamente mi infatigable diestra
¡Cómo corta los hilos del vivir la guadaña!
Y no sabéis vosotros que la Parca siniestra
Tiene un gérmen fecundo de la vida en su entraña.

Lo que se va, lo que huye, lo que al mundo reacio
Desparece en el curso sereno de las horas,
Cáe como el sol, que lleva su radiante topacio,
De ocasos infinitos á infinitas auroras.

No temas pues la Parca de mano flaca y pálida,
Ni al invierno que ahoga la canción y el arrullo,
En cada flor que cáe marchita hay un capullo
Y en cada mariposa que muere una crisálida»...

Y no habló más Saturno. El implacable viejo
Recobró la lijera marcha, y en su camino
El mismo Dios soplando su arrugado entrecejo
Le ordenó deshilara todo nuestro destino.

Yo lo he visto... Los ojos severos y profundos,
Grave ceño; la frente con largos surcos llena,
Su mirada que abarca los infinitos mundos
Y su reloj de arena.

SALVADOR ORIA.

LETRAS FRANCESAS

Edmond Lepelletier: Paul Verlaine

Cuando Jules Huret preparaba aquella edificante encuesta sobre la moderna evolución literaria, M. Stéphane Mallarmé recordó al «pauvre Lelian» con estas palabras: «el magnífico Verlaine cuya actitud como hombre es para mi tan bella por cierto que su actitud como escritor, por que es la única posible en épocas en que el poeta está fuera de la ley: la de hacer aceptar todos los dolores con semejante altura y con una tan soberbia cránerie». M. Edmond Lepelletier, el «más viejo», y no el más íntimo amigo de Verlaine, no piensa como el autor de «L' Apres-midi d' un faune»; y el propósito de rectificar una leyenda excesiva llévalo, en este volumen que comentamos, á extremos de regir aquella vida, «cuyo plan estaba trazado línea á línea por la lógica de una influencia maligna», según los canones de los más sencillos destinos. Y Ruben Darío nos ha elogiado en un artículo reciente este libro de Lepelletier á quien no puede á menos, sin embargo, de llamar «buen escritor».

Que Rubén Darío me perdone, pero no llego á compartir su entusiasmo. No me duele el saber que Verlaine era hombre de ideales burgueses, ni me desilusiono comprobando que el asunto Rimbaud está lejos de ser lo que la perspicacia de mesa redonda suponía. Jamás hice literatura de «soucoupe», con gran detrimento de mi prestigio intelectual, y mi gusto literario siente por la «bonne pourriture» el mismo asco invencible que mi ineducado pa-

ladar criollo por las aves «faisandées». Al contrario, pienso que hay muchas vidas raras cuyas reputaciones deben reverse, siendo que, casi siempre, este panegírico y aquel denuesto no tienen otro orígen que el inmediato arrobamiento de camaradas ó la invariable difamación de la última querida. Enhorabuena, pués, toda rehabilitación. Mas para aventar «el maligno lodo legendario» no había porque convertir al Fauno triste en un ente sin voluntad ni discernimiento, capaz de ser maleado, como cualquier candidato á sanatorio, por las sujestiones enfermizas de ese lírico gavroche de Rimbaud. De atenernos á las conclusiones de Lepelletier, desde el arribo de Arthur Rimbaud á París hasta aquel lamentable proceso de Bruselas, la personalidad de Verlaine desaparece. Rimbaud no solo es el pretexto para todos los vicios, sinó también la causa única de todas las desgracias. Por Rimbaud se agrava su inclinación de alcoholista, por Rimbaud abandona su hogar, á su esposa, á su hijo; por Rimbaud emprende aquella gira ambulatoria que termina en la prisión belga; por Rimbaud se pasa casi tres años sin componer un verso... Y Lepelletier no advierte que tal afán por cargar con todas las culpas al amigo siniestro, resulta al cabo contraproducente para Verlaine. Esa influencia decisiva no solo supone un amorfismo patológico en quien la siguiera sin rebelarse, sinó que puede sugerir precisamente la sospecha que quiere destruir. Para que un hombre de esa estirpe olvidase lo que tenía de más sagrado sobre la tierra y de más luminoso en su destino, por una amistad ambigua, debió existir algo más que un programa de bohemia. No hay que olvidar que el pistoletazo de Bruselas reconoce por único motivo el propósito inquebrantable de Rimbaud de abandonar á Verlaine. Lo inhábil de la defensa salta, pués, á la vista, sobretodo cuando Lepelletier se encarga de darle eficacia con la valentía de las líneas que siguen, referentes á los alardes del poeta sobre el amor homosexual. «¿S'est-il borné á la théorie, qu'il jugeait amusante, et dont il semblait être tout fier, ou bien a-t-il succombé au désir de la practique? J'affirme l'ignorer. Il ne m'a jamais fais d' aveu formel.» (pág. 27). Convengamos, entonces, en que si debe surgir una convicción salvadora no ha de ser seguramente de las páginas de Lepelletier—ya que tales calumnias no se combaten con documentos imposibles— sinó de la alta digni-

dad que esa alma enferma de paradoja reflejara, no obstante sus caídas, en las plácidas ó fervorosas de «La Bonne Chanson» y de «Sagesse».

Arthur Rimbaud, que, á pesar del soneto á las vocales, de su veleidad colonial y de su estatua en Charleville, fué un perfecto degenerado — alcoholista ambulatorio, glotón, irascible, cruel y cobarde—Arthur Rimbaud tuvo á no dudarlo una influencia nefasta; pero personificar en él el destino del poeta—«le grand artisan des malheurs du poéte»—es hacerle un honor excesivo. En la importancia capital que le acuerda Lepelletier yo adivino un *poco* de habilidad literaria y bastantes celos restropectivos. Las quinientas cincuenta y tres páginas que forman el volúmen, no contienen una sola dedicada al estudio psicológico de aquel raro espíritu, es decir: al exámen de sus facultades é inclinaciones á fin de desentrañar el impulso primordial, el «primum mobile», que como una voluntad extraña al yo actuante preside las cosas humanas. Y no llegando á descifrar el misterio de esa vida — percance que también sufren los viejos amigos—Lepelletier se limita tan solo á reseñar los hechos determinantes. Así, resúltale muy cómoda la amistad de Rimbaud para explicar sucedidos que trasponen la órbita de su lógica. Tan patente resalta el arbitrio en su exclusividad causal que, de no haber existido aquel, acaso este libro se disminuyera á un simple compendio epistolar aumentado con anécdotas del colegio y con una que otra rectificación biográfica á las «Confessions», como aquella del domicilio de los Verlaine en Paris, que no estaba en la calle Saint-Louis N°. 10, sinó N° 2. Y cuando el sistema de referirlo todo á influencias externas, á la fatalidad circundante y no á la fatalidad interior, le falla por el lado de Rimbaud, encuentra el expediente en la acritud de caracter de su mujer. Verlaine hundióse cada vez más en el alcoholismo porque aquella no tenía la paciencia y suavidad necesarias cuando llegaba ébrio, á deshoras de la noche, el alma ausente, trasudando la innoble francachela del cabaret! Falta de paciencia y de dulzura muy disculpable, por cierto, á no ser que, en gaje de tranquilidad doméstica, le deseara á su amigo mejor que esa altivez de compañera, la lloricona mansedumbre de una «pot-au-feu». Luego, Lepelletier, no solo fué el más viejo amigo de Verlaine, sinó también el más sensato. Antes de la llegada de

Rimbaud, tentó cien veces de arrancarlo del vagabundeaje por los cabarets del Quartier Latin, tratando de llevárselo á Bougival, donde le tenía preparada una habitación con vistas á la campiña y al río, y una mesa de trabajo con sus diccionarios alineados en buen orden. Es natural, pues, que sienta por Rimbaud ese rencor excesivo que tienen los padres para los compañeros del hijo calavera, quienes deben ser, irremisiblemente, los eternos incitadores y los únicos responsables de las mil andanzas en que entra el otro por cuenta propia.

Sin apartarse del sistema, nos explica de igual manera la vuelta de Verlaine al cristianismo y hasta la génesis de sus libros. La prisión de Bruselas, con las clásicas meditaciones sobre la finalidad humana, sería la causa eficiente. Desde ese punto de vista concíbese la desconfianza que insinua Lepelletier respecto á la sinceridad del arrepentimiento. Una contricción que, después de *Sagesse*, inspira los devaneos de *Parallélement*, de *Chansons pour elle* y de *Odes en son honneur*, puede ser, en verdad, una peregrina fumistería. Pero semejante arrepentimiento que fuera sospechoso tratándose de un filósofo, admítese facilmente en un poeta, cuya sinceridad, exclusivamente emocional, tiene la duración de un momento. Sólo así se concibe que Verlaine, que no carecía de sentido moral, pudiese cantar hoy:

L' Innocence m'entoure, et toi
Simplicité.
Mon coeur, par Jésus visité,
Manque de toi?

y mañana ver á su querida

Heureuse de savoir ma lévre
Ma main, mon tout, impénitents
De ces péchés qu'un fol s'en sèvre!

El origen del arrepentimiento que nos legó *Sagesse* y *Parallélement*, así como la línea central de esa vida, lo encontrará el lector en las admirables páginas de «Le Lys Rouge». Anatole France nos relata allí la vida de Choulette, un poeta que como

Verlaine tuvo un destino azaroso y paradojal, y al que, según mi entender, ha pintado un tanto extravagante acaso para que no resulte enteramente un retrato. Choulette, á cierta altura de su vida, que fué depravada é ingenua, decídese un día á reformar la tercera orden franciscana : «L'idée de cette œuvre, madame, lui est venue d'une façon merveilleuse, un jour qu'il allait visiter Marie dans la rue oú elle demeure derriére l'Hôtel Dieu, une rue toujours humide, aux maisons penchantes. Vous savez que Marie est la sainte et la martyre qui expie les péchés du peuple (María era una pobre pecadora de suburbio que Choulette encontró cierta noche en una cantina, y á quien amó por su humildad). Il tira le pied de biche graissé par deux siécles de visiteurs. Soit que la martyre se trouvât chez le marchand de vin oú elle était familiére, soit qu'elle fût occupée dans sa chambre, elle n'ouvrit pas. Choulette sonna longtepms, et si fort que le pied de biche avec le cordon lui resta dans la main. Habile á concevoir les symboles et á pénétrer le sens caché des choses, il comprit tout de suite que ce cordon ne s'était pas détaché sans la permission des puissances spirituelles. Il le medita. Le chanvre était couvert d'une crasse noire et gluante. Il s'en fit une ceinture et connut qu'il était choisi pour ramener á la pureté premiére le tiers ordre de Saint-François. Il renonça á la beauté des femmes, aux délices de la poésie, aux éclats de la gloire, et il étudia la vie et la doctrine du bienheureux. Cependant il a vendu á son éditeur un livre intitulé *Les Blandices*, qui renferme, dit-il, la description de toutes les sortes d'amours. Il se flatte de s'y être montré criminel avec quelque élégance. Mais loin de contrarier ses entreprises mystiques, ce livre les favorise en ce sens que, corrigé par un ouvrage ultérieur, il deviendra trés honnête et exemplaire, et parce que d'or, il dit même «les ors», qu'il a reçus en paiement, et qu'on ne lui aurait pas donnés d'un écrit plus chaste, lui serviront á faire un pélerinage á Assise».

Otra vez le objetan :

—«Vous avez la foi, monsieur Choulette. A quoi vous sert-elle si ce n'est à faire de beaux vers?

— «A pécher, madame.

—«Oh! nous péchons bien sans cela».

Y he aquí como este sencillo diálogo nos enseña de manera incontrovertible la enorme diferencia que hay entre el pecado de un poeta y el de quien no lo es. Como Choulette, Verlaine, «no fué muy distinto de los santos cuyas vidas extraordinarias leemos. Es sincero como ellos, de una delicadeza exquisita de sentimientos y de una violencia de alma terrible. Si choca por muchos de sus actos, es que es más débil, menos sostenido, ó quizás, solamente observado de más cerca. Después hay malos santos como hay ángeles malos: Choulette es un mal santo, he haí todo. Pero sus poemas son verdaderos poemas espirituales y mucho más hermosos que cuanto hicieron en ese género, en el siglo XVII, los obispos de la corte y los poetas del teatro».

Ah! los poemas de Verlaine, son toda su vida, toda su vida de *homo duplex* como el mismo lo insinuara en aquella autobiografía de «Les hommes d'aujourd'hui». Exquisitos hasta el refinamiento y sencillos hasta lo popular; ingenuos y sutiles, bruscos, con vocablos de argot, y delicados, suaves, dulces hasta transmutarse en música; y en todos ellos, tanto en los de erotismo finisecular como en los de fervientes contricciones, un fondo de languidez elegíaca que les da una supervivencia de almas. Poemas que se han calificado de simbólicos, de obscuros, de decadentes — Dios sabe cuantas enormidades se han dicho — y que no son sinó instintivos y no tienen de recóndito sinó su inmensa sujestión de misterio. «Cuando soy desgraciado — decíale á Huret — escribo versos tristes, he ahí todo, sin otra regla que el instinto....» Es así como ha volcado su pobre y luminosa alma en sus estrofas, al azar de ese dualismo que lo hiciera futil y grave, ingenuo y perverso, sincero y fumista, creyente é impio, «feroz y dulce» — como dijo Hugo —, bajo ese inexorable designio *anterior*, que tiene algo de la fatalidad litúrgica del anathema, que se genera en nuestras conciencias como un móvil sin motivo — «un motivo no motivado» — y bajo cuyo imperio obramos sin fin visible ó inteligible, precisamente como «por la lógica de una influencia maligna». Fué así que en medio de sus arrepentimientos y buenos propósitos, el demonio de la carne le musitaba lubricidades de sátiro. Pero, con todo, no cayó por depravación sinó porque no habiendo alcanzado jamás la experiencia, fué víctima de su eterna ingenuidad. Verlaine fué siem-

pre un niño: «vieil enfant perdu plein de vices sincéres et d'innocence.» ¿Quién no ha sentido en los entusiasmos de la adolescencia impulsos de redentor? Verlaine los tuvo siempre; por eso iba hacia las pecadoras más lamentables y en sus «collages», había mucho de caridad. Buscábalas porque no eran soberbias, y su candor las veía purificarse en el sufrimiento, como en una llama. Llamábalas sus hermanas en la humildad, la virtud más agradable al cielo, y amábalas porque se envilecían sin malicia y sin placer. Decíales cosas dulces, juntaba su pena á las de ellas para anegarlas en el fondo del mismo vaso, y les componía versos sencillos para que los comprendieran. Por eso, más que á François Villon, que fué un bergante desprovisto de todo sentimiento, yo lo comparo con Mathurin Regnier, poeta moralista del siglo XVI quien pespués de una vida libertina entró de canónigo en Nôtre-Dame de Chartres. Como él dilapidó en perenne inconsciencia su vida y su talento, como él escribió versos edificantes en medio de borracheras y tras mujeres fáciles, como él vivió y murió pobre; y en las dos tumbas podría escribirse estos mismos versos de Regnier:

J'ai vécu sans nul pensement
Me laissant aller doucement
A la bonne loi naturelle....

ATILIO M. CHIAPPORI.

LETRAS ESPAÑOLAS

UN POEMA EN CANTARES

(«CARMEN» POR FRANCISCO VILLAESPESA)

Es un nuevo volúmen de Francisco Villaespesa, poeta español de los más modernos. Alejado en los libros anteriores de las maneras añejas, se aparta ahora del filoneismo sencillo de *Confidencias*, *La copa del rey de Thulé*, de sus dulces *Rapsodias* y construye un poema en cantares. Es una larga queja contra los desvíos de la Ingrata. Coplas en pauta de requiebros ardientes elojian la belleza de aquella invisible Dulcinea que tortura al cantor. Este es simple é ingenuo y no le veremos lira ni arpa ni oiremos de su boca una frase sospechable de literatura. El breve tomo, titulado *Carmen*, no respira ambiente de academia. Un rasgueo de guitarras dice monótonamente el dolor de su alma entristecida de ausencia y martirizada por frecuentes desaires. Pero la esquiva es amada por el trovador. Y siempre, aunque sus pupilas incomparables agujereen el corazón y enluten su vida, la amará sobre todas las cosas. Y exclama :

Mira si será bonita
Que cuando va por las calles
Se para la gente y dice :
Mirad la Vírgen del Carmen.

Ese libro, imitación de las coplas anónimas, cuyas exageraciones de figura y de ditirambos contiene, muestra mejor que otras obras, las condiciones más fundamentales del autor. Es esencialmente poeta. Sus trabajos están desprovistos de ornamentos literarios y se reducen con exclusividad á la poesía interior de las cosas. En su forma áspera á veces, descuidada á menudo, encierra un espíritu fino y suave. Esas coplas reflejan en su desorganizado conjunto, las características todas de los cantares andaluces, cuyo fondo es un contínuo arrebato de amor, que pasa del lamento á la amenaza, de la luna ofrecida en un plato dorado á la navaja, parecida en su filo cortante al mirar de la engreida enemiga:

Te quiero con alma y vida
Y es tanta mi voluntad
Que lloro porque no puedo,
Morena quererte más!

Eso en la tercer cuarteta. En la quinta, añade:

Permita Dios, si en la ausencia
Te olvidas de mi querer,
Que en la orilla de una fuente
Te caigas muerta de sed!

Y continúa sufriendo las visicitudes de un amor sin fortuna, que se desarrolla en la soledad de su desamparo. La vida exterior no aparece—circunstancia curiosa—siendo Villaespesa en casi todas sus poesías publicadas hasta ahora paisajista y costumbrista.

Carmen se diferencia en esto. Es un poema de alma adentro. Hileras de visiones amorosas desfilan en su angustia poética, madrigalizada en interjecciones de furia y ternuras de miel. Su heroina debe ser una llameante manola, encendida en el sol morisco de aquella tierra, por cuyos senderos y caminos, los transeuntes desmenuzan sus corazones en homenaje á la inconstante y la cubren con un cielo de lágrimas.

Debe ser de estas la *Carmen* de Villaespesa, á quien alaba en medio del tormento que le aflije. Sabe que la cabellera negrísima se desluce sobre su blanca espalda como un manto fúnebre y en-

tonces supera en belleza á la Vírgen de los Dolores, cubierta con su terciopelo magnífico. Y el poeta nada puede como nada podía el caballero Des Grieux con Manón, ligera como un pájaro y como un pájaro inocente de sus revoloteos.

De la agrupación de estrofas surge el vago perfil femenino y creemos oir su voz afinada al compás de los crótalos y nos parece conocer su cuerpo, incomparablemente seductor en el cimbreo de las danzas ruidosas.

Posiblemente canta en algún patio decorado de macetas y los cantares que su trovador le dice agonizando sobre las cuerdas de la guitarra popular, ebria de tristeza y vibrante de vida espiritualizan sus líneas en una muelle languidez, evocadora de lidias é idilio.

Con frecuencia salta en las estrofas un rasgo heineano, que recuerda los romances en que el divino ruiseñor alemán refiere las penurias y sinsabores de fieros hidalgos y paladines que se desviven de amor.

Dice por ejemplo:

Mis cantares son tan tristes
Porque son gotas de llanto
Que en vez de huir por los ojos
Se desbordan por los labios.

Francisco Villaespesa es una de las personalidades literarias más interesantes de la España actual. Es con Machado, Antonio de Zayas y Diez Canedo, uno de los que anuncian en el esfuerzo generoso de su labor devolver á su literatura el brillo de los dias extinguidos é independizar el arte restituyéndole á la virtud del ensueño, que es regenerador sin propósitos y educador sin programas, á la inversa de lo que pensaba Don Gaspar Nuñez de Arce, al atribuir á la poesía funciones docentes y políticas.

Y Francisco Villaespesa será uno de los colaboradores más eficaces de esa reforma.

No es un sugestionado por la evolución decadentista, de la cual ha tomado tan solo la libertad, sin caer en las exageraciones ni adoptar sus pragmáticas. Es un espíritu sencillo y triste, parecido

en su estructura al de Giovanni Páscoli, sin ser erudito en los poemas como éste.

Como el gran poeta italiano, quizá el más grande de la Italia contemporánea, gusta los paisajes labriegos y los temas rústicos. La moza revive con su cántaro y el gañán que va camino de la aldea en el silencio de la tarde estival, recupera en sus escritos el antiguo encanto como agua que vuelve á brotar de una vieja fuente tapada por el musgo.

Es variado en su aparente monotonía y es robusto en la forma liviana y humilde. Sus libros dan la idea de una antología de canciones populares, tan ajeno es á todo artificio y eso prúeba la presencia de un poeta auténtico, depurado de academicismos y decadentismos, atenido á la fuerza misteriosa de lo bello y de lo fuerte, que es amor y dolor, base de todo arte verdarero.

ALBERTO GERCHUNOFF.

LETRAS BRASILEÑAS

«As modernas correntes esthéticas na litteratura brazileira», por Elysio de Carvalho. *(Garnier, editor, Río de Janeiro-París 1907 --284—XII páginas).*

Para aquellos de nuestros intelectuales desconocedores del actual movimiento brasileño (y son los más) la obra recientemente aparecida en Rio de Janeiro, original de Elysio de Carvalho, merece toda la atención destinada á las obras importantes y mucha más de la que generosamente se concede á exotismos falsos, cuando no ridículos, á japonerías grotescas y á superficiales sajonismos.

Como buenos latinos solemos echar en olvido lo que de más cerca nos interesa, para ocuparnos de las cosas más vagas y lejanas. No haría tanto un microbiologista que se sintiera atraído por los estudios astronómicos.

En cuestiones de letras, quizás con mayor intensidad que en otra esfera del vivir contemporáneo, atraídos por la novedad y por el encanto de lo desconocido, lógico es que las multitudes vayan á lo más opuesto de todo lo que constituye su vida habitual. La misma falta de razonamiento, característica de la multitud, hacen que no puedan ver las bellezas suaves de las medias tintas próximas y á su vista, cansada por su lucha *têrre-à-têrre* de la vida diaria, solamente llamen la atención los colores fuertes y

las formas novedosas de los exotismos chocantes. Que eso ocurra entre la multitud está muy puesto en la razón ilógica de la vida; pero, es del todo impropio que lo mismo suceda con los intelectuales, con aquellos cuya razón, cuyo sentimiento los elevan á cien codos sobre la insustancial vulgaridad del señor Todo-el-mundo.

Por esto no será nunca bastante combatido ese mal oculto desdén con que nuestros tan escasos hombres de letras refiérense á la producción artística y literaria del Brasil, olvidando que, tanto por su situación privilegiada, como por el número de sus habitantes debe de tener notables obras cuya existencia, desconocida aquí, puede afirmar la escasa buena voluntad de nuestros intelectuales .

Desconocer el Brasil y conocer en cambio lo ruso y lo japonés, por obra y gracia de la tiránica ley de la importación, es algo absurdo que muy poco dice en favor del espíritu de crítica y de investigación de nuestro medio.

La obra de Elysio de Carvalho es, por esta principalísima razón, muy digna de ser tenida en cuenta y bien merecería que se propagara entre los que en este país dedican su actividad á la tan hermosa cuanto ingrata labor de las letras, porque gracias á ese volúmen de críticas y ayudados por el estado de simpatía que ha dirigido su confección, los lectores que desconozcan la vitalidad literaria brasileña verán abrírseles nuevos horizontes y se regocijarán en el supremo goce intelectual de conocer nuevos talentos, cuya existencia quizás ni presentían.

La obra de Carvalho es utilísima para todos los que, desde lejos y sin otro elemento de prueba, quieran conocer esa literatura brasileña, tan pródiga en talentos, y conocerla especialmente en sus modalidades más recientes, apartándose de los maestros ya consagrados por el tiempo para atenerse con preferencia al estudio de las nuevas generaciones, tan fuertes como las anteriores, aunque, talvez, más originales.

Elysio de Carvalho estudia á Graça Aranha, el genial autor de «Canáan», que en la traducción de Payró fué leído por el público argentino; á José Verissimo, crítico, del tipo de los Sainte-Beuve, hombre de conciencia, cuya arte no se ha convertido jamás en un oficio; á Juan Ribeiro, el filólogo, y á Emilio de

Menezes, el poeta. Después de estos, que perteneciendo á la generación ya impuesta no desdeñan formar parte de los «nuevos», vienen los estudios sobre Juan do Rio, Gustavo Santiago, Goulart d'Andrade, Oscar Lopez, Fabio Luz, Curvello de Mendonça, Pereira da Libra y Pedro do Coutto, poetas, novelistas, críticos ,además de una serie de estudios sobre temas de crítica elevada y noble como sabe escribirla Elysio de Carvalho, quien puede presentar á la consideración de los sud-americanos, como una digna respuesta á la ignorancia que de los brasileros se tiene entre nosotros, uno de los más hermosos estudios críticos que sobre Rubén Darío y su obra se han escrito.

Mucho sería de desear que el libro de Carvalho se leyera entre nuestros intelectuales, realizando la verdadera y la más digna obra de confraternización americana.

JUAN MAS Y PI.

LETRAS ARGENTINAS

«Las Barcas» POR ENRIQUE J. BANCHS.

He de necesitar de la mayor serenidad para abordar el análisis de este libro, que más me arrastra al ditirambo entusiasta que á la crítica mesurada. Y con todo, ditirámbica será esta crítica, pues otra cosa no es posible frente á un libro como *Las Barcas*, que es al mismo tiempo una revelación y una promesa: la revelación de un talento en flor y la promesa de un gran poeta. (Y conste que no arrojo los epítetos al acaso).

Este libro, obra de un joven que no ha llegado aún á los veinte años, encierra en sí, sin embargo, méritos suficientes para formar la reputación de cualquier escritor.

Condición primera de Banchs es la de ser á la edad en que se comienza invariablemente por imitar, un poeta esencialmente propio, personal. Vana tarea fuera la de quien pretendiese buscar las fuentes de su poesía. Banchs no es de aquéllos susceptibles de ser marcados con una dada etiqueta. Otra característica de su mentalidad es la robustez. Banchs concibe y siente y rima con vigor, pero ello sin menoscabo de una especial delicadeza con que toca todos los temas. Es fino más que sentimental. No hace sentir hondo, pero transporta al lector en un mundo suave, espiritual, de ensueño. Su poesía es más intelectual que afectiva, más de la cabeza que del corazón. Es una poesía complica-

da, sutil: nada concede á la pereza intelectual del lector. Obliga á pensar, á desentrañar la imagen preciosa, conceptuosa, rica de significación. Lástima que la mayoría no ame estas cosas, y descargue sobre el poeta la culpa de su incomprensión del primer momento.

Los temas que aborda son siempre novedosos: variados los metros que emplea, y ricos en sonoridades ó en matices. No es dudoso que un Calandrelli cualquiera (¿á qué citar siempre á Valbuena?) podría hallar en esos versos ancho campo para sus más ó menos hábiles acrobatismos, pero ciertas minucias no han de detener al lector inteligente, si es que advierte que se halla en presencia de un talento superior.

Caídas, versos rudos, algunas expresiones dudosas, sí, tiene; pero son todos defectos que más que á su impotencia débense á su juvenil desdén por el pulimento excesivo. Al contrario asombra verle salvar, al parecer sin esfuerzo, tantas y tantas dificultades. Y ya nótanse en él, además, condiciones de otra clase que las simplemente inherentes á su rica mentalidad: nótanse ya en él condiciones de disciplina mental que mucho prometen para el porvenir, tal por ejemplo un serio dominio del lenguaje y un cierto cuidado en la elección del epíteto, que trata de hacer preciso y sugeridor.

Si á su imaginación desbordante, á su potente inspiración, comparables con las de los más grandes poetas, une, como parece que está en camino de hacerlo, el estudio, un arte refinado, la nitidez en todo, sin concesión alguna al desgano intelectuel, Banchs no tardará en ser un poeta completo. Cualidades le sobran para serlo.

He hablado de su delicadeza. El es sin embargo multiforme, y sabe también, cuando quiere, ser enérgico y rudo. No es raro encontrar en *Las Barcas* una composición de ternura exquisita al lado de otra de violento empuje, resonante de ideas grandes y de altos sentimientos. La lira que apostrofa táñela con igual maestría que la que acaricia.

A los labios vienen involuntariamente las comparaciones. Y en verdad no puedo abstenerme de observar,—pese á quien pretenda tacharme de exagerado—que abundan estrofas y aún enteras composiciones en Banchs, que bien pueden sostener el pa-

rangón, alta la frente, con las mejores de nuestros dos más grandes poetas: Almafuerte y Lugones.

Pero dejemos á la opinión que diga su última palabra sobre este nuevo poeta que entra en la liza, por cierto bien armado.

«Gloria al esfuerzo virgen, paso á la barca nueva»

Es probable que ella nos diga que de la generación que surge, Banchs es sin duda el talento más robusto.

«Vendimias Juveniles» POR MANUEL UGARTE.

He aquí otro libro de versos. «Son en realidad los primeros y probablemente los últimos versos que publico»—nos dice su autor. ¿Porqué los últimos? ¿Acaso deja uno nunca de sonreir ó de llorar? «Con ellos mato mi primera juventud...» No, no. En todo poeta hay una primera juventud perenne. Ugarte pasaba sin duda por un instante de desaliento al prologar este libro. ¿Tan pronto? ¡Oh, no, todavía no! Siga el consejo del galante Horacio:

...dunque virunt genua
Et decet, obducta solvatur fronte senectus.

Bellos versos estos de Urgarte, versos ligeros como encajes y tembladores como espuma. Madrigales y rondeles los mejores de ellos. Deliciosos madrigales que se deslizan con la dulzura de aguas de manantial, suaves rondeles, exquisitos y frívolos. Estrofas todas á través de las cuales se vé en plena transparencia el alma del poeta, tierna y amable. Son versos que se leen sin esfuerzo, que no hacen pensar, pero que hacen sentir. Una sonrisa... una lágrima... una aventura galante... una desilusión... luego... nada.

¡Pero qué! Nadie ha de dar con más eficacia la impresión que esos versos dejan en el espíritu, de lo que lo ha hecho el mismo Ugarte en una sola página del prólogo. En ella ha condensado en breves palabras lo esencial que de sus versos puede decirse. Su transcripción constituiría la mejor crítica del libro.

Ugarte no es un poeta complicado. Es sencillo y claro. Su imagen, siempre precisa, aunque envuelta en ligerísima bruma,

sugiere al lector todo un mundo. En esos versos está su autor de cuerpo entero. Son propiamente unas *Vendimias Juveniles*. Son versos de primavera. En ellos no hay un rasgo indelicado, ni una expresión grosera. Todo el libro es elegante, límpido, gracioso.

Ugarte se ha engañado á sí mismo si ha creido que con él cerraba su primera juventud. ¡Bah! En prosa ó en verso—poco importa—ha de seguir como hasta ahora deshojando los pétalos siempre frescos de su alma de soñador y de artista.

«Cuentos extraños» POR JUAN MAS Y PI.

Más que cuentos son unos cortos bocetos á los que da unidad la filosofía que encierran, puesta en boca del personaje obligado de todos ellos, un loco que es un profeta. La filosofía que ese loco predica es áspera y saludable. Predica la ruptura con todo lo pasado y la esperanza en el ideal, la caída de los añejos prejuicios y la creencia en las futuras realizaciones; la nivelación social y el amor universal: el odio á la canalla y la confianza en la humanidad del porvenir; el cultivo de la voluntad, la seguridad en sí mismo y la marcha hacia la vida intensa. Viejas verdades, pero siempre nuevas.

Es un profeta que tiene algo de Zarathustra, pero que también tiene de Cristo. Dice el loco: «Sólo nuestro grandioso deseo de superarnos podrá contrarrestar la maléfica influencia de los seres muertos, cuya dictadura pesa sobre nosotros y nos ciñe el cuerpo y nos empuja hacia atrás. Cortad, cortad, hermanos, todas las ligaduras». Y así también hablaba Zarathustra. Pero el loco igualmente dice: «¿Os agita y subleva la injusticia? ¿el mal ajeno os apiada? ¿sabéis compadecer?... Decidme: ¿Sabéis olvidar la mala acción de vuestros enemigos? ¿sabéis estrechar cordialmente la mano de aquel que os supera y olvidar vuestras obras una vez terminadas? Si no es así ¡guay de vosotros! la maleza, la maleza crece!...» No, así no hablaba Zarathustra.

Estos *Cuentos Extraños* forman pues un pequeño libro lleno de fuertes ideas. Ellos revelan que su autor es un espíritu de vistas personales, que ama agitar con su mano rebelde las estancadas aguas del pensar rutinario.

«El enigma interior» POR MANUEL GALVEZ.

Versos, versos, versos... Opima va á ser este año la cosecha poética. Otro libro más, *El enigma interior*, impregnado todo él de una indefinible melancolía. Diríasele llegado del *boulevard*. Podrá haber en ello un motivo de censura, pero esta no ha de ser sino relativa. Cierto es que esos versos suenan extrañamente en nuestro idioma, porque, en verdad, á pesar de toda nuestra buena voluntad por imitar á los demás—á los noruegos, á los rusos, á los japoneses, ¡que sé yo!—y por dejar de ser americanos, aun no hemos logrado acostumbrarnos á ese parisienismo excesivo. Sin embargo, se debe separar lo accidental de lo esencial, y hacer una honda distinción entre ciertos rasgos que se dan de pescozones con nuestro modo de ser, y otros que son universales é igualmente propios de Paris como de Buenos Aires, pues que son la real, la íntima expresión de nuestra sensibilidad dolorosamente afinada de hipercivilizados.

El defecto fundamental de *El enigma interior* es su carencia de originalidad. Verlaine sobre todo—dejo de lado otras visibles influencias—pesa sobre este libro. Pero Galvez es sincero consigo mismo. El siente á sus poetas predilectos, con ellos se ha compenetrado y como ellos se expresa. En sus versos se advierte la sinceridad de los sentimientos que canta. No es, pues, un vulgar imitador.

Mas, dejo ya de hacer hincapié en este lamentable defecto de *El enigma interior*, para pasar á considerarlo desde otros puntos de vista más interesantes.

Es un libro delicado y á ratos intenso. Rasgos hay en él que revelan toda un alma de artista. Pero es un libro desigual. Felices expresiones, bellos versos, codéanse en él con tropiezos verdaderamente lastimosos

Una cuestión que este libro levanta es la del verso libre, cuestión que ya desde el prólogo el poeta se apresura á plantear y discutir brevemente.

No es este el lugar para volver sobre tan debatido asunto, cuya discusión requeriría una amplitud que no puedo darle aquí. Pero es el caso de observar, muy á la ligera, muy dogmaticamente si se quiere, puesto que á continuación va sin pruebas, que hay compo-

siciones en verso libre en *El enigma interior* y en otros libros, nuestros y extranjeros, que, á pesar de todos los artificios tipográficos no pasan de estar en prosa, en sencillísima prosa. Esa cuestión del ritmo interno es cosa muy delicada y que no se resuelve con meras palabras preliminares.

Lo dicho va sin desconocer el mérito de la innovación de Kahn (á quien se hiciera notar que *descubrir* el verso libre después de Lafontaine y de Corneille era algo difícil), y sin desconocer tampoco que entre nosotros, donde por fortuna no ha arraigado muy hondo, se han hecho de ella estimables aplicaciones, en *Los Crepúsculos del Jardín* principalmente.

De todos modos, dando un corte al asunto, opino que Galvez ha abusado un poco de tan peligrosa innovación.

Pero los defectos, los errores, se contrabalancean en este libro con las buenas cualidades. Y si hay en él versos falsos, ingenuidades, chocantes imitaciones, hay también sensibilidad, frescura, delicadeza y todo un temperamento de artista que si se independiza de las influencias que sobre él gravitan, podrá dar, desarrollando sus modalidades, obras poéticas de verdadero aliento.

«Pétalos marchitos» POR LUIS JUAN ALFONSO

Un tomito de versos, olientes á juventud y á inexperiencia. Nada en ellos de peligrosas innovaciones: los viejos moldes, los viejos ritmos, las gastadas imágenes bástanles al joven poeta. Pasen estos *Pétalos marchitos* como primeros versos; pero ¿no hubiera sido preferible dejarlos olvidados en las páginas de album donde fueron dejados caer al pasar? No siempre es oportuno publicar todo lo que se escribe. ¿Quién no ha escrito versos á los veinte años? ¿Quién no guarda con amor su primer soneto? Pero, ay, si todos publicaran su libro!...

ROBERTO F. GIUSTI.

SOCIOLOGIA

El Problema Social por *César Iglesias Paz.* — Socialismo, sociología, problemas sociales, la cuestión obrera, son frases que se han hecho modismos corrientes. En la Facultad de Filosofía y letras el doctor Ernesto Quesada dá un curso intenso sobre el materialismo histórico, habiendo ya dado conferencias sobre el problema obrero en la universidad de La Plata. En la misma Facultad de Filosofía el doctor Juan B. Justo dá un curso libre sobre las nuevas vistas para encarar la historia. Ayer el doctor Levene publicaba un pequeño libro sobre leyes sociológicas: después el doctor Dellepiane el suyo de texto de la Facultad de Derecho, y ahora se nos presenta también con un trabajo de actualidad, el doctor Cesar Iglesias Paz, de los últimos egresados.

Comte y Spencer, Marx y Engels, son hurgoneados de continuo aunque pocos se chamuscaran las pestañas sobre ellos.

Se explica: estamos en la gestación de una democracia, tenemos que ser la continuación de Europa bajo muchos conceptos y representamos como país una necesidad de espacio y económica de la parte civilizada del antiguo continente: somos un país de inmigración de raza blanca, raza en la cual se ha engendrado el socialismo, y sus problemas tienen que presentarse aquí aunque no deben plantearse idénticamente.

Copiando instituciones norteamericanas al *organizarnos*, copiando otras secunderias de otras partes, como ahora al querer en lo militar alemanizarnos de lleno, — hemos olvidado y olvidamos el factor de adaptación teniendo en cuenta lo que podríamos llamar el factor sedimento, — lo que vá acumulándose del

pasado, — y entonces ha venido y viene esa lucha continua entre la camisa que no se adapta al cuerpo y el cuerpo que baila en ella. Camisa de once varas.

No en valde se recuerda en la carátula de un libro lo que dijo José Manuel Estrada: «Si conociéramos á fondo los fenómenos de la sociedad colonial, habríamos resuelto las tres cuartas partes de los problemas que nos agobian». Sí, aunque literalmente cada vez nos separemos más de esta necesidad, siempre habrá que volver hacia Mayo para punto de partida, recurriendo á los pensadores Moreno, Rivadavia, Echeverría y Alberdi, en busca del molde y de los ideales de una sociabilidad generosa; como siempre habrá que hacer por conservar algo tradicional (factor sedimento), y el noble legado del idioma en su esencia, con la flexibilidad y los vocablos de la cultura moderna.

Bien, siendo pues un país de inmigración europea, los problemas que allí se han presentado se irán presentando entre nosotros planteados de diversos modos. Bien hacen los que se dedican á asuntos tan capitales y mucho más cuando como el doctor Iglesias Paz son los egresados de la Casa de Derecho y Ciencias Sociales, porque implica que hacen redituar el capital adquirido en sus años de estudio.

El libro que ha producido el doctor Iglesias Paz, viene á ser por tanto el final de un proceso evolutivo intelectual. Luego está escrito con autoridad.

«*El problema social*» es de pequeño formato, construcción sólida y material condensado. Está dividido en cuatro capítulos: preliminares; soluciones: exposición; soluciones: crítica; conclusiones; los que á su vez se subdividen en numerosos acápites.

La prensa en general ha saludado al autor y dado á conocer el libro por lo que no haremos más que una presentación ligera de él en sí, revistando algunos puntos que nos parecen más interesantes.

Sobre el orígen del socialismo no polemizaremos: solamente haremos notar que ya está visto y revisto, que en artes, en ciencias, en letras, en todo, en todo, siempre que se presenta algo *nuevo* se empieza á sutilizar (las sutilezas de Pereda) y sutilizando por un hilo ténue, muy ténue, se puede retrotraer todo al orígen del Cosmos.

La cuestión debe tomarse desde el momento que se presenta con claros y distintos caracteres: desde que el problema se plantea con fijeza. En este caso el socialismo y lo que de él deriva, cuestiones modernas, más aún, contemporáneas, nacidas paralelamente con la consciencia individual aumentada en su número con la propagación de la instrucción. Y la propagación de la instrucción ha venido con la difusión de la escuela, del diario, de la revista, del libro.

El individualismo y el socialismo en el fondo no han estado y no están en lucha sino como transición hacia una solución futura.

Como rasgo común y esencial de las escuelas socialistas señala el doctor Iglesias Paz: «Un mismo pensamiento fundamental, con diferencia de grado, de aplicación ó de método, inspira el alma de toda esa doctrina que puede concretarse en dos conceptos correlativos: «igualdad» y «solidaridad», como fin y medio respectivamente, á pesar de que en algunos sistemas socialistas aparezcan invertidos los términos.» El socialismo en consecuencia y en miras de aquel fin halló su fórmula abstracta en el principio «todos para todos», en oposición al individualista, «cada uno para sí.» Solamente cuando los países llegan á las densidades de población de Francia y Alemania, puede el socialismo — sin ser un *negotium* para una de las partes y un idiotismo para otra — revestir el carácter de internacionalismo. Son grados de una escala, y antes hay que hacer nacionalismo, basado, eso sí, en los modernos principios sociales. Bien está, entonces, el Partido Socialista *Argentino.*

Concluye *El Problema Social* con atinadas consideraciones referentes á la protección de la clase trabajadora por ella misma, como á la protección en sus relaciones con el capital.

Resumiendo: escrito en forma clara y sobria, serenamente, sin prejuicios de partidos, este libro del doctor Iglesias Paz es una obra de aliento que, á más de ser de utilidad general, viene á abrir con llave de oro la producción de este joven trabajador, esperanza de la ciencia argentina. — *J. H. R.*

EL PROBLEMA NACIONAL OBRERO Y LA CIENCIA ECONÓMICA—LA CUESTIÓN OBRERA Y SU ESTUDIO UNIVERSITARIO—HERBERT SPENCER Y SUS DOCTRINAS SOCIOLÓGICAS, *por Ernesto Quesada.* — El doctor Que-

sada es un trabajador infatigable. Con seriedad y conciencia, más propias del ambiente intelectual europeo que de este medio americano, en el que aún es muy común asaltarlo todo con audacia de montonero, el señor Quesada ha ido dando á luz, en el transcurso de unos treinta años de intensa labor, un sinúmero de obras de índole y de extensión diversas, honra de la ciencia y de las letras nacionales.

Tres últimos folletos del distinguido publicista llegan ahora á nuestra redacción. Son tres trabajos de sociología, disciplina en la cual ha concentrado el doctor Quesada desde hace unos años á esta parte, todas sus actividades. En el primero de ellos es de alabar sobre todo esa crítica severa á la que somete el doctor Quesada las obras de consulta que pone en manos de sus alumnos, siendo el segundo, *La cuestión obrera y el estudio universitario*, un trabajo igualmente meritorio, mucho más en estos momentos en que comienzan á agitarse en forma asaz pronunciada estos problemas que reclaman una especialísima atención de parte de quienes, por sus conocimientos en esta materia, pueden dispensársela. Y, por último, el tercer folleto, constituyénlo una serie de conferencias en las que la vida y la obra de Herbert Spencer son pasadas en revista, comentadas, explicadas y colocadas en el ambiente intelectual en que nacieron, para pasar luego con fundamento á un análisis minucioso de las doctrinas sociológicas del filósofo inglés. Es este un trabajo de síntesis, que, bien puede ser leído con agrado y provecho por todos aquellos que quieren formarse una cabal idea del sistema de Spencer.

Si el doctor Quesada persiste en esta labor sociológica ha de legar al país no sólo una serie de trabajos que engrosarán el aún modesto bagaje de nuestra ciencia, sino que ha de formar también desde las cátedras que dicta, una pléyade de discípulos, que de él adquirirán por lo menos el culto de la honradez y de la seriedad en la investigación científica, y la afición á pensar con cabeza propia. — *G.*

BELLAS ARTES

PALABRAS PRELIMINARES

Los directores de esta revista han recordado que en un tiempo dediqué sendos artículos á este tópico de las bellas artes y hoy me encomiendan el cometido de la sección respectiva.

De seis años á esta parte, la cultura artística de Buenos Aires ha acrecido considerablemente, efectuando el proceso de su evolución á grandes saltos.

Este fenómeno es de sencilla explicación; en arte como en todas las manifestaciones de la moderna actividad, vivimos del reflejo de los grandes focos europeos y pocas cosas más rápidas en su propagación que la luz, pero esa luz se apropia el color del cristal que se le interpone. El estudio pues de la tamización de las luces de España, de Italia y de Francia,—que son las que más directa y en más profusión nos llegan,— á través del cristal de nuestro propio temperamento, será el objeto primordial, sinó exclusivo, de estos artículos.

De las aisladas exposiciones que con explicable rubor, dado el medio, se organizaban en años pasados, queda solo la tradición: hoy las exposiciones se suceden unas á otras y algunas, las malas especialmente, se propagan por generación expontánea. El snobismo rumboso hizo medrar á los mercaderes, la fama de nuestra

largueza y munificencia, limpió de telarañas infinidad de cuadros, grandes brochazos de barniz rejuvenecedor se extendieron sobre la pátina de olvido de muchas telas de valor subalterno que han sido negociadas aquí á precios altos y hoy gozamos la justa fama de constituir uno de los mercados artísticos más importantes del mundo.

Más importantes, sí, pero no más considerados; somos excelentes pagadores y apreciadores de una gran deficiencia; esto es lo lamentable y esto dará también tema contínuo á nuestra propaganda.

En la calle Florida, en un radio de tres cuadras, además de una *alfombrería* que habilita sus escaparates para la exposición de cuadros, hay cuatro salones permanentes de pintura.

En *L'Aiglon* el pintor Ferruccio Pagni expuso una variada colección de óleos y pasteles, sin mayor importancia. Llamaba la atención por ser todos los marcos de idéntica barilla.

En el mismo salón el señor Ethiénne Benéch, animalista, *discípulo de la Real Academia Albertina de Turín y de las escuelas de Quadrone y Pallizzi, premiado en varias exposiciones europeas donde han figurado sus obras, habiendo sido adquiridas algunas de ellas por la casa Real de Italia*, según rezan los catálogos, aunque no creemos que constituya patente de buen gusto la aserción última, expone actualmente 33 trabajos de una perfecta inferioridad y se dá el lujo de cobrar $ m/n. 1.500 por unas *perdices á la vista*, perdices que con marco y todo, para ser justos, tasamos en $ 50 m/n.

En el salón Costa, el señor Tristan Lacroix, animalista también, que ha obtenido en el extranjero muchas *recompensas*, expuso una colección de ampliaciones fotográficas, vivamente coloreadas, que no merecen á nuestro juicio ninguna recompensa.

Actualmente hay una exposición ecléctica por los asuntos y procedimientos, de *varios autores célebres*, la casi totalidad de ellos completamente desprovistos de celebridad. De las 128 obras expuestas hay algunas notas interesantes.

La exposición de *arte francés*, en este mismo salón, ha sido una de las más dignas y bien representadas del año.

En el salón Castillo, el artista italiano Feragutti Visconti nos hizo apreciar parte de su obra, intensa y fuerte.

Fueron sus cuadros justamente celebrados, pero el éxito financiero no acompañó á la alabanza admirativa. Sus precios, altos en exceso, hicieron abstenerse á los aficionados.

El pintor Polese que expone ahora, es un trabajador meritorio y tiene algunos paisajes sentidos y de excelente factura.

El pintor sevillano Don Manuel García y Rodriguez, *premiado en todas las exposiciones europeas donde han figurado sus obras, habiendo sido adquiridas algunas de ellas por los principales Consejos de Arte Moderno*, palabras del catálogo, llenó el salón Witcomb de cosas bonitas, justipreciando el valor de sus cuadros por el tamaño de los mismos. El más pequeño de ellos estaba avaluado en $ 60 y el mayor en $ 2.500.

Como expresión de arte, pudimos notar que había pequeños, superiores á los medianos, y medianos, mejores que los mayores.

El señor F. Stefani, distinguido *amateur* é inteligente intermediario entre los artistas y el público, organizó en el mismo salón Witcomb, su cuarta exposición, dividida en dos partes, que fueron dos momentos distintos y una sola sensación de noble y puro arte.

Las notables obras de Ettore Tito, dos ó tres de ellas magistrales, iniciaron el certámen, siguiendo las de Michetti, Morelli, Grosso, Sartorelli, Boldini y algunos otros maestros italianos, de los cuales hace la apreciación y apología el renombrado crítico Hugo Ojetti, en un notable estudio sobre la fama y las obras de los artistas de Italia, que viene incluido en el catálogo.

Figuran también varios pequeños bronces de Bistolfi y Calandra.

La exposición de artistas italianos ha tenido un buen éxito de venta, no así la de Tito.

Esto se explica facilmente. El señor Stefani, con muy buen criterio, viendo el fracaso pecuniario de la primera parte de su exposición, sin mayores sacrificios, ha fijado precios más equitativos en la segunda.

Ahora se preparan dos exposiciones, más interesantes para nosotros, porque atañen más de cerca á nuestro objeto de dedicar preferente atención á la marcha, vicisitudes y gloria del arte entre nosotros, del arte que no trepidamos en llamar nuestro, del arte nacional, en el cual creemos y esperamos.

Las exposiciones anunciadas son, de la *Sociedad de Aficionados*

en el salón Costa, y de *El Círculo*, en la cual nuestros jóvenes artistas presentarán sus dibujos, pinturas y esculturas de última data.

Dedicaremos en el próximo número un estudio especial á ambas manifestaciones, porqué, como ya lo hemos dicho, á la inversa de lo que se hace generalmente, nosotros pospondremos lo importado á lo nuestro, sin que esto quiera decir que tildemos de exóticas, las obras de artistas extranjeros, que radicados en nuestro ambiente, usan de nuestro pan como de nuestro sol y aportan en cambio sus iniciativas y esfuerzos para la persecución del ideal común.

Transcribimos un párrafo de Malharro que sintetiza nuestro pensamiento: *Creemos*, dice, *en un arte nacional, en un arte original como nuestra naturaleza; en un arte con carácter propio, netamente definido, sincero, con medios de expresión nuestro, en un arte lozano, valiente y original como original es el Facundo de Sarmiento.*

La razón primera y fundamental de la originalidad de «Facundo» es la independencia y originalidad del espíritu del autor.

Alentar á nuestros artistas, predicarles fé para la lucha y el cultivo de la propia personalidad; hacerles conocer del público, sacarles de la sombra, donde la incuria nacional injustamente les ha relegado; hacerles apreciar en lo que realmente valen y prometen valer, será el alto y patriótico fín que con todo tesón perseguiremos.

EMILIO ORTIZ GROGNET.

MÚSICA

TEMPORADA LÍRICA

Un seleccionado elenco y un escogido repertorio, grandes campeones del arte y nuevas producciones, han sido siempre las promesas de nuestros empresarios en cada temporada lírica. Cumplidas ó no, el público no ha sabido retraerse.

Es que no es una afición desmedida al arte la causa que congrega á tanta persona en los recintos consagrados á la música. El tanto por ciento mayor lo dá la moda, la tirana moda, que vende su protección á cambio á veces de un desvío absoluto hácia aquello mismo que fomenta con su presencia.

La heterogeneidad de constitución de nuestro público ha exigido siempre un repertorio ecléctico. También lo ha sido este año el de la ópera. En él han figurado desde el extraordinario improvisador Donizetti con su envejecida *Favorita*, aplaudida más por las agradables asociaciones que en algunos provocara que por su valor musical de absoluta insignificancia, hasta Ricardo Wagner con una de sus obras más popularizadas, *Lohengrin*, primera afirmación de un arte nuevo, verdadero, único. La belleza del poema, basado en una leyenda de un misticismo sentimental y á cuyo carácter filosófico Anatole France ha atribuido la claridad espiritual de un símbolo; y la amplitud de inspiración é independencia de procedimientos de la partitura han logrado triunfar, entre nosotros, de tanto prejuicio razonado ó inconsciente. Es que las calidades propias del compositor se hallan suficientemente acentuadas para no poder ser desconocidas. En las obras posteriores, de tan sobrehumana contextura y gigantescas propor-

ciones, aparecerán más claramente expuestas las ideas de renovación que en *Lohengrin* se señalan. La compenetración de los elementos poético y musical será más íntima; el empleo del *leitmotiv* más frecuente y habrán desaparecido por completo algunas fórmulas de la antigua ópera. El genio poderoso de Ricardo Wagner habrá realizado entonces con arte soberano la unión, según se ha dicho, del drama de Esquilo á la sinfonía de Beethoven.

Berlioz con su *Dannazione di Faust*, desigual pero siempre laboriosa, más digna de admiración que de entusiasmo; Bizet con su *Carmen*, ese drama lleno de color y de pasión, de un delicadísimo y magnífico realismo, donde vibra, palpita, canta el corazón de un gran artista que sin dejar de ser accesible dió extraordinario relieve á ese poema de amor y de muerte, al que imprimió también el intenso colorido de la tierra de sus protagonistas; Saint-Saëns con su *Sanson y Dalila*, uno de los monumentos del teatro musical francés, se alternaron y sucedieron en esta temporada con Verdi, en su genial *Aida* y en su *Don Carlo*, obra de transición en la que se hallan todas las influencias del pasado y los presentimientos del porvenir; con Boito, en su *Mefistofele*, quizá mejor concebido que realizado; con Catalani en *Loreley*, que tanto realza el arte musical italiano; y con Puccini que ha triunfado, se ha impuesto gracias á sus repetidos lugares comunes, á sus enojosas concesiones — tanto más imperdonables cuanto que su autor atestigua en muchos momentos una sensibilidad delicada y no pocas cualidades de técnico experto.

Se pusieron en escena, además, tres novedades: *Herodiade* de Massenet, *La sposa venduta* de Smetana y *Teodora* de Leroux.

La leyenda bíblica que inspira el cuento de Flaubert, tan poderosamente dramatizado por Oscar Wilde, está en la obra de Massenet— que nos ha llegado cinco lustros despues de haber sido aplaudida por vez primera en Bruselas—desnaturalizada por completo. No es la judía dedicada á todos los vicios, á todas las corrupciones, que llega al paroxismo del erotismo, la Salomé que aquí se representa. Esa flor del mal, ese tipo extraño de pubertad lasciva y de inconsciente crueldad ha sido convertida en una María Magdalena, ha dicho con razón Saint-Saëns. De Juan Baustista, el noble y austero profeta, se ha hecho un vulgar amante de Salomé. Han desaparecido, pues, esas dos figuras que encarnaban

dos fuerzas opuestas : una el mal por su lujuria, la otra el bien por su probidad. Así en *Herodiade* se ha transformado á Juan Bautista y Salomé en Romeo y Julieta!

La expresión de los sentimientos violentos y de los conflictos dramáticos de ese libreto no se avenían con el temperamento de Massenet. Había demasiada fuerza para un músico que solo poseía, el encanto, la gracia. No pudo, pues, traducir los caracteres ni profundizar las pasiones de los personajes. Escribió música superficial y decorativa, siempre en vista de un éxito inmediato, ese mismo principio estético con que ha concebido todas sus obras.

Esta preocupación del efecto lo ha hecho ampuloso y por momentos, para estar al nivel de la situación, ha sustituido la energía por el ruido, el acento por el énfasis.

El Massenet de *Manón* y de *Werther* que se ha conquistado el favor del público, especializándose en la expresión de un sentimiento, el amor, del que ha creado un lenguaje de una ternura lánguida, acariciadora, femenina, se presiente en *Herodiade*.

Menos elegante, menos distinguida que en aquellas, la línea melodiosa aparece aquí igualmente fragmentaria, poco ó nada desarrollada, con cadencias finales propicias al aplauso, armonías simplemente agradables, rítmos fáciles, ternarios de preferencia, y una orquestación delicada y colorida por fragmentos.

Las mejores páginas de esta partitura las ha inspirado la nota exótica que halla eco en uno que otro coro y en las danzas.

Entre tanta aria, duo, trio, marcha, preludio, intermedio y concertante que en ella se suceden poco es lo que merece señalarse.

Será, pues, vano esfuerzo el pretender dar á esta obra secundaria, en la que la personalidad de un músico de talento lucha por independizarse, sin conseguirlo á menudo, de la influencia de los dos compositores más en boga á la sazón, Meyerbeer y Gounod, un lugar en el actual repertorio de las escenas líricas.

Massenet continuará siendo el autor tierno y sentimental, delicado y elegiaco de *Manon* y de *Werther*.

La obra de Smetana, el ilustre teheque, sufrió como se recordará, un ruidoso fracaso.

Lo hemos lamentado por el público mismo. Una producción de un arte tan puro, tan elevado debía necesariamente resultar superior á su comprensión. Merecía mayor consideración un músico

que dotó á su país de un arte propio, que triunfó llevando la originalidad de ese arte más allá del pequeño centro donde fué creada.

La sposa venduta, esa ópera cómica de una encantadora puerilidad en el libreto, de una música, sobria y lijera, transparente y vivaz, puede no entusiasmar, por hallarse bastante distanciada de la psicología profunda en el poema y de los refinamientos y complicaciones en la partitura que exige la tendencia moderna, pero es de una claridad de orden y de una facilidad de expresión no poco meritorias y admirables.

No lo creyó así el público de la ópera. Lo peor es que tampoco lo creyó la mayor parte de los críticos, que también se manifestó reservada para con la obra de Leroux.

Del drama rápido y violento, brillante y superficial de Sardou, solo podía sacarse un libreto de ópera. No era *Teodora* un poema de drama ó de tragedia musicales. Tienen en él demasiada preponderancia las exterioridades contingentes y los accesorios de *mise en scéne*, y sus personajes no son, si se nos permite decirlo así, esencialmente líricos. Este lirismo no lo dan los oropeles que llevan. Nace de los sentimientos y de las pasiones. Se manifiesta entonces por la expresión de la naturaleza verdadera de los personajes. Cuando cantan es que el canto es el medio de revelación más elevado, necesario: único de los que sienten. Es así que el arte sonoro afirma su soberana facultad de expresar, como se ha dicho, lo inexpresable.

Los personajes de *Teodora* son bajo este aspecto demasiado superficiales. Además ellos lo dicen todo poseidos de una contínua retórica, que deja á la música en un lugar secundario.

Pero la elección de este libreto denota la orientación artística de un músico superiormente dotado, pero que es ante todo un hombre de teatro.

Las situaciones fuertes provocadas por el conflicto del amor y de la libertad, el pintoresco colorido de bizantinismo y los episodios de multitud tenían, en *Teodora*, la necesaria amplitud y la indispensable magnificencia para el efecto teatral.

Leroux ha seguido la acción en sus menores detalles, con una declamación lírica sobre un contínuo comentario, sinfónico por excelencia, y en el que aparecen repetidos *leitmotive*. El elemento

melódico solo interviene en las voces para dar mayor efusión á algunos momentos apasionados.

La orquesta, tratada con admirable maestría, es la que refleja todo el drama. Y su musicalidad es siempre interesante, superior, audaz, de una intensidad, de una delicadeza, de una voluptuosidad, exquisitas, pocas veces demasiado fáciles.

Un músico de un temperamento tan vigoroso y de un dominio tan absoluto de la técnica como se ha revelado Leroux es capaz de dar al teatro obras acabadas y duraderas, si no persiste en elegir poemas amusicales.

Los espectáculos han sido en cuanto á presentación escénica suficientemente magnos para que no sea necesario encomiarlos demasiado. Si algunas interpretaciones han resultado más la letra que el espíritu, más las notas que la música, cumple manifestar que ello fué debido más que á la deficiencia de pocos cantantes á la relativa imferioridad de su director artístico.-Relativa, decimos porque ella surge de la inevitable comparación con una personalidad eminente, Arturo Toscanini, cuya actuación ha sido para nosotros una grande y bella enseñanza.

En el Coliseo,*Carmen* (con la realista creación de la talentosa Maria Gay), *Dannazione di Fausto* y *Sansón y Dalila* nos compensaron de tantas *Lucías*, *Traviatas* y *Sonámbulas*, etc., y también de tal cual *Zazá*. Con elementos como los que actuaron pudieron dársenos mayor número de obras, que señalaran un esfuerzo más serio, una aspiración más noble que las seleccionadas entre las de la decadencia ó las del *verismo* de la lírica italiana.

Nuestra educación musical continuará falseada si se persiste en hacer primar en los repertorios esas viejas óperas, muchas de las cuales ni el mérito de los intérpretes logra sostener.

Hoy, nadie discute la superioridad del drama lírico sobre la ópera á la antigua usanza. Es menester, pues, que no sigamos agenos á una evolución reconocida legítima y necesaria.

Muchos se rezagarán en esta marcha altiva de la música por la senda que señala el artista de sinceridad, de audacia, de progreso, de fuerza, de juicio. Pero acabarán por seguirla...

MIGUEL MASTROGIANNI.

TEATRO NACIONAL

Nacional—«El Buen Dolor» por *Don Félix Alberto de Zabalía.*

En el mes de Agosto no ha habido en este teatro ningún estreno de importancia, si exceptuamos el de las comedias dramáticas en un acto, «*El mejor tesoro*» de Emilio Ortiz Grognet, «*La Suerte Negra*» de José de Maturana y «*El Buen Dolor*» de Félix Alberto de Zabalía.

Ninguna de las tres ha obtenido un verdadero exito, á pesar de que ellas revelaban en sus autores cualidades encomiables, cualidades que imponían una mayor consideración por parte del público.

Especialmente «*El Buen Dolor*», drama intenso y de caracteres bien definidos, era merecedor de un éxito franco.

Y lo peor es que, cuando como en el caso actual no se premia con justicia una tentativa seria, se niega el derecho del desaliento al autor y de que en vista de la inutilidad del esfuerzo, se entregue éste á la composición de sainetes cómico-líricos, más al alcance del gusto público. De este gran error, son culpables y responsables, ante todo, los auditores inteligentes.

Obeservación, sentimiento, una cierta audacia, el cuidado de los menores detalles, todas apreciabilísimas cualidades de dramaturgo, revela esta obra de Zabalía, por muchos conceptos superior á sus anteriores.

—Durante el mes se ha efectuado la *reprise* de un buen drama, de un excelente drama. Me refiero á «*Marco Severi*» de Roberto J. Payró, que logró, durante cinco ó seis noches, mantener

en constante entusiasmo á los espectadores. Al éxito de esta *reprise*, han contribuído en gran parte los actores, que interpretaron sus respectivos papeles con completa corrección.

Marconi—«La Eterna Ciega», por *Don Otto Miguel Cione.*

Este teatro, en cambio, nos ha ofrecido en el transcurso del mes, el estreno de una nueva obra del señor Cione.

Obra de tendencia sana, pues con ella el autor se propone corregir un defecto de nuestra ley penal, poniendo de manifiesto las injusticias á que se presta la imprecisión de un artículo; bien construída y de caracteres particulares perfectamente individualizados, es en verdad merecedora del aplauso caluroso con que fué recibida. En ella ha demostrado su autor, que los secretos de la técnica, le van siendo cada día más familiares.

El señor Cione es realmente un gran laborioso. Desde que el concurso de novelas de «El País», le hiciera conocer en 1901 con «Maula», como buen prosista y perspicaz observador, hasta el momento actual, el señor Cione nos ha dado una serie de obras teatrales, buenas unas, mediocres otras, pero todas acusando una pertinacia y buena voluntad dignas de encomio. Y como siempre sucede, toda labor constante, tarde ó temprano, tiene su recompensa. Sus tres últimas obras le encaminan en este sendero.

He aquí el argumento de «La Eterna Ciega» rápidamente relatado: Roberto, joven y rico, es propietario de una fábrica en la que están bajo su dependencia un gran número de obreros y obreras. Una de éstas, Elvira, ha despertado sus deseos y se propone hacerla suya. Pero en la misma fábrica trabaja Martín, padre de la obrera, hombre impulsivo y temible, al que, por lo tanto, es necesario sacar del paso. Con este fin,—nada más fácil—se le acusa de haber hurtado unos juguetes, inservibles, que se llevara para la hijita enferma de un compañero de trabajo. Caído Martín en las redes del Código, es condenado á cuatro años y medio de penitenciaria.

Cumplida la condena regresa al hogar, deshecho por su ausencia, pues ella precipitó la caída de Elvira, caída que á su vez ha ocasionado la muerte de la madre de esta. Roberto, una vez logrado su objeto, como es lógico suponer la abandona. Y aquí lo falso de la obra. Del primero al segundo acto han pasado cuatro

años y medio. Sin embargo nos encontramos con que á pesar de haber transcurrido tanto tiempo, el abandono de Roberto es reciente, y lo que es aún más grave, Elvira recién va á ser madre. Confesemos que si la pasión de este, ha podido durar cuatro años, la maldad de que se le acusa no puede hallar asidero. Gracias que se mantuviera fiel seis meses. ¡Y eso! Pero es que si no se echaba mano de esta *ficelle*, entonces no había drama.

Bien pues, Martín regresa al hogar y al enterarse de la deshonra de su hija y de su estado actual, exije que esta se lo comunique á su antiguo amante. Puede ser que esto le conmueva.

Roberto se encuentra festejando con sus amigos, diputados, jueces, abogados, el triunfo de la causa que había pendiente contra él, por una gran estafa á la Aduana. Como el dinero ha corrido en abundancia, el comprometido ha sido salvado. Para él no rigieron los artículos del Código.

Mientras los amigos pasan á una pieza contigua, á jugar una partida de billar, Roberto queda solo y en este preciso momento llega Elvira con el objeto que sabemos. Ante la revelación, éste, en lugar de conmoverse se ríe y después de una breve discusión entre ambos, la arroja brutalmente á la calle. En el instante que va á incorporarse á sus amigos, aparece Martín, y pone fin á la obra vengando con la muerte de Roberto, su prisión y su deshonra.

A pesar de los defectos que contiene, por el fin moral que lo ha guiado y por el conocimiento que ha demostrado de la técnica teatral, merece esta obra del señor Cione, lo repetimos, el aplauso caluroso con que fué saludada la noche de su estreno.

La interpretación, bastante buena. Unicamente sería de desear que el señor Pablo Podestá contuviera un poco sus ímpetus rugidores que, si bien pueden agradar al público de las galerías altas, sólo consiguen, ante el público culto, hacer antipático y hasta odioso al personaje que precisamente debiera serlo menos. Muy bien el señor Ducasse, que día á día progresa más. Igualmente bien la señora Mancini. Bastante mal la señora Celvi.

La correcta presentación de la obra, impone una felicitación al Director artístico, señor Atilio Supparo.

ALFREDO A. BIANCHI.

NOSOTROS

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

(CONCLUSIÓN)

— He aprendido muy poco: la preocupación de formarse un capital no deja tiempo ni ganas.

— Y esta preocupación, querido, contestó con cierta ironía, la tienen hasta nuestros hombres de ciencia, contagiados por el ambiente mercantil en que vivimos. Así es que, ahora, podemos contentarnos muy bien con ver las cosas á la ligera, y dar ejemplo, nosotros que para nada tenemos que estudiar sino para propia satisfacción.... Bajemos, porque ya hemos llegado.

Seguimos caminando hasta el restaurant. El continuó, refiriéndose á frases anteriores:

— Hago economías. Quiero ser muy rico si es posible, para ser muy independiente. No soy avaro, pero he llegado á saber que aquí, como en casi todo el mundo, no hay mejor recomendación que la riqueza, que para muchos vale más que cualquier otro título. Todos los años compro un terreno en la campaña, allí donde me parece que hay porvenir y los precios no han subido todavía. Por una casualidad me ha ido más bien que mal: cuando la fuerte alza de los terrenos, aquella época de fiebre y de locura, pensé como tú en ir á Europa, vendí caro, y esperando las buenas oportunidades. Estalló la crisis como una bomba, y

yo acababa de vender mi último pedazo de tierra, y tenía el dinero en lugar seguro, de modo que cuando sobrevino la baja pude duplicar mi capital, comprando otros terrenos mejores y mayores. La tierra es mi caja de ahorros, y cuando eche mano de ellos, en una ocasión propicia, seré muy rico, es decir, muy poderoso. Ya verás lo que es la plutocracia en nuestro país, y te alegrarás de que tus haciendas sigan procreando sin exigir tus cuidados. ¡Ah! cuando te puedan decir señor Millón ó señor Millones ¡hasta músico genial podrás ser si quieres!

Una pregunta pugnaba por salirme de los labios, pero me contuve. El, tan modesto, tan poco aficionado al lujo y al mundo ¿para qué quería ser rico? Pero no se lo pregunté, sabiendo que más tarde ó más temprano me lo diría con su franqueza habitual, en su necesidad antigua de hacerme confidencias.

Era ya completamente obscuro y las calles estaban poco concurridas, los escaparates á media luz, en la hora intermedia entre el bullicio de la retirada, por la tarde, y el movimiento más tranquilo de la noche, cuando reina la calma, en el momento plácido de la comida. Buenos Aires, por lo general, come después de anochecer en todas las estaciones del año.

Instalados ante una mesa de la Rotisserie pocos momentos después de bajar del tranvía, atacamos con apetito las vituallas, elegidas por el ojo experto de Lové, que no pudo dejar de disertar sobre nuestros progresos gastronómicos. Antes no se comía así: hasta hace pocos años nos limitábamos á la cocina primitiva y á algunos rudimentos de la francesa; los elementos no eran tan variados como hoy, los *chefs* no habían inmigrado aún, y los grandes platos se desconocían casi por completo; ahora en cualquiera de los grandes restaurants se tenía lo posible y lo imposible, con la sola condición de pagarlo; venían á nuestras mesas los productos de las tierras y los mares más lejanos, los mercados estaban atestados de las cosas más raras y exquisitas, frutas y legumbres de verano en pleno invierno, sin que faltara nada.

— Pero la comparación tiene que ser exacta para que sea más eficaz. Yo te mostraré lo que á ese respecto tengo en casa.

Permaneció un instante en silencio, y luego, sin transición alguna preguntó con voz algo irónica:

— ¿Con qué te ha interesado Elena Cuecho? ¡Claro! Es una de

las muchachas más lindas de Buenos Aires. Pero tené cuidado.

— ¿Cuidado? ¿de qué?

— Es tentadora, y vos serías capaz de hacer alguna barbaridad.

— ¡Bah! Me ha interesado un momento, como cualquier muchacha bonita, pero de ahí á hacer cualquier tontería....

— Te digo no más. Y sin embargo, Elena es muy interesante por diversas causas.

Y entonces contó su historia. Hija de un hombre rico, de familia vieja y respetada en el país, había recibido una brillante educación: hablaba el francés y el italiano, tocaba el piano, cantaba, pintaba un poco, era capaz de leer y entender libros que no gustan generalmente á las mujeres, tenía una educación encantadora, era afable, reunía, en fin, todos los atractivos. Pero, el reverso de la medalla: el hábito inveterado, incurable, feroz del lujo, un cáncer que le roía el corazón y el cerebro, una pasión loca y ciega. Don Eleodoro Cuecho se había arruinado completamente en 1895; ahora «pichuleaba» en la Bolsa sin lograr rehacerse, tan escaso de dinero que solía pasar meses enteros sin pagar la casa en que vivía; sin embargo, el tren aparente de su vida era el mismo de antes. Elena y Doña Catalina, su madre, vestían como princesas, á fuerza de roer sobre los demás gastos; la casa no tenía más pieza presentable que la sala, pero nadie pasaba de allí al interior; habían tenido, eso si, que suprimir el coche, ¡con cuantas lágrimas! Y la joven, perdida la cabeza, enloquecida por su afán de lujo, de brillo, buscaba un marido rico, cualquiera que fuese, para satisfacer su pasión. Y, sin embargo, no era mala; al contrario, tenía un alma pura, un corazón capaz de los más nobles sentimientos. En fin, había que perdonarle su extravío, pero como se perdona y compadece á un frenético: poniéndose lejos. ¡Ah! El año anterior había ocurrido un verdadero drama: la familia entera, á fuerza de economías y sacrificios, había logrado reunir una suma suficiente para ir á Mar del Plata. Pero tenían que soportar sonrientes mil privaciones, no tomar parte en ciertas fiestas muy costosas, guardar las apariencias, si, pero partir un centavo en cuatro, para que el capital durara siquiera los veinte días reglamentarios. Y á pesar de todo, los pesos se marchaban á escape, de una manera tan alarmante, que por no regresar corrido antes de la fecha señalada, pretextando algún aconteci-

miento inesperado, Don Eleodoro tuvo el rapto de ponerse una noche á jugar á la ruleta, y como es natural, lo perdió todo... Desesperado, torturado, sin saber cómo salvar la terrible situación, se vino á Buenos Aires, pidió, corrió, hasta quiso vender su alma; y hubiera vendido los muebles de la sala, si, conociendo su situación, un hombre á quien había prestado servicios en otro tiempo, no le hubiera dado los fondos que necesitaba, sin esperanza de reintegro. Pero la lección, dura y todo, no había aprovechado, comenzaban las deudas al almacén y á la tienda, el «pichuleo» era cada vez más pobre, Don Eleodoro tenía que llegar á cuidados infinitos con su ropa, quitándosela apenas volvía á su casa, para vestir con dos trajes al año; y sin embargo, el último verano había ido de nuevo á Mar del Plata.

— Y no te cuento esto como chisme, sino como observación útil, concluyó. Esta enfermedad del lujo es desgraciadamente muy común, aunque haya aparecido hace relativamente poco tiempo.

— ¿Cuando? Me interesería saber....

— Vas á repetirme la exclamación de esta tarde, pero no importa. La enfermedad del lujo con carácter epidémico y que después se ha hecho endémica, data desde que se acentuó la inmigración provinciana, es decir, durante los gobiernos de Sarmiento y Avellaneda, sin grandes proporciones, casi insignificante, generalmente desapercibida; durante el de Roca con mayor intensidad, y por fin en esos tres años de Juárez, con una fuerza de contagio tremenda. Ya sé la objeción, pero conste que me limito á señalar un hecho, sin sacar consecuencias. La objeción es que el comercio no se había desarrollado antes, que la gente estaba pobre, que la guerra del Paraguay nos aplastaba, y que las tentaciones preparadas por los comerciantes ansiosos de ganancia han ido aumentando progresivamente desde que el país pareció enquiciado, hasta aquella ostentación de cosas lindas y caras, aquel amontonamiento de riquezas que cegaban los ojos, aquella fiebre de lujo del 87, del 88, del 89.... Pero quede, también, sentado, que las primeras niñas que usaron brillantes en el teatro, fueron provincianas, y es natural que ellas rompieran la marcha, porque generalmente eran muy ricas, y porque tenían

que ser deslumbradas y cautivadas más pronto que las otras, y más irresistiblemente.

— ¡Porteño!

— ¡No lo repitás! ¡Si supieras cómo me gustan las provincianitas en sus provincias!

Tomábamos el café y los licores, cuando Lové propuso que discurriéramos dónde iríamos á pasar el resto de la noche. Yo me sentía bastante fatigado, aunque no hubiera razón para ello, de modo que lo invité á que nos retiráramos á su casa. No opuso inconveniente, pero quiso que fuéramos á pié.

— Es necesario que principiés á verlo todo, y á verlo bien. Voy á darte la primera lección.

Protesté, me urgía meterme en la cama; sentía una lasitud y una pereza cuya causa ignoraba.

— El viento norte. Tomemos un carruaje, entonces.

Y luego añadió:

— Parece que no estás muy dispuesto al estudio. Te habré cansado con mis disertaciones. ¡Vaya! Perdonáme, porque hago el firme propósito de no incomodarte más. Vamos.

El mozo le trajo la vuelta, y dejó un peso de propina.

— El mal europeo nos ha invadido, dijo riendo mientras salíamos. La propina es obligatoria; apenas te has sentado á la mesa ya el mozo sabe cuánto le vas á dar, y te sirve en consecuencia. A veces me han dado ganas de hacerme mozo para iniciarme en esa especie de psicología, que ha de ser utilísima en otras circunstancias: conocer á un hombre por la cara ¡qué tesoro!

Ya dentro del coche de plaza que rodaba suavemente por los rieles de la calle Cuyo, ó saltaba por los desiguales adoquines para dar paso al tranvía que venía en sentido contrario, me propuso interminables, insensatas correrías por la ciudad: los diez y nueve teatros que funcionaban, los veinte mercados, las plazas públicas, los cementerios, los clubs, las escuelas, las facultades, los museos, las tres biblitecas, los veinte hospitales, los nueve hospicios y asilos, los mataderos, la Bolsa, el puerto, hasta las calles, pues cada una tenía un tipo especial, de la Avenida de Mayo hasta la callejuela de Luján. Y como le obser-

vara que para eso se necesitaba una vida entera, quedó un instante en silencio, y luego dijo, como en éxtasis:

— ¡Oh! Buenos Aires es un fenómeno de vitalidad. Ninguna ciudad la tiene tan intensa como ella; para ninguna se abre un porvenir semejante al suyo!... Y nosotros! nosotros somos apenas un embrión informe de lo que serán Ellos, los de mañana los que vendrán cuando ya no estemos.

— ¡No creía que existiera un hombre tan enamorado de Buenos Aires como tú! exclamé.

El me miró sonriendo, y dijo, como si me replicara:

— Mañana te presentaré un tipo curioso.

— ¿Fruto del país?

— Si, pero un extraño fruto, que afortunadamente no abunda demasiado. Es un médico que no ejerce, el Dr. Lucas Imbele. No te digo más sobre él para que lo juzgués por vos mismo. Y ahora á dormir si no querés leer algo.

— Siempre leo un rato en la cama á cualquier hora que me acueste. Es una costumbre inveterada que tengo desde niño y me va bien con ella.

Sacó un libro de la biblioteca y me lo puso en las manos.

— Tomá, es *En Route* de Huysmans. Un libro de psicología pura, de una rara observación directa, excelente como ejercicio. Te dormirás á las primeras páginas, pero te será útil si persistis hasta el fin. Buenas noches.

Huysmans me interesó justamente por su desdén para el interés fácil, pero acabé por dormirme pensando en la acentuada reversión al misticismo que se nota en estos últimos años, y cuando menos se esperaba.

ROBERTO J. PAYRÓ.

UN ANÓNIMO MÁS

No puede resistir más. El aroma del ajenjo lo persigue. El sabe que su cabeza se ha mareado muchas veces, que ha tropezado en su marcha vacilante, que la gente lo señala con el dedo y ríe cuando pasa con su gran nariz colorada y el rostro lívido y macilento. Ya no quiere emborracharse. Lucha y lucha, mientras se apodera de su corazón una tristeza profunda. Camina como si le faltara un compañero y un punto de apoyo. Hace tiempo que no bebe y su vida se ha hecho desierta como una estepa y le parece estéril, áspera y solitaria como una roca. Lucha. No quiere emborracharse pero tiene la nostalgia seductora del ajenjo, quiere el enervamiento de sus perfumes y la lascivia de sus excitaciones .

De nuevo ha extendido su mano y bebe... Su organismo se desgaja, su vientre y sus piernas se hinchan y con el rostro extenuado, lleno de temblores y de insomnio, asaltado por las pavorosas visiones de la noche quiere á pesar de todo la loca alegría del alcohol venenoso, porque entonces su espíritu se serena y su inteligencia se yergue. ¿Qué tienen que hacer los demás con él? ¡Déjenlo vivir! ¿No vive acaso la araña y llena de telas cenicientas los ángulos de su casa, y debajo del piso de tabla no salta el escuerzo acaso, y la suciedad no cunde y se apodera de su hogar? El no vé eso, cuando entra de noche, manoteando en la oscuridad y cae sobre la cama de la mujer aterrada en medio del ronquido inconsciente del letargo...

Es cierto que los suyos están semi desnudos y que en ese invierno no habrá frazadas y que algún día, peregrinos de la miseria, los arrojarán fuera, para que el cierzo les contraiga los músculos y los endurezca de frío. Es cierto eso; pero la gente no da

dinero, no socorre la miseria, no alcanza ropas... Lo que da es el sarcasmo que hiere el corazón y el puntapié que aleja el espectáculo. Tiene el estómago delicado la gente; la náusea le incomoda. Por eso él una noche de invierno con las piernas hinchadas, borracho y alegre no pudo llegar á su casa. El sueño lo venció en el medio de la calle. La helada le dió su sábana blanca que le envolvía el cuerpo como una mortaja fría y la muerte poco á poco paseó la tenaza de hierro y le mordió el corazón. La víscera era enorme. Se había agigantado en la lucha. Tenía escrita en sus fibras la odisea dolorosa de un alma buena. En ella estaban todos sus remordimientos, el amor generoso de la compañera de su vida, sus martirios llenos de silencios y las ternuras y las sonrisas de los hijos. Pero la helada no deja su presa y el cuerpo envuelto en la mortaja blanca entra en la boca obscena del osario —un anónimo más—una melancólica larva más!...

FRANCISCO A. SICARDI.

ODA Á RUBÉN DARIO

I

Maestro, gloria al Verbo, á la Palabra
sutil, alma y radiosa
como la luz, pero que labra
en perenne granito
la vibración sagrada y armoniosa
de las almas al místico beso del Infinito.
El cincel, la paleta
son ilustres; la música es sublime,
mas sólo el Verbo del Poeta
que con la Idea pura nos redime
y hasta ella nos levanta;
el Verbo, alado peregrino
que el ritmo eterno de la augusta Idea
y el poder inmortal de la Vida nos canta;
sólo el Verbo es divino.
Gloria al Verbo que crea
belleza y que ilumina
la misteriosa ruta
donde el hombre camina;
al Verbo que derriba iniquidades;
que no matan el fuego, la cruz ni la cicuta;
al Verbo que derrime iniquidades;
que provoca y deshace la tormenta;
al Verbo que cimenta
y alza, como montañas, las verdades.

A menudo la plebe
lo profana, por cierto: cruel, cobarde, inculta,
blasfema sin pudor, y sin piedad insulta.
¿Mas será menos casta la fuente porque bebe
en sus aguas la bestia vil é impura?
¿Acaso perderá su virginal frescura
fecundadora?
¿Dejará de quebrarse el iris de la aurora
entre sus linfas,
ó de tender, cual manto, la luna su reflejo?
No; su corriente misma borra todo
lo que la enturbia: sangre, espumas, lodo:
vuelven las ninfas
á mirarse en su espejo,
y contemplan sus cuerpos de alabastros
sobre un fondo de cielos y de astros.

II

Detrás de tus suntucsos é historiados cristales,
desdeñas los tumultos de las turbas triviales,
y cincelas joyeles ó engarzas claras gemas
en tus magníficos poemas,
maravilloso artífice del Verbo.

O en raro equife surcas un río á cuyas ondas
no osan llegar el lúgubre buho ni el hosco cuervo.
Desde su orilla, bajo frescas frondas,
te saluda la dríada rosada,
y olvida que quizás, oculto en la enramada,
enamorado fauno con avidez la espíe.
En su diáfano alcázar la ondina te sonríe.
Y vas cantando, lírico argonauta...
Prestan las flores á tu verso aromas,
las águilas vigor y gracia las palomas,
melodía la alondra y las estrellas pauta.
Lo acompañan las brisas en sus suaves violines
y siguen su cadencia las selvas y jardines.

Un blanco cisne, que armoniosamente
su cuello enarca,
lleva tu barca
hacia el oriente
con serena altivez. Es ensueño tu paje,
y Amor tu confidente...
Primavera, tu amada, va contigo de viaje.

De todo verbo exprimes la sustancia que encierra.
Cantas lo que Verlaine llama «vida oportuna»,
noble artista en idilios de la tierra
lo mismo que en asuntos de la luna...

Pero hoy que nuestra raza latina se estremece,
y en su cielo la rosa del rosicler florece,
y en sus campos se escucha
una diana llamando al progreso, á la lucha;
hoy que se yerguen glorias ancestrales
señalándonos nuevos ideales,
y que suena la hora de aprestar los bajeles
para el país soñado de futuros laureles;—
hoy trocas por el épico olifante
tu mágica siringa eclógica y galante;
y animas á la América española, que avanza
gallarda en el tropel de las naciones,
con tus *Cantos de Vida* y *de Esperanza*
cuyo eco es un hosanna de nuestros corazones.

Bien lo dijiste: haces vibrar «toda la lira,
toda la flauta.» Orfeo y Pan te enseñan,
éste el ritmo que encanta y aquél los que domeñan.
Pero ignoras la ira,
ese gesto brutal de débiles y tristes:
tú que puedes salvar el monte, subes;
mas no lo embistes...
Y buscas sol y estrellas más allá de las nubes.
Si hay rojo en tus cantares,

serán rosas que adornan tus diversos altares,
espíritu pagano
y corazón cristiano;
ó aurorales fulgores,
ó el ocaso de oros y de llamas,
ó las bocas purpúreas de amorosos deseos...
Siempre alegrías, triunfos; jamás odios, rencores.

Tu astro tiene del cóndor los largos aleteos
y la serenidad de los cisnes que amas.
Pero más bien, celeste mariposa,
que á todos los trofeos
de violencia prefiere
los zumos delicados del lirio y de la rosa,
tu rara inspiración, Darío, me sugiere...
(La mariposa al cóndor y á los cisnes supera
en esto: y es que pronto muere
la mariposa prisionera.
Sin libertad, así moriría tu estro.)

* * *

Te saludo, Maestro,
en el nombre del Verbo y de la Primavera.

ALFREDO ARTEAGA.

BREVES APUNTES

ACERCA DE D. MIGUEL DE UNAMUNO Y DE SU INFLUENCIA EN LAS LETRAS HISPANO-AMERICANAS

La personalidad literaria y científica de Miguel de Unamuno adquiere cada día mayor relieve. Es una figura intelectual de innegable vigor; un representativo de generaciones redivivas de la patria española, al cual no se le puede llamar literato porque sería establecer limitaciones al juego de su espíritu inquieto, curioso é insaciable. De sabio tampoco debe calificarse al Rector de la Universidad de Salamanca; sería esto demarcar también el campo amplísimo por donde se agita el — para mí —original y verídico Unamuno. Cuando le han apellidado *sabio*, sin duda porque la forma de sus conocimientos se circunscribía á un especial asunto, ha saltado nervioso en su silla áulica, y con frescura deliciosa de pensamiento, apenas comparable con la santidad espiritual de Ganivet, entre los descendientes de Cervantes, ha dicho que él no era sabio, ni helenista, ni nada más que un amigo de la ciencia, con minúscula, y de la verdad humilde. Nadie se atrevería á cargarle el sambenito de la erudicción. Los eruditos le parecen detestables por lo mismo que sería capaz de sobrepujar á los mejor documentados de la laya. Yo me imagino que Unamuno se regocijaría si los hombres, sin perder la gracia de la civilización y las virtudes poéticas, se entregaran á olvidar muchas cosas para que fueran de nuevo descubiertas con ingenuo encanto, para que se encontrase en ellas un sentido primordial que han perdido en el tráfago de los libros, de las academias, de los discursos.

Si los hombres nos callásemos respetuosamente en presencia de la vida, siquiera durante veinte años, como se levantarían de su sueño, hermosas y frescas, puras y sentidas infinidad de no-

ciones, hoy oscurecidas por el demasiado análisis! Qué armoniosas resucitarían las palabras! Resurrección olímpica, semejante á la de los mármoles griegos al ser descubiertos después de un largo reposo, lleno de silencio augusto. Si se cerrasen los templos de las religiones cuál sería el resurgir de los sentimientos místicos! La piedad iría á los altares verdaderamente paramentada de blanco con la unción de los niños. Todo lo ha gastado la civilización moderna; ya nada queda donde se espacie la ignorancia divina de los instintos y la santa idealidad del misterio. Y pensar que cuando algún espíritu consolador, como Maeterlinck, dice, verbigracia: pasad por este sitio del alma en silencio, porque allí duermen cosas misteriosas que el hombre aún no ha profanado—haya voces agudas y destempladas que griten con la maligna intención de despertarlas.

Unamuno tiene la vaga noticia, que tienen los espíritus profundamente poéticos ó profundamente buenos, de la existencia de esas provincias inexploradas del ministerio, donde sólo penetran almas extraordinarias como Novalis, Kempis, Emerson ó Mauricio Maeterlinck. Son almas de niños éstas, almas que tienen la clarovidente inconsciencia de la vida.

« Jamás olvidaré—dice Unamuno -- una escena inmortal que Dios me puso una mañana ante los ojos, y fué que ví tres niños cogidos de las manos, delante de un caballo, cantando enajenados de júbilo no más que estas palabras: ¡un caballo! ¡un caballo! ¡un caballo! Estaban creando la palabra según la repetían; su canto era un canto genesiaco.»

Sí, estaban creando la palabra que surgió original, nueva, adorable de sus labios inocentes y de sus ojos iluminados por la única luz que no quema. Los que no comprendan por qué llama Unamuno inmortal la escena que recuerda, son almas herméticas, de una escasa comprensión sensitiva, que indudablemente las favorece en su mediana existencia. Su insensibilidad las aumenta, á lo menos las conserva; son almas que bien pueden ser destinadas á roer en las trojes de los sembradores mientras los granos recién caídos en el surco llaman así las fuerzas inarticuladas de la vida para realizar el prodigio de sus germinaciones. Está bien que no comprendan á ciertos poetas los espíritus herméticos; bien está que no lo sientan. Así los jardines poéticos durarán floridos

muchos más días, sus rosas conservarán largo tiempo el aroma. Páginas existen del libro de la naturaleza y páginas hay en los libros de los hombres, que sólo son entendidas por los absolutamente ignorantes ó por los videntes; los individuos de la mesocracia del pensar cuotidiano jamás las entenderán, porque sus ideas — las ideas suyas — son otros tantos obstáculos que les cierran el camino al conocimiento. Son ideas celosas, que están en el cerebro de los ilustrados, armadas de puntas y resueltas á rechazar nuevos huéspedes de la estrecha casa. Son muebles que no se admiten; no hay dónde colocarlos.

Menos acierto habría aún en llamar artista á Unamuno. El artista, únicamente artista, como el mero crítico, no renueva las almas, ni imprime, hoy por hoy, impulso hondo, vividor y significativo al espíritu moderno. Buscan en los actuales momentos los hijos de la ansiedad humana, pensadores que consuelen, poetas que con su espada ideal abran camino por donde se llegue á las fuentes pacificadoras del alma, á praderas invioladas, á las cimas serenas del amor que rejuvenece. Quizá el dictado de crítico -poeta conviniera mejor á las facultades de Unamuno. Sus procedimientos críticos se alejan casi siempre de los métodos conocidos y de las maneras peculiares á los escritores castellanos. Carece de dogmatismos; no demuele por el encanto de derribar sutilmente fábricas levantadas por otros; detesta el escepticismo por indigno; es incapaz de usar la ironía, ni el humorismo, que es al decir de un malogrado italiano, «el arte de hacer sonreír melancólicamente á las personas inteligentes»; rehuye las absolutas y los sistemas; elogia con parsimonia, porque juzga debe ser moderado el elogio si ha de revelarse sincero; la sinceridad no la entiende Unamuno como expresión de lo que sentimos, sino á modo de resultante del contacto del sentir con el conocer. La sinceridad puede ser falta si se ignora uno de los términos de la relación perseguida. Solemos decir: «en esta obra puse yo toda la sinceridad de mi alma», para que se considere vibrante la obra; á lo cual es de observarse que si tenemos un alma mediocre bien poco valdrá la sinceridad alardeada. Un partícula de la sinceridad de un Leopardi aparecerá más intensa que toda la de dos ó

tres almas reunidas, pero que carecen del espíritu vivificador del gran poeta.

Escribe Unamuno con descuido de la forma; se detiene lo menos posible á pulir el período; se expresa en un idioma que no es propiamente el suyo; confiesa él en uno de sus libros que maneja el castellano con deficiencia; su prosa suele presentarse desgarbada; se le escapan por tener el oído atento á la armonía de los pensamientos, el número y la ligereza de la frase. El estilo comprende las ideas y las formas peculiares del autor; pero es factible una relativa separación de los elementos que concurren necesariamente á crear la fisonomía del escritor de raza. Los pensadores españoles que yo conozco, descuidan en sus obras lo extrínseco — vaya esta palabra del derecho civil — sin provecho de lo intrínseco. Con todo, ¿no sería de temerse que el autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, al ganar en el orden y compostura de la dicción, perdiera parte del encanto que en sus páginas encontramos ahora? Es Unamuno, cual pocos, *poeta por dentro*. Poeta por la generosidad de sus visiones; poeta á la manera de Don Quijote, de nobles empresas é ideales pensamientos. «Y aún llego á sospechar — observa en su libro Unamuno — que mientras he estado explicando y comentando esta vida me han visitado secretamente Don Quijote y Sancho, y aún sin yo saberlo, me han desplegado y descubierto las entretelas de sus corazones.»

Nobilísima fe del caballero vasco, sin sombra de levadura literaria! hermosa confesión de quien, á haber vivido en remotas edades, hubiera sido caballero andante, y en los presentes tiempos, menos poéticos y menos dorados por las virtudes heróicas, se resigna á ser sembrador de conocimientos en la Universidad de Salamanca. Cuán respetable es el quijotismo de Unamuno; cuán sincero trasciende su apostolado sin hipocresías y sin preocupaciones!

Jamás aparece enamorado de la letra en perjuicio del espíritu. Su culto se dirige al héroe manchego, á quien considera más real que á Cervantes mismo, nó al libro; original y aún paradógica manera de contemplar la poesía ajena, convirtiendo su substancia en propia substancia, con ánimo de descartar de enmedio al creador del poema, que apenas es un biógrafo de un tipo histórico, concreción simbólica de un pueblo, relato auténtico de los hechos

reales é indiscutibles de un personaje, el cual encontró su historiador; pero que de todas maneras habría dejado renombre imperecedero. Extraordinario punto de vista es, por lo dicho, el en que se coloca Unamuno. Llegaría Cervantes, habitador del Empíreo, hasta agradecer al comentador su comento, porque el inmenso amor de Unamuno para Don Quijote le hace digno de la mayor alabanza y propicio á todo perdón; aunque no dejaría el pobre manco, cuya vida fué muchas veces más dolorosa que la de Don Quijote, y en tal proporción meritoria, de sonreír con la melancólica sonrisa de su humorismo nunca igualado.

Despojemos á Don Quijote de la Mancha del ropaje con que lo vistió Miguel de Cervantes; quitémosle el estilo al libro; la triste y suave ironía que el historiador puso al relatar las proezas del caballero ¿y qué nos quedará? Una figura de ficción, novelesca, un caballero andante que realiza hechos estupendos, verbigracia, Amadis de Gaula.

Cierto es que Don Quijote representó en un momento histórico el alma española; y que Cervantes halló su creación en el ambiente, los elementos psicológicos indígenas necesarios para contrastar, con la locura de uno, el buen sentido del otro; los ensueños del santo con las durezas del héroe, y crear un personaje ideal, simbólico y vivo; pero ¿acaso los arquitectos geniales tuvieron siempre que hacerlo todo y débeseles menoscabar la plenitud de su obra porque recogieran en la corriente de la vida las piedras miliares para levantar sus fábricas asombrosas?

Caballeros andantes de carne y hueso hubo en España antes de Don Quijote y aún en sus tiempos los había. Iñigo de Loyola fué uno de estos caballeros, de la santa milicia. Bien interesante es la manera que emplea Unamuno para demostrarnos el parentesco espiritual entre Don Quijote y San Ignacio. Veló el santo sus armas según lo cuenta el P. Rivadeneira, su biógrafo minucioso; protegió á las mujerzuelas extraviadas, llevándolas á lugar seguro; disputó con malandrines moros y á punto se halló de desafiarlos á sin igual combate; tuvo que vencer la oposición de sus parientes antes de salir á sus andanzas, y así de lo demás en que se asemejan Don Quijote y San Ignacio. El P. Rivadeneira nos cuenta todo esto. ¿Quién diría que se pueden igualar el libro de Cervantes y el libro de Rivadeneira? ¿Que virtudes alejan

el uno del otro inmensamente? Las virtudes del genio de Cervantes. Es imposible despojar el Quijote de las vestiduras que le puso su autor; por eso todas las traducciones que se han hecho del Ingenioso Hidalgo son más ó menos tapices vueltos al revés. Unamuno pierde de vista que los hechos de Don Quijote valen infinitamente más, pero contados por Cervantes.

Si una que otra vez el narrador de las aventuras del héroe se muestra inferior á su empresa; si ofende de burlas al caballero digno de todo respeto, débesele disculpar tamañas irreverencias que deslustran el limpio brillo de su obra. ¿Acaso todo creador no tiene horas en que reniega de los hijos del espíritu? ¿La naturaleza misma no se complace en ridiculizar sus creaciones, en hacer caricaturas de las más armoniosas formas que antes concibió con amoroso deleite?

La tarea que se ha impuesto el profesor salmantino al dar á conocer en las revistas madrileñas el movimiento literario de la América hispana tiene laudables consecuecinas. A los autores ibéricos les conviene fomentar las relaciones intelectuales en las antiguas colonias españolas, por bien de su fama y provecho de sus libros que se venderán en más extenso mercado. Si en América se han mirado con desvío toda suerte de productos peninsulares, la culpa principal la tienen ingenios y mercaderes españoles. España ha debido hacer siempre esfuerzos inteligentes y constantes por conservar sus influencias legítimas en estos píases. Muy poco hace por medio de sus diplomáticos para fomentar el acercamiento de su pueblo y el nuestro. Sus letrados nos desconocen en absoluto, y se necesita que vaya á Madrid un Rubén Darío para estimarla, y nos tienen—con excepción de Buenos Aires—por indios sin catequizar ó cuando más por mambises acicalados de generales. «Puede aparecer allá un libro maravilloso —me escribe Unamuno, — definitivo, de los que entran en el caudal de la literatura universal y decirlo aquí en España los que nos interesamos por cosas de América. Primero no nos lo creerán...»

Se comprenderá fácilmente por qué Unamuno se ha impuesto el trabajo de leer obras americanas y por qué razón goza de simpatías, que se traducen para él en alabanzas merecidas y en cordial acogida para sus obras.

Libre de preocupaciones de casta, — que hacen á críticos es-

pañoles mirar á los americanos de arriba para abajo, — Unamuno trata los asuntos con amplísimo criterio. No recuerdo haber leído en otro escritor español conceptos tan noblemente despojados del prejuicio de casta, como los que van en seguida, tomados del estudio *Algunas consideraciones sobre literatura hispano-americana*, que registra *La Lectura*, en sus números de Septiembre y Octubre del extinto año de 1906:

« Antes de ahora lo he dicho, y aquí creo deber repetirlo. Cuando algún americano pretende que la lengua española está en vías de desaparecer de América, ó que sus literaturas están animadas de un espíritu contrario al de la española, se lo contradigo, y no ciertamente por patriotería, vicio de que me siento libre, sino por creerlo un error de espejismo y de perspectiva; pero á la vez me parecen dañosísimos y disparatados los pujos de magisterio literario respecto á América, que aquí en España se dan muchos, el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No, desde que el castellano se ha extendido á tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convenirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española ó hispánica, en cuya contínua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, ó en Corrientes, ó en Chihuahua, ó en Vizcaya, ó en Valencia. La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura podría hacernos perder — si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos — la hermandad espiritual. Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar á trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles.

« Y lo que digo de la lengua digo de la literatura. Decir que las literaturas hispano-americanas no se distinguen sustancialmente ni forman en el fondo, nada diferente y aparte de las literaturas españolas, es decir que la literatura española no se distingue sustancialmente ni forma en el fondo, nada diferente y aparte de las literaturas hispano-americanas. Y si se me dice que la española pre-

cede á aquellas, haré observar que es una proposición de poco sentido y análoga á la de llamar á los americanos hijos nuestros, como si ellos no descendiesen de los conquistadores por lo menos tanto, y de seguro más que nosotros. Es aplicar á cosas del espíritu un criterio meramente topográfico. Aquello es una continuación de la España del siglo XVI tanto como esto, y en regiones americanas, en parte de Colombia, v. g., aún más fielmente que esto.

« Cierto es que nuestros escritores influyen en América; pero ¿acaso no han influído en España, é influyen hoy mismo, escritores americanos? Y si no tanto aquéllos aquí como éstos allí, se debe á que su producción es más escasa, por razones especiales. Y cada día, es de esperar, influirán más. Hoy mismo ¿cabe negar la influencia, buena ó mala, mejor ó peor, que de esto no nos toca tratar ahora, de Rubén Darío en la juventud española que al cultivo de la poesía se dedica? ¿Cabe negar la que ha ejercido José Asunción Silva, aún en muchos que han fingido desconocerlo?»

A Unamuno no puede juzgársele aún con suficiente acierto. Quizá sea este un momento inoportuno, porque, yo me engaño, ó su espíritu se halla en el comienzo de una fecunda floración de ideas prometedoras de abundante poesía. Para el creador llega la hora núbil en que se realizan sus nupcias con la vida y la belleza. El incansable vasco, tenaz y enérgico como su pueblo, estudia prodigiosamente, lee con aterradora rapidez y se informa de todo lo interesante que sucede en el mundo. Lo considero llamado á influir, cuál ningún otro pensador español visible, en la renovación de su patria y en el desarrollo de las relaciones comprensivas y útiles de España con los pueblos americanos. Varias veces ha conmovido el alma nacional; sus atrevidas disertaciones acerca de la institución militar y el patriotismo españoles, lo consagraron como verídico conductor de huestes pensantes .Su valor civil, su intrepidez ciudadana, tienen de compararse á los de Zola y Anatole France, en caso análogo.

Para Unamuno, todo lo humano debe ser comprendido, á lo menos explicado. En su *programa* ha dicho:

« Cada día me interesan más los sentimientos y los hombres, cada día me interesan menos las ideas y las cosas.

« Por mi parte, no pretendo convencer á nadie de nada; en rigor, y pese á las falaces apariencias, jamás lo he pretendido. Si una arbitraria afirmación mía — casi todas mis afirmaciones, cuando son mías de verdad, son arbitrarias — te corrobora en tu opinión, contraria á lo que yo afirmo, ó te hace formar tal opinión, estoy pagado. Tomo de mis prójimos, no sus ideas, sino el calor con que las sostienen, calor de humanidad.»

Despues de una declaración tan amplia de tolerancia, cual conviene á varón del intelecto de Unamuno, se hace difícil hallar la razón que tuvo para unirse á Azorín y á Manuel Bueno en protesta contra las manifestaciones ruidosas que el pueblo español hizo recientemente á D. José Echegaray. Unamuno conoce, como el más sociólogo, autor de *En torno al Casticismo*; observador permanente de las multitudes; versado en reconditeces psicológicas; maestro de juventudes, todo parecía indicarle que el homenaje al anciano dramaturgo elegido por la academia sueca para conferirle el premio Nobel, era justo y propio del pueblo cuyo carácter ha interpretado en parte el autor *El Gran Galeoto*. Quizá fué la oposición al homenaje un brete de aquel individualismo zahareño que señaló Plinio en los iberos, defecto que disgrega en un momento las mayores fuerzas de cohesión de nuestra estirpe y nos hace incapaces de una acción común política ó social, prescindiendo de los detalles que no armonicen con todas las aspiraciones, con el fin único de llegar á un resultado de beneficios generales.

El insigne sociólogo del idioma castellano, Sr. Julio Cejador, llama á la faz del carácter español, de que hablo, «individualismo brutal»; y D. Manuel Bueno, escritor de nervio entre los mejores de la juventud hispánica, dice: «El atomismo, el individualismo orgulloso y rebelde que acaba de descubrir Martín Hume en el subsuelo de nuestra raza, es achaque tan viejo que ya Strabón, al mentar á los españoles, escribía «que por su altanería no alcanzaban á unirse entre sí ni podían mantener sus alianzas, de donde nació el no poder ser iguales en fuerza á los que de fuera venían á embestirles.» (*El falso Hidalguismo*).

Y más adelante agrega:

« El único pueblo imposibilitado de un gran acto de contrición ó para un movimiento de redentora protesta es el nuestro, porque

nadie acepta la iniciativa de su vecino ni se allana á obedecer ó secundar lo que otro ha pensado.»

Ese individualismo, que se diría es un espíritu de contradicción fuertemente arraigado en el alma indígena, es nuestro gran inconveniente en la lucha por el progreso, y tal vez la fuente ingénita de nuestras guerras civiles. El pueblo español, y más aún, sus descendientes cismarinos no saben resignarse á tiempo ni menos deponer su individualismo en aras de un pensamiento general de trascendentales consecuencias. Es posible que me equivoque, pero creo que el individualismo español tiene una raíz radicalmente opuesta á la del individualismo inglés, que tan extraordinarios triunfos ha obtenido en favor de la dignidad humana. Cuando los españoles se asocian quedan tantos individuos como personas se congregan; cuando los ingleses se asocian no aparece sino una persona que piensa y que obra.

Y vuelvo á Echegaray para explicar por qué no hallé acertada la protesta de Unamuno. Echegaray es un representante de ciertas virtudes ó modalidades del pueblo español. La Nación ibérica ama las tragedias resonantes y sangrientas. El Circo es su fiesta por excelencia. El español busca los colores precisos, las situaciones dramáticas, los lances pasionales, el ruido y las emociones evidentes. Entiende á Segismundo y apenas oye á Hamlet; con Ibsen bosteza y á Maeterlinck, afortunadamente, no se le entiende allá, ni aquí mucho menos. Digo esto sin ánimo de mortificar á nadie. Los descendientes del león ibero somos lo mismo; y no es que yo reniegue de la estirpe; líbreme Dios de parecerme á esos descastados que por haber dormido en París y Nueva York, se hacen los ingleses, maldicen del idioma y de todo lo patrio y no se acuerdan de su país más que para explotar su tesoro. Bien al contrario, á honra tengo la estirpe, y si ahora — vaya ello sin ironía — me prometiera un Genio, de los que andan en cuentos de hadas, la trasformación de *nuestra* sangre aborigen, convertida por arte de encantamiento y suprema alquimia, en sangre yanqui, pongo por caso, le tiraría á la cara al Aladino la bacía que yo tengo por yelmo.

Yo no cambio mi lámpara de oro viejo por la lámpara de oro nuevo del mago. Si es triste que un hombre envidie, en vez de

sobrepujarlo, á otro hombre, cuánto más triste que un pueblo envidie á otro pueblo!

Echegaray es un tipo castizo, conforme con el modo de ser de los españoles. ¿Acaso la tolerancia, base del pensar del profesor vasco, y la armonización de las distintas filosofías, consecuencia de su lúcido criterio, no le bastaban para explicarse la preponderancia del poeta laureado?

A manera de los conductores de pueblos, Miguel de Unamuno entra en la pelea; que sólo en el combate se ve quién tiene alma puesta-puesta y quien la trajo desde el seno materno. Desconoce el recinto de la torre de marfil; prefiere vivir en un castillo almenado que tiene fosos, vigías y mesnada que lo defienda.

Defiende lo que debe defenderse: la patria en lid abierta, sin patrioterías, orientando su espíritu á todos los vientos; defiende la libertad, que no es un vano nombre ni puede ser enterrada porque claudiquen todos los desalientos y giman todos los excepticismos; defiende la religión, mejor dicho, el sentimiento religioso, porque es aquella elevación de las almas en presencia de lo desconocido; defiende la tradición castiza, no la que aspira á conservarse por vieja, si no la que debe perdurar por generosa; defiende á su pueblo del prosaísmo enervador, y le grita ¡adelante!, señalándole el camino de la nueva jornada.

Idealista de raza, magnificado por su idealismo, es Unamuno. Es de aquellos héroes que no temen ser derrotados. El mundo está repleto de hombres que temen ser derrotados. El catolicismo, v. gr., no cuenta hoy en sus filas un solo hombre que no tema ser derrotado, por lo cual no existen Iñigos de Loyola, ni Teresas de Jesús, ni Franciscos de Asis. La especie carecería de objeto si no surgieran de cuando en cuando esos Duques de los Abruzzos que van en busca del polo Norte, sabiendo que serán derrotados por la soledad; esos médicos que se inyectan sueros inexperimentados con conocimiento de que van á exponerse á la muerte.

Unamuno es intimamente indígena. Sírvele lo que toma de las fuentes universales de las ideas para hacerlo entrar en su alma castiza. Los creadores son duros — dijo el Solitario; — Unamuno es duro con su casta. Les habla á españoles y americanos, en el lenguaje más claro, las verdades necesarias. Pero, qué hermoso es el amor del poeta por su pueblo! Nada pasa inadvertido para

Unamuno de lo que interesa al desarrollo de las unidades nacionales, á las relaciones de los países de un mismo orígen hispánico, á la producción literaria ó científica de los grupos sociales. Estudia con cariño la historia americana. A sus manos llegan los libros y las revistas de todo el Continente. De tan vasto acervo toma lo útil para formular síntesis críticas. Las de Unamuno son generalizaciones muy sustanciosas. Hace crítica comparada en sus ensayos publicados en las revistas madrileñas. Sus análisis resultan generalizaciones acerca de los pueblos americanos.

Le carga el cosmopolitismo; lo considera una especie de *filoxera*, de *gota* que le cayó á la vid española ó á la papa de la Sabana El ansia de informaciones de todo lo extraño nos ha privado de conocer lo propio, sobre todo de sentirlo y de amarlo. El exotismo literario nos obliga á pasar indiferentes ante el Magdalena mientras nos empeñamos en ayudarles á los bardos germanos á describirles el Rhin ó á cantar el Mosela. El cosmopolitismo es libresco. «Lo universal — dice el autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho* — riñe con lo cosmopolita; cuanto más de su país y más de su época sea un hombre es más de los países y de las épocas todas.»

Tal es el principio ú opinión, que sirve á Unamuno de guía en sus juicios acerca de la producción suramericana y de la peninsular que se apartan por mal modo de la observación sincera y de las emociones vividas en fraternidad con la familia propia y el solar nativo.

Pone esmero el crítico peninsular en alejarnos del cosmopolitismo literario y de los gustos exóticos. Se sonríe amablemente cuando observa que nos entregamos en Sur América á los juegos malabares de la literatura y que mientras tenemos el cuerpo sometido al medio físico, viaja el alma al través de los libros, olvidada del más fecundo aprendizaje, el que deja la vida misma que vamos viviendo

A porpósito de un estudio de jugosa doctrina, escrito por el Sr. de la Riva Agüero, crítico peruano á quien encuentra acertadísimo Unamuno, trata ésie por magistral manera de varias tesis relacionadas con las tendencias de las letras hispano americanas: de nuestro prurito de imitación, especialmente de lo francés; de nuestra falta de ideal; de las diversas especies de americanis-

mo; de la influencia de los escritores peninsulares en nuestra literatura; del desvío con que miramos la labor del pensamiento inglés, etc.

Es el ensayo que cito un dechado de crítica comparada. Las observaciones que lo esmaltan suelen parecer paradojales. Las paradojas son verdades que aún no tienen el sello de la evidencia; verdades que juegan en la cuerda, como los acróbatas, según pensó el extraordinario Oscar Wilde.

Dice Unamuno, por ejemplo, al hablar de Hipólito Taine: fué «portensoso falsificador y sistemático caricaturista.» Esto es mucho más exacto, sin duda, que afirmar nos dejara el pensador francés un concepto sobre el arte; siendo así que dejó un *método*, pero no un concepto. Preferibles son las paradojas, opiniones que todavía no han sido vividas ó verificadas sino por un individuo á esas mentiras preestablecidas.

El tema del exotismo y del cosmopolitismo daría para escribir hastas páginas. He de volver otro día á tratarlo. Por ahora deseo hacer una pregunta, que dedico á nuestros ingenios polemistas:

Cuando somos los americanos más exóticos y más chirles: ¿al traducir por centésima vez las odas de Horacio y las Eglogas de Virgilio, ó al seguir las modas literarias actuales, que son maneras de ver y de sentir de los hombres contemporáneos, en otros pueblos intimamente unidos á nosotros?

La obra de Unamuno es ya extensa y cada día interesa con mayores veras. La prensa nos refiere que recientemente terminó una conferencia en Barcelona con este grito: ¡Viva la verdad! Creo haber anotado que Unamuno carece de sectarismo; de modo que ese grito significa: vivan *nuestras verdades* humildes, nuestras verdades sentidas, amadas en un santo silencio ó en una actividad noble.

Sí, cuando hay quienes pretenden asesinar la verdad enterrándola viva bajo arcos de muerte, debe gritarse: ¡Viva la Verdad! aunque se necesite explicar que ésta no es la Verdad con mayúscula de los enlabiadores americanos.

MAX GRILLO.
(Colombiano)

SU SONRISA

—Señorita: no se sonría.

Ella lo miró algo asombrada. Luego, sonrió.

Caía el crepúsculo con blandura otoñal. A lo lejos, una casa de dos aguas cortaba con mojinete en «bendito» la monotonía del campo ondulado, de un verde amarillento. El cielo parecía tierra arada envuelta en una niebla negruzca, cada vez más espesa. Alambrados y vagorosos animales, distinguíanse apenas como encajes de telarañas y moscas prisioneras, en las proximidades de la estancia, donde los dos jóvenes conversaban cuando el sol había escondido sus regueros de sangre.

—¿Porqué sonríe, nuevamente?

* * *

Lindo muchachito! Pasaba de los veinte, pero aún no tenía la fatal arruga que prolonga melancolicamente la mejilla partiendo del ala de la nariz, en sinuosa curva, para perderse en el menton. Ojos azules y brillantes, ojos de záfiro animaban con arrogancia su bello rostro rebosante de energía. Y su voz era queda, preñada de misterios sentimentales.

Ella...

¿Sabemos acaso en que consiste lo femenino?

* * *

—No sonría, Enriqueta! Me duele el corazón.

Talvez pensaba en la Gioconda. La inefable sonrisa que perpetuó Leonardo da Vinci, cruzaba quizá en el recuerdo de Anibal Marcel al solicitar, con sollozos en el acento, que Enriqueta per-

maneciera grave. Además, la hora, el murmullo de la naturaleza recogida, el cielo mortecino, la poesía mansa de las cosas... ¿qué sabemos?...

Enriqueta era adorablemente linda. Tan linda que parecía coqueta.

—Si no sonriera, contestó al cabo, no sería dichosa. Bueno, Aníbal, prosiguió con cierta volubilidad no exenta de tristeza, usted hace lúgubre al mismo Paraíso. Deme la mano... no se asuste que no se la pido en matrimonio sino con cariño fraternal, y un buen *shake hand* disipará sus taciturnos secretos.

—No sonría Enriqueta! repitió el jóven sin tenderle la mano. Mire que si no...

—¿Si no? provocó la bella niña.

—Si no... ¿Porqué es usted así? No es buena?... No siente alguna vez que... que... hay algo alrededor nuestro, algo muy dulce y muy... Vea! le parezco un zonzo, ya lo sé, pero no lo piensa. No... Ah! ya desapareció su sonrisa.

Sí, había desaparecido. Más aún: Enriqueta lloraba.

El paisaje condecía con la amargura apoderada subitamente de la linda joven. El rancho lejano, la oscuridad creciente, el silencio poblado de rumores, el amor ¡sí, el amor!, ponían su tinte evanescente en el alma de los interlocutores.

¿Comprendió Aníbal su victoria?

Tiempo hacía que amaba á su prima Enriqueta. Desde sus románticos quince años, despues de leer á Victor Hugo. Entonces ella tenía trece y gozaba los beneficios de las libélulas. Pero en el transcurso de su vida amable se tornó enigmática y á cada momento sonreía, sonreía de una manera extraña, sonreía como una mujer, siendo aún una niña.

Y por eso Aníbal, enloquecido, le prohibió en aquel crepúsculo otoñal, su sonrisa de esfinge. Y ella lloró.

¿Lloró por su sonrisa?...

Al año siguiente, los primos se casaron. Pero Enriqueta no sonrió nunca más. ¿Os acordáis del «Cuervo» de Poe?...

Nunca más!

ANTONIO MONTEAVARO.

COSAS DE ANDRESILLO

Pues... aquí estoy señores. Pues... yo soy Andresillo
¿No recuerdan ustedes? Yo soy aquel chiquillo
á quien el gran Quijote librara cierto día
—porqué ahí encajaba bien su caballería—
de la nube de palos que mi amo furioso
sobre mí descargaba ferozmente donoso.
Al pobre señor loco le hice una ruin ofensa
maldiciendo más tarde su gallarda defensa,
dejándole mohino, cabizbajo y corrido.
(Sé que fuí un mentecato.) Después, arrepentido
al correr de los años, comprendiendo la humana
obra que yo pagase con acción tan villana,
deseoso de la gracia del noble caballero,
sobre su incierto rumbo interrogué al ventero
y el muy bellaco riendo me relató su muerte.
(Desde entonces empieza lo malo de mi suerte.)

II

Así, olvidando algunas de las cerriles mañas,
vine á ser otro andante, soñador de fazañas
inauditas y fieras en lides peligrosas,
que los encantamientos no hacen siempre sabrosas.
Porque ya se mostraba cansado de su dueño,
al flaco Rocinante cambié por Clavileño,

y recorrí la tierra buscando honor y fama
que ofrecer á mi hermosa desconocida dama,
de quien he recibido desdenes y rigores...
hasta que al fin vencido de los encantadores
me trajeron á esta prisión ó manicomio,
una institución sabia digna de todo encomio,
en donde escarnecido sin cesar, y burlado
como mi buen maestro, seriamente he pensado
que desfacer agravios no es sinó una locura
que honrase solo al triste de la Triste Figura.

III

Aquí medro y engordo. Tranquilamente yanto
sin jamás acordarme de mi viejo quebranto
tan magro y tonto. Nunca ni aún en broma peco
suspirando retornos al antiguo embeleco.
No hay una sola parte donde mire y no encuentre
como emblema del Siglo una bolsa y un vientre...
Y así va todo esto: de la misma manera
que en los menguados tiempos de la pasada era.
Los potentados viven de prematuros cielos,
y los que nada tienen que se lo papen duelos...
De las lanzas gloriosas de las justas de antes
hoy harían bastones los duchos comerciantes,
y, sacando provecho, del yelmo de Mambrino
venderían quincallas para guardar tocino.
Si se habla á Dulcinea de amorosas pasiones
no es mucho que se mezclen venteriles razones:
—Los valientes envíos, vizcainos y gigantes,
ahora se traducen en perlas y brillantes—
Basilio está de malas: aunque audaz el muchacho,
sus industrias no valen las ollas de Camacho.
Hasta Aldonza Lorenzo, la hija de Corchuelo,
reniega de los callos que heredó de su abuelo.
—Si bien ya es una dama no sé porqué barrunto

que el olor de los ajos anda muy en su punto.—
Para los que libertan recuas encadenadas
ahora como entonces hay asaz de pedradas.
Ginesillo ha dejado de ser titiritero;
por sospechosas artes ha ascendido á banquero.
El barbero y el cura pregonando sus ciencias
en buenas migas, raspan y escrutan las conciencias.
El bachiller Carrasco, sin reposar momento
pontifica en la cátedra de su doctoramiento,
deslumbrando á los bobos, que serán sus secuaces,
y acallando la grita de los puros y audaces.
(Mi aporreado maestro no hubiera permitido
que mease en su celada ningún recién parido.)
Los yangueses de marras, prontos en sus desmanes,
cuidan yeguas ajenas y se llaman rufianes.
A la Justicia—¡pobre reina Micomicona!—
cualquiera Malambruno le hurta la corona.
—Los andantes del día se salen del camino
si ven á la distancia las aspas de un molino;
aunque hoy poco valdrían los hidalgos gentiles
fuertes perseguidores de pícaros y viles,
pues doncellas y viudas hallan amparo en esos
burdeles de oratoria con nombre de Congresos.
Muy semejante á aquello—quizás en lo aromado—
que cuando los batanes hizo Sancho apremiado
por urgencias mayores en situación bien crítica
hay aquí cierta cosa que se dice política.
Los gobernantes gozan de mil prebendas diarias
y se rascan y comen en estas Baratarias
porqué, en pos del misterio de los grandes destinos
nadie baja á la honda cueva de Montesinos.

IV

En fin... quietos curiosos: malicio que ya es mucha
peroración y acaso me merezca una ducha
del jayan enfermero cuidador de mis males,

—en verdad que me ahorquen si yo sé de los tales—
y peor es meneallo. Conque,... buenos señores,
hasta... que os permitan mis doctos curadores
nuevas famosas burlas, si no teneis reparo
de oír, en ratos de ocios, á este *caso* tan raro
que dos, unicamente, la humanidad ha visto,
y ellos no fueron otros que Don Quijote y Cristo.
Aquí me hallareis siempre, manso á las exigencias
de discretas preguntas, y suaves ocurrencias
de los graves galenos ó de vuesas mercedes,
honesto y comedido como lo ven ustedes...

EVARISTO CARRIEGO.

PRESENTE GRIEGO

(1er Premio del Concurso Dramático del Teatro Nacional)

Fantasía trágica en un acto, original de

OTTO MIGUEL CIONE

PERSONAJES

Doctor Guerra	*Sr. Guillermo Battaglia*
Blanca (hija del anterior)	*Sta. Blanca Podestá*
Julio (novio de la id.)	*Sr. Julio Escarsela*
Tristán (asistente de laboratorio)	*Sr. Arturo Podestá*
Dª. Josefa (vieja criada)	*Sra. Josefa Lanaro*

ACTO ÚNICO

Un gabinete de química. Lateral derecha dos puertas, id á la izquerda. Al foro, puerta vidriera y dos ventanas á sus lados, por entre las cuales se divisa un invernáculo y varias jaulas de víboras en fila.

Una mesa de laboratorio, con tubos de ensayo, frascos de hidrógeno, matraces, alambiques, pipetas, mechero Bunsen, estante con frascos de varios colores y una *estufa* de *desecación*. Dos ampollas de suero. Un microscopio, soportes, una geringa hipodérmica. Una pequeña biblioteca. Mesita y cerca de esta á la derecha, una *chaise-longue*

Al levantarse el telón, Tristán estará en la mesa del laboratorio, estudiando al miscroscopio; luego de un rato consulta el termómetro de la estufa, abre ésta y saca una lámina de cristal y la observa. Cuando se haya hecho absoluto silencio *en la sala del*

teatro, entrará Guerra con un libro en mano; al llegar al centro de la escena, leerá en *voz alta, claramente* y con toda *lentitud*, haciendo pesar lo que lée.

ESCENA I

TRISTÁN luego GUERRA

(Ambos visten blusas de laboratorio)

GUERRA—*(Leyendo)* «Cada una de nosotros lleva en sí un fragmento del dolor universal, presente griego que nos ha legado en herencia, la fatalidad que preside los destinos de los séres humanos!» *(Marca el márgen de la hoja con un lápiz y cierra el libro).*

TRISTÁN—*(Presentándole una lámina de cristal)* Aquí está el veneno del Cobra Capelo.

GUERRA—*(Examinando la lámina).* Ah! el veneno del Cobra! muy bien. ¿Lo has desecado en la estufa?

TRISTÁN—Sí.

GUERRA—¿A cuantos grados?

TRISTÁN—67 grados centígrados.

GUERRA—*(Mirando)* Bien! Mira, Tristán, qué peculiaridad. El veneno desecado del Cobra dá laminillas cristalizadas que parecen topacios. Sólo he encontrado el mismo carácter en el veneno de la Pao Preto del río Marañón.

TRISTÁN—Pero la Pao Preto es una viborita.

GUERRA—Claro; el cobra es grande, que tiene que ver. Toma el veneno *(se lo dá)* y haz la solución *infinitesimal* para las inyecciones que me voy á dar.

TRISTÁN—¿Se vá á dar?

GUERRA—Claro! Pienso inmunizarme contra la picadura de las viboras. ¿Acaso no la he logrado yá con una liebre? Pues lo mismo he de conseguirlo conmigo mismo.

TRISTÁN—*(tristemente).* Sí se pudiera inmunizar uno contra el dolor que nos acecha eternamente.

GUERRA—*(observándole).* ¿Filósofo estás?

TRISTÁN—El dolor nos hace filósofos.

GUERRA—¿El dolor? ¿Tú sufres?

TRISTÁN—*(Profundamente).* Mucho!

GUERRA—*(Meditabundo).* Ah! ¿El casamiento de mi hija?... ¿es la causa?

TRISTÁN—*(Signo afirmativo).*

GUERRA—Ah! ¿Creo que ustedes fueron novios de niños?

TRISTÁN—¡Eso es!

GUERRA—¡Juegos de la infancia! ¿Y ahora que Blanca se casa con otro te ha invadido el dolor? *(Burlón).* Oye Tristán! Podremos inmunizar nuestro cuerpo contra todos los venenos existentes, pero para el dolor solo hay un antídoto: el ser fuertes como yo. Tranquilízate. *(Pausa).* ¿Hay cloruro de oro?

TRISTÁN—Sí. *(Guarda el veneno del cobra en el estante).*

GUERRA—¿Lo suficiente para cuantas inyecciones?

TRISTÁN—Para una ó dos. Suero Calmette hay dos ampollas.

GUERRA—Apunta en la lista de pedidos, no se te olvide el cloruro. *(Pausa).* ¿Ha comido el *trigonocéfalo?*

TRISTÁN—No quiere, desde hace más de un mes.

GUERRA—Habrá que hacerle ingerir un conejo á la fuerza mañana sin falta. ¿Revisaste las jaulas? ¿Cierran bien?

TRISTÁN—Sí. ¡Ah! ¿Le doy de comer á las sérpulas blancas?

GUERRA—Nó. Quiero comprobar si son caníbales. Hay muchas yá!...

TRISTÁN—La sección de las sérpulas está llena. Se han procreado prodigiosamente. Pululan de á millares. ¡Si las soltáramos, ahora que están hambrientas!

GUERRA—Nos invadirían toda la casa y nos devorarían en un instante como si fuéramos ratones.

TRISTÁN—*(Con fruición)* ¡Qué hermosa muerte!

GUERRA—*(Estupefacto).* ¿Cuál?

TRISTÁN—La de ser sorbido lentamente por las sérpulas blancas del Cambodge!... *(Gesto de supremo gozo).*

GUERRA—Vaya... Vaya... Estás loco! ¿Qué fecna es hoy?

TRISTÁN—15 de Agosto. El cumpleaños de su hija.

GUERRA—¡Pero no acordarme! Es cierto. ¡Hoy es el día del cumpleaños de Blanca!

TRISTÁN—¡Ah!

GUERRA—Pobrecita. Me estará esperando en casa para la comida... No llegaré á tiempo. El tren tarda una hora y cuarto en llegar á Buenos Aires. *(Aterrado).* ¿A que es capaz de venirse á San Martín?

TRISTÁN— *(Sobresaltado).* ¡Ella aquí!

GUERRA—Sí, es capaz de hacerlo, á pesar de mi prohibición... ¡Un día como hoy! ¡Dónde tengo la cabeza!

TRISTÁN—Apúrese, si quiere llegar á tiempo á la comida.

GUERRA—Realmente que mis distracciones de sabio pasan ya de la medida! Hace seis días que no voy á Buenos Aires. Ese maldito suero que no resulta eficaz, tiene la culpa. *(Pausa).*

TRISTÁN—Sin embargo debe estar satisfecho de sus trabajos. La Academia de Ciencias de París le ha nombrado socio honorario por su monografía acerca del veneno de las yararás...

GUERRA—Oh!, lo que vale más para mí, es la felicitación del doctor Calmette, el toxicólogo más grande de los tiempos modernos.

(Suena el timbre).

(Va Tristán y vuelve con un cajoncito y una carta)

GUERRA—*(Abre la carta).* Escucha, Tristán, es del doctor Nilson. *(lée lentamente).* «*Mi querido doctor Guerra: De vuelta de mi viaje por la India, he creído que el mejor obsequio que podía traerle, es un hermoso ejemplar de hamadrías. Me ha costado infinitos trabajos conservarlo vivo á pesar de las penurias propias de un viaje tan largo. Pero felizmente he llegado bien y el regalo que le hago en iguales buenas condiciones. Muy afectuosamente, etc. etc. (hablando).* Un hamadrías!! La víbora más venenosa del mundo. No hay ser que pueda seguir viviendo después de su picadura. *(Mirando el cajoncito).* Está viva. ¿Hay alguna jaula disponible, bien abrigada?

TRISTÁN—Sí! La del Pitón Egipcio que murió antiyer.

GUERRA—¿Qué temperatura hay en el invernáculo?

TRISTÁN—28 grados.

GUERRA—Habrá que elevarla á 37 grados.

(Se oyen voces en la escalera. Tristán lleva el cajoncito hacia la izquierda mientras el doctor vá á la puerta).

ESCENA II

Dichos. BLANCA, JULIO y JOSEFA

BLANCA —*(Entrando).* ¡Papá!, ¡Papá!!

GUERRA—Hija mía!

BLANCA —Olvidarme en el día de mi cumpleaños! Eso no tiene perdón de Dios!

GUERRA—Es cierto. ¿Que tal, Julio?

JULIO —Querido Doctor!

GUERRA—También la buena Josefa, eh! ¿Cómo ha consentido usted en ser de la partida?

JOSEFA—Yo no quería venir, sabiendo que usted tiene prohida la entrada, á todo el mundo en la quinta, pero Blanca se empeñó en hacerlo, y hemos tenido que venir.

GUERRA—Han hecho mal! Esta casa está llena de peligros.

BLANCA —*(Mimosa).* Bueno, hoy no quiero sermones. Hemos venido y san se acabó. Tú te vistes en seguida y nos vamos á la ciudad donde nos espera una buena comida. *(a Josefa).* Vete á recoger unas cerezas á la quinta; hoy quiero comer muchas cerezas. ¡Tenía tantos deseos de visitar la casita donde nací! Desde que te has dedidado á estos estudios yá no me permites venir...

GUERRA—Y con mucha razón, hija mía. Que sea esta la primera y última vez que suceda!

BLANCA—Sabrás, papá, que Julio ha señalado fecha para nuestro casamiento.

GUERRA—¡Muy bien! ¿Y cuando?

JULIO—Para el 1.° de Septiembre.

TRISTÁN—*(Que entra, se detiene de golpe, llamando la atención sobre sí).*

BLANCA —Tristán! ¿Cómo estás? ¿Que tal te va?

TRISTÁN—Muy bien, Señorita Blanca. *(Guerra y Julio se apartan conversando).*

BLANCA—*(burlándose).* Señorita, Señorita... dime Blanquita. ¿Te acuerdas, cuando jugábamos á los novios?

TRISTÁN—*(dolorosamente).* ¡Cuando jugábamos á los novios!

BLANCA—*(Seria).* Cuando se és niño, se hacen tantas tonterías. Felizmente de todas esas locuras no queda ya nada...

TRISTÁN—Felizmente no queda ya nada!!...

BLANCA—*(apartándose hacia Guerra).* Dime Papá: ¿Están los baules en la pieza del fondo?

GUERRA—Sí.

BLANCA—Fígurate que á Julio se le ha ocurrido que le regale mi retrato de primera comunión, y me acordé que tenía uno...

TRISTÁN—*(En voz baja).* El retrato.

BLANCA—*(Oyéndolo).* ¿No está ya?...

TRISTÁN—Sí... Nó... creo que sí...los otros días estuve buscando unos apuntes del doctor y creo haberlo visto.

BLANCA—¿Dónde Tristán?

TRISTÁN—*(Resueltamente).* En el canasto... de la izquierda, entrando...

BLANCA—¡Está abierta la pieza?...

TRISTÁN—Nó. Voy á traerle la llave...

(Vase por la derecha llevándose la mano al lado del corazón.)

BLANCA—*(Observándolo).* Que raro está...

GUERRA—Siempre ha sido maniático. Desde que era niño y lo recogí en mi casa, ha sido de naturaleza sombría. Bueno, voy á mudarme de ropa y vuelvo. No se les vaya á ocurrir entrar en el invernáculo. ¡Está lleno de víboras! *(Váse por la izquierda).*

ESCENA III

BLANCA y JULIO

BLANCA—*(Tomándolo del brazo va con él hacia la vidriera y tras breve pausa después de mirar hacia adentro).* Me dá miedo!

JULIO—¿De qué te asustas, Blanquita?

BLANCA—No, estoy tranquila. Cuantas víboras encerradas en sus jaulas, durmiendo perezosamente. ¡Mira! Mira aquel enjambre de viboritas blancas ¡qué horribles!... ¿Habrá un millón?

JULIO—No tanto...

BLANCA—¡Como saltan!

JULIO—*(apartándola)*. Hablemos de otra cosa!

BLANCA—¿De qué quieres que hablemos?...

JULIO—De nuestro amor, de nuestra felicidad futura.

BLANCA—Oh! mi Julio querido! ¿Dónde pasaremos nuestra luna de miel?

JULIO—Donde tu quieras... Un viaje...

BLANCA—No, seamos egoistas... Iremos á un paraje solitario, donde no haya importunos, donde la felicidad más completa nos rodée... Dime Julio: ¿Acaso no somos acreedores á la felicidad? Jóvenes...

JULIO—*(Burlón)*. Lindos!

BLANCA—No te burles! Así no quiero!

JULIO—¡Amándonos sobre todas las cosas!

BLANCA—¿Verdad, que nada hay más fuerte que el amor, Julio?

JULIO—Creo que nada hay tan fuerte como el amor! *(Vá á besarla en la frente)*.

GUERRA—*(Desde adentro)*. Muchachos, vengan que les voy á mostrar una cosa muy rara; el veneno del cobra! ¡Van á creer que son topacios! *(Julio y Blanca van á ver y ya cerca de la puerta entra Tristán)*.

BLANCA—*(Deteniéndose)*. No, yo no quiero ver eso. Vé tú.

JULIO—Ya vuelvo! *(Váse)*.

ESCENA IV

BLANCA y TRISTÁN

TRISTÁN—Señorita Blanca, aquí está la llave.

BLANCA—*(Indiferente)*. Ah! la llave. *(va á tomarla y queda perpleja al notar su aspecto)*.

TRISTÁN—*(En voz baja)*. Oigame usted, Blanca, unas pocas palabras tan solo...

BLANCA—Pero...

TRISTÁN—*(Sombrío).* Ya sé que usted no querrá oirme pero... tiene que oirme.

BLANCA—*(Asustada).* Habla, Tristán.

TRISTÁN—¿Usted se vá á casar?

BLANCA—Creo que lo has oido bien claro...

TRISTÁN—¿Y no meditó usted un solo instante en un compromiso contraído anteriormente?

BLANCA—¡Un compromiso!

TRISTÁN—Un compromiso conmigo!...

BLANCA—*(Ingenuamente).* ¡Cosas de chicos!...

TRISTÁN—*(Conteniéndose).* No, Blanca. Cuando jugábamos á los novios, como usted dice, ya éramos un poco grandes...

BLANCA—Y bueno. ¿Qué pretendes ahora?

TRISTÁN—Recordarle á usted que ha sido falsa y perjura...

BLANCA—No. Tristán, mientras fuí niña, creí que tú eras el único ser capaz de labrar mi felicidad; pero despues que me llevaron á la ciudad y me separé de tí, me dí cuenta que te tenía un afecto fraternal, nada más, y que mi corazón, era libre de amar... como le diera la gana!

TRISTÁN—¿De modo que se vá á casar con Julio?

BLANCA—Claro que sí.

TRISTÁN—Y á mí, el pobre recogido, el pobre huérfano, sin madre en el mundo, la limosna de un poco de afecto fraternal!...

BLANCA—No pretenderás que te ame á la fuerza...

TRISTÁN—Si yo fuera un civilizado, quizá diría que tiene usted razón, pero como soy un salvaje de alma, — siempre he sido salvaje, — desde el fondo de mi ser, con toda mi sangre bastarda é ignoble, si usted quiere, protesto con una voz que quisiera hacer llegar al infinito, del robo que me hacen...

BLANCA—*(Compadecida).* Tristán yo te quiero...

TRISTÁN—*(Sin oirla).* Tú, Blanca, mi única esperanza, te vas sonriente, dejándome á mí, al pobre huérfano, en medio de las más insensibles fieras de la creación. Al ver tú indiferencia, he aprendido á quererlas; hay más he aprendido de ellas, el ser artero, el ser malo, con

disimulo, ocultando el veneno, en el fondo de mi alma... Soy un impuro, Blanca. *(Pausa).* Tú, quizá me hubieras salvado. *(Pausa).* Cada uno á su destino... *(Pausa grande).* Yo á mis víboras, tú á la felicidad eterna! *(Se calma).* Adiós Blanca, hasta que algún día nos encontremos en la eternidad! *(Pausa).* Tome usted la llave!

BLANCA—*(Tomándola).* Nada de rencores...

TRISTÁN—¡Nada!

BLANCA—¿En el canasto de la izquierda?

TRISTÁN—*(lugubremente).* En el primer canasto de la izquierda. *(Vase Blanca y Tristán la sigue con la vista. Después de un momento entran Guerra y Julio. Tristán inquieto escucha).*

ESCENA V

DR. GUERRA, TRISTÁN y JULIO

JULIO—Dígame, doctor, ¿que son esas víboras blancas que pululan en un rincón del invernáculo?

GUERRA—Ah! son las sérpulas del Cambodge.

JULIO—¿Muy venenosas?

GUERRA—Al contrario, inofensivas.

JULIO—¿Peligrosas?

GUERRA—Peligrosas por el número. *(Mirando).* Están agitadas. Hace tres meses que no comen.

JULIO—Y con que objeto no las alimenta?

GUERRA—Quiero comprobar si son caníbales, pero creo que nó.

JULIO—¿Y desde que las tiene no comen?

GUERRA—Sí. De cuando en cuando les echo una media res... la devoran ávidamente en menos de lo que tardo en contarla, dejando sólo los huesos desnudos...

JULIO—¿Y aquella serpiente grande que duerme en la jaula de la derecha?

GUERRA—Es un *crótalo*... la otra vez se tragó entera una frazada de lana y la devolvió hecha una papilla...

JULIO—¿Usted no les teme á las víboras?

GUERRA—No; se me han hecho familiares, y luego estoy inmunizado contra el veneno como las águilas, y contra el

dolor como los filósofos. *(A Tristán)* Ah! ¿Y el hamadrías?...

TRISTÁN—*(Como saliendo de un sueño).* ¿El hamadrías?

GUERRA—Sí. ¿El hamadrías?

TRISTÁN—Estará en su cajoncito.

GUERRA—*(á Julio).* ¿Quieres conocer la víbora más venenosa de la tierra?

JULIO—Bueno. Siempre que no haya peligro.

GUERRA—*(á Tristán).* Trae el cajoncito.

TRISTÁN—*(vá hacia la pieza).* Ah, sí!...

GUERRA—A este muchacho le pasa algo.

JULIO—¿Y no habrá peligro en ver la víbora?

GUERRA—No. Tomaremos precauciones; luego la caja de madera tiene otra interna de alambre.

(Trae Tristán la caja).

GUERRA—*(Poniéndose unos guantes).* Con estos guantes, *(á Tristán).* Prepara por las dudas una inyección de cloruro de oro.

(Tristán hace que prepara).

JULIO—¿El cloruro de oro?

GUERRA—Sí. Una ó varias inyecciones oportunamente dadas bastan para evitar los efectos del veneno más terrible

JULIO—Es una suerte contar con ese contraveneno...

GUERRA—También tenemos el suero Calmette. *(Tomando el cajoncito).* Caramba, pesa poco! *(Destornilla las tablas y lanza un grito).* ¿Pero es posible? ¡El hamadrías no está! Se ha escapado... Tristán ¿cómo es eso? *(fuera de sí).* ¿Y Blanca?

TRISTÁN—No sé nada.... Blanca estará en la quinta.

GUERRA—Hay que salvar á Blanca. Corramos! *(desesperado).*

(Se oye un grito estridente y entra Blanca pálida, cayéndose).

ESCENA VI

Dichos, BLANCA, luego JOSEFA

BLANCA—Ay! me muero... me muero!... me ha mordido aquí... *(muestra la mano).*

(Tristán abre la puerta del foro y desaparece lugubremente).

GUERRA—¡La inyección! *(toma la geringa preparada y le dá una inyección en el brazo derecho).*

JULIO—¿Cómo fué?

BLANCA—*(desfallecida).* Revolvía el cesto, y sentí una cosa fría... después... después...

GUERRA—*(Tomándole el pulso).* Se muere,... se muere... alcance el frasquito que dice «Cloruro de oro».

JULIO—*(Tomándolo).* Maldición, no hay más!

GUERRA—¿El suero Calmette, entonces?...

JULIO—¡Tampoco hay! Las ampollas están vacías.

GUERRA—*(Soltando el brazo).* Todo sería inútil! Ha muerto ya! *(Lanza un sollozo).*

JULIO—*(sollozando).* ¡Mi Blanca!

GUERRA—*(Queda un instante indeciso entre sombrío y sollozando, preocupado; luego toma la geringa hipodérmica y prueba una gota de su contenido).* Esto no es cloruro de oro! Es agua pura! *(Fuera de sí).* ¿Porqué ahora no había ampollas de suero y hoy sí? ¡Dios mío! ¡Entonces hay un criminal, hay un asesino! Hay alguien que ha colocado intencionalmente el hamadrías en... *(Como un rayo de luz).* ¿Y Tristán? El!

JULIO—¿Tristán?

GUERRA—Sí, él! *(con voz estentórea).* ¡Tristán! ¡Tristán! No contesta, habrá huido! Hay que agarrarlo...asesino!... *(Buscándolo).* Dónde? ¿Dónde está?

JULIO—*(Se detiene junto á la vidriera horrorizado).* Que horror! Ha abierto todas las jaulas. Las sérpulas blancas se lo están devorando. Está blanco, blanco!

GUERRA—*(Mira friamente y vuelve á su hija quedando en silencio contemplándola. Julio caé de rodillas detrás de Blanca).*

JOSEFA—*(Entra alegremente).* Niña, las cerezas. Aquí están las cerezas! Niña, niña las cerezas! *(Al notar que está muerta arranca un sollozo y deja caer las cerezas desgranándolas sobre la falda de Blanca).*

GUERRA—¡Y yo que creía estar inmunizado contra el dolor! Pobre, pobres seres humanos! *(En un inmenso sollozo).* Hija mía!

TELÓN

LA ERMITA

La noche se desliza muy densa entre el cielo nubloso y la tierra húmeda, sin el lazo blondo de la luna, ó el ojo de una estrella ó las consuetas sombras vagantes y fantásticas. Algún relámpago de cuando en cuando, como serpiente de fuego, se dibuja en el vacío, recordando á Pantemio que sus pupilas pueden reflejar todavía la luz. De rodillas sobre un bloque granujiento y oblongo, plantado en la margen de un torrente, eleva con el pensamiento al dios implacable de su alma, la invocación postrera. Y las aguas vertiginosas en su fragor ensordeciente parecen interpretar aquella plegaria, acompañándola con arrebatos de llanto, con suspiros de congoja, con susurros y aullidos procelosos.

Pantemio se había dicho: «Sofocaré en mí toda idea.»

A la hora en que sobre la ciudad remota destilábanse las primeras lágrimas del crepúsculo, (humeando el poniente rojizo como por un incendio que se apagara á lo lejos), mientras por las calles surgía el bullicio sórdido de los burgueses que interrumpieron la estéril obra del día, Pantemio había emprendido camino hacia la soledad. Su cerebro parecía vahear por los ojos, por las narices, por los labios, semejante á una caldera en ebullición, é imprimía á su musculatura la fuerza elástica y la ligereza de las cosas incorpóreas.

Caminó, caminó durante muchas horas, atravesando valles y florestas, saltando obstáculos y malezas.

«Sofocaré en mí toda idea».

Pero allá, de rodillas sobre el bloque granujiento y oblongo, volvió á sentir todo el peso de su propia vida.

Ya vacío el pequeño odre de los placeres y del dolor, de las esperanzas y del desengaño, había ido arrastrando los últimos meses de su vigésimo año, como un inútil fardel.

«En qué precipicio despedazaré esta osamenta macerada? Sobre qué peñascos punzantes despedazaré mi vértebra animal? Qué buitres, que cuervos podrán cebarse en mi lodo sanguinolento?»

Este era el canto de Pantemio, cuando despuntaba el sol y cuando caía, ésta la voz que el latido concitado de su corazón repetía inexorablemente. Entre orgías exquisitas é idilios más inverecundos que Saturnales, en medio de la efusión sonora y patética del oro, la sonrisa pirífica de los parásitos de grueso vientre, y de los aduladores de labios belfos, transportado vertiginosamente de una metrópoli á otra en los férreos y lujosos compartimentos de los trenes expresos, había gozado y sufrido todas las sensaciones de la vida artificial. Pero, jamás sus ojos se detuvieron para contemplar un horizonte abierto y puro, una llanura extensa, una colina verde; jamás hirió sus oídos el gorjeo de la alondra salvaje, (cuando suelta el vuelo de entre el heno cortado) ó el crujido al viento de las ramas frondosas; jamás su pecho habíase nutrido con un soplo de aire no contaminado por el aliento de tantos bípedos desnaturalizados por la civilización, y conglomerados entre murallas urbanas como viles rebaños en jáulas astixiantes. Por eso su rostro estaba diuturnamente pálido, y sobre sus ojos amortiguados, los párpados pesaban como sudarios violados. «¿Por qué seguir avanzando por el opaco sendero en un viaje sin meta? Qué cosa en el mundo podría ya ofrecerme el placer de la vida?»

De este pensamiento la voluntad fatal había surgido en su espíritu, como en los días felices de la adolescencia el deseo luminoso de los primeros espasmos brutales.

Pero ya el torrente, boca inmensa de la eterna vorágine, está abierto para egnullir á Pantemio, y revolcarle en la voluptuosidad apocalíptica de la muerte.

El Deseo, (lascivo motor de la voluntad), inspirará al martir devoto tanta fuerza cuanta necesite para que de un salto se sumerja en el centro de las aguas, donde más profunda está la tierra, y más impetuosa y cana la espuma de la corriente.

De pié, sobre el bloque oblongo de su plegaria, siente la pro-

ximidad del sagrado instante de su liberación, en la hora misma en que, al despuntar el alba sobre el extremo horizonte, todas las cosas de pronto se iluminan y vibran en la cristalina sonrisa matinal.

De pronto le pareció oir una voz flébil y aguda que se acercaba sin hacerse menos flébil ni más aguda.

Alzando la vista ya náufraga, miró en torno suyo.

Una niña con un haz de hierba en los brazos, bajaba por el verde sendero clivoso de la colina que flanquea la orilla izquierda del torrente. Su vez semejaba el hilo divino con que está tejida la trama de los deseos que más fatalmente suelen envolver. Su rostro, su semblanza, su edad, eran los signos veraces del símbolo y de la esencia de amor.

Pantemio la seguía con la mirada avidamente, agitado y perplejo, como delante de una revelación resplandeciente.

¿Era superior aquella mujer á cuantas él conociera en los elegantes salones, durante las dulces vigilias dedicadas al placer? Qué extraño y novísimo encanto emana de esas formas casi salvajes, que al contemplarlas siente poco á poco arder nuevamente dentro de sus venas la sangre de los deseos vitales? Más, por cierto, ella no sabe avivar los sentidos en libidinosos abrazos infecundos, ni está iniciada en el artificio de combinar, mediante afeites y bálsamos aromáticos el perfume natural de los moluscos marinos y el del mirto palustre. Pero, ¿qué importa? Y con una armonía que pareció germinar de lo más profundo de su espíritu, estas palabras brotaron de los labios de Pantemio: «¡La mujer verdadera, la mujer verdadera!»

Ahora, al pié del torrente, surge el castillo de Pantemio, al que los aldeanos de los alrededores pusieron el nombre de «Ermita», y que la posteridad venerará como la morada solitaria de un gran poeta que restableció en las letras el culto de la «Natura».

LEOPOLDO LONGHI.

SONETOS

(Del libro «Jardín Salvaje».)

LAS DOS PRIMAVERAS.

Rubia y gallarda viene, mostrando en su carruaje
la luz de mil colores y el sol de sus jazmines,
como una blanca Vénus de rústicos jardines
á quién las flores todas le rinden vasallaje.

La mansa maravilla del campo está en su traje,
y en su cantar de aurora la voz de los violines....
Tiene los hombros griegos. España vá en sus crines,
Italia en sus pupilas, y el mundo en su homenaje.

Tú eres así. Por eso mi potro de conquista
llega á la escalinata del pastoral palacio
con la tristeza errante de mi dolor de artista....

Y tras la primavera que á tu placer me arroja,
con la altivez de siempre, te ofrezco su topacio
como una mordedura de mi serpiente roja.

CARNE FLORIDA.

Puñal de oro, brillante y florentino,
quisiera para hundirtelo en el seno,
y ardiente de pasión, loco sin freno,
tu sangre fuese mi licor más fino.

Quisiera que tu cuerpo diamantino
se convirtiese en flor — nardo sereno —
para aspirar su esencia ó su veneno
como postrer caricia del destino.

Pintor quisiera ser, de tus perfiles,
para verte, desnuda, en los marfiles
de algún blanco taller, carne florida;

y allá en el mármol de tu busto amante,
dejar mi nombre de laurel, triunfante
como un beso del Sol para la vida!

LOS OJOS DE LA ESPERANZA.

¡Madre esperanza!... Gallardo bajel de amor y ventura,
lento cisne en los confines de un lago azul de quimera ,
que va esponjando en las aguas sus rosas de primavera
desde el jardín de una gloria que en el oriente perdura.

Lleva luciendo al contorno de su gentil vestidura
la sugestión de una zambra soñadora y volandera,
donde encendiese el donaire, bajo el parral, placentera,
la maja de Andalucía con su morisca dulzura.

¡Es la esperanza un navío! Deja que surque la onda
bajo el soplo perfumado de las marinas campañas,
como un pescador de perlas, cantando, rumbo á Golconda.

Y abrirán en mis ensueños del amor los triunfos vivos,
para iluminar la seda joyante de tus pestañas
donde palpitan tus ojos como luceros cautivos!

EN LA SALA DE JUEGO

Rodeada está la mesa de atentos jugadores,
sobre el tapete oscuro la luz discreta baja;
cien ojos ponen toda su vida en la baraja
y ella es la loca suerte que brinda sus amores.

Hay un silencio extraño. Los graves talladores
revuelven de su mazo la pintoresca faja;
las manos dan posturas, el cerebro trabaja,
y suenan las monedas y fichas de colores.

Ya así, la muda reina, Fortuna la inconstante,
girando se halla en torno de cada concurrente
como en torno á las luces la mariposa errante.

Y entre monedas, fichas, baraja y suerte loca,
el hombre allí clavado, cual bestia impenitente,
no sabe alzar al triunfo la voluntad de roca!

JOSÉ DE MATURANA.

DESCARTES Y EL CRITERIO DE LA VERDAD

El sistema heliocéntrico acababa de demostrarse. Los satélites de Júpiter daban la prueba de que los cielos eran vacíos y que había puntos céntricos distintos de la tierra. Las manchas del sol eran un signo de su rotación.

El sistema Toloméico se sostuvo, no por falta en la antigüedad de un Copérnico que formulara la hipótesis contraria, sino porque la experiencia lo acreditaba. El único cuerpo al alcance de nuestra observación era la luna que no gira sobre sí misma y le muestra á la tierra siempre la misma cara, ni más ni menos como si estuviera enganchada en una esfera. Ningún cuerpo en el cielo daba ejemplo de rotación. Fué, pues, el telescopio que extendiendo nuestra vista, permitió observar hechos que abonaban en favor de la nueva hipótesis.

El derrumbe de tal idea que parecía tan evidente, tan cierta, y la caída de Aristóteles en todo lo físico, aún en el concepto de los que permanecían fieles á las ideas antiguas, no rindiéndose á razones como Descartes, tuvieron suma influencia, haciendo el mismo efecto que las ideas de Darwin en nuestros dias, que adquieren cada vez más, mayores probabilidades, amenazando acabar con todo lo antiguo.

Descartes acudió entonces para salvarlo todo, para poner en salvo Dios y la religión, que él conceptuaba bases de la sociedad.

Como era matemático pensó que á las viejas ideas se las podría salvar de todo asalto, enlazándolas entre sí á la manera de

los teoremas de geometría, como si la certidumbre naciera de determinadas disposiciones y no de intrínseca bondad. Los teoremas geométricos no deben su incontrovertibilidad á su ordenación en sistema: al contrario, fué posible á la escuela de Platón ordenarlos así, porque eran incontrovertibles.

El resultado no fué el que Descartes se proponía conseguir. Su edificio se desmoronó luego; todo cayó al suelo, haciéndose pedazos ideas que hasta aquel entonces se habían conservado intactas. Nunca se vió inexperiencia semejante, efecto tan contrario á la intención. El edificio tambaleaba y él le excavó la tierra en torno para cambiarle los cimientos.

La geometría empieza por unos axiomas, por proposiciones de evidencia inmediata; pero no nace de ellos: el axioma es el clavo del que cuelga la cadena de los teoremas. Estos han sido antes descubiertos y demostrados independientemente los unos de los otros por intuiciones aisladas, como las proposiciones de cualquier otra ciencia, y su historia lo atestigua. La demostración del teorema de Pitágoras no supone la de ningún teorema anterior. La geometría empezó por donde termina, encontrando primeramente el modo de medir las figuras planas y sólidas. Lo que es lo último en la exposición, fué lo primero en la construcción.

La necesidad de establecer los lindes de su propiedades, borrados por la inundación del Nilo, condujo á los Egipcios á descubrir unas cuantas reglas prácticas. La primera de esas reglas, dada por las más elemental observación, fué sin duda la que concierne, en primer lugar á la medida de los cuadriláteros en general. De ahí se pasó á buscar la del triángulo, considerándose que cada triángulo es la mitad del cuadrilátero. Todas las superficies curvas se medían descomponiéndolas en triángulos.

De este modo paulatinamente se fueron descubriendo los varios teoremas, pensándose después en ordenarlos.

Descartes no se dió cuenta de un hecho tan elemental: se imaginó que la geometría nació como está expuesta, de la meditación sobre el axioma que el todo es mayor que sus partes. De la meditación sobre tal axioma el ingenio más penetrante no sacaría en una eternidad otra consecuencia que la parte es menor que el todo.

No niego que acaso con el tiempo se pueda geometrizar la filo-

sofía; pero esto será cuando todas sus proposiciones hayan sido demostradas. Antes, pues, se habrán de demostrar una á una.

Para Descartes, y véase la seriedad de su duda, todas eran ciertas: para hacer callar las contradicciones bastaba, pues, derivarlas todas de un axioma. *Derivarlas*, en esta palabra consiste su error, pues del axioma ni se sale ni se puede salir: al axioma se llega.

Púsose pues en busca de dicho axioma, de una proposición que nadie pudiese rechazar y dió con el célebre: *Cogito ergo sum.*

Las críticas que á esta proposición pueden dirigirse son muchas; pero no me parecen ni sinceras ni válidas. Bien se comprende el pensamiento de Descartes: podrá quizás encontrarse inexacta la expresión, pero ello porque ninguna expresión es exacta. En nuestro pensamiento tenemos la conciencia infalible de nuestra existencia. Sólo que de allí no es posible salir, ni salió Descartes á pesar de su penetración. Así razona: todas las veces que tendremos una idea igualmente clara, le deberemos dar fé, y rechazarla si no llega á ese grado de evidencia. Parece un paso y no lo es: es salirse del camino. La conciencia de nuestra existencia no deriva de premisas; es un hecho primitivo, independiente de lo que se piensa. Aún pensando mal estaríamos ciertos de pensar y de existir. Nada tiene que ver la certidumbre de existir con la verdad del pensamiento. El pensar me hace sentir mi existencia. La certidumbre no nace de la proposición: *no se puede pensar sin existir.* Tal proposición á él tan sólo ocurriósele formularla. Es un sentimento y no un *ergo*, una *consecuencia.* Para llegar de la conciencia de existir á la evidencia de la idea, hay que dejar aquella y pasar á ésta, cambiar de posición, plantear un nuevo principio. Descartes había de decir: No se puede pensar sin existir; yo pienso, luego existo. Pero la premisa pide demostración. *Pensar es obrar* y *no obra sino el ser*, y subiendo por esta vía habría llegado al principio de contradicción; pero allí ya estaban todos.

En una palabra: sentimos nuestra existencia en el pensamiento, mas, no se trata de persuadirnos de ella, pues ni siquiera es dable dudar; trátase de demostrar la verdad de lo que se piensa, y esta no puede deducirse del hecho de que pensamos. Al mover las piernas me cercioro de que camino, mas no es de esto que se

discurre, sino de saber si camino bien, si me dirijo hacia donde he de llegar, y esto las piernas no me lo dicen. Descartes introdujo el fenómeno de la conciencia donde no cabía; complicó inutilmente las cosas.

Para adelantar hubo de plantear otro principio: la idea *clara;* hubo de salir de la conciencia que es un hecho, un sentimiento, y pasar á las *ideas*. Y por ahí había que empezar.

Pero también *la idea clara* está mal planteada. No es la cuestión de saber como nazca la certidumbre: ésta nace como nace. Al uno bastarále un indicio, al otro no le bastará una demostración geométrica. Evidencia y certidumbre son sin duda palabras sinónimas: uno cree lo que le parece evidente y si no le parece tal no cree y no puede siquiera creer. ¿Cómo ha de poder uno creer lo que no le parece creíble?

La cuestión reside en saber si cuando estamos ciertos de algo, este algo es cierto. Ciertos estaban todos de la estabilidad de la tierra, y todos se equivocaban.

No debemos creer sino á la evidencia, tal es la ley de Descartes. Pero ¡Si no hay persona que obre de otro modo!... Precisamente la evidencia es la que nos engaña, presentándonos como tal lo que no lo es. Es de la evidencia que se discute, y justamente la ciencia se funda en desconfiar de lo que nos parece más evidente. Se requiere, pues, un criterio para conocer cuando es la ocasión de podernos confiar enteramente á la evidencia. Cuanto más alta es una mente, tanto más se inclina á creer en lo no evidente.

El principio de Descartes imposibilita salir del error, no habiendo error que no parezca evidente á quién se halle en él. Una cosa es la certidumbre y otra la verdad. Para la certidumbre no se necesitan criterios: lo que se busca es el criterio de la verdad, y ese lo proclamaba en Italia Galileo y antes de él lo había formulado Leonardo de Vinci, y no hay otro. Pero ese criterio era cabalmente el que rechazaba Descartes.

La razón nos guía bien, pero no es sino un instrumento. Por otra parte el campo de nuestra experiencia es muy limitado. Si se hace universal lo que no lo es, la razón llegará á consecuencias erróneas. Antes de que se descubriera la Australia, no se admitía la existencia de cisnes negros. De modo que, uno puede

ser arrastrado por el razonamiento á admitir conclusiones que la experiencia desmiente. No pocos ejemplos de ello nos puede ofrecer la física de Aristóteles.

Generalizaciones de experiencias no verificadas, y, por lo tanto, más bien de apariencias, indujeron en error á la mente de Aristóteles, ¡y trátase del estagirita!... De tales generalizaciones consta en la mayoría de los casos el conocimiento vulgar, y de ahí la dificultad de dar á entender algo al vulgo.

Por todo lo cual la mente humana madurando, desconfió, no ya de la razón sino de lo que le parecía evidente, y Leonardo formuló el gran principio que nada se puede afirmar con certidumbre, sino lo demostrado por la experiencia. Aristóteles de no sé cuales consideraciones colegía que la tierra ha de tener la forma de una pera. Ahora Nantzen ha vuelto á salir con la misma opinión. Según él en el polo austral la tierra ha de tener una prominencia. Son conjeturas más ó menos probables, pero, mientras tanto, hasta que no se llegue al polo, nada seguro se puede afirmar. No es, pues, la evidencia, sino la experiencia, el solo criterio de verdad.

Volviendo á Descartes, él establece que el hombre no ha de rendirse sino á la evidencia, pero no ha de rechazar lo evidente. Y son estos dos principios vanos, pues la evidencia á nadie repugna, sin que ello importe decir que lo evidente sea cierto.

Planteado ese principio Descartes da otro paso, admitiendo como evidente la idea de Dios y su existencia. Y sin embargo ya Santo Tomás, autor insospechable, había negado tal evidencia, por cuanto si la hubiera no sería concebible el ateismo. Aquí aparece su célebre argumento ontológico, argumento ya refutado por Santo Tomás en Anselmo de Aosta, con solo recordar el principio: *aposce ad esse non valet illatio*, «no se puede de la posibilidad argumentar el ser.»

La cuestión de la existencia de Dios, se halla todavía en los términos en que fué planteada por Aristóteles y los Escolásticos. La refutación de las pruebas teológicas intentadas por Kant, no resiste á un exámen serio y desapasionado. Antes Kant ha de demostrar la verdad de su sistema: tan sólo en él no es posible demostrar racionalmente la existencia de Dios. La razón por el principio de causalidad pide una causa primera; la idea de movimien-

to exige un motor. Pero, con todo, la existencia de Dios, supuesta por la razón, en el estado actual de los conocimientos no se puede dar como un hecho. Sería menester que Dios se nos mostrase.—Lo que la razón demuestra es que si hay movimiento, si hay materia, han de tener una causa de su existencia; mas, si esta causa la tienen en sí ó fuera de sí, en otro ser, no lo sabemos, porque para ello se necesitaría el conocimiento de la esencia de la materia y del movimiento. Según la noción común la materia no podría ser eterna, y la demostración remonta hasta Platón.

También el tercer principio cartesiano de la evidencia inmediata de la vida de Dios, es falso, pero dándolo por demostrado, por axiomático, encontró una base, pues con Dios todo se explica. El mal es que su demostración artificial ha perjudicado no poco á tal idea, haciendo creer que ésta no tenga otras pruebas que el mencionado sofisma.

El criterio de la verdad no se halla, pues, en el razonamiento, el cual no conduce á conclusiones verdaderas, sino cuando sale de primisas ciertas. La verdad de estas no tiene otra demostración que la experiencia. Una premisa demostrada por la experiencia es base firme del razonamiento. Si la razón ha conducido á conclusiones falsas con mucha frecuencia, ha sido, cuando se ha examinado bien la cuestión después de reconocido el error, porque tomábase como demostrada una premisa que no lo era.

Tal es el criterio de la verdad. La razón nos lo indica anticipándose á la experiencia, pero sus indicaciones han de ser confirmadas por ésta.

A veces son tales y tantos los indicios que dudar es temeridad. Antes de que Foucault diera la prueba experimental de la rotación de la tierra, esta ya admitíase como demostrada. Sin embargo sólo esa prueba nos dió la certidumbre absoluta.

Resumiendo. El criterio de la verdad es el que fué indicado y formulado por Leonardo. «Sólo la experiencia es madre de la ciencia, del saber verdadero. Lo que no cae bajo la experiencia nunca podrá afirmarse con seguridad.»

HANS FRIEDRICH.

ESCEPTICISMO

Era bastante rara la preferencia que el joven Derval manifestaba por la filosofía. Este estudio le llevaba largas horas de molesta meditación y análisis y confrontaciones prolijos. Jamás había concluido una lectura sin comprenderla totalmente y conseguir que le despertase un cúmulo de ideas que sucintamente consignaba en las márgenes de los libros. Martirizando su inteligencia, proporcionábase una voluptuosidad sutil, tanto más intensa, cuanto mayor fuese la fatiga.

Poco duró esta delectación en el dolor. En un invierno en que su dedicación y entusiasmo por el estudio alcanzaban máxima tensión, cayeron á sus manos los libros del inglés Berkeley. Demás decir, que la influencia del pensador sobre aquel espíritu fué enormemente funesta. Su temperamento siempre propicio á la negación cobró nuevos brios tras ese estudio, llevando la simpatía por el atormentado sajón al frenesí más loco. En el fondo de este frenesí, empero, no faltaban reservas. Para Derval, Berkeley fué un gran espíritu lógico mientras no se acogió á las *ideas* y á *Dios;* tales refugios inconsecuentes le habían perdido y esta circunstancia, disgustaba á él profundamente. Tímidas escapatorias destruían la mejor de las obras.

Y así el joven estudioso quería pensar tan sólo, en un negador sin contradiciones ni miedo y, por cuenta propia, llevaba los análisis del autor á extremos inconcebibles. Dios, decíase, no puede *ser*, puesto que no *es* el mundo, y las ideas, desde que no

son sino representaciones de lo irreal, *más que de lo irreal*, de lo problemático, de lo ignorado, de lo desconocido, *tampoco son*. Y como las cosas, también los hombres eran nada, ó podían ser, ó no ser. La lógica le imponía no creer en ellos.

No detuvo aquí el análisis; llegó á negarse á sí mismo. Ignoraba la realidad de su cuerpo; pero por un rarísimo razonamiento salvó—en su concepto—una contradicción: sin creer en los órganos no dudaba de lo que los psicólogos llaman la cenestesia. Afirmaba un yo orgánico muy difuso, su cenestesia propia, que el la sentía y sintiéndola se la explicaba, pero que para precisar la en palabras tenía que recurrir á una terminología que la desfiguraba y que era, al mismo tiempo, asáz diferente de la que la moderna Psicología emplea al señalar el fenómeno.

Día á día, nuevas dudas se imponían á su espíritu. Y de manera análoga — no idéntica— á los melancólicos, iba disolviéndose su personalidad. Su mismo yo orgánico le parecía problemático, ó por lo menos discutible; en fín, llevaba ya camino de verse apariencia entre apariencias, cuando un incidente de familia que por lo doloroso y fuerte, pudo exasperar su locura, tuvo más bien por consecuencia desviarle la atención de aquellos lastimeros análisis. Su madre, de quien tanto le apartaran las más frías abstracciones, acababa de morir despues de una enfermedad seguramente agravada por justos celos, pues que desde colegial, su hijo más que á ella, perteneció á los libros.

Derval se anotició del suceso con indiferencia pasmosa. ¿Qué sabía él de su madre, qué de la vida, qué de la muerte? Ni sus apariencias conocía.

De no introducirlo su hermano en la estancia mortuoria, habría permanecido impasible en la biblioteca, su residencia habitual.

La presencia del cadáver no desalojó de su conciencia el razonamiento con que dejara su habitación. «¿La realidad como a veo, diferente, apariencia, nada, qué?»—Y sólo á indicación del hermano inclinóse inconsciente sobre la frente de la difunta, menos helada en su insensibilidad de muerte que la indiferencia de esos labios, todavía adolescentes. Antes de separarlos, sintió rozar su mejilla por una mano albísima y fina que fué á posarse en

la cabellera de la muerta para acariciarla mucho tiempo. Y con ese contacto, un subitáneo hervor de sangre y un crugir en mil pedazos de toda su máquina lógica.

Hacía tiempo que el joven filósofo había conseguido acallar con la consagración al estudio y con toda clase de recursos succedáneos, los irresistibles impulsos de su virilidad. Pero nació en el trópico y la lucha fué desigual y costosa, la victoria, provisional.

Hoy que la filosofía acababa de aislarle del mundo, libertándole de toda cadena material, ardía su sangre salvajemente al remotísimo contacto de inasible chispa... Brotóle del corazón un Sí, fogoso y vibrante, que fué ahogando, uno á uno, en sus sonoridades prestigiosas, todos los Nó que se le aferraban en el cerebro.

¡Sí, la vida es; yo amo la vida!,—repitió Derval con voz á un tiempo segura y trémula.

Y bien próximo al lecho de muerte, ofreció á la existencia la ofrenda ardiente de una mirada subyugadora, hipnotizante...

Desde aquel día, Laura fué suya. Sus besos le arrancaban los sí más enérgicos. Hasta que tornó á los libros... Entonces, pudo constatar en carne propia la ley de contradicción de Hegel... Perdíase en las antiguas sombras, en esta vez, para siempre.

El, que reprobó al desesperado místico por sólo dos refugios *ideales*, luchaba en vano por encontrarlos en un par de labios. ¡También moría el pobre nido de besos!...

Fué en una tarde de fuego. Derval y Laura fundían sus bocas con pasión tan devota y sabia, que aquellos labios solo parecían copas carnales de trémula finura en que los amantes escanciaran sus almas... De pronto, el primero, retrocedió como espantado; hundiéronse las órbitas de sus ojos y, en la lividez de esas cuencas, giraron las pupilas en macabra expresión de ruina. Su voz opaca dijo: ¿Y tú... yó... qué?...

Pasó una nube oscureciendo el sol.

LUIS IPIÑA (hijo).

BELLAS ARTES

3.ª EXPOSICIÓN DE AFICIONADOS

Salón Costa—Se inauguró y clausuró con merecido éxito el tercer certámen artístico organizado por la floreciente *Sociedad de Aficionados.*

Sesenta y seis fueron los expositores y más de ciento cuarenta las obras.

La audaz tentativa de la primera iniciación medró en el año siguiente y se ha afianzado en esta tercera exposición, muy digna de tenerse en cuenta y que señala un notable progreso.

En la pintura presentó notas íntimas el doctor Cupertino del Campo, de quién para las cosas de sol y aire muchos de nuestros profesionales harían bien en solicitar lecciones.

Las de Cárlos de la Torre muy personales y sentidas, hechas con amor y pintadas con virtuosidad, fueron todas adquiridas.

Un desnudo al pastel de Francisco de Elizalde era una buena y vigorosa nota.

Los señores Pardo de Tavera y Guillermo Rojo se distinguieron en la escultura; al buril del primero se debe *El secreto de la roca*, espléndido mármol que se extravió en viaje á la Exposición de St. Louis y que reapareció aquí para atestiguar con toda la fuerza de su gracia, que su autor es uno de nuestros artistas escultores de primera fila.

Enrique Prins entre otras fantasías de aficionado presentó una tela *Las noches del Retamo*, con suficientes condiciones para satisfacer al más exigente pintor de historia.

Su retrato de Facundo es el mejor que conocemos y en cuanto á la realización de las cuatro figuras en el cuadro, podemos afirmar que ninguno de nuestros profesionales de hoy ha hecho en su género nada más feliz.

No hacemos más crónica por haber perdido esta exposición su actualidad y cerramos esta nota con un aplauso de estímulo para todos los que contribuyeron á su éxito.

EL GRUPO «NEXUS»

Fué también en Septiembre, en los primeros días primaverales del año 1901, que en el antiguo salón *Freitas* y *Castillo*, un grupo de pintores argentinos, Schiaffino, Sivori, Della Valle, Ballerini, Rodríguez Etchart y Caraffa, respondiendo á un mismo ideal, dispuestos á la defensa y á la lucha, abrieron su primera exposición. Tuvo ésta un gran éxito y se repitió en Julio del año siguiente, enriquecida la falange inicial con los nombres de Malharro, De la Cárcova, García, Maggiolo, Marcelino Barneche, Correa Morales y Mateo Alonso.

Despues dejaron de vivir Ballerini, Rodríguez Etchart y Della Valle; los demás, asolados por la rudeza del doloroso golpe que suprimía á los más valientes y tesoneros de la fila, ahogados en el enrarecimiento del ambiente, menos propicio que ahora á la floración autóctona, se dispersaron, perdidas la fé y los bríos del primer momento.

Ahora, despues de seis años de la primera tentativa, un grupo de la jóven generación, bajo el lema de *Nexus*, se vincula en estrecho compañerismo, en esfuerzo y fé común y en una franca exposición en el *Salón Costa* nos dá clara muestra de sus gallardas condiciones.

La aparición de esta *guardia jóven* del arte nuestro implica una diferenciación con la *guardia vieja*, discrepancia en la particular tendencia, técnica distinta, ideal diverso. Esta diferencia nos dará en lo sucesivo interesantes puntos de comparación.

Fernando Fader, personal siempre, amplio y rudo, presenta siete telas ricas de color y más ricas de promesa, que le individualizan entre sus compañeros. Tiene un defecto,—gala de su juventud,—la impremeditación y la fogosidad, y una alta virtud, la conciencia absoluta de su propio valer. Con más concienzudo

reposo, con más respeto por las leyes fundamentales de la técnica, sus obras venideras serán definitivas.

El óleo *Contando ropa* que probablemente el autor pospone á los demás, es para mí, entre las suyas, su nota más valiosa.

Pío Collivadino es el que expone en mayor número, óleos, dibujos y aguas fuertes, realizados aquí y en Europa.

Han sido admirados sus estudios de luz y sus paisajes al claro de luna, siendo la tela *El farol* una magnífica nota.

Caracteriza la pintura de Ripamonte, una luz tamizada más en el cerebro que en el cristal del aire y una tendencia al simbolismo que no llega á convencer. Bien dibujadas, acusan un temperamento y son segura promesa de una obra fuerte.

Rossi presenta una cabeza de excelente factura y un cuadro de composición que al interés del asunto, reune apreciables condiciones de observación y colorido. *En la pendiente* es otra de sus buenas telas.

Linch y Mendez Texo presentan una clara sucesión de marinas, siendo los estudios de oleaje del segundo, dignos de todo encomio.

En escultura, Arturo Dresco, dá vida á un sujestivo retrato de mujer, cuyo yeso, tratado con elegancia y pericia, ha sido de todos celebrado.

Irurtia y Quirós forman también del grupo *Nexus*, si bien, por razones diversas, no han podido coadyuvar al brillante éxito de la primera exposición.

En la próxima, no faltarán obras suyas y las de los compañeros, estimuladas por el aplauso conquistado, formarán otro conjunto, que ha de sobrepasar á esta primera y brillante manifestación, que ha marcado un momento, que es también un rumbo nuevo en los anales del arte.

MANIFESTACIONES EXTRANJERAS

Salón Witcomb—El notable auto-retrato del artista español D. José Llaneces nos habla más claro de su personalidad y de su alma, que el ensayo biográfico de Augusto Martínez Olmedilla y el decir madrileño de D. Mariano de Cavia, ambos incluidos en el elegante catálogo ilustrado, de las treinta y ocho obras expuestas.

La cabeza bien española y bien asentada sobre los fuertes hombres es la de un hombre seguro de sí mismo; mira con atención mientras su mano pinta reposadamente; en su paleta, grande como un escudo, se mezclan con holgura todos los colores.

Una rica perla prendida al moño de su corbata blanca nos dice de sus gustos refinados; su buena cadena de oro que le cruza el pecho háblanos de su opulencia y de su atención al tiempo que pasa; la cintilla del ojal, que es hombre de su siglo y que sabe apreciar en lo que valen los honores oficiales; todo él representa la imágen de un hombre contento de vivir y de pintar. Su pintura se nutre de ese equilibrio, es sana, elegante, clara y franca.

Opulenta en los paisajes, severa y reposada en las viejas figuras, satisfecha y florida en las caras de las lindas muchachas, clara y exhuberante siempre.

Entre los paisajes, cuadros de composición y figuras, prefiero y recomiendo estas últimas.

Magistral el retrato de un dibujante español. El caballero siglo XVII donado al Museo es digno de tal destino. Una joya la cabecita de paje, siglo XVII. El encanto seductor que respira el desnudo *la Coqueta* nos hace pasar por alto ciertos defectos de proporción y dibujo. Otro desnudo titulado *Armonía en azul* es la nota menos feliz de la feliz exposición.

La viudita es otra de las joyas y digna de todo encomio la *cabeza tabarda* reproducida en otros dos lienzos.

No me detendré en recomendar otras obras que se bastan á sí mismas para hacerse el propio elogio. Doy fin á estas lijeras líneas sintiendo que lo reducido del espacio me impida dedicar un estudio extenso y razonado á las obras de tan digno artista.

Salón Castillo—El pintor francés M. Emile Troncy, ha expuesto en este salón diez y siete cuadros que son diez y siete muestras de los diversos procedimientos que usa, de la variada técnica que emplea, de las distintas modalidades en que expande su temperamento y de los diversos asuntos que trata.

Óleo, pastel, «ganache» y punta seca; figura, retratos, duraznos, gatos y pescados; apaches frentes al juez y señoritas siglo XVIII que tañen la mandolina en el claro país de un abanico, tales son los medios y tales los sujetos del señor Troncy.

El gran óleo *Salon Carré du Louvre* es un lienzo de recomen-

dables condiciones; mucho vigor en el sol que dá su intensa nota de actualidad á ese arcaico y adusto rincón de museo; una justa gradación en las sombras y penumbras, una tonalidad exacta y un severo y correcto dibujo que acusa amplios conocimientos en la difícil perspectiva, son cualidades que se notan desde el primer momento, y prueban, que si su autor hubiera dado una orientación más definida y directa á sus excelentes disposiciones, ocuparía á justo título, un lugar más prominente entre la valiosa nómina de sus contemporáneos artistas.

El señor Troncy ha obtenido medallas de oro en el Salón *des artistes français*, los años 1895 y 1900 y de plata en la Exposición Universal del mismo año. El gobierno de su país le ha comprado varios cuadros que figuran en distintos museos y aquí también, varias de sus obras han sido inmediatamente adquiridas.

L' Aiglon—Del 1.° al 15 de Septiembre, el señor Juan Pinós, pintor español, expuso aquí veinte y ocho óleos, en su mayoría de reciente ejecución y tratando asuntos nuestros.

Pincel sin pretensiones el suyo, vulgar y correcto, sus telas, salvo dos ó tres excepciones, valían, más por lo que sujerían que por lo que realmente mostraban. Así, la titulada *Sin madre*, era intensa y simple.

Héla aquí:

En medio de la Pampa sin límites, junto á la yegua muerta, el potrillito recién nacido, envuelto en las rachas de una madrugada invernal, tirita de frío y de asombro... A lo lejos la manada, agrupada alrededor del padrillo, relincha sus lloros de pariente.

Cuando esté más alto el sol, al tranquito de su zaino, llegará el puestero, cuereará á la madre y se llevará al guachito. Después, con cautelosa parsimonia de ejecutores testamentarios, irán cayendo los caranchos, un álito de vida plena soplará en la Pampa inmensa, y la tropilla, indiferente y dispersa, olvidada de la muerta, vagará, rebuscando los pastillos más tiernos.

Todas las composiciones del señor Pinós respiran una poesía natural, sencilla y fácil, asequible á todos los ojos, al alcance de todas las inteligencias. Esto constituye un mérito, un alto mérito. Le aplaudimos como á poeta que pinta; si persiste en un estudio contínuo y logra personalizar y dar brios á su técnica, hoy

subalterna, podrá figurar en la pléyade honrosa de los verdaderos artistas.

EL DESNUDO EN EL ARTE

Motivado por el grupo *Los primeros fríos*, emplazado en el jardín público de la calle Lorea y por la estatua *Primavera*, que se alza á la entrada de la Avenida Alvera, se ha vuelto á poner sobre el tapete este claro y bello tópico.

A la deshonesta diatriba de los enemigos de la belleza y de la forma, cuya pudibundez recuerda á la tan ridícula de los diputados alemanes, que en la apertura del nuevo palacio del Reichstag, en 1895, osaron proscribir de la sala de sus asambleas, la imágen de la *Verdad* porqué estaba desnuda, el señor Intendente que es persona de reconocido criterio y buen gusto, debe responder levantando nuevos y bellos desnudos.

En 1903 se suscitó la misma cuestión y con el título de *La moral ultrajada* escribí las siguientes líneas que copio ahora con toda satisfacción :

« Ciertos sueltistas de periódicos, secundados por un grupo de matronas, madres de familia, han puesto el grito, — un airado grito, — en la hoja de parra.

La llaman, la invocan, la conjuran á cubrír desnudeces de mármol. Entretanto, besadas de sol ó de luna, gozando con la caricia del agua, las ninfas y la Venus de la fuente, — que un melodioso y tonto recato quiere poner en entredicho,— sonrien al paseante, con la sonrisa de sus labios blancos.

¿A que viene este grotesco grito de pudor desbordante? ¿Se atenta por acaso contra la castidad de las personas?... Que no se incurra en la enormidad de querer poner trabas desdorosas á las perfectas obras del Creador.

Tengo ante mi mesa, una reproducción de *Las tres Gracias* de Regnault; los tres sagrados cuerpos cantan á trío el himno natural y limpio de sus morbideces perfectas al rededor de una sola, intensa nota : la Belleza. Para cubrir lo verdaderamente deshonesto y feo, tengamos sí un velo, pero en nuestras propias conciencias.

En cuanto á los que se han afectado con la pura y franca actitud de las figuras de Lola Mora, les recordamos para su edifi-

cación personal que la linda Santa Eugenia se despojó de sus vestiduras, desafiando con un reto de pureza á los verdugos, y que la virgen Santa Inés, caminaba al tormento, vistiendo tan solo la túnica rubia de sus cabellos y la leyenda dice que no había ni rubor ni vergüenza en sus mejillas; el fino cuerpo pálido irradiaba pureza y belleza solamente.»

NOTAS

Las dos obras escultóricas de Meunier, el *Sembrador* y el *Segador*, han sido ya colocadas en el confín de la Avenida Alvear. En breve se fijará el sitio para las demás obras de ornato adquiridas en Europa por cuenta de la comuna.

—*El triunfo del trabajo*, grupo alegórico de Rogelio Irurtia, ha sido adquirido por la Municipalidad.

—Al escultor Víctor de Pol le ha sido encomendado el monumento á Sarmiento, destinado para la ciudad del Rosario.

—El 27 de Octubre se inaugura el monumento á Echeverría, obra del escultor Torcuato Tasso.

Hablaré de él en el próximo número.

CONFIRMACIÓN

Las *Palabras Preliminares* de la crónica anterior, han parecido á ciertas personas, de excesiva crudeza.

Declaro que exprofeso y guiado por las mejores intenciones, extremé la rudeza de la crítica. Absolutamente indiferente y sincero quise dar la nota opuesta á la que en general nos tienen acostumbrados los que sobre cosas de arte escriben entre nosotros. En el afán de ser galantes y no herir susceptibilidades, se extravía el criterio del público, perjudicándole en la mayoría de las veces: tal sucedió, en materia de arte teatral, por ejemplo, á los que escucharon las hosanas cantadas en loor del anciano Mr. Coquelín y de la ilustre Eleonora Duse, ambos, grandes artistas en el último cuarto del siglo pasado, y hoy deformes y pálidas sombras de lo que fueron.

Persistiré por consiguiente en el camino emprendido, pues si á muchas personas les ha parecido alto el tono del artículo anterior, varias han aplaudido su tendencia regeneradora y ecuánime, y esto basta.

EMILIO ORTIZ GROGNET.

LETRAS ARGENTINAS

«Estudios históricos y políticos» POR LUCAS AYARRAGARAY—

Úsase entre nosotros de un procedimiento harto conocido para la formación de los libros. Se escriben artículos en cualquier diario, se envían cartas abiertas, se pronuncian discursos; luego, al cabo de algún tiempo se reune la producción, sin método, sin crítica, sin una previa selección, y héte el libro formado. Este adolecerá como es natural, de todos los defectos inherentes á una producción puramente ocasional; pero ¿que dá? Será siempre un libro más en el bagaje de las *obras* del autor.

Estas observaciones bien pueden ser aplicadas á los *Estudios históricos y políticos* del señor Ayarragaray.

Pues ¿qué menos debe exigírsele á un libro de índole semejante, que nos diga algo nuevo ú original, algo que nos enseñe ó sugiera ideas? Y nada de eso encontramos en los *Estudios históricos y políticos.* Su forma ni buena ni mala. Un estilo diluido y empavesado, que no constituye una novedad en nuestra producción literaria. Fáltale el rasgo intenso, la expresión audaz, conceptuosa, la frase sintética, certetera, que caracterizan al escritor de raza.

En cuanto al fondo bien pobre. Iníciase el libro asaz felizmente con un breve y substancioso artículo sobre la literatura de las invasiones inglesas, mas defrauda luego las esperanzas que ese primer artículo hiciera abrigar. Los títulos de los artículos prometen un mundo, pero su desarrollo no mantiene la promesa

Son temas tratados á vuelo de pájaro, sin mayor ahondamiento, sin vistas nuevas y personales. ¿Para qué, entonces, publicar un libro? Cito algunos títulos al acaso: «El problema educacional argentino», «Causas y antecedentes de la sumisión política argentina», «El caudillismo en la historia y en la política argentina», etc., que si alguna idea contienen son la repetición de lo que ya nos dijera el autor en *La anarquía argentina y el caudillismo*, su obra anterior.

Una firma conocida y respetable como la del señor Ayarragaray no debe ser usada en esta forma para salvar tan pobre mercancía, maguer la edición sea lujosa. El tiempo urge y no nos es posible leer sino aquello que nos diga algo nuevo. Necesitamos intensificar nuestra producción, darle nervio, encararla con seriedad, á fin de que no siga manteniéndose en la esfera de un hueco palabrerío que aturda, empalague, importe una pérdida de tiempo y no deje rastro.

Queden ya los artículos del momento en la hoja volante en que fueron publicados, y pierdan de una vez nuestros publicistas ese lamentable defecto de reunir en libro todo lo que escribieron al azar de sus nervios.

El libro ha menester de médula, y de médula necesitan sobre todo nuestras letras. Por eso este artículo más que á este caso particular envuelve una censura á todo un sistema de producción literaria muy en boga en estas playas, y abonado, que es lo peor, por respetabilísimas firmas.

«Los Vencidos» POR MARCELO DEL MAZO.

Ya he tenido oportunidad de hablar ligeramente en esta misma revista de las dificultades que se oponen á la redacción de un buen libro de cuentos. También he señalado, de paso, el abuso en que hoy se incurre del argumento fantástico y de los personajes arrancados al manicomio, hecho debido, muy probablemente, á la incapacidad de la mayoría de los cuentistas de entrarse en los asuntos vividos, reales, y de abordar los serios análisis de las almas, siempre prontas á revelar sus más ocultos tesoros á quien sepa abrirlas con la rara llave de una honda penetración psicológica.

Por estas razones merece todo encomio *Los Vencidos*, sustancioso libro de cuentos aparecido en el mes, porque en él su autor ha atendido con preferencia á la observación en que la sutileza, buscada con empeño, no perjudica sin embargo la verdad.

Los cuentos del señor Del Mazo, sobrios é intensos por lo común, bien que haya también entre ellos algunos de escaso interés ó de argumento vagamente definido, tienen valor principalmente—y esto no importa una crítica al libro sino antes bien la caracterización de su cualidad fundamental, más que en sí mismos como un todo tejido sobre un determinado tema, en los detalles fugaces en que abundan, en esos rasgos íntimos sorprendidos al vuelo con fina perspicacia. En esto estriba, á mi parecer, el mérito positivo de *Los Vencidos*, libro revelador de un psicólogo que auna la delicadeza á la sagacidad.

La obra también llama la atención por su estilo, eminentemente personal y conciso, quizás á ratos demasiado conciso, y,—lástima grande—flaqueante con frecuencia del punto de vista sintáctico. El señor de Mazo debe concentrar en él un especial cuidado, para llegar á dominarlo con toda la seguridad que sería de desear. Salvado este defecto facilmente corregible, podrá desplegar entonces, con aquella mayor eficacia que la plena posesión de la lengua ha de darle, su exquisita sensibilidad, su simpatía por las almas náufragas, su habilidad en mostrarlas al desnudo, en fin, todas las no comunes cualidades que este primer libro encierra.

ROBERTO F. GIUSTI.

En el próximo número publicará la revista la crítica al libro «Rosas y su tiempo».—*N. de la D.*

TEATRO NACIONAL

Nacional: «Las dos fuerzas» *por don Julio Sánchez Gardel.* — «La Rondalla» *por don Victor Perez Petit.* — «La Tía Brígida» *por don Alberto Novión.*

El señor Julio Sánchez Gardel, autor de varias tentativas dramáticas más ó menos felices, nos ofreció en el mes pasado una nueva producción teatral.

Su nueva obra «Las dos fuerzas», es una comedia en tres actos, de argumento trivial, de construcción debil, de caracteres poco precisos, de diálogos faltos de ingenio y de factura literaria mediocre, pues la forma en los pasajes «cuidados» es justamente aquella que puede mejor dar á los iletrados la ilusión de la «literatura.»

El primer acto, de acción demasiado lenta, pesa con exceso sobre Don Máximo, tipo grotesco, decidor de chistes que no resultan tales, y que á pesar de todas sus *cualidades*, le veremos, por dos veces en la obra, ser el amigo confidencial, el depositario de las amarguras y sinsabores de los protagonistas. Este personaje nos resultó de un gusto absolutamente detestable.

El segundo acto es sin duda alguna el mejor de la comedia pues contiene las dos únicas escenas verdaderamente llenas de calor y vida: la de la explicación entre Acosta y Enrique y la siguiente entre el primero y Luisa.

El tercer acto, con su final inesperado é ingenuo, acaba de remachar la mala impresión que nos dejara el desarrollo de la obra, inferior, en su conjunto, á las esperanzas que hiciera abri-

gar el señor Sánchez Gardel con su boceto anterior «Noche de luna.»

«La Rondalla» del distinguido escritor uruguayo Victor Perez Petit, es un drama en tres actos, de trama sencilla y conmovedora. El interior de un hogar humilde, con todos los diarios incidentes de la vida de familia, está pintado, especialmente en el segundo acto, de una manera verdaderamente sabrosa. Escrita en una prosa firme, nítida y toda llena de sinceridad, «La Rondalla» es una obra robusta y sana, un excelente estudio de costumbres. Los caracteres tienen un relieve bastante marcado, de un análisis un poco sumario, pero bien vivos y dramáticos.

Su defecto capital lo constituye el tercer acto, pesado, mortalmente aburridor y demasiado cargado en tintes melodramáticos. Es un acto inutil y atentatorio al buen éxito de la obra.

En momentos de entrar en máquina este número, acaba de estrenarse una comedia en un acto de Don Alberto Novión titulada «La tia Brígida», de la cual no queremos dejar de decir dos palabras.

«La tía Brígida», es una comedia de costumbres camperas llena de frescura, sencillez é ingenuidad. Los diálogos fáciles, chisporroteantes de ingenio, hicieron pasar al público ratos deliciosos. La acción es tan natural, que á ratos resulta muy lenta. Los caracteres, bien precisos, especialmente el de la tía Brígida, admirablemente interpretado por la señora Orfilia Rico. «Doña Rosario », «La Gaucha» y las otras obras del señor Novión han demostrado que es un maestro en el género. Si bien en el eje central son todas demasiado similares, siempre encierran detalles interesantes y novedosos que las diferencian unas de otras. Sobresalieron además en la interpretación la señorita Angela Tesada y el señor Elías Alippi.

Marconi: «JUAN FACUNDO QUIROGA», *por don Alejandro Gancedo* (hijo).

En este teatro estrenóse el 6 de Setiembre, un drama histórico en un prólogo y tres actos, divididos en 6 cuadros, original del Señor Alejandro Gancedo (hijo).

Este drama, que se presentaba precedido de una gran réclame

y con pretensiones de refutar una obra anterior del Dr. David Peña sobre el mismo tema, obtuvo la noche de su estreno una silenciosa acogida.

Fracasó pues ante el público y también ante la crítica, que la acusó de ser una simple yuxtaposición de cuadros sin acción continuada ni trabazón directa. Creemos, sin embargo, que la observación es injusta, pues esta es precisamente una de las dificultades de este género dramático y que, en nuestro concepto, le hace inabordable en el teatro. Pero, aceptándolo, basta que, en ausencia de una acción continua, de una intriga que una los cuadros entre sí, haya mucho movimiento escénico é invención en el detalle, para que la obra sea teatralmente buena.

Ahora bien, se hallan en el drama del señor Gancedo, estas últimas cualidades? Lo suficiente, para que pueda considerársela una obra *estimable*. Bien es cierto que el tercer acto, de una ingenuidad asombrosa y de un final de circo, borran toda buena impresión anterior; pero, con todo creemos que hay en la obra escenas que revelan en su autor cualidades que cultivadas, podrán darnos obras algo más estimables que «Juan Facundo Quiroga.»

— Durante el mismo mes se han efectuado en este teatro algunas *reprises* de las obras mejores del repertorio.

Entre estas, dióse «Los Muertos», ese profundo drama de Florencio Sánchez, (nuestro Bracco por la potencia y por la audacia) drama que bien podría figurar sin desmérito en cualquier cartel de teatro europeo.

Volvimos á ver igualmente «El Arlequín», este fuerte y hermoso drama de Otto Miguel Cione, sin duda alguna su obra más perfecta, á pesar de notarse también en ella, como en las otras del autor, ciertos toques artificiosos y novelescos.

— Por dos razones hemos sido y seguiremos siendo tan breves en estas notas: la primera, por considerar fuera de lugar las largas exposiciones de obras, en su mayoría retiradas del cartel á la aparición del número; la segunda y primordial, porque pensamos que el valor de las obras no se mide por la extensión de los comentarios que inspiran.

ALFREDO A. BIANCHI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Sully Prudhomme—Esta revista también quiere arrojar su humilde manojo de siemprevivas sobre la tumba del poeta. No es un juicio el que pretende dar á continuación. Sólo son dos palabras de homenaje á la memoria de ese sutil y melancólico poeta con cuya desaparición pierde el mundo latino uno más de sus buenos líricos.

Sully Prudhomme dijo en sus versos muchas cosas bellas y suaves. La mayoría de sus libros fueron las obras de un solitario que gustó de replegarse sobre sí mismo para analizar una á una las fibras más recónditas de su alma.

Su sensibilidad excesiva debió hacerle padecer mucho.

«J'ai voulu tout aimer et je suis malheureux....»

La mayor parte de sus poemas fueron breves meditaciones de una tristeza penetrante, que más que por la música del verso nos interesan por el placer intelectual que nos produce la revelación de esas intimidades que todos llevamos en nosotros.

Pero en él, psicólogo sutil y tierno, hubo también un humanitario, un convencido creyente en la ciencia y en el progreso. Fué también un pensador y como tal derramó ideas á manos llenas en sus versos, de un tinte siempre más filosófico á medida que él fué avanzando en la senda de la vida. Sus poemas de más largo aliento, *La Justice* y *Le Bonheur* fueron ya no sólo las obras de un poeta sino también de un filósofo.

Los jóvenes lo negaron. Es la ley que eternamente se reproduce. Pero en su tumba, fresca aún, no es posible mantener esas negaciones sólo admisibles en el ardor de la lucha. Un poeta no excluye á otro. Sully Prudhomme no excluye á Samain como la gloria de Verlaine no ofusca la de Hugo. En el templo del Arte todos caben.

El viaje de Roberto J. Payró—Uno más que se marcha á visitar otras tierras.

Forman legión ya los artistas y estudiosos de este país idos á

Europa á cosechar experiencia y conocimientos. Payró es uno más de la útil falange. Y él lleva consigo al partir condiciones de las que acaso la mayoría de los viajeros hállase desprovista. lleva consigo una ámplia experiencia adquirida en sus largos años de brega en el periodismo; un profundo conocimiento de la vida, de los hombres y sobre todo del país, y á mas un vivo deseo de aprender y de hacerse nuevos puntos de vista, nuevos criterios en esos nuevos horizontes que se le abrirán.

A través del mar la revista envia su saludo á este fuerte é incansable trabajador.

Presente griego—Todos conocen los incidentes asaz divertidos á que dió lugar ese impagable concurso dramático del Teatro Nacional, realizado á fines del año pasado. Falló el jurado y á raiz del veredicto se enardecieron los ánimos, formándose bandos, armándose alborotos callejeros y discutiéndose las obras premiadas con un entusiasmo poco común en las esferas de nuestra mansa literatura.

Ahora la dirección de la revista ha resuelto publicar en este número la obra que recibió el primer premio. Ya calmados los ánimos, podrán todos los interesados formarse un juicio definitivo sobre la obra, con toda la tranquilidad que la lectura permite. La dirección por su parte no cree oportuno emitir opinión al respecto. Cree, sí, de todos modos, no inútil la publicación de este drama, que, aparte sus méritos, tiene el precedente envidiable de haber levantado en torno suyo una cierta polvareda. Su autor no necesita presentación. Sus muchas obras anteriores, recibidas con general favor por el público y la crítica, lo han colocado entre nuestros autores dramáticos de primera fila. En cuanto á este drama, juzguen los entendidos.....

Erratas—En la «Oda á Rubén Darío del Señor Alfredo Arteaga se ha incurrido en un grave error de imprenta que no podemos pasar por alto.

En la página 145, los versos 20, 21 y 22 deben decir:

al Verbo que al espíritu sustenta;
que no matan el fuego, la cruz ni la cicuta;
al Verbo que derriba iniquidades;

El buen criterio del lector, salvará los otros errores de menor importancia que contenga el número.

Libros recibidos—*Marcelo del Mazo*, «Los Vencidos».
—*Francisco Capello*, «Petrarca».
—*F. Enrique D. Sisson*, «Grisailles el Vitraux».

NOSOTROS.

NOSOTROS

LEONARDO DE VINCI

Leonardo de Vinci es mucho más conocido de fama que de hecho. Falta el medio de estimar con justicia al artista y al sabio. En efecto del Cenáculo no ha quedado otra cosa que la huella del sitio que ocupaba en la pared; de los retratos que se conservan bajo su nombre, los más son de dudosa autenticidad, y los dos ó tres auténticos, ó están averiados ó inconclusos; é igualmente inconclusos ó averiados están los pocos cuadros con seguridad suyos. Ninguna obra de escultura, ni los relieves ni las cabezas de que habla Vasari, ni la gran estatua ecuestre de Francisco Storza, alrededor de la cual trabajó por bien 16 años, se ha conservado: sólo de algunas estatuas que vénse en San Juan de Florencia sábese que por él fueron hechos los modelos.

Sus códices, salvados como por milagro de la incuria de los ignorantes y de la rapacidad de los admiradores, son bastantes, pero tienen confundidas las hojas, y se hallan dispersos más que reunidos por las bibliotecas de Europa. El siglo pasado se ha hecho acreedor de Leonardo, llevando á término la publicación de varios de sus escritos y emprendiendo la de los restantes. Por el primero el físico de Modena Juan Bautista Venturi hizo un extracto de los escritos de Leonardo y lo publicó en Paris en 1797; pero estudios serios no se hicieron sino más tarde por parte de

Carlos Ravaisson Mollien en Francia, y de Juan Pablo Richter en Inglaterra. Ravaisson tuvo á tal efecto del gobierno francés un subsidio de más de cien mil liras. Ahora se está imprimiendo en Milán el Códice Atlántico, el verdadero testamento de Leonardo, en el que se hallan reunidos sus estudios desde cuando era todavía casi niño, hasta los últimos años de su vida. Falta aún, sin embargo, ordenarlos é interpretarlos, y que sean hechos accesibles por su precio á los estudiosos.

En lo que se refiere á su vida, Venturi y Amoretti recogieron con mucha diligencia y poco ó ningún discernimiento todo lo que se encuentra en el Anónimo, en Vasari, en Lomazzi, etc.; pero casi nada resiste á la crítica. Las publicaciones más recientes se fundan en su mayoría sobre los trabajos de Uzielli, acaso algo inclinado á exagerar.

Leonardo nació el año 1452 ó en Vinci cerca de Empoli, junto á la falda del monte Albano, ó algo más arriba en el valle, en Arquiano, en la única casa que aún queda de ese castillo. Fué fruto de los ilegítimos amores de Pedro de Vinci y de una cierta Catalina que casóse luego con un Accattabriga de la Vacca. Los de Vinci eran una familia de notarios florentinos: de ellos el primero que se conoce es Guido, hijo de Miguel de Vinci, recordado en un documento de 1339. El año del nacimiento de Leonardo, Pedro casóse con Albiera hija de Juan Amadori; pero ni de ella, ni de su segunda esposa, Francisca hija de Juan Sanfedini, que tomó en 1465, tuvo hijos. Fué en esto más afortunado con una tercera esposa, Margarita hija de Jacobo de Guillermo, que tomó en 1465 con 965 florines de dote. A más de una renta de unas 765 liras, Pedro tenía una numerosa parroquia en Florencia, de modo que puede afirmarse que Leonardo creció en el bienestar.

Si Vasari no miente, Leonardo, dióse aún jovencito al estudio de las matemáticas y se halló bien pronto en condición de embarazar á su maestro con preguntas. De todos modos, ó de joven, ó más tarde con Pacioli, debió sin duda estudiar matemáticas, pues de otra suerte no habría podido hacer tantos progresos en la mecánica.

Mientras tanto Amoretti cita una carta en la que Leonardo pide prestado un Arquímedes al obispo de Padua. Un día el padre llevó un cuaderno de su hijo con algunas ilustraciones á pluma al célebre escultor y pintor Verrocchio, quien quedó de ellas tan admirado que quiso tomar y tenerse consigo á Leonardo.

En 1472 ya es anotado Leonardo en el registro de la Compañía de los pintores. En la galería de los Oficios hay en Florencia un cuadro de él con las palabras «Día de Santa María de la Nieve á 5 de Agosto de 1477».

La fiesta de la Virgen de la Nieve celébrase en Suiza cerca de Lucerna, razón por la que Ravaisson creyó de reconocer el Righi en las montañas del fondo.

De Leonardo es el angel en el bautismo de Cristo de Verrocchio que también se encuentra en la galería de los Oficios. Dicen que cuando Verrocchio lo vió tomó la resolución de no tocar nunca jamás el pincel.

Hallábase con Verrocchio Leonardo en 1476, habiendo sido con él procesado por graves imputaciones; pero fueron absueltos «sub conditionem ut retamburentur», es decir que fueran *retamborados.*

Consistía la pena de la *retamboración* en colocar en público un tambor para recoger acusaciones anónimas.

Gozaba entonces Leonardo de la amistad de Lorenzo de Médicis y ya desde aquel tiempo tenía discípulos; pero también desde entonces tenía la pésima costumbre de dejar á medias todos los trabajos, si bien á menudo ya hubiesen sido en parte pagados.

Iba en torno con una libreta y un lápiz, tomando nota de todo y copiando las caras más contrahechas.

Un quintero del padre cortó un día una rueda en un tronco y llevósela á su dueño para que hiciese pintar en ella algo por Leonardo. Este tomó y preparó la rueda recogiendo mientras tanto lagartos, escuerzos, culebras y otras semejantes asquerosas alimañas, y un buen día compuso de todas ellas y pintó en la rueda un monstruo cuya vista horrorizaba. Pedro admirado la vendió por una buena cantidad, y habiendo comprado un trozo de

madera hízole pintar en él para el quintero un corazón atravesado por una flecha.

De las muchas obras de Leonardo de aquel tiempo sólo quedan, inconclusas, la Medusa y la adoración de los Reyes Magos. Autorretratos de Leonardo existen varios: uno es de esa época y confirma lo que todos sus biógrafos atestiguan de su maravillosa belleza. Ya desde entonces llevaba esa gran barba suya y los cabellos largos. Por otra parte sabemos que era el primer poeta improvisador de sus tiempos, que hablaba con gracia inefable y con una fuerza de persuasión que Vasari llama terrible; que en la natación y en todos los demás ejercicios que reclaman fuerza y destreza nadie lo vencía, y que encorvaba entre sus dedos un clavo sin la menor apariencia de esfuerzo. Además no tenía igual ni en el componer música ni en el tocar la lira, ni en la belleza de la voz, siendo por consiguiente el ídolo de las cortes.

En el 79 hallábase todavía en Florencia. En un dibujo existente ahora en Londres, que representa un ahorcado, dice debajo de unos apuntes de ropa sucia: «Bernardo de Baldino Baroncigli». Baroncelli fué el asesino de Julián de Médicis, que aprehendido en Constantinopla y reconducido á Florencia, fué ahorcado en 29 de Diciembre de 1479. Leonardo todavía en el 81 pintaba un cuadro para el convento de Scopeto. En el 87 fué por vez primera á Milán invitado como tocador de lira, y llevó al Duque de parte de Lorenzo una lira á la que habíale hecho una caja armónica de plata en forma de cráneo. Volvió inmediatamente á Florencia, y en los cuatro años siguientes no se sabe donde se estableció. Richter supone que Leonardo haya ido en esta época al Oriente y héchose allí musulman. Ha dado origen á esta leyenda una extraña carta dirigida al Devat-Dar ó Diodario, ministro del Sultan de Babilonia (es decir del Cairo), Kait Bai, en la que léense descripciones, cálculos, indicaciones exactísimas de acontecimientos y cataclismos. Muchos ven en esa carta un fragmento de novela que Leonardo tenía intención de escribir.

En el 87 se hallaba en Milán al servicio de Ludovico el Moro, y ocupábase en modelar la gran estatua ecuestre de Francisco Sforza, de la que, quien pudo verla afirma que nunca vióse obra

más maravillosa. Antes de ser fundida en bronce, fué hecha pedazos por los franceses entrados en Milán. ¡Y Leonardo había trabajado en ella diez y seis años!

También hizo un modelo para la cúpula de la Catedral y dirigió las obras de fortificación del castillo y las grandes obras de irrigación que Ludovico hizo ejecutar en Lomelina y Lombardía.

No hay seguridad que haya hecho los retratos del Duque y de la Duquesa: hizo en vez los de Lucrecia Crivelli y de la humanista Cecilia Galleani, favoritas del Duque. El retrato de la Galleani se ha perdido, y en cuanto á la Crivelli hay quien cree reconocerla en la *Belle Ferroniére* del Louvre.

Por fin pintó el famoso *Cenáculo*, sin dejar mientras tanto de asombrar á los buenos milaneses con invenciones de espectaculosos mecanismos en ocasión de alguna fiesta.

Dejó en el 99 Milán, cuando el Duque fué hecho prisionero, y le encontramos luego como ingeniero militar de César Borgia, y más tarde en Florencia donde hizo los famosos retratos de la Benci y de la Lisa del Giocondo.

En este último retrato que admírase ahora en el Louvre trabajó durante cuatro años sin terminarlo, habiendo sido más tarde borrado y vuelto á pintar por no sé quien.

Son de este tiempo los modelos de las tres estatuas de bronce de la fachada de San Juan, y también de este tiempo es su Leda. Igualmente entonces, en concurrencia con Miguel Angel dibujó el tan celebrado cartón de la batalla de Anguiari, ahora perdido.

Volvió á Milán, y para Ludovico de Francia dirigió los trabajos del canal de la Martesana y otras obras. Luego le encontramos en Roma en 1514 con Julián de Médicis para la coronación de León X, y por fin en el 16 fué á Francia al servicio de Francisco I, donde murió asistido por sus discípulos el 2 de Mayo de 1519.

Francisco I al recibir la triste noticia lloró.

Leonardo prefería la pintura á todas las artes, pero cultivó, como se ha dicho, con no menor suceso la escultura, y con un sentido especial de la gracia, la arquitectura, sin dejar sin embargo de lado ni la música ni la poesía.

En la pintura son sus méritos la verdad, la armonía de los colores encontrada en deliciosos acuerdos, los contornos que mueren el uno en el otro, y sobre todo la indefinible expresión del rostro. Su afán de hallar la verdad absoluta en la representación fué la primera causa que le impidió de concluir muchas obras. «En las cejas, dice Vasari, del retrato de la Gioconda, quiso representar también el modo de nacer de los pelos en la carne».

¡Qué hombre! Puede quitársele todo aquello por lo que se hizo la fama, quiero decir, todas sus obras maestras, sin que, no obstante, disminuya su grandeza. Porque además, si los contemporaneos veían en Leonardo un gran artista, los modernos ven en él nada menos que el padre de la *ciencia.*

El estado preciso de los conocimientos en la época de Leonardo no se conoce bien, y por esto su grandeza parece sobrehumana. Cuando tengamos todos los necesarios conocimientos, Leonardo seguirá siendo grande, pero hombre al fin. Actualmente es difícil creerlo tal. Los estudios sobre él se multiplican en todas partes de Europa y en su comparación empequeñecen hasta los genios más grandes.

Yo trataré de hacerlo caber aquí como pueda, y como ahora es posible, rehuyendo las exageraciones.

Con Leonardo el género humano sale de la niñez y entra en la virilidad: no nace una ciencia nueva; nace la ciencia. Admitiendo que ésta se haga nacer con Galileo, Leonardo entonces representará la concepción.

La cuestión del origen y paternidad del método experimental está mal planteada. Nadie lo ha inventado, siendo el único camino por el que el hombre llega al conocimiento, y ya lo describe Aristóteles de quien es la afirmación que sólo mediante inducciones llega el hombre á las verdades generales que son luego en la demostración las premisas del silogismo. La novedad es bien otra como justamente dice Jevons: consiste en dirigirse al estudio de la naturaleza. Las dos escuelas Platónica y Aristotélica—distintas por otra parte—hallábanse acordes en despreciar el estudio de la naturaleza: de ambas la más perjudicial fué sin embargo, la de Aristóteles.

Aristóteles, y esta es su contribución á la ciencia, en el estudio del pensamiento partió de un principio verdadero: que la mente se manifiesta en el lenguaje, y en este, pues, estudió las leyes del pensamiento.

Desde semejante punto de vista, decía Lorenzo Valla, contemporáneo de Leonardo, se debería estudiar á Aristóteles.

Su lógica es todavía útil, y vale por lo menos más que tantas otras fabricadas sobre analogías y principios arbitrarios; todo lo restante de su sistema es deducido de su conocimiento vulgar, no examinado ni comprobado, y se halla, pues, como éste, lleno de errores. Aristóteles no duda de la apariencia. El vulgo vé desaparecer el agua de un recipiente y cree que se transforma en aire, y así piensa Aristóteles; vé caer lentamente una pluma y con rapidez una piedra, y piensa que la velocidad de la caída depende de la masa, y es un principio de Aristóteles; vé que el movimiento cesa y piensa que se pierde, de donde la necesidad de una continua renovación, y del motor inmóvil.

Cuando nos parece que tiene la intuición de las ideas modernas caemos en una simple ilusión nacida de la dificultad de trasladarnos á sus tiempos. Por lo demás ha dicho tantas cosas y en modo tan diverso que bien puede ser que alguna vez adivine.

Estudiar el fenómeno, buscar la causa y las condiciones verdaderas de su producción es lo que Aristóteles nunca ha sentido la necesidad de hacer. Lo que no comprendió el gran filósofo es que la naturaleza marcha á su manera y no á la nuestra, y que debemos aprender de ella y no dictarle leyes.

Platón contempla la forma de las cosas y todo para él es número y geometría: Aristóteles quiere explicar el ser de ellas, su esencia, y define palabras.

Si Leonardo hubiese sido literato y filósofo, de poco contaría. Era menester comenzar desde principio y por otro camino, hallarse completamente libre de la influencia de la escuela y por fortuna de Leonardo esta condición verificóse en él.

En el amor del arte es decir de la forma, no es superior á su tiempo; en el buscar la ley de las formas en la constitución de los seres es moderno y padre de nuestra edad. El suponía que la ciencia estuviera sometida al arte y en él encontrara su fin.

Los pelos de las cejas deben nacer según una ley que el artista ha de conocer para no violarla incautamente. De aquí su tendencia á buscar la ley en cada cosa que debía representar; y eso de suponer que por doquier exista la ley es ya un pensamiento de sabio.

Debiendo pintar una rama observa en que orden le están dispuestas en torno las hojas y halla que el orden es el mismo en todas las plantas de una determinada especie.

«Tal es el nacimiento, dice, de las ramificaciones de las plantas sobre sus ramas principales, cual es el del nacimiento de las hojas sobre los ramículos del mismo año de esas hojas, las cuales tienen cuatro modos de proceder, la una más alta de la otra. El primero y más universal es que siempre la sexta de arriba nace sobre la sexta de abajo; y el segundo es que las dos terceras de arriba son siempre las dos terceras de abajo; y el tercer modo es que la tercera de arriba se halla sobre la tercera de abajo».

He aquí inaugurada la botánica, y mencionada la ley de la filotaxis. Pero allí no se detiene: quiere saber el porqué de tal disposición.

«Siempre la hoja dirige su cara hacia el cielo á fin de recibir con toda su superficie el rocío que en cierto modo desciende del aire, y tales hojas se hallan en forma determinada repartidas sobre sus plantas, que la una cubre la otra lo menos que le es posible cruzándose la una sobre la otra como se vé hacer á la yedra que cubre los muros, y ese entrelazamiento sirve para dos cosas, es decir, para dejar que el aire y el sol puedan penetrar entre ellas, y que las gotas que caen de la primera hoja puedan caer sobre la cuarta y la sexta».

Pasa de este modo de la observación del fenómeno á la suposición de la ley y á su interpretación. ¡Y esta ley se atribuye á Brown que la habría descubierto en 1658! Y así como de las hojas, Leonardo también encuentra la razón de la análoga disposición de las ramas.

Es suya la observación de que los círculos concéntricos que se ven cortando transversalmente una rama, indican el número de sus años. «Los círculos—dice—de las ramas de los árboles

aserrados muestran el número de sus años, y cuales fueron más húmedos y cuales más secos, según su mayor ó menor tamaño, y así muestran los aspectos del mundo hacia el que ellos estaban dirigidos, porque más gruesos son á septentrión que al mediodía, y así el centro del árbol por esta causa está más cerca de la corteza meridional que de su corteza septentrional». También esta observación de la excentricidad de la médula fué atribuída á otros, y más de dos siglos después la llevaba en Francia Montesquieu, diciendo haberla adquirido de un campesino romano.

Para pintar los desnudos estudió la disposición de los músculos que relévanse bajo la piel. Eran estudios comunes á todos los pintores; pero él observó que el movimiento nace de hinchar se los músculos, que acortándose tiran de las partes á que están unidos. Pensó entonces que representando esas hinchazones exactamente se podía hacer adivinar el movimiento en la pintura. En el Cenáculo, resumen de tales estudios, todas las figuras están en movimiento. Y buscó las proporciones de los miembros, y de las partes de cada miembro entre sí, y cuales musculos del rostro intervienen en la expresión de los varios afectos. Con el objeto de estudiar el rostro, lo dividió en muchos millares de partes.

Para modelar el caballo de la estatua ecuestre de Francisco Sforza estudió la anatomía de los caballos sobre los muchos ejemplares que á su disposición tenía en los establos ducales; luego pasó á la de las serpientes y así fué paulatinamente inaugurando la anatomía comparada de la que había de surgir la confirmación de la hipótesis de Darwin.

El conocimiento de la anatomía y de las leyes de los músculos permitíanle de combinarlos en extrañas formas de animales.

«Buscando—dice Vasari—la manera de substraer la pintura á la acción del tiempo, su cerebro siempre maquinaba para descubrir nuevos colores y nuevos medios de usarlos, analizando y alambicando hierbas y minerales». En esta dirección hizo no pocos descubrimientos químicos.

Nada le pasaba desapercibido. Notó que la pupila de quien pasa de las tinieblas á la luz es más dilatada, y adivinó la causa,

y descubrió que aun en las más espesas tinieblas siempre hay un poco de luz, y de aquí aquella que Vasari llama su manía de poner lo negro en lo negro haciendo profundo el cuadro, llenando el fondo de objetos que el observador debe descubrir poco a poco. Quiso también seccionar el ojo, encontró que las imágenes se invierten en la retina y queriendo imitar el ojo inventó la *cámara oscura.*

Y nada parecíale imposible. La pintura nos da el mundo cual se vé con un ojo solo, y por lo tanto sin la ilusión perfecta del relieve. Leonardo apercibióse de ello y púsose á buscar las leyes de la perspectiva binocular, de que se habla ahora. Suya es también la clasificación de los colores según el poder que tienen de acercar ó alejar los objetos.

Debajo de cada descubrimiento escribía el uso para el que podía servir.

Hizo estudios y compuso un tratado sobre el vuelo de las aves, ó mejor dicho, un tratado fué compuesto con observaciones y estudios hechos por él, porque para escribir un tratado en la forma requerida faltábanle los necesarios estudios literarios. «Dirán—escribe—que por no poseer yo las letras no podría decir bien lo que quiero tratar. Ahora bien éstos no saben que mis cosas son más para ser tratadas por la experiencia que por otra palabra, siendo la experiencia maestra de quien escribe bien de modo que por maestra en todos los casos la tomaré». El estudio del vuelo de los pájaros había de servirle para fabricar una máquina para volar.

Leonardo era el primero que entraba en el gran campo de la naturaleza, y casi cada observación que hacía era un descubrimiento. Todo entonces sonaba á nuevo, á impensado. Era amigo del gran matemático Pacioli que le hacía también de maestro; y de este modo se explica su gran valor en mecánica, que él llamaba el paraíso de las matemáticas, porque en ella, decía, se recoge el fruto de estas.

En la mecánica Leonardo reanuda el hilo interrumpido de la tradición de la escuela alejandrina, y no sólo se anticipa á Galileo, sino que en no pocos puntos le lleva la delantera, cosa que tiene en verdad algo de prodigioso, siendo necesario suponer que

muchas soluciones ya se conocían y enseñaban, no obstante falten las obras para poderlo demostrar. Siempre á él quédale exclusivamente el mérito de un gran número de soluciones que no me es posible ahora exponer en este breve ensayo. Son plenamente confirmadas por el estudio de los manuscritos las palabras de Vasari:

«Cada día hacía modelos y dibujos para poder descargar con facilidad montañas y perforarlas á fin de pasar de un plano á otro plano, y mediante palancas, taladros y tornillos mostraba poderse levantar y arrastrar grandes pesos, y encontraba modos de vaciar puertos, y bombas para desecar los pantanos, así que nunca ese cerebro dejaba de fantasticar».

Nótese en tanto esta palabra. En la célebre carta al duque de Milán se ofrece para hacer cosas que apenas parecen posibles. Aquí la enumeración nos llevaría á lo infinito.

Conoció la fuerza del vapor, y quería aplicarla á la artillería, y hasta ideó, dice Uzielli, un barco á vapor. Proporcionando entre sí en número y tamaño los dientes de ruedas que se engranan, enseñó la manera de multiplicar la velocidad. Imaginó combinaciones de ruedas y rondanas; pensó valerse del péndulo para medir el tiempo, y no pocos problemas mecánicos demostró más que con el razonamiento, experimentalmente.

La prueba del experimento nunca falta en él.

De la línea horizontal trazada desde la boca de quien niega, sacó el signo de la cantidad negativa en álgebra; y de la vertical trazada de la nariz de quien afirma, con dos puntitos á ambos lados, que luego se juntaron formando una cruz, el signo de la cantidad positiva.

Débese á él el torno que sirve para incidir los óvalos, invención que por su sencillez y utilidad llenó de maravilla á un sabio extranjero. Nadie conoció mejor el arte de fundir, y en la invención de los cañones rayados fué precursor de Cavalli.

Como ingeniero militar fué el primero y único en sus tiempos, y sabía así el modo de expugnar cualquier plaza como el de hacerla inexpugnable.

Encontró el modo de respirar manteniéndose bajo el agua, é imaginó un submarino.

Para el *Paraiso* de Bellincioni, que puede considerarse con el *Orfeo* de Poliziano el primer drama musical, no se sabe con certeza si él escribió la música, pero de él fué sin embargo un mecanismo mediante el cual se veían todos los planetas hacer sus revoluciones.

Dice el Anónimo: «Estudió con amor los simples y fué habilísimo en *tirari* (ó sea palancas y mecanismos para arrastrar), y en edificios de aguas y otros caprichos». Y Vasari: «y tantos fueron sus caprichos que filosofando sobre las cosas naturales comenzó á comprender las propiedades de las hierbas, observando continuamente el movimiento del cielo, el cuerpo de la luna y la marcha del sol». Estos sublimes caprichos despertaban en quien curiosidad, en quien sospechas, en todos opinión desfavorable. «Por lo que, sigue Vasari, formóse en el alma un concepto tan erético que no se acercaba á ninguna religión estimando en más ser filósofo que cristiano». Un siglo después lo habrían ciertamente condenado á la hoguera.

Los *simples* con los que, según el Anónimo, se deleitaba, eran los cuerpos simples ó Platónicos es decir los cinco sólidos cerrados por caras planas regulares: pirámide, octaedro, cubo, icosaedro y dodecaedro. Considerábanse estos cuerpos entonces con maravilla, y la parte de la geometría que los estudiaba llamábase *La divina proporción*. El cubo representaba la tierra, la pirámide el fuego, el octaedro el aire, el icosaedro el agua, el dodecaedro el cielo, y con este sentido pasaron como adornos en la arquitectura. Leonardo los dibujó para el tratado de Pacioli.

Ese sentimiento de estupor que despertaban era profético porque de ellos sacó Kepler sus famosas leyes. Imagíneselos, en efecto, el uno dentro del otro con un centro común y libres de girar sin tocarse, y las esferas que los encierren tendrán un radio más ó menos correspondiente á la distancia respectiva del sol de los cinco planetas mayores.

Leonardo es también uno de los padres de la hidráulica. Esta ciencia en sus condiciones actuales estudia el movimiento del agua suponiendo que corra según rectas paralelas; Leonardo demuestra que el movimiento es vortiginoso, y un sabio alemán dice

que la hidráulica debe ser vuelta á tomar desde principio, allí donde la ha dejado Leonardo.

En cuanto á la tierra, admitía la rotación diurna, opinión común á muchos en aquel tiempo, y buscó su explicación en la caída de un peso desde una torre, experimento que por distintas vías fué intentado después, pero siempre sin suceso. La rotación diurna es afirmada en muchos pasajes de sus escritos, siendo su sistema el que llaman *semicopernicano:* de la hipótesis de Copérnico quedó muy lejos. Sostuvo antes que nadie el cambio de sitio del centro de la tierra, y antes que nadie, por más que se diga, explicó cómo permanecen suspendidos los planetas, atribuyéndoles un centro de gravedad como el de la tierra y abandonándolos en el vacío, rehusándose él, de creer en la existencia de los cielos ó esferas concéntricas trasparentes que llenaran el vacío y en los que estuvieran engarzados los planetas, opinión común en sus tiempos. Si no fué un precursor de Copérnico por lo menos le barrió y vació el cielo.

El decía que la luna es de la misma substancia de la tierra, y que ésta veríase desde aquella como una gran luna. Opiniones actualmente comunes, pero que maravillaban sobremanera en aquellos tiempos, no fáltando quienes levantábanse á contradecirle, mas él contestaba: «Muchos me censuran alegando que mis pruebas están en contra de la autoridad de algunos hombres muy reverenciados por sus inexpertos juicios, no considerando que han nacido mis cosas de la simple experiencia, que es la verdadera maestra». Y en otro lugar: «La experiencia nunca yerra, pero sólo yerran, oh filósofos, vuestros juicios».

El desprecio que afectan hoy día muchos por la metafísica él lo tenía por los filósofos «hinchados, afirma, de lo que dicen los demás; histriones y trompeteros». Por lo tanto tampoco fáltale á nuestro héroe esta nota moderna.

Dejó observaciones sobre la fuerza molecular, sobre el centro de gravedad, sobre el nivel de las aguas de los mares, y mil otras.

Nosotros levantamos como gloria de nuestra edad la ciencia geológica; pero, dice Hallam llena de veras el alma de estupor el ver como en pocas páginas Leonardo de Vinci anticipara to-

dos los modernos descubrimientos geológicos, no refiriéndose á ellos lejanamente, sinó describiéndolos con palabras apropiadas y clarísimas y que no dejan duda alguna.

El abate Zanella no sospechaba ciertamente que también el concepto de su *concha fósil* debiera encontrarse en Leonardo. «¡Oh tiempo—dice—veloz robador de las creadas cosas, cuántos reyes, cuántos pueblos tú has deshecho, y cuántas mudanzas de estados y de cosas han acaecido después que la maravillosa forma de este pescado, murió en las cavernosas y retorcidas entrañas del monte!»

A descubrir la geología lo condujeron algunos peces y conchas petrificados encontrados sobre montañas alejadas del mar. La tierra, según Leonardo, poco á poco tomará la forma de una esfera perfecta, desapareciendo los montes, roídos por la acción de las aguas, que cubrirán entonces toda su superficie.

A propósito del centro de la tierra que cambia de posición, es digno de notarse cómo por el primero Leonardo ha comprendido la acción de las mareas, el retardo producido por las cuales en el movimiento rotatorio de la tierra fué calculado por el hijo de Darwin.

No se sabe con precisión qué instrumentos musicales inventara. La música lo llevó á estudiar la naturaleza del sonido y á descubrirla. «Así como la piedra arrojada en el agua hácese centro de varios círculos, el sonido producido en el aire circularmente se derrama».

Midió la velocidad del sonido calculando las diversas distancias á que se produce el eco, viendo como la luz y el sonido disminuyen casi en la misma razón á distancia (1) arguyó su analogía, y que fuera la luz algo como un movimiento vibratorio. Formuló la ley de la *reflexión* del sonido, y por ciertos dibujos que se ven en sus obras parece que intentara también contar sus vibraciones.

El sonido condújole á la intuición de la ley de la conservación de la energía.

---

(1) Disminuyen en la misma proporción, pero á Leonardo parecíale más rápida la disminución del sonido.

Se ha notado que debía tener una exquisitez de sentidos maravillosa, no igualada sino por la paciencia en experimentar, de lo que quedan como prueba los mil modos con que haciendo caer los cuerpos de siempre diversa forma de distintas alturas, refutó la opinión de Aristóteles, demostrando que todos los cuerpos sin obstáculos de por medio, caerían con igual velocidad. E igualmente suya es la ley que un cuerpo desde idéntica altura cae siempre en el mismo tiempo, (el se servía para medir el tiempo de la batuta musical) sea cualquiera la línea que recorra en el aire.

Agregaré que seguía con interés todos los descubrimientos geográficos, de modo que formóse un concepto bastante aproximado al verdadero de la forma de la tierra, de la distribución de las aguas y de los mares, y dibujó el primer mapa de América, que se encuentra ahora en el museo de Londres, con el estrecho de Magallanes, aun no descubierto en aquel entonces.

En tiempos de Leonardo he aquí como se clasificaban las ciencias:

«Dicen es mecánico aquel conocimiento más bien engendrado por la experiencia, científico el que nace y acaba en la mente y semimecánico el que nace de la ciencia y termina en la operación manual».

En alto las ciencias así dichas: teología, metafísica, etc., cuyos objetos no caen bajo los sentidos ni bajo la experiencia: en bajo los conocimientos cuyo objeto es sensible, dichos mecánicos casi por desprecio: en el medio las matemáticas que se desarrollan en el puro discurso mental, pero que encuentran luego su confirmación en la práctica. Esta valuación conservóse en Alemania hasta mitades del siglo XIX y aun no se halla abolida.

Leonardo invirtió las cosas. «Me parece—dice—que son vanas y llenas de errores aquellas ciencias no nacidas de la experiencia, madre de toda certidumbre, y que no terminan en un conocido experimento. Y si nosotros dudamos de la certidumbre de cada cosa que pasa por los sentidos, ¿cuán mayormente no debemos dudar de las cosas rebeldes á esos sentidos, como de la existencia de Dios y del alma y de cosas semejantes, por las cuales siempre dispútase y discútese?» En suma, las matemáticas

y las disciplinas que tienen un objeto sensible sobre el que pueda experimentarse son ciencias y las otras no. Y así es sin duda. Para distinguir la ciencia de lo que no lo es, indica este principio: «La Verdad tiene un término solo, publicado el cual cesa toda discusión». Luego, hasta que hay disputa no hay ciencia.

«Son ciencias que alimentan la mente de confusión que nunca cesa, de sofísticas contradicciones, y de las que sólo se aprende á gritar eternamente».

El hombre en el análisis se pierde sin la síntesis; en el análisis extiende las raíces en busca de jugos, en la síntesis los organiza. Pero si la filosofía no quiere ser una pesada tontería ha de fundarse sobre el saber y no sobre quimeras.

El saber lo produce la experiencia que verifica el fenómeno y sustituye el conocimiento irreflexivo por el verdadero.

Las ciencias, estas nuevas musas, que no el Olimpo ni la Tracia sino la Toscana ha dado al mundo, son pues obreras que trabajan por la filosofía: esta sin embargo si no quiere ser vana, debe fundarse únicamente sobre los datos así ofrecidos por las ciencias. La verdadera filosofía no tendrá necesidad por otra parte de un medium que la evoque: mostraráse de por sí cuando el trabajo científico haya llegado á una suficiente madurez. Y sólo será verdadera filosofía aquella que nazca del conjunto de todas las ciencias.

He aquí porqué en Italia, afortunadamente, después de la aparición de Leonardo y Galileo no se pensó más en sistemas.

¿No se vé el hábito filosófico en Leonardo? Apenas ha averiguado el fenómeno ¿no busca las intenciones en la naturaleza? Y el ojo del gran Galileo, que parece todo ocupado en los detalles que examina, ¿no está siempre en vez dirigido á algún problema de orden general, para ver si del nuevo hecho, de la nueva ley, recibe luz? ¿Pero á qué resultado puede llegarse si se parte de datos falsos ó no controlados?

El sistema verdadero vendrá solo poco á poco: estos filósofos posteriores á Galileo llenos de desprecio por la experiencia no son sino globos hinchados. ¡Qué ridiculez en efecto, queriendo comprender el mundo, de jugar á adivinarlo en vez de estudiarlo con paciencia! Son regresiones perjudiciales por los retardos

que crean á la ciencia, turbando sus serenos horizontes con emanaciones de humeantes principios. Véase cuanto ha obstaculizado los progresos de la óptica la idea del divino Platón que la luz sale de los ojos y va al sol! El mismo Galileo que por antipatía contra Aristóteles inclinábase hacia Platón, aceptando sin sospecha aquella extravagancia, no ha logrado nunca explicar el telescopio que había encontrado, así como Colón infatuado con Marco Polo y las fantásticas teorías de Aristóteles, murió sin comprender la importancia de su descubrimiento.

Spencer tiene el gran mérito de haber proclamado este principio, que la filosofía debe resultar del conjunto de todos los conocimientos adquiridos por las varias ciencias; y tiene la gran desventaja de haber luego tomado como ciencia las extravagancias de Laplace y de Kant sobre la nebulosa y de no haber sabido emanciparse de ciertos sistemas. En fin, el objeto de la filosofía debe ser no el de crear el mundo, que ya está hecho, sino el de comprenderlo. Esta es la opinión actualmente general, y también la conciencia moderna sobre este punto deriva del gran Leonardo, el primero y gran sabio moderno.

FRANCISCO CAPELLO.

EL VIEJO TUCUMÁN

(FRAGMENTOS)

.....

Allá están, en tus cerros orgullosos
Que escalan de las nubes pasageras
El negro seno donde duerme el rayo,
Los perdidos sepulcros cuyas piedras
Encierran mil historias, mil ternuras
De aquella raza que pobló la tierra
En tiempos que se pierden con lo eterno.
Allá, en la dulce y plácida ribera
Del turbio río que hacia el mar va huyendo
Arrastrando de sauces hojas muertas
Que unas trás otras derribó el Otoño,
Se alza el frío *menhir* cual centinela
Que vela el sueño del tranquilo valle;
Sobre él la mano del *tafí* bien diestra
Trazó los caracteres de algún dogma
Que en vano, en vano, enseñará la ciencia.
Son símbolos de viejas religiones
Y son la sangre de perdidas creencias
Bebidas por la sed de lentos siglos.
Más allá, sobre ríspidas laderas
De colinas que dieron algún día
Pasto al *huanaco* de veloz carrera
Y sosiego á las *llamas* incansables,

Flota aún por los aires, de la *quena*
El lúgubre gemido que al viajero
De herirle el frágil corazón no cesa;
Vuelan sus notas sin jamás perderse
Como el susurro en la feliz floresta,
Como el rumor en la cascada oculta.
Su voz es la elegía siempre fresca
Que lleva una caricia misteriosa
Al lecho helado de la india tierna,
Luchadora con fe, junto al amante
Caído en el fragor de la pelea.
¡Mujer indígena, mujer salvaje,
Tan fuerte como el hombre de esta tierra,
Guardan tu nombre estas montañas cándidas
Y en apartada y solitaria huesa
Se eternizan los besos de tu vida!
Más allá, sobre rocas entreabiertas,
Por soles estivales calcinadas
Y azotadas por ráfagas ligeras,
Alza el *cardón* sus espinosos brazos
Delatando un tesoro dónde aferra
Su torcida raiz. Allí las auras
Prolongan sus silbidos de tristezas,
Sus silbidos de víboras sagradas,
No ya para engañar al *lule* alerta
O al feroz *acalián* de los presidios
O al *amaicha* celoso de las selvas
O al desgraciado y valeroso *quilme;*
Su voz es el acento de protesta
Que lanzó el pecho al sublevarse un día
Cuando la espada de Castilla, fiera,
Sangró su espalda y mostró el camino
Del cautiverio, en ignoradas tierras.
La nostalgia profunda, el clima ingrato,
El rumor de las ondas, la ribera
Dilatada de ríos nunca vistos,
De altivas tribus la feroz presencia

Concluyeron con ellos; desde entonces
Allá el Plata tranquilo se lamenta
Y aquí fúnebres *cardones* lloran.
Ellos saben las fábulas secretas
De horrendas luchas que sembraron muerte,
Y ellos saben el número de flechas
Que el indio preparó con sus espinas.
Testigos son de bárbaras, sangrientas,
Interminables y salvajes luchas
Como el dulce Rimac, en la leyenda,
Testigo fuera del furor de Huascar,
O de los Chacos la palmera esbelta
Testigo fuera de la errante vida.
¡Sabeis *cardones*, rudos centinelas,
Que en los dominios del *cacique* Tucma
Nunca embajadas ni arriesgada empresa
Llevaron Yupanquí ó Huiracocha,
Héroes temibles de la estirpe *quechua*,
Que nunca el estandarte de los *incas*
Flameó en las *pircas* de redondas piedras,
Que nunca, nunca, el *pucará* sagrado
Destruido fué por la peruana fuerza
Y jamás adorose al sol *incásico*
Del viejo tucumano en la vivienda!
Más allá seculares *algarrobos*
Con *churquis* y *chañares*, que entremezclan
Sus agrietadas ramas y sus frutos,
Recuerdos traen de pasadas épocas,
Cuando el indio sus flechas aguzaba
Con besos de su amante compañera,
O el encuentro á la luz de los crespúsculos,
O los trabajos de la alegre fiesta
Entre risas y gritos de alegría
Después de larga y ventajosa guerra.
Bajo su sombra las deformes rocas
De *conanas* tuvieron formas bellas;
Allí se extrajo el néctar codiciado,

Con grande esfuerzo y sin igual paciencia,
De rubia *chicha* y de sabrosa *aloja;*
Allí la danza y la canción frenética
En salvaje consorcio dominaron
Y allí mil veces la brutal ofensa,
No sofocada en el ardiente pecho,
Halló su paga en la venganza horrenda,
Y de sangre manchose el viejo tronco
Del sagrado algarrobo de esta tierra.

SALVADOR DEBENEDETTI.

RECUERDOS DEL PIO LATINO (*)

Como lo he dicho repetidas veces en mis memorias de la fundación del Colegio Nacional, fuera de las explosiones ligeras de la fibra juvenil contenida, el orden era admirable y sólo podrá encontrarse algo parecido en los Colegios de los Jesuitas. Y digo algo parecido, porque en los colegios de los padres de la Compañía, la fuente del orden tiene otro origen, muy diverso. Allí es el resultado de la obediencia ciega, imperiosa, despótica; es el fruto de la destrucción de la voluntad, del propio albedrío, quebrado por la dura consigna: *tamquam cadaver.* La severidad militar todo lo reglamenta hasta en sus menores detalles, pero algo más fuerte que la ordenanza militar encadena y encauza el pensamiento en un círculo infranqueable. Este algo es el falseamiento del espíritu religioso, convertido en temor dantesco y llevado hasta el horror por el socavamiento subterráneo de la confesión. Esta magia, esta táctica, esta estrategia de los jesuitas, tendiente á dominar el alma, para lanzarla como un agente pasivo, en las llamas de la lucha y del martirio, la he palpado en el colegio *Pio Latino Americano*, fundado en Roma por el noble sacerdote chileno doctor Eizaguirre, bajo el pontificado de Pio IX. Allí fuimos como desprendidos del colegio del doctor Agüero, el que estos recuerdos evoca, el hoy doctor y ex ministro Juan José Romero, el hoy vicario castrense monseñor Milciades Echagüe, Pedro Machado, Miguel Migoya, Torcuato Gonzalez y el hoy

(*) Esta página que publicamos del Dr. Federico Tobal sobre el colegio Pío Latino de Roma, constituye un epílogo á los «Recuerdos del Colegio Nacional», que con motivo del 8.º aniversario de su fallecimiento, comenzó á publicar en Diciembre del año pasado el «Diario».—*N. de la D.*

monseñor Boneo, agregados de afuera estos tres últimos. A los pocos días de llegar, se nos preparó, como desinfectante y estimulante moral, una plática *ad hoc* pronunciada en la Capilla del Colegio, pronunciada por un jesuita español, es decir la quinta esencia del jesuitismo, porque el jesuita para que sea legítimo debe ser de España, como el habano de la Habana. Este jesuita, provincial de España, era hombre que debería tener cincuenta y cinco años, aunque aparentaba tener setenta, tales eran los estragos que habían labrado en su rostro los volcanes de su alma, es decir no las maceraciones, no las penitencias, hijas de un misticismo arrebatado, sino la lucha ardiente de bravas pasiones, dominadas con heróico denuedo.

Reunidos todos en la Capilla, empezó su prédica con acento airado, llamándonos desde luego la atención su fisonomía grotesca y antipática, que la palabra transfiguraba no para embellecerla, como acontecía á Mirabeau, sino para tornarla diabólica. Sus cejas pobladísimas se endurecían como puntas; sus ojos hundidos brillaban con fuego siniestro, como los ojos del buho; su boca caída y colgante de unas mandíbulas asnales, se abría como caverna en cuyo fondo aparecían, á guisa de ruinas, pedazos de dientes negros, y sus manos descarnadas y secas se crispaban como garfios, cual si quisieran agarrar y triturar algo entre ellas. Estas contorsiones eran hijas de la inspiración que espoleaba á la sibila sobre el trípode. Pero la fuente de esta inspiración era el Averno, de donde corría una elocuencia sombría, en cuadros miltonianos y dantescos, como las alas de Cetún hiriente sobre los lomos de Satán. El jesuita se detenía en su jadeante carrera para contemplar los efectos de su plática pirotécnica sobre la fisonomía de los recién venidos. Pero su sorpresa tornábase extrema al contemplar la completa placidez de todas las caras, pues hasta el dulce Migoya, cuya alma angélica parecía amasada en los principios del Kempis, dejaba asomar tímidamente en los pliegues de su boca cierta sonrisa de bondad. El orador sorprendido pero no desanimado ni vencido, reanudó con brío su afanosa tarea, redoblando la expresión de su palabra y de su mímica. Aquello era un torrente que resonaba con el estruendo de la catarata del Niágara ó del salto de la Guaira. Pa-

recía que el ambiente chisporroteaba y el orador, como el Arcangel, blandía con furor la lanza de su oratoria, llegando al paroxismo de la exaltación en las alas de fuego de su imaginación fosforecente. En esta cúspide del más alto realismo, que envidiaría el mismo Zola, mis compañeros habían quedado estupefactos, considerando tal vez como alienado al orador, pero yo y el travieso Milciades Echagüe, no pudimos contener el acceso de risa que nos acometió y salimos precipitadamente afuera, para descargar la catarata de carcajada que nos abrumaba. Este incidente apercibido por los superiores, tuvo en mí sus consecuencias transcendentales; pues con él concurrían otros hechos que hicieron estallar la tormenta ya bastante cargada de electricidad.

Yo les decía á mis compañeros, todos fumadores menos Juan José Romero, que por eso al ser ministro de hacienda ha lejislado un impuesto al tabaco: «Miren muchachos, si nosotros no damos el tirón, estos jesuitas no nos van á dejar fumar, así que yo después de la comida, cuando nos reunamos como de costumbre, sacaré muy suelto de cuerpo un cigarro, lo prenderé y lo convidaré con otro al Rector y todos ustedes hacen lo mismo estableciendo en consecuencia la costumbre por derecho de conquista». Lo dicho así fué hecho y el Rector, jesuita español, con formas de mujer embarazada, se limitó á decirme con especial dulzura:—Yo no fumo.—Desde entonces todos fumábamos en las horas de recreo y yo hasta en la noche, cuando me acostaba, lo que daba márgen á que el jesuita celador viniese á cada rato á decirme: «Apague la luz», aun cuando la luz no estaba encendida Nosotros estábamos habituados á fumar cigarrillos de tabaco negro, pero allí en Roma no los había. Así es que fumábamos cigarrillos de hoja, los que se vendían á un bayoco cada uno, los que comprábamos por paquetes que tenían las armas del Papa, en señal de monopolio.

Estos y otros hechos concurrentes que callo, dieron por resultado el que los jesuitas se pusieran en campaña para catequizarme y enregimentarme. El intermediario de que se valieron era el doctor Eizaguirre, quien todos los días me hacía llamar á su departamento para que lo acompañase á tomar el café.

Primero empezó á hablarme de materias generales, después

descendió á la literatura, á la América y á la Política, haciendo gratos recuerdos del entonces coronel Mitre y otras figuras espectables de nuestro país. Luego continuó hablándome de las esperanzas que la América cifraba en sus educandos de Roma y en el precioso contingente que llevaríamos á su clero, así como también me habló de que él había resuelto dar á los jóvenes que se distinguiesen los medios suficientes para que viajasen por toda la Europa, así que terminasen sus estudios de clérigos. A esta última parte que comprendí que iba á fondo, le contesté diciendo: que mi anhelo era viajar y que desde luego procuraría hacerme merecedor del premio. «En su mano está, me dijo, estudiando y sobre todo distinguiéndose en la educación del sacerdocio, porque entiendo, añadió, que usted tiene bastante vocación». Conocí que la estocada era á fondo y que habíamos llegado al quid. Así que le respondí con intención: «No se si tendré vocación». Cómo, me interrogó ¿que usted no piensa ser clérigo? Señor, le contesté con sorna—yo no puedo adivinar el porvenir.—Pero es que los que estudian en este colegio deben estar resueltos á ser clérigos. —Sí señor, pero con sujeción al texto *multi sunt vocati; pauci vero electi*, y yo no sé si al fin contaré con las fuerzas gigantes necesarias para el divino ministerio.— ¡Ah, me dijo el doctor Eizaguirre, con una dulce sonrisa y golpeándome suavemente el carrillo con la palma de la mano: *Eres muy vivo*. La batalla estaba dada y perdida, la había perdido porque debía perderla, pero me cabía el honor de la retirada de Jenofonte. Desde entonces mi portante quedó solo aplazado, porque solo era cuestión de tiempo. Los jesuitas me rodeaban, me vigilaban y me cuestionaban, porque no querían dejar la presa, que les parecía sabrosa.

Yo cuerpeaba como podía, pero al fin vino á estallar la crisis en mi contra, precisamente por obra y hecho del que me protegía, me amparaba y me amaba.

Un sacerdote, del que yo no puedo prescindir en este relato y cuyo recuerdo debo evocar con respeto y amor, fué el que decidió el que yo no fuera clérigo, ni papa, como yo le decía que quería ser. Se trataba de nuestra confesión, y él me dijo: «no te confieses con un jesuita, confiésate con un franciscano». En conse-

cuencia pedí que se hiciera venir á un franciscano de Aracaeli, alegando que era nuestra costumbre de América. Aquí fué Troya, pues ya la medida estaba colmada á mi respecto. En mi afán ingénuo de conversar y de sacar á relucir mis lecturas, yo le había dicho al Padre Rector que había leído la historia de los jesuitas escrita por Cretinau-Poly. Esta aserción lo sorprendió diciendo: «eso no vale nada, tenemos otros historiadores superiores», y pensando para sus adentros—este jovencito sabe mucho de nosotros. Así que esta intromisión en sus cosas y el no querer confesarme con ellos, fué el remate, en cuya virtud me notificaron que yo no podía continuar en el colegio. ¿Que hubieran pensando si yo les hubiera dicho: *Jesuita nolite rapere Jesum—Si cum Jesuitis, nolite fieri sicut Jesuita* y otras lindezas que yo había aprendido de los Franciscanos y Domínicos?

En consecuencia yo tuve que volverme á mis lares patrios, siempre bien amados, sin haber podido saber hasta la fecha, porqué raro equilibrio, algunos que estaban en mis condiciones se conservaron cierto tiempo aunque á la postre tuvieron también que saltar.

Fray Pedro Durand, me animó diciéndome: «No te importe; en Buenos Aires hay también Universidad, donde podrás continuar tus estudios y lo que es visitar la Europa y algo más también lo tendrás porque yo he sido nombrado Comisario General de Tierra Santa en la República, donde estableceré tantos subcomisariatos como provincias y te nombraré á tí Secretario General. De este modo irás á Jerusalem en delegación cada dos años y así podrás visitar la Europa y parte del Oriente».

Debo declarar en honor á la verdad y para que no se crea lo contrario, que Fray Pedro no era enemigo de los Jesuitas, cuyo mérito reconocía en alto grado, y de los que no podía ser enemigo en manera alguna, pues pertenecían á una orden copartícipe de las otras en la noble y heróica propaganda del evangelio Su oposición provenía de celo, de emulación, de aquellas elevadas rivalidades que agigantan á los atletas en las campañas generosas y humanitarias. El era franciscano y trabajaba desde luego para su convento. Por otra parte la orden Seráfica, con el P. Fray Juan Pérez de Marchena, adquirió un derecho legítimo é incon-

trastable en América de primogenitura, derecho que ejercieron los franciscanos, sellándolo con su martirio y con su sangre. Ellos fueron los primeros que atravesaron el *mare tenebrum*, los primeros que bendijeron la América, los primeros que se internaron en sus bosques y en sus pampas, acompañando á Cortés, á Pizarro y á cien otros ilustres conquistadores. Tenían fundamento, pues, para mirar á la América, como á su viña propia y á considerar preferente su derecho á segar las mieses que ellos habían sembrado los primeros.

De aquí arranca el celo del fraile que en su humildad no quería ser guardian en Buenos Aires del Convento de San Francisco, pero que por amor á su orden y en homenaje á sus derechos tenía la audacia en Roma, de poner piedras á los poderosos jesuitas, piedras que se hubieran convertido en muro, si más hubiera vivido pues no estaba solo, por cuanto con su talento se había conquistado al doctor Eizaguirre, á Pio IX y al General de la orden, siendo muy querido y apreciado por estos.

Tuve pues que resignarme, y atravesar nuevamente el océano, para venir á continuar y concluir mis estudios en la Universidad de mi país, convencido de que no hay calor superior al de su propia madre.

Perdí dos años en mi carrera, pero gané en saber y en experiencia, lo que no me habían dado los anteriores años de estudios. Acompañé en mi retorno á Paris, Burdeos, Havre y Southampton á mi buen amigo el nobilísimo Fray Pedro Durand. En esta última ciudad que hospedaba en sus cercanías al tirano Rosas, nos embarcamos para Rio Janeiro en un paquete que por su gran calado no iba al Rio de la Plata.

Allí recorrimos la ciudad, que bastante me desencantó y visitamos algunos conventos, partiendo después en un vapor inglés para Buenos Aires. Así que estuvimos á bordo Fray Pedro se sintió enfermo.

Había sido herido de fiebre amarilla, sin que yo lo supiese ni lo llegase á conocer el médico de á bordo. Como se encontraba mal lo hice meter en cama y llamé al médico diciéndole: «Asista usted con esmero á este señor, que será usted recompensado». Como la enfermedad arreciaba, yo me lo pasé en la salita contigua,

velándolo las cinco ó seis noches del viaje. Llegados á balizas exteriores y fondeados allí, á causa de haber izado bandera negra subí al enfermo sobre cubierta, ayudado de un criado, lo senté en una silla de brazos que había comprado para él en Rio, lo arropé y bajé al comedor, volviendo con una copa de vino y una presa de gallina que casi no probó. Como las brisas marinas soplaban frescas, lo bajé á su camarote y lo acosté quedándome a la espectativa.

Al poco rato me llamó y con voz desfalleciente me dijo: «cuando veas que me voy á morir, me das mi crucifijo». Yo que no pensaba tal desenlace, traté de animarlo; pero él nada me contestó, sumergido en interiores soliloquios. Quedéme pensativo en mi silla, pero sacóme de mi abstracción el eco de un suave murmullo. Me incorporé, fuí á su lecho, y lo ví con sus manos plegadas rezando con una expresión mortal de despedida. Instintivamente puse en sus manos el crucifijo, lo tomó, lo besó y se estiró en la última agonía. Quedeme emocionado y después de un breve rato, tomé un cigarro y me fuí á cubierta á llorar como un niño. Agotadas mis lágrimas y retemplado por la experiencia que tempranamente tenía del dolor, bajé para vestirlo y disponer lo que debiera hacerse. Pero no lo encontré en su lecho, y, apercibiéndolo en la cámara, entre unos marineros protestantes, que trataban de envolverlo en una vela, salté de un brinco y me precipité, tomándolo á uno de esos ingleses por el cuello, y apostrofándolos duramente. El capitán se interpuso y cortesmente me hizo ver que la medida era necesaria, que era la ordenanza izar el cadáver en un bote, para evitar el contagio. Con esta explicación me conformé y me apacigüé, escribiendo en el acto á los señores Llavallol, para que me remitieran un buen cajón fúnebre. Recibido éste conduje el cadáver en una lancha, adornada con banderas argentinas, para sepultarlo en la ensenada de Barragán. Después de practicada la autopsia por el doctor Biedma, hice cavar en la costa por unos gauchos una fosa, y allí lo enterré dejando algunas señales en la tumba para poder practicar la inhumación. Levantada la cuarentena, me trasladé á Buenos Aires, y entregué todos los baules de Fray Pedro, al entonces guardian

de San Francisco Fray Aldazor al que saludé primero, como obispo de San Juan, porque le traía la bula de su nombramiento.

Pasado un año fuí á traer al fraile amado y respetado, en un pailebot, por comisión de sus discípulos. Tuve una peligrosa travesía, porque era Santa Rosa (Agosto de 1860) y hube de necesitar nuevamente de mi energía, porque los marineros querían echar el fraile al agua por considerarlo causa de la tormenta.

Llegados los restos al puerto, los desembarcamos con toda pompa y los acompañamos hasta San Francisco, en dos columnas de amigos y de discípulos, previa la oración fúnebre que yo pronuncié, en la punta del antiguo muelle, siendo este mi primer discuso fúnebre, que fué publicado en la «Reforma» de aquella época.

FEDERICO TOBAL.

TARDE

«Julio 4. En respuesta á mi silencio, recibo una esquela con tu pregunta: «¿Es temor ó es olvido?» En verdad, huirte, huirte!

¿Temor? quizás, por tí; no cándido, sino de ser desleal. ¿Recuerdas cuando te escribía: «más engañan los amantes que los amigos?...» Y bien, me ha obligado á pensar en mis inconstancias tu penúltima en su precavido reproche: «no herirás, no lastimarás mi alma...» Te equivocas. Si nos hubiéramos conocido en mi inocencia, el amor, al unirnos, habríame encarrilado en un normal; pero ahora, estoy envilecido....

Irma, un varón solo teme ir hacia el lecho de sus hermanas.

Nos hemos desencontrado muchísimas lunas, y hoy ya no sé amar... te sacrificaría. No busques un supuesto exquisito: anhela un buen impulsivo, devoto en su pasión. Nuestro idilio cerebral es perturbador; se opone á la llana finalidad del sexto sentido y este se vengaría, haciendo del afecto de la alcoba una mixtura de contemplacionismos de claustro y fobías de manicomio.

He sufrido el amor y no quiero reincidir; experimento cansancio. Tus glorias no debe gustarlas mi desafinado cuerpo de joven viejo. ¿Acaso me notas otro desde nuestra conversación? estoy en la misma hora, aciaga, á prolongarse hasta mi día..... ¿ves? tengo tonteras fúnebres.

Déjame, secreta y dulce rara, y atrae al viril con brios para refugiarse en tu hechizo: repudio el eterno goce, las femeninas beodeces y no me place abrir mi diccionario cariñoso. Deseo envenenarme con mi amargura, como un suicida prefiriendo al placer excitante de la luz la gravedad de la sombra.

Tu hallarás séquito de tu alma sedienta y de tus tentaciones de fruta en sazón. Mi recuerdo te será el de algún loco entrevisto y casi oído. En cambio, jamás mejor amada: has hecho desfilar teas en procesión ante mi escepticismo, en procesión de chispas frente á mis ojos ¡lástima de mis ojos cegados!

Y cuando caiga, vuelca flores en la lápida de tu humano hermano, y si enloquezco antes, vé con tus gracias á mi reja de enchalecado, y, mejoraré, hasta cuando de nuevo, ruede.

Perdóname, novia mía....»

* * *

El pobre borracho silenció. Los cristales del desierto bar aún creían estar en los puntos suspensivos de la imaginativa carta y, en los estantes, los vasos tintinearon un concierto de caireles alegres. El borracho urgueteó con afán en sus bolsillos el precio de otra poción de alcohol y hallólos vacíos... Sentía un grande deseo de continuar la carta.... Los mozos desmodorráronse y, como aclaraba, fueron empujando al cliente por la espalda, hasta darlo en la calle.

MARCELO DEL MAZO.

LIRIOS

Para las rubias cabezas;
para las boquitas rojas
que son como rojas fresas
entre las guedejas blondas;

para los ángeles buenos,
los de las áureas melenas,
los de los níveos ensueños
como blancor de azucenas;

para los albos capullos
cuasi entreabiertos al alba,
entre los vagos murmullos
de las despertadas alas;

para los tiernos pichones
que se embriagan de aromas,
entre los arrullos tristes
de las maternas palomas;

para las alitas blancas
las de los vuelos rosados,
en las selvas perfumadas
y en los floridos collados;

para las albas libélulas
que tiemblan en los azahares,
con las níveas alas trémulas
bajo los rayos solares;

para las aves que sueñan
con el candor de otras flores,
en las armoniosas selvas
de los primeros amores;

para las rubias cabezas,
para las boquitas rojas....
los lirios de mis tristezas
florezcan en mis auroras,

con la fragancia suave,
con el encanto perdido
de una flor muerta en la tarde,
de un zorzal muerto en el nido.

Caigan lirios...! Y que sea,
ave y flor al par mi Musa,
que olvida su Primavera
y el blanco Idilio rehusa,

por ser águila que el ala
allá, en los torrentes moja;
--por ser la loca que pasa
con su banderola roja...!

JUAN JULIAN LASTRA.

MENUDENCIAS FILOLÓGICAS

Mi artículo sobre la enseñanza del latín, publicado el 15 de Julio próximo pasado en «La Nación», tuvo la virtud de llamar la atención de Miguel de Unamuno, quien escribió otro artículo sobre el mismo sujeto y en el mismo diario.

En lo esencial estamos de acuerdo, lo que, francamente, me halaga mucho, pues Unamuno es para mí una de las figuras más simpáticas y que mayormente aprecio entre cuantas descuellan entre la intelectualidad de nuestra época. Y, se lo digo escudado bajo mi pseudónimo y sin ni siquiera pedirle una tarjeta postal con su verdaderamente ilustre firma.

No por esto acepto incondicionalmente todas sus afirmaciones. Encuentro que tiene perfecta razón cuando juzga á los japoneses sin los exagerados entusiasmos del snobismo moderno, como cuando fustiga sin piedad las pedanterías de la Academia. Y á este respecto que se me permita una reminiscencia personal. Hace varios años yo había escrito algo que ponía en tela de juicio, en un cierto punto, la autoridad de la Academia, y lo había ofrecido á un gran diario; pero éste no lo publicó pues yo no había tratado con el respeto debido á la docta corporación. Después de bastante tiempo apareció en el mismo diario un artículo de Unamuno, infinitamente menos respetuoso, por no decir otra cosa, para la Academia. Conservo todavía mi manuscrito, en el que hay ideas y hasta expresiones iguales á las de Unamuno; pero el gran diario no se atrevió á rechazar un escrito que llevaba la firma de tanta autoridad. Unamuno me había vengado.

Pero donde disiento radicalmente de las ideas de Unamuno, es en la importancia que él da á los problemas trascendentales, los que me permito llamar ficticios. A mi modo de ver, tales problemas no existen, y la física ya ha dado buena muerte y mejor sepultura á la metafísica. Quizás habría sido mejor para la humanidad que nunca la hubieran preocupado tales problemas, que no hicieron más que extraviar las mentes más vigorosas y mejor constituídas. Brillante ejemplo de esto nos lo ofrece Platón. En su *Timeo* hay un paso que contiene, en germen, toda la teoría de los logaritmos. Pero en vez de sacar las consecuencias lógicas de las dos progresiones concomitantes, una aritmética y otra geométrica, que habían herido como un rayo de luz su preclara inteligencia, Platón creyó ver en ellas el *problema aritmético del alma*, y los logaritmos tuvieron que esperar veinte siglos la aparición de su descubridor. Yo concibo perfectamente la civilización moderna sin la especulación filosófica de Descartes, pero de ningún modo sin la geometría cartesiana.

Si no fuera mucho atrevimiento de mi parte, casi casi diría que los problemas trascendentales son una especie de coquetería de Unamuno, como se dijo de Campoamor,—con quien le encuentro cierto parentesco espiritual—que la más humorística de sus humoradas había sido declararse conservador. Si lo juzgo injustamente, Unamuno sabrá perdonarme, él que está acostumbrado á oír y leer respecto de su personalidad intelectual los juicios más disparatados.

* * *

Mas veo que me voy alejando del argumento principal de mi artículo. Yo había dicho que no podemos pretender que nuestros discípulos lleguen á leer cómodamente á Cicerón, pues también les enseñamos el francés y el inglés y no les exigimos lo mismo con Shakespeare ó Racine. Unamuno objeta que el inglés puede servir de mucho á uno aunque no sea capáz de entender á Shakespeare. Muy bien sé que en los colegios navales ó escuelas mecánicas no podremos exigir que los alumnos entiendan á Shakespeare, aunque lleguen á conocer el inglés necesario para ellos á perfección, pero ésto será porque tales alumnos no podrán ad-

quirir el caudal de conocimientos históricos, literarios y filológicos en general que se precisa para penetrar hasta los autores clásicos. Al contrario, todo mi artículo se refería á los colegios de segunda enseñanza, los que deben ó deberían ser á base literaria, y si en ellos se enseña el latín y el inglés, de igual modo se debe exigir que se comprenda á Shakespeare tanto como á Cicerón. Los que sepan el inglés y el francés y no entiendan á Shakespeare ó Racine, no dejarán de tener sus autores clásicos: Carlota de Braemé, Paul de Kock, Xavier de Montepín y otros. Pero yo no había hablado de ellos. *De minimis non curat prætor.*

* * *

«Tampoco se debe exagerar la infidelidad de las traducciones. Las hay muy buenas»—dice Unamuno. Yo conozco la mayor parte de las obras clásicas de todas las literaturas principales en el original y también he repasado muchas de sus traducciones en varios idiomas. Casi todas las encuentro detestables. Cuanto más llegan á ser literariamente pasables en su nuevo atavío, más se alejan del original. La Iliada de Monti es *rara avis*, que, sin embargo, está lejos de dar la impresión de la de Homero. Unamuno acaso suple con sus vastos conocimientos lo que les falta á las traducciones que encuentra excelentes, y la lectura se vuelve reminiscencia.

Las obras científicas son perfectamente traducibles. Las literarias, especialmente las poéticas, lo son tanto menos cuanto son más bellas. Foscolo analizó sutilmente muchas traducciones de los tres versos de Homero

Ἦ, καὶ κυανέῃσιν ἐπ' ὀφρύσι νεῦσε Κρονίων.
Ἀμβρόσιαι δ' ἄρα χαῖται ἐπεῤῥώσαντο ἄνακτος
Κρατὸς ἀπ' ἀθανάτοιο, μέγαν δ' ἐλέλιξεν Ὄλυμπον.

y á todas les encuentra grandes defectos. He leído la del mismo Foscolo, la de Monti, varias alemanas y eslavas, y ninguna vale el original, ninguna hubiese inspirado á Fidias. Dejando á un lado las obras clásicas, que no están al alcance de todo el mundo, cualquiera que sepa el francés, y son muchos los que lo saben,

puede comparar algunas traducciones castellanas, las de Llorente por ejemplo, con los originales. Son cosas que hacen llorar.

Y hay casos aún más graves. A veces el traductor ni siquiera comprende el original. Yo he visto, en un periódico de Buenos Aires, la traducción de la poesía de Stecchetti *October*, bajo el título de *Primavera*. El desgraciado que la tradujo no se había dado cuenta, ni por el texto, ni por sus conocimientos geográficos, de la inversión de estaciones que existe entre Italia y Argentina. Pero puede consolarse con que su traducción hubiera sido del agrado de nuestro señor Ferreyra, quien pretende encontrar matices del alma contemporánea en las obras helénicas y latinas. Aquí se encuentran matices del clima de nuestro hemisferio meridional en una poesía escrita bajo la impresión de las estaciones del hemisferio opuesto.

No por eso diré que las traducciones son completamente inútiles. Hay obras en todas las literaturas que el hombre que aspira al título de culto no puede ignorar, y puesto que á nadie le es dable conocer todos los idiomas, forzosamente debe resignarse á leer las tales versiones. Ultimamente hablaron los diarios de que en Moscú se les había ocurrido hacer ver á los rusos lo que es el espectáculo tan grato á los españoles de una plaza de toros. Seguramente los rusos que lo han visto, en su mayoría, estarán convencidos de que saben perfectamente bien lo que es torear. Un español se hubiera reido á carcajadas. Para mí esta es la imagen perfecta de las traducciones en general. *Ignoti nulla cupido!*

* * *

« No digo que en la segunda enseñanza argentina haya de establecerse cátedras de latín, pero sí creo que en esa nación debería haber, si es que no las hay ya, cátedras de gramática histórica castellana y de lingüística comparada de las lenguas neo-latinas». Cito textualmente este paso de Unamuno, porque me parece que aquí cae en una contradicción que seguramente no es más que un *lapsus calami*, pues para el mismo Unamuno deberían conocer el latín cuantos aspiren á manejar el castellano literariamente. Yo opino que la gramática histórica castellana queda forzosa-

mente trunca é imperfecta sin el latín, el que, como dije en otra ocasión, no es más que una fase más antigua del castellano.

En cuanto á la gramática comparativa neolatina, sin el latín nos faltaría el término principal de comparación, y no veo de qué modo se podría enseñar. La gramática comparativa aria nació solamente cuando se conoció el sanscrito que se creyó padre de los otros idiomas, aunque no era más que su hermano mayor, pero tan viejo, que bien pudo pasar por padre.

Todos estos estudios glotológicos y filológicos son poco menos que desconocidos entre nosotros, y creo que lo mismo sucede en los demás países de habla castellana. Eduardo de la Barra, profundo matemático y hablista, cuando era rector del colegio nacional de Rosario, dictó un curso de filología como complemento á su cátedra de lengua castellana, de lo cual habló más tarde en alguna de sus obras, citando también el nombre del autor de estas líneas. Pero quizá algún día se sienta la necesidad de inaugurar tales estudios en nuestra universidad, y, para esto, creo que nada vendría más á propósito que Unamuno aprovechara de las vacaciones de allá, para hacernos oir su palabra docta é inspirada en asignatura tan importante. Haría el papel que hizo Max Müller en Inglaterra, y el paso primero y más difícil ya estaría dado.

Sin duda, entre los muchos que irían á escucharle el que lo haría con más gusto y fruición sería el que suscribe.

LEPTIR.

MELANCÓLICAMENTE

No sé qué misteriosos atractivos
tenía aquella pálida doncella
con su doliente claridad de estrella
en sus tímidos ojos pensativos.

A las audacias de mi amor esquivos,
hablaban del rubor que había en ella,
como evocando la invisible huella
de lejiones de ensueños fujitivos.

Se extasiaba mi cándida ternura
con sus formas de mística escultura
y sus graves maneras de señora,

Cuando, envuelta en sus blancas muselinas,
cruzaba por mis tardes mortecinas,
melancólicamente soñadora...

LEOPOLDO VELASCO.

LAS DOS FUERZAS

—« 17 de Junio:

« Mi alma sigue invariablemente como ayer. Debo ser un « enfermo. Hoy he sentido verdadero prurito de matar. El crí- « men no me atráe solo por lo que tiene de estético. Si así fuese « me explicaría, quizá, mi actual estado psicológico. Me siento « arrastrado y tengo que resistir. Y resisto porque una fuerza, « tan extraña como la que me impele al crímen, opera en mi es- « píritu y me aleja de él. No sin motivo escribí en una de las pá- « ginas anteriores:

« CREO, COMO CREO EN EL SOL, QUE EN EL UNIVERSO SOY UN PRE- « CISO PUNTO DE CONJUNCIÓN DE DOS FUERZAS TERRIBLEMENTE ANTÍPO- « DAS: EL BIEN Y EL MAL, EN MI ALMA, COMO EN NINGUNA OTRA ALMA « DE VARÓN. ESTAS DOS FUERZAS LIBRAN COMBATES EXCEPCIONALES POR « LO BRUSCOS. POR LO TERRIBLES. POR LO BÁRBAROS...»

« Tal creencia, á ratos, hace luz sobre el por qué de mi ser « enigmático. Porque, yo lo sé, antes de un raro soy un loco, y « antes que un loco un enigma... Y acaso no estoy convencido de « ello?

« Quizá no siempre, en este asunto, me muestre su austero « rostro la verdad. Como quiera que sea, empero, mi convicción « está yá formada: Soy un enigma, y no por otra cosa que por « lo inexplicable de mi particular psicología.

« Dios tiene talento. Me hizo de una arcilla especial para que « mi alma tuviera verdaderas condiciones de laboratorio. No hay « duda: Yo estoy destinado á servir á una série de delicados ex

« perimentos que la Naturaleza tiene imperiosa necesidad de
« efectuar. Porque, hasta ahora, no se han hecho esta clase de
« ensayos. Y es indispensable que se hagan. Alguien quiere sa-
« ber que efectos logra producir en el alma de un hombre la con-
« junción de dos fuerzas que eternamente se repelen. Veremos lo
« que sucede mañana.»

Así, textualmente así, rezaba la página, yá borrosa, que el doctor Rodríguez había dejado, dos noches antes, sobre mi mesa de trabajo.

—« Léala usted, me dijo al entregármela; léala y despues hablaremos del asunto. Para mi el autor de estas líneas es un caso especial de estudio. La hoja que dejo en su poder la recogí de entre los papeles de una persona de cuya privanza gozé. Según entiendo, pertenecía á un viejo libro de memorias escrito en la juventud, y posiblemente antes de un suceso estupendo que relataré á usted más adelante.»

Yo leí la página, la leí con fruición. Y tuve miedo....

Después pasaron ocho días. Al cabo de ellos volvió á visitarme el doctor Rodríguez.

Ninguno de los dos nos atrevimos á abordar el tema. Conversamos largo rato de cosas indiferentes. Al pasar, quizá llevado por la preocupación que me dominaba en ese momento, me referí á los hombres espiritualmente exóticos. El doctor Rodríguez creyó que mi intención era iniciar el debate del «*asunto*», y previo cierto gesto especial lleno de ceremonia, me dijo apoltronándose:

—« Voy á narrar á usted una historia que á mí me resulta no sé si terrible ó ridícula. Ella le explicará acabadamente lo que usted no haya podido descifrar en la página que hace algunos días confié á su estudio. Escúcheme usted:

Era yo todavía un niño cuando ví por primera vez al doctor Inchausti. Lo recuerdo, fué una mañana grís y triste, en la que la neblina era densa y hacía mucho frío. Parábamos en el mismo hotel. Cuando lo ví, su persona me causó verdadera impresión. Era alto y escuálido Una larga y espesa barba le ocultaba

casi por completo el rostro, en cuyo fondo relampagueaban dos menudos ojos vivaces.

La casualidad quiso que la misma tarde del día en que lo ví por primera vez, entablásemos relación. Yo era el único niño mayorcito que había en el hotel. Quizá por eso se dió conmigo. Visiblemente le huía á los hombres, y sobre todo á los viejos...

En pocos dias Inchausti y yo, guardando las distancias que nos imponían nuestras respectivas edades, éramos yá dos antiguos camaradas.

El no tenía secretos para mí. Y á esto, precisamente, debo el conocimiento de todo el misterio de su vida. Oigalo usted:

Juan Carlos Inchausti nació en un rincón de América. Cuando estudiaba tercer año universitario en la ciudad capital de su patria, se enamoró de una aprendiz de modista, muy hermosa y por lo tanto demasiado mujer.

Margarita — así se llamaba la adorada — correspondió al amante el tiempo que lo suelen hacer todas las niñas: dos meses escasos. Despues entregó su corazón á un apuesto dependiente de almacen. No obstante, seguía aceptando las demostraciones de Inchausti...

Él no sospechó nunca la traición: era demasiado hombre.

Un día notó que la frialdad que su amada había comenzado á demostrarle recrudecía asombrosamente. Quizá dominado por algo de eso que el léxico del vulgo apellida celos, inquirió una razón de ello á Margarita. Esta, por toda respuesta, se sonrió...

Hubo entonces un largo suspiro intensamente triste. Luego los dos amantes no se vieron más.

Inchausti, en esa hora, sintió poblarse de Holanda su cerebro. Amaba á Margarita, casta y sinceramente, como se ama á una flor. Su desprecio lo anonadaba. Cuando supo la verdadera causa que la movía, pensó vagamente en el suicidio. Él había descendido hasta ella, desde el pináculo de su posición social y ella prefería las dotes demasiados clásicas de un vulgar acólito de mostrador, á su nombre, á su porvenir y á su cariño...

Desde entonces se iniciaron en el espíritu de Inchausti esos que él mismo llamaba *experimentos*. El Bien empezó á luchar con el Mal. ¡Y que luchas, amigo mío!

La página que he puesto en sus manos, y que sin duda habrá leído usted, es una prueba muy clara de ello.

Yo me estremezco de terror al solo recuerdo de uno de aquellos inverosimiles combates interiores.

Se lo voy á referir á usted con las mismas palabras con las que él me lo narró, desde su lecho de enfermo, muy pocos días antes de morir.

« No hacía un año aún — son los términos de Inchausti — que « me había recibido de médico. Mi fama de buen facultativo es- « taba entonces en formación, pero era ya lo bastante conocido « para que algunas familias de las más aristocráticas de mi ciu- « dad natal, pusieran en mis manos uno que otro de sus enfer- « mos.

« Pues bien. Cierto día fuí llamado con urgencia á casa de la « familia de B... — Lucía, una hermosa princesa de quince años, « se sentía gravemente indispuesta. Comparecí al llamado. La « examiné. No había duda : Se trataba de un caso de apendicitis.

« Iba á revelar la gravedad de la dolencia á la familia de Lu- « cía, cuando, de pronto, me acometió un terrible deseo de hacer « mal. Bien sabía yo que la más grave demora bastaba para ce- « gar aquella vida, tan pletórica de todo lo que le faltaba á la « mía. Y pensé en dejarla morir. En ese instante, supremo y te- « rrible, había en mi interior una como tormenta de sombras, « y el rostro de Voltaire, malignamente sonriente, parecía pro- « nunciarse sobre el mío.

« Quise deshacerme de aquel infernal pensamiento, mas todo « fué en balde.

« Si por un lado el agosto prematuro de esa flor, que nada sa- « bía del frío del invierno, tocaba rudamente las fibras delicadas « de mi espíritu, por el otro, los terribles insomnios de mi vida « nublada iban puntualizando en mi corazón un secreto prurito « de venganza.

« Yo tenía bien presente, en ese instante, el cuadro que epi- « lograría la muerte de la niña. Y en verdad me resultaba suges- « tivo.

« Ver tronchar esperanzas con vigores de robles, era para mi « algo que aguijoneaba mis placeres de esteta.

« El llorar de la madre que se enorgulleció tantas veces de los « elojios tributados á las prendas de su hija, la desesperación de « los allegados vanidosos que la presintieron triunfadora en « hiporbólicos salones de ensueños, la profunda tristeza de las « niñas coquetas que se jactaron de gozar de su privanza, y la « dantesca agonía, también, del secreto adorador predilecto, que « allá, en una tarde, escuchó una promesa que era un cielo: to- « do, todo, daba desmedidas ampulosidades á la fiereza de ese ti- « gre espiritual, que está rugiente siempre dentro de mi corazón « todo Siberia...

« Yo creí, ó quise creer entonces, en la universal comunidad « de las mujeres, y pretendí vengar con la muerte de Lucía la « ofensa que me hiciera su sexo en los crueles desprecios de « aquella otra hermosa cuyo recuerdo se ha identificado con mi « vida.

Y ahora oiga usted lo más terrible:

« La dejé morir, y pude presenciar el cuadro. Y gocé, gocé una « porción de placeres incontables...

« En medio de una sociedad que maldijo, y en medio del des- « moronamiento de mi fama reciente, fuí por algún tiempo fe- « liz. La venganza, así como yo la entendía, había echado un po- « co de sol en mi cerebro.

« Pasó el tiempo, y despues, tras el ocaso vino la noche. El « Mal fué descendiendo lentamente, como un telón en una escena « dramática de efecto. Y noté de improviso la presencia del Bien. « ¡Qué noches pasé entonces!. Mi desprestigio científico, que an- « tes había despreciado, me taladró como una daga. Debo confe- « sarlo. Yo tenía conciencia de mi propio valer. La muerte de la « niña no se la podía achacar, jamás, á mi impericia médica. ¡De- « masiado conocí desde el primer momento cual era la dolencia « que la aquejaba; y bien presente tuve también todos los pro- « cedimientos ierapéuticos y clínicos que debieron emplearse pa- « ra salvarla. Se había muerto solo por que yo había querido que « se muriese. Fué un acto consciente. Sí, señor mío, perfectamen- « te consciente...

« Esto explica mi desesperación. Yo no podía defenderme sin « revelar el secreto de sombra que envolvía á mi espíritu. Me re-

« signé, y después, cuando mi situación se hizo imposible, emi-
« gré de mi patria.

« Desde entonces, varias veces, la muerte de Lucía me ha pro-
« vocado diversos é inexplicables sentimientos. A ratos he expe-
« rimentado placer, á ratos miedo, á ratos vergüenza, y á ratos,
« también, un profundo y terrible remordimiento. Pero hasta aho-
« ra ignoro si he hecho bien ó mal. Por eso he dicho alguna vez
« que soy un caso de estudio...»

Después hubo una pausa. El doctor Rodríguez, que á partir de la segunda mitad de su narración había dado á su tono una secreta tonalidad de música de *requiem*, concluyó como el epílogo evocador de un salmo triste, cuya última armonía se pierde en el conjunto de las notas finales, que agonizan bajo la pesadez del órgano cansado...

Ambos guardábamos silencio. Un silencio como el prologa siempre á la admiración de las cosas estupendas. Luego, mientras yo intentaba deshacerme de una enorme carga de meditaciones sobre cosas profundas, é imposibles, el doctor Rodríguez continuó su relato.

Yo oí muy poco del resto de la narración. Apoltronado en mi sofá, frente á mi interlocutor, soñé con los ojos abiertos. Estaba como nirvanizado de sombra...

Mientras el doctor Rodríguez habló, apenas si distinguí, confusamente, el acompasado movimiento de sus labios. Sobre lo que me relató nada sé. Lo ignoro todo. Solo recuerdo que después de estrechar la mano del doctor Rodríguez, cuando este creyó oportuno retirarse, me senté, cerré los ojos, y así permanecí,—entre dormido y despierto—hasta que rayó el alba.

Rodríguez acababa de abrirme, quizá sin saberlo, un campo nuevo á las especulaciones de mi espíritu...

Hace un año ya que conozco la historia misteriosa é íntima

del doctor Inchausti. Durante el año transcurrido he estudiado y analizado mucho su personalidad psicológica. Para mi, ya no es un enigma. Sencillamente es hombre...

¿No lo creeis? Pues bien. Consultad á vuestra propia conciencia. En todos nosotros hay gérmenes de eso que modeló el espíritu de Inchausti. Para hacer eclosión, no necesita más que la vida le brinde la oportunidad de ello. Y después, ¿quién puede asegurar que todos los hombres —más ó menos aparentemente correctos y sensatos—no obran á toda hora como Inchausti? ¿Conocemos, acaso, el obscuro misterio de todas las almas?

Para el que cree en lo Incognoscible de Spencer, lo que Inchausti llamaba *experimentos* no es otra cosa que la lucha necesaria entre el Bien y el Mal, cuyos resultados, al postre, determinan la suerte de ultratumba.

Por qué se inclinó Inchausti hacia l lado del mal, preguntádselo á los poetas enamorados que se suicidan, á los maridos celosos que matan, y á las novias soñadoras que se meten á monjas por que su paje azul se esfumó en los devaneos de una fiesta... A todos ellos, como á Inchausti, los arrastra una de las dos fuerzas que trabajan á todos los espíritus.

¿Son inocentes, son culpables?

Inquiríos á vosotros mismos la respuesta. Y después—serenamente—arrojad contra Inchausti vuestra piedra...

RÓMULO D. CÁRBIA.

EN MI ESTANCIA

Tarde invernal. La lluvia lentamente
cae fuera á través de los cristales.
Yo, pensando en Lucía,
escribo madrigales.

No lejos de mi mesa un gato blanco
engurruñido en el diván dormita.
El frío arrecia, y el gato,
dormitando, tirita.

En su retrato el rostro macilento
y grave de mi abuelo octogenario,
medita como un santo
de antiguo escapulario.

En sus azules ojos taciturnos
brilla el noble fulgor de sus hazañas,
que dicen los pastores
cantando en las montañas.

A su lado, en divina miniatura,
una dama gallarda y hechicera:
Mi abuela, gran señora
de rubia cabellera.

Más de un galán prendóse de ella al verla,
cuentan antiguas crónicas hispanas;
bailaba con donaire
gavotas y pavanas.

Algunos libros dentro de mi estante,
papeles y un velón sobre mi mesa;
en mi cerebro un mundo
y en mi alma... la tristeza!

Y más adentro, en lo íntimo del pecho,
donde todo es ternura y armonía,
un nombre dulce y vago,
tu nombre, mi Lucía.

ARTURO PINTO ESCALIER.

SEDUCCIÓN

(Escena de un drama)

(Va amaneciendo. Aparece Fernanda en la escalera y hace señas á Alberto de silencio; luego, acercándose á Blanca, le habla en voz baja. Esta manifiéstase sorprendida y se dirige presurosa hacia la bajada.)

BLANCA—*(Descendiendo)* Pobrecita ¿dónde estás?

FERNANDA—*(A Alberto, llevándoselo hacia las habitaciones)* La encontré llorando junto á la escalera, sin atreverse á subir. *(Ambos salen.)*

(Aparecen por la escalera Blanca y María Elena que se apoya en su brazo llorando. María Elena cubre su vestido de baile con un ligero tapado.)

BLANCA—Cálmate, querida, no llores.

MARÍA ELENA—¡Oh, tú eres una santa! ¡Y he podido ofenderte! ¡Oh, no me rechaces, Blanca, ten compasión!

BLANCA—¡Rechazarte! ¿no estás en mis brazos?

MARÍA ELENA—Oyeme, Blanca. Oyeme y tendrás compasión de esta desventurada..... *(Mirándola fijamente, con voz velada por la angustia)* Pero ¿no lo habías comprendido?.... ¿no lo habías comprendido, Blanca?.... Ay! le amaba!.... Aquí en Mar del Plata le conocí. Fué un sábado, en San Pedro. Eran las cinco. En la mística soledad del templo no se oían sino nuestras voces. Ensayábamos en el coro. Una penumbra crepuscular llenaba el recinto y un aire de santidad flotaba en el santuario desierto. Sólo allá en el fondo, junto

al altar mayor, una débil lámpara velaba al Señor Sacramentado, dormido en su sueño de inefable amor.... Oímos rumor de pasos y una joven pareja del pueblo, seguida de un pequeño cortejo, apareció. Iban á casarse. Guardamos silencio, tal era el encanto de esa sencillez que hacía más augusta la ceremonia. De pronto, sorprendida, creí divisarle entre el pequeño séquito. Sí, era él, era Alberto. El novio, pobre labriego protegido suyo, conociendo su llegada el día anterior, había ido á invitarle. Su presencia en la iglesia causó igual sorpresa en las que estaban á mi alrededor. Hablaron de él, luego de tí, oí tu nombre, y no sé quien dijo: «la habrá olvidado». Entonces comenzó mi culpa, sí, porque, si bien no ignoraba, por haberme tú á menudo hablado de él, que ustedes se querían, sin embargo esa frase me llenó de placer y llegué á desear que ese olvido fuera cierto. Y absorbida ya por mi culpable pensamiento, seguí contemplándole. ¿Qué fascinación ejerció en mí aquella figura noblemente varonil que se destacaba en medio de los sencillos labradores como un rayo de luz entre las sombras? Ah, no lo sé.... Un deseo intensísimo me acometió de seducirle, de hacer que volviera hacia mi sus ojos dirigidos hacia el altar No me importó que me hallara en el templo. Tenía en mis manos el «Souvenez-vous, Vierge Marie», llamé á María Magdalena para que me acompañara en el órgano y canté... Apenas había comenzado cuando le ví volverse. Yo estaba radiante y canté como nunca. Todas me lo dijeron sorprendidas, sí, pero la dulcísima plegaría de Massenet no fué cantada para la Virgen, no fué cantada para los novios, no, la canté para él, sólo para él.... Cuando descendí del coro, los novios llorando me besaron las manos, y yo temblorosa uní por primera vez la mía á la que me tendía Alberto, al tiempo que murmuraba sus felicitaciones. «No tanto por su voz dulcísima, señorita — me dijo — —como por la bondad inmensa de su corazón, gracias por ellos.» Y salieron.... Yo quedé la última y al persignarme una visión terrible me paralizó de espanto. Al alzar los ojos creí ver en los de la Virgen una dura mirada de reproche, como si en medio de aquellas

alabanzas hubiera querido descubrirme la miseria de mi acción. No sé si aquello fué una alucinación, pero sé que me sentí culpable. Salí apresurada y desde aquel día no he vuelto más á la iglesia. ¡Ah, pero ya era tarde! Ya esa pasión desatinada se había apoderado de todo mi ser, sin que mi voluntad influyera, sin tener casi conciencia de ello. Tú llegaste en la hora terrible en que esa lucha desgarraba mi corazón. Debí ser fuerte, pero lejos de resistir, bastó una palabra de ese hombre ruin para que, como había profanado el templo, profanara la amistad, y entonces, dos veces culpable, ofuscáronse mis sentidos por la embriaguez de la fiebre, veláronse mis sentimientos hasta el punto de producirme un indefinible placer la vista de tu desamparo, pensé en mi delirio que te irías dejándolo libre, y esta idea que iba á estallar ya en un grito de irrefrenable alegría, ahogóse en mi garganta cuando ví que te alzaste como un fantasma vengador y clavando tus ojos en los míos me dijiste aquellas palabras que aun siento resonar en mis oídos: «Eres una pérfida, María Elena». Esas palabras me volvieron á la realidad. Sentí horror de mí misma y sin desplegar los labios me dejé arrastrar como una autómata por ese hombre.

BLANCA—¡Pobre María Elena, cuanto debiste sufrir! ¿Porqué me lo ocultaste? ¿porqué no tuviste confianza?

MARÍA ELENA—No, Blanca, debí ser fuerte, y en vez de resistir, cedí. *(Bajando la voz)* Tú ya me has perdonado, pero aun debo mi expiación á la Virgen. Esta tarde cuando de nuevo la penumbra crepuscular inunde el templo, iré como aquella tarde, sola, á cantar, pero esta vez la dulce plegaria será para ella, sólo para ella!....

. . . . . .

GASTÓN F. TOBAL.

LETRAS ESPAÑOLAS

POESÍAS DE MANUEL MACHADO

El nuevo volúmen de este poeta comprende, á más del grupo de composiciones que publicara antes con el título de *Alma*, dos nuevas partes: Son *Museo* y *Cantares*. Estrofas y sonetos antiguos matizan el libro que el señor Unamuno prologa. El rector de Salamanca elogia á Machado. Lo halla jugoso y lleno de gracia y al hacer el análisis de su obra, afirma que, siendo por la fórmula modernista é influido por la escuela francesa, está más cerca de los clásicos, como lo estaba de Esquilo, Victor Hugo á través de Dante y de Shakespeare. Considera también el señor Unamuno que Machado, como todo poeta auténtico, es una fuerza de la naturaleza pues su frescura, fuera de artificios pomposos, le da un aspecto de verdad profunda. Y en el mismo prefacio juzga en Machado al poeta más español.

Así es, en efecto. Sus paseos en las tardes galantes de Versalles, sus siluetas de porcelana, no le alejan del solar castellano ni le sacan del patio andaluz, bajo cuyas parras agobiadas de pesados racimos canta á la ágil morena en la copla vieja y sabrosa como los viejos vinos que sabían beber los enjutos hidalgos para sazonar empresas de gloria y lances de amor.

La España de los cantores ó de los caballeros aparece en su magnificencia en este libro, uno de los mejores que han venido de la península y cuyo autor es con Villaespesa, Zayas y Diez Ca-

nedo los que han dado un nuevo giro á la poesía española arrancándola de la vaciedad solemne de los académicos.

Pertenece Machado al grupo jóven que ha roto los moldes añejos que sirvieron á Nuñez de Arce para construir sus poemas somnolientos y al desventurado señor Emilio Ferrari sus estrofas sin vida á la sombra de las cuales floreciera el buen Federico Balart. Sus cantos, como los recitados musicales, son estudiados por todos los aficionados de las ruralidades que hallan en este flojo llorón, el ideal desbordante de su sentimentalismo.

A más de las cualidades intrínsecas de sus poesías, tiene Machado el mérito de haber contribuído á esa evolución iniciada en América por Rubén Darío. Dentro de esa misma evolución Machado resulta el más castizo de los poetas. No importa que describa la elegante trivialidad del *Dieciocho Francés* personificado en Florián:

Madrigalesco y eglógico
Y cortesano, sabía
Hacer la guerra entre encajes
Y enamorar entre rimas
Sonriendo,.. Entonces era
La religión la sonrisa;
La ley, ser cortés; la moda
Las pastoriles poesías...
Y Florián el mejor
De los cantores de Aminta...
Se sabe que Florián
Le pegaba á su querida.

Donde su vigor se manifiesta amplio y sin esfuerzo es en las poesías evocadoras de la España antigua, fuerte, soberbia y admirable. Hace entonces cuadros de Velázquez. Pruébalo este soneto titulado *Madrid Viejo:*

Una plaza tranquila. Sol... Más de mediodía.
La blanca tapia de un convento... Una
Fachada de palacio antiguo... Lerma... Osuna...
La seriedad del sitio corrige la alegría

De la luz. Vana hierba entre las piedras crece.
Rejas—las viejas lanzas de los antepasados—
Guardan los ventanales y balcones rodados
Del caserón antiguo que tranquilo envejece.

Llegan las horas y las horas... Suena
Una campana... Sale una mujer de luto.
Un mendigo la calle de un lado á otro pasa.

Es ciego. Su cayado en las losas resuena.
Un viejo de Ribera, avellanado, enjuto...
«Sea la paz de Dios en esta santa casa».

Es un magnífico lienzo, sobrio y preciso. Es en sus breves estrofas, en sus páginas fugaces, donde renace la España de los castillos y de los conquistadores, de la época en que la lanza del Cid no descansaba en el museo. Es Machado el poeta noble de ese tiempo que sabe condensar en el ritmo de sus versos preciosos el alma del rancio pasado y el espíritu de la Andalucía actual,—las dos bellezas de España, la extinguida y la viva—aquella en las referencias del Campeador, los óleos oscuros, las hazañas de Minaya Alvar-Fáñez, y ésta en los cantares chillones de sol y chorreantes de mosto. Es también el más completo. Junto al poema *Castilla*—«polvo, sudor y hierro»—tiene madrigales de exquisita finura. No son los gimoteos tan peninsulares que gustaban á la musa de don Antonio Grilo. Su originalidad puede apreciarse por esta estrofa:

Y no será una noche
Sublime de huracán, en que las olas
toquen los cielos... Tu barquilla leve
Naufragará de día, un día claro
En que el mar esté alegre.
Te matarán jugando. Es el destino
Terrible de los débiles...
Mientras un sol espléndido
Suba al zenit hermoso como siempre.

A Manuel Machado lo criticó sin mesura un grave académico. Rubén Darío le ha elogiado con entusiasmo.

«Estrofas», por RICARDO J. CATARINEU.

La poesía meditativa y filosófica tiene en Catarineu un cultor predilecto. Su antiguo abolengo se refresca en su pujante vigor. Catarineu, entregado á las mediocres tareas del periodismo, según su amable prologuista Manuel Bueno, encuentra energía aún para ocuparse en versos fluídos y bizarros de los males humanos. Su musa es buena. No tiene tiempo para acicalarse ante el espejo, ni rizarse la cabellera ni encubrir defectos sin remedio, con afeites externos. De ahí que á veces sorprendan en su lenguaje durezas é inelegancias de estilo. No es un poeta de forma. Se preocupa más de las ideas, generosas y dulces como su alma, que está diluída en todo el libro, fragante de bondad.

ALBERTO GERCHUNOFF.

LETRAS ARGENTINAS

Por más que el mérito de tal ó cual libro sólo sea escaso, sin embargo se impone en estas notas bibliográficas el elogio, la frase de aliento para su autor, si es que ese libro, en su valor meramente relativo, revela un digno esfuerzo ó una sana aspiración de arte. Y la razón es obvia.

Nuestra literatura — si es que existe — no tiene sino un valor relativo. Por lo tanto no se puede usar á su respecto el mismo criterio que se emplearía al juzgar una literatura europea. Es de desear, naturalmente, que la producción artística argentina sea de verdadero mérito, mas no han de exigirse imposibles. Por algo hay que empezar. Al lado de un Obligado, de un Groussac, de un Lugones, de un Ramos Mejía y de algunos otros hombres de letras que honrarían á cualquier país ¿cuántos, entre nosotros, cuya labor, que es considerada y es justo considerar con respeto, quedaría borrosa en otro medio?

En estas cosas como en todas, no puede haber criterios absolutos. Con ellos, verbigracia, debiera empezarse por excomulgar desde ya nuestro naciente teatro que, ni vale la pena decirlo, no resiste por cierto el parangón con ningún teatro europeo. Apenas si Sánchez, en alguna de sus obras, se acerca al tipo Y sin embargo no es cosa de desdeñar la labor de los demás.

¿Y qué decir de nuestra entera literatura? Si á su respecto no se hicieran valer los mismos argumentos, á qué quedarían reducidos Echeverría, Marmol, Andrade ó Gutierrez, al lado de

Hugo, de Byron, de Zorrilla? Valuaciones distintas han de regir, no hay duda. Con criterios absolutos no se llega á ninguna parte.

Eso sí, guerra á la mediocridad, á la pereza, á la falta de honradez artística, en una palabra, á la grafomanía.

«Joyeles» por JUAN AYMERICH.

Este libro podría dar tema para volver á repetir todo cuanto se ha acostumbrado decir respecto de las dificultades que opónense al buen manejo del soneto, las que por otra parte han sido exageradas, y de las positivas ventajas que esa especie lírica ofrece para ciertos asuntos, cuando se ha logrado dominarla. Pero la materia está agotada y no vale la pena insistir.

Atento á lo dicho, los cien sonetos que *Joyeles* contiene, están trabajados con maestría suficiente como para merecer el respeto de todos los cultores del difícil arte en estas tierras.

Parnasiana podríase definir la estética del señor Aymerich, y su misma admiración por Heredia, del que nos da unas felices *adaptaciones* (apláudase la cautela) de algunos de sus sonetos, abona en favor de esta opinión. Mas no es el suyo un panasianismo completamente definido, si por tal cosa se entiende una absoluta impersonalidad artística. Su obra, en efecto, no es del todo impersonal, como dicho sea entre paréntesis, nunca he visto que lo fuera tampoco la de los parnasianos de primera fila, poniendo entre ellos al mismo Heredia. Ciertamente, fiel á la susodicha estética, el señor Aymerich ama la línea y el color con preferencia al sentimiento; sin que esto excluya de muchos de sus mejores sonetos esa interna vibración emocional que por ellos derrámase infundiéndoles alma.

Todo es cuestión de grados. Antepone, sí, el cuidado de la forma que trata de hacer luminosa y sonora, al contenido, lo que no significa que haya desterrado de sus versos todo elemento subjetivo.

Sus sonetos, endecasílabos y alejandrinos, (salvo dos de versos de diez y seis sílabas) desenvuélvense serenamente, sin tropiezos, encerrando con holgura la idea que los informa, que sabe siempre terminar en el último pié con un rasgo sintético y expresivo, que acertadamente redondea y cierra la composición.

Como defecto principal de esos sonetos puede señalarse la trivialidad de la rima, no siempre rica cuanto fuera de desear. Así los consonantes *oso*, *osa*, *ado*, *ada*, *ío*, *ía*, *ante*, *ente*, y otros del mismo jaez, son repetidos en *Joyeles* con una lamentable frecuencia.

En cuanto al procedimiento descriptivo del señor Aymerich es sencillo y directo. Usa de las metáforas con sobriedad y buen gusto. Pero deben hacerse reservas respecto á su adjetivación Sus epítetos pecan á veces de poco novedosos, de manoseados, y en ocasiones también de impropios. «La dura piedra», «un invierno frío», «la palidez nevada de tu frente incolora», «heladas ráfagas de frío», y algunas otras expresiones que encuentro al azar, no se recomiendan por cierto por su propiedad. Pero no ha de darse á estos deslices sino la importancia que merecen, pues, si me he detenido en anotarlos, sólo ha sido porque se trata de un libro que sale de lo vulgar. Aplaudamos por consiguiente á este nuevo poeta cuya voz nos llega de la somnolienta Córdoba, y felicitémonos de que á la sombra de la doctoral ciudad, en el corazón de la República, trabajen y produzcan ya varios caballeros del ideal: al lado de Aymerich, ese otro poeta del color, José María Velez, y el ameno y sincero Martín Gil.

«Cavalcanti» por Luis María Jordan.

La Túnica de sol, el libro con que se estrenara el señor Jordan, nos daba derecho para esperar de él algo más de lo que en *Cavalcanti* nos brinda.

En este último libro se vé al autor luchar con la falta de tema. Es lógico creer que todo cuento ha de girar alrededor de algo. Y en verdad algunos de los del señor Jordan, por no decir la mayoría, están construidos sobre un asunto bien pobre, cuando no carecen por completo de él, limitándose á simples páginas descriptivas ó á estrofas truncas de hipotéticos poemas en prosa.

Esa misma narración final, *Venus Dolorosa*, que parece por unos instantes prometer mucho, termina lo más trivialmente posible, causando en el lector la natural decepción.

Sálvase el libro empero por el estilo. El señor Jordan es un

artista y un poeta. Su lengua es facil, su imaginación rica. Y abunda en delicadezas de expresión dignas de todo elogio.

Por estas mismas razones, porque el señor Jordan ya se ha conquistado un envidiable puesto entre los cultores del arte entre nosotros, y porque ya se halla en plena posesión de su estilo, que le permite expresar los más variados matices del sentimiento, débesele exigir lo que á un novicio podría perdonársele: un libro completo por el fondo y por la forma.

Cuando se nos prometen cuentos, justo es esperar cuentos.

«Vértigos de sol» por Rafael Alberto Arrieta.

Un prometedor librito que encierra seis breves cuentos, ingenuos é interesantes. Su autor no carece de inmaginación ni de sensibilidad, cualidades esenciales de todo artista. Tampoco fáltanle dotes de observador.

Sus páginas descriptivas son encomiables. También dialoga con desenvoltura. Nótanse, sí, en el libro algunas vacilaciones, consistentes en la repetición de ciertas palabras y frases predilectas ó en algunas incorrecciones de régimen, inexperiencias todas que sin duda salvará facilmente el señor Arrieta en su producción posterior.

Esperamos, pues.

Roberto F. Giusti.

TEATRO NACIONAL

Nacional.—«En el cepo» por *Don Félix Alberto de Zabalía.*—«Jaula de locos» por *Don José de Maturana.*

«En el cepo»—Con este título estrenóse el miércoles 16 de Octubre una comedia en tres actos de don Félix Alberto de Zabalía. Este autor había ya adquirido cierto merecido crédito por sus producciones anteriores. Por lo tanto, el público que asistió al estreno, acudió con la presunción de encontrarse con una obra que consagrara definitivamente al señor de Zabalía, como uno de nuestros autores de mérito; pero, le esperaba la decepción más grande.

Obra artificial en absoluto, «En el cepo» es falsa como pintura de costumbres, endeble en la descripción de caracteres, al punto de no haber uno solo que se destaque nítidamente en ese conjunto de tipos chirles y mediocres que circulan en la comedia.

Tan absurda va siendo la obra á medida que avanza en su desarrollo, que hubo momentos en que llegamos á creer que el señor Zabalía se hubiera propuesto, á sabiendas, especular sobre la vulgaridad intelectual de nuestro público. Pero si tal fué su objeto, este le salió errado, pues la indiferencia más aplastadora acogió esta tentativa fracasada. Y lo más lamentable del caso, es que parece que el autor se propuso hacer con esta obra, una obra de tesis. ¿Defensa del divorcio? Por ningún lado vemos que los matrimonios que nos presenta en la comedia, prueben algo en favor de tal ley. Lo único cierto es que «En el cepo», es una pieza

en cuyos tres actos se verifican una serie de peripecias cómicamente ridículas, y que el señor Zabalía hubiera hecho muy bien en no escribir.

¡Cuán lejos de la comedia emocionante y realista que teníamos el derecho de exigirle! Sin embargo, no desesperamos de poder en estas mismas páginas elogiar sin reticencias una futura obra que afirme todas sus cualidades y borre todos sus defectos.

«Jaula de locos»—El señor José de Maturana, otro autor apreciado, ha estrenado una obrita en un acto (y á la que llama comedia) con el título enunciado.

Si bien es cierto que sería una necedad tomar muy á lo serio las obras que, como esta, sólo se proponen divertir al auditorio, pensamos que las situaciones que en ellas se ofrecen, por más locas que sean, deben tener su grano de buen sentido, del que, á nuestro parecer, carecen las escenas que componen la obrita que nos ocupa.

Apolo.—«La conferencia de la Haya» por *Don Nicolás Granada.*

Nuestro teatro se halla indudablemente en un período de crisis. Surgió vigorosamente hará unos cinco años, casi como en un movimiento de reacción contra ese malhadado género chico que tan estragado tenía nuestro gusto. A pesar de que en el transcurso de estos años, se dieron muchas obras malas, casi todas eran tentativas más ó menos serias y por lo tanto dignas de estima. Pero, de un tiempo á esta parte, se nota en nuestros autores una evolución alarmante. La mayoría tiende á la fácil composición de sainetes y zarzuelas de fácil aplauso, pero con el agravante de ser estas piezas lo más antiartísticas y groseras. Siquiera, en aquel género chico tan combatido, se encontraba, de vez en cuando, una buena letra y una buena música.

Estas reflexiones nos surgen con motivo del estreno en el teatro Apolo de una *revista humorística cómico-lírica* titulada «La conferencia de la Haya», y cuyo autor es el conocido escritor don Nicolás Granada.

En absoluto desaprobamos este género de producciones teatrales. Ni el *vaudeville*, ni la zarzuela, están dentro de la literatura.

Y no se crea que estas observaciones son inaplicables á la obra que las origina.

«La conferencia de la Haya», es una sátira grosera é inconveniente, en la que se ponen en la picota del ridículo á naciones, que ahora menos que nunca nos conviene ridiculizar, si no queremos perder nuestra secular tradición de cultura.

Lo único bueno de «La conferencia de la Haya», fueron las decoraciones. Estas merecen una felicitación.

Aparte de esto, la interpretación de la revista fué bastante buena. Demasiado buena, como alguien dijo, dado el escaso valor de la última producción del señor Granada, quien debe volver á tentativas sanas y serias como «Al campo» y «La Gaviota», si desea ser aplaudido sin reticencias.

Marconi.—En este teatro no ha habido ningún estreno. Quizás sea mejor.

En cambio, con motivo del beneficio del estimable actor Pedro Gialdroni, volvió nuevamente al cartel «En familia», esa sencilla, sobria y hermosa comedia de Florencio Sanchez. En el rol de Eduardo, renovó el señor Gialdroni sus triunfos de hace dos años.

Verdaderamente el asistir á la representación de una obra de Florencio Sanchez, constituye un merecido reposo para el espíritu conturbado por tanta obra mediocre. Sin género alguno de duda, el señor Sanchez es el primero de los autores dramáticos argentinos.

ALFREDO A. BIANCHI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Don Miguel de Unamuno—El ilustre rector de la Universidad de Salamanca, ha contestado, á nuestro pedido de colaboración, con la carta que, gustosos, á continuación insertamos:

Sr. Don Roberto Giusti.—Mi estimado señor: Llegó su carta á esta mi casa estando yo ausente de ella, de veraneo en mi país vasco, y hoy me llega el segundo número de «Nosotros»—el primero no lo he visto. El número éste que tengo delante me agrada; es de fisonomía simpática. Veo el esfuerzo á darle variedad y á conjuntar la amenidad con la seriedad. Porque las revistas ó suelen pecar de superficiales ó de inamenas.

Encuentro un trabajo de Carlos Octavio Bunge, mi buen amigo, y siento una punzada de reconvención porque aun no he dedicado el trabajo que debía, á exponer los méritos de ese trabajador infatigable que tanto hace por elevar el nivel de la cultura de su patria. Lo que más me gusta en Bunge es su ahinco por tratar las cosas en hondo y en vasto, la tendencia genuinamente filosófica de su pensamiento.

Algún otro conocido encuentro en el número.

Quisiera poder gozar pronto de un respiro en mis crecientes tareas para enviarles algo á «Nosotros», incluyéndome así—y muy honrado con ello—en ese pronombre titular de la revista

Creo que ahí, en la Argentina, lo mismo que aquí, en España, es de necesidad crear un núcleo de jóvenes atentos á las formas más elevadas, más puras, menos pragmáticas—aunque no por eso menos hondamente prácticas—de la cultura, á todo lo que siendo hoy un nuevo lujo espiritual para la colectividad en conjunto, llegará á ser mañana sustancia de la patria. Una nación necesita alma y alma duradera y fuerte, y ésta no puede encontrar ni duración ni fuerza sino en la visión de una elevada finalidad, que trascienda del bienestar y la riqueza de las generaciones actuales. La labor de ustedes tiene que ser dar personalidad espiritual á la patria argentina, y que tenga un signo y sello y un valor para los demás pueblos. Y esto es más necesario donde las continuas avenidas de gentes extrañas, de emigrantes, tienden á romper la unidad de caracter espiritual. La unidad de ustedes habrá de ser unidad de integración, no de homogeneidad, y por eso mas difícil.

Y basta de fáciles divagaciones.

Con ustedes, con «Nosotros, estoy en espíritu y en anhelos, y

¡ojalá su labor sirva á la vez que para enriquecer la cultura de esa tierra, para hermanarle más con los demás pueblos de lengua castellana!

Le saluda su affmo.—*Miguel de Unamuno.*—Salamanca, Octubre 10 de 1907.

«El Tiempo»—Nuestro colega ha festejado en este mes su 14º aniversario. Catorce años de vida durante los cuales dió siempre un saludable ejemplo de integridad y civismo, manteniendo enhiesta la bandera de los más sanos principios, en medio del turbio embate de las pasiones políticas.

Y ha sido además el protector de todos aquellos que han buscado donde ensayar sus primeros vuelos, donde hacer sus primeras armas; la palestra donde ejercitáronse muchos de los escritores que más han descollado luego entre los nuestros.

Llegue, pues, en esta fecha el saludo de NOSOTROS al noble colega cuya creciente ancianidad obliga al más profundo respeto; y alcáncele también el saludo á su director Carlos Vega Belgrano, merced á cuyos esfuerzos débese el que haya siempre navegado ese diario por aguas tan serenas.

«Josué Carducci» por *Francisco Capello*—«La Cultura Española», la importante revista madrileña trae una extensa y elogiosísima nota bibliográfica sobre la conferencia que el doctor Francisco Capello, profesor de literatura griega en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, pronunció en ella en Abril del corriente año sobre el gran poeta italiano.

Regocijados anotamos este hecho, por lo mucho que sugiere, tanto porque nos dice que ya muchas de nuestras manifestaciones intelectuales, aun las más modestas al parecer, no pasan desapercibidas en Europa, como porque honra á nuestra Universidad en la persona de uno de sus maestros más eminentes.

Biblioteca Nacional «Nec Plus Ultra»—Bajo el título de *Corona Fúnebre* el señor Luis F. Suarez ha prologado y reunido en un volumen todas las composiciones que nuestros vates dedicáronle al general Mitre, en ocasión de su fallecimiento. Es un libro de pequeño formato en el que codéanse todas las escuelas literarias y todos los géneros poéticos, Calixto Oyuela con Rubén Darío, el soneto con la oda, los buenos con los malos poetas. El valor de esta colección es evidente. Felicitamos por lo tanto á la *Biblioteca Nacional «Nec Plus Ultra»* por su feliz iniciativa, que parece querer continuar, de dar al público, agradables y variados libros, editados elegante y económicamente.

NOSOTROS.

NOSOTROS

AZORIN

La sinceridad en arte, proclamada como única base y punto de apoyo exclusivo, sin correspondencia directa con ninguna otra causa emocional que pueda ser considerada como fuente estética, no ha tenido en el vasto desarrollo de que ha sido objeto en los tiempos presentes en que se realiza la bancarrota de las doctrinas, mayor defensor que el espíritu luminoso de Antonio Azorín, ese pequeño filósofo que en castizo lenguaje suele darnos las más sutiles y complicadas filosofías modernas, al par que hace vibrar con toda la intensidad de lo nuevo el viejo organismo adormecido por los narcóticos corruptores de las literaturas en boga.

Cuando Martínez Ruiz, padre y creador de ese tipo inimitable de Azorín, lanzó su primer folleto, nada dejaba esperar la obra reposada y original con que años más tarde habría de honrar la literatura española. Todo hacía suponer que ese joven atrevido, autor de *Anarquistas literarios*, fuese uno de tantos panfletistas políticos, uno de tantos guerrilleros de la literatura menuda, aunque ya muy luego esa opinión se desvaneciera cuando aquel ruidoso *Charivari*, piedra de escándalo en el charco de la España literaria, donde solo era permitido el *coax-coax* de los maestros reconocidos, vino á demostrar que Martínez Ruiz no luchaba por luchar, sino que bregaba para consolidar un ideal en el que venía

envuelto un temperamento nuevo y audaz, empleando para ello los medios que las circunstancias le sujerían.

No era posible esperar de un joven ardiente, cuya combatividad juvenil crecía por el convencimiento de su valer y de su fuerza, pasividad y calma sólo comprensibles en los que vencidos de antemano resígnanse íntimamente á la mediocridad de su destino. Los fuertes, los que aspiran á ser *porque ya son* presentan siempre recios caracteres de rebeldía, iconoclastas y destructores. Martínez Ruiz, viendo el campo acotado por viejos y por inútiles, cerradas todas las puertas, obstaculizadas todas las sendas, adoptó el partido único; el correspondiente á los que tienen la fuerza de una afirmación insustituible dándoles vida y marcándoles el camino: invadir el campo rompiendo puertas y destruyendo vallas, presentándose en lucha franca y leal contra todo lo juzgado pernicioso, por lo tanto inútil.

Ni el escándalo hecho en torno de su obra, ni la ignominia de que fué rodeado su nombre (porque los detentadores del movimiento literario conservadores por impotencia creadora, solo saben defenderse llenando de insultos el nombre del audaz aventurero), fueron bastantes para detenerle: Martínez Ruiz prosiguió su vida de labor obstinada y paciente, pidiendo al tiempo la confirmación de su bondad combativa.

Muchos fueron los que sobre él se engañaron, y aún aquel mismo clarovidente que era Clarín cometió el error de considerarlo «esperanza de la literatura satírica», sin acertar á descubrir el hombre serio y reposado que después vendría, cuando calmado el oleaje tempestuoso de *Charivari* apareciera el autor de *El alma castellana*, el padre de *Azorín*, hoy identificado á su manera de ser, de tal manera y en tan alto grado que la vida ideal de ese personaje ha llegado á convertirse, para quien pretende estudiarlo, en la vida misma del genial autor levantino.

Es lógico y natural, empero ,que de aquel combatiente audaz y terrible, considerado en su tiempo como escritor político de acerada y terrible pluma, temido por cronista demoledor, surjiera el sereno comentarista que ahora nos deleita con las sutilidades de su ingenio paradojal. Solitario, reflexivo, artista siempre, huyendo de las vanidades malsanas del llamado Todo el mundo, Martínez

Ruiz fué durante su época de lucha la representación vívida de aquellos hombres que por exceso de combatividad caen en el misticismo y que como Iñigo, el guerrero de Loyola, extreman su condición de lucha y caen en el ascetismo aniquilador.

El misticismo llevó á Martínez Ruiz á los límites de la sociología en brazos de Hamon y de Kropotkine, algunas de cuyas obras tradujo, inclinándose al socialismo anarquista, no con caracteres de batallador á que su espíritu es completamente ajeno, sino con los de íntimo convencimiento apasionado, que podían, con un leve esfuerzo, hacerle caer por completo dentro del campo sectarista El arte le salvó, porque al arte le ligaban ese personalismo que puso siempre en todo cuanto escribe, la espontaneidad de su pensamiento y la intransigencia con que supo proclamar la verdad en todo terreno y en todas las circunstancias.

Con esas condiciones érale imposible figurar dentro de un partido, dentro de una secta, dentro de cualquier dogma, político ó filósofico, social ó religioso. Esa fué su salvación, y si la Idea Nueva (con mayúsculas) perdió un propagandista, la literatura vió exclusivamente suyo el que debía llegar á ser el más notable escritor de las nuevas generaciones españolas.

Martínez Ruiz prueba una vez más lo que ya tuve ocasión de decir respecto de otro escritor: que todas las ideas avanzadas, todas las teorías radicales, no son de corrupción ni de duelo para los espíritus jóvenes, como se complacen en afirmar los viejos dómines; creólas por el contrario crisoles indispensables para la depuración de todas las nuevas inteligencias, piedra de toque de las voluntades jóvenes que se presentan á la liza con aspiraciones dominadoras. ¿Tal escritor joven pasa por el crisol radical y en él se deshace, se desvanece, cayendo por entero en el lugar reservado á la escoria? es porque en su espíritu no había nada, nada valía nada. ¿Tal otro pierde parte de su valor y lo poco que se salva vá á aumentar el montón de lo frágil, de lo quebradizo, de lo sospechoso? es porque su espíritu ha sido formado sin conciencia, sin mérito propio, sin valor personal. Otros hay, en cambio, que al calor del fuego adquieren más consistencia, petrifícanse, solidifícanse, tórnanse duros, brillantes, luminosos, demostrando que solamente vale lo que puede llegar á ser, á pesar

de todos los obstáculos, pese á todas las opiniones y contrariedades.

Y en nuestros días de lucha, de combate constante, monótono, feroz, solo puede triunfar é imponerse el espíritu que haya pasado por el crisol de los radicalismos á ultranza, sin dejarse imponer por el ambiente de secta, conquistando á su vez el libre exámen y la plena conciencia, característica de los espíritus libres.

«Azorín, á raíz de la muerte de Justina abandonó el pueblo y vino á Madrid. En Madrid su pesimismo instintivo se ha consolidado; su voluntad ha acabado de disgregarse en este espectáculo de vanidades y miserias. Ha sido periodista revolucionario, y ha visto á los revolucionarios en secreta y provechosa concordia con los explotadores. Ha tenido luego la humorada de escribir en periódicos reaccionarios, y ha visto que estos pobres reaccionarios tienen un horror invencible al arte y á la vida.»

Esta *humorada* empero, esta *humorada* que llevaba á Azorín á escribir en todas partes y á figurar en todos los círculos, llevado por su afán de conocerlo todo y de analizarlo todo; esta *humorada*, es la que no le perdonaron jamás los pobres sectarios de un ideal cualquiera que en serio toman su papel y bátense con el atrevido que tiene, para esos juegos de los niños grandes, amargas sonrisas, muy escépticas y muy amables. No le perdonaron jamás los progresistas, ni le perdonaron los reaccionarios, y en ese su juego paradojal con las pobres opiniones humanas no alcanzó más que el odio de unos y otros, atrayéndose la enemistad y desconfianza de todos.

En el fondo, el intelecto especulador y filosófico de Azorín no crée en nada; ya no es el combativo Martínez Ruiz, cada uno de cuyos artículos levantaba roncha; hoy es el pequeño filósofo Azorín, cuya vida «no se presta á complicaciones y lirismos», pero que, monótona y vulgar, sin accidentes de melodrama, sin catástrofes de folletín, transcurre serena y noble como la de un filósofo peripatético, cual la de un espíritu libre, descendiente del ten-

tón que proclamó la formula del vertiginoso pensar moderno: «los pensamientos que surgen andando son los únicos que valen».

Azorín anda; Azorín no tiene punto de reposo; y si su vida es sencilla, es, empero, bastante movimentada para que sus pensamientos valgan mucho.

Piensa como un moderno y dice como un antiguo. Su habla es lenta, suave, reposada, castiza; genuinamente, logicamente hija de su suelo y de su ambiente. Las raíces espirituales de ese noble tipo húndense en el terreno clásico y su conocimiento del mismo es profundo, intensivo *(Los hidalgos, El alma castellana)*; hurgando en él ha extraído la esencia de la raza, luego dada en libros como *La ruta de don Quijote*, como *Los pueblos*, donde alienta y vive el espíritu castellano con mayor intensidad que en los mismos artículos de costumbres de Larra y Mesonero Romanos.

Azorín dice lo que observa; pero todo lo que observa es por él comentado en disquisiciones sutiles, paradojales, contradictorias. Su perspicacia psicológica, aguijoneada por un deseo de lo mejor, le lleva á adoptar el temperamento ironista; no aquel usado por Anatole France, cuya ironía solo se reviste de piedad después de la disección; él es compasivo deliberadamente, conscientemente, ya antes de acometer la aventura observadora. Azorín pasa por sobre paisajes y hombres y cosas, desentrañando la oculta poesía que en todo se encierra, penetrando en el cerrado huerto de los interiores del alma, para cantar en un lirismo original y sugestivo la belleza de todo lo vivo.

Su frase evoca lejanías espirituales esfumadas en viejas brumas de añoranza, llenando el alma del lector de recuerdos propios, muy íntimos y muy sugestivos que dan la medida de todo su poder evocador. La prosa de Azorín, canta; canta con el ritmo de esas viejas canciones sin palabras que solo conocen las madres y á cuyo ritmo fueron mecidas nuestras cunas, en los largos crepúsculos morados de la infancia, repletos de las figuras trágicas de pueriles leyendas asustadoras. La prosa de Azorín mece el espíritu y le aduerme, como todo lo que hace sentir, como todo lo que conmueve. Hay en aquel «pequeño libro que trata de la vida del peregrino señor Antonio Azorín», capítulos de los que se desprende todo un vago é invisible zahumerio de añoranza, de fe,

de consolación; hay capítulos llenos de un lirismo cantante y emocionador, que hacen parpadear los ojos, temblando bajo el peso de lágrimas inmediatamente evaporadas; hay imágenes sentimentales que traen al recuerdo otras, amadas ó soñadas; hay frases rítmicas que dan la emoción de la poesía; hay palabras sugestionadoras, evocadoras, despertadoras de emociones.

Martínez Ruiz es algo más que un literato, más que un observador sagaz, cuando nos cuenta la vida de su alterego. La vida vulgar, pero trágica, de ese hombre sencillo y afable que es Antonio Azorín, adquiere el contorno definido y acabado de un mármol esculpido por el cincel brutal de un Rodin. La personalidad contradictoria de ese *specimen* de nuestro modo de ser contemporáneo, se destaca en un alto relieve magnífico, modelado con mano segura y firme.

Pensando mucho, Azorín no es un pensador de oficio; escribiendo, no es un literato; no es más que un hombre que vuelca sus pensares y sentires en una forma propia, en la *única forma* de que hablaba Flaubert, dejando, no «una fugitiva estela de gestos, gritos, indignaciones, paradojas,» como dice de sí mismo con notable injusticia, sino una acabada representación de un momento de la vida moderna, observada al través de un temperamento raro y original, quizá peligroso por no conformista, pero bravo, nuevo y ascendente por excelencia.

En todas sus obras, en todos sus escritos, aparece sintetizado, pero muy oculto, muy hondamente oculto, como buen filósofo que huye de la filosofía, el espíritu ascensional, de progreso, de mejoramiento «como un puente tendido al super-hombre». No habla así Azorín; él no emplea el tecnícismo pedagógico de los académicos y de los ateneistas; pero, de todo ese afán, nos dá la oculta y deseada sensación, tanto cuando habla discurriendo alrededor de la Vuelta Eterna, como cuando cualquiera de sus personajes, cualquier tío Juan de cualquier pueblucho manchego, se lamenta en castiza fabla de no haber en el lugar más que una fuente. Siempre dá la sensación exacta, definitiva, del momento descripto; y siempre, al través de la vívida pintura, ceñida estrictamente á la realidad, se ve el deseo y la fantasía del artista, pugnando por brotar en un desborde original y audaz de fuerzas vivas, exhu-

berantes, lozanas, tal como en las carnes torturadas, flácidas, carcomidas por ascetismos ó por martirios, de los lienzos de Ribera y Zurbarán, el observador vital acierta á ver la fantasía del pintor, cuyo era el deseo de hacer resaltar con más vivos colores y más lozanía de forma la belleza inmortal, que surjía como una llama en el corazón del espectador, angustiado por el desborde cruel de las paletas macabras.

Azorín describe hombres tristes, paisajes monótonos, complaciéndose en ello; así, también, cuando se ve forzado á decir de alegrías, de bellezas, de hermosura física ó espíritual lo hace aumentando su melancolía, haciendo más lenta su frase, más pesadas sus palabras, hasta conseguir que del fondo vivaz y reidor del paisaje, ó de los labios húmedos y sensuales de la amada Pepita, asome la tristeza, subiendo en espirales tan lentas, tan diáfanas, que contribuye á hacer más bella y agradable la visión prometida, ya por su talento asimilado á nuestro espíritu ó, más bien dicho, ya asimilado nuestro espíritu á la irradiación de su talento.

¿Novelas? ¿cuentos? ¿fantasías? Las obras de Azorín no se ajustan á ninguna clasificación de las existentes, y sólo como una muy leve, muy sutil ironía puede llegarse á comprender aquella primera denominación puesta á *Las confesiones de un pequeño filósofo*, donde la trama, el enredo, el argumento de la novela, tal como se entiende y se practica actualmente, no aparecen, siendo antes bien una colección sistematizada de impresiones, muy hondas y sugestivas, completamente personales, á guisa de libro de memorias.

Partes fragmentarias del gran todo de una obra que será su vida toda, podemos decir que esta será una gran novela cuyo argumento son las aventuras de Antonio Azorín con sus pensares audaces, con sus amistades, con sus rencores, con sus alegrías, con sus duelos, con sus amores, con sus amores sobre todo, con ese su grande y oculto amor por aquella visión delicada de Pepita que irrumpe como un claro de sol en una de

sus obras y en la mayor parte de sus cuentos, desvaneciendo otras figuras femeninas aunque aparentemente sean más acentuadas, tengan mayor relieve, y les sea dada mayor importancia en la colocación escénica, tales Justina, Iluminada y algunas otras que no alcanzan á las proporciones de la hermosa hija de Sarrió, tan rápidamente surjida como presto desvanecida. Todo ese conjunto toma la forma de una novela, pero tan leve, tan sutil, tan poco aparente que á muchos costará seguir la hilación de los personajes, en ese encadenamiento de filosofías, divagaciones, fantasías que surjen á cada momento, cortando la intensidad dramática de la fábula.

¿Por qué Azorín reniega del viejo molde novelesco y hace de lo que pudiera ser obra compacta y homogénea, un heterogéneo amasijo de impresiones, á veces discordantes, á veces contradictorias, siempre desiguales? Oid á Azorín; su prosa rancia, su prosa rítmica, establece en los siguientes términos su nueva concepción del arte de novelar:

«En la novela contemporánea hay algo más falso que las descripciones y son los diálogos... Y este defecto, (esta elocuencia y corrección de los diálogos, insoportables, falsos) va desde Cervantes hasta Galdós... Y en la vida no se habla así; se habla con incoherencias, con pausas, con párrafos breves, incorrectos... naturales... Dista mucho, dista mucho de haber llegado á su perfección la novela. Esta misma coherencia y corrección antiartísticas porque es cosa fría que se censura en el diálogo... se encuentra en la fábula toda... Ante todo no debe haber fábula... la vida no tiene fábula: es diversa, ondulante, multiforme, contradictoria... todo menos simétrica, geométrica, ríjida, como aparece en las novelas... Y por eso los Goncourt, que son los que, á mi entender, se han acercado más al *desiderátum*, no dan *una vida*, sino fragmentos, sensaciones separadas...Y así el personaje, entre dos de esos fragmentos, hará su vida habitual, que no importa al artista, y este no se verá forzado, como en la novela del antiguo régimen, á contarnos tilde por tilde, desde por la mañana hasta por la noche, las obras y milagros de su protagonista... cosa absurda, puesto que *toda* la vida no puede encajar en un volumen, y bastante haremos si damos diez, veinte, cuarenta sensaciones...»

Ejecución práctica de esa noble y veraz teoría son todas las obras de Azorín; todas carecen de fábula en el sentido novelesco, teniendo la fábula variada, incoherente, multiforme, de la vida; en ellas los personajes no son rectilíneos, geométricos, hechos de una sola pieza, sino que viven la vida natural y ríen ó lloran, y penan ó gozan, como seres verdaderos, presentados por el autor en los momentos álgidos, heróicos de su vida, no en los cotidianos de la vida vulgar y sosa por los que se asemejan á todos los seres con estómago y sexo. El interés de sus obras es casi por entero cerebral y el goce está en las meditaciones que al lector sujieren.

No hay cuidado que Azorín olvide la enseñanza de Galdós, que este mismo—¡oh, viejo Vizcacha!—no sigue: «Las historias verdaderas no tienen desenlace... Los desenlaces son artificios inventados por los malos poetas...» Huyendo de la fábula no caerá Azorín en el peligro de los desenlaces, y así los tipos de sus obras desaparecen cuando se tornan inútiles para la intensidad del pensamiento, sin que esa misma necesidad sea óbice para que en otra obra resurjan y pasen, como visiones evocadoras de otros días, puentes de añoranza: así Sarrió, el epicúreo; así don Víctor, así Pepita la nunca bastante mentada Pepita, la del bello pelo rubio, abundante y sedoso, la de los ojos azules, la de la tez blanca y fina, la de las blancas, carnosas, transparentes y suaves manos que urden los encajes, mientras el dedo meñique enarcado vibra nerviosamente... Y con ellos todos los otros personajes, las buenas viejas de pueblo, vestidas de negro, apañadas, sencillas, suspirantes; los labradores atezados, rudos, humildes, de parco hablar y andar sosegado; los viejos hidalgos de pueblo «un poco echados á perder»—y con ellos los animales: los galgos, los grillos, hasta las arañas y los coleópteros, y más abajo las plantas, y más abajo aún, la misma tierra, esa amarilla, seca, brutal tierra manchega, que él ha hecho tan suya y que nadie ha pintado con tanta precisión, con tal vigor, con tan rigurosa y artística exactitud...

Aquel periodista político terrible, lleno de mala intención, que escribía sendos artículos furibundos comentando lo que no le interesaba y que por hacerlo friamente, calculadamente, resultaba más agresivo, más malo, es hoy, en toda su plenitud, el «hombre de recogimiento y de soledad, de meditación», que siempre ha sido intimamente; y por esto sus producciones van haciéndose cada vez más íntimas, más particulares y personales, llegando poco á poco á un exclusivismo egoista, que sería irritante sino obligara al perdón inmediato su manera de ser que no mueve contra él ningún rencor mezquino. Y ese gran cambio sufrido en la personalidad literaria de Martínez Ruiz, no siendo voluntario ni calculado, debe de haberse producido bajo el influjo de una de esas grandes y fatales emociones humanas, una de esas emociones que trastornan por completo el modo de ser, cambiando el prisma á cuyo través se suele contemplar la vida y la causa de ese cambio quizás pueda encontrarse en ese trágico *Diario de un enfermo*, libro de memoria, cuyo título no figura hoy en la lista de sus obras. Ese *Diario* puso punto á la parte combativa de su obra. En ella el estilo se transforma y la idea se aquieta. Señala un momento de transición,—como todos los grandes dolores.

En *La Voluntad*, en *Antonio Azorín*, este peregrino señor aparece como un ser que no tiene *autotelia*, que se deja llevar por sus impresiones del momento, por sus emociones del minuto; en *Las confesiones* se hace un tipo suave, recogido, algo desengañado, íntimamente desilusionado, viviendo agarrado á recuerdos que en vano tratan de asfixiar las olvidanzas que el mundo amontona en su incesante trajín; en *Los pueblos* surje como un observador paciente, perspicaz, que en momentos de aparente calma recuerda el ambiente cálido y sereno de los viejos pueblos, terminando con una sangrienta aunque apacible ironía; en *La ruta de Don Quijote* conviértese en un analista ducho y cruel, haciendo la disección de la raza en un momento preciso de su historia, mientras en su obra diaria, en sus cuentos, crónicas, impresiones y fantasías publicadas en las hojas diarias madrileñas, muéstrase el incansable trabajador que ha sido siempre, obstinado en una labor intensa, personalísima y elocuente.

Azorín, pensando claro y sintiendo hondo, libre de prejuicios,

exclusivo en su manera de ser, personal en su modo de decir, aparece hoy á la vista de quien vea y piense con precisión como el más pujante pensador de las nuevas generaciones literarias españolas, el más independiente y que por serlo dispone de la mayor autoridad para afirmar ó negar, opinando sobre una persona ó sobre un hecho... Además de que nunca dejará de ser el pequeño filósofo que al opinar hácelo conciente, deliberadamente, previo firme razonar sobre el pró y el contra.

Es Azorín la personalidad más interesante de la literatura española y la que, una vez aceptada como tal, más rapidamente hace camino en el corazón del lector, conquistando de golpe todas las simpatías. Lo difícil es, en este caso, que llegue á ser aceptado incondicionalmente, porque «su manera», tan especial y propia, aleja de su amistad á las personas que suelen correr detrás de la bullanga ruidosa, detrás del colorín de cromo, detrás de la brillazón del adjetivo y que por lo mismo huyen de los *raros*, esos hombres originales y audaces que tienen su estética y su moral.

En cambio, no le faltan los aplausos de los que en el arte quieren ver algo más que un simple pasatiempo, algo más que un modo de vivir. Van con él los que en el arte ven la exteriorización de la vida interna del artista y la intensificación de la vida universal, bajo formas bellas y útiles. Con él están los sensitivos, los emotivos, los románticos, (en el buen sentido de este desnaturalizado vocablo), los hombres de buena voluntad que aman la vida con la plenitud exhuberante de un epicúreo, aunque mezclando á todo su amor un leve tinte de tristeza crepuscular, propia á todo lo que por muy amado, por excesivamente amado, lleva consigo el amargor doloroso de lo condenado á irreparable pérdida; pues, por un doloroso complemento, la vida es más amarga para quienes más dulcemente la saborean, ya que á su placer se une el duelo de la pérdida próxima... Y he aquí por qué en los ojos de las mujeres más bellas pasan agoreras sombras de muerte; por qué los lábios que ríen forman al terminar la carcajada un rictus semejante al que precede al llanto; por qué en toda alegría, en todo placer, en todo espontáneo movimiento de con-

fianza hay un leve temblor de agonía, caído como una sombra del reino de lo invisible, de lo inenarrable...

Ver, observar, comentar todo esto; dar la síntesis dolorosa de ese *no se qué* he aquí la gran misión del arte á que ha llegado Emerson, á que Maeterlinck nos ha conducido muchas veces y á la que Azorín entre burlas y veras conduce todos sus tipos, comentando con ellos las grandes y obscuras páginas del Gran Libro.

JUAN MAS Y PÍ.

LA MESA [1]

I

Vestida está de lino,
como un altar, la mesa.
En la blancura del mantel, los iris
del cristal centellean.
—Sal y tesoro de policromía
por la munificencia
de nuestro amigo el sol, que nos regala
una sonrisa á cambio de un poema.—
Fresca en la jarra el agua, y rojo el vino,
á ser diamantes y rubies juegan,
y los claveles blancos
que te envió un poeta,
recuerdan desde el ánfora
con su fragancia intensa,
amistad, versos y palabrería
fragante como ellos. En la cesta
de mimbres, duerme el pan; duerme el silencio
en la estancia; en espera
de que tú le despiertes
con la vibración trémula

(1) Del libro titulado «*La casa de la primavera*», que aparecerá en breve.

de tu reir, duerme también el aire
sobre la clara estrofa, que en la mesa
están ritmando pan, lino, claveles,
cristal, plata, fragancia y agua fresca.
Humilde estrofa de la cotidiana
felicidad, discreta
cómplice del vivir ilusionado,
ara de paz que, sonriendo, esperas
á que vengamos á gustar los dones
de tu pan y tu amor, ¡bendita seas!

II

—¿Sabes, poeta loco,
á qué saben las fresas?
—¿A cariño?
—No tanto!
—¿A gloria?
—No lo aciertas.
Saben al saboreo
de esa emoción secreta,
y ténue, y fugitiva,
que hace vibrar al alma cuando sueña
que las palabras que le están diciendo
con la más elegante indiferencia
llevan dentro un latido
cordial, y si pudieran
florecerían en claveles rojos
de honda y apasionada reverencia.
—¡Sutil estais, mi amiga!
—¿Te burlas?
—¡No por cierto! En primavera
están muy en su punto
las interpretaciones de la ciencia
sentimental, y plácenme tus pláticas
sobre textos de amor ¡dulce maestra!
—No hablábamos de amor!

—Dame el azúcar
Y la nata.
—¿No es cierto que las fresas
parecen corazones chiquititos,
y da miedo morderlas?
—¡Pero saben tan bien!
—¡Materialista!

... Así la charla va sobre la mesa
corriendo y desgranándose
con paz de arroyo sobre una pradera.
Hoy las fresas, mañana las naranjas;
la dorada corteza
del pan, que trae olor á jaramago
y evocación de aldea;
las guindas — ¡huerto á orillas
del río y su frescura mañanera!;—
la miel, en cuyos oros
está el runrunear de las abejas
entre las matas de romero y salvia,
bajo la calentura de la siesta;
las manzanas que cantan: ¡Romería!
Todo está en todo, y todo en el poema
del humilde vivir, es buena estrofa
si el alma emocionada lo comenta.
¡Ay, amada!, que ríes y comprendes:
por la emoción serena
con que la simpatía de tu gozo
perfuma y dora estas
humildes refacciones que tú llamas
«comidas de muñeca»;
por la felicidad, que se hace verso
sobre el blanco mantel de nuestra mesa;
por la gloria del agua,
por la gracia del pan, por la madeja
de ilusiones que enredan nuestros ojos
y que nuestro cariño desenreda,

por todo esto, quememos nuestro incienso
antes que pase nuestra primavera,
y recemos agradecidamente:
—¡Vida, bendita seas!

III

...Estos pocos amigos
han venido á sentarse á nuestra mesa.
Si la soledad es grata,
la compañía es buena;
si el silencio es amable,
inestimable es la funambulesca
perleria de la palabrería
que surte loca, llena
de entusiasmo, encendida, paradógica,
del fondo de estas almas de poeta,
como un florecimiento, como una
lluvia de primavera
que fanfarronamente desgranase
sobre la gloria de las frondas nuevas
todo su peregrino
diamantear de estrellas.
Como es noche de junio, las ventanas
del comedor están todas abiertas,
y el aire que ha pasado
sobre las ya floridas madreselvas,
nos trae el buen olor de los jardines
recién regados; y esta
caricia perfumada
con su misterio nuestra charla aquieta.
Desenvuelve el silencio
su espiral, y la vuelta de la rueca
de la vida hila un siglo ó un segundo
¡quién lo sabe! — Alguien reza
como si suspirara — ¡Hermosa noche!—
—¡Ay, amada!, en las lentas

nocturnas comuniones
con hostia de emoción, por la serena
fragancia del suspiro
que sube de la tierra,
¿á dónde van las almas de los cuerpos
que están en torno de la misma mesa?
¿por qué jardines vagan?
¿qué mieles saborean?
¿Cómo será la lumbre de los ojos
porque cada una de estas bocas tiembla
al decirle á la noche: — ¡Hermosa noche!?
¿Dónde estará dormida la quimera
de cada desvelado pensamiento?
Tú, callando, respetas
el misterioso instante, y cuando tornan
las almas á conciencia,
sonríes, recogiendo en las sonrisas
que á la tuya contestan
la rosa espiritual del enigmático
florecimiento. Amiga de poetas
eres, y confidente de locuras:
cuando partes el pan de nuestra cena,
tus manos pequeñitas
son aves mensajeras
de algún sereno prometer. Bien creo
que la noche te ha dado de su hermética
ciencia la clave, y sabes el secreto
de los luceros y de las estrellas,
y que por eso el pan que nos repartes
duerme las inquietudes y despierta
los sueños, y hay un florecer de rosas
y hay un rocío de palabras buenas
en las almas de estos pocos amigos
que han venido á sentarse á nuestra mesa.

G. Martínez Sierra.

Madrid, Noviembre de 1907

UNA HISTORIA INMORAL

—Les aseguro que la cosa es verdad, ó por lo menos me la juraron. ¿Qué interés iba á tener en contarla? Es grave, sin duda; pero al lado de aquella chica de cuatro años que se clavó tranquilamente un cuchillo de cocina en el vientre, porque estaba cansada de vivir, el viejo de mi historia no vale nada.

—Eh, qué? Una criatura?—gritó la señora de Canning.

—Qué horror!—declamó Elena, volviéndose de golpe—Dónde fué, dónde?

El joven médico levantó la cabeza, nada sorprendido. Todos lo miramos, pues su presencia era más que específica tratándose de tales cosas.

—Vd. cree, doctor?—titubeó la madre. El éxito de mi cuento dependía de lo que él dijera. Por ventura se encogió de hombros, con una leve sonrisa:

—Es tan natural!—dijo, condescendiendo con nosotros.

—Pero cuatro años!—insistió, dolida en el fondo de su alma, la gruesa señora.—Angel de Dios! Y en el vientre, qué horror! Eh, Elena, viste? En el vientre!

—¡Sí, mamá, basta!—clamó aquélla, achuchada, cruzándose el saco sobre el vientre, lleno ya de entrañable frío. Como era graciosa, quedó muy mona con su gesto de infantil defensa.

Tuve que contar en seguida qué era eso de la criatura. Efectivamente, el caso había pasado meses antes en el Salto Oriental. Se trataba de una criatura que vivía con su abuela en los alre-

dedores. La pequeña era inteligente y callada—demasiado para su edad. Ya la abuela había contado á los vecinos que no le gustaba el excesivo juicio de su nieta: «No tiene más que cuatro años! Preferiría tener que pegarle por alocada.» Una mañana, mientras comían, la abuela se levantó á ver quien llamaba, y cuando volvió halló á su nieta de pie, apretándose las manos sobre el vientre. Enseguida vió en el suelo el cuchillo de cocina ensangrentado. Corrió desesperada, le apartó las manos y los intestinos cayeron. A las ocho del otro día vivía aún, pero no quería hablar. La noche anterior había respondido que estaba cansada de vivir; fué lo único que se pudo obtener de ella. No se había quejado un solo momento. Estaba perfectamente tranquila. No tenía fiebre ninguna. A las diez se volvió á la pared y poco después murió.

Esto fué lo que conté.

—Ya ven Vds.—concluí—que la historia es un poco más extraña que la del viejo. Siento no haber conocido á la chica esa. ¡Qué curiosa madera! Indudablemente si alguna vez hubo en el mundo una persona que creyó estar de más, esa es mi chiquilina. Se acabó.

—¡Sí, se acabó, ya lo vemos!—me reprendió la madre. Su tierno corazón estaba alterado.—Y pensar... Y Vds. doctor, cómo no ven Vds. esas cosas!

—Qué hacer!...

—Pero Vds. saben eso!

—Qué cosa?

Lo miró sorprendida, como si no se le hubiera ocurrido que podrían preguntarle qué era justa y concretamente lo que ella pensaba. Al fin extendió los dos brazos demostrativos:

—¡Pero eso, esa criatura!

—Sí, señora, sabemos eso, pero no podemos impedir que haya cuatro degenerados como esa personita. ¿Se acuerda Vd. de lo que le conté hoy en la mesa? Es lo mismo. Aquí indudablemente se trata de algo más, quién sabe qué herencia sobrecargada. Sobre todo esa insensibilidad al dolor... en fin, estamos llenos de estas cosas.

Nuestra respetable amiga siguió atentamente la vaga disquisi-

ción científica. No entendió una palabra, eso no tiene duda; pero su alma respetuosa de todo lo profundo comprendió á su modo, y se hubiera tirado al agua con los ojos cerrados en apoyo de lo que afirmaba el joven y estudioso sabio.

Nos callamos un momento. La noche estaba oscura, y sobre el agua invisible iba marchando el vapor Tritón, con el golpear sordo y precipitado de sus palas. El río picado hamacaba pesadamente al buque. De cuando en cuando, una ola corría desde proa á romperse en las aletas, con un chasquido silbante que estremecía á la borda en que estaba recostada Elena.

Esta se volvió á mí:

—No sabe más?

—Nada más; apenas eso.

—Es bastante, ya lo creo!—ratificó la madre.—No es invento suyo, verdad? Ah, no me acordaba de que el doctor dijo que eso pasa... Sí, sí, no dé las gracias, podría haberlo inventado. ¡Pobre criatura! Y sin embargo, no sé qué! Sufro mucho, y me gusta oír. Hay tantas cosas que una no sabe! Vd. conocerá muchos casos, no doctor?—se dirigió á éste.—Pero no se deben poder oír, sus casos!

—No tanto! Algunos sí, bastantes. Pero no veo qué interés pueda tener eso. Para nosotros, todavía, porque estamos dentro de todo... Y aún así...—Se llevó la mano á la barba y recostó la cabeza en el sillón, en su alta indiferencia mental por nosotros.

—Y Vd. señor?—se volvió la madre á Broqua.

Este Broqua formaba parte del grupo en que nos habíamos unido desde la noche anterior, por simples razones de mayor ó menor cultura. Para la charla anecdótica y sentimental de todo viaje, no era menester un mutuo aprecio excesivo, y estábamos contentos.

Broqua era un muchacho de cara tosca, que hablaba muy poco. Como parecía carecer de galante malicia y de sentimiento artístico sobre los paisajes aclamados minuto á minuto, había despertado ya vaga idea de ridículo en madre é hija.

Esa noche antes de salir afuera, Elena había tocado el piano en el salón. Broqua, que estaba á su lado, no apartó un momento los ojos de las manos de Elena, indiscreción que la tenía muy nerviosa. Tocaba con gusto, pero la insistencia de ese caballero, que

muy bien podía ser un maestro, le pareció un poco grosera. Cuando concluyó la felicitamos efusivamente, pero no quiso continuar. No había quien lo hiciera.

—Y Vd. señor, no toca el piano?—se volvió á Broqua.

—No, señorita.

—Pero sabe música!...

—Tampoco, absolutamente nada.

Esta vez Elena lo miró con extrañeza bastante chocante.

—Como miraba tanto lo que yo hacía...

—No, admiraba la agilidad. Me parece muy difícil eso—respondió naturalmente.

Elena y la madre cruzaron una rápida mirada. El joven sabio, á su vez, lo miró sorprendido. De esa ingenuidad á la zoncera no había más que un paso, y el médico, en comienzo de flirt con Elena, cambió con madre é hija una sonrisa de festiva solidaridad sobre el sujeto. Elena hizo una escala corriendo el busto sobre las teclas y se levantó. Como no hacía frío fuimos á popa.

Al sentirse interpelado sobre las historias, Broqua respondió

—Sí, señora, sé una, pero es un poco fuerte.

Otra vez cruzó el terceto una fugitiva mirada entre sí. Elena, no obstante, al oír *un poco fuerte*, creyó deber ponerse en seguida seria.

—Muchas gracias, señor—respondió desdeñosamente la madre, volviendo apenas la cabeza á Broqua.

—No, se puede oír, solamente que el asunto no es común y asusta un poco.

—Veamos, señor: ¿se puede oír ó no?

—Creo que sí, por lo menos una señora.

¿Qué curiosidad no se despierta? Apenas entablado el diálogo. Elena se había apresurado á charlar con el médico, como para establecer bien claro que ella no podía oír lo que tampoco debía.

—Elena!

—Mamá?—se volvió aquélla, muy extrañada.

—Tráeme la peineta grande del neceser, á la izquierda. El viento me ha despeinado horriblemente. No revuelvas, por Dios!

Posiblemente Elena tuvo deseos de hallar un poco tardía la necesidad de la peineta; pero al verse observada por la mirada cu-

riosa de Broqua y de mí, se resignó á no oír aquello, virginalmente ajena al motivo de su destierro.

Broqua la siguió con los ojos. Cuando desapareció comenzó:

—La historia es corta y sobre todo rara. Tal vez...

—Que no sea de criaturas, señor—interrumpió la señora—porque me aflijo mucho. No sé qué me da verlas sufrir así. No lo puedo remediar, siento una compasión que lloraría. A mi edad, verdad...? Y es así. La vez pasada oí contar que un hombre de la vía del tren—guardabarreras, no sé...—había dejado que el tren destrozara á su hija, que estaba jugando sobre la vía, para evitar una catástrofe. No tenía más que mover un poquito la barra de cambiar, y el tren hubiera tomado otro camino, chocando con otro! ¡Dejar matar á su propia hija, qué horror! Estuve dos días pensando en eso. ¡Qué abnegación, mi Dios! No puedo, absolutamente no puedo! El suyo es así?

—No señora, es muy distinto. En dos palabras: cuando yo era médico de una sociedad ...

Hubiera sido imposible que siguiera. La señora abrió desmesuradamente los ojos:

—Pero Vd. es médico, señor ?

—Sí, señora.

—Pero no sabíamos—repuso, mirándonos al joven sicólogo y á mí en su apoyo.

—Es lo mismo—respondió Broqua, mirándola á su vez con una sonrisa que hubiera sido de la más ridícula ironía, si no fuera de la más indiferente naturalidad.

Su eminente colega le lanzó una fría y rápida mirada escudriñadora. Entonces intervine.

—Ahora cambia de aspecto, señora. Por arriesgado que sea el caso, tendrá forzosamente otro carácter por ser un médico quien lo cuenta y lo podría oír hasta una criatura. Vd. sabe bien que en las grandes ciudades las señoras van á los institutos científicos á escuchar cosas que no oirían en otra parte, sin gritar. La ciencia, señora. Tal vez sería bueno el llamar á la señorita Elena...—agregué con la más hipócrita gravedad que pude, mirando hacia los corredores.

—No se incomode, señor—me cortó seca y dignamente.—Yo

puedo oír porque soy vieja ya... sí, señor, vieja! y desgraciadamente la experiencia nos hace ver cosas más crueles que las que podría contar el señor... el doctor. Es cierto, vemos muchas cosas horribles, pero nos enseñan á compadecer á los desgraciados de esta vida y á tolerar tantas cosas!

Era, sin duda, un gran corazón la gruesa dama. Elena no volvía, lo que probaba su también vieja experiencia de esos destierros. Como ya estábamos en paz, Broqua reanudó su relato.

—Cuando yo era médico de una sociedad, aquélla me mandó una vez al consultorio una mujer humilde, joven aún, pero muy quebrantada. Al cabo de dos minutos perdidos en evasivas por su temor de tocar el tema, me contó que tenía un hijo que sufría de una enfermedad extraña. Paso por encima su manera de decir; no quería precisar nada. Instada por mí, supe al fin que su hijo, de 20 años, odiaba á las mujeres, pero se desvivía por los vestidos. Desde chico era así. Parece que á los nueve años estuvo colocado en un taller de modistas y allí comenzó su perversión. Tampoco había sido nunca un muchacho viril, sino todo lo contrario. Tenía una colección de muñecas que vestía y desvestía. El mismo se vestía de mujer. Recortaba las siluetas femeninas que veía en los diarios y se quedaba horas perdidas mirándolas. A las mujeres las odiaba; le daban asco, es la palabra. Economizaba todo lo que podía para comprar trajes de mujeres delgadas, bien cortados. Si el dinero no le alcanzaba, compraba sólo una pollera. Se acostaba con ellos, y demás está decir las emociones que sentiría. Completamente, señora.

La madre no sabía qué hacer. Era una pobre mujer tímida, que había sido muy desgraciada con su marido. Lo que le espantaba más en su hijo era que su padre había sido lo mismo. Muy joven aún, y llevando una vida sobrado libre, había sido solicitada para que tratara de que el desgraciado ser en cuestión, después su marido, cobrara gusto con ella á los placeres reales del amor; así cambiaría. Efectivamente, eso pasó, y la pobre muchacha concluyó por enamorarse y se casaron. Al principio todo fué bien; pero á los pocos años volvió á su manía, complicada con accesos de idiotez y furias horribles. No había día en que no la pateara. Este calvario duró un año, al cabo del cual quedó loco.

La pobre mujer, que había llevado Dios sabe qué vida con su marido, se desesperó cuando notó que en su hijo se reproducían las mismas cosas del padre. Hasta la adolescencia tuvo esperanzas, pero se resignó á perderlas. Ya no sabía qué hacer.

Le aconsejé lo único posible: que su hijo tuviera relaciones con mujeres. Movió un rato la cabeza, triste y desconsolada.

—Ya lo pensé—me respondió—pero no quiere...

Como yo insistiera, me contó—y esto es lo que yo llamo abnegación, señora, grandeza y comprensión del amor más grandes que todas las honradeces—me contó que una noche, desesperada de angustia al ver que su hijo acababa de tener el primer ataque de idiotez, se esforzó en que aquél se olvidara de que ella era su madre. Más bien, hizo todo lo posible. Un momento, señora. La pobre mujer no se daba cuenta de toda la sobrehumana compasión que significaba eso. Estaba muerta de dolor, y no quería por nada que su hijo fuera lo que había sido el padre. Otro momento, señora, y acabo. Tampoco había sutilizado su acción, ni había gestos de sacrificio. Estaba ahogada de ternura y lástima por su pobre hijo, y no había visto nada más. Esto es todo.

Nuestra respetable amiga, que durante la historia de Broqua había intentado varias veces interrumpirlo, resignóse al fin á oír todo, ofreciéndose á sí misma, hinchando el cuello indignado, el sacrificio de su dignidad. Al concluir Broqua, se levantó lentamente y lo midió de abajo á arriba.

—¡Pero eso es inmundo!—explotó con un asco que salía del fondo de su gordo corazón.

—Eso es exactamente lo que dijeron las señoras de la Beneficencia, cuando supieron el caso—observó Broqua inclinándose—Perdóneme, señora. Comprendo muy bien que le cause mala impresión, pero ya ve que hubiera sido imposible que la señorita Elena oyera esto.

La dama dió vuelta la cabeza á medias y lo midió de arriba á abajo esta vez:

—No faltaba más, señor!...—Y se fué, con el busto dignamente arqueado adelante.

El eminente sicólogo continuó con nosotros media hora aún, sin hablar una palabra. Tuvo veleidades de decir algo, sin duda,

en defensa de sus amigas ofendidas; pero el manifiesto espíritu agresivo de Broqua, al contar esa historia, contuvo su gentil paladinismo, indigno, además — por las violencias posibles — de un cerebro superior. Se fué y quedamos solos hasta la una de la mañana. Broqua se consideraba suficientemente vengado y estaba tranquilo. Indudablemente, se dejó llevar un poco y yo también. Pero ¡qué diablos!...

A la mañana siguiente, muy temprano, desembarcaron madre é hija. Broqua y yo estábamos recostados de codos en la borda, tomando el sol. La madre nos vió en seguida, pero apretó los labios, con un rápido tirón á la manga de Elena para que evitara vernos. No obstante, al alejarse por fin por el muelle, Elena dirigió á Broqua una fugitiva mirada de curiosidad. Me pareció por su expresión—Dios me perdone—que le habían contado la historia.

HORACIO QUIROGA.

LA POESÍA DEL PROGRESO

El cielo estaba hinchado de nubes, que descargaban sobre Madrid una lluvia fuerte y continua. Un poeta y yo paseábamos por la calle de Alcalá. En la acera abrillantada por la lluvia, el luminar de los tranvías se espejeaba temblorosamente, y de los arcos voltáicos brotaba una suerte de resplandor lunar, un cabrilleo de ópalos y esmeraldas y una refracción violácea, donde vibraban serpentinas de oro .

Un automóvil pasó raudamente, con sus pupilas radiantes, que le abrían, entre la lluvia, una senda de luz. El poeta y yo veíamos llegar y alejarse á los tranvías con los focos en sus topes y sus señales polícromas en lo alto que se redondeaban como piedras preciosas de una grandeza oriental. La lluvia, al empañar los cristales, llenaba de misterio el interior de los coches, y las figuras de los viajeros adquirían una imprecisión de ensueño. Los vestidos claros de las mujeres se apagaban en las obscuras siluetas de los hombres, y alguna mano infantil con sus dedos de rosa, hacía transparente un espacio del vidrio para atisbar por él. Los coches de punto cruzaban chorreando con sus caballos héticos y sus cocheros maldicientes en medio de los faroles lívidos.

Los tranvías transitaban, y sus ruedas sobre los rieles húmedos y brillantes, y sus trolleys recorriendo los cables, arrancaban chispas eléctricas, fulgurantes, rojas, violáceas; chispas de un iris, neurótico, de una luz cegadora y efímera, de una luz de vicio,

de locura y de magia; chispas crepitantes, musicales, con un ritmo violento y extraño, como el ritmo de un himno nocturno.

El poeta y yo, conmovidos, dejábamos caer la lluvia sobre nosotros. Contemplábamos á los viandantes que huían bajo el amparo inútil de sus paraguas, sobre cuyas cúpulas movedizas la lluvia y la luz hacían diamantinos juegos de claroscuro. Mirábamos á las mujeres: iban algunas ceñidas en sus mantones, negras, trágicas, como visiones de dolor y tristeza; otras, ligeras, ondulantes, con la gracia de la falda recogida, mostrando, entre sedas y encajes, una seducción...

Y seguían pasando, á toda prisa, los coches de punto. Se escuchaba el restallar de los látigos y se veía el esfuerzo de los jamelgos que, al herir con sus cascos al empedrado, hacían brotar chispas tristes y melancólicas, chispas rastreras y humildes que se rendían al portento luminoso del fluído eléctrico.

Caía, ya mansamente, la lluvia, y yo le dije al poeta:

—¿No crees tú que estas cosas, los tranvías y los automóviles, empiezan á hacerse románticas? ¿No crees tú que debemos comenzar á amarlas? Fíjate que han nacido con nosotros, que son de nuestra época y de nuestra vida. Tú dirás que tienen una pesadez mecánica y un aspecto ciudadano y burgués.—¡Y qué importa! Nosotros podemos quitarles esa pesadez y ese aspecto.—Tú eres poeta: ahora tus idilios no deberán desarrollarse en góndolas, en sillas de postas ni en vetustas diligencias. Deberán desarrollarse en automóvil. En automóvil van las Manon y los De Grieux de hoy... Podrás cantar al vértigo de la distancia y tendrás motivos para epitalamios y para elegías.—Podrás hacer raras estrofas de versos rápidos y de ritmos dislocados y relampagueantes.—Por tus versos nuevos pasarán reyes pálidos y espectrales hombres enterrados en pieles, damas rígidas, é impasibles, mujeres de placer y vírgenes de velos blancos que el viento de la carrera á la Nada pondrá, trágicamente, rígidos sobre el cielo de los crepúsculos... Si tú lo quieres, poeta, podemos matar al Progreso.—Vamos á quitarle lo que tiene de antipático y de intruso, y para esto comencemos á amar las cosas nuevas y á llenarlas de poesía, porque la poesía donde está es en los hombres y no en las cosas, ¿no es verdad?

—Es verdad, dijo el poeta.—Yo empiezo á sentir en mí el nacimiento de esa poesía, pero nace poco á poco y con dolor. Tengo el alma conquistada por las cosas lejanas, desconocidas que se apagan al exterior, con un apagamiento que yo respiro y que no es sino el alma temblorosa de la humana tristeza... Si; yo empiezo á sentir que en mí nace esta nueva poesía del Progreso, pero nace poco á poco y con dolor. Nace todavía sobre cenizas calientes...

La lluvia iba aplacándose y en lo alto comenzaban á brillar las estrellas. El tintinear de los tranvías, el chasquido de los látigos y el anuncio de los periódicos, cantaban el himno bullicioso de la ciudad. La gente cerrando sus paraguas, volvía á la calle, y el poeta y yo, después de darnos las manos, nos perdimos entre la multitud.

ALBERTO INSÚA.

Madrid, Noviembre de 1907.

LA COPLA EN EL CAMINO

Son las chumberas beatas cojas:
Moliendo están de tres en tres,
Por el cordón de encías rojas,
Los kiries..... *ite, missa est.*

La platanera es la nodriza,
Que era zagala en Portugal,
Con su cadera tan maciza
Y su parlar de pan sin sal.

El limonero... el limonero
Palmea el hombro al viento sud
Y hace sonetos al jilguero:
—Eres de plata y seda, tú...

Está pensando un consonante
Que tenga de ágata y de añil
Y tenga el ánima vagante
Como la tiene el mes de abril.

El fruto de oro se le hamaca
Cual seno blando de vestal,
Con ese aroma de alhahaca
Y corazón de pan candeal...

Vanidosillo es el cerezo
Que se dá tono de cuestor;
El sauce es un buen padre obeso
Que vá al entierro de un señor...

La enjuta vid es un asceta,
—Como el de Tours, como el de Assís,—
Cuando predica le oye inquieta
La mata tísica de anís.

La comelina vá á la escuela
Con su planilla, su abecé,
Y algunos huesos de ciruela
Bajo la blusa color té.

Los pajes rubios, los rosales
De quince octubres, pajes son,
Que hablan de heráldica, de briales
Y de historietas de centón.

La madreselva viste luna
Cuando se viene Navidad;
La madreselva triste es una
Hermanita de caridad.

La tapia en ruina de la huerta
De madreselva blanca está,
Y en la mañana se despierta
Como llovida de maná.

Hay un toronjo que es barquero
Sobre las rías del salmón...
—Barquero, rema más ligero,
—Daca, de prima, mi doblón.

—Tú que has hilado tanto lino
Dime del lino la color,
—El lino es claro como trino
De ruiseñor que tiene amor.

La malva es una señorita
De *five o'clock*, que lee á Verlaine
Y en la acuarela se ejercita
Para su edad bastante bien...

Y el roble joven... ah!, boyero
De las doncellas forzador,
Guarte no llegue el molinero
Más atrevido que un azor!.

La malva, toda de esmeralda,
Chilla si siente tu raigón:
—¡Ay!, ¡no me pise usted la falda!
—¡Me ha desprendido el cinturón!.

Para la grama menudita
El viento tiene una canción,
La grama ingénua y pequeñita
Novia es del viento volantón.

Copla del viento es copla suave
Como de brin que llueve y,
Como girar de vieja llave
En cerradura de rubí.

Copla del viento es todo dengue
De pisaverde ó de galán...
Copla del viento es de merengue
Con burbujeos de champan.

La ruda urgante porta cuentos
Desde el atajo hasta el lomar;
Esta infantil trotaconventos
Trajina solo por yantar.

¡Y quién la vé tan recogida!,
¡Tan alita de serafín...!
¡Si es esa ruda una perdida
Que anda por todo cafetín...!

¡Muy bien le está que los lagartos
Ruñan lo blando de su pie,
Y que la líe con espartos
El mercader de mala fé!.

¡Muy bien le está!... se deschabeta
La chismosilla de arrabal
Y hace llorar á la violeta
Contando tanto y tanto mal.

Una violeta es como un leve
Padrenuestro de boca en flor...
—Padrenuestro llueve, llueve
Que tengo miedo del calor...

El clavel doble tiene mucha
Canela y sangre musical...
Está bailando una cachucha
La macarena más sensual.

La moza baila y se fatiga:
¡Clavel! ¡Clavel entre la miés!...
Carne morena... media y liga...
Rosario... Pura... Gloria... Inés...

El pino dice agorerías
En el silencio matinal:
—Pino albar, ¿cuántos son mis días?
—La cuenta siempre fina mal...

—Pino que rezas en voz baja,
Pino agorero, pino albar,
De pino albar será la caja
En que me han de amortajar.

Caja de pino con retoño
Para enterrar á un rimador...
¡Ah!, que lo entierren en otoño...
Pongan también alguna flor...

El pino dice agorerías
Junto al molino rumiador,
Arriba están las Tres Marías
Oyendo al pino rezador.

El pino dice agorerías
Para el vientiño vesperal,
Los pobres van á romerías
Y el pino reza en su misal...

Trigo que medras en los llanos
Trigo moreno y bailarín,
Son tus espigas como manos
De algún enfermo querubín.

Eres igual á los de Hungría
Volatineros que se van
Rociando ensueño en la alquería
Para tener cecina y pan.

Eres igual á los donceles
Que quieren irse hasta París
Con sus sonetos y rondeles...
¡Pobres!... los pobres Glatignys!...

Ya se ha tornado á la aldehuela
Tanto hijo pródigo huidor,
Con ellos sé como una abuela
Trigo moreno y cimbrador.

Es una vieja avellanada
La zarza oscura del casal
Y pringa el pan en mermelada
Para su nieto el colegial.

La enredadera es morenucha
Novia que aguarda á su galán...
El mozo fuese con la hucha
Por una saya de fustán.

Los jazmineros de flor maja
Vuelan en potro montaraz.
Amantes son de Lindaraja,
¡Cómo galopa su alfaraz!.

El manzanal en la cancilla
Pregona el fruto tempranón:
—Hay tabardilla, tabardilla
Para guardar en el arcón.

Cebada, cáscara de oro,
Eres pastor del Norte... Oíd
Cómo el pastor canta en el coro:
Simget dem Herrn ein neues lied.

.....

¡Ah!, si tuviera mano sabia
De artesano de madrigal,
Finder errante en la Moravia
Y en la Gascuña, menestral .

¡Ah!, si yo fuera algún coplero
De la Azucena de Jhessé,
De corazón cascabelero
En que ha llovido agua de fé.

Yo correría los caminos
En que hay cantáridas y hay sol
Y charcas verdes y molinos
Y aljofarados en la col.

(La mansuetud de la llanada
—Leche á la sombra y felpa al sol—
Es de basílica embrujada
Por una gárgara de oriol.

(Chozas de junco... salen perros
—Ojos de cuarzo con café—
Corre agua limpia entre los berros
Y se la siente y no se vé.

(En las cunetas secas suelen
Las lagartijas dormir y,
Arriba hay élitros que muelen
Una canción de güirirí.

(Van los rebaños corderinos
Paso, pasito, hasta el linar...
Es mes de enero... los caminos
Están borrachos de cantar...)

En los caminos danzarines
Como un alegre corazón
Pondría ritmos en las crines
Que alborotase mi canción.

Una canción por mis amigos,
Una canción por mi canción
Y otra canción para los trigos,
Para los frutos en sazón.

Para las novias que son ramas
Para los niños que son flor
Y los arbustos que son damas
Que se olvidaron del amor.

ENRIQUE J. BANCHS.

EUCARISTICA

Á DON CARLOS OCTAVIO BUNGE

Ah! le douceur de vivre indeciblement pur!

EDMOND HARANCOURT.

(L'âme nue)

Genuflexos, ante el altar del Santo Gonzaga, oraban en la gloria de la mañana de Mayo, bañados en polícroma fanfarria de luz, con que el Sol, filtrándose al través de las historiadas vidrieras, innundaba la capilla. En la iglesia, de ese risueño gótico, todo blanco y oro, típico de las residencias de la orden, la Santa Virgen María fulguraba envuelta en un nimbo de llamas. La cabeza de la imágen se inclinaba ambigua, sin que pudiese saberse si era fatigada por el peso de la corona empedrada de diamantes y zafiros—los heráldicos gules símbolo del amor y de la alegría celestiales—ó en un gesto amable de gran dama recibiendo un homenaje mientras con una mano sostenía un Jesús mofletudo y recojía con la otra su manto de rara magnificencia zodiacal. A sus pies la imágen andrógina del franco príncipe Luis, el Santo, alzaba hacia la bóveda tachonada de luceros sus ojos pintados de azul. En búcaros de irisado vidrio, azucenas litúrgicas erguían sus tallos y abrían el virginal enigma de sus flores mientras á entrambos lados del altar descendían como por la escala de Jacob, angélica procesión de concertantes.

Arrodillados en sus reclinatorios, Juan y Jesús, oraban en espera de la reconciliación con que sus almas puras hallaríanse dignas de recibir la visita de Dios hecho hombre. Cruzados los bracitos lazados de blanco, sobre el pecho, alzadas hacia la imágen las cabezas donde aún no anidara el ave siniestra de un mal pensamiento, eras las preces en sus labios como cándidas palomas que dejando el nido volaban hácia el trono de Dios.

Rubio, pálido, de doradas crenchas y pupilas de cielo, Jesús, moreno de rasgados ojos de sombra y ensortijados bucles, Juan—Murillo y Rafael—á la endeble elegancia del primero oponía el segundo la viril petulancia candorosa de sus doce años. Y sus figuras eran trasunto fiel de sus almas, toda ternura, temor y melancolía la de Jesús; toda resolución, apasionamiento y valor la de Juan.

Huérfano, rico, noble, enfermizo, confinado, por el egoismo de sus tutores, en aquel colegio, Jesús, duque de Nazareth, había hallado su defensa, en las luchas de educandos, en la adolescente energía de Juan Jordán, segundón de noble familia provinciana. Eran inseparables los dos amigos; fraternal afecto les unía y la vida deslizábase para ellos feliz, igual, monótona, llena por aquel cariño que les ayudaba á sobrellevar las contrariedades de la existencia de encierro, compartiendo estudios, recreos, devociones, venciendo Jesús la hostilidad de sus compañeros, gracias á la victoriosa y audaz simpatía de Juan, benévolos, á las travesuras de éste, los maestros, ante la intervención del de Nazareth. Así al volar del tiempo llegó, insensiblemente, el día, deseado con fervor, de acercarse á la Sagrada Mesa.

Un débil llamamiento del Padre sacó á Jesús de su devoto rezar y llevóle á los pies del confesionario; el negro manteo abríase como dos alas negras, inmensas—alas que dicen servir para volar al cielo—aprisionando al Inocente. La mano enjuta, descarnada, dorada de tabaco posóse en la áurea guedeja y la voz pastosa tras breve musitar de oraciones comenzó las preguntas de rúbrica;

—A ver hijo si recuerdas algún otro pecadillo... Piensa que Dios Nuestro Señor que murió por nosotros te hace hoy la gran merced de venir á ti.

Tras un instante de pausa la voz pura negó:

—No, Padre.

—A ver—insistió el cura—Piensa bien... Alguna mentirilla... Alguna falta de respeto...

—No recuerdo, Padre — tornó á replicar.

El confesor se detuvo y miró al niño. La divina claridad que emanaba de sus ojos, ojos *de color de cielo* irradiaba sobre el rostro cándido prestándole un aura de luz.

—¿Papás no tienes, verdad hijo mio?

—No, Padre.

—¿Hermanitos?—interrogó nuevamente.

—Tampoco.

Calló el presbítero de nuevo. Vacilaba; aquel candor que lucía en el rostro infantil le imponía respeto. Sin embargo siguió:

—¿Amigos?... ¿Algún amigo á quien quieres mucho?

Con espontaneidad entusiasta replicó vivaz;

—Si, Padre, uno á quien quiero mucho, Jeck. Es como un hermano.

Los ojos sagaces, fríos, grises, que penetraban cortantes como navajas en la carne escudriñaron al penitente como si quisiesen leer hasta el fondo de su alma. Reflejaba inocencia tal que el jesuita vaciló. ¿Seríale permitido sondear abismos que tal vez no existían?

La pregunta infame detúvose en sus labios un instante y al fin surgió velada.

El niño con los ojos muy abiertos, llenos de temor y asombro denegó enérgico con la cabecita de querube, apretando los labios para no sollozar é inclinando la frente para recibir el exorcismo de aquella cruz que borraría el pecado pero no retornaría el candor perdido.

Nuevamente arrodillado ante el altar esperaba el supremo instante. De lo alto de la bóveda, el órgano dejaba caer sus notas graves, armoniosas: un coro de voces entonaban un Hosana á la gloria del Hacedor. Y el Sol, triunfal, rutilaba en los dorados y espolvoreaba con el iris de sus rayos el recinto Santo. Ante el eucarístico misterio, hasta una docena de niños arrodillados hacían ofrenda de sus vidas. Eran los unos frescos y rosados co-

mo plebeyos frutos, eran los otros pálidos y elegantes como infantes de un legendario país de ensueño. El oficiante revestido con fastuosa magnificencia avanzó hacia ellos sosteniendo en una mano el cáliz de oro incrustado de piedras preciosas y en la otra la hostia, cuerpo de Dios, mientras sus labios murmuraban las preces litúrgicas.

Juan y Jesús habían inclinado la frente entre sus manos y arrobados daban gracias por la alta merced. Pero tal vez la paz había huido de sus almas y algo que no era santo conturbaba su espíritu. Porque hay revelaciones que á semejanza de ciertos trágicos males, con su contacto mancillan una vida entera.

Acabó la misa y fueron á reunirse todos, alegres, locuaces, risueños, con los suyos que les aguardaban en las inmensas galerías.

Juan y Jesús también salieron. A ellos nadie les esperaba. Jordán más fuerte se encojió de hombros y en ademán adorablemente fraternal tendió sus brazos á Jesús. El niño le miró, rechazóle suavemente y se alejó llorando...

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

Madrid, Noviembre de 1907.

PROSAS PARA MARGOT

Á MARGOT

Prosas?... Sí, y todas para tí, mi inolvidable Margot. La primera la escribí cuando apenas empezaba á florecer nuestro cariño, y la última, ah!, la última, bien sabes tú que me ha costado muchas, pero muchas lágrimas! Hoy cuando nuestras miradas vuelven á encontrarse, hallamos en ellas una infinita tristeza; pero esta tristeza, ¿á qué negarlo?, nos es melancólicamente agradable. Después de tantas agitaciones como hemos experimentado, después de tantas y tantas recriminaciones como nos hemos dirijido, después de haber atravesado, como lo hemos hecho, triunfalmente, el peligroso bosque de nuestros amores, dejando entre sus zarzas muchas ilusiones, justo es que retorne hacia nosotros esa dulce pasividad que adormece las almas después de las grandes borrascas.

Porque nuestros amores, encantadora Margot, estuvieron llenos de peligros y de misterios. La luz resplandeciente del sol no iluminó jamás la pecaminosa sonrisa de tus labios y el beso que los míos depositaban en la rosa sangrienta de los tuyos, tenía siempre que buscar la enfermiza obscuridad de la alcoba. Fuímos criminales, lo confieso, pero no arrepentidos. Había algo de refinadamente perverso en nuestros deliquios carnales. Sabíamos que otro sufría mientras nosotros gozábamos y esto, acrecentaba y multiplicaba nuestras sensaciones. Muchas veces, en medio de la noche, abriendo desmesuradamente los ojos en las

tinieblas, solíamos contener nuestros suspiros para escuchar. Y oíamos, sí, oíamos pasos sigilosos deslizarse sobre las baldosas del patio; manos temblorosas que tocaban quedo, muy quedamente el pestillo de la puerta que nos resguardaba, al mismo tiempo que adivinábamos el roce de una oreja aplicada á la cerradura. Y nuestros labios, con un terror lleno de voluptuosidad, murmuraban, es él, sí, es él. Luego, el rumor producido por aquellas manos cesaba, los pasos iban, poco á poco, perdiéndose á la distancia, hasta que minutos después, una tos seca, vieja, lamentablemente cascada y decrépita, nos anunciaba que estábamos fuera de todo peligro. Y entonces, con esa brama de lujuria que azaetea y punza los nervios cuando el placer ha sido interrumpido; con esa rabia del deliquio que hace estremecer la carne y crujir los huesos; con esa tensión furiosa que obliga á los brazos á entrelazarse y á los muslos á estrujarse cual si quisieran fundirse los unos con los otros, el espasmo llegaba con toda su divina y luminosa cohorte de delicias.

Oh! Margot, nuestras noches han sido licensiosamente encantadoras. Hemos bebido todos los vinos en la copa de nuestra dicha. Nada, absolutamente nada se nos ha olvidado y el poema entonado por nosotros á la carne, con nuestra misma carne, no será jamás superado por nadie.

Justo es pues, que este libro sea para tí .En él hallarás relatada toda la odisea de nuestros delirios nocturnos, en él hallarás todo aquello que te fué grato y todo aquello que halagó, no mi espíritu, que siempre fué triste, sino mi cerebro. Porque á tí, bien te consta, jamas pude amarte con ese amor místico que Petrarca inmortalizó en sus versos luminosos...

* * *

Tus caricias, Margot inolvidable, fueron raras y complicadas. Dias hubo en que sólo me besaste en la frente como si temieras mancharte con el contacto de mis labios. En esos momentos un ténue incomprensible rubor solía cubrir tus mejillas y más parecías una virgen temerosa del pecado que la mujer criminal que, en no lejanos tiempos, había llegado hasta el amor sacrílego.

Y ésta ductilidad amorosa que poseías para transformarte á tu antojo, era casualmente lo que más me agradaba en tí.

Mucho dudé al principio de la sinceridad de esos cambios repentinos, pero tuve que convencerme al fin. En el breve plazo señalado para nuestras relaciones fuiste siempre la misma. Si me engañaste no puedo menos que agradecerte ese engaño que me hizo tan feliz, tan feliz, que aun hoy, cuando mis ojos te miran creen hallar en los tuyos algo de esa virginidad y de esa lujuria que sabías ofrecerme cuando me besabas ...

José Pardo.

BAJO LA ANGUSTIA

Dijo anoche su canto de muerte
la canción de la tos, en tu pecho,
y al mojarse en las notas rojizas
mostró flores de sangre el pañuelo.
¡Pobrecitas las carnes fatales
consumidas por fiebres de fuego,
para ellas las buenas, las tristes,
tiene un blanco sudario el Invierno!
Mira: abrígate bien, hermanita,
mira: abrígate bien, yo no quiero
ver que cierre tus ojos la bruja
de los flacos y frígidos dedos.
Hermanita: me invade una pena
al oirte gemir, que presiento
las postreras, nocturnas heladas,
las temidas del árbol enfermo...
¡Si supieras!... blandones sombríos
me parecen tus ojos tan negros...
y tu lívida faz taciturna
un fatídico heraldo de duelo.
¡Si supieras! A veces me asaltan
tus visiones sangrientas; no duermo
al pensar, en mis ratos horribles,
que te pasas la noche tosiendo;

al pensar en tu vida deshecha,
cuando miro esfumarse en mi ensueño
tus nerviosos esguinces de insana,
y moverse y cruzar tu esqueleto...
... Hermanita: hace frío, ya es hora
de los suaves calores del lecho,
pero cambia la colcha... esa blanca
me recuerda el ajuar de los muertos!...

AL PASAR

Ella salía del taller, pensando
en la madre que enferma la esperaba
para alentar de nuevo á media noche
el monótono canto de la máquina.

El volvía del Club. Viejo vicioso,
á veces su senil ardor buscaba
con aire de sultán, aunque era eunuco,
los serrallos que ofrece la desgracia...

Y de pronto la vió. Con un incendio
de bestial delincuencia en la mirada
y como un usurero del deleite,
calculó el precio de esa carne aciaga.

La detuvo, y hablándola al oido,
temblando su deseo en las palabras,
¡quien sabe que le dijo el miserable
que llena de asco le escupió en la cara!

EVARISTO CARRIEGO.

LA CORTE DE LOS MILAGROS

Peter Pardiggle is one of those men who cannot believe three and seven are ten.

TOM HOOD.

Peter Pardiggle miró las mesas del café, buscando á alguien.

—Chist!, Aquí!, gritó con apresuramiento una vocecita desgarrada, enferma.

Y Peter fué á sentarse junto á sus compañeros de la víspera, de hoy, de mañana, de siempre. Eran los inseparables. Un desprecio mútuo los ligaba. Esa inversión del evangelio tenía para ellos la fuerza de una necesidad. Debían sonreírse á horas determinadas, dejando serpentear frases sobre esfuerzos agenos. Debían calumniarse las restantes. El incidente, el detalle, había formado aquel grupo que el dicho de un bohemio borracho bautizara con el nombre de «Corte de los milagros». El dicho tuvo el éxito de lo prohibido; hízose patrimonio de muchos; quedó.

La «Corte de los Milagros» sesionaba cuotidianamente en algún café, en cualquier café. Exigían sus espíritus fuera en alguno muy concurrido. La ilusión de que ojos distraídos los seguían en sus gestos, hacía de aquella corte, una corte de autócratas.

—Mozo, un wisky!

—Te has mojado mucho?

—No, un poco.

—Es un tiempo perro, me revienta.

—El médico me ha recomendado me cuide mucho. Pero, quién

demonios hace caso á los médicos. Al fin y al cabo, ¿qué me importa? Debo morir una vez.

—Es verdad; sin embargo, morir desconocido es muy triste.

—Tienes razón, es muy triste, muy triste...

Azotó un *algo* el grupo. Sintieron el miedo de la nada, de no ser nada. Peter, encendiendo su pipa fué siguiendo con mirada indiferente una bocanada de humo que en giros siempre más extensos fué perdiéndose. Luego, por la indiscreción de un ancho vidrio vió cruzar la calle, esfuminados, borrosos, muchos cansancios, caras tal vez pálidas, curvas angulosas, incompletas. Sus compañeros sentían el silencio interior, el más terrible de los castigos. Las charlas de los demás eran insuficientes para despertarlos. Parecían unos perfectos egoístas.

Peter, mientras se servía con cuidado de químico su wisky, abarcó aquellos tipos de su obras posteriores. En una testa descubierta para que apreciaran sus cabellos de una rebeldía dorada, en una testa en perpétua agitación por fabricar frases que valdrían un ademán, veía un neurasténico que debía llenar un cuento extravagante, un cuento manchado de psiquiatrías. En un sombrero de anchas alas sombreando una vanidad y una corbata flotante, vaporosa, sirviendo de marco á un rostro que por haber dicho alguien recordaba á Zola, veía siempre retratado en los espejos del salón, analizaba recuerdos de páginas de Murger y evocaba París, sus hospitales, y muchas existencias más dolorosas que una maternidad trunca. En una mancha amarillenta de líneas bruscas que estereotipaban una risa enorme debajo unos ojos tan abiertos que parecían nunca alcanzaran á ver, reconocía un moralista, y moralista era porque siempre rezaba estupideces y lógicamente puro, un alma de destilaciones sucesivas, llena de los sanchismos que se escuchan con benevolencia y con benevolencia se les concede autoridad. Y por fin, en una barba rala, descuidada, una boca de cerco circunflejo, una vocecita desgarrada, enferma, lacras de vicios infames, unas espaldas arqueadas, estrechas que se ensanchaban en busca de una ruptura final, para vomitar una tos implacable, estaba el tema de un artículo, donde concluido iba á vivir el proceso de una enfermedad de la decadencia. Peter volvió á adivinar por el vidrio otras caras. Las del café,

como las de los *suyos*, eran casi todas nobles, hubieran honrado la corte de los milagros.

Irrumpió un pilluelo, una pincelada impresionista de arrabal, y gritó el nombre de un periódico, el título de un telegrama; interrogó con la mirada, una mirada de hartazgos precoces... Desapareció temiendo la total muerte del día y con ella, las indignaciones de algún artículo de fondo.

—Gavroche! sonrió el sombrero de anchas alas.

—La larva del crimen!, pontificó la testa rubia...

Habían roto el silencio.

—La larva del crimen! Esos chicos son de la especie de los sub-hombres. En su ambiente se llama amor el revolcar de carnes mugrientas, de carnes cansadas que la naturaleza ha privado de espíritu, como á la tierra para que se fecunden mejor, para que no comprendan más allá de la mecánica de la fecundación. No conocen el odio; obran á impulso. Esos chicos conocen todas las infamias porque las adivinan; la escuela, si la han cruzado, les deja al recuerdo del yugo; un maestro, y me pongo en el mejor de los casos, un verdadero maestro que no ha tenido la debilidad congénita de ser pedagogo, les ha enseñado á leer, á escribir, les ha hablado... Bah! la larva. Haré algún día la disociación de la larva, una psicología minuciosa y demostraré cómo se genera el crimen, un crimen completo. Cuando aparezca mi obra, donde se hermanarán sin obstruirse Verlaine, Ibsen, Sade y Mallarmé nadie se atreverá á discutir la existencia de la literatura nacional...

—Lo que vos debías hacer es concluir primero tu drama, insinuó la vocecita desgarrada.

—Mi drama? Había concluído un acto y lo rompí. He cambiado de tesis. La *otra* parecía copiada de *Fecondité*. La *nueva* es completamente contraria. Sostengo que todo matrimonio no debe tener más de un hijo para que educado con mayor suma de cariños y de cuidados, forme una raza fuerte, superior. La despoblación consecuente de mi tésis, hará el mundo mejor, más apropiado para la felicidad. El reparto de medios será mucho más fácil. Un argumento no sé si original, pero digno de serlo. Si el niño muere, es porqué es débil, la educación estaba mal encaminada. Es

necesario reanudar de nuevo. Ni una escena para el público. Hablaré á cada espectador. Hay una madre que reclama la muerte del hijo que se agita en sus entrañas: ya tiene uno, es demasiado.

—Eso dará lugar á un escándalo!

—Mejor que mejor; el escándalo es lo que debemos ambicionar para abrirnos paso.

Es preciso que formemos el auditorio, que llamemos la atención. Cuando la espectativa exista, entonces hablaremos. Debemos preocuparnos de nosotros. Con dos ó tres dramas me pongo á la cabeza de los autores nacionales.

—Y si te silvan?

—Publico la obra.

—Y el editor?

—Ya lo encontraré. Una serie de artículos rajantes contra el público, me aseguran editor.

—Yo se lo mandaría á Zacconi.

—Magnífico. Peter me lo traduce al italiano y lo mando. Figúrate la sorpresa cuando salga en los diarios un telegrama: «Exito de un autor argentino». «La vita nuova», el título de mi drama y mi nombre intrigue á los periodistas y me busquen. Crónicas, interview, caricatura en *Caras y Caretas*, cabeza conocida en *Pulgarcito*. Y con ese triunfo á París, á la *cité lumiére*, á conquistar aquéllo. Y modestia aparte, allí está nuestro puesto en el combate. Los cinco allí...

—Los cuatro: Exclúyanme á mí.

—Bueno, los cuatro, Peter no viene. *Les américains*, los rayos de la indiada. Hasta podríamos hacer libros para el *Mercure*.

—Sí, ché, Lugones y Rubén Dario se repiten. Hay que renovarlo todo. Nuevas formas, nuevas escuelas. Es la ley fatal, los nuevos deben luchar con los viejos. En literatura, un año da patente de vejez. Creo que debíamos empezar por una revista...

—Es una idea que tengo hace mucho tiempo y que debemos realizar. La llamaremos *Lumen*. Un nombre que á tasarsé bien se tasa en veintinueve dineros. *Lumen* será una bandera. Allí tendría cabida tu obra, Peter.

—Mi obra la publicarán los *otros*, se publicará sola... murmuró Peter. Su obra era *él*, no quería que la tocaran. La había escrito

viviéndola. Heredero de una fé católica había sido internado en una escuela donde los lobos negros le mataran la voluntad. Una rebeldía postrera hizo le expusaran. Escuchó muchos profesores, leyó cuantos libros pudo. Se hizo un negativo. La vida era solo una cosa curiosa, apenas digna de la curiosidad. Nada existía de más estúpido que la linterna de Diógenes. A los juicios que pretendían pesarlo, les hacía el desprecio de creerlos sinceros. Vivir una ilusión entre ilusiones, era un martirio infinito, un martirio místico que debía sufrirse para estudiar sus fases sucesivas que encierran un nuevo elemento propio para reforzar un sedimento que desconocemos, que desconoceremos, pero que integra un móvil también desconocido. Desde que adquirió la convicción de que las cosas tienen alma, quiso ser del alma de las cosas. La labor de los hombres nunca logrará ni una verdad, ni la verdad. Fabricará tal vez una lógica, es decir, lo exterior, el armazón, jamás el contenido. Por eso Tom Hood, lo definió: «Peter Pardiggle is one of those men, who cannot believe three and seven are ten». Su obra era una mole de dudas, una oración de creyente. El no quería que sus compañeros la manosearan, no quería darles el placer de elaborar una crítica. Daba valor á los críticos, porque como ciertos microbios transforman cuerpos primarios haciéndolos asimilables á la vida, pero los suponía los más pequeños de todos los indignados.

—Está bien, te los guardás. Los versos tuyos, César...

—Hoy los he aumentado con una salutación á una desconocida, se apresuró á decir la vocecita desgarrada.

Que los lea, reclamó el sombrero de alas anchas.

Y César, sin hacerse de rogar se preparó á leer á la corte las cuartillas. Peter se despidió, su esposa lo esperaba, era tarde. Encendió su pipa. Lentamente desapareció de la radiación que las luces del café proyectaban en la vereda. Sin apresurarse, sin incomodarse por la llovizna que le alfiletereaba el rostro, iba madurando párrafos del artículo sobre un vicio de la decadencia. Empezaba á amar la noche.

JUAN LUIS FERRAROTTI.

EL CANTO ERRANTE

DE

RUBÉN DARIO

No alcanzo cómo en nota bibliográfica se pudiera informar sobre un libro de Dario.

Probar á transmitir esos secretos de alta melodía, me parece una crasitud tan deplorable, como la del yanky Edison cuando inventó su malhadada trampa para dar caza á músicas errantes.

Los de oido y alma finos, los que no tengan excesivas orejas académicas que sacudir bajo el susurro de «El Canto Errante»: alléguense á la nueva obra maestra.

Con figurar en ella cantos de antigua data, la emoción de frescura se sostiene en cada página. Gran prueba ésta á que Dario ha sometido las tempranadas de su canción. Sobre el bronce puro de las más recientes, ninguna de sus poesías remotas produce hoy timbre equívoco que pudiera desvalorar el oro primigenio. No hay duda sino que para ciertas alondras no transcurren los inviernos.

Yo iría á más y diría que la verdadera música es eterna, ya que jamás he podido concebir la diferencia de dulzura entre una nota recién nacida y otra de ancianidad inmemorial, como las dos sean de abolengo pitagórico.

Con que no siendo avenidero con mi horror al fonógrafo, el profanar en prosa las bellezas del verso, dejo de mano el detalle de las 47 poesías que forman «El Canto Errante»; y me quedo afuera con sandalias, dado á remirar en el prólogo las líneas majestuosas de ese pórtico.

Ante todo advertimos que bajo la gracia de esas frases, se impone la severidad de fórmulas que simbolizan el alto pensar contemporáneo sobre asunto de letras, cualesquiera que sean los paisajes y las almas cuya conjunción aspira á exteriorizarse en valores permanentes de arte.

Las declaraciones que Dario sintetiza en ese prólogo, traen el eco suave de una voz abrillantada por claridades de colina olímpica, adónde ya no llegan los ululatos de los caciques despojados de las tolderías de su retórica por el triunfo de la estética moderna.

En la hondonada ha chillado mucho gozque y los mastines guardianes del tesoro de la lengua quisieron desencadenarse tras los perturbadores de su modorra: pero sin que por todo ese berrinche perdieran una cuarta de avance hacia la cumbre los audaces foragidos.

Dario siguió su marcha. En su ascensión solo hizo rostro tres veces á sus críticos, «porque éstos se llamaban Max Nordau, Paul Groussac y Leopoldo Alas". Habló y siguió cantando: no sin tener antes el rasgo hidalgo de invitar á sus amigos á no seguirlo en el peligro. (Prólogo de «Prosas Profanas».—1897).

Hoy en el prólogo de «El Canto Errante» se afronta otra vez contra algunos reductos de *cierta especie de retórica;* pero su voz viene endulzada por cariñosa serenidad. Limpia de culpa de odios, se adivinan en ella los roces de los rasos suavizados en la opulencia del hombre hecho á respirar la soledad.

En la música de su visión, su palabra denuncia una mirada respetuosa ante el panteón de ilustres sagitarios españoles que le combatieron con nobleza. Luego mira de soslayo al crítico incidental, y en vez de darle cantaleta, lo deja en guardia ridícula, mientras él eleva sus pensares á una altura dominante de espacios y de tiempos.

Y si habla de la poesía amenazada por Gedeón, nos dice: «La

forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos lábios de las sabrosas mozas no desaparece bajo la gloria del sol..... Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente, y lo apasionado sobre todo..... Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores.»

Y á los que le motejan por dogmático é impositor de formas personales, replica: «Aristos para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mayor excelencia. ..... No gusto de *moldes* nuevos ni viejos..... Cuando dije que mi poesía *era mía en mí*, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente ó voluntad agena, y en un intenso amor á lo absoluto de la Belleza..... Ser sincero es ser potente..... Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días.....Como hombre he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido á la eternidad.»

Y los que se andan por ahí á fuer de sobrios, que yo diría impotentes, haciendo alharacas porque se da coturno á las palabras y aderezos al estilo, vuelvan á su trailla y oigan ésto, ¡por Dios!:

«Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra..... La palabra nace juntamente con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra..... La palabra no es en sí más que un signo, ó una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto á imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos..... Yo no soy iconoclasta.—¿Para qué? Hace siempre falta á la creación el tiempo perdido en destruir..... Construir, hacer, ¡Oh juventud! juntos para el templo; solos para el culto.»

Muy de propósito he transcripto esas frases, porque vienen de perillas para la literatura sudamericana, donde el prejuicio aun ocupa reductos coloniales. El estado de nuestras letras puede partirse en dos bandos: los que siguen al clasicismo español in-

consciente y servilmente; y los que siguen á los innovadores sin comprenderlos, y también servilmente. Salvo contadas excepciones, los más se están á escribir mal lo que los demás han escrito muy bien, sean estos antiguos ó modernos.

Gran culpa de esto la tienen muchos profesores de literatura, quienes aún enseñan á sus discípulos á pensar según que se le ocurrió al señor don José Mamerto Gómez Hermosilla, y no más. Baste decir que en casi todas esas cátedras se concluye el año sin haber siquiera mencionado la estética.

Las modalidades del alma moderna no van en cuenta cuando se alza la férula de los preceptos para ordenar palabras y vestir ideas. En muchas de esas aulas no se inicia al discípulo en la divina equitación. Se le hace palafrenero de acémilas, pero no ginete de Pegaso.

Los desbarros dictatoriales del profesor no sufren contrarresto. Es verdad que algunos de los jóvenes que furtan el cráneo á ese casquete deformador, buscan amaño en filas insurrectas, pero sin atreverse á lanzar el pensamiento por la trochita única, por la trochita solitaria que á cada persona reserva su destino para asomarse á ver la vida.

A fuerza de sustos y aspavientos, los catedráticos enferman del corazón á la tímida pollez, hasta el punto de convertir en gansos los que pudieron ser cisnes.

Felizmente, en Sud América hay ya un buen núcleo de renegados que no llevan en paciencia dictaduras y se han resuelto á *tener el valor de tener talento* y pensar con la cabeza que llevan sobre los hombros .

Rubén Darío fué el iniciador de esas audacias; y tiene en abono de su gloria un mérito harto escaso en el gremio de redentores: redimir sin pretensiones de reesclavizar.

Mucho por egoismo—y conste que el egoismo es encomiable – y lo demás por despique del cargo de sectarismo hecho á Darío, no resisto á transcribir el admirable soneto con que el poeta se sirvió agraciarme. Este corto poema de ideal supremo, de ideal universal, dice bien adónde hay que ocurrir en busca de retórica, y en sus catorce líneas desenvuelve la única que hoy pudiera llamarse escala de Jacob:

Eduardo: está en el reino de nuestra fantasía
El pabellón azul de nuestro rey divino.
Saludemos al dios en el pan y en el vino,
Saludemos al dios en la noche y el día.

Todavía está Apolo triunfante, todavía
Gira bajo su lumbre la rueda del destino
Y viértense del carro en el diurno camino
Las ánforas de fuego, las urnas de armonía.

Hundámonos en ese mar vasto de éter puro
En que las almas libres del cautiverio obscuro
De la sombra, celebran el divino poder
De cantar. Tal será nuestra eterna retórica.
En tanto suena la música pitagórica
Y brilla en el celeste abismo Lucifer.

También me he complacido en reproducir algunos de los hermosos consejos de altivez que el prólogo contiene, á ver si cunde la tendencia de peregrinar sin lazarillos y no seguir haciendo fisga de rótulos agenos en todo autor que se resuelve á ser sincero con el sol.

Soy un gran convencido de que los sudamericanos, como pueblos que habrán de ser cosmopolitas, tenemos que estudiar muy á fondo las literaturas extranjeras, y en especial la clásica española: pero creo también que nunca haremos letras propias siguiendo escuelas importadas ni aborígenes, sino perseverando en el tesón de hacer y respetar la obra individual.

Los que estén bien hallados con la obediencia cadavérica, huélguense en ella; pero respeten nuestra convicción de que para llegar á la avenida de los laureles, es preciso ir cada cual *solo su alma* y cada cual por su senda.

EDUARDO TALERO.

LETRAS ARGENTINAS

«El Derecho» por CARLOS OGTAVIO BUNGE.

En esta misma sección me ocupé meses pasados de la obra extensa y variada del doctor Bunge. Formulé entonces ciertas reticencias sobre las que no es del caso insistir. Tócame ahora al contrario rendir cumplido homenaje á este nuevo libro del infatigable escritor, que así por su extensión como por su contenido impone el más franco respeto. Justo es que alabemos la laboriosidad intensa en esta tierra donde andan tan escasos los hombres de gabinete y tanto menudean los doctores poco menos que analfabetos. Cuando alguien como el señor Bunge se recluye espontáneamente para producir un libro como *El Derecho*, libro de doctrina y de pensamiento, que supone una ímproba labor de años, es menester abandonar la sonrisa irónica, arma perversa de quienes no pueden ni saben producir.

Esta última obra del señor Bunge, aunque en general de índole didáctica, aspira sin embargo, á un título más elevado: en ella el autor ha expuesto teorías personales que débense considerar como un bello esfuerzo de pensamiento, aunque presentaren puntos flacos á la crítica.

Mi propósito no obstante al trazar estas breves notas no es sinó el de ocuparme de un único capítulo del libro que más que ningún otro ha despertado mi interés. La índole especial de esta sección, consagrada exclusivamente á las letras me excusa de que no me detenga en un examen minucioso de la obra entera. Deseo sólo

ocuparme de una personal teoría del señor Bunge sobre la ética, á cuya concepción sin duda ha dedicado sus más largas vigilias. Me tomaré la libertad de juzgar esta teoría con el más superficial criterio de *literato* (en el sentido más despectivo de la palabra), sin citar textos ni apadrinarme con respetables autoridades: la erudición intempestiva embrolla las cuestiones é impide concretar el pensamiento en unas pocas ideas inteligibles.

El señor Bunge en el último capítulo de su libro, después de analizar brillantemente los dos principios antitéticos de la ética contemporánea, el ecualitario en occidente y el antiecualitario en oriente, funda sobre estas consideraciones preliminares su esbozo de un *sistema positivo de ética.*

El señor Bunge es incuestionablemente un espíritu sistemático, sin que esto envuelva una censura sino una sincera opinión sobre una especial característica de su mente. Gusta hasta con exceso de ordenarlo, de clasificarlo, de encasillarlo todo. A este respecto ha tenido varias veces en sus diversas obras aciertos admirables; pero en ocasiones ha incurrido también en el grave defecto de generalizar con extremada rapidez. Con este necesario precedente se comprende desde ya que la ética que paso á analizar está perfectamente sistematizada y ordenada en claros aforismos.

El primero de sus principios es el cristiano «amarás á tu hermano y semejante». De la semejanza específica nace la simpatía humana que vincula los intereses de los hombres y los grupos, formando ciclos: la familia, la clase, la patria. La simpatía estará pues en relación con la cohesión del ciclo y la mayor afinidad de sus miembros. Como se ve, nada nuevo por el momento. Pero el señor Bunge introduce en su moral un sentimiento desechado por la vieja moral igualitaria: introduce el odio como elemento útil y aún necesario. Hay mucha razón en ésto: «El amor al enemigo es una falsa orientación ética». Y de aquí parte otro principio: «Desconfiarás del extraño y odiarás al enemigo». El señor Bunge prevee la objeción: ¿cómo distinguir al extraño y al enemigo del hermano y el semejante?, y para ello nos dá varios criterios.

El señor Bunge está íntimamente convencido de la verdad de su

teoría y la formula en frases seguras y vigorosas. Escribe: «No desconfiar del enemigo, no poder odiarle es una prueba de debilidad y de decadencia: ¡he ahí lo que todo pueblo fuerte y grande debe decirse y predicarse! La gran obra moral de fines del siglo XX ó acaso del XXI será, según mi tema, dar un criterio y un regulador al Odio. En las escuelas europeas llegará á enseñarse á odiar como en las japonesas.»

Sinceramente confieso que todo esto me encanta. Cualquier idea novedosa aparte su valor como idea, tiene un valor artístico. Si se admira una hermosa frase, un verso sonoro, desprovistos de toda otra utilidad que no sea la del placer intelectual que reportan, ¿por qué no ha de admirarse una hermosa idea, aunque falsa? Toda bella paradoja, bien que llegue al absurdo, encierra siempre un mérito inapreciable como expresión de un no común esfuerzo de pensamiento. Es algo así como un bello gesto completamente estéril.

De los dos susodichos principios derivan algunos aforismos prácticos: los choques de intereses con los hermanos y semejantes se solucionarán por la paz, la lealtad y el amor; los con extraños, y enemigos en favor propio y en el modo que más convenga, por la razón ó la fuerza.

Que el señor Bunge me perdone, pero yo creo completamente inútiles estas construcciones sistemáticas. Una ética de esta índole podrá ser una constatación de hechos, acaso lo es la misma que tratamos, mas no una propulsora de acciones. ¿Qué eficacia moral han de tener esos principios abstractos: «ama al hermano; odia al enemigo»? Pero, ¿cuál es mi enemigo? Al señor Bunge no se le oculta que bien puede odiarse á un coasociado y amar á un extraño; pero resuelve la cuestión en una forma á mi ver inadmisible. «La ética, nos dice, debe enfrenar ó moderar la aversión al coasociado y la simpatía al extraño.»

El sistema evidentemente es de un intelectualismo exagerado y sin arraigo en la realidad. Nuestra moral depende de nuestra sensibilidad y no de nuestras ideas. No es por principios metafísicos que nos guiamos sino adaptándonos á las diarias contingencias de la vida. Ese mismo principio de amor universal incrustado desde siglos en nosotros no tiene ninguna eficacia moral cuando

choca con nuestros intereses. ¿Ha impedido tal vez que los franceses odiaran cordialmente á los alemanes después del 70? ¿E impedirá el principio del odio que el señor Bunge proclama, que mañana los japoneses, hoy adversos á los blancos, se inclinen á ellos determinados por motivos más poderosos que todas las enseñanzas que se les inculcan? Llegar como llega el señor Bunge á querer *graduar* el Amor y el Odio según casos y personas, escalonando una serie de valores afectivos que arranquen del cariño de los padres á los hijos para llegar al caso opuesto de la enemistad bélica, me hace el efecto de pretender trazar caracteres en el vacío.

El señor Bunge cree que nunca llegará á constituirse la obligación moral en una manera tan espontánea y orgánica de obrar, que pueda considerarse como una forma fatal de la actividad de todos y de cada uno. Pero como su ética no se detiene más que en fijarnos los dos polos de nuestra acción individual y colectiva, exigiéndonos para los unos el amor, para los otros el odio, paréceme que esos dos sentimientos tan humanos, tan primitivos, no necesitan de obligación moral alguna, pues radican en el fondo de cada cual y sí constituyen en nosotros «una manera orgánica de obrar».

Dejo esbozada la crítica en estos pocos rasgos generales, habiéndome únicamente movido el interés que me inspira la producción del señor Bunge, á detenerme más de lo usual sobre la teoría expuesta. Podría haberme limitado á algunas frases vagas de elogio: He preferido en vez abrigar algunas dudas sobre ciertos puntos, de lo que no ha de habérsela á mal seguramente el autor, cuyo interés, supongo, está en que se discutan sus opiniones, cosa que, justamente, no se acostumbra hacer aquí con libros de la índole de *El Derecho*. Esta obra seria é intensa, clara en la exposición, apreciable característica de todas las del mismo autor, segura en el método y original por sus ideas, representa un esfuerzo que, estoy seguro, no será apreciado como fuera de desear. ¿Cuántos son los que se leen 500 páginas que representan el pensamiento de un escritor de la tierra? Sin duda deberá venirnos una vez más del extranjero alguna voz de aplauso para este interesante removedor de ideas. Porque este es ciertamente

el mérito del señor Bunge, de quien ya es tiempo que se deje de alabar sólo su *laboriosidad*, fácil escapatoria que atestigua la pereza del crítico que dejó sin cortar las hojas del libro.

El señor Bunge piensa y trabaja. Si se ha equivocado alguna vez, también ha acertado á menudo, y esto último compensa aquello, mejor dicho, lo implica. *Nuestra América* y *La Educación* hablaban ya de un espíritu que se salía de lo común. Esta última obra *El Derecho* confirma la opinión. Invito á los verdaderos entendidos en la materia á decir su palabra.

«Borderland» por ATILIO M. CHIAPPORI

«Mi arte debía ser de una simplicidad natural en la descripción exterior, y el resultado de un análisis minucioso, de innumerables observaciones en lo espiritual..... Es decir: verista no sólo en las representaciones visibles,—escenas, actitudes, fisonomías, — sino también en las realidades de la vida interior — conflictos sentimentales ó morales; de suerte á dar, en una síntesis preponderante, la exactitud del momento dramático.»

Estas palabras puestas en boca de un personaje de *Borderland* resumen seguramente las aspiraciones artísticas del señor Chiappori. El ha tratado de darnos un libro que aunase la observación más prolija de los fenómenos objetivos á la de los más fugaces estados de conciencia, con el objeto de circunstanciar en cada instante el drama interior y exterior que viven sus personajes. Y casi siempre lo ha logrado. El señor Chiappori, con una probidad artística completa, nada descuida: ni las actitudes, los gestos, las expresiones, los incidentes triviales caracterizadores de toda una situación, ni el más escrupuloso análisis subjetivo cuando es menester.

Esas almas trágicas ó anormales que atraviesan el libro, abrumadas de misterio, las ha puesto al desnudo. Viven. Las vemos gesticular. A través del entrecejo que se frunce, del rostro que se contrae en una ambigua sonrisa, del ojo que echa una mirada aviesa, se nos perfilan, netos y claros, un pensamiento, una intención, un complejo estado espiritual.

El señor Chiappori ha arrancado sus tipos á los libros de psiquiatría. Los desequilibrados que ambulan por sus cuentos, son al-

mas llenas de sombra. Lindan con el más allá, con ese inmenso océano de misterio que bate á nuestras orillas. *Borderland*..... «Tierra de confín»..... Me atengo por un instante al titulado *Un libro imposible*. Es una extensa narración, casi una corta novela, obsesionante y extraña, hábilmente tramada, en la que gesticula sus rarezas de manicomio el protagonista, Augusto Caro. Obsesionante y extraña he dicho. En efecto el señor Chiappori con singular pericia ha sabido rodear su narración de un aire tal de horror que por momentos el relato adquiere matices verdaderamente poeianos.

Ciertamente esta clase de literatura no es nueva; pero sí lo es la forma altamente personal con que se nos presenta en *Borderland*. Personal sobre todo es el estilo del señor Chiappori, un estilo trabajado, sutil y preciso. Preciso en el epíteto, nunca vulgar y siempre usado con sobriedad: preciso en la arquitectura de la frase, delineada con esmero de artífice. En todo el libro campean unas nobles maneras de buen señor de las letras.

El señor Chiappori, inquiridor curioso de hechos mórbidos, ha puesto en alguno de sus mejores cuentos todo un caso científico, ocultando su triste aridez con el ropaje elegante de su fino arte. *Un libro imposible* por más que finalice con una inconvincente escena de una exageración de cuento fantástico—¡pero tan hermosa, tan original!—á ella llega empero por un ingenioso razonamiento lógico. Esa última escena remata el curioso desarrollo de una teoría en boga, sabiamente aprovechada, la teoría somática de las emociones, que, con una claridad en que el arte no daña á la exactitud científica, expone el señor Chiappori en unos pocos párrafos de un tecnicismo riguroso. Abundan además en el libro y en esa primer novela principalmente, mil peregrinas teorías, mil observaciones psicológicas de no escaso valor, que acreditan en el señor Chiappori un espíritu penetrante y reflexivo.

Más vulgar encuentro el caso relatado en *La corbata azul*, ya explotado otras veces. Sin embargo, el cuento, como todos los del libro, es una página bien hecha. Porque esa es precisamente otra de las encomiables características del señor Chiappori: su arte en componer los cuentos. Las partes en ellos están siempre sabiamente distribuidas: la presentación de los personajes, las cir-

cunstancias ocasionales, el diálogo, la acción culminante. Y á este propósito no quiero referirme sino al cuento de menor mérito del libro, al titulado *Mademoiselle Gavroche*, que en toda la insignificancia de su argumento, está construído con una maestría reveladora á las claras de la mano de un verdadero artista.

El señor Chiappori se ha estrenado con una obra aristocrática y refinada, por consiguiente poco accesible al vulgo, pero que ha de darle entre nuestros escritores la posición que bien merece. Este *Borderland* es una flor extraña: es un libro demasiado doloroso. Sobre sus páginas se cierne una atmósfera malsana. Por eso, expresando una opinión puramente personal, sin pretensiones de despacharla como receta, gustaríame que el señor Chiappori se apartara desde ya de esta literatura anormal, y nos diera con su estilo tan propio, tan inconfundible, algún otro libro,—como decirlo?—más sano, más *humano*.....

«Almafuerte» por JUAN MAS Y PI.

Siempre han sido descuidados en el país los estudios de aliento sobre tal ó cual escritor, sobre éste ó aquel aspecto de nuestras letras. Bien sé que en general ellas valen muy poco, mas no á tal punto de no presentar lados interesantes para la curiosa mirada de los que á tales estudios gustan de aplicarse. Ha tiempo que murió Juan María Gutiérrez, quien tanta luz arrojó sobre la poesía argentina de las primeras décadas del siglo, y nadie hasta la fecha lo ha sustituído. A lo más pueden citarse algunos estudios en libros ó en revistas, escasos los serios y en conjunto casi nada. (1).

En condiciones semejantes, bienvenido sea este ensayo crítico del señor Más y Pí, que aporta una no pequeña contribución al conocimiento de Almafuerte, ese lírico genial «á veces delirante, sonoro como Hugo y atrevido como Junqueiro».

Su obra atormentada y fuerte, no reunida aún sino en mínima parte, pedía desde tiempo atrás un estudio sereno y penetrante.

---

(1) Los que han enriquecido nuestra bibliografía crítica. pueden contarse sobre los dedos: Mitre, Groussac, García Mérou Quesada, fray Otero, Saldías, Urien, Gez, Reynall O'Connor... Prescindo de la crítica militante de cualquier época y confieso que á alguno sólo lo he citado á título de curiosidad.

Más y Pi nos lo ha dado. Se hallaba por otra parte en condiciones de dárnoslo. Poco, ya lo dije, se cultiva la crítica entre nosotros, aun la militante, pero entre aquellos que á tal género se dedican ya se había conquistado Más y Pi una honrosa reputación, á pesar de no frecuentar los círculos consagradores de los cafés. Su labor crítica no es escasa ni es mediocre. Algunos literatos extranjeros podrían hablar por mí y decir en qué estimación tienen el estudio que Más y Pi les consagrara. Es además un conocedor de literaturas para nosotros exóticas, malgrado la vecindad: la portuguesa, la brasileña y la catalana.

Su estudio sobre Almafuerte es serio y mesurado. A grandes rasgos, sin sutilizar demasiado, Más y Pi ha seguido la unidad del pensamiento siempre ascendiente del poeta, fijándola ingeniosamente en cuatro jalones, *La sombra de la patria*, *La inmortal*, *El Misionero* y *Trémolo*, esos cuatro enormes eslabones de la cadena de combates librados por Almafuerte en pro de la patria, de la humanidad, del hombre y del yo.

Más y Pi lo ha hecho con cariño de hijo y de discípulo; pero si alguien por esto mismo dudara de su imparcialidad, se le podría contestar que por el momento no es menester detenerse sobre los innegables defectos de la obra de Almafuerte. Cuando tan gran poeta no había tenido todavía su comentarista, injusto hubiera sido que el primer llegado se perdiera sobre todo en mostrarnos las humanas debilidades de su obra. Más y Pi ha hecho lo que ha debido, analizando con perpicacia la mentalidad robusta del poeta y mostrándonos el aspecto perdurable de sus cantos. La tonta y sin embargo tan humana tarea de poner al desnudo los defectos quede para los críticos posteriores.

Y justamente mis instintos de roedor me hostigan á hincar los dientes en este estudio crítico tan apreciable. No puedo resistir á la tentación de hacerle un reparo. ¿Por qué no nos ha presentado Más y Pi también la faz moral del poeta, su vida íntima? Los críticos futuros, él nos dice, para estudiar á Almafuerte deberán recurrir á los mil documentos de su vida, á las menudencias de la anécdota, á los detalles epistolares, á sus luchas por el bienestar ageno. ¿Por qué no haberlo él ya intentando someramente? Comprendo su resistencia á entrar en la vida íntima del

Padre y del amigo, pero no se exigía tanto. Más aún, soy de aquellos que repugnan de esa enfermiza y pseudocientífica curiosidad que arrastra la crítica moderna á escudriñar los más íntimos rincones de las vidas de quienes tuvieron la desgracia de ser grandes.

Pero hubiera bastado que Más y Pi perfilara á grandes pinceladas el alma compleja y amorosa y huraña del maestro, el alma exteriorizada en el diario ajetreo de la vida. Es tan hermoso todo lo que tiene olor de vida! Así, viendo al *hombre*, comprenderíamos sin duda mejor la obra del poeta. Una anécdota sola de Almafuerte acaso nos dijera más sobre él que cien páginas de sutiles divagaciones.

En fin, ya hinqué el diente.

Más y Pi debe quedar satisfecho. No sólo ha hecho una obra útil sino también una obra buena. Una nación que alberga á un lírico de la talla de Almafuerte y se olvida de él, no lo merece.

De alabar es que Más y Pi nos lo haya recordado. Verdad que nos hallamos en el bello país en que desde la tribuna parlamentaria cualquier Andrónico Castro se atreve á preguntar para que sirven los poetas; pero debemos recordar que nunca, y mucho menos hoy en día, ha sido el congreso el que dictara leyes en materia intelectual.

Ahora, á propósito de este libro una consideración final. ¿Cuando se publicará la obra dispersa de Almafuerte? De él no se ha editado más que ese pequeño volumen titulado *Lamentaciones*. Todos citan al autor de *El Misionero* con *ohes!* muy redondos, pero pocos, muy pocos lo conocen seriamente. Popularizando su obra se lograría tal vez que el «parche no fuera golpeado en favor de otros nombres más populares por una hábil combinación de ecos en la prensa y en el libro», que dice Más y Pi.

«Intención y voluntad» por MARIO A. CARRANZA.

El señor Mario A. Carranza no ha querido irse á Europa sin dejarnos un libro, fruto de su pensamiento y actuación de varios años. Es este un libro desconcertador: su lectura borra la pésima impresión que una recorrida general de él produce á primeras; sin embargo, algo de esa impresión perdura en el ánimo.

¿Se debe acaso á la falta de unidad de las materias que contiene, y á la índole especial de muchos, de la mayor parte de sus capítulos, simples alegatos jurídicos? Probablemente. Sin duda fastidia encontrarse en un libro que lleva un prometedor título filosófico y un lema de Nietzsche (en francés), con una media docena de alegatos de interés relativo y éste sólo para el jurisconsulto. Francamente eso produce el efecto de una emboscada que se nos hubiese tendido. Ahí estriba á mi parecer el error del señor Carranza: el haber pretendido dar á luz, *necesariamente*, un libro. Recogió su producción dispersa y heterógenea, y la publicó, siguiendo la criticable costumbre que se ha convertido en ley para nuestros intelectuales. Hablando familiarmente: el vino no alcanzaba y lo alargó con agua.

Sin embargo, si nos atenemos á los artículos de índole literaria ya cambian de aspecto las cosas. Esos primeros capítulos del libro, incluso el prólogo, son páginas bien intencionadas. El señor Carranza revélase un admirador y un discípulo de Anatole France. Véase: «La ironía y la piedad, pensé para mí mismo, nos enseñan á tolerar y á burlarnos de los malos y de los pobres de espíritu, sin lo cual se podría incurrir tal vez en la debilidad de odiar.» A pesar de esto el señor Carranza tiene convicciones, sólidas convicciones de las que carece el Maestro, ó mejor dicho, el France de la primera hora, que más tarde él tambien hubo de adquirirlas. Son fuertes y saludables las convicciones del señor Carranza. Tampoco fáltale audacia para pensar y criticar, y eso es bueno. En este sentido el libro merece un aplauso. Repito no obstante que no me entusiasma, aunque veo en él un millón de cosas de que generalmente carece nuestra producción. Creo por consiguiente que, sin necesidad de entonar prematuramente fanfarrias triunfales por este libro común, bien intencionado y mal compuesto, aún del punto de vista estilístico, puede esperarse de su autor alguna otra obra más uniforme á la que sin duda ni le faltará nervio ni utilidad. «Es tan triste convencerse inútil». Sí, tiene razón el señor Carranza, pero para alcanzar á ser útil no deben ahorrarse esfuerzos, se debe escribir y pensar con el sudor de la frente, y si es posible con la propia sangre.

ROBERTO F. GIUSTI.

TEATRO NACIONAL

Nuestro teatro se halla en un período de plena barbarie. Barbarie! la palabra puede parecer un poco dura, pero, sin embargo, es la única verdaderamente justa.

Un mal humillante, un mal contagioso ha invadido los escenarios: la inmoralidad y la grosería.

Al salir, después de haber asistido á la representación de algunas de las obras que hoy se estrenan, me preguntaba qué singular extravío podía haber guiado la mente del autor á concebir tal asunto y á entregarlo en manos de una compañía. Porque hemos visto cada obra!..... ah!, cada obra!!

Hoy en día ¿Dónde poder conducir una hija ó una hermana? Verdaderamente no se sabe. De vez en cuando, se ven en los carteles algunas de las buenas obras de épocas anteriores, pero, con todo, no hay un buen teatro, un teatro dónde, después de nobles emociones, después de sanas alegrías, se esté al abrigo de alguna pieza grosera, presentada brutalmente.

No pido como remedio esa cosa torpe, equívoca y sobre todo impotente, que se llama la censura. No, ese no es un remedio, pues nunca ha curado nada. La censura debe partir del mismo público, el cual, es necesario se decida de una vez por todas, á no tolerar la representación de obras que, poco á poco, van efectuando un lento trabajo de embrutecimiento popular. No debemos olvidar que el teatro influye singularmente sobre la marcha y la calidad de los hechos ambientes.

Hay que reaccionar. Lo menos que podemos exigirle á una obra es que sea moral. Llamo pieza moral, simplemente aquella que no daña las costumbres. El bien está en el arte natural. El arte es el bien mismo. Desembarazémosle de la concurrencia que el mal le hace por todos lados, y veremos cómo se afirmará.

¿Conoceis «*La piedra de escándalo*»? El suceso prodigioso de esta obra es un síntoma considerable. En pleno medio popular ha triunfado, tanto por los golpes escénicos que en ella se hallan, cuanto por ser una obra sana y moral. A pesar de sus defectos, tiene «La piedra de escándalo» un sello de distinción artística que puede presentarse como modelo á esta generación de escritores que acostumbran sonreír de los triunfos del poeta Martín Coronado, y nos dan en cambio productos incalificables.

Entre nosotros, se dice que hay como *cien* autores. Constituye la enfermedad del momento actual, esta necesidad infantil de producir y aparecer como autor. Seguramente la mediocridad vanidosa es vieja como el mundo, pero hasta hace poco era, por lo menos, una planta de jardín, mientras que ahora se cultiva por todos lados. Cada actor, músico ó portero de teatro, se considera en el deber de escribir *su obra*. Yo no sé si esto es progreso.

Ante tal bancarrota de inventiva, aconsejaríamos á nuestros autores, se dedicaran á la traducción de las obras de mérito de los repertorios extranjeros. Así hemos visto, con satisfacción, que el señor Nicolás Granada, antes que reeditar su «Conferencia de La Haya», ha preferido traducir un intenso drama de Ugo Ojetti. Este es un ejemplo que debiera ser imitado.

ALFREDO A. BIANCHI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Palabras de aliento.—Desde el primer momento la dirección de esta revista pensó en extender su acción más allá de las fronteras de la patria, con el sano propósito de que ella fuese un medio más, acaso insignificante pero de todos modos eficaz, para robustecer los débiles lazos intelectuales que unen esta república con las restantes de la América Latina y con la madre patria.

Sus propósitos comienzan á realizarse. Después del artículo del fuerte escritor colombiano Max Grillo que tuvo ocasión de publicar meses pasados, publica en este número las producciones de tres conocidísimos literatos españoles, que gentilmente han respondido al pedido que la dirección les hiciera de colaborar en la revista.

Muchas palabras de aliento ha recibido la dirección de los más insignes escritores argentinos y extranjeros.

A las de don Miguel Unamuno insertadas en el número anterior, une hoy las no menos alentadoras de otro eminente escritor, el ilustre crítico uruguayo José Enrique Rodó, gloria de las letras americanas. Son éstas palabras siempre oportunas en un medio tan indiferente por lo común á todo lo que es establecer lazos y robustecer el espíritu americano.

La carta es la siguiente:

Señores directores de NOSOTROS.—Gracias, de corazón, por el amable envío de NOSOTROS.

Desde el primer día de su aparición estoy con ustedes y tengo hecho propósito de corresponder al pedido de colaboración. Ello será en breve. Entre tanto, quiero que sepan con cuánto íntimo placer veo desplegarse, gallardamente, en nuestro mar de indiferencia y de tedio, las velas de la valerosa revista, para una nueva expedición de arte, de idealidad, de belleza. Para estas aventuras, para estas búsquedas de fabulosos vellocinos, siento mi entusiasmo intacto y mi fé tan candorosa y eficaz como siempre. ¿Sobre que versará mi colaboración? No son los temas los que faltan.

Recuerdo, por ejemplo, que ha tiempo tengo contraído conmigo mismo el compromiso, muy grato, de escribir sobre las últimas obras de Angel de Estrada, ese espíritu de selección, de estudio y de arte que tanto realza al nuevo pensamiento argentino.

Entre los nombres que presenta el periódico de ustedes, reconozco con afecto á muchos de quienes de antiguo son mis amigos, y veo, con interés y simpatía, nombres nuevos que desde ahora, son para mí nombres de amigos también. Para todos, mis más cordiales sentimientos; y para ustedes, que llevan la mano en el timón, mis mejores aplausos y mis mejores votos.—*José Enrique Rodó.*—Montevideo, 30 de Noviembre de 1907.

Elysio de Carvalho.—Este insigne escritor brasileño se incorpora al cuerpo de redacción de la revista. Tendrá á su cargo la sección «Letras brasileñas», que desempeñara hasta ahora con tanta conciencia Juan Más y Pi, quien se ocupará en adelante de las letras catalanas.

Presentar á Elysio de Carvalho es inoficioso. Por poco que se conozca entre nosotros la literatura brasileña, su nombre ya nos es harto conocido. Además nos habló de él en el segundo número de NOSOTROS Más y Pi, á cuyos buenos oficios debe justamente la dirección de la revista la adquisición de tan inapreciable colaborador; y también nos ha hablado de su obra Rubén Darío en su última correspondencia á *La Nación.*

José A. Merediz.—No es un pensionado ni un primer premio de Academia. Pero es un artista.

Pertenece al número de aquellos que, llegados á la edad viril sin saber bien para qué son propios, se han buscado y se han encontrado, saliéndose del surco trazado para lanzarse en la aventura, en sus riesgos y peligros y, á fuerza de energía, se han hecho lo que querían ser, lo que se sentían hechos para ser.

En una edad en que ningún joven experimenta todavía preferencia bien marcada por ninguna profesión, le sedujo la idea de ser marino y entró á la Escuela Naval. Pero, una afición que desde muy niño tuvo, la del dibujo, se despertaba en él cada vez con más fuerza.

En su casa, como en la escuela, gustábale copiar, del natural, objetos y á veces á sus mismos compañeros. La vuelta alrededor del mundo, en la fragata «Sarmiento», le fué muy provechosa. Cuando regresó, traía sus álbums repletos de paisajes y tipos de los distintos países por los cuales había desfilado su mirada.

Vistos estos ensayos por algunos maestros, éstos creyeron ver en Merediz cualidades que les decidieron á aconsejarle se dedicara con exclusividad á ese arte para el que revelaba tan buenas disposiciones.

Entonces, en la seguridad de haber encontrado su camino, no dudó más. Abandonando patria y familia y truncando su carrera, se fué á Europa. Llegó á París con la obstinación de un

hombre joven que se ha formado por sí mismo y, probablemente también, con el orgullo inconsciente que acompaña las educaciones solitarias. Una vez allí, trabajó y no podemos dudar que trabajó con todas sus fuerzas. Sólo un año hace de su permanencia en París, y ya ha enviado á su familia una serie de treinta pequeños cuadros, resultado de su labor de doce meses.

Los hemos visto. Es una colección de paisajes y tipos de Bretaña. En estas sus primeras pinturas, el señor Merediz revela poseer un alma tierna, melancólica y hasta triste. Su hora preferida parece ser la hora vespertina, cuando el sol cae, cuando las brumas se agolpan y todo adquiere un aspecto vago é indeciso.

El señor Merediz no es un colorista á la Sorolla; su pincel no tiene nunca la nota cálida y brillante. En algunos de sus paisajes, por ejemplo, desearíamos sentir la intensidad de la luz que inunda la tierra y abraza la atmósfera; el aspecto general resulta, por esto, un poco frío y triste. Pero, á defecto de la intensidad de color, tiene la armonía, su ojo ve justo, en una tonalidad verdosa algo extinguida.

Llama la atención en el conjunto una tela que representa un tipo bretón. El alma seria y grave del paisano, con su aspecto de resignado, se retrata admirablemente en ese rostro. Es verdaderamente un paisano bretón, por el gesto, por la actitud, por el carácter de su figura.

El señor Merediz no piensa exponer estas sus primeras telas. Por ahora estudia. Asiste á la Academia, y recibe lecciones particulares de Henri Martín, pintor que ha obtenido este año el primer premio. Trabajando con firmeza, espera poder volver á su patria dentro de tres ó cuatro años y recién entonces exponer algunos de sus cuadros.

Con ambición, obstinación y fé en sí mismo, condiciones todas que posee el señor Merediz, se puede tener por cierto que se hará un lugar grande y honroso en el arte pictórico nacional.

Libros últimamente recibidos.—*Joyeles*, por Juan Aymerich; *Cavalcanti*, por Luis María Jordán; *Vértigos de Sol*, por Rafael A. Arrieta; *Liminares*, por Enrique Pellegatta; *El Derecho*, por Carlos O. Bunge; *Borderland*, por Atilio M. Chiapori; *Corazón*, por Ricardo Levene; *Almafuerte*, por Juan Más y Pi; *Intención y Voluntad*, por Mario A. Carranza; *El País de la Selva*, por Ricardo Rojas, (nos ocuparemos de él en el próximo número); *Algunas críticas*, por José H. Rosendi, (nos ocuparemos de él en el próximo número); *Bartolomé Mitre*, (Discurso conmemorativo), por el profesor Giov. B. Sivori; *Corona funebre*, por Luis F. Suárez; Biblioteca Nacional «Non plus ultra»; *Pensamientos*, por J. Martín Bernal.

NOSOTROS.

NOSOTROS

AÑO I — TOMO I

ÍNDICE

A

Arteaga Alfredo	Verlaine (versos)	37
" "	Oda á Rubén Darío (versos)	145
Arreguine Víctor	Los Orientales	81

B

Banchs Enrique J.	Cuatro Bocetos (versos)	29
" "	Página Vieja	91
" "	La copla en el camino (versos)	301
Becher Emilio	Beltrán y Faustino (Fragmento de una crónica del siglo VI)	26
Bianchi Alfredo A.	Teatro Nacional	134-204-268-337
Bunge Carlos Octavio	Etica del Cristianismo	72

C

Capello Francisco	Historiografía Romana	20
" "	Leonardo de Vinci	209
Cárbia Rómulo D.	Las dos fuerzas	248
Carriego Evaristo	Cosas de Andresillo (versos)	164
" "	Bajo la angustia (versos)	315
" "	Al pasar (versos)	316
Chiappori Atilio M.	La Interlocutora	35
" "	Letras Francesas	101
Cione Otto Miguel	Presente Griego (teatro)	168

D

Darío Rúbén	Introducción á "Nosotros"	7
Debenedetti Salvador	El Viejo Tucumán (versos)	226
Diaz Romero Eugenio	La Dama del Jardín (versos)	78

F

Friedrich Hans..... Divagaciones irreventes... ... 45
" " ..... Descartes y el criterio de la verdad. 185
Ferrarotti Juan Luis..... La corte de los milagros..... 317

G

Gerchunoff Alberto. ..... Letras Españolas..... 108, 260
Grillo Max... ..... Don Miguel de Unamuno..... 149
Gusti Roberto F..... Letras Argentinas 33, 115, 201, 264 327
" " ..... Teatro Nacional..... 58

H

Hoyos y Vinent Antonio de. Eucarística..... 308

I

Insúa Alberto..... La Poesía del Progreso..... 298
Ipiña Luis..... Escepticismo..... 191

J

Jordán Luis María..... El Sacristán..... 32

L

Lastra Juan Julian..... Lirios (versos)..... 240
Leptir..... ..... Menudencias filológicas..... 242
Longhi Leopoldo..... La ermita..... 179

M

Manigot Raimundo ..... Los ancianos..... 95
Martinez Sierra G..... .. La Mesa (versos).. 285
Mas y Pi Juan.... ..... Almafuerte..... 39
" " " ..... Letras Brasileñas..... 112
" " " ..... Azorín..... . 273
Mastrogianni Miguel..... Música..... 129
Maturana José de..... Sonetos (versos)..... 182
Mazo Marcelo del..... Tarde..... 238
Mendez Evar..... ..... Bajo el Rey Sol (versos)..... 51
Monteavaro Antonio..... Su sonrisa..... 162

N

"Nosotros"..... Notas y Comentarios. 63, 207, 271 339

O

Oria Salvador..... El Buen Viejo (versos)..... 98
Ortiz Grognet Emilio..... Bellas Artes..... 125 194

P

Pardo José ..... Prosas para Margot..... 312
Payró Roberto J..... "Nosotros"..... 7, 65, 137
Pinto Escalier Arturo..... En mi estancia (versos)..... 255

Q

Quiroga Horacio..... Una historia inmoral..... 290

R

Rosendi José H..... Sociología..... 121

S

Sicardi Francisco A. ..... Un anónimo más..... 143

T

Tobal Federico..... Recuerdos del Pío Latino..... 230
Tobal Gastón F..... Seducción (teatro) 257
Talero Eduardo..... "El canto errante"..... 322

V

Velasco Leopoldo ..... Melancólicamente (versos)..... 247

NOSOTROS

NOSOTROS

Revista mensual de Literatura-Historia-Arte-Filosofía

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

Año II — Tomo II

BUENOS AIRES

—

1908

KRAUS REPRINT
Nendeln/Liechtenstein
1968

Reprinted by permission of Roberto F. Giusti
KRAUS REPRINT
a Division of
KRAUS-THOMSON ORGANIZATION LIMITED
Nendeln/Liechtenstein
1968

Printed in Germany
Lessingdruckerei Wiesbaden

NOSOTROS

EXPLICACIÓN

La dirección de la revista ha resuelto dedicar el número de la fecha á Florencio Sánchez.

Justifica este homenaje el éxito completo de su última obra «Los derechos de la salud», estrenada en Montevideo y en Buenos Aires, casi simultáneamente.

El homenaje es sencillo: no supone una trascendencia de ninguna especie, ni pretende ser una consagración. Sólo es una forma discreta de dejar sentados públicamente el aprecio y la admiración que Sánchez ha sabido conquistarse con su obra ya tan vasta y multiforme, aprecio y admiración que abonan en este número las firmas de insospechables escritores.

Los puritanos de la literatura suelen clamar sobre estos impulsos sinceros, que califican desdeñosamente de «mutuo elogio». Bien, sea: mutuo elogio, sí; pero ¿acaso fuera preferible un ideal de vida literaria en el que cada escritor se encastillase en sí mismo, envolviendo en un profundo desprecio á los demás? ¿Cómo han de surgir las buenas, las nobles, las fecundas ideas; cómo han de formarse las sólidas

reputaciones sino al calor de los círculos literarios, sino mediante el mutuo apoyo, el mutuo estímulo, exteriorizados por el artículo, la carta, el consejo?

¡Pero si una cosa igual se ha hecho en todas las épocas de vida literaria más intensa!

No, no son por cierto de despreciar aquellos que se alientan, que se defienden, que se unen para afirmarse y combatir de este modo la indiferencia del medio. Y no se diga que, merced á la misma receta, unos pocos tontos logran á menudo levantarse, pues se debe pensar que ese endiosamiento de éste ó aquél mal escritor por medio de los elogios de sus colegas, á más de ser efímero nunca engaña á los que en verdad han hecho un culto del arte.

Sí, hay que unirse y afirmarse, en este país principalmente, donde, cuando el indiferentismo de los más no ahoga las verdaderas manifestaciones literarias, surgen el esnobismo corriente, la carencia de un justo criterio artístico, á achicar todo lo nuestro en odiosos paralelos con lo europeo. No se trata por cierto de ensalzarnos más de lo que valemos; pero también es justo resistir el convencimiento ya aceptado, general, de que existe un abismo infranqueable entre los escritores europeos y los americanos. Imposible fuera actualmente hacer entrar en muchos cerebros que júzganse despiertos, la idea de que tal ó cual obra argentina bien vale tal otra europea, si es que no la supera.

Estas razones y muchas más que por lo extensas ó lo sabidas no se exponen, han movido á la dirección de la revista á tributarle este modesto homenaje á Sánchez, quien es sin duda en estos momentos, á juicio de la mayoría de los que se ocupan de arte, un pilar necesario, indispensable, de los más indispensables, de nuestro naciente teatro.

La Dirección.

LOS DERECHOS DE LA SALUD

Representado, por primera vez en Buenos Aires, en el Teatro Nacional, la noche del Viernes 20 de Diciembre de 1907.

Drama en tres actos, original de

FLORENCIO SANCHEZ

PERSONAJES

LUISA.....	*Sta.*	**Gámez**
RENATA.....	*Sra.*	*Sala*
MIJITA.....	»	*Navarro*
ALBERTINA.....	»	*Fernández*
NENA, niña de 4 años..		*N. N.*
ROBERTO.....	*Sr.*	**Tallavi**
DOCTOR RAMOS.....	»	*Vazquez*
UN CRIADO.....	»	*Cabrera*
POLOLO, niño de 5 años		*N. N.*

ACTO PRIMERO

UN SALONCITO AMUEBLADO SIN LUJO, PERO CON ELEGANCIA Y BUEN GUSTO

ESCENA I

LUISA—MIJITA

LUISA—Está bien, Mijita, está bien. Luego me contarás el resto.

MIJITA—Como gustes. Creí que te interesara.

LUISA—Lo que me interesa es ver á mis hijos.

MIJITA—Se fueron ya á tomar el aire.

LUISA—Pero ¿esas criaturas viven en la calle?

MIJITA—¡Oh, no hay que exagerar!...

LUISA—Hace dos días que estoy de vuelta y en todo ese tiempo apenas si he podido tenerlos una hora á mi lado. Parece que lo hicieran deliberadamente.

MIJITA—¿Qué supones, hijita, que hagamos á propósito?

LUISA—Aislarlos de mí.

MIJITA—Virgen María!... Y lo piensa!... Antes sí, hijita, cuando estabas enferma, los médicos aconsejaron que los alejáramos un poco para evitarte molestias.... Pero hoy que estás tan bien, tan repuesta, ¿qué necesidad habría? Es cierto que salen seguido...

LUISA—Demasiado seguido.

MIJITA—... pero es por el bien de ellos. Las criaturas son un poco débiles y necesitan tomar aire, mucho aire, como dice el Dr. Ramos.

LUISA—Pues... en adelante saldrán conmigo.

MIJITA—Eso me parece muy bien pensado salvo que...

LUISA—*(Brusca).* Qué? ¿Salvo qué?

MIJITA—Como ya empiezan los frios quien sabe si te conviene hacer muchas excursiones.

LUISA—También yo necesito mucho aire.

MIJITA—No este aire de la ciudad.

LUISA—Mucho aire!... *(Abre la ventana de par en par después de descorrer las cortinas).* Estoy en una atmósfera de invernadero!... *(Aspira una bocanada de aire)* ¡Ah!...

MIJITA—El relente de la tarde es muy malo, hijita. Sal de de esa ventana. No seas imprudente! Sal de aquí! *(Cierra la ventana).*

LUISA—Mijita! Mijita!... *(Tomándola por un brazo)* Mijita, ven acá! Mírame bien, así, los ojos. Tú sabes la verdad. Dímela.

MIJITA—Virgen santa ¿qué verdad quieres que te diga?...

LUISA—La verdad de mi salud. Dímela.

MIJITA—Pero hijita!...

LUISA—Yo estoy tísica ¿no es cierto?

MIJITA—Virgen santa!... Que locuras te pasan por la cabeza, hijita!... *(Confundida rehuye las miradas de Luisa).*

LUISA—Mirame, te digo, mirame bien. Tú que nunca has engañado á tu hijita, no debes mentirle ahora. Estoy condenada ¿verdad?

MIJITA—No, santa, no pienses cosas tan tristes... cosas tan terribles!...

LUISA—Más terrible es el tormento de la duda. Quiero saber. Quiero defenderme! Te lo han dicho, ¿verdad? «La hijita Luisa está condenada, se muere, se muere á plazo más ó menos largo, pero se muere».

MIJITA—*(Angustiada).* No, no, no!...

LUISA—Sí, sí, sí!... ¿No ves que te traicionas?... Te han hecho entrar en el complot sin contar con que en tu alma sencilla no cabe el disimulo. Y sin contar con que tú en ningún caso estarías contra mí.

MIJITA—Contra ella! Quien podría estar contra ella, Dios santo!

LUISA—Todos los que me oculten la verdad. De modo, Mijita, que es preciso ser razonable. ¿Que tú no te atreves á decir las cosas? Yo te ahorraré el trabajo: Renata y Roberto conocen mi sentencia. El Doctor Ramos se lo ha dicho todo á mi marido y Roberto no ha podido ocultárselo á Renata que ejerce aquí, desde mi enfermedad, funciones maternales. ¿Comprendes? Que es una especie de señora de la casa, la suegra de Roberto como quien dice. El espíritu práctico avezado y fuerte, y como ambos no podían obrar sin contar con tu complicidad te enteran del caso. Luisa está condenada, está tísica, su mal es incurable y lo que es peor, contagioso. Y ya que no podemos salvarla, hay que salvar á los niños, tenemos que salvarnos todos.

MIJITA—No, hijita. Te juro...

LUISA—No jures nada. Sé que he perdido todos los derechos de la vida. Que no puedo ser madre, ni espo-

sa, ni amiga... Me separan de mis hijos para que no los envenene con mis besos...

MIJITA—(*Llorando*). No, santa. Eres injusta y cruel con nosotros, y contigo misma. La hijita no podría prestarse á ningún complot. No podría hacerlo. Te juro... ¿Me crees capaz de jurar en vano? Te juro!.. Mira, te juro por Dios y María santísima, que nada de lo que dices es verdad. Serías capaz de creerme ahora?

LUISA—Sí, Mijita, quisiera creerte.

MIJITA—Mientras estabas en las sierras muchas veces nos ha visitado el Dr. Ramos y siempre le he oído hablar con Renata de tu enfermedad. Tú tienes una bronquitis, nada más que una bronquitis que se curará con paciencia y con cuidados... Una bronquitis... Una bronquitis...

LUISA—(*Esperanzada*). No me engañas?

MIJITA—¡Oh! ¿quieres que te lo jure otra vez?...

LUISA—No, Mijita; basta. Sin embargo...

MIJITA—(*Advirtiendo á Albertina*). Mira quien llega. (*Aparte*). Dios la manda.

ESCENA II

Dichos—ALBERTINA

LUISA—(*Alborozada, yendo á su encuentro*). Albertina! Albertina!...

ALBERTINA—(*Retribuye las caricias extremosas de Luisa con cierto embarazo que no pasa inadvertido para esta*). Cómo estás Mijita?... Qué?... Has llorado Mijita? Qué cara tan fúnebre. Seguro que esta desalmada de Luisa te ha regañado?... Qué perversidad! A la madre y á la hijita de tanta gente!...

LUISA—Llora por mí. Se le ha ocurrido que estoy enferma de gravedad, que estoy tísica; nada menos!...

MIJITA—¡Oh, hijita!... (*sollozante*).

LUISA—Observa esos pucheros. Es muy capaz de soltar el

trapo otra vez. (*Abrazándola*). Pobre viejita. Tranquilízate. Te juro que nunca me he sentido tan bien.

ALBERTINA—Efectivamente. Te ha probado la estadía en las Sierras. ¿Cuántos kilos? Y buenos colores y espíritu alegre. Mijita, ¿cómo se te han ocurrido semejantes cavilaciones?...

LUISA—Tan indiscretas sobre todo...

MIJITA—Yo... yo... Yo me voy. (*Se vá de prisa, ahogándose*).

ESCENA III

Dichos, menos MIJITA

ALBERTINA—¡La buena Mijita!... Espero que no lo habrás tomado en cuenta.

LUISA—¿No te sientas?

ALBERTINA—Claro que sí. ¿Mi marido no ha estado por acá? Roberto lo llamó por teléfono esta mañana. Te aseguro que fué una sorpresa, pues no esperábamos que regresaran tan pronto. ¿Por qué no avisaron que venían? Habríamos ido á recibirlos á la estación.

LUISA—Fué repentino el viaje. Imaginate que media hora antes de salir el tren me dice Roberto: nos vamos ahora mismo!

ALBERTINA—Es raro.

LUISA—Pretestó un llamado urgente, por despacho telegráfico, despacho que, por cierto no me ha mostrado.

ALBERTINA—Como de costumbre. Me figuro tu inquietud pensando en que podía haberles sucedido algo á los nenes ó á Renata.

LUISA—A ese respecto no me asaltó el menor temor, te lo aseguro. Roberto hubiera tratado de prevenirme. Por otra parte estoy habituada á sus misterios y no trato de descifrarlos. En él lo mas enigmático es lo menos importante. Sólo sabe ocultar las trivialidades.

ALBERTINA—Parece que estuvieras resentida.

LUISA—No.

ALBERTINA—Apuesto á que hay confidencia en puerta. *(Con exageración cómica).* Habla, mujer. Desahoga tus penas. ¿Qué te ha hecho ese monstruo de infidelidad?

LUISA—No pensé hacer ningún reproche.

ALBERTINA—Confía en mí. Cuenta, muchacha.

LUISA—Y en último caso el tono que adoptas no es el mas aparente para provocar confidencias.

ALBERTINA—¿Te has ofendido? Perdóname. Como te conozco muy bien y conozco igualmente á tu esposo no pude colocarme en situación de tragedia.

LUISA—Pues nada ocurre. Ni tragedia, ni sainete.

ALBERTINA—Punto y aparte, entonces.

LUISA—Como gustes.

ALBERTINA—*(Con extrañeza).* Oh!... Qué tienes Luisa?... Por qué me tratas así? No creo haber merecido tanta acritud por poner un poco de mi buen humor en mi empeño de desvanecer, quien sabe qué cavilosidades tuyas. Dime ¿á qué puedo atribuirla?... Debe mediar algún motivo grave para que hayas llegado á á olvidar los respetos debidos á nuestra vieja amistad.

LUISA—¡Oh, cuanta solemnidad!... *(Remedando).* «Los respetos debidos á nuestra vieja amistad» ¡Tonta!

ALBERTINA—*(Ofendida)* ¡Luisa!

LUISA—No retiro la palabra. Tonta!... Tonta y tonta!... En el acto pídame Vd. perdón de sus sospechas!

ALBERT—Será posible que no acabe de comprenderte!...

LUISA—La culpa es tuya. No soy tan complicada.

ALBERT—Confesarás cuando menos que estabas de mal humor...

LUISA—¡Oh, perspicacia! Sí, Albertina! Ya que tan necesario es, te diré que me impacienta un poco el tono incrédulo y protector de tus palabras. Advierte que me negabas el derecho de tener una complicación en mi vida...

ALBERT—¿El derecho?... No te entiendo.

LUISA—La posibilidad si quieres, si te resulta mas claro.

ALBERT—Bien remota por cierto.

LUISA—Tú no lo crees así.

ALBERT—No eres poco exigente que digamos. Tienes un marido que te adora y á quien adoras, un par de chicos que son una gloria y el amor de una hermana modelo; vives entre espíritus simples y buenos como el tuyo... Nadie mejor resguardado de las tormentas de la vida.

LUISA—¡Oh! no hay puerto seguro para todos los vientos.

ALBERT—Está claro, si hemos de ir á los extremos, si hemos de pensar en las fatalidades irremediables de la existencia.

LUISA—Las fatalidades irremediables! Y por qué no descontarlas del haber de nuestra dicha?...

ALBERT—Sencillamente por que... por que nos quedaríamos sin capital... Pero ¿á qué viene tanto pesimismo mujer? ¿Será que te han impresionado las tonterías de Mijita?

LUISA—Nada me decía la pobre vieja. Fuí yo quien...

ALBERT—¿Tú?

LUISA—Sí; yo.

ALBERT—No deja de ser una maldad asustar á la infeliz viejita. Por otra parte no te alabo el gusto de gastar bromas tan lúgubres.

LUISA—Hablaba muy sériamente. Quise obligarla á confesar lo que ninguno de los que me rodean ignora y todos quieren ocultarme.

ALBERT—¡Dios nos ampare! Linda esperanza nos dejas, mujer, sí con semejante salud que te rebosa empiezas á creerte camino del otro mundo! ¿Estás en tu juicio?...

LUISA—¡Uff!... Siempre lo mismo. La piadosa y compasiva digresión! ¡Oh, hazme el favor de no continuar así, si no quieres verme de nuevo irritada!

ALBERT—Pero Luisa!

LUISA—Calla. No te fatigues en persuadirme, en ilusionarme. Me hace más daño la caritativa ficción de Vdes., que el mismo mal que me roba la vida.

ALBERT—Estás diciendo cosas absurdas, mujer.

LUISA—*(Irónica).* Sí, absurdas. Desde hace un año mis sentidos y mis facultades están en bancarrota. Me he idiotizado. He perdido la ponderación de las cosas y de los hechos. Nada. Ni veo, ni oígo, ni palpo, ni presiento, ni discierno. Me ataca una enfermedad que me tiene no sé cuantos días á las puertas de la muerte, salvo de sus garras providencialmente y entro á convalecer. Comienzo á experimentar la alegría del retoñar de mis fuerzas y vuelven á mi espíritu las golondrinas de la esperanza. Unas horas mas, un día, quizás un mes... Me aguardan todos los dones de la plenitud de la vida. Pero pasa la hora, el día, el mes. La meta se ha alejado. ¡Sin embargo nada es la nueva distancia para la certidumbre del completo revivir! Vamos de nuevo hacia ella, pero de nuevo se distancia... Y muchas veces mas la buscamos en vano. ¡Oh! entonces las golondrinas empiezan á emigrar, sin que baste á retenerlas el cálido optimismo de los mios. Las he visto irse, Albertina, una por una en las alternativas de esta convalescencia que no acaba nunca, que acabará conmigo.

ALBERT—¡Oh, imaginación!

LUISA—No, no es la imaginación!... Es la realidad cruel de mi dolencia sin lenitivos, Y si ella no bastara á convencerme de que estoy irremisiblemente condenada, ahí estan Vdes. ahuyentando las últimas golondrinas; mi marido, mi hermana, la vieja criada, los amigos y hasta los extraños...

ALBERT—¿Nosotros?

LUISA—Ustedes, ustedes, ustedes. Se les lee en los rostros la sentencia irremisible. ¡Oh! Si tú hubieras visto como he visto yo al pobre Roberto tan sufrido, tan enérgico, tan fuerte, tan consolador con su optimismo irradiante, durante la enfermedad, y en los primeros días de la convalescencia, ir hora por hora cediendo y quebrantándose hasta derrumbarse en la

congoja de la desesperanza y la piedad. Su optimismo de hoy es una mediocre simulación caritativa. Caritativa ¿me comprendes? . . . Y luego mi hermana, un caso estupendo de fatalismo y resignación, y los sobresaltos de la triste Mijita, ese fiel animal doméstico que gira en torno mío, azorada, con el presentimiento de la catástrofe inminente, gruñendo á todos los rumbos en celoso acecho del enemigo que sabe que ha de llegar y de quien quisiera protegerme y defenderme con todas sus fuerzas. Y luego. . . y luego la profilaxia. . . ¡Ah, la profilaxia, la higiene!... Un trabajo de araña, sutil, sutilísimo. Una tela dorada por mil pretextos y engañifas con que lo van envolviendo á uno sin que lo sienta hasta dejarlo aislado de sus semejantes para que no los contamine.

ALBERT—*(Conmovida)* No prosigas, Luisa, no prosigas. Eso es falso. . . Tú deliras! . . No continúes que me aflijirás también á mi con tus cavilaciones! . . Estás viendo fantasmas, mujer. . . .

LUISA—Y lo dices tú, Albertina, tú que hace un momento al entrar aquí, me volvías la cara para que en los transportes de mi efusión cariñosa no fuera á inocularte los gérmenes del mal terrible.

ALBERT—¿ Yo ?

LUISA—Tú. No te dejaste besar en la boca. Comprendo ese sentimiento. Hice mal. Tienes hijos además... A los míos ya no puedo besarlos. . .

ALBERT—¡ Oh ! ¿ Eso era todo ? . . Ahora verás como te engañas. . . *(Besándola).* ¿ Lo vés ? Te beso en la boca, bebo tu aliento. . . Te has convencido? Y te beso otra vez, y otra. . . y otra. . .

LUISA—*(Incrédula).* ¡Ahora! Por caridad! . .

ALBERT—*(Ofendida)* Perdóname entonces. . .

LUISA—*(Reaccionando emocionada)* No te ofendas. . . Soy injusta. . . Gracias, Albertina, gracias! . . ¡Ah, si tú quisieras comprenderme, sí quisieras ser mi conf

dente, el amigo fuerte, el amigo leal, sin prejuicios y sincero que me hace falta!

ALBERT—Lo soy, Luisa.

LUISA—Me dirás la verdad? . .

ALBERT—*(Impaciente)* ¿Pero qué verdad, hija, quieres que te diga? No pienses encontrar en mí un cómplice que ampare y aliente tus preocupaciones. Eso nunca.

LUISA—No me sirves entonces. Estoy harta de ficción. Necesito un espíritu capaz de acompañarme en las horas de la desesperanza, necesito verdad y buena fè. Dime, dime que es cierto que estoy condenada, que debo morir fatalmente. Dímelo. Yo no le temo á la muerte. Tengo miedo de la vida que me espera despojada de todos sus derechos. Me horroriza la perspectiva de verme convertida en mísero pingajo humano, expuesta á la piadosa condolencia de la gente. ¿No me entiendes? No quiero que me tengan lástima. Quisiera afrontar el porvenir, como he afrontado la vida, serena y tranquilamente, confortada con el apoyo de espíritus afines. Basta de caridad. Bastantes energías me ha robado mi mal. No quisiera que mi altivez se acabara de relajar. Hay quienes experimentan la voluptuosidad de la conmiseración que inspiran. Yo no, me oyes, no. No, no! . . *(La fatiga que debe ir sintiendo creciente se resuelve en un acceso de tos).*

ALBERT—No te exaltes, que te fatigas. ¿Lo ves?

LUISA—*(Dominándose un instante).* Contesta, contesta este argumento. . . Desmiénteme! . .. Oh, me sofoco! . . . (*Huyendo á toser á la habitación inmediata*) Un instante! . . Perdóname. . .

ESCENA IV

ALBERTINA, DESPUÉS RENATA Y LOS NENES, UN VARÓN Y UNA MUJERCITA DE 5 Y 4 AÑOS RESPECTIVAMENTE

ALBERT—(*Acompaña la salida de Luisa de un gesto compasivo y enjuga una lágrima).*

RENATA—(*Que entra con los nenes*). ¿Cómo estás, Albertina?

ALBERT—¡Oh, déjame! . . . Muy triste! Si vieras qué mal encuentro á Luisa! ¿La oyes? Un acceso terrible de tos. Se puso á hablar y hablar exaltándose como en un delirio. . . Y lo peor no es eso. . . Desconfía. . . sabe todo. . .

RENATA—Sí. Roberto me lo ha dicho. La asaltan con frecuencia esas crisis nerviosas. Son manifestaciones de la enfermedad. . . Ayer nos ha tenido angustiados á todos con sus interrogatorios y sus reproches. Sospecha, pero no está convencida de su mal. Esa insistencia en que le digamos la verdad, revela su incertidumbre.

ALBERT—A mí me impresionó tanto, que estuve á punto de confesárselo todo. . .

RENATA—No: Cuidado! . . La mataríamos. Nuestra negativa es el último asidero de sus esperanzas. . .

ALBERT—Viene hacia acá. Disimula. . . ¡Pero qué bien están los nenes! . . ¿Vienen del paseo? . .

ESCENA V

Dichos—LUISA

LUISA—(*Demudada y temblorosa entra secándose el sudor con el pañuelo. Al ver á sus hijos corre hacia ellos con efusivo transporte*). Pololo! . . Nena! . . ¡Oh mis hijitos, mis criaturitas queridas!. . . (*Los une en un estrecho abrazo y llora dulcemente sobre sus cabecitas, monologando ternuras*).

POLOLO—¿Qué tienes mamita? ¿Estás llorando? . . ¿Por qué estás llorando? . . .

LUISA—(*Serenándose*) No, no lloro. . . Es que. . . Son cariñitos. . . He pasado tanto tiempo lejos de ustedes! . . Y ustedes son tan malos que prefieren irse de paseo en vez de estar con su mamá. . . ¡Ah, pero me las van á pagar!. . . Ya verán, ya verán! . . .

POLOLO—No te enojes. . . Es Renata que nos lleva todos los días á la Recoleta en coche. . .

LUISA—Lo sé Pololo. Y hace muy bien. Cuando los niños son juiciosos hay que premiarlos. . . . (*A Mijita que aparece*) Quieres algo, Mijita? . .

ESCENA VI

Dichos—Mijita

MIJITA—Precisamente venía en busca de estos perjenios. Calculaba que estarían de vuelta.

LUISA—Qué? Ya quieren quitármelos?

MIJITA—Es que deben tomar el alimento.

LUISA—No, no! . . Hoy se lo daré yo. No los separan de mi lado. Albertina, tú no has de haber tomado el té tampoco. ¿Quieres pasar? Nos entretendremos con estos personajes.

ALBERT—De buena gana aceptaría, pero. . ,

LUISA—No temas. Por el momento (*indicando á los niños*) no puedo ser peligrosa. Vamos. ¡Ay! Se nos complica la fiesta íntima. ¿Cómo está Vd., Dr. Ramos?

ESCENA VII

Dichos—ROBERTO—RAMOS

RAMOS—(*Saludando*) Señora! . . No le pregunto como está Vd. porque lleva en su aspecto la respuesta.

LUISA—¿Lo cree, Doctor?

RAMOS—Roberto á quien encontré en la puerta de calle me daba las más optimistas impresiones, y Vd, las confirma plenamente. . .

LUISA—Sin embargo es extraño que lo haya llamado. . .

ROBERTO—Olvidas que bien he podido tener necesidad de ver al amigo ya que no al profesional.

LUISA—Bien. Conformes entonces. Advierto á Vds. que teníamos programa hecho con Albertina. ¿Quieren pasar á tomar una taza de té?

ROBERTO—Iremos después.

LUISA—Como gusten. Vamos, niños. Albertina. . . ¿Vienes, Renata?

RENATA—Prefiero quedarme. Tengo que concluir la copia del último trabajo de Roberto. . . .

LUISA—(*Con intención*), !Ah! comprendido! comprendido! . . . (*Mutis con Albertina los niños y Mijita*).

ESCENA VIII

RENATA—RAMOS—ROBERTO

RAMOS—Tiene efectivamente mejor aspecto la pobre Luisa.

ROBERTO—Reaccionó pronto de la última crisis. Sin embargo aquellas alturas no eran propicias. . .

RAMOS—Sí; un poco enrarecido el aire, pero de todos modos hubiera sido preferible aquello á la atmósfera viciada de la ciudad. No me has explicado aún los motivos del regreso tan precipitado.

ROBERTO—Nos expulsaron.

RAMOS—¿Cómo? Por qué? . . .

ROBERTO—Una historia muy curiosa. Tú no ignoras que mi situación económica es bastante precaria desde algún tiempo á esta parte. . . .

RAMOS—Siempre has debido contar con mi amistad. . . .

ROBERTO—No; no se trata de lo que supones. Verás. . . En los cerros lo pasábamos muy bien, únicos pensionistas de una de las tantas familias que no tienen miedo del contagio porque están contaminadas y sacan doble provecho de su mal y del mal del prójimo. Naturaleza pintoresca, clima apacible y presupuesto muy llevadero. Aquello era por todo concepto lo más conveniente. . . Pero, como te escribí, en la imaginación de Luisa empezó á trabajar el miedo y la desconfianza. No era para menos, te lo aseguro, el espectáculo de aquella población doliente. No te lo voy á describir porque tú debes conocerlo muy bien, á pesar de que la costumbre de ver una cosa

limita la facultad de analizarla. Bastará con que te diga que yo mismo más de una vez, dejando trabajar un poco la mente, he sentido que la angustia y el espanto me oprimían el alma. ¡La tos! Todos tosen, creo que allí hasta los sanos tosen por sugestión. En la villa, en los hoteles, en los sanatorios, en los paseos, donde quiera que uno va, lo acompaña la lúgubre desafinación de esa orquesta de escuálidos músicos exasperados y febricientes, que sudan la voluntad de arrancar un poco de armonía á sus desvencijados instrumentos sin conseguir otra cosa que un monótono jadear de fuelles rotos. . . Para Luisa aquello se convirtió en una dolorosa obsesión. Sus desconfianzas y su irritabilidad iban creciendo, y una noche en que no nos dejó dormir el carraspear desesperante de un tísico, nuestro vecino de habitación, me expresó su resolución de huír de aquel antro. Todo mi empeño en disuadirla se estrelló contra su voluntad firme y casi amenazadora. Conseguí únicamente arrastrarla á uno de los hoteles de la cumbre. Allí al menos no se oye tanto la fatídica orquesta, aunque el clima sea menos favorable. . .

RAMOS—O precisamente por eso.

ROBERTO—La vida es cara. Había además que hacer una renovación del equipo y ponerse en actitud de no desentonar en aquel ambiente refinado y aristocrático. Todo se hizo; no obstante, las exigencias del medio sobrepasaron la largueza de mis previsiones. ¿Qué hacerle? Estaba y estoy resuelto á todos los sacrificios en homenaje á la paz de esa triste alma compañera. Pero nada bastó. Era también preciso salvar distancias sociales y por más que mi reputación literaria pudiera obviarlas, Luisa no entraba y así lo comprendió. Ni ella, ni yo insistimos, limitándonos á hacer rancho aparte. De repente, sin que se sepa cómo ó quizás por nuestro mismo or-

gullo indiferente, las gentes empiezan á huír de nuestro contacto, y el *boycott* se acentúa cuando Luisa cae en cama. Así que mejora se me presenta el dueño del hotel. «Señor, Vd. perdonará, pero los reglamentos de la casa son terminantes y los pensionistas me han amenazado con irse á otra parte si sigo albergando enfermos contagiosos. . . .» Y patatín y patatán. En resumen, una intimación de desalojo en regla. Había en el establecimiento, había sí, enfermos más avanzados pero no eran peligrosos. . .

RAMOS—Porque gastarían más.

ROBERTO—Precisamente. Ahí tienes explicadas las causas de nuestro regreso anticipado. Hubiera podido llevarla á cualquier otro hotel de las inmediaciones, pero tuve miedo á un nuevo boycott. Luego, ella empieza á sentirse deprimida por la pertinacia de su dolencia, y esa depresión se traduce en fenómenos nerviosos muy intensos. Una sensibilidad extrema, humor facilmente irritable, desconfianzas, prurito de análisis. . . .

RAMOS—Me has dicho que las impresiones del colega que la asistió. . . .

ROBERTO—Son pesimistas. Lejos de ceder, el mal avanza. Pero me inspira mayores temores su estado moral.

RENATA—Según parece acaba de hacerle una escena á Albertina. La encontré llorando mientras Luisa se debatía en un acceso terrible de tos. Después se serenó, como Vds. la han visto.

ROBER—Nos tiene acosados porque le digamos la verdad. Y para colmo, ayer, la sorprendí leyendo un viejo trabajo mío, inconcluso, que andaba por ahí perdido entre papeles inservibles, y titulado «Los derechos de la salud». En ese trabajo, una especie de *nouvelle,* un tanto sentimental, estudiaba la situación moral de un enfermo incurable—atacado de tuberculosis precisamente—que descubre que su esposa le es infiel

y acaba por encontrar lógica su conducta justificándola en que no siendo apto para llenar las funciones de la vida, no se considera con derechos para encadenar á los sanos á sus destinos malogrados.

RAMOS—Conozco el asunto.

ROBER—Es verdad, pues. Si fuiste tú quien me hizo desistir ó postergar su publicación, objetándome que los tísicos nunca llegan á darse cuenta de su mal...

RAMOS—Es característico el optimismo de los tuberculosos, producto del estado febriciente en que viven.

ROBER—Bien, eso no hace al caso. Luisa lee aquello y su imaginación empieza á fantasear y á despacharse á su gusto. «Lo has escrito á propósito y lo has dejado á la vista para que lo lea. Niégame ahora que estoy tísica». Se exaspera y llega hasta soltarme sin empacho las cosas más absurdas, las sospechas más inverosímiles...

RENATA—Que á mi también me alcanzaron. Atribuía mi solicitud por sus hijos al propósito de arrebatarle los derechos de la maternidad...

ROBER—¡Cuánto absurdo! Hay que tomar pues, alguna medida...

RAMOS—Quisiera examinarla un poco.

RENATA—Hoy no lo creo oportuno. Podría alarmarse...

RAMOS—Mañana ó pasado... De cualquier modo creo que no debes deshacer las maletas. El invierno se viene encima y es preciso llevarla á un clima más benigno, al Paraguay por ejemplo.

ROBER—Lo he pensado.

RAMOS—Por muchos motivos convendría, y no es el menos convincente, el de que es necesario preservar á los niños. (*Mira la hora*). Es tarde ya. Si no me necesitas me marcho porque me quedan por hacer algunas visitas.

RENATA—Deja usted á Albertina...

RAMOS—Sí. Adios Renata. Y en cuanto á tí... ¡paciencia! Mañana vendré. (*Le estrecha la mano. Mutis*).

ESCENA IX

RENATA—ROBERTO

RENATA—(*después de unos instantes de ensimismamiento*)—¿En qué piensa usted, Roberto?

ROBER—Pienso... pienso... En verdad, no podría precisar en qué pienso. Tengo tantas cosas en la cabeza y en el espíritu...

RENATA—¿Es que su fe empieza á quebrantarse?..

ROBER—Mi fe. ¿Qué fe resiste á tanta inexorable evidencia?

RENATA—La fortaleza, la energía es fe...

ROBER—Siento que mis fuerzas se desmoronan.

RENATA—Cuando más falta le hacen. Tiene usted que resolver el viaje al Paraguay cuanto antes...

ROBER—La resolución está hecha. Diga usted mejor, que debo empezar á buscar los medios de realizarlo...

RENATA—Lo sabía. Por eso he querido hablarle.

ROBER—¿En qué sentido?

RENATA—Decirle que no debe usted quebrarse la cabeza por buscar recursos. Venda mis bienes, ó hipoteque ó haga lo que le plazca con ellos.

ROBER—¡Oh! ¡No! ¡Eso nunca!..

RENATA—No he hecho el ofrecimiento antes de ahora por ignorancia de su situación financiera y, un poquito, por temor de mortificar su susceptibilidad. Hoy sé que usted no sólo ha agotado su crédito sinó que también ha descontado sobre su porvenir literario comprometiéndose á realizar trabajos á plazos determinados, sin contar con que las circustancias pueden oponerse á sus deseos, y pudiendo muy bien haber evitado esos extremos. Ya que ha querido hacerme el honor de su confianza le impongo el castigo de tomarme por prestamista.

ROBER—Gracias, Renata. De ningún modo podré aceptar su ofrecimiento...

RENATA—Una sola condición le exijo: que reintegre usted en seguida el dinero tomado á cuenta de trabajos literarios.

ROBER—Repito que no tomaré un céntimo de sus bienes. Por otra parte olvida usted que casi no tendría derecho á disponer de ellos. Debe casarse en breve...

RENATA—¡Ah! si sus escrúpulos son esos, poco me costará vencerlos. Ya no me caso.

ROBER—¿Cómo? ¿Qué está usted diciendo?

RENATA—Sencillamente, que he desistido de mi enlace... que he roto las relaciones con Jorge...

ROBER—No. Usted me engaña... ó se engaña.

RENATA—Ninguna de las dos cosas.

ROBER—¡Oh, por qué ha hecho usted eso! Por qué ha dado un paso semejante sin consultar á nadie!

RENATA—Creo que los dos íbamos al matrimonio llevados por una simple complacencia afectuosa, nada más. De modo que la ruptura se produjo sin violencia y sin desgarramientos mayores.

ROBER—Las causas, los motivos, ¿cuáles fueron?..

RENATA—Una trivialidad.

ROBER—No lo creo, Renata. Usted lo ha hecho por nosotros, para poder entregarse más libre y enteramente á su devoción caritativa por Luisa y por nuestros pobres hijitos! ¡Oh, gracias! ¡Es usted una santa!.. Pero no hemos de consentirle tal sacrificio. Se lo contaré todo á Luisa...

RENATA—¡Muy bien pensado!.. ¡Alármela usted más de lo que está!..

ROBER—¡Oh, Renata! ¡Renata!.. (*Muy conmovido, estrechándole ambas manos*) ¡Qué alma la suya!..

ESCENA X

Dichos—LUISA—después ALBERTINA

LUISA—(*Apareciendo con un diario en la mano, alborozada*)—

¡Doctor!.. ¡Doctor Ramos! ¡Ah! (*Paralizada al sorprender la actitud de Roberto y Renata*).

ROBER—¿Qué ocurre, Luisa?..

LUISA—(*Reponiéndose un tanto*)—Creí que estuviera el doctor...

ROBER—(*Alarmado*)—Estás demudada ¿Qué te pasa?—(*Conduciéndola muy afectuoso*)—Ven, siéntate... ¿Fué un acceso de tos?.. Algún esfuerzo seguramente.

LUISA—Ya pasa. Es que... ¡Imagínate mi emoción!..—(*Como espantando sombras de la mente*).- ¡Oh, si no es posible!..

ROBER—¿Qué, hija mía?..

LUISA—¡Oh, nada!.. Imagínate, imagínense mi alegría al leer la noticia... Corrí en seguida á consultarle á Ramos... Creí que estuviera aquí con ustedes y...

ROBER—¿Acabaremos de saber de qué se trata?

LUISA—¿Verdad, Roberto, que te alegrarás, conmigo, hondamente, infinitamente?..—(*Del todo repuesta y confiada*)—Lee... lee...—(*Mostrándole el diario*).—La más sensacional de las noticias. Lee fuerte... ¡Ahí!.. ¡Esos títulos tan gordos!.. ¡Lee pronto, pronto!..

ROBER—(*Que ha ojeado el diario, tratando de disimular su emocion*).—Sí; es una importante noticia.

LUISA—(*Impaciente*)—Pero, lee fuerte, hombre de Dios...

ROBER—Bien, te haré el gusto.—(*Leyendo*).—«El suero contra la tuberculosis.—Sensacional descubrimiento del doctor Behring.—Su confirmación plena.—París 8.—Telegrafían de Berlín que el profesor Behring ha terminado una memoria que presentará á la Academia de Medicina, demostrando haber hallado el suero contra la tuberculosis. Refiere casos en que ha tenido un éxito indiscutible de curación completa. La noticia ha causado honda impresión en todos los círculos científicos».

LUISA—¿Lo ves, lo ves?.. Continúa, hay otro despacho todavía...

ROBER—(*Leyendo siempre*)—«Berlín 8.—Se confirma la noticia del descubrimiento Behring. El ilustre sabio se niega

á suministrar informes limitándose á manifestar que someterá el fruto de sus estudios á la opinión de sus colegas ».

LUISA—¿Qué me dices, qué me díces ahora?

ROBER—Es una sensacional y consoladora noticia, pero no veo qué importancia directa pueda tener para nosotros.

LUISA—Te estás traicionando. Tonto; ¡si te vende la emoción! ¡Oh, estalla de una vez conmigo, alegrémonos todos!.. ¡Para qué seguir mintiendo si el remedio que me ha de sanar está ahí y lo tendremos antes de un mes á nuestro alcance!.. Oyeme; ya no me importa saber que estoy tísica, como antes no me preocupaba saber que tenía influenza, reuma ó jaqueca ó cualquier otro mal pasajero y curable.., Ahora comprendo que tenían razón ustedes al ocultarme mi estado. ¿Para qué hacernos desesperar de la vida, cuando existen los Behring, los Roux y tantos otros sabios creando salud para sus semejantes en el misterio de los laboratorios?.. Y pensar que yo he sido cruel, tan torpe, tan... que sé yo, con mis bienhechores. ¡Oh, Roberto, Roberto! ¡Perdóname! ¡Perdóname tú también, Renata!.. ¡Y tú, Albertina!.. ¿Dónde está?.. ¡Con mi aturdimiento la he dejado sola!—(*A voces*).—¡Ven, Albertina, ven!.. ¡Oh!—(*Respira hondamente*).—¡Qué bien respiro ahora!.. ¡Me parece estar sana!..—(*Muy extremosa, acariciando á Roberto*).—¡Roberto mío!.. ¡Roberto mío! ¡Cuánto habras padecido!.. ¡Cuánto te habré hecho sufrir!—(*Aparecen Albertina y Mijita*)—¡Ven, Albertina, tú también, pobre Mijita!.. ¡Vengan! ¡Todos tienen que participar de esta alegría del revivir!.. Roberto, ¡qué dicha!.. ¡qué dicha!—(*Estrechándolo con transporte*).—¡Quién pudo pensar hace un rato, Albertina, en un cambio semejante!..

ALBERTINA—¡Oh, Luisa!.. ¡Son las golondrinas que vuelven!..

TELÓN

ACTO SEGUNDO

EL DESPACHO DE ROBERTO—AMPLIA MESA DE TRABAJO ATESTADA DE LIBROS Y PAPELES EN ARTÍSTICO DESORDEN.

ESCENA I

ROBERTO—RENATA

TRABAJAN JUNTOS TERMINANDO DE ORDENAR LOS ORIGINALES DE UN LIBRO

RENATA—¿Quiere leer, Roberto? Creo que no falta ninguno, pero tengo poca confianza en mi memoria.

ROBERTO—«Los herejes». Me gusta poco ese título.

RENATA—Tiene tiempo de cambiarlo al corregir las pruebas.

ROBERTO—«La 9ª sinfonía». «El iman».

RENATA—(*Verificando en los manuscritos*). El iman....

ROBERTO—«El señor Pérez». «El derecho á la tristeza»....

RENATA—.... á la tristeza.... El cuento que menos me gusta. Yo, en su lugar....

ROBERTO—Necesito completar el volumen y no tengo tiempo ni humor para escribir uno nuevo. Por lo demás todos son igualmente mediocres...

RENATA—No soy de esa opinión. ¿Porqué no termina este?... Con un par de plumadas tendría un espléndido broche para cerrar el libro. «Los derechos de la salud».

ROBERTO—No me tiente, Renata, no me tiente. Deme Vd. esos originales ...

RENATA—¿Que va á hacer?

ROBERTO—Démelos Vd.... Sería un crimen publicar semejante artículo en estos momentos. Por la pobre Luisa en primer término, y por el público cuya malignidad encontraría en él abundante asunto de fantaseos y comentarios. Deme Vd. eso!....

RENATA—¿Para guardarlo? (*Le entrega el manuscrito*).

ROBERTO—No. Para romperlo. Así ... Así....Así.... (*Despedazando el artículo*).

RENATA—(*Friamente*). Ha hecho Vd. mal.

ROBERTO—En todo caso siempre hay tiempo de reconstruirlo...

RENATA—Por eso mismo ha hecho mal, porque acaricia la idea de poder publicarlo algún día.

ROBERTO—No comprendo.

RENATA—Más criminal que darlo á luz hoy, sería acechar la oportunidad de poder hacerlo.

ROBERTO—Le advierto, Renata, que está cometiendo una injusticia.

RENATA—Más injusto es Vd. consigo mismo. Volvamos la hoja, ¿quiere?.... Los originales están en regla. ¿Piensa Vd. corregir las pruebas del folletin?.... Las han traido hace un rato de la imprenta.

ROBERTO—Sí.

RENATA—Yo podría hacerlo....

ROBERTO—Gracias, Renata. Demasiado trabajo le doy. Yo en su lugar ya me habría declarado en huelga.... (*Voces en el vestíbulo*). ¿Qué pasa?

ESCENA II

Dichos—MIJITA—POLOLO—después LUISA

MIJITA—(*Regañando á Pololo*). ¿Crees que esto tiene disculpa?... ¡Oh, las pagarás todas juntas, bandido!.... Revoltoso!.... Miren los juguetes del niño!.... Capaz de matarse, Virgen Santa!.... Renata, te traigo á este pícaro para que lo castigues.

ROBERTO—¿Qué has hecho Pololo?....

POLOLO—Mentira! No hacía nada! ...

MIJITA—(*Mostrando un revolver*)—Miren Vds. el juguete con que se entretenía el niño. Vean Vds! Capaz de matarse! ...

ROBERTO—(*Tomando el revolver*). Y estaba cargado!

RENATA—¿Y de donde sacó esa arma?

MIJITA—La habían olvidado seguramente en la cochera el día que estuvieron tirando al blanco con el Dr. Ramos. Yo sentía un alboroto terrible en el corral y no hacía caso porque estoy acostumbrado á los es-

tropicios de este bandido, cuando de repente lo veo corriendo á una pobre gallina clueca con el revolver en la mano!.... Virgen Santa!....

LUISA—(*Entrando*). ¿Que ocurre?....

RENATA—El señorito que jugaba con un revolver....

LUISA—Claro está! . Si dejan las armas en cualquier parte!.... Qué sabe el inocente!.... Venga Vd. acá, Pololo!....Las armas no se tocan porque pueden disparar y lastimar al niño.

MIJITA—¡Oh! él ya sabe para lo que sirven las armas!.... Imaginate en que estaba empeñado en matar, en matar, sí señor, una gallina....

LUISA—¿Y porqué, hijito, pretendías matarla?

POLOLO—Porque quiere quitarle los hijos á la patita blanca.

MIJITA—Es una gallina clueca que yo no la he querido echar porque dice el quintero que es muy mala sacadora, y este perjenio que todo lo revuelve la ha descubierto echada en el nidal de la patita blanca.

POLOLO—Ya tiene tres patitos chiquititos y la gallina la picotèa y quiere quedarse con ellos.... Es una ladrona ¿verdad?

LUISA—Una ladrona, sí, una pícara ladrona. ¿Por eso querías castigarla?

POLOLO—Porque la pata es muy zonza y no sabe defenderse.

LUISA—Bueno, hijito. Por toda esa gracia, Renata te perdonará la travesura. Verdad, Renata?

RENATA—Ese mimoso siempre está perdonado.

LUISA—Y vendrás con mamá á poner en salvo tu patita blanca. ¿Quieres que demos un paseo por el jardín, Roberto?

ROBERTO—Con mucho gusto. Aguarda á que ponga este objeto fuera del alcance de este demonio. (*Guarda el revolver bajo llave, en uno de los cajones*).

LUISA—Llévanos tú, Pololo.

POLOLO—Verás. Yo se muy bien dónde están todos los nidos. (*Vánse los tres por el jardín*).

ESCENA III

MIJITA—RENATA

RENATA (*Una vez que se han ido recoje prolijamente los pedazos del artículo roto por Roberto*).

MIJITA—¿Qué haces, muchacha?

RENATA—Recojo unos papeles que he roto impensadamente.

MIJITA—¡Ah! (*Pausa*) ¿Sabes que anoche la pobre Luisa no ha estado bien?

RENATA—Lo sé. Te sentí varias veces levantarte.

MIJITA—Pero no tosía ni tenía fiebre ó fatiga como otras veces ...

RENATA—(*Con indiferencia, ocupada en recomponer los papeles*). ¿Y qué tenía?

MIJITA—(*Impaciente*). Te aseguro que lo pasó muy mal!....

RENATA—(*Con igual tono que antes*). Ah, si! No dijiste tanto al principio. «De la.... sa.... sa.... sa.... ¿dónde estará el otro pedazo?.... sa.... Este es. De la salud. (*Leyendo*). «Nadie tiene derecho á exigirle á la vida más de lo ... de lo que.... de lo que está en aptitud de darle».

MIJITA—(*Fastidiada*). Bueno. Si te interesan más esos papelotes que tu hermana, no te diré una palabra.

RENATA—Habla, mujer, habla. ¿De qué se trata?

MIJITA—Anoche Luisa....

RENATA—Lo pasó mal. Ya te oi. ¿Qué más?

MIJITA—¡Que más! Que más!.... Me atiendes como si hablara del gato. (*Severa*). Eso está muy mal hecho!

RENATA—¡Ay! Mijita malhumorada! Mijita rezongando!.... Es extraordinario. ¿Qué te ocurre?

MIJITA—Me ocurre, me ocurre que lo que está pasando en esta casa me tiene muy afligida. Vdes. van á matar á la hijita Luisa! Ustedes!

RENATA—¡Tanto has descubierto, Mijita!....

MIJITA—La están matando ya!.... Luisa está más aniquilada

por la indiferencia de Vdes. que por su misma enfermedad. Había regresado muy bien del Paraguay, llena de salud y de alegría, y en un mes que lleva de estadía acá, su buen humor, su apetito, sus colores, todo ha ido desapareciendo. Y con mucha razón. Ella tan mimada durante toda su vida, verse ahora cuando más necesita de la solicitud y la ternura de los suyos, arrumbada, abandonada como un mueble viejo é inservible....

RENATA—¿Es posible que tú tambièn pienses en semejantes ridiculeces?

MIJITA—Es que observo las cosas! Tengo aquí los ojos. Aqui ¿me los ves? Bueno.

RENATA—Lo que falta ahora es que tú des alas á las cavilaciones absurdas de Luisa.

MIJITA—¡Ah! No crean contar conmigo otra vez para engañarla. Roberto había de resultar como todos los hombres: un zalamero farsante.

RENATA—¡Mijita!

MIJITA—No me harás callar. Estoy dispuesta á hablar fuerte hoy. Un zalamero mentiroso. Mientras la mujer le servía porque era sana y linda y fuerte, mucha devoción y mucho mimo. ¡Ahora para qué, si ya no la puede usar más!.. . Bandido!.... ¡Portarse así con una mujercita tan santa y tan desgraciada!....

RENATA—Mijita, has perdido el juicio!

MIJITA—Todo el día, en tanto ella anda por ahí, por los rincones, consumida por la fiebre y la tristeza, el caballero, ó está en la calle ó está entregado á sus libros y á sus escrituras como si no tuviera otra cosa más importante que atender. Y tú!.... Bueno; en verdad de tí nada puedo decir porque siempre fuiste poco expansiva, pero Luisa no está como para acordarse de ello y atribuye tu retraimiento á temor, indiferencia ó que sé yo, si no es que pasan otras ideas más tristes por su cabecita.

RENATA—(*Un poco alterada*). ¿Qué sospechas, Mijita? ¿Què ideas son esas?.... Dilo enseguida.

MIJITA—¡Hijita!... Yo no he querido decir nada. Es una manera de expresarme nada más.

RENATA—No intentes disculparte. ¿Cuales son las ideas tristes á que te refieres?.... Vamos, dímelas, Mijita, y muy pronto, si no quieres verme alterada.... ¡Vamos, vamos, vamos!... Habla!....

MIJITA—Pero si es un absurdo. Yo te conozco muy bien y sé que serías incapaz ...

RENATA—De qué? Esplícate de una buena vez!...

MIJITA—Mira: te juro que ella no ha dicho una sola palabra, pero.... ¡Oh, tú sabes muy bien que soy incapaz de mentir! . Nada ha dicho, pero en más de una ocasion se le han escapado expresiones que.... Bueno; yo no digo más por que es una cosa muy fea y muy triste....

RENATA—¡Oh, empiezo á comprender!....

MIJITA—Entonces, se acabó....

RENATA—No se acabó. Es necesario que completes tus pensamientos.

MIJITA—Ella empieza á darse cuenta de que la estás reemplazando demasiado en esta casa...

RENATA—¡Demasiado!

MIJITA—No se cree tan enferma para no poder ayudar á Roberto en sus trabajos ¿me comprendes?... Y luego los niños. Teme que acaben por perderle el cariño. Y en eso no le falta razón porque las criaturas á fuerza de estar bajo tus cuidados hoy casi te prefieren. Y luego la frialdad de Roberto y el verlos á Vdes. siempre juntos...

RENATA—¡Oh, basta!... Basta, Mijita!... Una palabra más sería una injuria, ¿me oyes?... Basta!...

MIJITA—Te juro mi hijita, que yo...

RENATA—Basta... Vete de aquí... (*Se pasea nerviosamente*).

MIJITA—(*Compungida*). No supongas que yo piense nada malo de tí, mi hijita.... Ni la hijita Luisa tampo-

co... No vayas á decirle nada ¿quieres? Atiéndeme: si he hablado es porque tengo mucho miedo, mucho miedo. La hijita Luisa tiene pensamientos extraños en su cabeza; me entiendes? Y debemos quitárselos! Por eso, por eso nada mas, he dicho lo que he dicho, por la paz de esa desdichada criatura!...

RENATA—(*Como si acabara de adoptar una resolución*). Está bien. Que Roberto no llegue á enterarse de nada de esto!...

MIJITA—Puedes estar tranquila. ¿Qué piensas hacer? Medita bien las cosas, hijita, antes de tomar algún partido, no sea que empeores mas la situación.

REMATA—No preciso consejos. Déjame sola.

MIJITA—(*Yéndose*). ¡Las pobres hijitas!...

ESCENA IV

RENATA—después LUISA y ROBERTO

RENATA—¡Oh!.... Tenía que suceder!.,. (*Se sienta. Después de unos instantes de honda reflexión, recoge los fragmentos del artículo de Roberto, los contempla un momento como indecisa y luego acaba de desmenuzarlos, arrojando con rabia los pedazos al cesto*).

LUISA—(*En acalorada discusión con Roberto*). ¡No, no y no!... Esta vez no transijo. ¡Oh!... Demasiado han jugado ya Vdes. con mi voluntad!... (*Irritada y nerviosa va á sentarse en una silla*). ¡No!... ¡No, no y no!...

ROBERTO—Cálmate, Luisa. Yo no insisto. Fué una simple idea que me pareció propio consultarte. Figúrese Vd. Renata, que se me ocurrió que á los niños les sentaría muy bien un mes ó dos de campo, le expongo la idea y estalla como un cohete sin atender á mis razones, ni siquiera á mis excusas.

LUISA—Porque conozco las razones y las excusas de Vdes.

ROBERTO—¿Porqué pluralizas? Creo que Renata nada tenga que ver...

LUISA—Sí, comprendo que se trata de un nuevo complot para separarme de mis hijos!

ROBERTO—No digas disparates... No te perturbes así Luisa!...

LUISA—Es que...

ROBERTO—(*Interrumpiéndola*). Déjame hablar; no es cosa de que tú lo digas todo. Séamos razonables.

LUISA—No insistas porque será inútil!...

ROBERTO—Ni lo pienso, Luisa. Te quedarás con ellos, no irán al campo ni á ninguna parte; no saldrán de tu lado!... ¿Estás conforme?

LUISA—Lo estaré cuando me den la razón los hechos.

ROBERTO—¡Oh, eso es terquedad, Luisa, ó mas bien ganas de mantener el entredicho.

LUISA—Así han procedido siempre. Así!... Así... Insidiosamente! Cuando me revelo fingen renunciar á todo para aplacarme y recuperar mi credulidad y mi confianza. Pero luego empiezan los zapadores á socavar mi resistencia y una concesión arrancada hoy á mi debilidad y á mi descuido es el pretexto de otra mayor que me arrancarán mañana y de otra, y de otra y de otra, hasta que les entregue todo. (*Con creciente exaltación*). Así!... Así!... Paciente é insidiosamente han ido relajando poco á poco mis energías, maleando mi voluntad, limitando mi independencia, mi altivez, mi albedrío, acorralándome, extrechándome, reduciéndome... Así! Así! Así!... De esa manera, con procedimientos tan inícuos, tan...

ROBERTO—¡Oh! Basta, Luisa!... Cálmate!...

LUISA—No. No me desdigo. Con procedimientos tan inícuos han ido consumando el crimen, sí, sí, el crimen de despojarme de mis atributos de esposa y de madre, de la facultad de gobernar mi existencia é intervenir en la existencia de los míos y de todo, por el delito de tener la salud precaria como si los bienes de este mundo fueran un patrimonio exclusivo de la carne, mas que un derecho de la salud moral!

ROBERTO—No te exasperes así, Luisa. Cálmate! Cálmate! Tranquiliza esos nervios que hoy estan endemoniados. ¿Quieres un poco de bromuro? Tranquilízate y conversaremos de todas esas cosas. Verás cómo pronto espanto los fantasmas de esa cabecita. ¡Oh! No. No intentes proseguir. No te permitiremos continuar en ese tono.

LUISA—¿Lo ves? . . . Lo ven! . . . ¡A esta lastimosa incapacidad de ente irresponsable me han reducido! No puedo ni pensar ni discernir con mi propia autonomía. Son los nervios ó es la fiebre lo que piensa, razona, se exalta y se revela en mí. ¡Oh, ni el derecho de injuriarlos me van á dejar! . . .

ROBERTO—(*Sonriendo con benevolencia*). ¡Oh! Criatura! . . . ¿Acaso no lo estás ensayando? . . . Vamos, vuelve en tí . . .

LUISA—Basta! . . . No continúes en ese tono que me exaspera. Estoy harta de tu lástima. Estoy harta y empalagada de tu compasión. Protesta una vez, rebélate, enfurécete, castígame, maltrátame, arrástrame por los suelos, arráncame la carne á pedazos y me devolverás la conciencia de mi existir . . . Mortifícame! . . . ¡Oh! no puedo vivir así! . . . No quiero vivir así! . . . No quiero vivir así! . . . No quiero vivir así! . . . (*Su exaltación se resuelve en una crisis de lágrimas y cae en brazos de Roberto que la acaricia intensamente conmovido*).

ROBERTO - ¡Mi pobre Luisa! ¡Mi triste enfermita! . . .

LUISA—¡Oh! Roberto. . . Roberto! (*Solloza hondamente, estrechándolo, palpándolo, aferrándolo rabiosamente en ciertos momentos como para asegurarse de su presión. Renata después de contemplarlos un momento entra en una habitación inmediata y regresa trayendo un frasco y una cuchara*).

ROBERTO—(*Al verla*). Sí, muy bien pensado! . . . (*Mientras Renata llena la cuchara*). Mi Luisa! . . . Cálmese. . . Tome. . . Esto la confortará! . . . Serénese un poco! . . Beba . . . Es bromuro. . .

LUISA—No quiero! . . . No quiero nada! . . . (*Vuelca el remedio*

de una manotada). Quiero vivir!... Devuélvanme la vida!...

ROBERTO—Sé razonable!... Para vivir es necesario recuperar las fuerzas... (*Renata llena de nuevo la cuchara*). Por ahora beba, beba esto! Sea buena!... Yo le prometo hacer su voluntad... Modificar las condiciones de nuestra vida. Beba...

LUISA—(*Después de una pausa, reaccionando como en un despertar lento y perezoso*). Sí... Dame... Necesito reponerme... (*Bebe*). Ah!... Siéntame... Estoy cansada... Me duelen todos los músculos...

ROBERTO—Los nervios te han zurrado, Luisa... (*Conduciéndola al diván*). Reclínate... A tu gusto... Así!... Así!... ¿Te sientes bien?

LUISA—Sí... Estoy aliviada... Pero experimento una sensación extraña... que no podría explicar... un doloroso bienestar... Sufro y no sufro...

ROBERTO—(*Que se ha sentado en el suelo junto á ella*). Es la savia que recupera sus cauces.

LUISA—¡Quisiera estar siempre así!... Siempre... siempre...

ESCENA V

Dichos—UN CRIADO

CRIADO—Con permiso. Buscan al señor...

ROBERTO—(*Sin volverse*). ¿Quién?

CRIADO—De la imprenta. Desean hablar con Vd.

ROBERTO—Dile que no estoy.

CRIADO—Yo... Como no tenía orden...

ROBERTO—Entonces, que aguarde.

CRIADO—Está bien. (*Mutis*).

LUISA—Ve, Roberto. Atiéndelo. Por mí no descuides tus asuntos. Estoy bien ya... Vé... Cuando vuelvas habré recuperado el dominio de mis facultades y entonces conversaremos mucho, tranquilamente.

ROBERTO—Si es así, obedeceré á mi buena, á mi santa mu-

jercita. (*La besa en la frente*). Renata, la dejó á su cargo.

RENATA—Pierda cuidado, Roberto. Se la devolveré á Vd. curada por completo.

ROBERTO—Lo creo. (*Mutis*).

ESCENA VI

LUISA—RENATA

RENATA—(*Después de una larga pausa, á la expectativa de un pretexto para entablar el diálogo se aproxima á Luisa que ha permanecido absorta en sus meditaciones con la vista fija en el techo*). Luisa. Yo me voy.

LUISA—(*Incorporándose, iluminada por una esperanza, sin disimular su impresión*), Cómo! ¿Qué dices? ¿Tú, tú, te vas?

RENATA—Sí. Me voy.

LUISA—Tú! . . . No puede ser! . . . Aguarda un instante. . . Estoy todavía perturbada.

RENATA—No, hermana mía, no intentes disimular ó disfrazar tus impresiones! . . . Le he prometido á tu esposo que te curaría y aquí me tienes de médico del alma operando en carne viva. . . Me voy. He comprendido que el mas grave de tus males soy yo.

LUISA—¿Porqué, porqué dices eso, Renata? . , .

RENATA—Tú estas celosa.

LUISA—¡Oh! . . .

RENATA—No lo niegues. Tienes celos de mí. Escúchame un instante, sin interrumpirme, sin protestar sobre todo, porque ademas de no ser sinceras tus protestas perjudicarían la claridad de cuanto pienso decirte y debes oirme. No temas que trate de ensayar mi defensa ó de hacerte la caridad de un consuelo. Eso sí, como punto de partida te diré que jamás, jamás cruzó mi imaginación el pensamiento de disputarte nada de lo que era y es tuyo. Te digo esto porque en otro tiempo hubimos de ser rivales en la conquista de Roberto. Fuiste la preferida, te casaste

con él y yo tuve que vivir al amparo de tu hogar porque quedaba sola, pero vine á él sinceramente y sinceramente compartí siempre las alegrías y los dolores de tu vida.

LUISA—¡Oh! Sí! Es verdad, Renata.

RENATA—Bien. Después sobrevino tu enfermedad. De ahí parten todas las contrariedades. Yo cometí entonces el error de arrogarme atribuciones y derechos. . .

LUISA—No hables así, Renata.

RENATA—(*Convincente*). Te juro que lo digo sin ironía. Fué un error. En tu reemplazo asumí el gobierno de esta casa, pero con excesivas atribuciones. Estabas grave, te morías, Roberto no atinaba mas que á lamentarse y en esas horas de tribulación fuí el espíritu fuerte que lo sostuvo todo. Los médicos aconsejaron el aislamiento de tus hijos y me convertí en la madre de tus hijos. Otro error.

LUISA—(*En tono de reproche*). ¡Renata!

RENATA—Te sustituí demasiado. Procuré siempre que no echaran de menos el calor de tu afecto, y tus largas ausencias por un lado y la prodigalidad de mis ternuras por el otro han hecho que las inocentes criaturas se habitúen á mi trato y me prefieran. Luego tu interminable convalescencia, la indecisión, la perpetua inquietud en que hemos estado todos con respecto á tu suerte es otra causa de que no se te haya permitido intervenir como antes en el gobierno de tu hogar. Tú eras el amanuense de Roberto, copiabas sus escritos, le ayudabas á corregir las pruebas. También te reemplacé. Roberto no podía consentir que te entregaras á una tarea fatigosa.

LUISA—¡Y también Roberto se habituó á tí!...

RENATA—Precisamente. Se ha habituado. Y acabas de sugerirme la síntesis de todo lo que nos pasa. Se trata de una cuestión de costumbre. Nos íbamos acostumbrando al estado de cosas que creara tu enfermedad.

LUISA—Es decir, anticipando los hechos, descontando mi desaparición, habituándose preventivamente á la idea de mi muerte. ¡Oh! ¡Pero está muy lejano ese día!... ¡Me resta mucha vida aún!...

RENATA—Por eso es que quiero irme de acá; para que nos *desacostumbremos* todos. He debido hacerlo mucho antes de que te presentaras á reclamar tus fueros...

LUISA—¡Oh! Perdóname, Renata. Si me he rebelado es porque estoy convencida de que voy á curarme pronto. ¿No lo crees así, Renata?

RENATA—Lo creo, Luisa.

LUISA—(*Con cierto aturdimiento nervioso*). Mira: antes cuando creía estar tuberculosa, antes del fracaso del suero Behring y del viaje al Paraguay que tan bien había de probarme, me había resignado á morir. ¡Imagínate! Me había resignado á mi suerte, y muchas veces á solas con mi tristeza, pensaba en la situación en que quedarían Vds. después que yo muriera; pensaba en mis hijitos, en Roberto, en tí, en el destino de los seres más queridos y hallaba muy lógico todo lo que hoy, sana, me resulta un despojo. ¡Ah! Si Roberto y Renata se casaran!... Y acaricié esa idea, cuya enunciación me hace temblar en este momento, te lo confieso, como una prolongación de mi reinado en el alma de Roberto y una suerte para las pobres criaturitas que poco iban á echar de menos el cambio de madre. Pero luego cuando empecé á sentirme fuerte, cuando volvió á mi ánimo, esta certidumbre, esta seguridad que tengo de vivir y de curarme, la idea se ha convertido en una dolorosa obsesión. Sí, Renata, tienes razón! Estaba y... estoy celosa!... Nunca sospeché de tí, te lo juro, pero temía por él. Lo veía, lo veía habituarse... acostumbrarse demasiado á tu compañía, á tu contacto, á tu solicitud, miraba en redor mío y me veía tan substituída por tí, que no pude, no tuve fuerzas para dominar mis inquietudes y me dejé arrastrar por el te-

mor y la duda hasta el extremo doloroso en que me has sorprendido, de recibir la noticia de tu partida sin alientos para decirte: quédate hermana mía!...

RENATA—Adiós, Luisa. Roberto te quiere, te quiere como antes.

LUISA—Tú lo crees, tú estás segura, ¿verdad? de que me quiere!...

RENATA—Sí. Estoy segura así como estoy segura de que muy pronto sanarás de esa...

LUISA—De esta bronquitis.

RENATA—De esa bronquitis.

LUISA—Yo lo siento. Ya la tos no me acosa como antes, respiro más á gusto y estoy de mejor semblante y mas gruesa, ¿verdad? ¡Ah, qué emoción, poder pronto, muy pronto, ocupar mi puesto de madre y de esposa, besar á mis hijitos como antes... Porque yo ya puedo besarlos sin temor, ¿no es cierto?...

RENATA—¿A los niños?... No. Todavía no sería prudente que te entregaras demasiado á ellos. Pero es cuestión de aguardar unos días más á que estés completamente restablecida.

LUISA—Tienes razón. Es preferible. ¿Y á dónde vas, Renata?...

RENATA—No lo he determinado aún. Pero es muy posible que vaya á refugiarme á casa de los viejos tíos provincianos.

LUISA—No les serás muy gravosa porque como tienes tus rentas...

RENATA—¿Mis rentas?... Sí... Sí...

LUISA—Supongo que te pondrás de acuerdo con Roberto...

RENATA—Ahora no. Roberto debe ignorar, como comprenderás muy bien, las causas de esta determinación. Yo me voy ahora mismo. Tú te encargarás de disculparme, de justificarme ante él. Adiós, Luisa. (*Le tiende la mano*).

LUISA—No, Renata. Así no. (*La estrecha y la besa con ternura*). Así!.. Así!.. ¡Gracias, hermana, gracias!... Cuando esté

curada, cuando todo haya vuelto á su quicio, volverás, verdad? Te iremos á buscar con Roberto y con los nenes... Adiós, hermana.

RENATA—Adios, Luisa. (*Mutis*).

ESCENA VII

LUISA, después ROBERTO

LUISA—¡Ah!... Era necesario!... (*Se deja caer en el diván con laxitud extrema*). Ahora recomencemos á vivir.

ROBERTO—(*Entra. Se dirige al escritorio, y comienza á revolver los papeles buscando algo que no encuentra*).

LUISA—¿Qué buscas, Roberto?

ROBERTO—Unas pruebas que tengo que corregir. Renata sabrá dónde están. (*Llamando*). ¡Renata! (*A Luisa, afectuoso*). Y... ¿estamos mejor? ¿Te has tranquilizado?

LUISA—Por completo. Me queda un poquito de laxitud.

ROBERTO—Está claro. No se juega impunemente con el temperamento. Ahora tienes que prometerme que no volverás á dejarte arrastrar por esos odiosos nervios. ¡No sabes cuánto nos has mortificado!... (*Llamando*). ¡Renata!... Hay que tener más formalidad, señora mía!... ¡Renata!

LUISA—No la llames. Es inútil.

ROB.—¿Por qué? Ha salido? Yo estaba en el vestíbulo y no la he visto pasar.

LUISA—Se ha ido.

ROB.—No puede ser. No acostumbra salir á estas horas.

LUISA—Se ha marchado para no volver.

ROB.—¡Qué dices, Luisa! No. No. Es una broma tuya. Eso no puede ser cierto.

LUISA—Se ha marchado para no volver... Me encargó que la disculpara contigo.

ROB.—¡Ah! Luisa! Luisa!

LUISA—A mí también me pareció extraño...

ROB.—Luisa. ¡Tú la has echado!... ¡Tú la has echado!...

LUISA—Te aseguro que no.

ROB.—(*Cada vez más exaltado*). ¡Tú la has echado!... Dime la verdad!... responde!... Tú... tú has sido... Tú, Luisa. ¿Por qué has hecho semejante cosa? Por qué?

LUISA—(*Severa, reprendiéndolo*). Esos modales, Roberto!..

ROB.—Has cometido un delito, Luisa!...

LUISA—¿Por qué supones que la haya echado?...

ROB.—(*Sin oirla*). Un delito!... Un delito!... Un delito de lesa gratitud.

LUISA—Atiende, Roberto. Mira que es muy extraño que te exaltes así...

ROB.—(*Como antes*). Tamaña desconsideración con la pobre Renata, tan buena, tan solícita, tan devota, tan fiel... ¡Oh!... Era deliberada entonces la escena que hiciste hace un momento!...

LUISA—(*Con firmeza*). No. No, Roberto. Renata se ha ido por su voluntad.

ROB.—Pero Luisa, si eso no puede ser! Renata es una mujer razonable y de buen sentido. Si hubiera tenido el propósito de abandonarnos, lo habría anunciado previamente, lo habría justificado de alguna manera. Una fuga así, es inconcebible en ella. Veamos, Luisa. Si es verdad cuanto me dices, si es cierto que se ha ido para siempre, su determinación tiene que obedecer á un grave, á un gravísimo motivo y ese motivo tú no puedes ignorarlo. Acabo de expresarme con alguna intemperancia. No pude disimular la impresión de tu noticia, tan inesperada y tan desagradable. Habla, Luisa, habla. Dime con franqueza lo que ha ocurrido. Comprenderás que es preciso aclarar este misterio para desagraviar cuanto antes á la buena hermana. Yo, por mi parte, no creo haberla dado un solo motivo de resentimiento...

LUISA—Tampoco yo. Renata hace un instante, cuando tú te alejaste, me comunicó, con su frialdad habitual...

ROB.—¿Su frialdad?...

LUISA—Sí, con su frialdad habitual, que había determinado irse á vivir con los tíos á provincias.

ROB.—Entonces estará preparando su equipaje. ¡Oh! Felizmente estamos en tiempo de contenerla ó de exigirle una explicación de su actitud. Voy á verla! (*Llamando*). ¡Renata!...

LUISA—No vayas. Será en vano. Se ha ido ya!...

ROB.—¿Así?

LUISA—Así.

ROB.—¿Con lo puesto, sin llevar equipaje, sin decirme adiós, sin besar á los niños siquiera?...

LUISA—Así. Me dijo que quería evitarse la mortificación de una despedida.

ROB.—Ella? No puedo creerlo. ¡No, no y no!... Tampoco puedo creer que su hermana, la compañera afectuosa de tantos años, la haya dejado ir así, como á una criada, sin exijirle una explicación, sin que brotara de tu corazón una frase de protesta ó un argumento capaz de retenerla, un día, una hora, un minuto, el tiempo necesario para que entrara en razón ó para que se fuera si es que había de irse con todos los honores de su dignidad. No. No te creo. Tú me engañas. Tú la has ofendido gravemente, tú la has arrojado de esta casa. ¡Luísa, Luisa! Tú has cometido un crimen!

LUISA—Roberto! Olvidas que en todo caso habria ejercido un derecho!...

ROB.—¡Ah! Lo confiesas!...

LUISA—No confieso nada. Te recuerdo simplemente que soy tu esposa.

ROB.—Magnífica ocasión de ejercer tus derechos de esposa! Magnífica! Tienes que estar muy perturbada y fuera de tí, Luisa, para que intentes justificar de esa manera tu conducta. ¿Ignoras lo que ha hecho Renata, por tí y por todos nosotros?...

LUISA—No lo ignoro, ni pretendo desconocerlo.

ROB.—Ignoras entonces lo que vale el sacrificio de uua vida.

Te quejabas no hace mucho de un despojo. Ella era el único despojado entre nosotros. Ella. Le hemos arrebatado la juventud ¿entiendes? las ilusiones, las esperanzas, la frescura, las alegrías de su juventud, lozana como una primavera.

LUISA—Roberto, no hables así!... Me haces daño!

ROB.—La hemos marchitado, la hemos envejecido de cuerpo y de espíritu, le hemos puesto una toca de monja, avezándola prematuramente en la contemplación del dolor y la miseria.

LUISA—Roberto, tú la amas!...

ROB.—(*Sin oirla*). Todo nos lo ha dado, todo nos lo ha sacrificado, con un desinterés supremo, con una abnegación sin límites. ¿Sabes porqué desistió de su enlace? Para ser la madre de nuestros hijos. Sí. Para ser la madre de hijos ajenos, renunció á las emociones de la propia maternidad.

LUISA—Roberto, tú la amas!

ROB.—(*Como antes*). Renunció á su independencia, á su reposo, al hogar feliz que la aguardaba como una dulce realización de sus más acariciados ensueños, para venir á compartir la miseria de nuestra vida sin sonrisas. Nada le quedaba por entregarnos á esa noble criatura, ni los bienes materiales. Con su fortuna hemos comprado un poco de oxígeno para tus pulmones.

LUISA—Roberto, tú la amas!

ROB.—¡Oh! Ese tenía que ser el pago de tanto heroismo. La injuria de una odiosa, de una abominable sospecha. ¡Oh! No!... No!... No!... No será así!... Tú has perdido el dominio de tus sentimientos. La fiebre te ha hecho cometer el crimen. Tenemos que reparar, sí, reparar la horrenda injusticia. ¡Oh! (*llamando*) Renata!... Tenemos que pedirle perdón de rodillas, de rodillas!... Renata!... Corro á buscarla!... (*Lo hace*).

LUISA—No, no la llames!... No la llames, Roberto!... Me condenas, me matas!... Roberto!...

ROB.—(*Desapareciendo, alterado y descompuesto*). Renata!... Renata!... Renata!...

LUISA—(*Al mismo tiempo*). Roberto!... Roberto!... Roberto!.. (*Cae de rodillas junto á la puerta sollozando—Pausa. Luego se incorpora y con gesto de supremo desconsuelo*). Todo, todo ha concluído!... Todo!... (*Se desploma en una silla y se entrega á un agitado proceso mental. Se alza después de unos instantes con la seguridad de una resolución enérgica y corre hacia el escritorio, forcejeando por abrir el cajón en que Roberto ha guardado el revolver*) ¡La completa liberación!...

ESCENA VIII

MIJITA—(*Que ha visto azorada los últimos movimientos de Luisa, aproximándosele*). ¡Hijita Luisa!...

LUISA—(*Con un movimiento brusco de sorpresa*). ¿Qué quieres, aquí, Mijita?... Vete.

MIJITA—Pero Luisa!... ¿Qué haces? ¿Qué buscas?

LUISA—(*Dominándose y mintiendo*). Yo... Nada. Buscaba unas carillas escritas... de Roberto. Está con llave el cajón. ¿Sabes? ¿Quieres ir á pedirselas á Roberto?... Traémelas!... Sí. Corre á traérmelas.

MIJITA—Voy, Luisa!... (*Se aleja lentamente, volviendo la cabeza con desconfianza*).

LUISA—(*Así que Mijita le da la espalda reanuda nerviosamente la tarea de forzar la cerradura*).

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto II—Una lámpara con abatjour ilumina débilmente la escena

ESCENA I

Renata — Albertina — Mijita

ésta, hundida en un canapé, duerme profundamente

Renata—Debe ser muy tarde ya!... (*Va á mirar el cielo sin descorrer las cortinas*). Es de noche aún... (*Volviéndose*). Pero cantan los gallos. ¿Qué dirán en su casa, Albertina?

Alb—¡Oh! Duermen todos.

Renata—Ramos es un trasnochador impenitente.

Alb—El club, Renata. Felizmente, ahora poco cuida de su profesión, pero antes, antes ese hábito era un verdadero sacrificio. Acostarse á las cuatro ó las cinco de la mañana y tener que levantarse dos ó tres horas después para atender su clínica y visitar á los enfermos. Figúrate! Vds. estarán muy rendidos?...

Renata—Yo no siento la menor fatiga y eso que en estos dos días, tres casi, habré dormido á lo sumo un par de horas de contínuo. Roberto ha descansado menos, pero está horriblemente sobreexcitado. Se sostiene á fuerza de café que bebe en dósis enormes, y de licores...

Alb—Deben procurar que descanse.

Renata—¡Quien lo convence!... Ahora si las noticias que nos dá Ramos son favorables, como lo espero, trataremos de que tome un calmante.

Alb—Ramos le dejó ayer una fórmula de cloral.

Renata—Tendrá que hacérsela beber él mismo. Si él no lo convence... (*Interrumpiéndose con un estremecimiento*). ¡Eh?... Qué es eso?...

Alb—Nada. Mijita que sueña fuerte.

RENATA—¡Ah!... Yo también estoy con los nervios en tensión. El menor ruido me produce un sobresalto...

ALB—No es para menos, hija. ¿Por qué no mandas á dormir á esa pobre vieja?

RENATA—Otro imposible.

ALB—Es que á este paso se van á enfermar todos!...

RENATA—Vamos á tentarlo. (*Se acerca á Mijita*). Vieja! Mijita!...

MIJITA—(*Irguiéndose con trágico sobresalto*) No!... no le hagan nada!... Yo la defiendo!... Yo!... Yo!... (*Despertando*). ¡Ah! Eras tú!... Mira, casi me he dormido. Si no me hablas, seguramente me vence el sueño.

RENATA—¿Por qué no te acuestas un rato, Mijita?

MIJITA—¡Para qué, si no podría dormir!

ALB—Para que descanse el cuerpo. Tú no estás en edad de hacer estas pruebas...

MIJITA—Soy mas fuerte que todos Vds. Voy á ver si es hora de darle la medicina á mi hijita Luisa.

RENATA—Aguarda. Está el Doctor.

MIJITA—¿Es posible? No puede ser. Yo lo hubiera sentido entrar.

RENATA—Te digo que está.

MIJITA—Hacen muy mal en dejarme dormir así, entonces. Demasiado saben que soy quien la atiende, quien le dá los remedios, única persona que puede cuidarla. La única que tiene derecho á cuidarla, la única, la única, la única... (*Se va refunfuñando por la derecha*).

RENATA—¡Ahí la tienes!

ALB—Un perro.

RENATA—Un perro viejo, lunático. Acabas de oirla. Todo el santo día rezonga así. Nadie ama aquí como ella á la hijita Luisa; nadie sabe ni quiere cuidarla. Ni quiere cuidarla! El temor de perderla le sugiere las más extravagantes ocurrencias. Figúrate que en los primeros momentos hasta pretendía que Roberto no se acercara al lecho de Luisa. « Retírese de aquí. Usted es un miserable. Vd. es el causante de su muerte »...

ALB—Chocheces, manías de vieja.

RENATA—Tiene una teoría muy rara. Cree que la única expresión posible del dolor es el llanto, y las actitudes trágicas.

ALB—Ella sin embargo es la resignación misma.

RENATA—¡Ah! Pero ella no es el marido ni la hermana de la pobre Luisa. La adora como la más tierna y cariñosa de las madres podría adorar á un hijo. Quizás la muerte de Luisa la lleve á la tumba, pero pretende que los vínculos de sangre tienen que determinar un afecto más hondo, más intenso que el suyo «el de una pobre sirvienta»—son sus palabras—y su pobreza de espíritu no concibe la serena resignación con que tanto Roberto como yo, aguardamos el desenlace previsto é inevitable del drama de esa vida amada. A eso obedecen sus recriminaciones...

ALB—El desenlace inevitable!... Ramos, desde que empezó á asistirla me dijo que sólo un milagro podría salvarla.

RENATA—Recuerdas cuánto se ilusionó con la noticia del descubrimiento de Behring!...

ALB—Pobre Luisa! Pobre amiga!... Lo que habrá padecido al ver desvanecidas sus últimas ilusiones.

RENATA—Se aferró en seguida, á la esperanza de un error de diagnóstico.

ALB—Pero ahora està convencida de su fin próximo.

RENATA—Parece desear la muerte como una liberación.

ALB—Qué tristeza!... Qué dolor!... Yo sería incapaz de resignarme á morir.

RENATA—Yo lo preferiría. Sólo deben vivir los sanos.

ESCENA II

Dichos—ROBERTO—RAMOS

ALB—(*A Ramos*). ¿Y?... ¿Cómo la hallas?

RAMOS—Mucho mejor. Reacciona enérgicamente.

ROBERTO—Vayan á su lado. Quiere verlas.

ALB—Tú me aguardas ¿verdad?... Supongo que me llevarás á casa, digo, si mi presencia no es necesaria mayor tiempo...

ROBERTO—Gracias Albertina. Vd. debe descansar.

ALB—Y Vd. nó?.. Ramos, tienes que imponerle un poco de reposo à este otro enfermo. (*Mutis con Renata*).

ESCENA III

ROBERTO—RAMOS

ROBERTO—Siéntate.

RAMOS—(*Encendiendo un habano*). Mi gorro de dormir.

ROBERTO—¿Tienes otro?

RAMOS—Pardon. No te ofrecí porque creo que no te convienen mas excitantes. Es necesario que duermas, que des un poco de alivio à esos nervios que deben estar como cuerdas de violín. (*Le dá un cigarro*). ¿Tomaste el chocolate?

ROBERTO—(*Encendiendo*). ¿Para qué?... Quieres una copa de coñac?

RAMOS—Paso, como dicen los jugadores de pocker.

ROBERTO—(*Se sirve de una botella que está sobre el escritorio y bebe la copa de un sorbo*). No le he preguntado á Albertina por los niños.

RAMOS—Durmiendo á pierna suelta deben estar, con los nuestros.

ROBERTO—¿No han extrañado?

RAMOS—Muy poco. Les dura aún la novelería del cambio de vida. Preguntan por Renata con alguna frecuencia. ¿Luisa no ha insistido en verlos?

ROBERTO—Al contrario. Renata le ofreció esta noche llevárselos y se negó á recibirlos con singular energía.

RAMOS—A medida que la fiebre cede va recobrando el dominio de las cosas con una serenidad extraordinaria.

ESCENA IV

Dichos—Renata

Renata—(*Desde la puerta*). Doctor: pide que la transportemos al sillón. ¿Vd. cree que sería conveniente?

Ramos—Pueden hacerlo. Talvez esté más cómoda así...

Roberto—¿Necesitan ayuda?

Renata—Parece que no. Se ha incorporado con mucha energía. En todo caso avisaremos. (*Mutis*).

ESCENA V

Roberto—Ramos

Roberto—(*Se sirve una nueva copa de coñac*).

Ramos—¿Más coñac? ¡No, hombre, no! No es razonable.

Roberto—Quisiera aturdirme un poco.

Ramos—¿También piensas tú que el alcohol aturde? Duerme. Lo necesitas. Podría darte una inyección de morfina.

Roberto—Déjame así. Dime ¿cuánto crees que pueda durar aún?

Ramos—¿Luisa?... Es imposible precisar con certeza el desenlace. Si esta reacción continúa podrá tirar algunos meses.

Roberto—¿No temes alguna complicación?

Ramos—Tenemos que esperarlo todo.

Roberto—¿Todo, verdad? La muerte también.

Ramos—Ya te lo he dicho. ¿Es que ese ánimo empieza á decaer? ¿Te espanta la inminencia del golpe final?

Roberto—No me espanta. Lo deseo, ¿sabes? (*Acentuando*). Lo deseo.

Ramos—(*Estupefacto*). ¡Hombre!...

Roberto—Te parece una atrocidad. Pues es así, es así. Lo deseo.

Ramos—Me explicaría ese sentimiento ante la perpectiva de una larga y dolorosa agonía. Pero en este caso no

existe semejante temor. Luisa se consumirá en una progresiva languidez, apacible y esperanzada.

ROBERTO - ¿Y si así no fuera?

RAMOS—Te aseguro que así será.

ROBERTO—¿Y si estuviera condenada al tormento de una agonía moral más cruel que todos sus dolores físicos?

RAMOS—No te entiendo.

ROBERTO—(*Después de cerciorarse de que nadie viene*). Yo le arranqué el revólver de las manos. ¿Comprendes, ahora?

RAMOS—Entendámonos, Roberto. Estás tan febriciente que no sabes lo que dices ó me vienes con una confidencia literaria.

ROBERTO—No hago literatura. Luisa estuvo á punto de pegarse un tiro. La sorprendí en el momento en que violentaba la cerradura del escritorio y se apoderaba de mi revólver para matarse. Yo nada te había contado por falta de oportunidad ó mejor dicho, porque creí poder mantener en secreto este drama de mi hogar y de mi vida. Pero ese secreto se ha convertido en una obsesión espantosa, inaguantable, y antes que el delirio ó el alcohol me lo hagan decir á gritos quiero que tú me alivies de su peso.

RAMOS—Vamos. Serénate y habla.

ROBERTO—Yo puse el arma en manos de Luisa. ¡Yo! . . .

RAMOS—Ah! No! . . .

ROBERTO—Yo, yo, yo! . . .

RAMOS—No, no. En este tono no andaremos bien. Expón los hechos tranquilamente que ya le llegará su turno à la distribución de responsabilidades. No te castigues aún.

ROBERTO—(*Serenándose*). Sí, Tienes razón. (*pausa*). Tu conoces muy de cerca mi vida. Sabes que ha transcurrido sencillamente, sin lucha, sin conflictos ni complicaciones de ningún género. Mi matrimonio

no fué otra cosa que un episodio amable en la serenidad de mi existencia. Encontré á Luisa en mi camino, fresca, sana, hermosa, sutilmente espiritual y comprensiva. La amé, me amó y formamos un hogar modelo de apacible convivencia. Ni una nube, ni el menor barrunto de perturbación. Sanos de cuerpo y espíritu, ni ella ni yo podíamos aspirar á más. Pero sobreviene la enfermedad de esta criatura. ¡Eh! . . No es nada. Un contratiempo, un factor negativo de antemano descontado en el fácil problema de nuestra dicha. ¿Qué se agrava? Un poco de inquietud, un poco de piedad y un *crescendo* de afecto y de ternura por la amada sufriente. ¿Qué se agrava más aún? ¿Qué se llega á temer por su existencia? Ese temor no me alcanzó; no llegó á conmover mi seguridad, mi optimismo, mi fé, la fé de mi salud en la resistencia de ese organismo pletórico de sanas energías. ¿Lo recuerdas? ¡Oh! . . . Pero luego vino la condena, la espantosa revelación de la impotencia humana contra los elementos inexorables, y ante ese fallo inapelable todo cuanto en mí vibraba se desmoronó. De esa fé mía que era un roble, fueron una á una cayendo las hojas, los brotes, desgajándose los retoños, y la fronda de mis esperanzas quedó convertida en mísero montón de cosas inertes, de hojas secas, de ramas sin sávia en redor del viejo tronco inconmovible. ¡Oh! . . . Tú sabes cuanto he sufrido! . . . ¡Qué injusticia! Qué injusticia! ¡Qué injuria, el aniquilamiento de esa vida grávida de la eterna potencia! . . ¡Qué dolor! . . Sin embargo, yo estaba sano ¿me entiendes? sano, incontaminado. Subsistía el viejo tronco arraigado en el mismo corazón de la tierra y sus venas comenzaron á hincharse, á hincharse y la desolación de aquella derrota á animarse con la alegría de las verdes reventazones. ¡Oh! La salud! La salud! Madre egoista del instinto creador, nos traza la ruta

luminosa é inmutable y por ella va la caravana de peregrinos de lo eterno y va, y va y marcha y marcha y marcha sin detenerse un instante, sin volver los ojos una sola vez, sordos los oídos al clamor angustioso de los retardados y los exhaustos que va dejando en el camino, que nunca se vuelve á recorrer. . . . Sí. Yo estaba sano. Me conformé. Me resigné! Los inconsolables caen bajo el dominio de la patología. Luisa incapacitada para las glorias de la maternidad, se convirtiò para mí en un objeto de ternura, de infinita ternura. Era todo cuanto podía darle. Ella se conformó. Advirtió la mudanza, y reclamó sus derechos á la vida integral, sospechó la verdad de su estado y se la ocultamos para no atormentar más su larga agonía. Cuando hubimos de decirsela, no quiso creerla y desde entonces á medida que aumentaba su confianza en el porvenir, sus protestas se acentuaban por el despojo que presintiera en los primeros momentos y que no podía pasar inadvertido á su espíritu de análisis sutilizado y exacerbado por el mismo mal que la consumía. Un día no pudo más. Estalló. Arrojó á Renata de ésta casa ó consintió que se alejara en condiciones que significaban lo mismo. Yo no tuve bastante dominio sobre mis impresiones para disimularlas ó desnaturalizarlas y explotaron, estallaron con una violencia insospechada por mí mismo y corrí en busca de Renata, loco, ciego, sin comprender que dejaba en el espíritu de la infortunada compañera la desolación de una evidencia brutal, sin comprender que dejaba en sus manos el revólver con que había de sorprenderla un instante después, á punto de matarse.

RAMOS—¡Oh! Luego tú. . . .

ROBERTO—Amo á Renata. Sí, amo á Renata, con todas las fuerzas del alma y del instinto y con todos los derechos de mi salud. No puedo negarlo y no me

avergüenzo de esta pasión que no es una imprudencia ni un crimen.

RAMOS—¿Y Renata? . . .

ROBERTO—Ella nada sabe de esta tragedia. Volvió á esta casa cuando Luisa se puso tan mal, para asistirla con la devoción de siempre.

RAMOS ¿Ignora por completo tus sentimientos?

ROBERTO—Nada le he dicho. Nada le he dado á comprender, pero tengo la certidumbre de haberla atraído á mis destinos, con el imán de mis energías expansivas. Nada me acusaría pues, nada nos acusarìa. Habríamos aguardado sin la menor impaciencia, te lo juro, aunque durara años la desaparición de Luisa, para emprender nuestra marcha. Luego aquí no hay más que un crimen, el horrendo crimen de haber amargado, envenenado los últimos días de la querida enferma, dejándole comprender la verdad de su despojo. Yo, yo, yo soy el único criminal. ¿Cómo evitar, cómo reparar los efectos del daño, cómo llevar un poco de paz á ese espíritu torturado por la desesperanza? Ahí tienes la explicación de mi problema. Resuélvelo sí eres capaz.

RAMOS—¿La revelación fué tan decisiva?

ROBERTO—Talvez no; pero su convencimiento es inquebrantable. Ya lo ves. Iba á matarse.

RAMOS—Es muy posible que exajeres un poco y que eso que crees un convencimiento no sea otra cosa que una impresión transitoria. Por otra parte no hay nada más accesible al consuelo que un espíritu que empieza á sentirse corroído por la desesperanza. Cálmate pues. Tienes buen deseo y tienes ingenio. Prodígale tu solicitud y tu ternura y verás como pronto recobra su calma la pobre Luisa,

ROBERTO—¿Y sí así no fuera? . . .

RAMOS—Será así. Lo que hemos conversado me permite decirte sin ambages esta crueldad, deja que obre el mal, deja que obre el mal. El alma más tem-

plada se quebranta, las energías morales se relajan al par que las energías del organismo y acabamos por llegar á un estado que únicamente nos deja ver las cosas á través del cristal verde de la esperanza ó del cristal sonrosado de la ilusión. Si estás en paz contigo mismo no te atormentes más.

ROBERTO—¿Es un reproche? (*Clarea un poco*).

RAMOS—No, Roberto. Te he comprendido bien. Eres un fuerte. Pero toma un poco de cloral. Lo tienes por ahí. (*Buscando sobre el escritorio*). Debe ser éste. Bebe un par de tragos. (*Roberto toma el cloral*). Así.

ROBERTO—Y ahora dime, dime con franqueza ¿qué piensas de mí?

RAMOS—Hombre!.... Pienso, que eres un ingenuo.

ESCENA VI

Dichos—ALBERTINA—RENATA

ALBERTINA - Roberto, le traigo las mejores impresiones. Noticias de último momento. Luisa, duerme como una santa. Ha charlado con nosotras como en sus mejores días. Es un organismo prodigioso el suyo. ¿Verdad, Ramos? Un par de días más y la veremos por esos jardines vendiendo salud. Por lo pronto esta noche, ó mejor dicho, esta mañana no necesita de sus cuidados y podía Vd. descansar. Ella misma nos pidió que lo obligáramos á acostarse.

ROBERTO—¡Oh! Muchas gracias, Albertina.

RAMOS—Ya he conseguido que tome cloral.

ALBERTINA—Y tú también Renata debes irte á descansar.... ¿Quieres algo para tus nenes?

RENATA—Un beso. Luego iré á verlos.

ALBERTINA—¿Nos vamos?

RAMOS—Aguardo tus órdenes.

ALBERTINA—Adios, Roberto. Mucho ánimo. Hasta luego Renata. (*Ramos se despide y ambos se van. De una iglesia lejana llaman á misa*).

ESCENA VII

ROBERTO—RENATA

ROBERTO—(*Se extiende perezosamente sobre el diván, cada vez más dominado por la fatiga. El calmante va amodorrándolo poco á poco*).

RENATA—(*Después de acompañar á Albertina y á Ramos, se vuelve al escritorio disponiéndose á trabajar. La fatiga la invade también visiblemente*).

ROBERTO—(*Adivinando la presencia de Renata*) Renata, ¿qué hace Vd.?

RENATA—Pongo en orden estas pruebas para corregirlas.

ROBERTO—¿De modo que no quiere descansar?

RENATA—Estoy desvelada y aprovecho el tiempo. *Pausa larga. Roberto se revuelve sin encontrar una postura cómoda*).

ROBERTO—Renata. ¿Sabe Vd. que los niños la extrañan mucho?

RENATA—No tanto. Dice Albertina que revolotean alegremente. (*Pausa más larga*).

ROBERTO—Renata. Acérquese Vd., venga un momento.

RENATA—Con mucho placer.

ROBERTO—Siéntese á mi lado. Así. (*Después de un momento con voz y ademanes languidecientes*). El doctor Ramos acaba de llamarme ingénuo por mi fé en las fuerzas conservadoras del instinto. ¿Qué piensa usted?

RENATA—Que tiene usted razón.

ROBERTO—¿Y porqué piensa así?

RENATA—Porque también creo.

ROBERTO—¿Vd. no teme que ese optimismo pueda ser criminal?

RENATA—No le entiendo.

ROBERTO—¿No ha llegado á pensar que pueda ser un pretexto para disculpar bajos, sucios, innobles apetitos?....

RENATA—Cabe en lo posible, tanto que es lo más frecuente

ver desnaturalizada la misión inequívoca de los sentidos. Por eso seguramente el Doctor Ramos le llamaba á Vd. ingénuo.

ROBERTO—¿LuegoVd. cree que nada tenemos que reprocharnos?

RENATA—(*Inquieta*). ¿Quienes?....

ROBERTO—Nosotros. Vd. y yo....

RENATA—Roberto ¿porqué habla así?

ROBERTO—¿Piensa que nada tenemos que reprocharnos?

RENATA—No. No prosiga Vd. No le entiendo. No quisiera entenderlo.

ROBERTO—Nuestros destinos están ligados ya. Venga, venga. Hablemos serenamente del porvenir.

RENATA—No, calle Vd., calle Vd. Una palabra más y comenzaremos á ser criminales, horriblemente criminales. ¡Oh, porqué todo ha de ser así!....

ROBERTO—Renata. Yo la he amado...

RENATA—Basta, Roberto. Hemos concluido. Acaba Vd. de romper el encanto...

ROBERTO—Venga, Renata, venga. ¿Porqué mentir!....

RENATA—¿Porqué? ¡Oh! Mire Vd. un momento hacia allí!.... (*Señalando la habitación de Luisa*).

ROBERTO—No se mira hacia atrás. El lamento de los exhaustos no llega á la caravana ascendente de peregrinos de lo eterno. No llega, no llega, no llega. ..

RENATA—Se acabó, Roberto.

ROBERTO—No llega.... No llega.... No llega.... (*Se duerme*)

RENATA—(*Se vuelve y al verlo dormido*). ¡Oh!.... Era la fatiga.... El delirio lo hizo hablar.... (*Lo contempla un momento*). ¡Oh! Pobre compañero.... Noble amigo!.... (*Dominada, vencida por la ternura, languideciendo con sensualismo enfermizo, se deja caer en la silla, besa levemente á Roberto en la frente, reclina la cabeza y queda adormecida*).

ESCENA VIII

Dichos—LUISA

(Aparece la figura expectral de Luisa. Avanza hacia la ventana; descorre las cortinas y los cristales. La luz de un amanecer esplendente de primavera inunda la escena y llegan ampliamente los rumores del despertar de la naturaleza. Luisa contempla el espectáculo, respira á bocanadas y luego se vuelve hacia el sitio donde Roberto y Renata reposan, gobernando sus pasos con visible esfuerzo. Al llegar á ellos no puede más y cae desvanecida).

RENATA—(*Se estremece por la impresión del airecillo matutino, se incorpora y ve á Luisa*). Luisa!.... Luisa!.... ¡Oh! Perdón!.... Perdón, hermana mía!.... Perdón! ... (*La alza y la deposita en un sillón arrodillándose á su lado*). Perdón! Perdón!.... (*La sofocan los sollozos*).

ROBERTO—(*Despertándose amodorrado*). Luisa.... Renata!.... ¡Oh! Esto es un sueño! Una pesadilla horrible!.... (*Corre hacia ellos*). ¿Qué es eso Luisa, esposa mía?

RENATA—El crimen, Roberto. El crimen!....

ROBERTO—(*Balbucea algunas palabras incomprensibles*).

LUISA—(*Dulcemente*). Hijos mios .... Estoy cansada. (*Pausa*). ¡Qué hermoso amanecer!... (*Pausa*). Renata. Tengo sueño. Ponme una almohada. (*Renata coloca un almohadón á sus espaldas*). Así!.. . Así!.... (*Se adormece. Una pausa. Roberto se alza con un gesto de suprema inquietud, le toma el pulso, palpa sus sienes*).

RENATA—¿Muerta?

ROBERTO—No. Duerme!

TELÓN.

¡BRAVO SANCHEZ!

He referido más de una vez los argumentos de « El pasado » y « Los derechos de la salud », con el deseo de transmitir la profunda emociòn que en su hora me produjeron esas dos producciones — las últimas — de Florencio Sanchez.

No sé si habré logrado el noble intento; no sè si habré sido creído, — aunque presumo que en algún espíritu selecto, — el de Belisario Arana, por ejemplo, — hablaba con él esta mañana, — ha quedado cierta curiosa inquietud respecto del joven autor.

Algo se conquista, á fuerza de sinceridad y de entusiasmo, por medio de esa propaganda ingénua de la conversación, en la que también se corre el riesgo de fracasar ante el gesto de los desdeñosos ó la mueca de los incrédulos, cuando el propagandista no ha hecho un libro, ni adquirido un título, ni alcanzado un éxito, — siquiera mediocre, — por esfuerzo continuado ò expontánea manifestación.

Muy feliz me consideraría si al volver á la escena aquellas obras de Sanchez, descubriese yo en la sala algunos espectadores que se hallasen allí por cuenta de mis referencias y de mis crónicas verbales.

La última noche de « Los derechos de la salud », mientras el telón subía y bajaba entre las aclamaciones del público, yo buscaba ansiosamente á nuestros hombres de letras, á nuestros aficionados, á nuestros críticos, y me preguntaba, al no verlos, con qué derecho se pretenden tales, cuando no

son capaces de ir á rendirse frente á un triunfo indiscutible del talento, frente á la primera prueba real de gran teatro verdadero, concebido y ejecutado amplia y definitivamente por una inteligencia bien nuestra.

¿Es que no hay solidaridad intelectual, ó es que cuesta mucho admirar y aplaudir todavía en Buenos Aires? Lo primero podría ser consecuencia de lo segundo; pero también podría ser explicación y causa.

Era muy común considerar á Sanchez como un feliz autor de primeros actos; pero «El Pasado» y «Los derechos de la salud», son obras perfectas en su plan y en su desarrollo, notándose que el mismo soplo inspirador mueve la primera y la última escena y produce el desarrollo principal de las piezas. Era igualmente muy común la idea de que Sanchez se desprendería con dificultad de su teatro primero, del ambiente asfixiante y del medio bajo ó torpe de sus producciones anteriores; pero en éstas ha levantado todo por igual — nivel y lenguaje — sin incurrir en una sola vulgaridad, en una sola disonancia, en una sola falta de gusto.

Todo esto no se obtiene sinò por el único medio legítimo de triunfar: el talento; todo esto no se alcanza sinó por el único procedimiento capaz de llevar á la victoria: el trabajo.

¡Bravo Sanchez!

JUAN CANCIO.

CHARLAS DE UN MONTEVIDEANO

Hossanah!.... Hossanah!.... La obra robusta y hermosa, que desde hace tanto tiempo prometía el talento de Florencio Sánchez, ha venido por fin. La dramaturgia nacional cuenta, desde anoche, con una producción digna del más alto encomio, y que puede afrontar, serena y tranquila, el juicio de los públicos más severos.... No hablo así sugestionado por el tronar de los aplausos inacabables, ni por el estrépito de las aclamaciones entusiastas, ni por el número extraordinario de las llamadas á escena. Otros dramas de Sánchez octuvieron quizás el mismo favor, pero ninguno, hasta ahora, me había causado una impresión personal tan intensa y profunda.... En todos encontraba algo que reprochar la índole crítica de mis aficiones teatrales, y sin desconocer en el joven y valiente autor, excepcionales condiciones para la escena, al constatar la seguridad de su instinto en materia de efectos y de recursos, muchas veces tuve que limitar el elogio, deplorando la evidente falsedad ó la exagerada audacia de ciertas «tésis», por él sostenidas, con un inmenso talento digno de ponerse al servicio de ideas menos pueriles .. No conozco «Nuestros hijos»; pero en todas las obras anteriores, notaba fallas, lagunas, puntos débiles, y, sobre todo, advertía un evidente artificio en la manera de solucionar los problemas sociales ó psicológicos, abordados, siempre, eso sí, con una laudable valentía ... El pensamiento de la obra era franco y honrado, pero los procedimientos escénicos, por medio de los cuales se desarrollaba ante el público, carecían muchas veces de esa honesta sinceri-

dad.... Sánchez se mostraba, desde los comienzos, demasiado hábil, dueño en demasía de todas las «ficelles», más ó menos autorizadas, del arte en que tanto renombre ha de conseguir. Pero la obra estrenada anoche, tiene el mérito de ser fuerte y sana por la dolorosa verdad de su tèsis, y maravillosamente bella, desde el principio hasta el fin, por la perfección de su forma. Es, en mi humilde opinión, la obra de un maestro, y no sé quién en la hora presente, y hállese donde se halle, es capaz de escribir nada mejor. Bernstein y Hervieu han obtenido la celebridad con dramas que no superan, bajo ningún concepto, al que anoche aclamó un público delirante. Idea fundamental novedosa, clara y exacta; argumento sobrio y lleno de interés; originalidad en las situaciones; riqueza de observaciòn psicológica; caracteres lògicos y bien trazados; acción rápida y segura; diálogo admirable por la naturalidad, el colorido, y la elocuencia.... todo eso hay en «Los derechos de la Salud». Producción modernísima por su tendencia doctrinaria, casi clásica, resulta por la sencillez de sus recursos y la sobriedad de su belleza. Está impregnada de ese optimismo despiadado y cruel que Nietzsche ha inculcado en las almas contemporáneas, y que da razón hasta á las mismas perversidades de la vida. El médico dice á Roberto, en el último acto, una frase profunda: «Deja que obre el mal!» De ese mal han de surgir los bienes del futuro, gracias á la renovación fatal, constante y consoladora, que se produce en las razas, en los sucesos, en la naturaleza entera.... La misma muerte engendra. Es una transmutación. El cadáver se deshace: mañana será gusano, después mariposa, más tarde flor, quizás. Del mismo modo los afectos que se mueren se transforman también: á amores viejos suceden nuevos amores, y ninguno de los preciosos jugos de la vida, se pierde ó se volatiliza para siempre en los alambiques del alma ... «Dolor, no eres eterno!.... Oh, mal! No duras siempre!» clamaba el creyente cantor de la duda, y Sánchez, con menos ampulosidad y más precisión, afirma que «los inconsolables caen bajo el dominio de la patología».... Sí: son enfermos, y tristes enfermos por cierto, los que se niegan á aceptar las compensaciones que la vida,

siempre generosa, ofrece á todos los dolores y á todas las miserias No hay herida, por profunda que sea y por enconada que esté, que no pueda y no «deba», curarse ... La felicidad no es un privilegio: es una «obligación» para los que alcanzan á comprender el significado superior de la existencia, desde que, por desgracia, y en la generalidad de los casos hay que comenzar por ser feliz para llegar á ser bueno.... En su eterna peregrinación á través del Tiempo, la caravana humana va dejando el tendal de rezagados: son los débiles, los enclenques, los ineptos. Los fuertes, los robustos, los aptos siguen su camino, sin volver hacia atrás los ojos, sin atender á las súplicas de los que sucumben.... Dura es la ley, pero esa es la ley. Y tal la denuncia Sánchez en un drama familiar, cuyos incidentes vulgares en apariencia abren grandes ventanales sobre los campos de la nueva moral. Hay un diálogo, en el tercer acto, entre Roberto y el Dr. Ramos, cuya intensidad sólo sabría explicar, valiéndome de una frase de mi amigo Valencia, el célebre poeta colombiano:—«Es formidable como un choque de acorazados». Alto es el pensamiento y bella la expresión: ¿qué más se puede pedir? En el primer acto hay también una admirable escena en que se expone el carácter de la protagonista, y en el segundo está la escena capital de la obra,—la escena en que Luisa se convence de que Roberto ama á Renata—que me atrevo á colocar entre las más patéticas é inspiradas que hayan brotado jamás de pluma contemporánea. Para ser justo, debo confesar que la comedia fué anoche interpretada con tanto cariño como acierto; que la señorita Gámez se ha revelado una actriz dramática de primer orden, eficacísima siempre, inspirada en los momentos culminantes; que la señora Sala ha dado mucho colorido y realce al papel de Renata, y que Tallaví se ha mostrado el gran artista, sobrio, sincero y de buena fe que exigía esta comedia de un corte tan nuevo y de una tendencia tan avanzada. Tallaví, que es moderno hasta la médula, que ama en el teatro todo lo que es fuerza, verdad y honradez, debe haberse sentido como el pez en el agua dentro de esta feliz creación escénica que dará renombre á Floren-

cio Sánchez, y que dentro de pocos meses veremos representar, de seguro, en las principales escenas europeas .... Ah! ¡Si fuera posible enviar á Sánchez, al viejo mundo, pensionándolo para que allí trabajara tranquilo durante tres ó cuatro años! ... El país podría hacer ese pequeño sacrificio, para proporcionarse el lujo de contar, dentro de poco, con un hijo universalmente célebre!....

SAMUEL BLIXEN.

NOTA—Atendiendo á la importancia de este articulo, aparecido en *El Día* de Montevideo á raíz del estreno de *Los derechos de la Salud*, y á la alta reputación de que en la materia goza el eminente crítico que lo firma, la revista ha creído conveniente reproducirlo, ya que de él no son conocidos sino unos párrafos que publicara *La Nación*. Samuel Blixen hubiera deseado también contribuir á este homenaje con alguna página inédita, pero graves ocupaciones de última hora le impidieron realizar sus deseos.—N. DE LA D.

EN LA FRONTERA

Yo conocía apenas de vista á Florencio Sanchez; me era simpático su aspecto de niño grande, con el pelo á ala de cuervo caído sobre la frente y el rostro lampiño, tipo medio de bohemio y medio de anarquista; sabía que ya había dado muestras de su tendencia á escribir para el teatro — *Canillita, Los Curdas,* y no recuerdo que más, — cuando en la Comedia, representado por la compañía de Gerónimo Podestá, obtuvo *M'hijo el dótor* un suceso grande, espontáneo, que fué una revelación. Fuí á escuchar la vigésima ó trigésima representación, acompañado de Antoine, que se hallaba entonces con su compañía francesa en nuestro Odeón, y del empresario señor Faustino da Rosa, y los tres á una sentenciamos: quien ha escrito esta comedia tiene nervio de verdadero autor dramático. Y Antoine además añadió: es un trabajo que parece escrito para mi teatro, con una sinceridad de intenciones y una simplicidad de medios admirables; casi siento ganas de representar su traducción en París. ¿Qué juez más competente podía encontrar Sanchez?

En efecto creo que Antoine pidió realmente la obra al autor: llevóse consigo una copia, pero luego — como todos los actores — vuelto á atravesar el Océano, se olvidó de ella.

Había pasado algún mes desde aquella noche, cuando una tarde vinieron á visitarme en mi cuarto de trabajo en *La Patria degli Italiani* el actor Antonio Bolognesi y Ema Pirovano, que habían resuelto formar una compañía dramática

italiana para iniciar aquella *tournée* que los ha conducido, después de innumerables aventuras, en las menos exploradas regiones del Brasil.

Nosotros queremos incluir en nuestro repertorio, me dijo con su inefable sonrisa algo maliciosa la Pirovano, alguna obra de un autor local; pero para ello necesitamos la ayuda y el consejo del amigo Napoli - Vita.

— Pongan Vds. en escena *M'hijo el dotor* — dije yo.

— ¿ Pero nos hace Vd. la traducción?...

...De este modo resolvimos ver á Sanchez, y bebiendo juntos unos cuantos chops, arreglamos el asunto. Un mes después en el TeatroArgentino, donde Bolognesi y la Pirovano habían establecido sus reales, *M'hijo el dotor* representado en italiano, y bien, obtenía otro éxito más, franco y significativo.

Desde aquella época, en la que tuve frecuentes ocasiones de hablar con Sanchez de cosas de arte y de teatro, yo seguí su evolución como autor con interés y cariño, convenciéndome siempre más — robustecido también mi parecer por Ermete Zacconi, Ermete Novelli y Ferruccio Garavaglia, á quienes había hecho leer *Mio figlio il dottore* — que algún día él lograría hacerse apreciar en el vasto campo del teatro universal.

También los escritores más libres y personales son á menudo los resultados de influencias contradictorias de escritores que los han precedido. En la obra de Florencio Sanchez la influencia extraña se fué desarrollando después de la venida de Zacconi á Buenos Aires, y no sólo el repertorio mejor del sumo actor italiano, sino también su modo de *sentir,* de *vivir,* de *dar* el personaje dejaron una huella saludable en el espíritu del joven escritor. Atestiguan especialmente esta convicción mía los protagonistas de *Barranca abajo* y *Los muertos,* que marcaron pasos decisivos, firmes, seguros, de Sanchez, en la ascensión á aquella frontera más allá de la cual se encuentra el Arte con el lauro que consagra en la mano, sino la celebridad, la universal notoriedad.

Otras influencias menores, de ambiente y de estudios — el

teatro de Roberto Bracco llevó la más reciente contribución — se unieron á aquella á que me he referido para formar la figura literaria de Sanchez. Y vimos sus reflejos aun en obras escritas apresuradamente para satisfacer con frecuencia apurados pedidos de las multiplicadas compañías nacionales, tomando el escritor el aspecto del educador, del propagandista humanitario, trabajando talvez sin advertirlo sobre una trama sentimental, siempre con la aguja cáustica de una sátira no alegre, despertadora de una pensativa melancolía. En el fondo Sanchez es un pesimista singularmente dotado de una segura visión objetiva, destinado á realizar en América — y el campo del teatro es el verdaderamente apropiado — una saludable obra de sátira contemporánea.

Desde el principio, de las personas que quería reflejar, el escritor uruguayo conocía los defectos y los vicios como las cualidades del corazón, habiendo compartido con ellas la casuística de sus sentimientos, no ignorando sus sofismas, no temiendo descubrir el secreto de las caretas con que cubren sus rostros. Quien haya recientemente asistido á alguna representación de la dramática comedia *Nuestros hijos,* me dará la razón.

Sanchez con sus obras no perfora pacientemente los pies de las estátuas de la ignorancia, de la pereza, del prejuicio, para hacerlas caer poco á poco, pedazo á pedazo: con un valor que no se adivinaría en su físico dulce, él empuña como un antiguo guerrero en su armadura su férrea maza y trata de demoler esas estátuas de un solo golpe.

Con sus últimas obras Sanchez dejando de reflejar el ambiente campesino, demasiado local, que daba á su teatro un carácter del todo semejante al de las obras dialectales del viejo mundo latino, ha levantado la expresión de los tipos y de las costumbres regionales á la dignidad de tipo general: el arte rústico, con el drama *Los derechos de la salud* se ha vuelto arte nacional, orgullo de una base de teatro sudamericano, del que el autor bien puede, cual representante, presentarse en la frontera, alta la frente, yendo á reclamar el lauro que le espera.

Ya afirmé — y con segura conciencia — en la apresurada crónica que escribí en *La Patria degli Italiani* después de la primera representación de *Los derechos de la salud,* que esta obra hubieran podido firmarla los más estimados autores del viejo mundo, y ahora no me desdigo, participando con estas mis palabras del homenaje que la revista *Nosotros* tributa á Florencio Sanchez.

Los derechos de la salud darán á Sanchez paso libre á la frontera. Descubrámonos, y agitemos en señal de aplauso estimulante nuestro sombrero, saludándolo mientras él se encamina por el amplio sendero que conduce al Templo!

V. DI NAPOLI-VITA.

FLORENCIO SANCHEZ

Si en el teatro no hubiera espectadores, ni « llamadas », ni críticos, ni actrices (!), ni nada más que el escenario, la obra representada ante el propio autor solo, y cómicos prontos á marcharse en cuanto su mandato terminara, sin hablar con el dramaturgo para felicitarlo y decirle que lo creen tan grande como Shakespeare y como Vital Aza — Florencio Sanchez sería autor dramático, lo mismo que es ahora, entre muchedumbre, aclamaciones, zalamerías y elogios.

No conozco ningún comediógrafo, — verdad es que conozco muy pocos, — más indiferente al éxito inmediato de las propias creaciones. En el estreno de su primera pieza « seria », asistió á la representación apoyado en la segunda bambalina, sin hacer un gesto que no le fuera habitual, sonriendo cuando el aplauso sonaba y sonriendo cuando el aplauso esperado no venía. Aquella noche debió fumar el mismo número de cigarrillos que la noche anterior. Al día siguiente de otros estrenos menos felices, le he visto tan impasible, tan impávido como después de las veladas triunfales. No pone en ninguna obra más esperanzas ni más amor propio que en otra cualquiera. Da en el género que aborda cuanto tiene y lo mejor que puede. Lo que da es invariablemente suyo; mejor dicho, del otro, de ese autor que vive en él, que se revelò en él, antes de que él fuera al teatro, conociera autores, actores, comedias; supiera, en fin, « lo que es eso ». No le obsede la preocupación de plantar su bandera más alta que las banderas de los demás; ni corre la carrera de los

carteles, que es en sustancia la carrera de la vulgaridad. Hace teatro, simple, expontánea, insensiblemente, porque comenzó á hacerlo, porque ha de seguir haciéndolo, porque si algún día no lo quiere ya, le « saldrá » siempre teatro todo lo que haga.

¡Un autor dramático que no responde á la emulación de las victorias agenas, es un ejemplo raro en nuestros tiempos! La escena se ha envilecido mucho, y la vocación mengua en las peregrinaciones que la toman por Norte de sus derroteros. El propósito especulativo, el exhibicionismo, el exitismo, la asedian y la rinden. Para ir á ella por pura obediencia á su genio, es necesario tener coraje y ser digno de ese genio. Sanchez no vacila en contrariar las corrientes; ha revelado capacidad mecánica ó técnica para desenvolverse dentro de todos los moldes de las dos máscaras, y sin embargo afirma sus predilecciones, su tendencia personal, su visión propia, su voluntad, opuesta á las conformidades y tolerancias del medio. Y triunfa, porque el genio del teatro está con èl, va hacia él, como va hacia el acero el imán que lo arrebata.

JOAQUÍN DE VEDIA.

FLORENCIO SÁNCHEZ

En medio de la fría indiferencia con que se reciben aún en nuestro país las producciones intelectuales, paréceme altamente plausible la idea de tributar un homenaje á Florencio Sánchez, con motivo de su último drama titulado *Los derechos de la salud.* Por esto presto gustosamente mi colaboración para el número de la revista NOSOTROS, que piensa dedicar al insigne dramaturgo criollo un selecto grupo de jóvenes escritores. Será éste un acto de estricta justicia. El autor y la obra lo merecen.

El autor posée un indiscutible genio dramático que yo compararía á un diamante en bruto. Tiene él la exacta visiòn del teatro, conocimiento de la vida, admirable intuiciòn de tipos y caracteres. Sus piezas son todas fuertes, llenas de lógica, vibrantes de emoción. Abundan en situaciones intensas, en movimiento, en realidad.

Junto á estos méritos que bastan para constituir un gran dramaturgo, nótase, acaso, cierta falta de pulimiento y de ideal. No quiero decir con ello que el teatro de Sánchez sea una vulgar fotografía de la vida, sin ideas ni personalidad. No sólo hay ideas en toda la obra de Sánchez, sinó que también se revela un temperamento original, una garra poderosa qne deja siempre un rastro de sangre... Las deficiencias á señalarse en ella serían más bien en el fondo, si es que ello es deficiencia, la tendencia egoísta de su ideal estético; en la forma, un lenguaje á veces pedantesco é inverosímil.

En cuanto al fondo, Sánchez hace siempre primar en sus

personajes los apetitos y pasiones sensuales, sobre estímulos y móviles más bellos... ¿Puede hacérsele un cargo por eso?.. En manera alguna, pienso, puesto que Sánches *ve así* la vida. «El arte, como dice genialmente el menos artista de los grandes escritores, Zola, es la Naturaleza vista á través de un temperamento». Sánchez no es Sófocles, ni Shakespeare, ni Ibsen. Sánchez es Sánchez. Su principal mérito es la sinceridad. Siempre está de acuerdo consigo mismo. Es así que tiene, y tan marcadamente, los defectos de sus cualidades. Si aplaudimos sus cualidades olvidémonos, pues, de sus defectos. No pidamos naturalidad á Sarah Bernhardt, ni aristocrática distinción á Grasso. Reconozcamos en ellos lo que son ellos, esto es, el género que tan maravillosamente representan.

La belleza de una obra humana, que como tal no será jamás perfecta, puede medirse por la admiración que nos provoca, y esta admiración, por esa especie de aniquilamiento que produce en nuestro ánimo quitándonos la voluntad de ver sus defectos y señalar sus deficiencias. Si Flaubert nos parece perfecto es porque nos deslumbra á punto de enceguecernos para que no apreciemos sus fallas y lagunas...

Sánchez, en su último drama, me produjo una impresión tal, debo confesarlo, que no he podido hacer crítica, de fondo, al menos. Su manera cruel de ver la vida, me ha vencido, me ha quitado la capacidad de hacer análisis... Su moral nietzschista me ha parecido verdadera. Y he recordado un curioso pasaje donde Aristóteles nos dice que la piedad es á veces enfermiza y peligrosa, debiendo curarse con un purgante ¡la tragedia! Confieso, pues, que si me he hallado indigestado de caridad por los débiles y por los enfermos, Sánchez me ha propinado el remedio que proclamara Aristóteles. ¡Curiosa coincidencia de psicología humana á través de las edades y los pueblos!

El único lunarcillo que pudiera criticar en la producción de Sánchez, es así más bien de forma: lo inapropiado y artificioso del lenguaje. Cuando Sánchez hace hablar al pueblo, como en *M'hijo el dotor* ó *Los muertos,* el pueblo habla en su

idioma. Sólo cuando hace hablar á la burguesía, como en *Nuestros hijos* ó *Los derechos de la salud,* resulta el estilo chocante en piezas tan realistas, tan humanas, por falta de naturalidad y sencillez. He ahí una falla que bien puede indicar la crítica al dramaturgo y que él ha de corregir fácilmente, con su viva inteligencia y su vasta cultura literaria. Mas debo declarar también que en ciertos momentos, como en las escenas medias del segundo acto de *Los derechos de la salud,* la emoción trágica es tal, que el más descontento retórico olvida lo extraño de la forma, subyugado por la profunda belleza de la idea...

El teatro de Sánchez, en general el teatro criollo, es lo que algún crítico francés, refiriéndose á Bernstein llama «teatro frenético». El diálogo se presenta escueto y desnudo en una violenta trama pasional ó ideológica. No hay matices, no hay paréntesis, no hay absolutamente serenidad. Desde la exposición al desenlace la acciòn va rápida y segura como una puñalada. Hago notar este hecho, no en son de censura, ni tampoco de elogio... El «teatro frenético» de Bernstein y de Sánchez puede producir tan hermosas piezas como el teatro matizado y descriptivo de Dumas ó de Donnay. Tan absurdo sería negar una forma como negar la otra. Hay que reconocer que en ambos puede hacerse obra de belleza y de verdad. Y es bueno consignarlo así, porque nuestra crítica parece tender hoy á considerar el «frenesí» de la acciòn como su primer mérito y la armonía y la serenidad como un defecto.

Hay por cierto en Sánchez méritos muy superiores á ese «frenesí» de la acción. Yo hallo en sus piezas una filosofía amarga y vigorizadora como un tónico. Esta es la mejor prueba de su verdadero mérito: la emociòn estética proyecta sus sombras morales, á veces, hasta nos llena el alma de sombras... Porque, es indudable, quien hace arte verdadero hace también, sin intentarlo ni saberlo, construyendo ó demoliendo, positiva ó negativamente, contra ó según la tradición ó el medio ¡hace moral!

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

LA OBRA DE FLORENCIO SÁNCHEZ

Lo que hay de admirable, sobre todo, en la obra de Florencio Sánchez, no es el argumento, ni la trama, ni el análisis de ambiente y de caracteres, elementos todos indispensables para la creación dramática, pero que Sánchez llegará á dominar con mayor maestría cuando el estudio y el tiempo modelen definitivamente su espíritu. Lo que hay que admirar, sobre todo, en su obra, es la intensidad y la eficacia, dos virtudes madres que hacen al dramaturgo y sin las cuales no hay para que perder tiempo en escribir para el teatro.

La preceptiva dramática, el conocimiento de la escena y de sus mil recursos, el dominio de todos esos elementos puramente objetivos que concurren al éxito del drama, todo hombre medianamente inteligente puede adquirirlos, aplicándose á la observación y al estudio. Pero estas dos virtudes madres son elementos subjetivos que sólo puede ponerlos en juego el que los lleva dentro del espíritu.

Sánchez posée ambas cualidades en forma personalísima. Desde sus primeros pasos literarios lo demostró claramente. Las situaciones más sencillas, las palabras más llanas, las figuras más vulgares, los sentimientos más corrientes, toman en su obra maravilloso relieve y elocuencia. Aún falseada la realidad, este fuerte temperamento artístico halla medio de encontrar la palabra precisa, la actitud justa, la situación necesaria que ha de provocar en el alma colectiva que anima á toda sala de espectáculos, la emoción estética honda y perdurable.

Fuera de estos dos elementos esencialísimos y fundamentales, hay en la obra del dramaturgo oriental una honrada tendencia hacia la simplicidad y el realismo, que á menudo crea escena de tan cruda verdad que la idealidad desaparece frente á la vida transportada sumariamente al teatro. Pero estas caídas que suelen angustiar por lo crueles, están admirablemente engarzadas en la obra, donde una concepción general de la vida, un poco romántica, la mantiene constantemente ajustada al diapasón de una discreta idealidad.

Por lo demás, Sánchez modela con maestría los elementos psicológicos del drama: espíritus, pasiones, sentimientos, emociones, en sus manos cobran animaciòn y vida, forman personalidad, constituyen acción y chocan, se funden ó se rechazan. La acción que rige este mundo moral y lo sujeta al mundo físico, es sabia y segura; el medio en que se mueven los personajes es tomado de la realidad ambiente.

La forma en que Sánchez realiza sus creaciones es sobria, primitiva á veces á fuerza de desnudar el concepto, salvaje otras en su audaz realismo, pero siempre llena de vigorosa y sana belleza.

Con Florencio Sánchez, renace la literatura dramática uruguaya, cuya breve tradición sólo reconoce las vacilantes tentativas de los escritores románticos del siglo pasado y las obras llenas de fuerza y belleza de Samuel Blixen, á quien bien puede dársele el nombre de maestro.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE.

EL HERMANO DE FLORENCIO

Señores directores de NOSOTROS:

Estimados amigos:

Estuve á punto de recortar diversos artículos que he publicado sobre Florencio Sánchez, cuando ustedes con empeñoso celo me instaron á cumplir un deber, que siempre me es grato tratándose del intenso dramaturgo, pero á quien mi incensario ha quemado ya todas las pastillas, y así lo hubiera hecho si no me quedase un vago resto de pudor.

Felizmente, recordé que Florencio, como la mayoría de mis amigos, posée una cualidad excepcional que prolonga su persona á manera de apéndice caudal: tiene un hermano.

Yo no sé cómo se las arreglan, pero el hecho es anonadador. El hermano de Joaquín, el hermano de López, el hermano de Doello, el hermano de Villagra, el hermano de Saint-Giron, el hermano de Ingegnieros, el hermano de Ojeda, el hermano de Pardo, etc., etc., constituyen una siniestra Santa Hermandad que desvela mis noches sin que llegue á explicarme el misterio.

Y Sánchez no escapa á la institución. Se ha provisto de un hermano y, por si acaso, tiene en reserva dos ó tres más. Es previsor.

Por lo pronto charlaré del que conocen usdedes, el *guri*, como le llama Florencio, y Alberto por mal nombre.

Más jóven y más serio que el dramatista, es un apuesto mancebo con tendencias á la indumentaria elegante y espíritu

pleno de socarronerías amables. Un bigote color caña contrasta con la espesa negrura del cabello y las cejas, así como las profesiones á que se dedica (pulpero, policía de campaña, revolucionario oriental, consignatario de cales, etc.) se dan de coces con su penetrante y sagaz inteligencia que hacen de ese jóven serio, sólo animado de sonrisas en la intimidad, un observador de primera fuerza.

Enemigo de bohemias anacrónicas, infundía en Florencio un saludable terror paternal en momentos que el retozón *Canillita* se entregaba á esos paréntesis de parrandas, necesarias á su alma como un lubrificante para sus armas de lucha.

—No le digas nada al *gurí,* decíame á veces, después de una trasnochada.

Y al llegar el terrible *hermano* comenzaba á mirarlo y á aturdirlo, evitando cual un chico rabonero la mirada desdeñosa y la sonrisa sarcástica del severo preceptor que lo fulminaba con su silencio.

Esas severidades tenían, sin embargo, sus oasis. La juventud nunca enagena sus primaveras por más que, á veces, las limite á jardines apacibles y uno que otro ramillete de floreros.

Y es así que un día, entre un grupo de gente intelectual donde el hermano de Sánchez adoptara su consabida actitud hierática, poco á poco aflojò sus resortes, y su verba y sus gestos comenzaron á chisporrotear.

No era, como de costumbre, la anotación secreta ó dicha en voz baja al amigo de confianza durante esas justas clamorosas á que se entregan los portavoces del pensamiento, (á riesgo de quedarse sin pensamiento y sin voces), sino la audaz lozanía de un paladín forastero quebrando lanzas corteses ó de guerra con una nueva manera de lidiar, desechadas las pragmáticas en vigencia.

Aquello era un torbellino de frases originales, de locuras novedosas, de burla multiplicada en alfileres y de chispas extrañas que iban desde el lúgubre azul verdoso hasta el más tierno y desmayado de los rosas.

Payró, que estaba en la reunión, lo miró pausadamente con sus ojazos redondos y aporcelanados y despuès de masticarse la lengua como habitúa siempre que va á emitir una sentencia, le dijo inapelablemente:

—¡Usted no es el hermano de Florencio! Florencio ɪə sə hermano suyo.

Ese fallo me parece que desazonó un tantico á Sánchez, porque poco después me preguntó confidencialmente:

—¿Verdad que mi hermano es inteligentísimo?

Y yo, con toda ferocidad, le respondí:

—Es Alberto quien debe hacerme esa pregunta respecto á su hermano.

Ambos sienten orgullo, el uno del otro. Pero se lo ocultan recíprocamente por que si no... ¿qué gracia tendrían en admirarse?

Me imagino, señores directores, que ustedes se dirán extrañados: siendo un tipo de complexión mental tan característica y poseyendo cualidades de perspicacia, flexibilidad, esprit y observación ¿cómo demonios no se ha hecho literato?

Me apresuro á responderles: ¡por eso mismo! ¡porque es inteligente!

Los saluda con la obsecuencia debida

ANTONIO MONTEAVARO.

FLORENCIO SÁNCHEZ

Buenos Aires, Enero 21 de 1908.

Señores Directores de «NOSOTROS»:

Muy señores míos:

Invocando las vivas simpatías que siento por el talento de Florencio Sánchez, me piden Vds., una página para el número especial que, con motivo del éxito alcanzado por «Los derechos de la salud», se propone la Dirección de *Nosotros* publicar tributando homenaje al autor de esa bella obra.

Más de una vez, y últimamente en «LA VIDA MODERNA», comentando el estreno de esa misma producción y antes el de «Nuestros hijos», he manifestado la grande estima que tengo por el talento concreto y varonil de Florencio Sánchez, por sus excepcionales facultades de interpretación artística de la realidad, que le permiten llevar la vida á la escena sin que pierda nada de su intensidad al pasar por el crisol donde el arte la depura de cuanto en ella obsta á la armonía estética, y, sobre todo, por el precioso don de la natural espontaneidad que caracteriza en Sánchez el sentimiento del teatro, gracias al cual realiza sin esfuerzo ni artificio, con certera visión y justa medida, la obra ideal, á un tiempo mismo creación y verdad.

Tal temperamento daría materia para un estudio lleno de interés y de complacencia que gozará el que se encuentre en condiciones de abordarlo.

Desgraciadamente, no me puedo dar esta satisfacción; so-

licitado por tareas absorbentes que devoran todo mi tiempo, me veo en el caso de limitarme á hacer con éstas líneas volantes un simple «acto de presencia» en el homenaje que ustedes van á tributar á Florencio Sánchez. Por lo demás, tengo la certidumbre de que en el conjunto del simpático tributo rendido á los méritos de esa firme figura de nuestro incipiente teatro, no ha de notarse la insuficiencia de uno entre tantos que aprecian y admiran al autor de «Los muertos» y «Los derechos de la salud».

Su atento y S. S.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

FLORENCIO SÁNCHEZ

Gualeguaychú, Enero 15 de 1908.

Señores Directores de «NOSOTROS»:

Muy honrado con el pedido de Vds., y muy satisfecho con su propósito de consagrar un número de NOSOTROS á nuestro Sánchez, y lleno de los mejores deseos, no puedo contribuir sino con mis votos á su obra de justicia.

Me sería imposible hilvanar dos ideas sobre teatro, pues no tengo ninguna. Y mucho más difícil hablar de Sánchez, de quien entiendo todavía menos. Con un cariño profundísimo y una admiración sin límites no se hacen artículos; y ese es el caso. No habiendo sido nunca un profesional de las letras, ignoro cómo pueda separar mis afectos de mis apreciaciones. Todo lo de Sánchez me parece admirable. Creo que «Los Muertos» es lo más intenso, «Barranca Abajo» lo más teatral y el holgazan de «En familia» el mejor tipo en la obra de Sánchez, y que «La Gringa» debiera compartir la inmortalidad del «Facundo».

Ya ven los Señores Directores que, en este tren, vale más callar.

Reitero mis expresiones de agradecimiento por su recuerdo, y me ofrezco para otras oportunidades con sincera voluntad de ser útil á esa hermosa publicación que honra nuestra intelectualidad.

Saluda muy atentamente á los Señores Directores.

LUIS DOELLO JURADO.

LA LABOR DE SANCHEZ

La labor dramática de Florencio Sanchez ha sido ajena á toda concesión al público. Sanchez ha seguido su senda, sin temores ni desfallecimientos. Aparto, claro está, algunas obras inferiores de su repertorio, escritas « pane lucrando ». Son escasas y en todas ellas percíbense no obstante las cualidades que resaltan en las de aliento. En todas se ve la garra del dramaturgo de fibra.

Su obra es múltiple y vigorosa, notándose en ella una evoluciòn serena, lógica, señalada por una distinta orientación teatral en sus primeros y en sus últimos dramas.

Se reveló con *M'hijo el dotor.* No es la obra mejor de su repertorio, pero marca en él la fecha inicial, siendo menester por consiguiente saludarla como una de las mas dignas de consideración. Su primer acto es admirable. Sin duda á él debióse el éxito perdurable del drama. Allí Sanchez se mostró realista verdadero: el campo que nos diò era el campo que todos conocemos; sus tipos, esos tipos con quienes todos hemos hablado. La psicología del viejo estaba presentada de mano maestra.

Luego, una á una, vinieron las demás obras. Inmediatamente *Pobre gente,* de un realismo idéntico al de *M'hijo el dotor,* aunque en escenario distinto. Y despuès *La gringa,* obra maestra que desconcertó por su salvaje robustez. *La gringa* se me hace que representa en el teatro de Sanchez lo que *La tierra* en la obra de Zola. No me refiero naturalmente al contenido sino al valor representativo de ambas como notas discordantes por su aspereza, en el concierto de otras obras de una crudeza menos enérgica. En *La gringa* Sanchez derramó la lengua de sus tipos camperos, esa jerga multiforme que

ora es el *cocoliche* en boca de este *gringo,* ora es el *criollo* en labios del paisano, ora el lenguaje de la ciudad, español adulterado en boca de aquel *pueblero.*

La gringa es un drama lleno de vida y de pujanza, disgustante á ratos por su desnudo naturalismo, pero siempre humano, siempre verdadero, siempre sincero. Es además una obra saludable. Entraña un símbolo: significa la lucha entre el progreso y la rutina, entre la inmigración fecunda y triunfante, y la raza del suelo, noble raza, pero estacionaria y vencida. *La gringa* encarna de un modo mas vívido, mas vigoroso, mas concreto lo que otro poeta nuestro, Rafael Obligado, ha cantado en una hermosa leyenda: la lucha entre Juan sin Ropa el forastero y Santos Vega el payador.

La obra empero no resultó. Acaso fuera oportuno que alguna compañía nacional intentara su resurrección.

En *La gringa* Sanchez había hecho un símbolo: aun avanzaría un paso más y en *Barranca abajo* plantearía un problema. Por eso alguien le llamó «ibsencito criollo». Sea como sea, el problema era interesante y bien planteado. *Barranca abajo* sin embargo, valía por otros aspectos más interesantes, aparte la tésis ó lo que fuese. *Barranca abajo* era una obra más de las del verdadero repertorio de Sanchez. Era una obra dolorosa y sentida, una obra de observación y análisis. Y el campo aparecía en ella una vez más, maravillosamente reflejado.

Del campo pasaríamos á la ciudad y allí presenciaríamos otro derrumbe moral. *En familia,* la obra que sucedió cronológicamente á *Barranca abajo,* era la pintura fiel de un asunto real: el desequilibrio existente en tantos y tantos hogares. Del punto de vista de la psicología de los personajes *En familia* es sin duda una de las obras mejor resultadas de Sanchez. El padre, borrachón desmoralizado, las hermanas, lenguas largas, haraganas y coquetas, el hermano especie de filósofo cínico, todos son caracteres trazados con mano segura.

Después de *En familia, Los muertos,* obra audaz, original, trágica, que en otro país hubiese consagrado definitivamente á un autor. Justo es reconocer sin embargo que la crítica estuvo unánime en aplaudirla.

Ese drama de orgía y de miseria, sin duda sería en cualquier repertorio, una gran obra moderna. El primer acto, sobrio, claro y sentido; el segundo audaz, inapreciable como cuadro de gènero; el tercero sombrío, obsesionante en su atmósfera de borrachera y de crimen. Sana la tésis y enérgicamente planteada.

Sanchez iba afinándose como psicólogo. Considérese *La tigra*, que siguiò á *Los muertos,* ensayo en un acto con todos los defectos de una obra intérlope, y se notará el largo trecho que desde *M'hijo el dotor* había andado en ese sentido. Esa vida triste de camarera, sobre la que Sanchez derramó una lágrima en un breve cuadro final de la comedia, cuadro de una sencillez y de una sobriedad quizás excesivas para la escena, hacía perdonar muchos otros defectos. ¿ Pero cuál de nuestros autores puede envañecerse como Sanchez de haber escrito burla burlando, tantas obras en un acto, de evidente mérito á pesar de todos sus errores, como *Canillita,* ensayo juvenil sin importancia, y *Cédulas de San Juan* y *La tigra* y aquella *Moneda falsa* que hecha en verdad burla burlando, resultó empero una obrita maestra? Tan es así que de ésas cuatro obras inferiores pueden deducirse las características mas felices del teatro de Sanchez, sin recurrir á sus obras de aliento. Sus raras dotes de observador, su amor por las vidas humildes, su notable habilidad escénica, su honda perspicacia de analista y mucho más se puede hallar en las obras mencionadas. Y en todas un asombroso derroche de vida, de movimiento, de colorido, aparte la pesimista crudeza del pequeño drama humano y novedoso que encierran.

Negar los evidentes méritos de Sanchez, cual observador de medios sociales inferiores no era ya posible; pero se suponía que sòlo en ese terreno habría de encontrarse á sus anchas, no creyéndosele capaz de salirse de él. Se le relegaba á pintor del campo, del conventillo, del café concierto, de la calle, de los hogares modestos. Dogmáticamente se afirmaba que no lograría abordar con éxito el estudio de cualquier otro ambiente que no fuera de los usuales en sus dramas conocidos.

Y puso entonces en escena *El pasado* que echó por tierra

todas esas afirmaciones antojadizas. Fué una nueva revelación. En esa obra angustiosa cambiaba el dramaturgo de medio social: transponía esas puertas que se juzgaba habrían de permanecerle siempre cerradas.

El éxito de *El pasado* no fué el que hubiera podido esperarse, no porque el drama no reuna todas las múltiples cualidades de Sanchez, acrecidas por la experiencia, sino á causa de que el tercer acto rompe con su dulce serenidad la tirantez atenaceadora de los dos anteriores, de lo cual resulta una acentuada falta de uniformidad desfavorable para la impresión de conjunto. Ciertamente la escena tiene sus exigencias, y, aunque posible, disuena en el rápido, sintético desarrollo de un drama una excesiva disparidad en el colorido de los actos, cual sucede en *El pasado.*

El hielo estaba roto. Sanchez tenía condiciones de observador que le hacían apto para elevarse á ambientes mas cultos de los que había tratado en sus primeras obras. Después de *El pasado* — *Moneda falsa* entre ellos — *Nuestros hijos.* Ya no había objeción posible: sí, él también sabía de ambientes aristocráticos. ¡Y qué obra tan bella é intensa y valiente! La tésis es noble, aunque temeraria. Eso disgustó un poco, pero — ¡qué diablos! — Sanchez no escribe con el fin de satisfacer opiniones de grupos. Algo mas legítimo le impulsa que el simple ruido de los aplausos que se prodigan sin discernimiento en las noches de estreno.

Y por último *Los derechos de la salud,* su obra mas atrevida, de las más discutidas y, posiblemente de las mejores. La voz de la crítica sobre ella es demasiado reciente, para que necesite yo en esta rápida reseña insistir de mi parte.

A Sanchez se le ha llamado ultimamente nuestro Bracco. No hay duda, sí lo es por el conocimiento de la técnica teatral, por la audacia en abordar las situaciones y en plantear las tésis más arriesgadas, por el arte en crear seres de carne y hueso. Fáltale de Bracco el gracejo, el diálogo chispeante y la habilidad en urdir comedias de una espiritualidad inimitables; fáltale también (y no es de lamentar) la sutileza, diría casi el alambicamiento del gran dramaturgo italiano, que convierte sus tésis en verdaderos problemas y que llega

á menudo á ser un extravagante casuista, á fuerza de quintaesenciar el espíritu de una situación.

Pero Sanchez quizá por eso mismo, es más humano, quizás mira más hondo en la vida. Ello hace que cada una de sus obras sea un documento, un raro documento de psicología y y sociología eminentemente nuestras. Por tal concepto nadie más nacional que este dramaturgo, uruguayo de patria, argentino de adopción, que ha sondado todas las capas sociales y cuya obra constituye un verdadero museo de tipos.

Pero su labor con ser ya vasta, apenas está en sus comienzos. Diez y seis obras lleva escritas y de ellas ocho, á decir poco, que encuentran respectivamente partidarios que las colocan sobre las demás. No las une por otra parte ese inconfundible aire de familia que hallamos frecuentemente entre las obras de otros autores. Son ocho piezas diversas por completo, en los procedimientos, en la pintura del ambiente, en la idea que las informa y en el modo de exponerla. Atiéndase precisamente á este último particular. *La gringa* es una obra simbólica; en *Barranca abajo* hay un conflicto espiritual, un problema, quedando reservada al expectador la decisión; en *Los muertos* es la acción que va confirmando con los hechos la idea engendradóra del drama, puesta en boca del protagonista, tipo representativo de la obra; en *El pasado* teoriza el protagonista, así como en *Nuestros hijos,* mientras que *Los derechos de la salud* al contrario, á pesar de las brutales afirmaciones de Roberto, se cierra á mi ver con un interrogante.

Ahí está otra de las grandes cualidades de Sanchez. No se repiten en sus obras las situaciones ó los caracteres: una continua variedad imprime un sello propio, inconfundible á cada una de sus creaciones.

El trecho andado es corto comparado al sendero que aun ha de recorrer: eso nos dice que si ya Sanchez ha dado mucho, enormemente más todavía debe esperar de su pluma fecunda nuestro teatro que surge con lamentables tropiezos, es cierto, pero también con empujes hermosos.

AMBROSIO PARDAL.

LOS DERECHOS DE LA SALUD

Con motivo de una crítica del señor Adolphe Brisson á propósito de una obra del señor Pierre Wolff, suscitóse últimamente en París una polémica, en la que intervinieron, entre otros, el aludido señor Brisson, Henri Berstein, Albert Guinon y Henri Bataille.

El señor Brisson reprochaba á la generación nueva de autores dramáticos su inmoralidad, su indiferencia ante el vicio ó la virtud. Contraponía á este teatro, el de Augier y Dumas y hasta el de Meilhac y Halevy, Sardou y Henri Becque. Y concluía diciendo que el teatro no debía proponerse un estudio impasible de la vida, considerar el animal humano como el sabio observa putrefacciones en el campo del microscopio, indiferente á todo otro cuidado que el de anotar fenómenos, sino que tenía un rol menos humilde que cumplir: retratar los individuos, seguramente; pero, al mismo tiempo, despertar la conciencia del público, remover las fuentes de emoción que brotan de su corazón cuando se sabe golpearle en buen sitio, proponerle ejemplos, inspirarle el odio por la villanía y el egoísmo, el gusto de la honestidad, la idea justa y sana de que todo no es podredumbre acá abajo, que existen otras alegrías más delicadas que la feroz satisfacción de nuestros apetitos y que es bello alguna vez inmolarse á una idea, á un principio, á un escrúpulo...

Henri Berstein, el notable autor de la «Rafale» y «La Griffe», interpretando los sentimientos de sus colegas atacados, decía: «Sí, querido señor, vicio ó virtud... Yo no odio el vicio. No escribiré jamás una pieza que glorifique la virtud ó que ataque un artículo del Código, ni tampoco que ataque ó glorifique cualquier cosa. La vanidad de esos sermones laicos me hace sonreir; se me crispan los nervios ante el ruido bien conocido de las puertas desde largo tiempo abiertas y que se pretende

aún abrir; honro el hecho raro, obscuro, ese momento de la vida, ese nudo de la cadena, ese minuto brutal, pero que es necesario tomar con todo lo que le rodea de existencias perturbadas y de almas puestas al desnudo. En fin, creo que los optimismos falsos, las abnegaciones sin amargura, los irreales triunfos de lo justo y de lo bello, son atentados contra el arte, insultos á la miseria humana y acciones impías.

Usted admitirá que el teatro de los señores Guinon, Bataille, Coolus, Fabre, Picard, Tristán Bernard, (elijo entre la generación inculpada) respira una igual indiferencia, un igual desdén. Es que mis colegas son artistas y no profesionales. En ellos, el artista se inclina con una ternura compasiva, con una despiadada curiosidad hacia las pobrezas, las pequeñeces, las indecisiones, las torpezas, los inconfesables dolores y los remolinos fangosos del corazón de los hombres.

Y el autor dramático sabe que la pasión, la ambición, la envidia, los celos, la sed de lucro, forman los resortes eternos de la actividad humana, que las purezas y las noblezas llevan derechamente á la beatitud y que un ser lilial y contemplativo sería un ridículo personaje de teatro.

Somos touristas en busca febril de pintoresco. Soñamos extraños senderos apenas abiertos. El alma sin desfallecimientos de un perfecto hombre honrado, se asemeja á una bella avenida muy recta que nos fastidiara un poco...»

A su vez, el señor Guinon decía:

«Vemos en el teatro la consecuencia de la evolución de las costumbres... Una tendencia general de la educación y un movimiento general de las ideas, nos llevan á disminuir, á atenuar la responsabilidad humana. El asesino, el ladrón, el sátiro, ó más simplemente, el hombre falto de delicadeza, incorrecto, son considerados como irresponsables. Ahora bien, nosotros como dramaturgos, somos el reflejo de nuestra época. Educados, crecidos en esta atmósfera de escepticismo y de indulgencia, es natural y lógico que escribamos obras inspirándose menos en la moralidad que las obras de épocas más disciplinadas y más rigurosas. Y por la misma razón esencial y profunda, el público no siente casi la necesidad de una sanción moral agregada á su placer intelectual».

En vista de las discusiones ha que ha dado lugar la representación de la última obra del señor Florencio Sánchez, «Los derechos de la salud», hemos juzgado interesante y útil el extractar largamente esta polémica, pues como se ha dicho que la obra no ha triunfado por carecer de bondad, de misericordia, de amor, hemos querido dejar sentado, por boca de los señores Berstein y Guinon, que estas obras en que los personajes tienen un no se qué de violentos é inhumanos, están dentro de la evolución actual del teatro contemporàneo, obedecen á un cambio general de las ideas.

Por otra parte, pensamos con el mismo señor Guinon, que no hay ninguna diferencia de valor entre una obra provista de sanción moral y otra privada de ella, á condición de que tanto la una como la otra, sean concebidas y ejecutadas con una conciencia igual y un igual cuidado del arte.

El señor Florencio Sánchez es el más poderoso removedor de ideas con que cuenta nuestro teatro.

Ahí están para atestiguarlo todas sus obras, desde la populachera *Canillita* hasta sus últimos dramas serios, *El pasado, Nuestros hijos, Los derechos de la salud.*

El nuevo drama del señor Sánchez nos ofrece el raro placer de un primer acto admirablemente construído,—la exposición es clara y rápida,—vigoroso y emocionante, y de un tercero de una intensidad de acción y una simplicidad de medios maravillosos.

En cuanto al segundo acto, el más perfecto de los tres, es insuperable. Contiene dos diálogos entre Luisa y Roberto, los de las escenas cuarta y séptima, de una realidad completa. Aquello es un girón palpitante de humanidad. Es la vida misma, pero aguzada, afinada, filtrada por la mano del más perspicaz de los psicólogos. Eso es verdaderamente arte dramàtico bien sólido.

Los caracteres están presentados de mano maestra. Al leer el drama, asombra el relieve de los mismos personajes secundarios: el de Mijita, el del Dr. Ramos, el de Albertina.

Se ha sutilizado sobre ciertos caracteres: los de Roberto y

Renata. Se ha creído ver el esfuerzo del autor por hacer simpáticos esos personajes, y su incapacidad de conseguirlo.

Creemos que, como todo buen autor naturalista, el señor Sánchez piensa que en el teatro, el autor debe abstenerse de toda intervención. Por lo tanto, no desea que tal ó cual personaje de sus obras resulte simpático. Tomados de la vida real, con sus teorías, sus sentimientos, su estilo propio, su acento y sus tics, los traslada á la escena y allí los hace actuar, *indiferente á todo otro cuidado que el de anotar hechos.* Pero para arribar á esta exactitud, que es la perfección, á la desaparición completa del autor detrás de sus creaciones, es necesario conocerlas á fondo, identificarse con ellas, entrar, como se dice, en su piel: en fin, es preciso un riguroso analisis psicológico.

Y como á esta identificación con sus personajes ha arribado el señor Sanchez en sus últimas obras, parece que los sentimientos ó teorías de tal ó cual protagonista, fueran del autor y no exclusivamente de aquél.

Se ha dicho también que el señor Sanchez no tiene estilo. En realidad, poco importa que la *forma* del señor Sanchez sea buena ó mala. Se trata simplemente de saber si el autor de «Los derechos de la salud» está desprovisto de una personalidad definida, pues en esto únicamente consiste el estilo. Y todos sabemos que no hay una sola página del señor Sanchez que no sea reconocida inmediatamente por todo el mundo.

Por las consideraciones antecedentes, habrase visto que hemos hablado de la obra considerándola teatralmente, dejando á un lado la tesis de su protagonista, cruel é inaceptable á nuestro ver, pero que, con todo, no tiene fuerzas suficientes para obscurecer las bellezas de este fuerte y sobrio drama.

«Los derechos de la salud», escrito en francés y estrenado en París, hubiera obtenido uno de esos éxitos que consagran un autor y hacen que su obra dé triunfalmente la vuelta al mundo. Entre nosotros, se ha dado sólo diez noches, y ocho de ellas estaba el teatro vacío!

ALFREDO A. BIANCHI.

REVISTA DE REVISTAS

Revista de la Facultad de Letras y Ciencias—*(Habana)*—En esta revista de la Universidad cubana hay un discurso pronunciado por el catedrático Dr. Juan M. Dihijo, en la apertura de las Escuelas Públicas y una conferencia de otro catedrático, el Dr. Manuel Valdés Rodríguez.

Es el primero, un estudio del estado de la enseñanza en Cuba, cosa que allí no está descuidada, al contrario, el aumento de las escuelas es rapidísimo.

La enseñanza es tema de los hombres que estudian y piensan; las conferencias son allí frecuentes y no por ser frecuentes son inútiles y poco provechosas.

La educación preocupa y se oye siempre, en las conferencias inaugurales de cursos, la palabra de los más autorizados. En nuestro país no siempre pasa lo mismo; si hay un hombre que en estos últimos años haya hecho tal cosa, ese hombre es el vicedecano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, el Dr. Juan M. Garro; y á ese hombre pocos fueron los que lo alentaron. ¿Para qué? Es preciso arrancar un título á las facultades y después ya terminò todo: el título es una patente muy acomodaticia de sabio y que faculta para ser diputado y otras cosas que dan buena renta sin mayor estudio.

¿La gloria? va, es una cosa tan lírica, que sólo se deja para un Sarmiento ó un Farinelli.

Allí, en aquella Universidad, se oye la palabra autorizada de un catedrático que dice: «Nuestros maestros, en tesis general, dedican sus mejores empeños en pró de la enseñanza, y

de tal modo, que lo que fué en sus comienzos ensayos empíricos, sin otra orientación, inspiración y preparación que la buena voluntad, ha ido evolucionando, tan satisfactoriamente, que ya hoy podemos decir que se encuentran encauzadas nuestras escuelas, no ya según nuestro sentir, sinó con el testimonio de extranjeros, ingleses, americanos y alemanes, que han visitado nuestras aulas y han confesado ingenuamente que la objetividad del método empleado puede competir con el sancionado en sus respectivos países».

Y no se crea que esto es simplemente *chauvinisme,* no; el ilustre catedrático dice más adelante: «No quiero decir, en manera alguna, que pueda darse todo por hecho, ni tampoco que todos los maestros hayan alcanzado uniformemente el mismo nivel; ese es un ideal difícil de lograr en lo humano y mucho más en tan corto tiempo de dedicación; pero, á lo que me refiero, y lo que, desde luego constituye el triunfo, es la implantación honrada y entusiasta de métodos que han dado buenos y palpables resultados, permitiendo, si los esfuerzos no se desvían, acariciar la unificación posible, en plazo no muy lejano en graduación, métodos y procedimientos.» Así se habla, así se forman hombres con amor al estudio. Con este ideal de educación se llegará á formar hombres para que en la plaza mundial no sólo se cotizen nuestros productos, sinó también los talentos de nuestra tierra americana.

Archivos de Psiquiatría y Criminología—*(Buenos Aires)* -- Esta revista que dirige nuestro colaborador el Dr. Ingegnieros, publica en su último número un artículo del sabio profesor español, Dr. S. Ramón y Cajal, titulado: «El Renacimiento de la Doctrina neuronal».

En este artículo, el Dr. S. Ramón y Cajal, refuta á un su amigo, el Dr. García Sola, que ha hablado del *ocaso de la neurona.* Con firmeza habla el ilustre sabio de esos adversarios de la doctrina neuronal, de «la psicología de los jòvenes investigadores, quienes ávidos de nombradía y hallando el filón de la originalidad demasiado hondo y trabajoso caen á me-

nudo en la tentación malsana de hacer obra negativa, desacreditando doctrinas y empañando prestigios, aun en aquellos dominios en que la ciencia parece haber fijado definitivamente las fórmulas; que salvadas honrosas excepciones, los antineuronistas no rayan muy alto en punto á modestia y sincera devoción á la verdad científica, mil indicios lo declaran».

Expone los «argumentos esgrimidos por los antineuronistas más autorizados» no sólo para examen sino también «para información de quienes ignorando la fase actual de la cuestión, se atienden al último figurín de hace diez años.» Los argumentos pasan por el cerebro del sabio, quien con lentitud, para que puedan ser vistos, los va exponiendo con claridad y los va desechando. ¿Qué la victoria se anuncia próxima y definitiva?, no hay en el Dr. Cajal sobresaltos, no: sigue él pensando en la doctrina neuronal, y más hoy que nunca, pues con los trabajos de: van Gehuchten, Michotte, Donaggio, Tello, Schiefferdecker, Marinesco, Azoulay Harrison, Neal, Münzer Mott, Medea, Lugaro, Perroncito, Guido, Sala, Krassin, Nageotte y muchos otros más, que han «desembarazado de los artificiosos argumentos de reticulismo y catenarismo», se ha «llegado á un grado de solidez y prestigio jamás alcanzados».

Por falta de espacio no podemos ocuparnos de las siguientes revistas, á las cuales agradecemos su remisión: «La Lectura» (Madrid), «Revista de Letras y Ciencias Sociales» (Tucumán), «El Fígaro» (Habana), «La Verdad» (Buenos Aires), «La Revista Artística y Teatral» (Buenos Aires), etc., etc.

ALFREDO COSTA RUBERT.

NOTAS Y COMENTARIOS

Las caricaturas de Pelele — La exposición de caricaturas, hace poco alabada por los diarios, ha denunciado al público la presencia de un artista. Hasta ese momento muy pocos se han preocupado de seguir las travesuras de este muchacho, que pasó de la ciudad del Rosario á la ciudad de París, instalóse en ella y en ella dió comienzo á la realización de sus sueños. A juzgar por lo que hemos visto, Pelele no fué á Paris con el exclusivo objeto de ser amigo de Gómez Carrillo y confirmar en cartas íntimas, la existencia de mujeres alegres y *apaches* en la sublime capital. En este sentido, el barbilampiño chicuelo merece quizá más elogios que su obra misma. Tampoco consideraría yo obra suya las imágenes deformadas de algunos médicos, sorprendidos en cómicas tareas de sangre. Esto no es más que la adaptación de una viejísima caricatura francesa, donde figuran los nombres más gloriosos de la medicina. Sin embargo es lo que más ha gustado de la exposición. Sólo un escaso número de personas apreció con exactitud la faz menos visible del artista y ésta la constituyen cositas pequeñas, esbozos sin importancia, donde se manifiesta un espíritu delicado y penetrante. Corazón de pillete bueno, su tendencia no se dirige á la deformidad horrorosa que forma el éxito de las revistas actuales. Si ve la miseria no es para exagerarla; es una especie de anarquista elegante, que no apresuraría el fin del régimen burgués, porque el kake-walk le entretiene y el frac le queda bien, aunque partiría su frac y su kake-walk con el vagabundo hecho modelo en su taller parisién. Por eso sus visiones vividas son menos agrias. El ex-hombre que mañana va á arrojarse al río por falta de pan, tiene en las páginas de Pelele un aspecto apacible; su dolor es casi melancolia y de buen grado, esa figura destrozada sonreirá á la muchacha transeunte y compartirá con vosotros el comentario picaresco. Ello se debe á la bondad de Pelele. Prefiere la superficialidad á la amargura y la sonrisa á la imprecación. En una palabra, el alma de buen muchacho está diluída en todos sus dibujos. Pero esa superficialidad no es más que aparente. Sus caricaturas por el hecho de ser ama-

bles no son menos intencionadas; dice lo que dicen las demás pero sin advertir previamente su ira ó su objeto. Es ligero, gràcil y fino. Su estadía entre nosotros ha sido breve, lo cual prueba el afán de un perfeccionamiento definitivo, que sin duda conseguirá en París. Así, se evita también la necesidad de someterse á una tarea grosera para poder subsistir en un medio tan adverso como el nuestro para todo lo que no sea política inferior é incidencia de frigorífico. Déle Dios buena suerte. Todos afirman que tiene mucho talento, y lo demás depende de él mismo. — *A. Gerchunoff.*

Advertencia — La dificultosa preparación de este número especial ha obligado á la revista á retrasar por unos días su salida. Por este motivo, á fin de regularizar su marcha ha resuelto la dirección que este número sea doble, es decir, correspondiente á los meses de Enero y Febrero, por lo que se presenta con un aumento en el número de sus páginas.

La dirección pide asimismo. disculpa à sus colaboradores, cuyas producciones ha debido postergar para el número 8 que aparecerà à principios de Marzo.

Colaboraràn en él, Oswaldo Magnasco, Amado Nervo, (Madrid); Manuel S. Pichardo, (Habana); Manuel Marquez Sterling, José León Pagano, Juan Pablo Echagüe, Atilio M. Chiapporì, Leonardo Shérif, (Madrid): Fernando Fortún, (Madrid); Juan Aymerich, José Pardo, Pablo della Costa (hijo), Juan Mas y Pi, Alberto Gerchunoff, Mario Bravo, Federico Mertens, Julio S. Canata, Arturo Pinto Escalier, Coriolano Alberini, etc.

José León Pagano — Habiendo debido ausentarse para Europa el doctor Leopoldo Longhi, redactor de la sección *Letras italianas,* y abandonar por consiguiente la mencionada sección, los Directores deseosos de que ella no quedara desierta, han encontrado en el distinguido escritor José León Pagano, un colaborador eficaz é inmediato que ha honrado la revista aceptando el ofrecimiento de ponerse al frente de la sección mencionada.

Presentar al señor Pagano à quienes se ocupan de arte y de literatura entre nosotros, es superfluo. Acredita su nombre una extensa y compleja labor efectuada en campos diversos: la novela, el teatro y la crítica artística, filosófica y literaria. Desde largo tiempo — como es sabido — desempeña el honroso cargo de crítico teatral de *La Nación.*

Su profundo conocimiento de la vida intelectual de Italia, país en el que ha residido muchos años, le confiere ademàs una autoridad indiscutible en la materia que tratarà en *Nosotros* desde el próximo número.

Sociedad de autores dramáticos — En los primeros días del mes se ha constituído una sociedad de autores dramàticos, cuya mesa directiva la componen los señores: Otto

Miguel Cione, presidente; V. di Napoli Vita, vice presidente; Félix Alberto de Zabalía, secretario; Raúl Casariego, secretario de actas; Alberto Ghiraldo, tesorero; Enrique García Velloso, José de Maturana, Vicente Nicolau Roig, Fernando Navarrete, vocales.

Nosotros acompaña con sus votos la labor de esta asociación, de la que puede esperarse mucho en favor del naciente teatro nacional.

Círculo de la Prensa - La Comisión Directiva del Círculo de la Prensa termina su cometido. Este su año de labor, ha sido uno de los más provechosos para el progreso de la asociación. En efecto, debido á los esfuerzos del señor Horacio Castro Videla, dispone el Círculo de veinte centímetros en las páginas de avisos de casi todos los diarios de la República, lo cual le permitirá, dentro de poco tiempo, contar con edificio propio. Organizó un Congreso de la Prensa que, si no tuvo los resultados que pudieron esperarse, sirviò por lo menos, como vínculo de conocimiento entre los miembros dispersos de la gran familia periodística. Además, en este último año, aumentó considerablemente su número de socios.

La verdadera preocupación demostrada por el señor de Rezabal en su primer presidencia ha impuesto, en el criterio de todos, su reelección para el próximo período.

Considerándola digna de apoyo, publicamos á continuación la lista que cuenta con mayores seguridades de éxito.

Manuel de Rezabal, presidente; *José Varas,* vice 1°; *Justo S. López de Gomara,* vice 2°; *Juan Tjarks,* tesorero; *Manuel María Oliver,* secretario; *Horacio Castro Videla,* pro-tesorero; *Arturo Giménez Pastor,* pro-secretario; *Roberto J. Bunge,* bibliotecario; *José L. Cantilo, Juan B. Torres, Tomás J. Izurzu, Federico B. Vilaró, Juan Cazenave, Alejandro Rial, José Merlo, Ricardo Font,* vocales. Tribunal de Honor: *Emilio Mitre, Ezequiel P. Paz, Carlos Vega Belgrano, Lisandro de la Torre, Agustín Alvarez.*

Libros recibidos — *La Casa de la Primavera,* por G. Martínez Sierra — Madrid — Librería del Pueblo — 1907.

Leonor, por Rafael Padilla — (Drama en dos actos y en prosa) — Prólogo de José Santos Chocano — Madrid — 1907.

Estudios sobre la política aduanera más conveniente á la Argentina, por Luis Eduardo Molina — Córdoba — 1907.

Noticias de policía... por Federico A. Gutiérrez (Fag. Libert) — Buenos Aires 1907.

Apellidos blasonados, por Alejandro L. Bouquet — (Sàtira filosófica en 3 actos) — Buenos Aires 1907.

Solidaridad Universitaria, (Dos discursos universitarios en Córdeba), por Rodolfo Rivarola — Buenos Aires — 1907.

Los métodos científicos, (Estudio crítico-filosófico), por Juan B. Sivori — Buenos Aires — 1907.

NOSOTROS.

NOSOTROS

«LA NAVE»

No me detendré á juzgar la tragedia: se ha publicado y todos pueden hacerlo. Sin embargo, la impresión que su lectura dá, es que ninguno de los oyentes pudo comprender las intenciones de D'Annunzio.

Los críticos más amigos del poeta, los que más se regocijaron con el triunfo, han debido creer al leer «La Nave», que era, ó una mistificación, ó un enigma, y esto se nota en los artículos que de Italia nos llegan.

No es que pretenda afirmar que «La Nave» se halla desprovista de mérito: digo y sostengo, y nadie me podrá contradecir después de haberla leído, que no puede ser comprendida á la primera audición, y que, si se exceptúan los muy contados, doctos en historia veneciana, nadie está en grado de comprenderla ni siquiera á la centésima, necesitándose para ello de estudios especiales. La consecuencia, pues, de esto, es que los aplausos y el suceso que obtuvo, débense á causas que nada tienen que ver con el valor de la tragedia. Estas causas son muchas: la voz de que el poeta se había propuesto persuadir á los italianos de la necesidad de poseer nna ma-

rina poderosa; la belleza del espectáculo y acaso de la música; y, probablemente, muchas otras más. Un fenómeno de sugestión.

Antes de todo: ¿«La Nave» es un drama?

Drama es la representación de una acción: si hay la acción, dice Aristóteles, hay el drama, aun cuando falte el carácter, mientras que la expresión de los caracteres, nunca dará de por sí sola un drama. Acción es el fratricidio, la muerte de Sergio por mano de su hermano Marco, y allí converge el drama, á pesar de las partes que no tienen razón de ser en la acción, sino únicamente por el significado alegórico que tiene en vista el poeta. El fratricidio es motivado por el odio oculto de Basiliola, que trata de vengar con él el horrible suplicio infligido á su padre y á sus hermanos. Para lograr su intención, Basiliola disimula, y logra enamorar, tanto á Sergio, el obispo, como á Marco, el tribuno. Entregándose luego á Sergio, llama sobre él la cólera y los celos de Marco, y de ahí el desafío y el fratricidio. Consumado el delito, el remordimiento se apodera de Marco, que resuelve alejarse de la patria para siempre, é ir, en su nave, en busca de aventuras en países lejanos. En cuanto á Basiliola, expía, dándose voluntariamente la muerte, el crímen del que ha sido la causante.

Hay, por consiguiente, un drama, una acción, y todas las partes que Aristóteles exige en el drama perfecto.

Pero el juicio cambia si se considera que Basiliola es un personaje simbólico, y el símbolo dá igualmente razón del primer episodio, que de otro modo no se enlazaría á la acción.

Es, pues, un drama simbólico, y como tal no puede juzgarse con arreglo á los criterios comunes: es una forma de arte propia de D'Annunzio, sin ejemplo hasta el día. Shakespeare no la usaba; mas no es hacer crítica decir que Shakespeare no es D'Annunzio. Cada cual da la que puede ó le place.

D'Annunzio se propuso componer una acción en que se reflejara la historia de Venecia, ciudad de la que celebra el nacimiento, y lo consiguió, poniendo en el año 552 hechos y personajes de muy distintas edades. De este año, en que coloca

D'Annunzio la acción de su drama, la historia no recuerda sino un solo acontecimiento, la llegada de Narsete á la isla de Rivo-alto, donde hizo edificar dos iglesias. Absurdo sería creer que el poeta poseyera algún documento especial del que sacara el drama. Los documentos relativos á aquel período oscuro de la historia de Venecia son muy contados (la crónica Altinate, la de Dándolo, la vida de los Dux de Sanudo, la crónica justiniana, las enumeraciones de las familias vénetas, Procopio, Pablo Diácono, Ana Comena, etc.), y todos muy conocidos. Pero son indispensables algunas indicaciones.

Es sabido que durante las invasiones barbáricas, muchos prófugos de las ciudades de tierra firme se refugiaron en las lagunas, y que de tales prófugos se compuso la población de Venecia. La laguna véneta forma una especie de arco del cual unas largas lenguas de tierra que la separan del mar, serían como la cuerda. Estas islas llámanse los *lidos*. Pero, á más de los *lidos*, esparcidas en el seno del arco surgen algunas más, siendo el grupo de mayor importancia el que tiene como centro la isla de Rivo-alto ó Rialto. Los prófugos en principio, como los bárbaros eran dueños de la tierra firme, buscaron asilo en los *lidos*, las islas más lejanas del continente, que cierran la laguna, y allí se detuvieron unos trescientos años. Sólo cuando se vieron asaltados por mar, dejaron los lidos y se refugiaron en las islas internas de la laguna, siendo la ciudad que surgió en esas islas la que más tarde fué llamada Venecia. En Rialto, isla que dió nombre á la ciudad, en principio, ya desde el 421 surgía una iglesia rodeada de 24 casas. Por tal motivo, son dos las fechas de la fundación de la ciudad de Rialto, llamada después Venecia: el 421 y el 814. Esta última es la fecha histórica, pues en ese año el dux Participacio trasladó de Malamoco á Venecia el asiento del gobierno. Mientras tanto, entre 452, año de la invasión de Atila, y 814, la vida de los vénetos se desarrollaba en los *lidos*. En principio, Grado, donde se habían refugiado los prófugos de Aquileya, era la ciudad más importante: allí, con los prófugos, llegó también en 452, el obispo Segundo. Nicetas, su sucesor, al retirarse Atila, volvió á Aquileya. En 480 el obispo Marcelino acompañado de muchas familias de Aquileya huyó nueva-

mente á Grado para salvarse de los godos; y también, huyendo de los longobardos en 568, allí refugióse Paulino, hasta que Helia, su sucesor, eligió á Grado por asiento episcopal. Contemporáneamente, en otros lidos, otros prófugos se habían establecido. Heraclea y Malamoco, surgieron más tarde.

En 552, año de la acción de la tragedia, Grado, en el lido homónimo, es la ciudad más importante, dependiendo del obispo de Aquileya, que aun no reside ahi. La diaconisa Ema representa en el drama como la sombra del obispo aquileyense. En otras partes de las lagunas surgen centros poblados, sobre todo en los lidos; pero cada lugar elige su tribuno, viviendo independientes los unos de los otros. Una confederación entre ellos no se había todavía establecido. Grado era la ciudad principal, pero no la capital, por cuanto, no sólo no había asociación, sino también porque el gobierno reconocido por los prófugos era aún el de Constantinopla, y por eso los jefes seguían llamándose tribunos. Sin embargo la dependencia de Bizancio era tan sólo nominal, pues hacia el año 500 Casiodoro, en la carta á los *tribunos de los marítimos*, habla de los vénetos como de gente libre é independiente.

El espectáculo que la laguna presentaba está con diligencia descrito en la didascalia. Compárense con la descripción d'Annunziana estas palabras de Molmenti: «Veíanse aquí y allá los muros de las salinas... Encajonados entre diques y canales para que sintiesen mejor la acción de la marea, extendían los molinos los rayos de sus ruedas .. y entre las casas, sobre los techos, sobre el espejo tranquilo de la laguna, en aquella paz de líneas y matices, levantábanse las velas de los buques »

También está pintada en el prólogo la vida de los habitantes. Capitanes de buques que llevan sal á Ravena; marmoleros, molineros, pilotos, fabricantes de órganos; el maestro de las aguas, etc., allí vemos agitarse los tipos que constituian en la época la población de la isla. La catedral en construcción es Santa Eufemia de Grado; el *arengo*, ó plaza de la asamblea popular, con la silla de piedra del tribuno, es el de la misma ciudad.

El piloto recuerda el sitio de Roma y la defensa de Beli-

sario: es el gran acontecimiento de la época, del que los vénetos tenían noticia por haber con sus naves ayudado á Belisario. Hablan también de las crecientes de los ríos, y sobre todo de la llegada de Narsete, de la familia Faledra, y del tribuno depuesto y cegado junto á sus hijos: en una palabra, el tiempo, los lugares y todos los acontecimientos necesarios para la comprensión del drama están expuestos y descritos con bastante diligencia. Esta parte no sería tan prolija en un drama antiguo: hoy en día es indispensable. Los nombres son históricos, y de los que más ilustres se harán en los tiempos posteriores. Grático era el apellido antiguo de los Gradenigo, originarios de Aquileya; Falerdo (Faledro) es la forma latina de Faliero.

Esta célebre familia era oriunda de Fano; sin embargo, en un documento en que se narra que en 421 los paduanos enviaron á Rialto tres cónsules para fundar una ciudad, el primero de estos cónsules lleva por apellido Falerdo. El documento no es auténtico, pero antiguo, y demuestra la existencia entre los vénetos, ya desde los primeros tiempos, de ese apellido. Los Faledros se llamaban también Anafestos (y no Anastasios, como dice Sanudo), y el primer dux de Venecia, que por consejo del obispo de Grado eligióse en Heraclea en 697, fué Lúcio Polo Anafesto, que otros leen *Paoluccio Anafesto.* Probablemente era de la misma familia, Orso, el tercer dux, que mereció del emperador el nombre de *Ipato* y del que es como un reflejo el Orso Faledro de la tragedia. Fué muerto, y su hijo Teodato, que trasladó la capital de Heraclea á Malamoco, también fué depuesto y cegado. Los otros tres hijos ciegos que en la tragedia aparecen, se deben también buscar en la historia posterior de la familia. De Tracia vino la familia Emo, á la que pertenece la diaconisa; de Mitilene llegaron los Maganessi (Jorge Magadiscio). Ya desde principio, entre los emigrados de Aquileya se formaron los dos bandos, el de los partidarios de los griegos, y el itálico, representados en el drama, el primero por los Faledros y el segundo por los Gráticos, facciones que mantuvieron á los vénetos en discordia sangrienta por más de 300 años, hasta la fundación de Rialto en 814. Fueron cegados los dux

Teodato, Fabricio, Galla Gaulo (Gauro en el drama), Monegario, etc., todos ellos en los primeros tiempos.

Aquel cuadro, pues, de Orso con sus cuatro hijos, á quienes á más de los ojos les fueron arrancadas las lenguas (?), sinó cronológicamente, es exacto históricamente. Esta nota no podía faltar en un drama representativo de la vida primitiva de los vénetos.

Entónces casi no se hacía expedición ó viaje sin traer á Venecia el cuerpo de algún santo. Las reliquias de los santos protectores de Grado, Sergio y Baco, las trajeron consigo los obispos de Aquileya, y fueron más tarde depositadas por el obispo Orso, en la iglesia de San Pedro en Castillo, catedral de Venecia hasta 1807. La costumbre anotada la encontramos en la tragedia. También era común la costumbre de excavar en las ruinas de Aquileya y de las demás ciudades destruídas, á fin de hallar tesoros ó reliquias, é igualmente ha sido señalada por D'Annunzio.

En una palabra, el poeta busca los rasgos más salientes de la vida veneciana de aquellos tiempos primitivos, y los adapta en sus cuadros sin cuidarse de la cronología y atendiendo únicamente á dar una impresión exacta de conjunto de todo aquel largo período. Y la impresión, sin duda, es justa. No es la historia del año 552, sino la de todos aquellos siglos, y está hecha con tanto arte, que, ó con Orso ó con Grático se podrían identificar todos los dux de Venecia, aproximadamente hasta el año 1000. Esto prueba que la obra es seria y que hubo de costarle á D'Annunzio no poco trabajo. No aparece en la tragedia el título de dux, porque solo en 697 empezó á usarse; pero las alusiones son evidentes.

El poeta llama Grática á la facción opuesta á la Grecánica, y es que el programa de tal facción varió con el tiempo. En los primeros siglos la lucha se entabló entre los partidarios de los griegos y los amigos de la independencia; más tarde á los favorecedores de los griegos se oponen los partidarios de los francos. El dux Juan Gabbaio (787) asocióse á su hijo Mauricio en el mando, y á la muerte del obispo de Olivolo (Venecia), hizo elegir por medio de la violencia á Cristóbal Damiano, á pesar de las protestas del pueblo y del patriarca

de Grado. Este hecho y otros semejantes se reflejan en la tragedia en la elección de Sergio, el hermano de Marco Grático. Juan encarga á su hijo Mauricio el castigo del patriarca, y Mauricio lo hace arrojar de una torre. Hechos de tal especie los recuerda vagamente el duelo de los hermanos, Marco el tribuno y Sergio el obispo.

El poeta inventa, pero guiado por la historia. La lucha entre las dos autoridades, la eclesiástica y la civil, no fué menos duradera ni menos encarnizada que la entablada entre los grecánicos y los itálicos ó gráticos, y si el poder civil está representado en Grático, el eclesiástico se personifica en Sergio. Madre de ambos, es la diaconisa Ema, la iglesia de Grado: madre de Grático, porque se debe al obispo Cristóbal y á sus consejos la elección de un dux que mandara á todas las ciudades de la laguna; madre de Sergio porque el obispo de Venecia (antes llamado Olivolense y luego del Castillo, por un castillo que surgio en la isla de Olivolo, y que, según la leyenda, remontaba á la edad troyana), fué sufragáneo del patriarca de Grado hasta el siglo XV, en que el papa Nicolás V trasladó el patriarcado á Venecia.

Entre las dos autoridades Basiliola representa Venecia, la ciudad y el pueblo, éste último hasta que dure el régimen democrático. Las didascalias parecen afectadas, pero no lo son si se advierte que Basiliola es la personificación de la ciudad más bella del mundo, la que Byron llamaba la segunda querida de todos los poetas.

«He traído conmigo una extravagancia nunca vista sobre las aguas»—repite dos veces al principio, y tal extravagancia es la ciudad de Venecia que ha de surgir, y especialmente su gran monumento San Marco. «Llevo al altar una ampolla votiva con la imagen de San Marco que ora entre camellos, llena del óleo que arde sobre su sepulcro.» «San Marco que ora entre camellos» es una alusión al estilo de la célebre iglesia, una mezcla de bizantino y de árabe.

El estado y la iglesia eran democráticos, siendo el pueblo quien elegía al obispo, y de ahí los amores de Basiliola con Marco y Sergio.

A página 68: «Ella avanza hacia los hombres y los mira.

Detiénese frente á un véneto de alta estatura que sobresale por encima de los demás de toda la cabeza.» «Me has llamado por mi nombre»—le dice. En efecto, entre los prófugos había también descendientes de los antiguos vénetos, y es uno de éstos quien la llama por su nombre: *Basiliola,* pequeña reina, Venecia.

«Tú apacientas las yeguas lupíferas cerca del Timavo»—continúa. Los vénetos se habían refugiado en Equilia, que así llamabáse por los caballos que allí se criaban.

Ellos todavía eran idólatras, debiendo ser seguramente el de Belén el ídolo al que hace alusión Basiliola. Esa frase: «El hermano la prostituye á los griegos», es una referencia á las ayudas continuas que los vénetos proporcionaban á los griegos en calidad de mercenarios, especie de prostitución. En el carácter de Basiliola se refleja admirablemente aquella mezcla de razas y cultos de su población primitiva: romanos, griegos, ilirios (vénetos); como también aquella voluptuosidad que hace de Venecia un pedazo de Oriente. Considérese también su afición por las fiestas, por los bailes, por el carnaval.

En cierta ocasión está por revelarse: «Sabrás, sabrás quien soy.» Su nombre es Diona, madre de Vénus ó Vénus misma, porque Venecia surge del mar como surgió Afrodita. Aquellos dados que caen son una alusión á la leyenda del oráculo de Gerión, que mandaba arrojar los dados de oro en la fuente de Abano.

Sus túnicas son los lidos verdes y el mar. Cuando en el primer episodio deja caer la primera, aparecen como dos mamas: los brazos quedan en sus vainas de varios colores, unidas en alto mediante una hilera de pequeñas listas que brillan al sol sobre la piel. Es cual aparecería Venecia en aquel entonces á quien entrara en la laguna á través de los lidos: las mamas son las dos islas de Rialto y Olivolo, ésta con su castillo, aquélla con su antigua iglesia; las listas pequeñas son las islas menores que las circundan; la vaina en que permanecen aún ocultos los brazos es el mar.

Esta es aproximadamente la significación simbólica de Basiliola, cuya llegada anuncia el piloto con las palabras:

MIECIÓ HORSZÓWSKI

Por tu frente de nácar con crinera de miel,
Por tus sonrientes ojos, caracoles de aurora,
Por tus manos, sus venas, sus uñas y su piel,
Que parecen dos lirios para Nuestra Señora;

Que parecen dos lirios que visita el rubor
Cuando el viento les hurta la harina del estambre
Y por todo tu espíritu tramado en ruiseñor,
Se ha abierto la colmena y ha salido el enjambre.

Música, tú que apriscas la esquila al tamboril,
Has dicho: suelte hogaño mi búcaro de abejas
La mano que es menuda, temprana é infantil.

Y las profundas pautas que hicieron los maestros,
Tuvieron yemas nuevas sobre las claves viejas
Por la virtud de un músico de aquestos días nuestros.

B.

«La sirena está en la laguna». Su cinturón, como ella le dice á Marco al final del primer episodio, bien vale una corona.

El primer episodio debió ser modificado en la representación. Sin embargo el símbolo es allí tan claro, tan evidente, que no podían nacer equivocaciones. La *Fosa Fuia* es la que encontramos en Dante, en el capítulo XII del Infierno, en que son castigados los tiranos violentos contra sus súbditos, hallándose más ó menos sumergidos en la sangre según la gravedad de su culpa. Como alrededor de la fosa dantesca andan centauros flechando, así alrededor de la fosa de «La Nave» andan arqueros. La significación es idéntica: en la fosa de Dante están los tiranos «*che dier nel sangue e nell'aver di piglio*», y que el pueblo mató. En la tragedia d'Annunziana Basiliola representa la muchedumbre enfurecida que castiga á sus tiranos. En efecto, algunos de los muertos por Basiliola son identificables fácilmente. Galla Gaulo (Gauro) es el que urdió la conjuración contra Teodato, hijo de Orso, y que le sucedió en el poder, habiendo sido en el mismo año depuesto y cegado. Dos otros nombres de dux, víctimas de la muchedumbre, son Gabbaio y Centránico. Probablemente con alguna paciencia podrían identificarse todos los restantes, muertos por Basiliola.

Venecia, trozo del paraíso, en tales revoluciones, muy frecuentes en los primeros tiempos de la ciudad, en que las masas alzábanse, feroces y lujuriosas cual Basiliola, transformábase en una especie de círculo dantesco, y esto quiso significar el poeta, tomando de Dante, y precisamente del canto XII, el de los violentos contra el prójimo, el adjetivo de *fuia,* lleno de significación, sin que ello importe afectaciòn ó arcaísmo. Basiliola misma, esto es, la ciudad, el pueblo, es quien les lanza sus flechas á los arrojados en la fosa. La escena tiene el horror y el sabor de los espectáculos que simboliza. Basiliola no es allí un ser humano: es una fiera como toda multitud embravecida.

Traba puede significar ó el patriarca Helia, ó la orden de los carmelitas que del profeta Elías pretenden descender: sea como sea, representa los eclesiásticos que en nombre del

Evangelio predicaban la paz á la muchedumbre, echándole valientemente al rostro su ferocidad. Las alusiones al profeta Elías son evidentes.

Marco Grático, el poder civil, aparece en seguida, cuando ya está hecha la justicia. Traba lo incita á dar muerte á Basiliola, es decir, á oprimir la multitud y á suprimir la democracia. Es el consejo que en ocasiones semejantes dan al poder todos los hombres de orden: matar, oprimir, tiranizar.

En la última parte del episodio Basiliola trata de encender la ambición de Marco, y alude al hecho de mayor importancia de los primeros períodos de la historia véneta, la toma de Constantinopla efectuada por Dándolo, el viejo dux, también él cegado por los griegos.

En el segundo episodio está pintada con los colores más vivos una orgía en el templo mismo. Toda la historia del patriarcado veneciano con sus cismas, sus herejías, su corrupción, sus reformas, sus luchas con el poder civil que terminaron con el triunfo de éste último, está allí representada con arte pareja á la erudición. Pero el comentario resultaría demasiado extenso. Basiliola, el pueblo republicano, ora es partidaria del obispo, ora del dux, y se goza en ver al uno vencido por el otro. Las luchas, finalmente, en el tercer episodio parecen cesar, y desde entonces se desahoga la actividad de la República en empresas gloriosas. La varadura de la nave no tiene otro significado. La muerte de Basiliola es hermosísima: aquella cabeza entre llamas es Venecia en la gloria de sus puestas de sol.

He indicado algunas de las significaciones más claras del drama; para las demás, y son innumerables, requeriríase particularizar con exceso. El tema ha sido desarrollado con gracia y arte no comunes, y si nó en los teatros, «La Nave» vivirá como obra literaria de un valor sobresaliente. Es la obra de D'Annunzio concebida con mayor seriedad de intenciones, obra original, de inspiración y erudición aunadas, destinada á restablecer la fama del poeta, y á ganarle también las simpatías de quienes hasta el día no le han sido favorables.

Los versos son bellísimos; nobles la lengua y el estilo; admirables las imágenes. Para que se hiciera popular se necesitaría una cultura histórica demasiado superior á la común. Es, pues, natural, que la crítica quede confundida frente á una obra semejante.

Paréceme que lo dicho es suficiente para incitar á cualquier entendido á emprender un estudio más completo y reposado, que yo no me he propuesto hacer. Sin exageración se puede empero afirmar, que un volumen apenas bastaría.

HANS FRIEDRICH.

CANTIQUE DES CANTIQUES

A Lily de C.

Pour t'avoir délirante et nue entre mes bras,
Par un printemps d'extase et sous un ciel de gloire,
Près d'un lac que la lune argente et le vent moire,
Je veux, Prince et Poète, ouvrir mes Alhambras,

Mes Alhambras de rêve où les joyaux fleurissent
Des mots étincelants qui disent comme l'or:
—Je t'aime!... et te désire, et te désire encor,
A moins qu'au firmament les soleils ne périssent!

Tes cheveux ont l'odeur et la couleur du miel.
Ils couronnent un front d'impératrice fée,
En boucles sur tes reins, une fois décoiffée,
Ils semblent le manteau d'un nouvel astre au ciel.

Je crois voir l'Océan des antiques sirènes
Dans tes yeux où l'azur dans le glauque se fond,
Et des siècles passés j'entends le cri profond
Au nombre t'acclamer des beautés suzeraines.

L'arc divin qu'à ta lèvre oublia Cupidon
S'est trempé dans le sang des blessures des roses,
Ses flèches, d'un subtil philtre tu les arroses
Et leur pointe brûlante ignore le pardon.

L'ivoire de ta gorge a des iris de nacre
Quand ton collier y joue en somptueux dessins.
L'auguste gonflement de tes rigides seins
Promet deux globes lourds au roi qui les consacre.

Est-ce un rubis qui tremble à leur sommet neigeux ?
Dans un champ de jasmins une fleur grenadine ?
O printanier bouton de cette chair divine,
Comme tu fais frémir tout mon être orageux !

De Vénus de Milo le vrai geste olympique,
Ton bras marmoréen triomphal nous le rend.
Ta gauche a peur du vol de mon baiser errant
Et ta droite à mes doigts dispute ta tunique.

Ah, oui ! laisse la choir pour moi seul, ébloui !
Bénissant à genoux les colonnes du Temple,
Comme un nouveau Phidias, laisse que je contemple
Le mystère de grâce en femme épanoui !...

Pour tes pieds de satin j'aurai des tourterelles
Qui, d'un bec de corail, tes ongles poliront,
Et, pour que les lilas enguirlandent ton front,
Aux plus froides saisons j'aurai des hirondelles.

Viens dans le bois touffu d'un Parnasse ignoré :
J'y chanterai des vers qui sont mon pur dictame !
Ils te pénétreront jusqu'au tréfonds de l'âme
Et feront de ton coeur un encensoir sacré !

A nous deux isolés sous les rameaux du songe,
Nous cueillerons des Dieux tous les fruits défendus,
Et, de leurs gazouillis à l'écho répandus,
Les oiseaux conteront le vrai d'un doux mensonge !

CARLOS DE SOUSSENS.

Febrero de 1908.

LOS QUE IGNORAN QUE ESTÁN MUERTOS

Los muertos—me había dicho varias veces mi amigo el viejecito espírita, y por mi parte había encontrado varias veces también la misma observación en mis lecturas,—los muertos, señor mío, no saben que se han muerto.

No lo saben sino después de cierto tiempo, cuando un espíritu caritativo se lo dice, para despegarlos definitivamente de las miserias de este mundo.

Generalmente se creen aún enfermos de la enfermedad de que murieron: se quejan, piden medicinas... Están como en una especie de adormecimiento, de bruma, de los cuales va desprendiéndose poco á poco la divina crisálida del alma.

Los menos puros, los que han muerto más apegados á las cosas, vagan en derredor nuestro, presas de un desconcierto y de una desorientación por todo extremo angustiosos.

Sienten dolores, hambre, sed, exactamente como si vivieran, no de otra suerte que el amputado siente que posee y aún que le duele el miembro que se le segregó.

Nos hablan, se interponen en nuestro camino, y desesperan al advertir que no los vemos ni les hacemos caso. Entonces se creen víctimas de una pesadilla y anhelan despertar.

Pero la impresión más poderosa—como más cercana,—es la de que les sigue doliendo aquello que los mató.

Y, en efecto, una tarde en que por curiosidad asistí á cierta sesión espírita, pude comprobarlo.

La medium era *parlante*. (Ustedes saben que hay mediums *auditivos, videntes, materializadores*, etc.) Las almas de los muertos se servían de su boca para conversar con los presentes, ó como si dijéramos, hablaban por boca de ganso.

Debo advertir, á fin de que no parezca á ustedes ilógico ni en contradicción con lo que he dicho lo que voy á relatar, que no es preciso que un muerto sepa que está muerto para hablar ú obrar por ministerio de un *medium*.

En ese sopor á que me refería antes, los espíritus recientemente desencarnados rondan á los vivos é instintiva, maquinalmente, cuando encuentran un medium lo aprovechan para comunicarse, exactamente como un viandante, aunque no esté en sus cabales, por instinto también aprovecha un puente para llegar al otro lado del río.

Empezó, pues, la sesión sin matar las luces y la medium cayó en *trance*.

Momentos después, exclamaba:

—«¡Estoy mal herido! ¡Socórranme!» y se apretaba con ambas manos el costado derecho.

—¿Quién es usted?—preguntó el que presidía la sesión.

—«Soy Valente Martínez, y me han herido aquí, en la plazuela del Carmen; me han herido á traición. Estoy desangrándome... Vengan á levantarme».

Y por la cara de la medium pasaban como oleadas de dolor y de agonía.

Muchos de los allí presentes experimentamos gran sorpresa, porque, en efecto, en los periódicos de la última semana se había hablado con lujo de detalles del asesinato de Valente Martínez, cometido á mansalva por un celoso. Así, pues, la sesión se volvía interesante.

—«¡Vengan á levantarme!»—seguía diciendo con inflexión plañidera la medium.—«Me estoy desangrando: es una falta de caridad dejarme así, tirado en una plazuela»...

—Verra usted, insinuó entonces el que presidía: cree usted hallarse herido y abandonado en la calle; pero en realidad está usted muerto!

—«¡Muerto yo!—exclamó la medium con dolorosa sorna. ¡Muerto! ¡Le digo á usted que estoy mal herido!»

Y seguía apretándose el costado.

—Está usted muerto y bien muerto. Murió usted de la puñalada, el viernes último, en el hospital de San Lucas.

La medium se impacientaba:

—«¡Es una falta de caridad dejarme tirado como á un perro! ¡Como á un perro, sí, en medio de la calle!»

Y se retorcía en su asiento.

—¿De suerte, preguntó el que presidía, que usted insiste en que está vivo?

—«Sí ¡y mal herido! Ayúdenme á levantarme. ¡No sean malos!»

—Pues le voy á probar á usted que está muerto. ¿Usted, qué es, hombre ó mujer?

—«¡Vaya una pregunta tonta: soy hombre!»

—¿Está usted seguro?

La medium hizo un movimiento de contrariedad:—«¡Que si estoy seguro! ¡Qué ocurrencia!»

—Bueno, pues tóquese usted la cara y el pecho.

La medium se llevó la diestra á las mejillas, y una expresión de indecible pasmo se pintó en su rostro: Valente Martínez (que, según los retratos de los diarios, era barbicerrado,) se palpaba imberbe...

La mano temblorosa se posó enseguida en el labio superior, buscando el ausente bigote... Luego, más temblorosa aún, descendió al pecho, y al advertir la ingente carne de los senos, la medium dejó escapar un grito, gutural, horrible, en tanto que fríos sudores mojaban su frente, lívida de tortura, en la que se leía el supremo espanto de la convicción...

Siguió un silencio muy largo, durante el cual la medium inmóvil, murmuraba no sé qué con labios convulsos, y, por fin, el que presidía dijo:

—¡Ya vé usted como está bien muerto! Yo lo he desengañado por caridad, para que no piense más en las cosas de la tierra y procure elevar su espíritu á Dios...

—«¡Tiene usted razón!» murmuró penosamente la medium.

Luego, después de una pausa, suspiró: «¡gracias!»

Y ya no profirió palabra alguna, hasta salir del trance.

AMADO NERVO.

LOS VERSOS DE FRAY CANDIL

El poeta de *Los Trofeos* encontró en los versos de Emilio Bobadilla vestigios del habitual pesimismo de Campoamor. A mí se me antoja desatinada la observación y dicho sea sin el vano propósito de enmendar la plana á quien tan acreditada la tiene. Frías debieron ser las relaciones amistosas de Heredia con los poetas castellanos; borrosos recuerdos dejaron, de seguro, en su mente, las lecturas de nuestros genios; pocas horas empleó en deleitarse con la rimada metafísica del autor del *Licenciado Torralbas*. De no ser así las poesías de Emilio Bobadilla hubiéranle traído á la memoria la musa soñadora y airada de otros bardos españoles. No es el pesimismo, ni siquiera la humorada, abstractamente, quien define el parecido entre poetas; y figúrome no errarla afirmando que tampoco es fuerza de parecido entre artistas, ya sean poetas, prosistas ó pintores, la práctica de un mismo género interpretado en un mismo sentido ó influenciado por el mismo medio y las mismas emociones. El colorido abre abismos entre poetas de tendencias semejantes, hasta en aquellos que son imitadores de un solo modelo. Dos poetas escépticos pueden ir por rumbos diametralmente opuestos y las notas amargas de su escepticismo darles un caracter antagónico; enfermedades iguales tal vez, pero con síntomas diferentes; una sola pena, acaso, que arranca lamentos desiguales; una sola sensación que lleva lágrimas á los ojos de uno y á los labios de otro sonrisas.

Sobre todo, para mí, si el verso en Campoamor es más expontáneo que en Bobadilla, en este la idea es más profunda; si en el primero la visión artística es más universal, en el segundo es más firme. Lo que Campoamor tiene de candoroso, en Bobadilla es aticismo. Tienen, además, modos opuestos de apreciar la vida, modos opuestos de apreciar la poesía. Campoamor era acusado, y con bastante fundamento, de plagiar la forma luminosa de Víctor Hugo. Bobadilla es plagiario por modo distinto: es plagiario de sí mismo; ha plagiado en muchos de sus versos los arranques ardorosos de sus artículos humorísticos.

Bobadilla no es de aquellos poetas afamados que logran disfrazar sus sensaciones verdaderas con falsos ropajes de damasco. Ateneo no podría acusarle, como acusaba á Anacreonte, de inventar estados de ánimo á que jamás se vió sujeto. Bobadilla en sus versos dice lo que en el alma rebosa, aunque para ello rompa con las bellezas del idioma ó con el buen parecer de los timoratos. Sus extravagancias, que las tiene, responden á la fogosidad de su númen, y á veces figúranseme estallidos de un cerebro descontento de su propia obra. Expresa el dolor en todos sus versos, pero es un dolor que no tiene faces nuevas y que se manifiesta en todas las cuerdas de su lira; es un dolor que agita su alma constantemente y que le tiene en perpétuo insomnio divagando sobre las miserias de la vida que rodean al hombre. Todos sus versos parecen hechos para expresar una idea dilatada, inmensa, imposible de contenerse en los límites de un solo canto; una idea sola á la que el poeta dedica su existencia, su producción fecunda y original. Bobadilla vé todas las cosas á través de una sombra que no alcanza jamás á describir; sus puestas de sol tienen reflejos semejantes á sus noches de luna; su alma es honda y la ilumina en toda su profundidad la solemne idea que extremece sus nervios y arranca las quejas armónicas de su corazón.

En Bobadilla el realismo de la prosa caracteriza la forma del verso. Sus mayores rarezas consisten en rimar cuanto parece refractario á los encantos de la poesía. Sus alegorías son tan naturales que jamás podrían confundirse con el decantado

simbolismo parisino. La imagen aparece en él simultáneamente con la emoción, mientras los simbolistas huyen de lo pictórico y quieren que el objeto sea visto sin enunciarlo, interpretando el lector, como observa Max-Nordau en *Dégénérescense*, la emoción propia. Locura, y grande, buscar entre los poetas jóvenes de Francia el maestro de Emilio Bobadilla. Su poesía, como su prosa, es suya, no tiene los rasgos que se prestan, unos á otros, los poetas adoradores de una escuela misma. Habla de amores sin creer en la inmortalidad del amor. Sus accesos á la ciencia, de que da muestras cuando analiza en prosa, le hacen psicólogo en verso. Sus odios son como sus amores y acaso la idea predominante en toda su poética es la rima del desprecio, desprecio del espíritu y de la carne, desprecio de todo lo humano con negación de todo lo divino: la quinta esencia del escepticismo que traspasa los límites de su época para ser, según la filosofía de Nietzsche, lo vulgar en siglos futuros. El es el modelo de sus análisis: ha hecho un estudio de sí mismo tan completo que le basta para conocer á la humanidad toda.

Si algún crítico fustigara á Bobadilla por los prosaismos en que incurre adrede, en mi sentir demostraría no entenderle. La poesía de esa prosa es tan intensa que llega á los corazones exquisitos con la ternura de frases dulces y sonoras. En cambio no podrá consagrarse, como los versos de Juan de Dios Peza y Manuel Acuña, en la memoria de las damas románticas. Sin embargo, para mí, las durezas de la forma, en Bobadilla, ejercen un poder sugestivo incomparable. El *Nocturno* que dedica al filósofo González Serrano, y que acaso sea para las gentes lo menos apreciado del poeta, es bellísimo y tiene, sin duda, reminiscencias del *Nocturno* de José Asunción Silva que tanto conmueve y que reproduce las trepidaciones de un alma desesperada. A decir verdad en el *Nocturno* de Bobadilla hay algo que se inspira en el *Nocturno* de Silva, caso único en que Bobadilla trae á la mente versos agenos. No son iguales, pero en cierto instante producen emociones semejantes. Habla Bobadilla de un perro tísico que

«se encogía y alargaba sin ladrarme.
Y su sombra con la mía confundiéndose
como el lúgubre capricho
del pincel de un Goya histérico y borracho,
se alargaba y encogía
se alargaba y encogía
y de pronto separábanse creciendo
separábanse y huían
las dos sombras
las dos sombras de dos seres que vagaban.»

Las sombras producen en Bobadilla sensaciones sentidas también por Silva. La visión es la misma y son ambas igualmente bellas, sobre todo, cuando el poeta colombiano canta:

«Y tu sombra
fina y lánguida
y mi sombra
por los rayos de la luna proyectadas
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban.
Y eran una
Y eran una
Y eran una sola sombra larga
Y eran una sola sombra larga
Y eran una sola sombra larga.»

Bobadilla es, ante todo, un poeta descriptivo admirable. Nadie como él dibuja en la estrofa los ojos de fuego de una mujer tropical; nadie como él esculpe en la rima sonora la Venus amada que delira en el recuerdo. Los paisajes de Bobadilla tienen un matiz tan original, tan bello, que remedan pinceladas de Velazquez y Murillo. Las olas del mar, en sus versos, tienen tal exactitud que se las vé saltar, que se las vé correr, que se las vé deshacerse en espumas....

Y es que todo ello refleja el espíritu del poeta, el fuego de sus pasiones, la estética de sus ansias de artista, los colores vivos de la paleta que lleva en el corazón al correr de sus ideas que fluyen y refluyen en un océano de sentimientos!

Liras hay hechas de alas de mariposas; liras hay hechas de cascabeles; liras hay hechas de flores; y sus cantos son como las mariposas fugaces, como los cascabeles agudos, como las flores fragantes.... Pero esta lira, la lira del poeta que titula sus versos *Vórtice*, es misteriosa, invisible; se siente á veces que ruje como el mar, que ruje como la tempestad, y sus armonías recojen en la braveza de sus sonidos todos los cánticos que expresan el dolor, los lamentos de las almas enfermas y los bramidos que se lleva, en sus embates, amores y alegrías y deja una gota de hiel y una lágrima sobre el corazón helado...

M. Márquez Sterling.

ESTA NOCHE DE NOVIEMBRE

Á LA CONDESA MATHIEU DE NOAILLES.

Esta noche de otoño es glacial y nubosa;
sólo el alma está en vela, y duerme cada cosa;

Todo es ya más antiguo que la vejez; el cielo
aclaran blancos grumos como barbas de abuelo;

Las calles de las tumbas son agostados cauces
que arrastran por el polvo las hojas de los sauces;

Por las ramas en donde la luciérnaga otea,
en escarcha menuda el sereno chorrea;

El silencio camina y hace parada el ruido
y un sentido se siente con amargo sentido;

El ambiente es maligno: si lo aspira el que pasa,
en sus pulmones filtra mezcla de hielo y brasa;

Por el temor y el frío, que se acercan sutiles,
tiemblan, si se aventuran, las manos femeniles;

La luna tiene miedo de salir al espacio
y la máscara asoma medio oculta y despacio,

Para, hacer más medroso el silvar de los pinos...
¡Cuánta tristeza invade los obscuros caminos!

Tose el can á lo lejos como pecho con asma;
la luna lleva puesto capuchón de fantasma;

La tierra se estremece de pavor, y de angustia;
es la inquietud, la pena, lo frágil que se mustia.

¡Ah!... ¿Podrá ser que noche que tanto mal predice,
con el alba no acierte y negra se eternice?

MANUEL S. PICHARDO.

Habana, Noviembre 2 de 1907.

EL AMORALISMO SUBJETIVO [1]

AL DR. RODOLFO RIVAROLA.

En la historia del pensamiento filosófico no se producen soluciones de continuidad.

Sería muy fácil demostrar que muchas concepciones, aun las de aire más peregrino, verbigracia, el amoralismo, no son, por cierto, novedades que nos legara el siglo pasado. Para probarlo, tratándose del amoralismo, no hay más que recurrir á la filosofía pre-socrática, que ya presenta las especulaciones de los sofistas, esencialmente amorales.

La psicología ética de los filósofos sofistas conducía directamente á la negación de la moral social, á justificar la anarquía de la conducta individual, degenerando por consiguiente, en el más repugnante utilitarismo egotista que pudiera jamás concebirse, pues, por grande que fuere el escepticismo profesado, los sofistas no hubieran llevado seguramente á la dialéctica demoledora hasta aniquilar la voluntad de vivir. ¡Nada es verdad, todo es permitido! — hubieran podido exclamar con Zaratustra.

Tenemos, pues, derecho para considerarles cual precursores del amoralismo contemporáneo; y, talvez, como algo más que simples precursores, puesto que los elementos fundamentales de éste ya figuran en la concepción sofística.

El mismo culto del mal y la apoteósis del hombre malo, aunque no con fines vitales, tal como los concibiera Nietzsche, no pasan de ser antiguallas. El fetiquismo del mal fué

(1) Fragmento de un ensayo sobre "El Amoralismo Contemporáneo".

una forma de culto profesada por los que constituyeron la secta hiscariotista, cuyo principal objeto era el de rendir pleito homenaje á los hombres que mayor mal infligieron á la Humanidad.

La maldad natural del hombre, que Nietzsche se esfuerza en demostrar, era un lugar común hasta para el mismo Jesucristo. — « ¿ Por qué me llamas bueno ? Ninguno es bueno, sino sólo Dios ». Estas palabras se leen en el Evangelio de San Marcos, puestas en boca de Jesús.

Pero donde las tendencias amoralistas adquieren pretendida justificación y carácter sistemático es en manos de algunos metafísicos alemanes, representantes de la tendencia romántica anticristiana.

Entre ellos, ninguno más célebre que Max Stirner, autor de « El Unico y su Propiedad », sistema filosófico burlesco y monumento de charlatanismo, como le ha llamado Max Nordau. Max Stirner es el teorizador más célebre del individualismo amoralista.

La generalidad de los exégetas de Nietzsche, que superabundan, se inclinan á creer que éste no tuvo noticias de la obra de Max Stirner, sin dejar por ello de encontrar gran afinidad entre ambos pensadores.

Por mi parte, me inclino á no ver en ello más que una afinidad no muy evidente ; por lo menos, aunque no podemos negarla, no tenemos derecho á llamar á Nietzsche discípulo de Max Stirner. Sólo en la parte negativa de la obra de ambos pensadores es posible hallar algunos elementos comunes ; pero podemos tener la seguridad de que la concepción del super - hombre hubiera hecho morir de risa al autor de « El Unico y su Propiedad ».

La ética super - individualista de la metafísica alemana tiene una significación histórica que debemos considerar para inferir que los filósofos, aun los más geniales, no consiguen desvincularse de las sugestiones del ambiente intelectual en que se ha desarrollado su espíritu.

Ello es evidente si se estudian las condiciones políticas y sociales de la época que precede á la Revolución Francesa.

Harto sabemos que se caracteriza esa época por una exa-

gerada intromisión del Estado en la vida privada, tan exagerada que su acción resultaba reguladora en demasía, rayana en inhibitoria. No se limitaba á reglamentar discretamente la conducta del individuo frente á la sociedad; iba más lejos aún: reglamentaba el íntimo pensar y sentir del individuo.

Esta hiperbólica inmixtión del poder social se justificaba en nombre de puras entidades abstractas, que Max Stirner, entre otros, se encargará de demoler, calificando de poseídos á los que las aceptaban como artículos de fe.

Por otra parte, la metafísica social de Rousseau había fomentado el espíritu individualista. La pobreza científica de los estudios sociales de aquella época, explica el gran incremento conquistado por la fantástica teoría del contrato social, teoría que sostiene el individualismo originario del hombre, legítimo individualismo que el estado teocrático había aniquilado mediante la invocación de fantasmas metafísicos, como los llamará Max Stirner.

El mismo Kant, una de las tantas víctimas de aquellas ideologías, imaginará su teoría formal del derecho, en la que se establece una separación artificial entre las normas morales y las jurídicas, procurando, por tanto, limitar la jurisdicción del Estado.

Max Stirner, de cuyas verdaderas relaciones con Nietzsche nos ocuparemos al discutir el carácter metafísico é ingénuo del amoralismo, con su hábii dialéctica elevará al individualismo incipiente á la suprema potencia, de muy otra manera que Zaratustra. Por el momento, solo cabe asegurar que entrambos están contestes en sostener que las entidades metafísicas, tales como Dios, el noumeno, el imperativo categórico, la verdad, la ley, etc., no pasan de ser fantasmas de nuestra imaginación. Más adelante veremos que á esta lista de fantasmas será necesario agregar la Voluntad de Potencia y el Unico. Por ahora conviene poner á Kant frente á Nietzsche, para evidenciar la tendencia anti - intelectualista de este último.

La obra de Nietzsche es la apoteósis de las tendencias orgánicas de la naturaleza humana, que según él, han sido en-

vilecidas por la moral, especialmente por la moral cristiana. Los instintos, causas esenciales de la impureza de los motivos de la voluntad, repudiados por Kant, serán glorificados por Zaratustra. ¿Quién de los dos ha estado más cerca de la verdad? Lo veremos estudiando la contribución de Kant al amoralismo contemporáneo. Esta tésis ha sido insinuada por Fouillée, talvez incurriendo en una ligera exageración al determinar la influencia que pudo tener Kant en la formación del pensamiento filosófico de Nietzsche, exageración perfectamente disculpable si se tiene en cuenta que suele ser un sistema fecundo en conjeturas el de echarse á inquirir la genealogía de las ideas de un pensador.

Al decir de Fouillée, los dos corifeos del amoralismo contemporáneo, Max Stirner y Nietzsche, han llegado á la suprema negación de la moral en virtud de las hipérboles intelectualistas consignadas en la «Crítica de la Razón Práctica». Se diría que ambos pensadores han encarado la conducta humana con el criterio de Kant, criterio que excluye la posibilidad de fundamentar la moral sobre lo empírico.

«Es de la mayor importancia, dice Kant, no olvidar que sería absurdo querer derivar la realidad de este principio (se refiere al del deber) *de la constitución particular de la naturaleza humana.* En efecto, el deber debe ser una necesidad de obrar absolutamente práctica; debe, por lo tanto, tener el mismo valor para todos los seres racionales, (á quienes puede aplicarse en general un imperativo), y solo *bajo este título* puede ser también una ley para toda voluntad humana. Todo lo que deriva, por el contrario, de las disposiciones particulares de la naturaleza humana, de ciertos sentimientos é inclinaciones, y aun, si es posible, de una dirección particular que sería propia de la razón humana, y que necesariamente no tendría el mismo valor para la voluntad de todo ser racional, bien puede suministrarnos una máxima, un principio subjetivo, según el cual tendríamos inclinación á obrar de un modo determinado, pero no un principio objetivo, según el cual seríamos *compelidos* á verificar cierta acción, aun cuando nuestras inclinaciones, afectos y disposiciones se opusieran. Tal es la sublimidad, la dignidad del mandato contenido en

el deber, que es tanto mayor cuanto menos auxilio encuentra en los móviles subjetivos, ó halla en ellos más obstáculos, porque estos obstáculos no debilitan en nada la necesidad por la ley impuesta ni quita á su valor lo más mínimo». (1)

De manera, pues, que el instinto, al decir de Kant, solo puede fundar la inmoralidad; jamás la moral. El acto será tanto más moral cuanto más despojado se halle de elemento emocional. Lo que él llama la pureza del motivo decide la moralidad del acto. Es inconcebible, para Kant, que una voluntad empíricamente condicionada pueda generar actos morales.

« Lo esencial en el valor de las acciones es que la *ley moral determine inmediatamente á la voluntad.* Si la determinación de la voluntad se produce, á decir verdad, conformemente á la ley moral, pero sólo por medio de un sentimiento, de cualquier especie que fuere, que debe ser supuesto para que éste sea un principio de determinación suficiente de la voluntad, por consiguiente sino se produce solamente en virtud de la ley, en la acción habrá legalidad, *más no moralidad*». (2) Estas palabras de Kant colmarian de grima á Nietzsche; pero su irritación no conocería límites al leer en cierta parte de la « Doctrina de la virtud » que « la moralidad es el triunfo de la voluntad sobre la naturaleza ». Con razón ha dicho Nietzsche que la moral es contra natura!

La autonomía de la voluntad es el principio supremo de la mroalidad. — ¡ Palabras! — exclamaría Nietzsche; — Cualquiera que no tenga sangre de teólogo, que no sea un turiferario del nihilismo, un abogado de la nada, diría que no hay tal autonomía: el instinto es el alma de la voluntad, y la dignidad de la voluntad está precisamente en el instinto que la mueve!

« El moralismo de Kant, dice Fouillée, tiene por postulado y presuposición el amoralismo natural de la sensibilidad y de la voluntad, al cual él yuxtapone la ley de la razón pura

---

(1) *Fundamentos de la Metafísica de las Costumbres.*
(2) " " " " "

como totalmente diferente y constituyendo un mundo superior al de la experiencia. Los que, admitiendo esta antitésis absoluta, han repudiado el primer término, es decir, la ley moral subsistiendo por sí misma, debían llegar lógicamente á la negación de la moralidad ». (3)

Para demostrar la influencia de Kant en la formación del sistema amoralista no tengo necesidad de hacer una exposición prolija del sistema ético consignado en la « Crítica de la Razón Práctica » y en el « Fundamento de la Metafísica de las Costumbres ». Me limitaré simplemente á poner de relieve la esencia y fundamento de la moral de Kant, la imposibilidad del imperativo categórico como exclusivo mandato de la razón, que se exterioriza con prescindencia absoluta de la sensibilidad, y, por último, me he de ocupar en especial manera de la Teología Moral, pues ésta, más que ninguna otra parte de la concepción de Kant, permite evidenciar su inconcuso carácter arbitrario y quimérico. Demostraremos, además, que tanto Kant como los cultores de la escuela amoralista se equivocan al afirmar que la constatación científica del egoísmo y del hedonismo psicológico conduce necesariamente al triunfo del amoralismo, ya sea en el terreno de la práctica como en el del ideal normativo.

« El concepto de la libertad, dice Kant, es la piedra del escándalo de todos los empíricos, pero también la clave de los principios prácticos más sublimes para los moralistas *críticos,* que comprenden por eso la necesidad de proceder racionalmente ». Y más adelante agrega: « Conocimiento racional y conocimiento *á priori* son idénticos ». Esto basta para demostrar que el concepto que de lo racional tenía Kant difería con mucho del que tuvieron los filósofos griegos. Notorio es que éstos han creído que fundar la moral en la naturaleza equivalía á proceder racionalmente.

Fouillée, indicando los caracteres de la moral antigua, dice: La moralidad antigua no es sobrenatural; consiste en

(3) *Le Moralisme de Kant.*

la conformidad con la verdadera naturaleza: es su primer carácter.

Obedecer á la naturaleza, para el hombre, es obedecer á la sociedad humana, dado que ello es también un producto de la naturaleza. Si el sabio alcanza alguna vez á desvincularse de la obediencia á la sociedad, ello se debe á que la sociedad donde él vive, no exprimiendo suficientemente la verdadera naturaleza, ofrece elementos antinaturales» (4).

De manera, pués, que los moralistas griegos, esos síntomas de decadencia helénica, al decir de Nietzsche, identificaron á la razón con la naturaleza. Pensaron en una moral normativa ideal, porque los ideales son las verdaderas realidades. Para ellos, vivir idealmente equivalía á vivir racionalmente, *naturalmente*. Para probar esta afirmación no hay más que recordar la ecuación socrática: razón=virtud=felicidad. Semejante intelectualismo indigna á Nietzsche, pues exclama: «La más extravagante de todas las ecuaciones y contraria en particular á todos los instintos de los antiguos helenos» (5). Como se vé, invocando entrambos á la naturaleza, llegaban á conclusiones diametralmente opuestas. Los griegos la invocaban para inculcar la superioridad del bien objetivo sobre el subjetivo; Nietzsche, en cambio, fundamenta en la naturaleza el mas hiperbólico subjetivismo ético.

Por su parte, Kant se cuidó bien de invocar, como los griegos, á la naturaleza para decantar la superioridad del bien objetivo. Sólo en las puras fuentes del apriorismo racional hallaremos el bien objetivo, virgen de todo elemento empírico.

La ética cristiana, centón de normas morales que existían con prioridad al cristianismo, pretendió hallar su justificación en la voluntad divina: trocó, salvo algunos detalles, en sobre natural á la moral griega, no sin darle antes un eminente cariz ascético. Kant, despojándola de su aparato supraterrestre, dará á la moral cristiana un carácter pretendidamente

---

(4) *Le Moralisme de Kant.*

(5) *El Crepúsculo de los Idolos.*

formal. Era menester inculcar al cristianismo algunas gotas de metafísica tudesca: Kant se encargó de ello.

En todo lo que venimos diciendo hay tres hechos que merecen señalarse; primero: que los griegos acuden á la razón, intérprete de la naturaleza, para justificar á la sociedad y, por ende, á la moral. Nietzsche, en cambio, declarará antinaturales á las sociedades y, por tanto, á la moral social. Segundo: Kant, desdeñando á la naturaleza, funda sobre la razón el bien objetivo, mientras, según hemos visto, los griegos sustentaron el mismo principio por medio de la razón que penetra los secretos de la naturaleza. Y, por último, tanto en la moral griega como en la de Kant, la idea fundamental, la esencia es la *sociabilidad*, que los griegos justificaron por la naturaleza, los cristianos por Dios y Kant por la razón. Como se vé, hay un rasgo común y fundamental en las tres tendencias: el carácter objetivo de sus principios.

Bastaria, pués, con escogitar la esencia común de los tres sistemas éticos mentados para demostrar cuán verdadero es aquello de que en materia de moral no caben invenciones.

El pretendido racionalismo ético de Kant nos sugiere la idea de transcribir un profundo aforismo de uno de sus contrincantes, que, por cierto, cae pintiparado. «Todas las cosas que viven mucho, dice Nietzsche, se van empapando poco á poco de razón, de tal suerte, que parece inverosímil que tengan su origen en la sin razón. ¿No cree el sentimiento ver una paradoja ó una blasfemia cada vez que se le muestra la historia exacta de un origen? Un buen historiador, ¿no está continuamente en contradicción con el medio que le rodea?» (6).

Kant vió la esencia de su sistema en el imperativo categórico que, según él, tiene un valor objetivo, en tanto que los imperativos hipotéticos sólo tienen un valor subjetivo, no pudiendo ser, por lo tanto, legítimos generadores de moralidad.

El carácter objetivo de su moral lo revela la ley fundamental de la razón pura práctica, formulada prescindiendo en absoluto de las percepciones empíricas, puesto que se trataría

(6) *Aurora.*

de un juicio sintético *a priori*. Efectivamente, la ley moral dice: «Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda siempre ser erigida en ley universal». ¿Porqué la máxima de la voluntad se ha de convertir en ley para que el acto tenga valor moral? ¿Porqué la ley ha de ser un juicio sintético *a priori*? Kant, en lo tocante á la primera pregunta, nada dijo categóricamente, pero es de presumir que ese criterio queda justificado por la necesidad de vivir en sociedad. Sólo ésta puede justificar la transformación de la máxima subjetiva en ley objetiva. Así se explica que este objetivismo ético haya provocado las violentas arremetidas de Zaratustra, puesto que su espíritu gregario constituye una rémora para el individualismo de los amoralistas.

Queda la otra pregunta: ¿La ley moral es realmente un juicio *sintético a priori*? ¿En la concepción de esa ley, el análisis psicológico no nos revelaría algún elemento proporcionado por la experiencia? Hay razones para afirmar, por lo que se deduce de lo anteriormente visto, que el pretendido formalismo ético de Kant está lleno, si vale la expresión, de máculas empíricas. Evidentemente, algún objeto debió proponerse al formular su ley moral; y el hecho de proponerse un objeto al formularla, acusaría filiación empírica. ¿O es que la ley moral se impone á la razón, como pretende Kant, con la evidencia y fatalidad de un axioma? Fuera aventurado afirmarlo; en primer término, porque no estamos seguros de que las verdades matemáticas no tengan un origen empírico; y, en segunda, porque el criterio de que nos valemos para erigir la máxima de la voluntad subjetiva en ley universal objetiva es un producto de la experiencia. Para probarlo, no hay sino ver los ejemplares que el mismo Kant alega para clarificar ante la mente del lector su teoría (7). Podemos, pués, asegurar que el dilema es este: ó la ley moral es injustificable, ó lo es bajo el solo punto de vista empírico. Claro está que discutir el pretendido carácter apriorístico de la ley moral no equivale á discutir su valor. Tal como la concibiera

(7) *Fundamentos de la Metafísica de las Costumbres.*

Kant, semejante ley no se hallará exenta de vulnerabilidad; pero no por ello deja de ser una concepción genial.

Dada la índole de mi asunto, lo que me preocupa no sería precisamente el valor de la ley sino su realizacion en las condiciones requeridas insistentemente por Kant.

Ante todo, cabe preguntarse: ¿porqué un principio subjetivo no pudiera ser el resorte de la moralidad? ¿porqué se empeña Kant en prescindir de todo elemento sensible en el determinismo del acto moral?. Y, lo que es mas importante aún, ¿es posible la autonomía de la voluntad? Contestar con un no á estas preguntas equivaldría á negar la moralidad, á demostrar la esencial inmoralidad de la naturaleza humana. Pero no hay para qué desolarse. Sería muy fácil demostrar que el criterio de Kant es arbitrario. Se desvela por prescindir de toda condición afectiva en la obligación moral, pues vé en ella el pecado original que mancha los sistemas éticos imaginados por todos sus antecesores.

Conviene, en primer lugar, demostrar cómo una voluntad independiente de condiciones empíricas es inconcebible, y cómo, por otra parte, la libertad y la ley práctica no se implican recíprocamente.

La «Crítica de la Razón Práctica» y «El fundamento de la metafísica de las costumbres» constituyen dos de las tantas proezas del intelectualismo. De ahí su carácter autonómico y estéril.

Para que semejante moral trascienda del libro á la realidad es menester que se convierta en heteronómica, es decir, el imperativo categórico debe contar con la afectividad, con algo de empírico que mueva á la voluntad; pero si esta contara con resortes de índole empírica el acto sería inmoral, puesto que el valor moral de las acciones, repite Kant hasta el cansancio, depende de la pureza del motivo, entendiendo por tal cosa una idea huérfana de afectividad. Despojemos al imperativo categórico de toda tonalidad afectiva y quedará reducido á un glacial y descolorido elemento intelectual, exento de eficacia dinámica. Claro está que fuera superfluo poner de relieve el carácter calculador é intelectualista de la moral del imperativo categórico.

En multitud de espíritus, el imperativo categórico existe y tiene influjo en la conducta, precisamente en virtud de la afectividad que le acompaña. La eficacia del imperativo así entendido, se explica merced á las condiciones psicogénicas y á las sugestiones de un ambiente ético cristiano! Surge en la conciencia, no ya cual mandato de la razon, en forma autonómica, sino á manera de inclinacion natural. Y precisamente el fin de la educacion ética está en convertir el imperativo categórico en inclinación. A Kant se le ocurriría que semejante imperativo no pasa de ser hipotético, puesto que hay en la voluntad un principio subjetivo, la inclinación, importando por lo tanto, la negación del legítimo imperativo categórico. En realidad, diría Kant, más que moral, estamos haciendo antropología moral. La perfecta moralidad sólo la alcanzaremos cuando la voz del deber no coincida con la inclinación. Esta, cuando se realiza tal coincidencia, sólo nos lleva á la legalidad.

Preguntemos á Kant: ¿Es posible poder librarse de las inclinaciones para obedecer puramente á los mandatos de la razón? ¿El mismo deber no sería, acaso, una inclinación, y la conciencia de la libertad de la voluntad no pudiera ser un motivo? El triunfo de la ley moral, en su más pura forma, excluye, por ventura, el determinismo psicológico?

Kant, á mi manera de ver, no ha clarificado mucho su concepto del deber. Es de presumir que á estas preguntas hubiera contestado: No me preocupa la posibilidad de ver realizada mi moral. Sólo sostengo que su base es la conciencia de la libertad de la voluntad. Se impone el imperativo categórico limpio de todo móvil impuro. Efectivamente: «Un observador de sangre fría, dice Kant, que no desee hacer el bien por sí mismo, puede, sin ser enemigo de la virtud, dudar en ciertos casos (sobre todo si la experiencia y la observación han ejercitado y fortificado su juicio por espacio de largos años) que exista realmente en el mundo una verdadera virtud, y siendo esto así, sólo una cosa puede salvar nuestras ideas del deber de una completa ruina y sustentar en el alma el respeto que debemos á esta ley, que es estar plenamente convencidos de que, aunque no hubiese habido nun-

ca una acción derivada de esta fuente pura, aquí no se trata de lo que tiene ó no lugar, de lo que es ó no es, sino de lo que debe ser ó de lo que la razón ordena por sí misma y con independencia de las circunstancias; que la razón prescribe inflexiblemente acciones de aquellas á que al mundo no ha dado ningún ejemplo, y cuya posibilidad puede ser dudosa para el que lo refiere todo á la experiencia, y que, por ejemplo, aun cuando hasta aquí no hubiera habido un amigo sincero, no seria la sinceridad en la amistad menos obligatoria para todos los hombres, pues este deber, como deber en general, reside con anterioridad á toda experiencia en la idea de una razón que determina la voluntad por principios *a priori.* » (8).

Esto basta y sobra para demostrar que la moral formal no fué hecha para esta humanidad. Es intelectualista en demasía, es infecunda porque no arraiga en la afectividad, resorte de la vida y de la historia. Y tanto más inexplicable resulta esta concepción mientras Kant persista en calificar de inmorales á las inclinaciones, aún cuando generen actos que el sentido común no vacilaría en calificar de morales. Y es de advertir que Kant no desprecia el sentido común cuando está en armonía con su tésis.

Para nosotros, la inclinación, estado de conciencia compuesto de elementos sensitivos, volitivos é intelectivos, es la causa de los actos que significan triunfo unas veces, fracaso otras de la ley moral. La inclinación no produce necesariamente la inmoralidad ni la moralidad; pero puede generar la moralidad, puede el deber kantiano ser el producto de la inclinación. La psicología no puede sino constatar la fatal heteronomia de la voluntad, siendo arbitrario deducir de este hecho el amoralismo.

Ahora bien: supongamos hallarnos contemplando una sociedad donde todos los hombres, sin excepción, son sociables y morales por pura y exclusiva inclinación. Allí todo el mundo cumple su deber sin lamentarlo; antes, al contrario, importaría para aquellas almas de Dios un dolor moral el in-

---

(8) *Fundamentos de la Metafísica de las Costumbres.*

cumplimiento del deber. Pués bien: llamemos á Kant para mostrarle aquel prodigio, aquella sociedad perfecta, producto de la afectividad, única fuerza que hizo posible el triunfo de la ley moral que él forjara; ¿nos figuraremos que Kant la contemplaría arrobado? De ninguna manera. Nada mas inmoral! exclamaría. ¿Porqué? Porque los motivos que determinan los actos de aquellas personas no son puros: entra la inclinación. Aquella moral es heteronómica, puesto que sienten placer siendo buenos. La moral,—insiste dogmáticamente Kant,—tiene que ser autonómica. Es la única digna de tal nombre.

Una sociedad perfectamente moral para el sentido común,—que Kant no desdeña,—es inmoral! A esta singular paradoja había de conducirnos su criterio puramente formal. Esto basta y sobra para demostrar que el formalismo ético no es digno de este mundo inmundo.—Y en esta indignidad reside su mayor gloria!—exclamaría Nietzsche.

Con el mismo autor, diríamos continuando la «Critica de la Razón Práctica» debiera llevar como aditamento: «Arte de aherrojar á los instintos humanos para fomentar el espíritu acarnerado». Esa moral negadora del instinto es la concepción mas inmoral que haya brotado jamás de un alma de tarántula!

Sin que ello implique participar de las indignaciones de Nietzsche, por mi parte, diré que el horror que Kant profesa á los instintos, á las inclinaciones, su insistencia en la quimérica pureza del motivo sólo pueden explicarse suponiendo que hubo aceptado al pie de la letra el célebre aforismo de Hobbes: «Homo homini lupus». Debió tener un concepto altamente pesimista de la naturaleza humana. Tenemos derecho á ver en ello algo mas que una conjetura. La prueba evidente está en que sostuvo que la única moral concebible debía estar por encima de toda Antropología Moral. La Psicología Ética jamás podrá fundamentar una moral como pretendía Spencer, cuya obra, más que «Fundamento de la Moral», debiera llamarse, como de seguro la llamaría Kant, «Antropología Moral».

La verdadera perfección moral solo se alcanzaría si fuera

posible contar con la neutralidad de la sensibilidad; de lo contrario, kantianamente hablando, quedarían justificadas estas palabras de Nietzsche: «La sumisión á las leyes de la moral puede ser provocada por el instinto de exclavitud ó por la vanidad, por el egoismo ó la resignación, por el fanatismo ó la irreflexión. Puede ser un acto de desesperación ó la sumisión á la autoridad de un soberano; *en si no tiene nada de moral.*» Se diría que acaba de hablar Kant, se diría que su místico horror á los instintos, su amor al formalismo ético le fué inspirado por esas palabras de Nietzsche.

Y, por otra parte, volviendo á Spencer, ¿qué ha hecho con su «Fundamento de la Moral» sino demostrar el porqué del fracaso de toda moral absoluta? Fundándonos en lo mentado, ¿es permitido columbrar en Kant y en Spencer conatos de amoralismo? ¿Y estos conatos caricaturizados no producirán la doctrina de Nietzsche? Ello es evidente tratándose de Kant. Su quimérico formalismo ético implica esta grave afirmación: *el hombre es orgánicamente inmoral.*

Pero cabe preguntarse: la imposibilidad de llevar al terreno de la efectividad una moral absoluta, ¿constituye acaso, un sólido argumento que alegar en pro del amoralismo, sobre todo, no ya del amoralismo subjetivo que se desprende de la ética formal de Kant, sino del amoralismo propiamente dicho, es decir, social? Y aún cuando la conducta humana de todas las épocas presentara caracteres de evidente amoralidad, ¿fuera lógico erigir al individualismo amoralista en ética ideal? A lo menos, esta es la inclinación que domina á Zaratustra y á su ingenua cáfila de turiferarios; pero ya sabemos cuán arbitrario y dogmático es el criterio de Kant y Nietzsche. Sin embargo, no está demás mentar ligeramente algunas razones aducidas para justificar científicamente al individualismo amoralista.

(Concluirá).

CORIOLANO ALBERINI.

SONETOS

AL MIRAR ESTE CUADRO

Al mirar este cuadro, este sutil paisaje
Mi alma medita y sueña. Hay un poco de bruma
Entre los negros árboles. El ambiente se ahuma
Y el crepúsculo emprende su taciturno viaje.

Aún brilla en el poniente polícromo celaje.
Hay un lago y un cisne que parece de espuma,
Y allá, en último término, una barca se esfuma
Como si acaso huyese del borroso paraje.

Cierro los ojos... Miro en mi cámara interna
Flotar el mismo cuadro, que un suave difumino
Traza al través de una niebla de lejanía.

Y me sorprende entonces la afinidad fraterna
De imprecisos paisajes que á veces imagino
Y los cuadros de ensueño que forja el alma mía.

CUANDO ABRÍ TU JOYERO

Cuando abrí tu joyero me inundó la fragancia
Que exhalaba la fina seda de tus pañuelos,
Y otra vez á mi lado, para calmar mis duelos,
Surgiste en la penumbra de mi desierta estancia.

Evoqué largamente nuestra florida infancia,
Mis rimas encendidas de eróticos anhelos,
Tus ojos en que ardía la fiebre de los celos
Y de tu amado cuerpo la plástica elegancia.

Fué nada más que un sueño. La sombra traicionera
Disipó de mi lado la visión hechicera.
Quedaron mis miradas en tu joyero fijas...

Y sólo un tenue rayo de la luna naciente
Hiriendo la vidriera, venía dulcemente
A quebrarse en las gemas de tus aúreas sortijas.

JUAN AYMERICH.

Córdoba.

PROSAS PARA MARGOT

PROSA PRIMERA

Sufría. Una tristeza infinita, un *spleen* incomprensible, algo así como una profunda y enfermiza melancolía, había ido, poco á poco, apoderándose de mi espíritu. Muertos mis padres y solo en el mundo, nada encontraba con que llenar el vacío que aquellos dejaron en mi corazón. Sentía la nostalgia del amor y lo buscaba. Pero en vano. Todas las mujeres que veía me eran ridículas. La edad de los sentimentalismos habiase alejado de mí con los veinte años y no deseaba miradas melancólicas, ni relaciones con flores secas. Anhelaba algo más positivo, algo que me hiciera sentir con más intensidad y huía lejos, muy lejos de esas niñas insensibles que sólo buscan un esposo que las proteja. Además las jóvenes, las ingénuas y las vírgenes no me seducían. Esas mejillas sonrosadas, esas frentes puras y blancas como un sudario de nieve, con formas impúberes, y esos senos apenas nacientes, producíanme una profunda desilución.

Mis noches de insomnio no eran visitadas por hieráticas visiones místicas. El ideal que yo me había forjado era el de una mujer toda nervios, toda sensualidad, que sólo viviera por el placer y para el placer. Deliraba con una nueva Agripina y sólo comprendía el amor en brazos de una erotomaniática.

Pero todo era inútil. Pasaban los días y la mujer soñada no aparecía. Mi tristeza iba en aumento y sólo hallaba un pasajero consuelo en la lectura. Los amigos fueron alejándose de mi lado, como de un ser aburrido y despreciable, hasta el extremo de que sólo me quedaron mis libros y mis

ensueños. Entonces recordé á Barbey d'Aurevilly. Sus « Diabólicas » habíanme entusiasmado desde hacía mucho tiempo y casi estoy por creer que, el estudio de esos caracteres, refinadamente complicados, había influído, no poco, en la concepción de mi ideal amoroso.

Cuando el hombre está triste, los libros, si es que sabe amarlos, le distraen. El que no crée en ellos, ó el que no sabe comprenderlos, acude á los licores y se embriaga. A mi ver son los dos únicos medios que existen. En cuanto al fin, siempre es el mismo; colocarse en un estado de semi-inconciencia. Unos lo consiguen bebiendo alcohol, otros bebiendo ideas. Yo me encontraba en este último caso. Bebía y me embriagaba de ideas.

*
* *

Una tarde, contra mi costumbre, salí á paseo. Largo tiempo hacía que me hallaba aislado y lo hermoso de un cielo sin nubes hízome pensar en lo agradable que es vagabundear por esas calles de Dios, llevando por único compañero el pensamiento.

Y salí.

Era Domingo y por la Avenida Alvear trotaban hacia Palermo lujosos troncos arrastrando no menos lujosos equipajes. En éstos, cómodamente arrellenadas, veíanse encantadoras señoritas envueltas en fastuosos atavíos que como una visión cromática, pasaban ante mis ojos. El rumor incesante de los transeuntes y la algazara de sus conversaciones fué poco á poco entusiasmando mi espíritu y haciendo que cuanto me rodeaba lo viera bajo un prisma más optimista que de costumbre.

El sol, cuyos últimos rayos doraba el polvo levantado por el continuo desfile de los carruajes, desaparecía tras los árboles de la Recoleta al mismo tiempo que auroleaba sus contornos con una sutil y delicada linea de luz.

Yo, entretanto, caminaba. Mis ojos paseábanse desde la vereda á los carruajes y desde éstos á los balcones.

De pronto noté que una mano se posaba sobre mi hombro.

Díme vuelta, y cual no sería mi sorpresa al encontrarme con Carlos, mi amigo íntimo, á quien hacía largos meses que no veía.

—¿Qué haces?... me preguntó fijando en los míos sus obscuros y brillantes ojos de enamorado.

—Ya lo ves; paseo, miro y me aburro.

En ese momento llegábamos á la boca-calle de Callao, donde nos detuvimos un instante. Carlos levantó la vista hacia los balcones de un palacete que se alzaba frente á nosotros y saludó... Yo, inconscientemente, seguí aquella mirada y ví... ¿Pero, á qué decir lo que ví, si tú, Margot inolvidable lo sabes mejor que yo?...

*
* *

El sol había concluído por ocultarse y el crepúsculo iba poco á poco cayendo silenciosamente sobre la ancha y lujosa avenida. Los carruajes tornaban de nuevo á desfilar ante mis ojos, pero ahora lo hacían con más velocidad que antes y como si un viento desconocido los impeliese hacia el corazón de la ciudad. Carlos entretanto me hablaba. A una pregunta mía habíame contestado que sí, que la conocía y dulcificando en lo posible los acontecimientos, relatábame páginas un tanto escabrosas de la vida íntima de aquella mujer.

—¿Quieres conocerla?... preguntóme de pronto interrumpiendo su larga peroración.

—Bueno,—contesté, y mis ojos dirigiéronse hacia el balcón en cuyo alfeizar apoyabas tus brazos y sobre éstos tu seno escultural.

Poco después á pasos lentos y un tanto ensordecidos por el incesante ir y venir de los carruajes, marchábamos calle arriba, no sin antes haber dirigido una última y larga mirada al balcón desde donde tú, encantadora Margot, nos sonreías con una misteriosa y enigmática sonrisa.

Entretanto el crepúsculo, más misterioso todavia que aquella sonrisa, seguía cayendo silenciosamente sobre el ancho y lujoso boulevard.

José Pardo.

CANTO Á MARIA

I

Me cerraban el paso, me impedían
que llegara hasta tí. Sus anatemas
vienen como lebreles azuzados
tras mi conciencia.
Mil saetas de sombra
ha disparado contra mí, la aviesa,
la hipócrita, la sórdida
turba de tus eunucos, mil saetas:
temor de Dios, respeto á los altares,
misterios de la fé; ritos, creencias,
póstumos juicios de las almas, leyes
que dicen son tu ley, y, por fin, ¡penas....!
¡horrorosos castigos
de tus manos severas....
y yo sé que tus manos
no se crispan sangrientas:
¡Manos, mórbida cuna de perdones!
¡Manos francas de amor, manos abiertas!

De mis ropas de fé, que han desgarrado,
te traigo los andrajos; de las hueras
cavernas de mis ojos, que han herido
con mentiras candentes, las sinceras
lágrimas.

Y me arranco del oído
puñados de clamores y blasfemias
que constelaron mi sendero, y una
á una las saetas
de sombra, que de sombra
constelan mi conciencia.

Son andrajos, y llanto, y maldiciones:
¡esa es mi ofrenda!
Cubierto en sangre de prejuicios muertos
á estocadas de ideas,
te la arrojo en un broche de visiones,
y me parece bella,
y me parece buena,
y me parece tierna,
y me parece inmensa!
desbordada de mi alma hasta tus manos,
manos francas de amor, manos abiertas.

La ví, á tus pies rendida,
de tus eunucos la cohorte negra:
un monorrimo vácuo entre los labios
y entre los dedos piedras;
entre los surcos de las frentes de unos
dudas, dudas y dudas; en las tersas
frentes de los demás, solo apatía,
tinieblas y tinieblas.
Te ignoran y se rinden, y al purísimo
vaso de gloria de tu busto, cuelgan
ropajes desusados
é impenetrables vestiduras luengas.
Te ignoran y se rinden, y el misterio
infinito y caudal de tu cabeza
no bate alas humanas
bajo el grillo de fuego en que la cercan.
No saben, no comprenden

como eres bella;
yo te quiero desnuda,
libre y flotante llama de ébano en la cabeza,
y te arranco del ara, entre la grita
de muchedumbre estulta que bravea,
y grito ¡Madre! ¡Madre!
y basta, ya eres virgen, ya eres reina!

II

Venga el tu reino á mí. Yo sé tu espíritu
y penetro tu esencia,
como sé que Julieta en siendo madre
sería tu alma gemela.
Tu eterna voz de ayer y de mañana,—
por boca fresca
por boca nueva
de otra Julieta,—
me ha dicho amor, me ha hablado del mañana,—
viene tu reino á mí,—me ha dicho «Espera».
Y tú me has prometido
todo tu amor y toda tu belleza,
me has jurado hacinar en nuestras almas
siclos de primaveras,
me has ofrecido conjunción de espasmos
como una eterna
cabalgata de estíos, sagitarios
persiguiendo bacantes en la selva,
y tu voz me repite, –
siempre por esa boca fresca y nueva,—
que nuestro amor ha de engendrar un hijo
y que nuestro hijo ha de iniciar una era!

¡Que alta será su nueva cruz, y cuantas
memorables auroras
besarán su cabeza!

También tendrá los brazos extendidos
sobre pueblos y razas y creencias
y las cuatro estaciones
en vigilia á su vera.
¡SEA!
Hasta que nazca, y muera, y resucite:
Jerusalem lo esperará despierta!

III

Ya he besado tus manos
sin doblar la cabeza.
En el oro de un sueño que me has dado,
como un exvoto, engarzo este poema;
cubierto en sangre de prejuicios muertos
á estocadas de ideas,
he venido á dejarlo entre tus manos
manos francas de amor, manos abiertas!

PABLO DELLA COSTA (HIJO).

LETRAS ESPAÑOLAS

"La casa de la primavera" por G. Martínez Sierra

Este libro de Gregorio Martínez Sierra, sintetiza la evolución iniciada en España. Los literatos españoles desean otra vez ser españoles y vivir de sus propias fuentes. Después de la invasión extranjera, algo tardía, después del contagio inevitable de la inquietud modernista, los poetas tratan de recuperar su nativa originalidad. Pero, no exagerar con los presuntos discípulos de Verlaine, tampoco implica retornar á la grandielocuencia melodramática. Rubén Darío ha enseñado la sencillez y los cantores actuales se muestran tan excesivos en el amor á la simplicidad como antes desmesurados en la pompa retórica. No importa. El justo medio vendrá por sí mismo y esa tentativa determinará en la cálida península un nuevo sentido de poesía.

El libro de Martínez Sierra es un ejemplo de esa sencillez. La humildad no tiene en sus páginas un aspecto demasiado artificioso y esa paz que fluye de sus canciones es auténtica. Sin embargo, es visible el esfuerzo en no transigir con el antiguo sistema y se ve que el rumbo elegido por los poetas de ahora requiere todavía arduos empeños antes de llegar á familiarizarse con ellos. Lo esencial de la innovación no reside en la técnica. La evolución se opera en los espíritus y ello puede también comprobarse en el libro de Martínez Sierra. Regresados todos de los países de bruma hacia donde

peregrinaron en caravanas silenciosas, seducidos por músicos raros, vuelven ahora al sol castellano y loan en versos jocundos sus beneficios.

Porque he nacido en tierra de Castilla,
Donde tú eres el único ornamento,
Llevo embriagado todo el pensamiento
Por tu filtro de Luz. . . . . .

Y de los que loan el sol, es Martínez Sierra uno de los más gallardos. Poeta por temperamento, la forma rimada cohibe más bien su don natural, que en la prosa se espande orgullosamente y da lugar á veces á verdaderos hallazgos. Así, en un templo, se recitaría con preferencia para honrar al padre del día, ciertos fragmentos de su *Aventura*. Mas, en prosa ó en verso, Martínez Sierra es poeta. Ciertamente no lo es según aquellos para quienes lo poético se desenvuelve en desmayos, invoca con gestos agrios el auxilio de la muerte y necesita para el teatro de sus suspiros la fronda clásica, decorada de luna. Poesía humilde es la suya. En su casa, la primavera ha plantado un jardín y por sus senderos aromados va diciendo un nombre, que incrusta en cada canto para realzar con su fuerza la emoción que tiñe cielo y prados en la misma color de gracia. Son «Los romances del Hogar». El sol está siempre presente en ellos como un buen amigo. Por los vidrios penetra en las claras mañanas, se aprisiona en el gris mustio de las paredes y se desgrana en franjas polícromas en el aire y en el alma.

Nuestra casa es alegre
como un cascabel lleno
de música, y serena
como noche de enero.

En el blanco lino que envuelve la mesa se refleja como en un lago. En su blancura choca el iris de los cristales y ante esa magnificencia de luz, el corazón del poeta estalla en regocijo. Entonces las palabras salen de su boca como un rezo, como reza un pobre, con la misma unción profunda y simple, ante el pan moreno que le ha deparado la suerte en la vuelta insospechada del camino.

*
* *

Después de las aventuras filosóficas, los poetas de la España actual retornan á su pasado y, lejos de las peregrinaciones á los Falansterios, tratan de vivir vida interna y prefieren loar las cosas muertas á las cosas por venir. Esta tendencia tiene todas las desventajas de una reacción, tan extremada ahora como anteriormente. Ella no perdurará, pero de ella se obtendrá uno que otro poeta de fuerza. *Las ciudades románticas* muestran á Martínez Sierra en viaje ideal por las calles de los lugares remotos: Brujas, Toledo, Avila, Colonia, lugares sobre los cuales el cielo parece una telaraña extendida sobre un objeto agobiado de vejez. Mas la evocación de los sitios vetustos, el paseo por lo antiguo, no es enfermizo en él. La muerte no le impresiona sino de un modo superficial y trás los versos melancólicos á la dama «en el amor doctora y en el decir estrella», vibra el alma llena de sol, de vida plena y activa. Es esta la característica del autor. Sin advertirlo pomposamente, á la manera de Salvador Rueda, Martínez Sierra canta, en prosa y en verso, á la existencia robusta, á las mujeres hermosas, á los cielos y á las flores y su canción resuena, aturde y embriaga. Mejor aún sus prosas que sus versos. Sus cuentos y sus novelas denuncian la presencia de un cerebro sólido y un alto corazón. Su estilo es pletórico, vibrante de color y de música y su obra toda es un espectáculo de primavera.

ALBERTO GERCHUNOFF.

LETRAS CATALANAS

La poesía catalana: Juan Maragall.

En la literatura de las diversas regiones de España, tiene Cataluña uno de los primeros lugares. Fuerte como ninguna, más innovadora que todas, ofrece la particularidad de ser una perpétua adelantada al ambiente pesado que en las demás regiones puede notarse. Ha sido en Cataluña que primero se han conocido en España las literaturas del Norte europeo; en los teatros de Barcelona se han representado antes que en otra ciudad las obras de Ibsen y de Maeterlinck; de las prensas barcelonesas han salido traducciones de las más grandes obras modernas, cuando aún eran desconocidas en el resto de España.

Influencia quizás del espíritu comercial, emprendedor, andariego de los catalanes; lo cierto, empero, que en Cataluña las letras caminan, con un rápido andar, que mucho contrasta con la pacífica y mansa andadura de otras regiones.

Pese á tales ventajas, entretanto, la literatura catalana es casi completamente desconocida entre nosotros. Algunos nombres hizo conocer José León Pagano durante su provechoso viaje de estudio; Ruben Darío nos ha hablado de otros en sus correspondencias de la isla de oro; pero, á pesar de estos esfuerzos, continúase ignorando todo lo mucho y bueno que las letras catalanas guardan para el curioso que llegue á ellas con el afán de investigar y de observar.

Pocos conocen entre nosotros el nombre de Jacinto Verdaguer, el místico de los *Cants*, el homérida de *L'Atlántida*, ese poema colosal y formidable que basta para honrar é inmortalizar una literatura. Pocos saben de la existencia de Narciso Oller, el novelista de la clase media, pintor exacto y fiel de un momento del alma de su pueblo. A Rusiñol se

le conoce por las traducciones de Martínez Sierra; pero á Maragall, al poeta más hondo que España mantiene hoy, podemos confesar, con dolor del alma, que se le ignora por completo.

De Maragall, pues, quiero hablar en esta primera crónica, ya que á él, forzosamente, deberemos volver en cuanto procedamos á estudiar los poetas nuevos, los jóvenes poetas, mantenedores del gonfalón poético en cuyo escudo han inscripto la vieja divisa de los trovadores, *Patria, Fides, Amor,* encimada por otra que sintetiza el esfuerzo todo de esa pléyade luchadora y valiente: *Pro Catalonia nostra.*

De Maragall debemos partir para comprender más tarde á Alomar, que ya algunos pretenden erigir en jefe de una nueva cruzada poética, y á otros muchos que en la noble tierra de los Conselleres alzan su voz para cantar las maravillas de la naturaleza, los afanes del hombre, los impulsos de la pasión.

El distinguido crítico R. D. Perés afirma en un reciente estudio que la cualidad distintiva de Maragall «es una gran sensibilidad que le inclina á los afectos tiernos y apacibles, y hace que sus nervios vibren facilmente ante el espectáculo de la vida, que se le ha presentado fácil y con el encanto de una sonrisa feliz en los labios. Las mejores armas con que cuenta proceden del fondo clásico y del de la poesía popular catalana; las más endebles y discutibles, aunque parezca preferirlas él y causen, precisamente, todo el entusiasmo de algunos, son las de fondo romántico-modernista».

Perés crée que lo romántico es una influencia de los países del Norte europeo, sin tener en cuenta que el fondo del espíritu catalán es, en su esencia, excepcionalmente romántico y ensoñativo. Ese romanticismo, al chocar con los modernismos del día, produce un extraño cabrilleo que puede parecer falso á quien sólo tenga en cuenta las apariencias de las cosas.

«El espíritu de Maragall, — afirma el poeta Marquina, — es hondamente contemplativo». «Sus versos son claros y frescos, puros de fondo, limpios de forma, sencillos siempre; — continúa Martínez Sierra — y hablan del amor de las almas y de la belleza de las cosas.»

Altamira ha tejido una bella guirnalda de admiración para ese poeta que sabe extraer la esencia de las cosas para zahumar con ella el alma prosaica de nuestro tiempo.

El fondo romántico-modernista de que hablaba Perés como una influencia de las literaturas extranjeras que tan á fondo conoce Maragall, traductor de Hello, de Gœthe y de Novalis, no es, en última deducción, más que ese natural romanticismo del pueblo catalán, panteista como buen pueblo montañés, buscando en todo el secreto de la vida.

Su panteismo es investigador; busca en la naturaleza el sentimiento de honda comunión con todo lo creado. Por ello exclama en una de sus poesías

Tot semblava un mon en fló
i l'ánima n'era jó.

Es un poeta varonil, aún en aquellos momentos en que la pasión doblega la voluntad y debilita los músculos. Su amor, no se arrastra vulgarmente, con la desesperante lentitud de lo que carece de alas; vuela con vuelo triunfal, para decir á la amada:

De joies vull cobrir ta cabellera,
el teu coll el teu pit, braços i mans,
en memorie de totes les caricies
que vagi feut-te y t' hagi fet abans.

Com a pluja els joiells demunt tos membres
també com pluja 'ls besos meus d'amor:
dessota cada bes vull que s' encengui
com un astre una nova resplendor.

Un joiell cada bes, que resplendeixi,
nit serena, lo noble del teu cos;
pró després el gran jorn, després el die:
l'esposa seus joiells, tota á l'espós.

Su último libro, *Enllá*, firma una vez màs sus grandes cualidades descriptivas. Nadie como él para describir en pocos versos todo un cuadro de infinita extensión, quizás porque nadie como él sabe compenetrarse tan hondamente de las cosas.

Hé aquí unos pocos versos en que el poeta, al describir los Pirineos, se detiene en Lourdes y deja, indeleblemente esculpida, la visión de la blanca ciudad á donde acuden con sus llagas los romeros de un mundo enfermo.

An els teus peus, a ratlla de la plana,
Lourdes devota té molt bell el cel:
el sol hi daura la ramada humana
que bela amb un gran bel
davant la Verge blanca,
davant l'Iglesia freda;
i en mig del baf de les gentades terboles
s'alça l miracle y dolçament floreix
al vermellosos raigs del sol ponent....
....
Al vespre un riu de llumenetes grogues
passa á la fosca ressonant de veus.

También, para describir una marina, tiene síntesis de una realidad extraordinaria; hé aquí sus palabras, tan fáciles, tan sencillas.

Una á una, com verges a la dança
entren lliscant les barques en el mar;
s'obra la vela com un ala al sol,
i per camins que no més elles veuen
s' allunyen mar endintre....
Oh, cel blan! Oh mar blan, platja, deserta,
groga de sol! D'aprop el mar te canta,
mentres tu esperes el retorn magnific,
a sol ponent de la primera barca,
que sortirá del mar tota olorosa.

Quizás como ningún otro poeta mantiene Maragall la noble serenidad apolínea, esencia misma de los vates. No por eso se mantiene alejado de la cosa pública, pues como doctrinador del pueblo, en el alma de sus contemporáneos ha herido muy hondo la pluma del poeta convertido en periodista. De una campaña suya en pró de la moralidad administrativa y de la regeneración española, quedan todavía en la atmósfera en que su pueblo palpita nobles gérmenes vitales.

Por sus mismas condiciones de serenidad y dignidad tampoco puede ser pasajera, vana y esteril la obra de su cerebro.

Maestro de una pléyade juvenil, brava y entusiasta, Maragall es uno de los que más hacen en pró del tan decantado renacimiento espiritual de España. El orador que á la pequeña fiesta literaria de un pueblo perdido en la montaña llevó su concurso, pronunciando una magnífica alocución sobre la belleza, es algo más que un poeta, mucho más que un pensador: es un hombre de acción, que con voluntad y energía ha sabido emprender el camino de la vida, dando la única lección compatible con nuestro tiempo: la del ejemplo.

Este bosquejo sobre la personalidad literaria de Maragall no tiene otro objeto que el de abrir esta sección de «NOSOTROS» con el nombre del primero, honra á quien es debida, encauzando con su nombre glorioso una série de estos artículos sobre las obras más interesantes que nos puede ofrecer la actualidad catalana.

Maragall debía ser el primero; en él está comprendido el romanticismo ensoñativo del alma catalana, sus fuertes cualidades descriptivas, su amor patrio y su fé en el hombre, cualidades que hoy forman la característica de aquel pueblo fuerte y activo.

Para aquellos de mis lectores que no conociendo la lengua de Augias March protesten de las transcripciones en el original, sólo podré decir que si París vale una misa las obras de Maragall, Alomar, Rusiñol, Iglesias y Gener, para sólo citar los de hoy, bien merecen el esfuerzo de aprenderla. Y el que de ese esfuerzo no sea capaz será porque no le interesará conocer esas obras, en cuyo caso todo estará demás, lo criticante y lo criticado.

JUAN MAS Y PÍ.

LETRAS ARGENTINAS

"El país de la selva" por Ricardo Rojas

Hasta la saciedad se ha escrito sobre la conveniencia que existe para todo país, de que, palmo á palmo, región por región, vayan sus hijos conquistándolo para las letras. Al nuestro, desde tal punto de vista, le ha cabido buena suerte. Aceptado es ya y general que Echeverría conquistó la pampa. Cierto es que la pampa de nuestro inmortal romántico, como observaba acertadamente hace ya algunos años un crítico, « no es tan *pampa* como yo quisiera »; pero no son los más quienes creen lo mismo, por lo que, en tren de concesiones, quiero admitir la mencionada conquista. Obligado y Leguizamón - en verso y prosa, respectivamente — han clavado sus estandartes victoriosos en esa riente tierra de Entre Ríos cuyo Paraná se ha vuelto el río proverbial del poeta de « El hogar paterno ». González ha unido para siempre su nombre á sus montañas, con aquella clásica obra de una arquitectura maciza como la de esas mismas montañas. Por allá Lugones se ha apoderado con *La guerra gaucha* de las mesetas salteñas y jujeñas, convirtiéndolas en materia de arte en su prosa ruda, abrupta, que bien condice con la épica lucha que « canta »; y Talero, en una emulación plausible, ha intentado últimamente dar carta de ciudadanía al Neuquén en la república de las letras...

Además, no nos olvidemos de Sarmiento.

Ahora un nuevo escritor ha aportado también su contribución á esta empresa gallarda de dar una expresión literaria

perdurable á cada rincón del suelo patrio. Es Ricardo Rojas, el ya conocido poeta de *La victoria del hombre:* lo que ha querido en su último libro, *El país de la selva,* es contarnos la vida de nuestros bosques mediterráneos.

La obra es audaz, pues empresas de índole semejante no admiten las victorias á medias; sin embargo, Rojas ha logrado realizar su propósito. Poeta vibrante, fogoso; hombre de estudio y de pensamiento; hijo de la tierra que describe, y, — en una palabra — artista, verdadero y sincero artista, condiciones sobrábanle para no escollar en la tarea.

El libro se desliza con el tono de una narración, casi siempre sencilla, llana, que nos pone en contacto directo con las cosas y los seres que el autor se propone pintar. Por este motivo repruebo el primer capítulo, en el que un cierto aparato épico — propio, comprendo, de la materia tratada — y algunas formas estilísticas lugonianas que el asunto involuntariamente sugiere, le hurtan al relato sencillez y naturalidad.

Esa simplicidad del libro es su condición más sólida, con tanta mayor razón, cuanto que, no es una fácil fluidez sino una espontaneidad brillante, vigorosa, derivada del tono, del lenguaje empleados, y de la honda comunión del artista con el tema que trata. Es así que las descripciones adquieren encanto en su sinceridad sin aliño, y que todos los pequeños detalles en el libro anotados se vuelven poéticos, pues sabido es que no hay cosa trivial para quien sabe considerarla con espíritu ingenuo, casi diría humilde, y con amor.

Pero, además de estos elementos artísticos, otros hay en *El país de la selva* de índole distinta y de mérito no menor, cuales son esas reflexiones sesudas, esas serias consideraciones que va Rojas derramando en cada página. Atinadísima encuentro así la analogía que señala entre los cantos, danzas y fiestas del país de la selva y los similares de los albores de Grecia; entre los bailes del bosque y los añejos cultos dionisíacos que originaron la tragedia.

El lenguaje que Rojas emplea no es desmirriado ni pobre: tiene nervio y es rico, jugoso, como era de esperar de quien ama darles á sus altas cualidades de artísta el sólido subs-

trato de una ilustración literaria severa. Ello me hace lamentar con mayor razón que incurra en el vicio, ya muy generalizado, aunque no menos censurable, de substituir con enojosa frecuencia el pretérito perfecto de indicativo por cualquiera de las dos primeras voces del pretérito imperfecto de subjuntivo. La forma no es nueva y la abonan en la literatura española numerosos pasajes; pero, aun admitiendo su empleo moderado, singularmente en substitución del pretérito pluscuamperfecto de indicativo (de lo que ya se encuentran ejemplos en la *Gesta de Mio Cid*), no es escusable el abuso en que comienzan á incurrir algunos de nuestros mejores escritores, empleándola en su valor condicional en giros que requerirían toda otra cosa. De este paso muchos literatos van á suprimir en su léxico, voluntaria y completamente, el pretérito de indicativo. Comprendo que alguien podrá ver en estas observaciones un desdichado valbuenismo; mas paréceme que, so pretexto de no caer en la pedantería gramatical, no es del caso pasar por alto cuestiones de vital importancia para el idioma. He preferido, sin embargo, presentar desnudas estas apuntaciones sin apoyarlas en ejemplos demostrativos, bien que indigestos. Con sólo abrir el libro se los hallará en abundancia.

Los paisajes, los tipos, los usos, el *folk - lore*, todo lo que da á una región su fisonomía peculiar se halla en *El país de la selva*. Es una obra robusta y lozana, que no ha de morir porque la atan múltiples lazos al terruño de cuyos jugos se ha nutrido. Santiago del Estero tiene, pues, desde ahora, también su libro como La Rioja, y, precisamente, ha sido al calor de *Mis montañas* que se ha formado *El país de la selva*, de la misma filiación y con idéntica tendencia.

Concretando en una imagen una impresión puramente personal, hallo una rara relación entre esta obra y el aspecto físico de su autor: admiro en ella toda esa arrogante fiereza, esa noble austeridad que respira la cabeza del poeta, coronada por la melena bravía. Diríase que él ha comunicado á la obra su vitalidad juvenil.

Museo histórico nacional: "El clero argentino desde 1810 á 1830".

El señor Adolfo P. Carranza, director del Museo histórico nacional, ha compilado en dos tomos nutridos las oraciones patrióticas pronunciadas por el clero argentino desde 1810 á 1830. La obra, inteligentemente prologada por el señor Guillermo Achával, es útil y loable, como todas las que se proponen reunir los materiales dispersos de nuestra historia: no así la forma en que ha sido realizada.

Tratándose de una publicación hecha por el Museo histórico y de una obra que encierra toda una faz del pensamiento y la acción del primer período de la historia patria, razonable es exigirle al señor Carranza una edición menos defectuosa de la que ha dado á luz.

La corrección de las pruebas ha sido deficiente, notándose también falta de cuidado en la transcripción de los manuscritos. La puntuación y la acentuación son con frecuencia defectuosas, no escusándolas el hecho de que lo sean en los originales, pues incumbía la corrección á la crítica sagaz y prudente del compilador. ¿Cuándo aprenderemos á tomar en serio estas cosas? ¡Por Dios, que no se trata de manuscritos de los clásicos, sino de modestas páginas, muy inteligibles, sin contar con que ya algunas de esas oraciones habían sido impresas! Y á este propósito, ¿por qué no indicar mediante unas sencillísimas notas, dónde y cuándo lo habían sido?

No hablo del abundante latín de esos buenos padres, porque no hay por donde agarrarlo. Si le damos crédito al señor Carranza, ese latín tiene grandes analogías con el guaraní, tan adulteradas andan las palabras. Y la disculpa de que en el Museo histórico nadie sabe latín no es suficiente. ¿Abandonaremos con criminal indiferencia nuestro orgullo de pueblo culto?

Pero no he de magnificar estas que podrán parecer minucias, que en esta tierra todo lo parece. En cuanto á transcripciones demostrativas de lo afirmado, no caben, pues fuera el caso de llenar las páginas de esta revista. Me hallo sin embargo dispuesto á puntualizar en cualquier momento más

extensamente los reparos anotados. Aplaudamos por consiguiente la buena intención que ha guiado al señor Carranza, y hagamos votos porque aprendamos de una vez á ser serios, verdaderamente serios en estas cuestiones, aún en el detalle. Ello se obtendría fácilmente mediante una severa fiscalización de la labor subalterna por aquellos que han asumido su dirección.

Quiero terminar transcribiendo el párrafo final de la introducción del señor Carranza, modelo de buen gusto literario que puede ilustrar sobre la perfección de la obra entera. « Complemento mi trabajo — dice — con las *monografías (sic)* de sus autores (?), que el señor Pedro I. Caraffa tenía escritas y *galantemente* (!) me las ha ofrecido ». ¡Cuánta bondad!

"Por los caminos del mundo" por GUIDO A. CARTEY

Es un ramillete de poesías, frescas y humildes. Su autor, el señor Cartey, tiene un alma ingenua y sentimental. Al leer sus versos sencillos, generalmente melancólicos, se cree sin dificultad en lo que él nos dice en el prólogo:

Estas pálidas flores, ignoto, han germinado
en lóbrego terreno con lágrimas bañado,
donde la noche obscura y siniestra reinaba.
Oh soñador, la mano que las juntó temblaba.

Aunque en su poesía predomina el elemento subjetivo, no faltan en el libro composiciones descriptivas, entre las que señalo como de las más eficazmente dibujadas, ese bonito soneto « La moza de cántaro ».

Tal es la musa del señor Cartey, sincera, sin complicaciones, sin audacias de forma de ningún género. El ya ha encontrado su camino: recorriéndolo sin desfallecimientos, con el propósito firme de alcanzar una perfección formal siempre mayor, puede darnos libros de mérito no escaso, de los que el presente folleto no sería sino un prometedor anticipo.

ROBERTO F. GIUSTI.

REVISTA DE REVISTAS

La Lectura — *Madrid* — En esta revista que dirige Francisco Acebal, el señor Pedro Dorado publica un artículo cuyo título, *¿Viva el pecado?*, es ya promesa de tema interesante.

El señor Dorado es ya bien conocido entre nosotros, pues además de ser LA LECTURA — donde con frecuencia colabora — muy leída aquí, los ARCHIVOS DE PSIQUIATRIA Y CRIMINOLOGIA, publica con frecuencia artículos que no han pasado inadvertidos.

Es este artículo de LA LECTURA tan bueno, tan interesante, tan hermoso que no es posible callar.

Comienza el señor Dorado: — «Yo comprendo bien el estado de inquietud y de tortura espiritual de los místicos. Es cosa desesperante, en verdad, engendradora de un desosiego permanente, eso de buscarle norte y un significado á la vida, y no encontrárselo. Trata uno de obrar en todo, ó en lo más posible, razonablemente, y después de mucho afanar, tiene que declararse vencido, por no haber logrado descubrir en qué consiste lo razonable. Nuestra razón y nuestra inteligencia son, quizá, un estorbo y un disolvente incompatibles con la apacible tranquilidad que parece condición indispensable del vivir gozoso». Y después de hablar brevemente de la libertad, de la razón y la inteligencia, continúa:

«No hay manera de escapar al tormento que para el alma llevan envueltas todas estas preguntas; ó, mejor dicho, no hay otra manera de librarse de él más que no haciéndoselas. Recorrer la línea de la vida sin vivirla, como un guijarro del camino, que tiene peso y ejerce presión y verifica combinaciones químicas, pero sin saberlo ni buscarlo: tal es, acaso, el ideal, si ideal cupiera en circunstancias semejantes. ¡Cuanto mejor fuera, quizás, si la suposición no es blasfemia — que tampoco sabemos si lo es, y si lo es, decimos como ella muchas; — cuanto mejor fuera hacer sacrificio y renunciación de nuestra actividad inteligente y dejarnos llevar todo lo posible á la deriva, como cuerpos muertos, sin hacer pinitos de independencia ni pretender guiarnos por propias, conscientes resoluciones! Si los seres sin vida y sin conciencia, conduciéndose de esta suerte, contribuyen á los planes divinos y los secundan, ¿por qué no había de ocurrir igual con nosotros? Es también posible que así suceda, á nuestro pesar. No tendría nada de extraño que la pretendida dirección consciente de nuestra conducta fuese del todo ilusoria: quizás vamos empujados hácia donde no podemos menos de ir, sin otra particularidad característica nuestra sinó que en este viaje

nos acompañan amenudo la inteligencia, la conciencia, la razón, que hacen papeles de simples testigos, y no de guías».

Hay á continuación una série de consideraciones sobre nuestro afán de triunfar facilmente en la vida, y después de contristar con la realidad de este vivir fatigante é inútil en persecución «de cosas inaccesibles,» nos dice: «No sé yo, en vista de lo dicho, si será posible negar que todos hemos nacido y crecido en el pecado y que de pecado é iniquidad se compone y alimenta la vida humana. Creo que no. Todo esta vida, que no se hace sinó socialmente, requiere la prepotencia, la represión, la imposición de unos sobre otros. Las relaciones sociales presuponen la dominación por una parte y la sumisión forzosa por otra. De esto se halla tramada tal vida. Se dice que el vínculo y el aglutinante de los hombres constituídos en sociedad — estado «natural» de estos, según se añade — es la moral y el derecho. Pues la moral y el derecho ni los concebimos ni los practicamos sinó dándole el sentido de potestad, quiere decir, de prepotencia y subyugación. No parece haber en todo el universo más que subordinación de unas partes de él á otras, de unos seres á otros. Ahora, la subordinación mútua entre los hombres, exigida coactivamente, cualquiera que sea el modo de esta coacción, favorable á unos y perjudicial á otros, ó aún beneficiosa, si así se quiere, para todos ellos, al menos durante un cierto período y desde un determinado punto de vista, es lo que denominamos moral y derecho, ora estén, ora no estén formulados en reglas concretas, legisladas. No se concibe moral ni derecho — los cuales son, en el fondo, una misma cosa con distinto nombre. y mirada por diferente aspecto — que no estén integrados por normas de conducta, y toda norma envuelve, indefectiblemente, exigencia de un lado y subyugación de otro. ¿No es un contenido de deberes el que se da á la moral por todo el mundo, sea cual sea la concepción ó filiación filosófica de donde se parta y á la que el moralista pertenezca? Pués el deber implica sumisión y, por tanto, un sometedor y un sometido. Y del derecho. ¿no hay que decir lo mismo? Todo derecho, aseguran los técnicos — y parece que dicen verdad — es por fuerza una relación, en la que existe, por uno de sus extremos, pretensión ó exigencia, y por otro — ya en distinta persona, ya en la misma, que esto para muchos es indiferente, igual que en la moral — obligación ó deber. Es lo que quieren decir, con otras palabras. cuando aseguran que todo derecho tiene siempre por correlativo un deber, y todo deber un dererecho, ó que no hay acreedor sin su correspondiente deudor, ni, al revés, deudor sin su correspondiente acreedor. La suma de deberes de una persona equivale á la suma de vínculos de subordinación y sumisión que la tienen ligada *(ob-ligada)*, y merced á las cuales no es dueña de sí ni puede dirigir su conducta conforme á su criterio y á su voluntad, sinó que ha de tomar por guía una voluntad y un criterio ajenos, aun cuando le parezca irrazonable lo mandado y torture con ello

su conciencia; la suma de derechos, en cambio, equivale á la suma, de poderes que alguien está facultado para ejercitar contra otro ó contra otros, y con cuyo auxilio queda dueño, en cierto respecto, del deudor ú obligado, sustituyendo su modo de ver las cosas y su querer, al modo de verlas y al querer acaso distintos, que tenga éste.

«Repito que, según eso, más bien que la justicia y la moralidad, son la inmoralidad y la injusticia los que forman el tejido de la vida humana, social por excelencia».

Sigue luego el eminente catedrático estudiando la ley creada para conservar el orden dentro de las agrupaciones sociales, ya completas, ya incompletas, lícitas ó ilícitas, para sentar «que la vida que concebimos como *natural*, esto es, como determinada tan sólo por los impulsos naturales y por los dictados de la propia conciencia individual, no nos es posible hacerla. El individualista y el anarquista más exagerados lo comprenden así, y no quieren, por eso, renunciar á la vida en común, de que por otra parte, desearían verse libres, por ser ella, inevitablemente, engendradora de ligaduras y trabas para el desplegamiento de la personal actividad. Lo propio les ocurrió á los rousseanianos: enamorados de la naturaleza y de su exclusivo imperio, y considerando á la sociedad como causa originaria de todos los males que á la humanidad afligen, no quisieron resolverse á prescindir de la misma; lo que hicieron fué juzgarla como un *mal inevitable*, que había que procurar reducir á las menores proporciones posibles. Y en la misma disposición de espíritu se han colocado otros muchos.

«Tal es la cuestión, en sus términos más descarnados: «La sociedad es un mal inevitable». Ella degenera al hombre, y el hombre, animal *social* por excelencia, no puede abandonarla. Es el caldo de cultivo de donde este no se puede salir, y en el que, sin embargo, pierde ó embota sus más excelsas, vigorosas y recomendables condiciones nativas».

Y después de decirnos y demostrarnos que la moral es convencionalismo, más ó menos reflexivo y consciente, que el derecho, las costumbres, las maneras, la cortesía, el arte, la industria, el comercio y la religión son convencionalismos, nos sorprende con la exposiciòn de su miraje verdadero de la vida y el precio de ella: amarguras, iniquidades, necesidades siempre nuevas, imperfecciones, limitación, injusticia, pecado.

Terminando su interesante estudio, después de largas observaciones sobre la vida social, con estos párrafos: «No es tan reprobable, como suele decirse, sobre todo de una manera general y sin pensar concretamente en lo que se afirma; no es tan reprobable como parece el obrar egoísta y, por lo tanto, con apariencias de injusto. Es una parte indispensable de nuestra vida, y de poco sirve declamar ni sermonear contra él. La fiebre de los negocios con su secuela, ó si se quiere, con su móvil—ambas cosas, como en el hidrópico,—la fiebre de la ganancia, que llega al vértigo—el vértigo de

la velocidad, exactamente lo mismo que en otras relaciones,—podrá ser muy egoísta y muy pecaminosa; pero constituye, cuando menos hoy, una condición ineludible de la existencia social. Todos los pueblos «civilizados» ó en camino de la civilización la padecen, aunque en diverso grado, según el grado de esta; es decir, según el grado de su industrialismo, característica, como se ha advertido, al decir de los que pasan por sociólogos competentes, de la civilización contemporánea. Será una fiebre de crecimiento, que mañana podrá desaparecer ó darse solo accidental y esporádicamente en algún caso; pero que en estos tiempos es normal, y si engendra injusticias, ellas son de las llamadas inevitables, esto es, exigidas por todo el complexo orgánico, extructural y funcional de la sociedad presente.

«No tenía razón Nakens al extrañarse, aun cuando irónicamente, de no haberse tropezado en la cárcel á los grandes ladrones, á los ladrones de millones, y sí solo á los pequeños rateros. Es lo que también se dice con demasiada frecuencia. Mas el modo que aquellos emplean para hacer pasar á su gaveta dinero ajeno, es un modo perfectamente lícito y aprobado en los tiempos que corren y en nuestro medio social. Por otro lado, ¿cómo no acoger con una escéptica sonrisa las lamentaciones y censuras que, tanto periódicos como las gentes en general, dirigen á cada paso—sin mirar para sí propios, que hacen lo mismo, cada cual en su esfera—á los individuos con quienes conviven, y sobre todo á las clases y profesiones (comerciantes, panaderos, bolsistas, policías, escribanos... todo el mundo), por el modo como se comportan, hallándolo teñido de ambición, de codicia, de vanidad, de erostratismo, de recelo, de venganza, etc., etc.? Todo ello es, precisamente, «la sal de la vida» y sin ello la vida, por lo menos la actual, no se comprende. ¡Con cuánta razón puede argüirse á los censores con el «tire la primera piedra el que esté libre de pecado»! Y á todo juez, advertirle que se mire mucho antes de calificar de delito ninguna acción, y antes de castigarla, si es que quiere, como á todas horas suelen ellos decir, no ejercer sus funciones en nombre de la prepotencia, sino ejercerlas en nombre ¡de la justicia!»

El Cuento Semanal—Esta hermosa publicación española ha resuelto hacer una *edición especial* para la República Argentina. Edición con la cual se proponen los amigos de *El Cuento Semanal* «hermanar lo más posible la literatura hispana y la bonaerense, ofreciendo á sus representantes una tribuna selecta y propicia á todas las inquietudes del espíritu moderno».

Aplaudimos sin reservas esta simpática iniciativa, deseando la vida próspera que esta clase de publicaciones merece.

ALFREDO COSTA RUBERT.

NOTAS Y COMENTARIOS

Miecio Horszowski — Este divino niño que, en 1906, deleitó á nuestra sociedad haciéndole oír las obras de los más geniales músicos, ejecutadas por sus manos prodigiosas, nos escribe desde San Remo (Italia) con fecha Enero 13 y nos envía al mismo tiempo su último retrato. Desde su partida de Buenos Aires, ha estado en el Brasil, Estados Unidos, Alemania, Austria, Italia, atravesando todos estos países en las palmas de la crítica y de los públicos. Ahora mismo, « La Bauta », Revista veneziana ilustrada, en su número de Febrero 1°., que acabamos de recibir, nos informa del último gran triunfo obtenido por Miecio en Venecia y hace notar lo mucho que ha progresado en en el transcurso del año 1907, año que ha impreso una huella indeleble en su vida luminosa.

« Nosotros », sabiendo que en esta ciudad dejó Miecio Horszowski un imperecedero recuerdo de su estadía, ha resuelto regalar á sus lectores una reproducción de la fotografía que nos ha enviado, en la seguridad de que este obsequio complacerá á todas aquellas personas que tuvieron la buena suerte de oirle. Acompaña al retrato un soneto, escrito por uno de nuestros más apreciados colaboradores.

Vicente Medina — Un saludo cariñoso para el poeta.

Que « Nosotros » le diga una vez más, en estos primeros momentos de su estadía en nuestra tierra, que aquí, si ya desde tiempo atrás se le estimaba á la distancia, en adelante se le querrá no sólo como poeta, más también como compañero en esa lucha por el ideal — y por el pan, ay! — en la que es la pluma la única arma.

Que él sea para nosotros como el representante de esa fresca generación de poetas que acaba de surgir en España y á la que nosotros estamos unidos en alma y sangre; que él recoja por ellos todo el afecto que por ellos sentimos.

Pues Medina no entra en el número de los poetas á quienes sólo se admira: él es de aquellos á quienes también se quiere, porque en sus versos hay bondad y ternura, porque cantan los afectos sencillos del alma, que son los afectos eternos. Se le quiere porque sus versos no son académicos, pero « hacen llorar ».

Para él pues un saludo de hermanos.

Enrique J. Banchs — Como secretario de redacción, el señor Enrique J. Banchs se incorpora á la revista. A ella puede sin embargo decirse que ya la acompañaba espiritualmente desde su aparición, tantos fueron sus desvelos, tanto su afectuoso interés por su marcha sin tropiezos, habiendo honrado sus páginas, con bellas, raras composiciones en prosa y verso, que causaron la admiración de los entendidos.

El señor Banchs es ventajosamente conocido en nuestro mundo literario. Su primer libro de versos, *Las Barcas,* aparecido en Setiembre próximo pasado, constituyó el mejor éxito poético del año. Es joven y tiene mucho talento. Gozosa, pues, la dirección de la revista incorpora á la falange de escritores que forman su cuerpo de redacción, á este poeta amigo, que, surgido no hace apenas un año, ya se ha conquistado un renombre que muchos no adquieren sino tras larga brega.

Libros recibidos — *Amado Nervo:* « Almas que pasan » Ultimas prosas — Madrid — 1906.

Paul Groussac: « Santiago de Liniers » Conde de Buenos Aires — 1753 - 1810 — Con un retrato al agua fuerte y un plano de Buenos Aires en 1807. Arnoldo Moen y hermano, editores — Florida, 323 — Buenos Aires — 1907 — (Nos ocuparemos de él en el próximo número).

Rudyard Kipling: « El libro de las Tierras Vírgenes » Traducido del inglés directamente, con autorización del autor, por Ramón D. Perés — Ilustraciones de José Triadó — Segunda edición — Gustavo Gilli, Editor — 1908 — Barcelona.

Rubén Darío: « El Canto Errante» Madrid—Biblioteca Nueva de escritores Españoles — M. Pérez Villavicencio, Editor. — 1907.

Guido Anatolio Cartey: « El Dilema » (drama) — 1907 — « Por los Caminos del Mundo » (poesías) — 1908 — Buenos Aires.

Carlos Schaefer: « Lucha... » — Tragedia de Almas — Biblioteca Nacional « Non Plus Ultra » 1907 — Buenos Aires.

Aurelio del Hebrón: « Domus Aurea » — Montevideo 1908.

Juan Agustín García: « Memorias de un sacristán » — Segunda edición — Dibujos de Carlos Clérice — París — A. Donnamette 1908. (Nos ocuparemos de él en el próximo número).

Félix B. Basterra: « Asuntos Contemporáneos » — Buenos Aires - F. R. Miller, editor — 1908.

« El Clero Argentino de 1810 á 1830 » — Oraciones patrióticas - Compiladas por *Adolfo P. Carranza* — 2 tomos — Publicación del Museo Histórico Nacional — Buenos Aires — 1907.

AÑO II ABRIL DE 1908 NÚM. 9.

NOSOTROS

REACCIONES

Leyendo á Spencer

Por su faz antipática y estrecha, por su falta de simpatía y por su incomprensión semivoluntaria del pensamiento ajeno, tuvo este pensador bastante castigo, y adecuado á la falta como si hubiera arreglado las cosas un autor de cuentos morales. ¡Nunca quiso leer á Kant? pues su metafísica, su estética y su teoría del derecho resultaron luz cinérea de Kant. Y, á fuerza de sequedad y de dureza, dejó su sistema rígido y frágil como esas «lágrimas batávicas» de la física: á la menor rotura se deshizo en polvo.

Pero rechazo esa comparación, que sólo enfatiza los aspectos malos. Se me ocurre otra menos injusta: la lujuriante brotación ideológica con que este pensador cubrió en un momento dado todo el campo de los conocimientos humanos, fué como el «abono verde» de los agricultores.

A veces vemos extenderse ante nosotros un trebolar vasto y lozano, del cual nada está destinado á quedar: todo será enterrado; pero otras cosechas aprovecharán la tierra fecundada con tanta riqueza.

De la obra de Spencer, en sí misma, poco quedó. Pero, hoy ¿puede alguien estar seguro de no haberla utilizado?

Recuerdo haber oído hace algunos años, en una clase de Fisiología, una lección sobre las teorías de la herencia. El profesor citó primero las clásicas; después, las modernas; y, al terminar su enumeración, nos dijo: «de todas estas hipó-

tesis, no creo que ninguna sea verdadera; pero, si he de indicar la más sugerente, paréceme que lo es todavía, á pesar del tiempo transcurrido, la vieja teoría de Spencer». Y como yo había sentido la misma impresión, me dí á pensar, admirado, que aquella teoría que permanecía todavía más sugerente que todas las otras, posteriores y de especialistas, no era más que una especulación incidental de un hombre á quien se debían cien como esa en cada una de las direcciones distintas de la ciencia humana. Y me faltaba todavía ver aparecer algunos años después la Biología de Le Dantec, admirar sus atrevidas interpretaciones, la tentativa de explicación química de todas las manifestaciones vitales, y reconocer en la aplicación de esa tentativa á la herencia (simple resultado, según el eminente biologista, de la tendencia de cada sustancia química á tomar su forma propia) la vieja teoría de Spencer: la sugerente comparación entre la tendencia del animal y la del cristal, respectivamente, á tomar su forma.

Leyendo á Víctor Hugo

....
.....

Muchos no admiran á Víctor Hugo; es decir: no lo admiran como corresponde,—y son sinceros: la explicación no está más que en la enormidad extensiva é intensiva de la obra, que no se puede *aprehender* en un acto de percepción estética. Víctor Hugo no es *aperceptible*. Así, en lo material, se puede sentir en un acto estético la belleza de un jardín, de un torrente ó de una montaña, pero no la de un continente.— Otros hacen paralelos con determinados poetas: con Vigny, con Musset; paralelos que *no tienen sentido*. Es como si se preguntara si tal jardín, tal torrente, tal montaña, es más ó menos bella que un continente; lo que procede es comparar el jardín con alguno de los que hay en el continente, el torrente ó la montaña con alguno de los que hay en el continente, que, en este caso, los tiene en profusión comparables á cualquiera, sin perjuicio de todas las malezas y demás vastas regiones estéticamente infrecuentables.

....

....

Hugo pretendió, y creyó unir lo trágico y lo cómico en su teatro, como Shakespeare; y los juntó, en efecto; pero la unión fué combinación en Shakespeare, y, en Hugo, mezcla.

....

Leyendo el Eclesiastés

Ya en aquella época pudo notarse claramente cuanto más fuerte es la parte crítica que la parte dogmática; la parte negativa que la parte positiva, la *pars destruens* que la *pars construens* de lo que los hombres piensan y escriben debajo del sol.

Leyendo á Augusto Comte

Atreviéndose á hacer el paralelo, se pregunta el lector: ¿quién está más encerrado: un humilde preso en una celda estrecha pero con vistas al campo, al mar, al cielo, á los horizontes ilimitados, – ó el Papa en su palacio vasto, rico, pero que acaba en un muro?

Por lo menos, es indudable que esta última situación favorece la tendencia á creerse infalible.

Leyendo á Goethe

Cuando leo citas del «Fausto», ó cuando las hago yo mismo, ese libro me parece de una genialidad sin medida. Cuando lo leo directamente, no tanto. Para admirarlo, mi tendencia es á considerarlo, más bien que como un libro organizado, como una especie de repertorio de frases para citar, admirables aisladamente, y con el mérito colosal de haber sido hechas por una misma persona.

Leyendo á Spinoza

En general, los filósofos que se consideran como *profundos* son los que dan á la filosofía un aspecto más parecido al de

* * *

las matemáticas, es decir: los menos profundos de todos (pues son los que prescinden de más elementos de la realidad, para llegar á ese simplismo extremo).

Leyendo á Taine

Ya es incomprensible que los espíritus geniales puedan ser unilaterales, y paralogizarse; ¡cómo no ha de ser, entonces, el mayor de los misterios intelectuales, este hecho de que la misma genialidad representa tan frecuente una facilidad, una disposición para los paralogismos de esa clase?

La inteligencia de este autor hace pensar en un caudal anchuroso y magnífico, pero de aguas petrificantes. Todo lo que tocó, lo dejó rígido. Y la obra es como un museo de cristales: variados, brillantes, de una suprema belleza geométrica; mas la sustancia ha perdido toda plasticidad y no admite moldeos ni retoques: el que quiera trabajar sobre ella, tiene que empezar por romperla á martillazos.

Y el mismo cerebro de Taine . . . Un momento de fantasía: Supongamos que los cristales se perfeccionaran, en esa vida misteriosa que empieza á reconocerles la ciencia moderna, y «evolucionaran», evolucionaran tanto, que llegaran á pensar. Indudablemente, su manera de ver y explicar las cosas tendría ciertos caracteres especiales. Y ¿no le parece al lector que los cristales de *genio* harían teorías por el estilo de las de Taine?

Leyendo á Verlaine

Los procedimientos de estas escuelas son una tentativa (es algo que hemos comprendido mejor después de James y Bergson) para expresar con palabras nuestro psiquismo no discursivo: esa realidad mental «fluída», de que no es expresión adecuada al pensamiento lógico, esquema, ni el lenguaje, esquema de ese esquema. Por contradictorio que sea ese esfuerzo para expresar por la palabra lo que es rebelde á la palabra, se obtiene con él un poco, un principio de lo que desearíamos: *sugerimos* algo del psiqueo inexpresable. Lo que resulta hermoso y bueno, ya sea ese psiquismo no dis-

cursivo, del común á todos los hombres, ó á algunos materia simpatizable,—ya sea del exclusivamente personal, porque entonces damos un vislumbre de nuestro tesoro interior.

Comprender esto, nos hace más simpático lo sincero de esas escuelas. También (lo que espanta é indigna, teniendo en cuenta la cantidad de engaño, de exageración, de artificio, de *pose* y de *snobismo* que se pone en esos procedimientos, y también la gran disposición de ellos, mayor todavía que en los corrientes, para hacerse mecánico y perder el espíritu) sentimos que hay una responsabilidad inmensa en manejar procedimientos que muerden hasta una región tan honda de las almas.

Y, precisamente, la verdad, la justeza, es mucho más difícil de obtener y de discernir en la expresión del psiqueo fluído que la esquematización discursiva, porque la falsedad no consiste ya en dar una idea por otra, lo que es grosero, sino en dar un matiz, un grado, por otro. Hay la misma diferencia que entre tocar mal el piano y tocar mal el violín: en el piano se toca una nota por otra, lo que es difícil de evitar y fácil de percibir: ese instrumento de notas fijas es el pensamiento discursivo, con sus ideas «solidificadas» por la acción de las palabras. Pero en estas otras tentativas, la determinación de lo verdadero, la discriminación de lo sincero y lo insincero, son cuestiones de afinación, de una delicadeza infinita.

Leyendo á Renán

Refutar á este autor, cuando abusa de su superioridad intelectual sobre nosotros para desconcertarnos demasiado, es tarea bastante fácil, al alcance de cualquier persona dotada de una consecuencia lógica normal, buen sentido y claro criterio. Pero, para refutarlo, habría que decir vulgaridades.

En época como esta, no hay escritor mejor defendido.

CARLOS VAZ FERREIRA.

Montevideo.

POESIA ESPAÑOLA

IDILIOS...

La plus aimée est toujours la plus loin.

C. CORBIÈRE.

¡Ensueños olvidados, idilios fugitivos!..
amores no sentidos, un momento soñados
que en mi espíritu viven como eternos motivos
de mi canción, jamás en vida realizados.

Porque unos bellos ojos me miran, ó una boca
me ríe, forjo historias de divinos amores
y va mi pobre alma en sus ensueños loca
á cortar unas rosas... Y en mi jardín no hay flores.

Amo en silencio siempre una imagen angélica
en un viejo retablo de un pintor primitivo...
¡Bendita tu mirada, vírgen prerrafaélica,
de inefable dulzura, por la que solo vivo!

Y también guardo como un único tesoro
el ideal no hallado, en una miniatura
y tiene melancólica, la divina figura
lejanos ojos grises que con unción adoro.

Y mientras que mi alma esos ensueños hila
quieren hallar mis labios un misterio velado
en tu boca — una rosa plena de clorofila,
de haber besado mucho ó nunca haber besado...

EN LA VIEJA SALA

En la quietud invernal, cerca de la camilla
he creído contemplar mientras que cae la nieve,
en este antiguo estrado de cretona amarilla
una tertulia de principios del siglo diecinueve.

Vendría un consejero de Indias, grave y sesudo,
un canónigo que haría exámetros latinos,
y un capitán de guardias, mujeriego y rudo
que era uno de los más entusiastas *cristinos*.

Entrarían despacio al toque de oración
y cuando sobre el pueblo la tarde se moría,
se les vería inclinarse á la luz del velón

diciendo: «Oh, mi señora Doña Presentación!....»
saludando rendidos á aquella abuela mía
que Don Vicente Lopez, pintó en este sillón.

FERNANDO FORTÚN.

Madrid.

TARDE DE SOL Y DE FATIGA

Tarde de sol y de fatiga, tarde
de cielo anubarrado presagiando tormenta;
hay una honda tristeza, una angustia cruenta;
la tierra bajo el sol se diría que arde
en recia calentura. Una gris polvareda
envuelve el pueblo en niebla que enturbia la mirada.

En el espacio tiembla la dura campanada
que toca á muerto, y se repite, y queda
en el eco. Un perro hambriento cruza
las calles solitarias sin murmullos de voces.
Yo anoche oí entre sueños cantar á la lechuza,
dice alguien. Y con un dolor de incertidumbre
los segadores han dejado las hoces....
Rasgando el horizonte hay un temblor de lumbre.

ELOGIO DE LA VIDA MENDIGA

Vagar, vagar, vagar; un solo anhelo
de libertad. Vivir es no pensar.
Mirando abajo—lo blanco del suelo,
arriba, el cielo. Vagar, vagar, vagar.
En el invierno es terrible el hielo
y se añora el rescoldo de un hogar;
el sol en el verano es un consuelo,
viviendo así no hay pena de vagar.
El amor que se ofrece en el camino
es amor, de la noche á la mañana,
es como un trago de oloroso vino
para aplacar la sed.... ¡Oh rubia amiga!
¡Oh el tumbarse á dormir en la vesana!
La mejor vida es la vida mendiga.

LEONARDO SHÉRIF

Madrid.

HOYOS, NOVELISTA ESPAÑOL

I

Apenas apaciguados los últimos ecos de la escandalera que provocase en Madrid la publicación de *Cuestión de ambiente*, su autor, don Antonio de Hoyos y Vinent, desafía nuevamente á la crítica y á la maledicencia con otra novela de costumbres titulada *A flor de piel*.

El caso es que este joven y talentoso escritor, hijo del distinguido diplomático español, marqués de Hoyos y hermano del actual marqués, pertenece á la grandeza de España y lleva una activísima vida social. Está vinculado á la más alta aristocracia y posee uno de los salones más selectos de Madrid. Habla pues con pleno conocimiento de causa cuando describe el gran mundo madrileño. De ahí que su descripción, viniendo de « uno de la casa », haya impresionado tanto á la nobleza que se veía retratada y satirizada en su primer novela.

La última, *A flor de piel*, es todavía una descripción mucho más expresiva y gráfica que la primera. Preséntanse las costumbres é ideas de ciertos círculos aristocráticos con mayor viveza y colorido. ¡Y por cierto que el cuadro no resulta ahora más edificante!...

Aunque eminentes maestros como la señora Pardo Bazán y don Juan Valera se ocuparan del primer libro de Hoyos, el escritor no había sido aún tomado en serio. Se veía ó creía ver siempre en él al hombre de mundo, *diletante* de las letras, cuyas obras, si bien agradables y de fácil lectura, no represen-

taban el esfuerzo del profesional y carecían de gran valor literario.

Ya no se puede considerar así al joven aristócrata. Sus últimas obras, especialmente la novela de que nos ocupamos, lo colocan en la categoría de los grandes novelistas españoles de nuestros tiempos. Sabe presentar tipos reales, concibe interesantes tramas novelescas, posee un estilo vivo, rico y vario. Es todo un escritor.

Después del padre Coloma, nadie nos ha presentado con tanto realismo y verdad la alta sociedad española, como Hoyos en su novela *A flor de piel*. Leyendo este libro uno se siente maravillosamente transportado á los lujosos salones de la capital española. Uno oye hablar y ve pensar á la gente del gran mundo. Está así perfectamente justificada la frase de Stendhal que sirve de acápite al libro: « Una novela es un espejo que paseamos á lo largo del camino ».

Como en *Pequeñeces*, en la novela de Hoyos sorprende la falta de disimulo entre los copetudos personajes, la ausencia de toda hipocresía convencional, ó, si queréis, la exhibición cruda y cínica de los vicios y lacras morales. Decididamente, el español no es hipócrita. Sea como fuere, diríase que se complace en presentarse tal cual es. La maledicencia y el chisme, el chascarrillo y la chirigota reinan soberanamente en la sociedad de la corte. Todos se soplan y se cantan unos á otros, en tono de broma y en forma de farsa, las verdades más amargas y los insultos más hirientes.

La sociedad española que nos pinta Hoyos no es, creo, ni más ni menos depravada que la de cualquier otra corte contemporánea. Hasta talvez sea más ingenua en sus vicios. Pero es más cínica. Y este es el rasgo capital, no del autor precisamente, sino de sus personajes, todos maledicentes, todos francos en sus arrebatos y crudos en sus expresiones. Diríase que viven en el amoralismo que estalla en Francia durante el siglo XVIII, como una violenta reacción contra el rigor excesivo de la antigua moral religiosa de los siglos medios. Diríase que los españoles que nos presenta Hoyos hacen con su cinismo una especie de teología al revés.

II

Toda el desarrollo de la novela gira alrededor de la intriga de amor de una gran dama, la condesa de Monreal y un artista bohemio y fracasado, Willy Martínez. Junto á estos personajes se mueven otros varios, especialmente los amigos de Lina, la condesa. No falta, naturalmente, alguna chula procaz y algún admirado torero.

Los tipos de mujeres — Lina, María, la Pancorbo, la princesa Wladimirosky, Lucerito Soler, — son todos realísimos. Se trata de verdaderas españolas, ya de la alta aristocracia, ya del bajo pueblo. Tienen el relieve de la verdad. En cambio, los personajes masculinos resultan esfumados y difusos. Sobre todo el héroe, Willy Martínez, que vive abyectamente de lo que le da su distinguida amante, la insulta y la befa con cobardía feroz, y no carece sin embargo de dignidad y de una elevada inteligencia artística. No es un canalla, ni deja de serlo. Es un abúlico y acaba triunfando. Se está muriendo de tuberculosis y de pronto reacciona, vive y obra. El lector no se explica los cambios de ese tipo de camaleón humano. El fondo de su carácter que pudiera explicarlos queda obscuro y enigmático, á punto de que apena que una hembra tan de carne y hueso como Lina se aparee á un hombre que más que tal es una sombra que el autor hace pasar caprichosamente por las páginas de su libro. El marido de esa pobre condesa es tan incomprensible casi como el amante. Solo Julito, un personajillo secundario, resulta verdadero entre los señores y los chulos que se mueven en la novela, como las marionetas de un Guignol.

III

En cuanto al estilo, pueden sin duda hacérsele dos serias observaciones. Es demasiado desigual, y, en ciertos momentos, un tanto despreocupado, vacilante, lacio.

El mismo autor reconoce en su prólogo su falta de unidad.

« El estilo de una novela no puede ser uniforme, nos dice; ha de variar en cada período, en cada párrafo, en cada frase, puesto que varían los estados de alma y las sensaciones que ha de reflejar. Y así como en pintura no podría usarse el mismo colorido para una marquesa versallesca á lo Watteau que para un asceta de Dominico Theotocópuli, así en literatura no puede usarse el mismo estilo para escribir una trajedia de dolor que una escena de mundano devaneo ».

No estoy del todo de acuerdo con esta teoría literaria del señor de Hoyos. Pienso que cada obra de arte debe llevar en todas sus partes bien impresa la personalidad del autor. Sólo cuando el autor hace hablar á sus personajes me parece francamente autorizado á variar y disfrazar su estilo. Cuando él habla por sí mismo paréceme que debe usar su estilo propio.

Todo grande escritor tiene una manera personal de estilo que no varía á cada página, y que igualmente le sirve para describir « una escena de mundano devaneo que una escena de dolor ».

El mismo Hoyos posee un estilo de carácter propio, aunque con esquiveces, alternativas y contrastes. Ese estilo recuerda tal vez, por su variedad, al de Jean Lorrain, que tiene tan felices intuiciones como lamentables ausencias . . .

Yo creo que el estilo de Hoyos no es aún definitivo. Ha de uniformarse y simplificarse en sus nuevas producciones. Su indisciplinada policromía acabará por regularizar sus líneas fundiendo acaso y esfumando ciertos tintes demasiado llamativos, ciertos clarobscuros demasiado violentos, á veces goyescos, á veces caricaturales.

El talento de este joven escritor se halla en pleno desenvolvimiento, casi diría en plena efervescencia. Parece una fuerza potente encerrada en estrechísima vasija y que pugna por romperla, estallar y difundirse.

Hay en su libro agudísimas notas, páginas realistas, encantadores aciertos, y también parrafadas inacabables, giros inelegantes, frases incorrectas. Codéanse un aristocratico casticismo y un cosmopolitismo exagerado. Se chocan sutiles

delicadezas de artista decadente y expresiones burdas y triviales...

No podría sin embargo, ni el mas taimado crítico, acusar á Hoyos de falta de temperamento artístico. Lo tiene, y de sobra, diríase que para derrochar á diestra y siniestra. Revélase en las paginas de su obra algo más que un retórico: un luchador robusto y decidido. Pero este luchador no ha elegido todavía su arma: usa indistintamente y según los momentos, ya el fino florete francés, ya la pesada espada italiana, ya la maza, ó el revólver ¡y hasta la lanza de Don Quijote!

Las letras castellanas tienen todavía mucho que esperar de ese escritor. Su complejo espíritu en que se revuelven y amalgaman el hidalgo y el snob, el nervioso aristócrata y el sanguíneo arrivista, el hombre de mundo y el hombre de letras, el pensador y el esteta, es un producto típico de nuestra época. Hoyos es un hombre moderno, esencialmente moderno. Se ve que ha nacido y vive en los tiempos del telégrafo sin hilos y del automovil. No es un escritor naturalista lleno de fuerza y salud á la manera de la señora Pardo Bazán, ni un arcáico caballero á la moderna como Valle Inclán, ni un resucitado del Renacimiento al modo de Valera, ni un alma rancia y grandiosamente castiza á lo Pereda y Pérez Galdós.... Es algo distinto de todo eso, que casi raya en la literatura mórbida de nuestros días, y que resulta un tanto nuevo y casi exótico en España.... Es, en una palabra, con sus condiciones y sus defectos, quizás más por sus defectos que por sus condiciones, un hijo genuino del siglo XX.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

CUANDO LA MUJER ESCRIBE

Hace algunos días, un querido y docto amigo mío, escritor reputado, habiendo hallado en uno de los diarios más difundidos un artículo firmado con el nombre de una nueva colaboradora hasta entonces desconocida, tuvo una expresión tragicómica de impaciencia y de indignación, y exclamó:

—¡Otra más! Pero esto es un contagio, una epidemia! una grafomanía en el período agudo! una forma de locura colectiva!...

Hechas las concesiones debidas á las exageraciones de mi buen amigo, es, sin embargo, necesario reconocer que el número siempre creciente de mujeres, no diré literatas, pero que consagran á la literatura sus ocios, ó toda su intelectualidad, puede, en verdad, impresionar, y no en un sentido favorable para el mismo fenómeno.

La añeja sentencia que manda á la mujer á hacer calceta, ha hecho ciertamente su tiempo, y ya todos admiten la participación femenina en las profesiones antes reservadas exclusivamente para el hombre. La necesidad de ser un agente productivo en la economía doméstica, abrió á las mujeres las puertas de las oficinas y de las universidades, las instaló ante las máquinas de escribir y los inmensos registros de protocolo, puso en sus manos el compás del arquitecto y el bisturí del médico. Naturalmente la multitud de las valerosas no se amedrentó tampoco ante la pluma y las carillas blancas del escritor; antes bien, numerosas manos femeninas corrieron veloces sobre las páginas cándidas.

Talvez, demasiado veloces. Talvez, demasiadas páginas, ay!, no ya cándidas, sino cuajadas de líneas, palabras é ideas, razonamientos y fantasías, una abundancia, una superabundancia de producción, que adquirió bien pronto proporciones alarmantes.

Además, siendo la profesión literaria una de las menos retribuidas, cuyo ejercicio da raramente la riqueza, y muchas veces con dificultad el pan cuotidiano, es también la forma de actividad escogida por muchas señoras y señoritas que, no hostigadas por las necesidades de la vida, escriben sólo á fin de ocuparse en algo, conciliando el deber universal del trabajo con un pequeño sueño de ingenua ambición. Así vemos las redacciones de los diarios y los despachos de los editores invadidos por una muchedumbre de gentiles postulantes, con el pequeño envoltorio de su manuscrito, ceñido por un lazo de seda pálida, temblorosas entre la esperanza de una aceptación y el temor del *no* fatal; que ofrecen toda su actividad intelectual por « amor al arte », ó por « el bien de los niños », ó por « el triunfo de la gran causa femenina », ó por cualquier otro fin más ó menos serio, detrás del cual á menudo se esconde la grande, inmensa esperanza de ver por fin el propio nombre impreso en las columnas de cualquier periódico cuotidiano, semanal ó mensual.

Y he aquí porqué, también en los centros menos poblados é intelectuales, en provincia ó en los pueblecitos perdidos y lejanos, no falta el periodiquín ó la hoja literaria en que la mujer del médico bosteza en cuatro estrofas su melancolía sentimental é incomprendida, la maestra del pueblo escribe para los chicos unos cuentecillos aun más inocentes que los pequeños lectores, y una respetable madre de familia, ex-institutriz, da la receta para quitar las manchas de grasa en los trajes ó para cocinar el plato del día.

A veces, también, se logra conciliar lo útil con lo agradable: el periodiquín que vive de tijeras ó de colaboraciones de diletantes, produce una pequeña renta á la directora, acaso más abundante y de todos modos menos penosa que la que obtendría á fuerza de aguja ó por cualquier otro expediente.

Pero estas pequeñas trabajadoras del pensamiento forman la población menuda, la muchedumbre; á su frente y por encima de ellas marcha la vanguardia de las mujeres activas é intelectuales que trabajan valerosamente por un ideal y por el pan de cada día, que representan una idea y son cabeza y sostén de una familia, que rodean de notoriedad su nombre

y de bienestar á los propios ó ajenos hijos, que piensan, trabajan, luchan y llegan.

A estas mujeres de vanguardia, puñado escogido y simpático, también la mayoría de los hombres perdona el atrevimiento. El éxito absuelve. Ellen Key, la Buckner, Mme. Severine, Matilde Serao, ya sólo obtienen aplausos. La crítica se vuelve al contrario severa y despiadada con las menores, subraya sus lados ridículos, pone en broma los piadosos, revela y burla las ambiciones ocultas, ó bien es pródiga de una indulgente compasión que glosa con la obligada cortesía hacia la debilidad y la inferioridad. En estos casos es preferible la censura, y la más cruel.

Cuando una mujer comienza á escribir, despierta en el público, como primer sentimiento, el de la desconfianza. Presentadle á alguien un mozo, diciendo: « Es un joven escritor », y noventa y nueve veces sobre cien el otro tendrá una expresión ó una frase de simpatía, ó, por lo menos, de benévola curiosidad. Decid de una mujer: « Es una escritora », y en el acto, si su nombre no es ya muy conocido favorablemente, veréis una leve mueca de desconfianza ó de contrariedad reprimida. Parece que el viejo adagio: « Guárdate de la mujer que sabe de latines! », tiene personas afectas asaz rigoristas que lo aplican con exceso aún á quien no ha declinado tampoco una vez el *rosa, rosæ*, y tiene sobre la conciencia en cosas de literatura, solamente algunos pecadillos veniales, como cortas poesías, cuentitos ó breves artículos de cualquier índole, en la vulgar lengua patria.

Esta crítica rigorista hiere, pues, toda aquella turba de humildes escritoras, cuyo objeto principal parece ser el de formar una literatura aparte, algo así como una literatura á uso de las mujeres, y gasta todas sus fuerzas tratando de hacerla muy gentil, muy dulce, una literatura de deshecho, á base de flores y de suspiros, de crujidos de sedas y de sonrisas de niños.

Ahora bien, todo esto es muy peligroso porque degenera fácilmente de la gentileza á la dulzonería, de la simplicidad á la vaciedad. Por lo cual, exceptuando unas pocas mujeres escogidas, los temas frescos y gentiles son mucho mejor

tratados por los hombres, cuya robustez de pensamiento y de concepción da nervio á las ideas más humildes y delicadas. Es este el motivo que explica porqué entre tantas mujeres que componen versos, son bastante raras las poetisas verdaderas, dejándose la mayoría de ellas desmayar en una armonía hueca de frases rimadas.

Mucho mejor resultan las mujeres inteligentes, en el estudio de las ciencias exactas, de las lenguas antiguas y modernas y de las ciencias sociales. En efecto, por cada buena literata encontramos muchas óptimas profesoras ó profesionales distinguidas, y también sabias entregadas á estudios severos y profundos.

Eminentemente positivo, el carácter de una mujer inteligente se revela en el razonamiento sereno, en la vísión segura de una cuestión, en la rectitud de juicio, en la rapidez del proceso analítico y en la ingeniosidad de la síntesis. Frente á una sola novela discreta debida á una pluma femenina, tenemos una cantidad respetable de memorias, tésis, ensayos críticos, que dan muestras de la seriedad de estudios difíciles. Espíritu de observación, diligencia, dotes críticas, y, al contrario, fantasía escasa, pasionalidad dudosa, deficiencia creadora, he aquí, más ó menos, las cualidades y defectos de la mayoría de las escritoras, aun de las buenas.

Con todo, muchas mujeres escriben y muchas más escribirán, porque la carrera literaria, tan difícil para quien la recorre seriamente y con la mirada y la aspiración muy en alto, es pródiga de fáciles satisfacciones á las ambiciones modestas, á los pequeños orgullos y á las vanidades gentiles. Por esto, la tinta continuará manchando los dedos róseos de las mujeres y las prensas seguirán gimiendo bajo el peso de frases dulces, tan dulces!

Para las mejores el camino está sembrado de espinas. Por consiguiente se puede juzgar á una mujer que escribe, preguntándole si se prepara á una cosecha de flores ó á una ruda batalla.

IDA BAROFFIO BERTOLOTTI.

EL REGRESO

A Atilio M. Chiapporl.

¡Cómo esclarece la mañana el vasto
Prodigio de las tierras familiares!
¡Cuánta dulzura mística difunde
La luz en las tranquilas praderas y en los montes
Azules y en los nítidos cielos y en los claros
Límites del sereno panorama!

Una apacible devoción esplende
Sobre la gran tristeza de los años distantes
La suave Primavera
Que en estos días floreció gloriosa-
mente en el mar, montañas y llanuras.

Oprime con inmensa caricia
El maternal abrazo del retorno;
El maternal abrazo de esta vida presente
Y luminosa; el maternal abrazo
Que hace sollozar largos olvidos,
Que evoca los recuerdos de las horas de luz,
De libertad, de amor, de religiosa
Simpleza, cuando éramos
Todo bondad en los juegos sencillos,
Teníamos ideas puras como las hostias,
Y nuestros ojos eran muy claros y muy suaves,

Del libro en preparación: «Poemas del campo y de la montaña».

Y era nuestra alma como una pobre ciega,
Y teníamos miedo de la noche,
Y sin malicia amábamos al Señor á la Virgen!...

La orgullosa presencia de este dia
Como la historia nuestra nos encanta:
El sol que asoma con el mismo
Explendor de tragedia entre una enorme
Conflagración de incendios;
Las unánimes dianas que saludan
Su real advenimiento; las ofrendas
De las rústicas gentes, en los cantos
Matinales, gloriosos de esperanzas;
El vaho de las húmedas tierras, temblorosas
En el robusto espasmo de las fecundidades;
Los potros que desatan sus empujes
En deserción indómita, poblando
De alborotos oceánicos la tranquila represa,
O de épicos galopes
La cristiana quietud de las llanuras;
Los toros que concentran paternales caricias
Y husmean con voraces intentos
La castidad ficticia de las vacas;
De las vacas,
que llegan
lentamente
una a una,
por el largo
camino...

Se abren los campos á la luz del día
Como un escenario gigantesco
Donde hubiera de darse un episodio
Culminante del Génesis.

Han herido tan hondo los arados
Que la tierra en dolientes abandonos
Ofrece al sol el holocausto

De los abiertos surcos;
De los surcos sedientos que interrogan
Con suplicante devoción los cielos,
O en el martirio de la sed, se alargan
Como buscando el cauce de un torrente...

Y más allá, las siembras que han rendido
Y auguran con reflejos de madurez, la hora
Oportuna de las grandes colectas.

Y más allá,
Emparedando el linde del Poniente,
Severa en su actitud de predominio
La montaña.
Enflora el sol la nieve de sus cimas
En un sereno éxtasis de lumbre;
Desde la altura un invisible efluvio
De paraiso celestial proviene;
Docilizan los vientos sus banderas indómitas,
Y junto á la montaña,
Las rudas tempestades,
Son las brisas sutiles que conmueven
Con delicada cortesía
El lírico follaje de las frondas.
En su espalda con golpes de certeza pujante
Voltea el leñador toda una selva;
Como el sudor de colosal fatiga
En largos cauces ruedan los torrentes;
Cruje en el hondo abrazo de su entraña
El oro;
Y hay como un ruego
Sencillo y dulce
En la paz de esa mole,
En la paz de los siglos
Que se arrodillan contemplando el cielo
Desde esa mole azul,
Enorme, maternal y gigantesca,
Como un gran pensamiento impávido ante Dios,

Tal como el lábaro
De la primer vanguardia victoriosa
En la conquista de la luz
Universal!
Mirador celestial desde la cumbre
Se contempla la vida circunstante
Reasumida en los lindes de aquellos horizontes
Tal como en una clara pupila luminosa.
Asaltan con empuje de siglos las visiones
De las edades muertas: desde la misma cúspide
Que fué la torre del vigía indiano
Se mira como una gran derrota de pueblos...
Allá el derrumbamiento de las tribus
Arrojadas en doliente vorágine;
Más allá los fortines que la patria
Jaloneó como sombras de peligro
Después de las Hazañas de los sables;
Y más allá... como una selva
Que cien inviernos martirizaron
Erigen sus desnudos perfiles
Las quinientas mil lanzas
Que atestiguan quinientos mil sepulcros
—Tumbas de los caidos
Para alfombrar la senda de la Luz!...
Frente á frente del tiempo
Hierve mi antigua sangre americana;
Mi incásica nobleza resucita
Ansias de imperios únicos;
Erígese mi orgullo
Sobre la torre del vigía indiano,
Lanza alaridos de leon mi instinto,
Y en la sed infinita de imposibles,
En el dolor de todos los recuerdos,
En la impetuosa evocación de todas
Las cosas extinguidas,
Canto los funerales de mis razas
Y embandero de sol todas mis cumbres!

Mirad el huerto:
Los familiares olivos muestran
La paz gloriosa de sus follajes.
Como una plegaria pasa el agua
Que conduce al alma de la montaña,
Y habla
Con las ramas largas de los sauces
Palabras muy vagas.
Pasa el agua clara. . .
Las viñas!
Hay un frescor de templo
Bajo las viñas.
Los brotes que prolongan
Una verdad de madurez profícua
Insinúan deseos de verano. . .
Cuando las parras den sus racimos,
Las uvas negras, las blancas uvas,
Penderán como senos de exuberancia indígena
Sanos en su desnuda indiferencia,
Incitando las gulas de los chicos locales,
Y el asombro trivial de las niñas urbanas.
Y el doméstico vino
Refrescará los múltiples cansancios
En los convites oportunos.
El naranjal ampara
Entre el verdor obscuro de sus hojas
Dorados universos,
Despertando el recuerdo del sabroso mordisco
Y el hilo de dulzura que se escapa
Con pródiga abundancia de los labios. . .
Los granados se enfloran de púrpura.
Asoman delatoras gemas en las ramas
Del abundante duraznal.
La torva asimetría de las higueras madres
Que preparan orientales festines
A los pájaros, y con sus ramas cómplices,
La sutil delincuencia del rapaz colindante. . .
. . . . . .

El aire matinal
Colabora con soplos de sedativa excelsitud.
Y mi vida se une por un secreto génesis
A la verdad robusta de esta vida.
La alquería se afana en sus labores
De saludable porvenir. Encanta
Como una orquesta
Que narrara motivos familiares,
La cancion colectiva de los campos.
Y mientras una idea
Sutiliza remotas concepciones
Y un pequeño dolor taladra aquellas
Devociones virtuosas del presente,
Las manos fraternales
Dispersan las dolientes perspectivas,
Con la valiosa ofrenda
De una copa de leche, espumosa y excelsa
Y de un ramo de flores tan hermosas,
Que aun las llevo en mi alma, hermana mia!

1907. MARIO BRAVO.

EL DIARIO DE LUCY OCAMPO

Á EDUARDO BUNGE.

Serían las siete de la mañana cuando el *landaulet* de Ocampo se detuvo frente al hotel de la Avenida Alvear. La familia regresaba de la temporada balnearia de Mar del Plata. Por la portezuela que el portero se adelantó á abrir, descendieron los señores y los niños, alegres con la novedad del llegar. Lucy bajó la última. Un dejo de tristeza velaba la expresión delicadísima de aquella niña de veinte años, más encantadora aún, en el abandono de su atavío matinal.

Al bajar, después de estrechar á la vieja aya que le tendía los brazos, subió lentamente la espléndida escalera del *hall,* cruzó un pequeño corredor y abriendo una puerta penetró en su cuarto. Todo estaba cual lo había dejado al partir, una noche de Enero: los cortinados envueltos; arrollada la rica carpeta de Esmirna en un extremo del encerado *parquet;* enfundados los muebles; cubiertos de gasas rosadas los suspensores eléctricos; los vasos sin flores. . . Lucy abrió las ventanas que daban sobre el jardín y fué recorriendo amorosamente todos los objetos que adornaban la estancia. Abrió el guardarropa y los roperos vacíos, se miró al espejo, movió la cama y luego, del cajón de un riquísimo *secretaire* de palisandro, sacó un manojo de flores, de pétalos entumecidos y extraños. Debajo había un pequeño libro finamente encuadernado. Lo tomó y con trémula mano abrió las últimas páginas escritas. Era su pequeño confidente, el diario de su vida. Lucy leyó sus

páginas y á medida que leía, embargada por intensa emoción fué demudándose. Ellas decían así:

«*Lunes 11 de Noviembre.*—En este momento acaba de retirarse Beba Frers. Vino esta tarde y se quedó á comer. Hemos tenido mucha gente porque es día de recibo y el santo de mamá. Eduardo Guerrero, mi asiduo festejante, estuvo también... ¡Pobre Guerrero! esta noche mis nervios excitados no lo han podido soportar. A las diez me retiré del salón con el pretexto de una lijera enfermedad y me vine con Beba á mi cuarto. María debe estar enfurecida. Beba ha estado conmigo casi dos horas. Teníamos que hablar tanto!

La noche está espléndida. Por el vano de la ventana entreabierta llegan hasta mí los efluvios perfumados del jardín. Hay algo de piadoso y de místico en este aire embalsamado de aromas de primavera, de retoños nuevos, y corolas frescas. En el vecino reloj de la Recoleta dan las doce... Las campanadas se suceden lentas, y en el continuado desgranarse de los tañidos en el viento, paréceme que la noche hubiera condensado sus palpitaciones misteriosas. El andar de un carruaje interrumpe el silencio. Me inclino... Es Beba que parte. En la calzada brillan los faroles de los coches estacionados; muchos quedan aún. Al fondo, en el cementerio, detrás de las frondas de los árboles ennegrecidas, las blancas cruces que coronan las tumbas, parecen almas de penitentes acurrucadas en hileras dispersas. Bañada por la luz de la luna se destaca, con contornos extraños, la imagen del Salvador que corona el templo, y al lado del pastor y de la grey inmóvil, el campanario, en la obscuridad, me hace pensar en un conjuro de aquellos seres, petrificado bajo el azul profundo en el que tiemblan las estrellas y brilla la luna pálida.

La cabeza me da vuelta y siento en los párpados una aridez febril: es la imagen de ese joven casi desconocido que me persigue, es su cara pálida, son sus ojos verdes, incomparablemente verdes. Se llama Alberto Lasala. Lo veo todas las mañanas por Florida cuando salimos á las once con Beba á caminar. El viene con Charles, el hermano de Beba. Regresan de la Facultad. Me llamaron la atención sus ojos.

—Mira—le dije hace unos días á Beba,—mira que hermosos son. ¿No sabes su nombre?

—Es Lasala—me dijo,—es de una familia muy vieja, pero no tienen fortuna. La madre es amiga de mamá. ¡Si vieras que linda es! Enviudó hace poco y tiene dos chiquitas riquísimas. El es muy amigo de Charles y tiene su misma edad, diez y nueve años.

—Cuando pasa—le respondí,—yo no hago otra cosa que mirarle los ojos. ¡Qué hermoso contraste forma ese iris tan verde con las pestañas negras, la palidez de su semblante y el cabello obscuro caído sobre la frente!

—¡Qué daría por tener sus ojos!—añadió Beba;—sería preciosa, aunque en realidad ninguna de las dos podemos quejarnos de nuestros ojos negros.

—Sin embargo, los cambiaría—le respondí sonriendo.—Estoy encantada de esas pupilas de esmeralda.

*
* *

Pasaba esta mañana por lo de Frers, de vuelta del Socorro, cuando Beba que estaba en el jardín, hizo parar mi automóvil y me llamó.

—Bájate—gritaba corriendo á la vereda,—bájate que tengo que contarte una gran novedad. Sabes, Alberto Lasala está enamorado de tí. Me lo ha dicho Charles. Dice que ya había notado que cuando pasábamos se le mudaba el rostro y que ayer al verte que salías de lo de Fabre con tu mamá, le dijo: «allí viene Lucy Ocampo; mira que encantadora», y me contó Charles que el chico García, que venía con ellos, le dijo embromándole: «Che, Lasala, te apuntas muy alto. ¡Cuidado! Voy á decirle á la señora que pretendes desbancar á Guerrero». Y como se lo dijo casi en momentos en que tú pasabas, se turbó de tal modo, que se le encendió completameate el semblante.

Yo, que lo había notado, callaba encantada. Beba proseguía:—¿Y por qué no le haces caso, Lucy? A esa edad es cuando los hombres saben amar. Es natural que con un muchacho tan joven no te vas á comprometer, pero siempre es una variación y una diversión deliciosa. ¿Tú crees que Gue-

rrero se puede inquietar? Como quieres que vaya á temer á un rival de diez y nueve años. Además, hijita, piensa que estamos en una época en que no hay diversiones: todo se compone de Palermo á la mañana, Palermo á la tarde y Palermo á la noche. Yo también tengo mi candidato: ¿sabes quién? Diego Arana, tú le conoces, ¿no es verdad? Es muy simpático y por la manera como me mira creo que el muchacho está enamorado de mí.

- ¿Sabes, la interrumpí, que lo he visto á Diego en misa de once? Estaba en el Socorro.

—Pues el domingo, Lasala va á la de una. Ayer recuerdo que nos saludó cuando salíamos con Carmenza.

La señora de Frers desde el carruaje gritaba impaciente:

—Beba, son las once y cuarto y me vas á hacer perder la misa. Lucy, ¿quieres venir con nosotras á San Ignacio?

—Sí, ven... decíame Beba caminando hacia el coche.

—Gracias, Anatilde—le respondí,—pero no puedo. Hoy es el santo de mamá y además tengo que almorzar temprano.

—¿Vas á alguna parte? preguntó Beba.

—Sí, á misa de una,—le respondí sonriendo.

Beba prorrumpió en un ¡ah! para mí desconcertador y luego en una alegre carcajada.

—¿Qué es eso, niñas? preguntó Anatilde azorada.

—Nada, mamá; es que Lucy está muy devota. Figúrate que oye dos misas! — Y mientras me besaba, añadió muy quedo:

— Veo que sigues mi consejo. Hasta luego!

....

Debía ser tarde cuando llegué al Socorro, pues al detenerse el automóvil, llegaron á mí los ecos mitigados de las campanillas que entonaban el sanctus. Por el atrio asoleado y desierto avanzaba una sombra... No necesité volverme para saber que era él. Llegamos casi juntos á la puerta y él se detuvo, para dejarme pasar. Entonces yo alcé la vista y dejé caer en él una de esas miradas que sólo saben lanzar mis ojos ardientes y lánguidos, y en aquel batir de párpados sorprendí una voluptuosidad angustiosa en sus pupilas inmensas, ví crisparse sus labios exangues y palidecer más aún su rostro... Yo entré al templo radiante, con ansias infinitas de rezar..,

y rezé y debí rezar mucho, porque cuando los murmullos de los pequeños que venían á la doctrina interrumpieron mis ruegos, el templo estaba casi desierto. Cerca de la puerta me encontré con Carmenza, encantadora en su traje blanco. Debía tener algo extraño en mi fisonomía, porque Carmenza, mirándome, me dijo: « Te noto, Lucy, algo raro, aunque hoy estás deliciosa». Salimos juntas. Alberto saludó. Ese saludo á Carmenza, me produjo una angustia infinita. Recordé las palabras de Beba. El no estaba allí por mí, era por ella! Beba me ha asegurado esta noche que el doble encuentro con Carmenza es una casualidad y que no la festeja... ¿Será cierto?

Mañana empiezan los ejercicios en el Sagrado Corazón.

Sábado 14 de Diciembre, 3 de la tarde — Estoy desolada. El tiempo no puede seguir peor. Después de azotarnos varios días, la lluvia maligna ha cesado hoy, pero en cambio un viento asolador sacude con violencia las copas de los árboles. Beba me acaba de hablar por teléfono, diciéndome que la comisión de Damas de Misericordia no ha resuelto aún si suspenderá el *diner-concert* que ha de celebrarse esta noche en el Pabellón de los Lagos, pues esperarán á ver si el tiempo se compone á las cuatro. ¡Cuantas esperanzas ciframos Beba y yo en esta fiesta! Los conoceremos por fin! Nosotras estamos invitadas por Susana Torres, que da una gran comida de ochenta cubiertos. Charles ha reservado una mesa muy cerca de la de Castex y ha invitado á Diego y á Alberto. Nos los presentará cuando bajemos al jardín. Beba está encantada con Diego, pero estoy segura que á ambos la aventura no les hace mal. Beba es deliciosa, pero incapaz de amar; de Diego casi afirmaría otro tanto; en cambio el pobre Alberto... A veces me arrepiento de esta locura que puede ser cruel. Beba, sin embargo, me quita todos los escrúpulos. « No seas tonta, — me repite á menudo — ¿tú tienes la culpa de que el muchacho te quiera? y para él mismo que más puede pretender? »

A la hora del almuerzo habló Susana con mamá para comunicarle que había invitado á Guerrero. Mamá quedó en-

cantada. « Ya ves — me dijo, — como todo el mundo da como un hecho tu compromiso. Cuida bien como te portas y reflexiona que es locura que desdeñes á ese mozo que reune todo lo que tú puedes desear. Figura, posición, dinero... » ¿Y el amor? Mamá no se preocupa si existe amor, no lo cuenta. Yo en cambio, que casi ya me había ido acostumbrando á este compromiso que veía venir, desde aquella tarde en que me encontré con Alberto en el Socorro, trato de evitar una declaración de Guerrero, porque no podría ni sabría mentir. Y, sin embargo, me doy cuenta de que con Lasala no me voy á casar. Oigo de nuevo la campanilla del teléfono. Debe ser Beba... Era ella, en efecto. Me hablaba muy contenta para decirme que el cochero que siempre acierta sobre el tiempo, le ha asegurado que á la tarde se va á componer. Dios lo quiera, porque si la fiesta se suspende no podré conocerle, pues nos vamos pasado mañana á la estancia, hasta Enero, en que nos iremos al Bristol. Beba me dice también, que acaba de probarse su traje y que le queda espléndido. No ha querido decirme como es. El mío es elegantísimo: de espumilla blanca, con manojos de flores estampadas, de colores muy ténues, verdes y blues, adornado con bieses de terciopelo combinados, de los mismos colores, y en la bata un soberbio cuello de Irlanda. Mi sombrero también es traído, es modelo de Caroline Rebus, es gris, de paja con dos grandes amazonas, una topo y otra blue, y debajo, en el ala, tiene una coronita de rosas. Ayer, cuando vino Beba, me lo probé con el vestido: me quedaba elegantísimo. « A la verdad — repetía Beba, — no hay modista que tenga el gusto de esa mujer. Verás el mío.

Diciembre 15, 3 de la mañana. — ¡Ah, señor, que noche incomparable! Me acabo de levantar al oir dar las tres. No puedo dormir. En vano pesa el sueño sobre mis párpados: mis ojos no se pueden cerrar; quieren ver más, quieren ver más, aunque inutilmente se fatigan de mirar en la sombra!

La tarde se compuso y la noche no pudo ser mejor. A las ocho vino Beba con Charles á buscarme. Estaba preciosa,

con un traje de valencianas blanco, con cintas verdes y el sombrero blanco.

Cuando llegamos, el aspecto de la terraza, con tantas luces, era deslumbrador. Yo me senté casi al extremo de la larga mesa. De un lado tenía á Guerrero, del otro á Luisito Gimenez, enseguida Beba, enfrente á Susanita y á Carmenza. Alberto que estaba en la mesa de Charles, muy cerca mío, al verme se sonrojó, y yo misma debía estar muy rosada porque Carmenza me dijo: — «Lucy, estás hoy como aquella tarde en el Socorro, ¿te acuerdas?» Las tres horas de la comida pasaron muy rápidas para mí, que en esta noche casi había perdido la noción del tiempo, fascinada como estaba por esos ojos glaucos, que, sin mirarlos, los adivinaba fijos sobre mí. A las once bajamos al jardín. Fué junto al cinematógrafo, donde Charles me lo presentó. Alberto me dió la mano casi temblando. «Tiene los ojos trágicos» — me dijo Beba, acercándose y presentándome á Diego, con quien conversaba, como con un viejo amigo. — «¿Qué te parece, Lucy, que diéramos una vuelta en el lago?» — exclamó de repente A todas las muchachas y á Diego les pareció encantador. Alberto no contestó, pero ví en sus pupilas una expresión suplicante. — «No vayan, muchachas, que les puede hacer mal, pues está la noche muy fresca», nos dijo Anatilde. — Y hay mucha humedad - añadió Susana, interrumpiendo la narración de no sé que reminiscencias de una novela de Anatole France. Ante la insistencia de Beba y la intercesión de Luisito Gimenez y de Guerrero, Anatilde accedió y el señor Frers se decidió á acompañarnos.

Subimos á la góndola. Seríamos como quince. Guerrero, á ruegos de Beba, nos hizo de timonel. Ella se sentó al lado de Diego y detrás de ellos Susanita con Charles; yo subí la última y á mi lado, en el único lugar disponible, se sentó Alberto.

¡Qué algazara fué aquella! Todos reían y charlaban, espantando los pobres cisnes que huían asustados. Sólo él guardaba silencio, contemplando la imágen movediza de la luna sobre las aguas. — «Es mi astro, — me dijo de pronto, con la voz animada de vehemencia. — Es la eucaristía santa de las

almas tristes, la vírgen infecunda, el símbolo de los que sienten amor y no abrigan esperanzas....!» Y yo, entonces, alcé los ojos y ví la hostia pálida suspendida en el azul profundo. Debajo el islote del centro me pareció el ara inmensa y en las dos hileras de casuarinas que bordean la orilla creí ver, detenida, una doble teoría de esos peregrinos tristes... El continuaba: — «Es el astro de los desolados, de los que velan en la noche. No es inmutable como el sol: crece como las esperanzas y declina como la vida en los hombres.... Es la primera quimera que forjó el Hacedor antes de forjar el corazón del hombre!»

Le miré. Estaba transfigurado. En sus cuencas hundidas brillábanle los ojos con una lumbre extraña. Estaba muy pálido y sus labios trémulos permanecían entreabiertos en un anhelo infinito. Yo, en tanto, sin apartar de sus ojos los míos y estrujando unas flores silvestres que él me había cortado, repetía muy quedamente como una plegaria: — «Es la eucaristía de los tristes.... de los que aman sin esperanza....»

....

— ¿Qué tienes, Lucy, estás contrariada? — me dijo Beba al subir al coche. — ¿Has sufrido una desilusión? Yo en el lago no podía mirarte, porque el sombrero de Susana me lo impedía, pero no oí tu voz. ¡Pobre Lucy! Veo que Alberto no te resulta! Yo en cambio estoy encantada con Diego. Que alegre y simpático es! En fin, Lucy, tú debes decidirte por Guerrero; un candidato serio como ese no se debe despreciar. ¿No has notado como te miraba? estaría celoso? Lo que es Luisito Gimenez, ha estado conmigo de amable!... Créeme que es un festejante que no me disgusta; es buen mozo y tiene mucho dinero. Susanita me dijo que mi sombrero me quedaba muy bien. ¿Viste el de ella? Era elegantísimo; no tenía más adorno que un gran ramo de hortigas y briznas blancas. Mañana voy á preguntarle por teléfono á que casa lo encargó. ¡Pero tú no me atiendes! — exclamó de repente, interrumpiéndose.

Subíamos la barranca de la Recolecta.... Yo debía estar muy pálida porque al pasar el carruaje debajo de un foco de luz, Beba me dijo asustada: — «¿Pero, Lucy, qué tienes? Estás

demudada. — Y luego, tocándome las manos: — ¡si las tienes heladas! Debió hacerte mal el paseo en el lago. Había mucha humedad, hacía mucho fresco.

— No, le respondí, no tengo nada. ¿Sabes lo que tengo? Estoy enamorada.

— De Alberto?

— Sí, de Alberto. Hice mal.... Tú lo sabes: *On ne badine pas....*

Avee l'amour concluyó Beba, y luego, asombrada, repitió esas palabras para ella ininteligibles: *avee l'amour.*

....

Va amaneciendo. Tiembla en el oriente el rosado vapor del alba y las cosas aclaran sus contornos en la niebla azul. Empieza el día, la hora de los fuertes; por eso en el cielo la mística eucaristía de los tristes se desvanece ...»

Aquí concluía el manuscrito de Lucy. Cuando terminó su lectura, dos gruesas lágrimas se deslizaban angustiosas por sus mejillas pálidas. Se detuvo un instante para enjugarlas y luego, doblando la página, tomó una pluma y escribió con letra apocada y lánguida:

«*Lunes, 30 de Marzo.* — Hemos llegado esta mañana de Mar del Plata. Me he comprometido el sábado pasado. En casa, todos, y sobre todo mamá, están muy contentos....»

Un golpecito en la puerta la interrumpió.

— *Madamoiselle, peut on entrer?*

— *Entrez* — respondió.

Era la *bonne de chambre* que traía un espléndido ramo de flores. — *C'est de votre fiancé,* — añadió la criada, colocándolo sobre la mesa. Lucy, sin mirarlo, tomó el manojo de pétalos entumecidos, y extraños, y junto con el libro, los colocó de nuevo en el cajón de su riquísimo *secretaire* de palisandro. Al levantarse, leyó en una fina tarjeta de pergamino prendida en el lazo del ramo, el nombre de su novio: «Eduardo Guerrero».

GASTÓN FEDERICO TOBAL.

LA DAMA INEFABLE

I

... Hubo en la sabia unión de nuestras bocas
un añejo sabor de golosina
familiar. Y aquellas reyertas locas
tuvieron siempre la misma divina

finalidad: un beso que redime
de lejanos dolores y compendia,
el secreto afán que el rubor reprime
y la frase que el corazón incendia.

No sé cuánto tiempo, gentil señora,
gozamos de la vida así. Mas una
de esas tardes que el sol apenas dora

y en que el reir al suspirar se aduna,
hubo tanta pasión en mi alma, que
extinguióse como una rosa thé.

II

Desde entonces, señora mía, llevo
un perpetuo vivir de remembranzas,
y en noches de luna, como ésta, bebo
en vuestros pardos ojos, esperanzas.

No sé si es vano presumir el mío;
mas en mis instantes de ensueño, creo
que hay en vuestro pecho ducal, un río
de sentimiento que agotar deseo.

Amémonos, señora, sin la vana
fórmula que el gozo de amar destruye;
fundamos nuestras vidas en la humana

languidez de esta noche que diluye
pasión, como esa gota de champaña,
que el cristal de vuestra pupila empaña.

III

Oyó la dama mi galante ruego
que hoy su monótona viudez disipa,
con aquel amable y gentil sosiego
que de antiguos romances participa.

Su blanca mano levemente esquiva
se agitó á mi contacto clandestino,
como una suave flor de sensitiva
abierta á las injurias del camino.

Después en la noche de luna y seda
hubo arrullos y ensueños y ambrosía
bajo el amplio tremor de la arboleda,

mientras la fuente en el jardín reía
esa risa infantil y cristalina
que en los amados labios se adivina.

ARTURO PINTO ESCALIER.

EL AMORALISMO SUBJETIVO

(Conclusión)

Dícese, en primer término, con verdad, á mi manera de ver que una de las causas de la evolución social es el proceso de constante adaptación y desadaptación de los individuos que constituyen la sociedad. Se ha demostrado, además, que en el dinamismo psicológico de las sociedades nada se pierde: las pasiones más detestables son elementos de cardinal importancia en la vida social: hasta el delito la tiene. ¿Qué sería de la civilización sin los siete pecados capitales?

Se agrega, también, que el empirismo biológico sólo nos ha dado una psicología ética; que ha fracasado en su intento de darnos una moral ideal normativa. Apenas si contiene una moral relativa; relativa parque ha comprendido la necesidad de no prescindir de los instintos humanos. Hay algo de verdad en todo esto; pero, no obstante, no es lógico inferir de ahí que el amoralismo tiene fundamentos biológicos, hasta cosmológicos, según quiere Nietzsche.

El hecho de que un individuo al procurar su adaptación dentro de la sociedad comprometa en algo la adaptación completa de otro individuo, ello no prueba, en manera alguna, la amoralidad lejítima de tal conducta.

El criminal, destruyendo ó limitando con su violencia amoral la libertad del pacífico observador de la ley moral, compromete las condiciones de su propia existencia normal, puesto que el poder social limitará la libertad del criminal porque no se adapta al ambiente ético. ¿Porqué no ha de ser más legítima la acometividad amoral del criminal que la

facultad que se arroga la sociedad para eliminarle, puesto que altera las condiciones de la sociabilidad? La simpatía que Nietzsche profesa al criminal es inexplicable, es anticientífica, dado que esa ciencia que él invoca y torpemente interpreta para fundar su tésis, también podemos invocarla para demostrar que el hombre es un animal sociable dominado por el instinto de imitación. Esta ya era una verdad trivial para los mismos griegos que, según hemos visto, invocaban á la naturaleza para fundar la sociedad y, por ende, á la moral.

Spencer, con su habitual claridad penetrante, ha demostrado la importancia cardinal de ciertas fuerzas psicológicas, que, menospreciadas por Kant y los místicos, constituyen, en realidad, el verdadero fundamento de la moral. El mismo Kant no ha conseguido prescindir de aquellas fuerzas. El, que no habla de la afectividad sino con desgaire, no puede evitar la celebración del respeto, como si el respeto no fuera un estado de conciencia en el cual entran elementos sensitivos; verdad es que Kant nos da á entender que el respeto sería el único sentimiento... respetable.

La misma objeción merecen las tarántulas místicas, como las llama Nietzsche, que se desvelan por predicar la eradicación de las pasiones, como si ese mismo desvelo no fuera una genuina manifestación de la sensibilidad! Es que, quieras que no, no podemos librarnos de la sensibilidad puesto que se trata de lo más humano, de lo humano por excelencia. Y, acaso, una de las manifestaciones más elevadas de la espiritualidad, el éxtasis ¿no es la transformación ó término de la pasión? ¿El monoideismo de la pasión no es el preludio del éxtasis? Cristianismo no puede significar muerte de todas las pasiones, sino solamente de aquellas que pudieran determinar actos comprometedores de las condiciones fundamentales de la sociabilidad. Pero las manifestaciones de la afectividad son indestructibles. Ni siquiera las entidades super-naturales dejan de tener arranques pasionales. ¿No se habla, acaso, de la cólera divina? Para el moralista cristiano, si bien se mira, el odio solo es odioso cuando evita la realización del llamado bien objetivo. No olvidemos que la mis-

ma moral de Kant es utilitaria bajo el punto de vista social. Ha sido generada por el sentimiento de la utilidad.

Evidentemente, aún en el individuo que cumple al pie de la letra los mandatos del más exigente dogmatismo moral, se podría, malgrado su perfección moral, demostrar que hay en su adaptación una gota de actividad que redunda en detrimento de alguien, puesto que el bienestar ajeno tanto puede comprometerse sometiéndose extrictamente á las leyes de una moral absoluta como merced al amoralismo. Cualquiera que fuere nuestra manera de obrar, para vivir, moral ó amoralmente, cierto grado del mal del prójimo siempre habrá de necesitar un individuo para adaptarse. ¿Qué diferencia hallaríamos, bajo el mero punto de vista psicológico, entre el odio que el criminal pudiera profesar á un moralista perfeccionista y el que éste siente hacia el criminal? Ninguna: la misma pasión les anima, con la sola diferencia, importante, sin duda, de que en un caso tiene una función social y en el otro ocurre lo contrario.

Todo lo que venimos diciendo nos permite llegar á la convicción de que la afectividad no puede considerarse como la piedra del escándalo de la moral. Esto por lo que se refiere á Kant. En lo que respecta á los amoralistas, ya hemos visto que las manifestaciones de la afectividad humana no siempre son tan malas como se las pinta. Para probarlo, no hay más que ver los desvelos de Nietzsche para hacernos creer que los actos llamados altruistas, cuando no se explican por el egoismo, es necesario considerarles cual manifestaciones de una mórbida voluntad de potencia. Dejando para más tarde la demostración de lo arbitrario y unilateral del criterio de Nietzsche, por el momento sólo cabe asegurar que no puede darse nada más quimérico que el formalismo ético de Kant.

Hemos dicho, repitiendo una opinión corriente, que el biologismo moderno no ha alcanzado á formular una moral social de alto valor normativo. Por lo contrario, muchos prefieren recelar que más provecho supieron sacar de él los cultores del amoralismo.

A este respecto, suele traerse á colación el «Fundamento

de la Moral» de Spencer, deducida de sus «Principios de Biología» y demás obras.

Leyendo el capítulo referente á la moral absoluta y relativa, un temperamento metafísico columbraría en él indicios evidentes de amoralismo. Replicaría, por mi parte, que, si bien Spencer ha explicado la imposibilidad de realizar una moral absoluta, no debe inferirse de ahí un argumento en pro del amoralismo. Spencer encaró la vida con criterio determinista, modalidad constante de su espíritu, y el determinismo tanto puede explicar actos que el criterio tradicional calificaría de morales ó de inmorales, criterio que en el prólogo de su obra no desdeña, puesto que lo fundamental para él está en secularizar las principales normas éticas predominantes. El nunca hizo profesión de fé amoralista. Sólo en virtud de un prurito de suspicacia se nos ocurriría llamarle amoralista solapado. Claro está que no es mi ánimo negar que se le pueda hacer contribuir, mal de su grado, á la concepción amoralista. Antes al contrario, según veremos, la moral de Nietzsche, pues tiene una moral, si bien se mira, es la caricatura de la moral de Spencer. Tal vez por eso Nietzsche, que siempre habla con displicencia de los ingleses, quiere hacernos creer que Spencer era una inteligencia mediocre. ¡Inteligencia mediocre, Spencer! ¿Cabe mayor herejía? Pero, en fin, no hay para qué indignarse: ya sabemos por boca del mismo Nietzsche que «nada es verdad, todo es permitido».

Bien, pues: conviene transcribir algunos párrafos del capítulo mentado. «Es, pues, evidente, dice Spencer, que debemos considerar al hombre ideal, como existiendo en el estado social ideal. Según la hipótesis de la evolución, estos dos términos se suponen mutuamente, y, sin su coexistencia, no puede haber una conducta ideal, cuya fórmula ha de encontrar la moral absoluta, y que la moral relativa deberá tomar como regla para apreciar la distancia á que se está del bien y el grado del mal presente». Y al final de la obra agrega: «Mas aunque las reglas de la moral absoluta no puedan auxiliarnos mucho en la solución de los problemas referentes á la moral relativa, sin embargo, nos serán, como

siempre, de alguna utilidad, presentando á la conciencia una conciliación ideal de las distintas pretensiones que estén en juego, y sugiriendo la necesidad de buscar compromisos tales, que ninguna de esas pretensiones sea desconocida, y todas reciban la satisfacción posible» (9).

Vuelta que dale, Spencer, después de haber escrito un corpulento volumen sobre el fundamento de la moral, cae en brazos de la moral perfeccionista, no sin antes hacerla fracasar á la luz del determinismo científico, fundamentando aparentemente el amoralismo. Debe advertirse, empero, que la inconsecuencia de Spencer no es una convicción, sino una aspiración que se explica en virtud de la ley de la evolución. En realidad, Spencer profesa un utilitarismo racional con tendencia perfeccionista. La utilidad es la idea central de su sistema, y, sin caer en las fantasmagorías de Nietzsche, ha demostrado que el moralista no puede prescindir de los instintos humanos. ¿Prescindió Kant, á pesar de sus protestas formalistas, de lo que hemos llamado lo humano por excelencia? Hay razones para suponer lo contrario. Ya hemos recordado la base afectiva del respeto, por más que Kant lo conciba exento de elemento afectivo. Además, extremando la suspicacia, ¿no sería posible demostrar el pecado original de su formalismo ético? No recuerdo que haya en Kant una justificación evidente de su moral; pero, suponiendo que la haya dado, ¿no fué por ventura, el sentimiento de la utilidad de la moral lo que le llevó á formularla? Si hay verdad en esto, tenemos derecho á calificarle de inmoral, puesto que es impuro el origen de su obra. Claro está que para calificarle de tal, debemos encararle con su propio criterio.

El formalismo ético de Kant constituye un lente de aumento muy adecuado para hacer más relevante la esencial inmoralidad de la naturaleza humana. En primer lugar, según hemos visto, por la radical imposibilidad de eliminar los principios subjetivos de la voluntad; y, en segundo, porque, como veremos considerando su teología moral, Kant no ha po-

(9) "Fundamentos de la moral". Spencer.

dido evitar la introducción subrepticia de elementos empíricos en su pretendido formalismo ético.

Kant, al revés de la generalidad de sus antecesores, intentó fundamentar la teología sobre la moral. ¿Qué razones habrá tenido Kant para imaginar tan peregrina teoría? ¿Cómo se explica que Kant, el que acabó con el uso trascendente de la razón, haya concedido tamaño privilegio á la moral? Si la razón es una facultad que sólo puede ser fructífera en el terreno de la inmanencia, es evidente que estamos radicalmente incapacitados para pensar en la inmortalidad del alma, en la existencia de Dios y demás problemas de la Teología especulativa que el mismo Kant aniquiló con su «Crítica de la Razón Pura». Pero si bien es verdad que estos problemas salen de la cognoscibilidad humana, no tenemos derecho de tacharle de inconsecuente: Kant, con su dialéctica estupenda, deja convencido á cualquiera.

El mentado privilegio concedido á la razón pura práctica, se explica en virtud de la teoría del soberano bien.

Entiende Kant por soberano bien la conciliación de la virtud con la felicidad. Esa conciliación sería el ideal supremo de su moral; pero lo grave del caso está en que ese ideal no pasa de ser un ideal bajo el punto de vista terrenal. *La moral de Kant es irrealizable en este mundo:* el soberano bien impone dos condiciones supraterrestres, los llamados postulados de la razón pura práctica: la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. En efecto: «La realización del soberano bien, dice Kant, en el mundo, es el objeto necesario de una *voluntad que puede ser determinada* por la ley moral. Pero en esta voluntad, la conformidad completa de las intenciones con la ley moral es la condición suprema del soberano bien. Ella debe ser, pues, posible tanto como su objeto, pues ella está contenida en la orden misma de realizar este último. De modo que la conformidad perfecta de la voluntad con la ley moral es la *santidad, perfección de que no es capaz,* en momento alguno de su existencia, ningún ser razonable del *mundo sensible.* Como, no obstante, ella no es menos exigida como prácticamente necesaria, solamente puede ser hallada en un progreso infinito hacia esta conformi-

dad perfecta, y, según los principios de la razón pura práctica, es menester admitir un progreso práctico tal como el objeto real de nuestra voluntad. De modo que, este progreso indefinido no es posible sino se admite la suposición de una *existencia* y de una personalidad del ser razonable persistiendo *infinitamente* (lo que se llama la inmortalidad del alma)» (10).

De todo esto se infiere que, malgrado nuestra buena voluntad, el soberano bien, la *santidad*, es una quimera bajo el profano punto de vista terrenal. La realización absoluta de la ley moral impone el postulado de la inmortalidad del alma. Sólo más allá de la vida es posible dar con la santidad. Lo esencial, para los que se interesan por el progreso moral de la humanidad, estaría en poder encontrarla en este bajo mundo, de lo contrario, maldita la falta que nos hace la tal santidad.

Quedamos, pues, enterados: la moral de Kant es irrealizable en este mundo por más desarrollada que tengamos la conciencia de la libertad de la voluntad, por más *buena voluntad* que exista. ¿Por qué este resultado tan desolador? El porqué nos lo dirá Nietzsche.

Pero Kant no se contenta con admitir la inmortalidad del alma: es necesario contar, también, con la existencia de Dios. «Nuestra razón abriga el deseo de que cada cual sea exactamente tan feliz como su conducta moral lo merezca. Este ideal no se realiza *aquí abajo*. Por esto postulamos un ser omnipotente, omnisciente, universalmente justo y bondadoso, que, á la vez soberano del mundo y creador de la Naturaleza, establezca en la otra vida ese equilibrio entre la felicidad y la virtud, *que falta en la tierra*». (11)

¡¡Claro está que Kant sólo da de la existencia una prueba moral; ya hemos demostrado la imposibilidad de la prueba metafísica. Pero, aun cuando se la considere como objeto mero de fé, semejante creencia no podría tener eficacia sino bajo la forma de convicción. Harto sabemos que el carác-

---

(10) "Crítica de la Razón práctica". Traducción de Picavet.

(11) "La Filosofía Alemana desde Kant". Falkemberg.

ter imperativo de la moral cristiana dimana de la profunda convicción en la existencia de Dios con todo su cortejo de horrores infernales y delicias paradisíacas. Entendida así la moral cristiana, reposa sobre una voluntad heteronómica, voluntad que indignaría á Kant. Este al despojarla de su aparato de ultratumba, ha pretendido convertirla en autonómica; más tarde, sin duda, en virtud de su pesimismo, convencido de que el hombre no se resigna á ser bueno gratuitamente, nos habló de Dios como un postulado de la razón práctica que no puede demostrarse á la luz de la razón pura. Esto explica cuán justas son las siguientes palabras de Nietzsche: «Para hacer sitio á su imperativo moral tuvo que reconstruir un mundo indemostrable, un *más allá* lógico; por eso hubo menester de su crítica de la razón pura.

Esa crítica no le hubiera hecho falta si no hubiese habido una cosa que le importaba más que todas: conseguir que su mundo moral fuese inatacable, mejor aún, inaccesible á la razón, pués de sobra comprendía cuán vulnerable es el orden moral frente á la razón. Ante la Naturaleza y la historia, ante la radical inmoralidad de la Naturaleza y de la historia, Kant, como todo buen alemán, era pesimista. Creía en la moral, no porque la demuestren la naturaleza y la historia, sino á pesar de que ambas la contradicen de contínuo. Para entender este *á pesar de,* podemos recordar algo semejante de Lutero, de aquel otro gran pesimista, que con su intrepidez característica quiso explicarlo un día á sus amigos, diciendo: «Si la razón pudiera comprender cómo Dios, que muestra tanta ira y crueldad, puede ser justo y bueno, ¿qué falta haría la fé?» Y es que en todos los tiempos nada ha producido impresión tan profunda en el alma humana como esta consecuencia, la más peligrosa de todas, que á un latino tiene que parecerle un pecado contra el entendimiento: *credo quia absurdum est*». (12)

Ahora bien: al llegar á este punto, ¿cómo concebir en una moral tan racional la necesidad de la existencia de Dios? Ello equivale, en cierto modo, á restaurar el elemento em-

(12) Prólogo de Aurora.

pírico quitado á la moral cristiana. ¿No sería permitido suponer que Kant ha sido víctima de las sugestiones de su ascendencia luterana? Esto aseguran los comentaristas de Kant.

La libertad de la voluntad es la esencia del imperativo categórico. Pero cabe preguntarse si al aceptar la existencia de Dios, el imperativo categórico no se convierte en hipotético, lo que equivaldría á hacer de la moral un medio. En primer lugar, aún en el terreno abstracto, Kant no ha conseguido probar que la moral no sea un medio. «La dignidad de la humanidad, dice, consiste precisamente en esa propiedad que tiene de dictar leyes universales, pero con la condición de someterse á ellas por sí mismas». ¿Por sí mismas? Evidentemente, puede la sugestión, *el prejuicio del bien*,—frase de Vinet,—hacer que el individuo realice la aspiración de Kant, aunque no por completo, puesto que el prejuicio recibe eficacia en virtud de la afectividad y ya sabemos lo que piensa Kant de la afectividad. Pero el hecho de someterse á las leyes morales sin pensar en finalidad individual determinada, no excluye, en manera alguna, que la moral de Kant halle justificación en necesidades de índole social. La prueba evidente está en que los dos corifeos del amoralismo comienzan la parte negativa de su obra atacando el prejuicio social, la identidad ética de los individuos que componen una entidad gregaria, en una palabra, el nominalismo social, como le llama Palante, para demostrar que el individuo, con todos sus instintos, es la única realidad. De aquí se infiere, pués, que la moral de Kant es utilitaria bajo el punto de vista social, de lo contrario no se explica porque hemos de querer que la máxima de la voluntad pueda ser erigida en ley universal. Conviene advertir, ya que de amoralismo se trata, que semejante erección sólo se explica entre la convicción de que el hombre no sabe moverse sino para mayor gloria de su respectivo *ego*.

La moral cristiana no sólo es utilitaria socialmente, sino que lo es también bajo el punto de vista individual, puesto que es heteronómica. La esencia del Evangelio es algo de índole heteronómica, dado que ella consagra el bien objetivo

ante la perspectiva de una felicidad eterna. Se trata de un epicureismo solapado. Pero, por otra parte, bien puede asegurarse que Kant, al echarle en cara el cristianismo su carácter heteronómico, nos permite sospechar una inconsecuencia: de lo contrario, no debió pensar en el Dios cristiano, precisamente en el Dios cristiano. Si el cristianismo no le hubiera proporcionado sus dogmas, ¿de dónde hubiera sacado Kant sus postulados? ¿Porqué la teoria del soberano bien había de conducirle necesariamente al deísmo? Si lo limitado de esta vida excluía la posibilidad de realizar el soberano bien, no debió pensar en los pretendidos postulados: bastaba con declarar paladinamente que la moral formal es una quimera.

En siéndonos permitido abusar de las conjeturas, á la manera de Schopenhauer que no hace más que oliscar el *foetor judaicos*, en la moral que discutimos, ¿no habrá sido Kant víctima de las sugestiones del ambiente ético que le cupo en suerte vivir? ó, por otra parte, como Voltaire, ¿no habrá pensado que si Dios no existiera habría que crearlo? ¿Dado su pesimismo acerca de la naturaleza humana, ¿no habrá pensado en la utilidad de la idea de Dios? Si así fuere, cabe ver en el Dios de Kant, lo mismo que en el cristianismo, un simple instrumento ético. Así como los jardineros suelen colocar monigotes en sus jardines floridos para alejar á los pájaros nocivos, del mismo modo Kant y los cristianos colocan en el alma la creencia en Dios y en el más allá con el objeto de espantar á los motivos que pudieran determinar actos significadores del fracaso de la ley moral. Verdad es que el tal Dios quedaría reducido á desempeñar el miserable papel de espantajo, que es sumamente heteronómico.

Por lo que respecta á Kant, teniendo en cuenta su formalismo ético, equivale á abusar de la conjetura al entrar en semejante género de consideraciones; pero, si bien se mira, no puede negarse que resulta altamente incomprensible eso de que la teoría del soberano bien ha de conducirnos al deismo por el camino de la moral. Lo más honrado y lógico hubiera sido confesar, para gloria de Zaratustra, que la moral formal es una quimera, puesto que la humanidad es

orgánicamente inmoral. Y tanto más evidente resulta esto si no se olvida que, aún aceptando la vida de ultratumba, queda sin explicar cómo la pretendida armonía de la felicidad con la virtud habrá de realizarse precisamente fuera del mundo terrenal. En éste, los elementos de cuya conciliación debe nacer el soberano bien, son equiparables á dos líneas paralelas que no pueden encontrarse por más que se prolonguen, en este mundo, repito. Tal es el pensamiento de Kant.

Ahora bien: la vida futura no puede, en manera alguna suponerse como una simple prolongación de la vida terrenal, de lo contrario, la armonía de la felicidad con la virtud, es decir, la convergencia de las paralelas, no pasaría de ser un ideal en el mismo cielo. Aún cuando se imagine una vida infinita, el soberano bien no podría realizarse sino se postula un cambio radical en las condiciones de existencia. En el más allá diríamos volviendo á Spencer, la moral ideal se alcanzaría siempre que ideales fueren las condiciones de existencia, de lo contrario, la virtud y la felicidad se encontrarían en lo infinito, es decir, jamás.

De cualquier parte que se la vuelva, la concepción del soberano bien resulta pueril y arbitraria. Es tan quimérica que para realizarse es menester, tanto en la tierra como en el más allá, que el hombre se despoje de su organización. Se diría, que Kant no pudo olvidarse que nos persigue por doquiera, aún en el más allá, el cristiano pecado original.

Pero, cabe preguntarse una vez más, ¿la imposibilidad de llevar al terreno de la efectividad una moral formal, constituye, acaso, un sólido argumento que alegar en pro del amoralismo, sobre todo del voluntarismo dominador y criminal de Nietzsche? ¿En la heteronomia de la voluntad debe verse el fundamento del amoralismo, como quieren Kant y Nietzsche? No lo creo. Apenas si puede concederse que el criterio ético de Kant conduzca á un amoralismo subjetivo. La amoralidad solo existiría en el aspecto psíquico de la conducta, puesto que en la voluntad, quieras que no, siempre encontraremos un principio subjetivo. Y ya hemos visto que la doctrina ética de Kant implica el amoralismo de la afectividad. En esto le acompaña Nietzsche. Pero el criterio de que se valen entrambos para comprobar la esencial amoralidad de la sensibilidad, ¿ha tenido comprobación científica? Hay

razones para suponer que la vaguedad metafísica les ha empañado el criterio. ¿En nombre de qué principio inconcuso proclamarán la bancarrota de la moral social por culpa de la afectividad? ¿No es lícito suponer que tanto Nietzsche como Kant han sido corrompidos intelectualmente por el cristianismo? Kant encaró la vida con criterio, en cierto modo cristiano, y Nietzsche la encaró con el místico criterio de Kant, que no es sino la forma especulativa del primero. Se diría, empleando una expresión del mismo Nietzsche, que por las venas de ambos corría sangre de teólogos.

Hemos dicho que el criterio de Kant nos conducía á un resultado desolador, á comprobar la fatal inmoralidad de la naturaleza humana. Por más conciencia que tengamos de la libertad de la voluntad, quieras que no, Kant se desvelará por ver una gota de elemento empírico en el aspecto psíquico de la conducta, infiriéndose de aquí un amoralismo subjetivo. Nietzsche también, según hemos visto por sus propias palabras, declara que *el acto en sí no tiene nada de moral.* Los dos están de acuerdo, con la sola diferencia, importantísima sin duda, de que, ante la imposibilidad de eradicar los instintos y demás manifestaciones de sensibilidad, Kant, preconiza el formalismo ético para librarse de lo empírico, no sin dejar entrever la dificultad de tal liberación; y Nietzsche, por su parte, en lugar de participar de las lamentaciones de Kant, acudirá al más chocante de los expedientes que haya imaginado jamás pensador alguno. ¿Con que los instintos tienen la culpa del fracaso de la moral? No hay para que lamentarlo; antes al contrario, eso prueba que la moral es contra natural. Todo hombre que haya aprendido á no temblar ante la realidad, aún la más terrible, todo el que no haya perdido su serenidad filosófica, deberá decantar las causas de la inmoralidad, celebrará la apoteósis de las más torpes tendencias humanas, hará de la voluptuosidad, del crímen, del orgullo las virtudes cardinales del Evangelio del Superhombre, en una palabra: llegará á la suprema glorificación de los ineradicables instintos humanos. Es lo que hizo Nietzsche. Su filosofía amoralista, si bien se mira, es una hermosa manera de hacer de necesidad virtud.

CORIOLANO ALBERINI.

MANDOLINATA

Hoy, como ayer, al despuntar el alba,
¿Viste un rayo de sol
penetrar en tu alcoba, y sonreirte... ?
Ríele, por favor,
pues que cada mañana irá á llevarte
los «buenos días» que te mando yo.

*
* *

No existe abanico
con virtud tan rara,
—ni que esparza en su hálito
emoción tan grata,
como el que á mi frente,
generoso, irradia
beatitud de cármenes,
suavidades de aura,
cuando, al par, me agobian
calor y nostalgias. . . .
En él, cual ligeras
mariposas blancas,
parece que agitan
sin cesar las alas,
en feliz cardúmen,
sueños y esperanzas. . . .

Y evocando un nombre
con febriles ansias,
brotan de él recuerdos
que de amor embriagan,
y brotan caricias
que llegan al alma!

*
* *

I

Púdica y galana,
moruna ó cristiana;
sin aires de diosa,
pero alma piadosa
que guarde triunfales
encantos morales;
sin galas supremas
como en los poemas,
y sin porte egregio
ni coturno regio;
mas, con ansias puras,
y manos propicias
para las ternuras,
para las caricias.

II

Dulce y temblorosa,
tímida ó mimosa;
con un leve indicio
—mas, sin artificio,—
de humildad discreta
como de violeta;
de albo cútis terso,
ténue como el Verso,
ó de piel gitana
que ni el sol profana;
pero, con voz suave,
suspirante y fría
como arrullo de ave,
como melodía.

III

Fiel y acariciante,
plácida ó joyante;
con ojos de abismo
como el judaismo,
ó con ojos zarcos
como etéreos arcos;
ni una Circé artera,
ni Ifigenia austera;
pero, sí, amorosa
madre, al par que esposa.
. . . . . .
Morisca ó cristiana
mi estro la imagina;
pero, toda humana,
toda femenina.

*
* *

Escogido con primor
como emblema, un seductor
manojo de pensamientos,
vino á calmar mis tormentos,
dulce, amante, embriagador.
Y,—de amor mensaje fiel,—
al rozar su fina piel
mi labio, que en fiebre ardía....
dióme un cáliz la ambrosía
de otro beso puesto en él!

JULIO S. CANATA

DE AMICIS

—

Aun recuerdo con melancolía aquellas tardes en que, en la escuela humilde en donde cursé mis primeras letras, nuestro maestro, para procurarnos un rato de esparcimiento en la última hora de clase, de ciertos nublados días invernales, tan pesada, tan larga, abría al acaso *Cuore*, y nos leía algún capítulo. Bastaba que nos dijese: «voy á leerles *Cuore*», para que cambiara súbitamente el aspecto de la clase. Al instante desaparecía el desórden, propio de la hora, y todos, cruzando los brazos, – significativo ademán que en nuestro lenguaje expresaba obediencia, nos disponíamos á escucharle atentos y de antemano conmovidos. Así conocimos, poco á poco, todos los cuentos mensuales del afortunado libro, que ya hoy día ha por completo entrado en las escuelas. En él amamos á esos pequeños héroes, cuya abnegación, cuyo dolor ó cuya muerte nos hizo derramar tantas lágrimas; y á nuestro afecto uníamos anhelos vagos de imitarlos, de ser buenos, de sacrificarnos como ellos por algo, por la patria, por la familia, por el desdichado.

He hablado de lágrimas. Sí, la mayoría de nosotros lloraba, cuando el maestro daba término á su lectura. Llorábamos muchos, bajo la mirada irónica de unos cuantos, que, menos sensibles ó más desatentos, se burlaban de nuestra emoción. Y á este propósito todavía recuerdo á un muchachito pelirrojo, mi compañero de banco, quien riéndose de mi repentino entristecimiento, solía decirme, todo orgulloso de su fortaleza:

—¡Bah! á mí no me hace nada!....

———

El recuerdo de mi afecto por el buen libro del que entonces apenas conocía el nombre del autor, ni me preocupaba conocerlo, me volvió fresco á la memoria, cuando supe la muerte de De Amicis.

La noticia me entristeció. Generalmente el fallecimiento de un escritor, aun de los que admiramos, no nos apesadumbra. Solemos lamentarlo con palabras triviales y pasamos. No así el de De Amicis. Su desaparición no ha sido, para nadie que lo conociera, la de un extraño, sino la de un conocido, la de un amigo. Se diría que ella ha dejado un vacío en nuestra casa.

El era, en efecto, de esos escritores con quienes entablamos una íntima amistad espiritual, de esos que nos parece ver á nuestro lado, porque saben conquistarnos por su franca dulzura, por su exquisito sentimiento. El se volcaba por entero en sus libros. Nada le ocultaba al lector, á quien solía hablar en ese tono franco y familiar de las confidencias.

Era además un observador perspicaz y curioso. En cualquier hecho, hasta en el más insignificante, hallaba una mina de observaciones sutiles y maravillosas. Sobre un gesto, sobre una sonrisa, detallaba mil ingeniosas consideraciones. Agudo psicólogo, agudo, sobre todo, porque veía las cosas serena y sencillamente, con interés y cariño, cada página suya era un tesoro por la fina comprensión de las almas que en ella revelaba. Y á sus dotes de observador unía un sano humorismo que, si contribuía á desfigurar un tanto la observación, moviéndolo á exagerar discretamente los rasgos más salientes de las cosas, algo, empero, agregaba al cuadro, iluminándolo como una dulce sonrisa.

De Amicis fué, sin duda, el más célebre de los literatos italianos que se propusieron ser modernos. Con Mantegazza fué el jefe de aquel grupo de escritores que, pisando las huellas de Manzoni, se habían propuesto hacer marchar la literatura en Italia de consuno con la de las demás naciones. En Mantegazza domina más la razón; en De Amicis el sentimiento. Recuérdese que éste escribió *Cuore* y aquél *Testa*.

De Amicis eliminó de sus escritos cuanto pudiera parecer honda meditación; todo en él fué una feliz espontaneidad,

una frecuente y graciosa intromisión de su persona en el asunto tratado, con contínuas alusiones á hechos y casos del día, y con agudezas ó mil recursos imprevistos que hiciéronle bien pronto popular. El está lejos talvez del ideal literario clásico, impersonal, en que el escritor sólo atiende al orgánico desarrollo de las ideas, á su análisis, á su expresión precisa, exigiéndole al lector un esfuerzo de atención del que pocos hoy día se sienten capaces; ideal característico de las letras italianas, cuya personal fisonomía las diferencia por completo de las francesas, más brillantes, más ligeras, más sutiles, más propias para interesar á todos. Está aún lejos, sin duda, del ideal literario de Carducci; acaso la misma novela de Verga, *I Malavoglia*, ó el drama de Giacosa *Come le foglie*, responden á un tipo de arte mas vigoroso; pero otras cualidades le rinden atrayente, la gracia, el suave sentimiento de que están impregnados sus escritos, la forma viva, natural, la lengua pura y el léxico abundante. No cautiva en De Amicis la importancia del contenido de sus escritos, ni la profundidad del pensamiento, ni la frase sólida, lapidaria: sólo se admira en él la efusión de su espíritu en una amable efervescencia de palabras. Todo lo hace interesante, porque es él quien lo cuenta: es un raro *causeur*, sobre todo, finamente educado. Lo que es odio, lo que es desprecio no lo conoce: no levanta la voz más de lo necesario, no predica, no pretende dogmatizar. A lo más podrá dar un consejo, nunca un precepto, y lo dará con la gracia con que se ofrece una flor. Sus escritos son como una serena emanación luminosa de su naturaleza y lo que en ellos más agrada es el conocimiento que dan del autor, con quien se entabla rápidamente amistad.

Resulta así un raro escritor sin proponérselo; un literato de nota sin presunción de serlo; un educador en cuanto nos hace sentir el valor de la educación, de la moderación en todo. El fué — caso raro en Italia, donde la polémica está á la orden del dia, — uno de los contados escritores italianos que no quisieron matar á nadie.

Trató la novela, el teatro y la poesía, la primera con éxito indiscutido; sin embargo, su campo era el boceto, la escena

aislada, el cuadro y todo tema que le dejara vagar libremente, que permitiera á su personalidad desbordarse.

Sus *Bocetos militares* obtuvieron así un estruendoso suceso. La crítica estuvo conteste en declarar que aquella era la prosa mejor que tenía Italia después de Manzoni. Bonghi, en sus célebres cartas sobre «porqué la literatura italiana no es popular en Italia», hacía notar que un italiano, á quien alguna señora francesa ó inglesa preguntara en un tren cuales literatos italianos debería leer, no se atrevería á citar sino á Manzoni ó De Amicis. Y en aquel entonces tenía casi razon, pues Bonghi se refería al interés que fuera de la península todos buscan en una obra literaria, mientras que en Italia, mas que á deleitar se atendía á la expresión exacta del pensamiento, siendo el contenido de las obras generalmente literario, erudito, reflejo de la vida de otras edades, como si la nuestra no mereciese ser tenida en cuenta por los escritores.

De Amicis era, en efecto, después de Manzoni, el primero que se narraba á sí mismo, expresando sentimientos propios, observaciones que la vida le había sugerido, y todo ello en el tono natural de quien conversa. Y el suceso de los *Bocetos* se confirmó con los «viajes», de los que se hicieron numerosas ediciones que desaparecían como una gota de agua sobre ascuas. Desde entonces su fama fué acrecentándose, á medida que dió á la publicidad su vasta producción, que la índole de estas breves líneas sin pretensiones de estudio crítico, no permite analizar como fuera menester. Sin embargo, como es ley fatal, muchos han afectado y afectan desdeñar esa obra. Y lo doloroso es que, no fundan su afectado desdén en razones estéticas siempre respetables, sino en la censura que les merece el sentimiento que De Amicis derramó en todos sus libros, sentimiento como ninguno espontáneo y sincero. Pero en la vida hay personas que, como ese muchachito pelirrojo, mi compañero de banco, se sienten orgullosas de poder exclamar:

— ¡Bah! eso no me hace nada!...

AMBROSIO PARDAL.

SANTIAGO DE LINIERS

POR PAUL GROUSSAC

Fuera de toda duda, el estro del señor Groussac está en ocaso. En su espíritu la tarde ha comenzado á caer, invadiéndolo todo de cansancio. Tal, por lo menos, nos lo revela su último libro: *Santiago de Liniers,* editado recientemente por la casa Moen.

Si bien el contenido del libro era ya harto conocido entre los estudiosos, pues fué publicado en *La Biblioteca* — la primera parte — y en *Los Anales* — la segunda — no teníamos aún lo que puede llamarse la impresión de conjunto, que difícilmente se logra con lecturas dislocadas. Y hoy, cuando esperábamos robustecer, á través de la unidad del libro, la buena opinión que nos mereciera la obra leída á saltos, una decepción — la más ingrata—epiloga la lectura.

Groussac ya no es Groussac. Aquel escritor, á ratos incomparable, que tenía la habilidad de maestro de armas para herir magistralmente en pleno pecho, se ha eclipsado: Menéndez y Pelayo tenía razón.

El que abra el *Santiago de Liniers,* libro con el propósito de buscar aquella admirable ironía que campeaba en todas las *notas* del Groussac de antes, del Groussac polemista y contendor de Piñero, se equivoca.

El *Santiago de Liniers.* ha sido podado. El autor dice en el prólogo — cuya lectura nos transmite yo no sé qué sensación

de fatiga — que ha quitado del libro todo aquello inútil que él ahora estima *irreverente*. El lector echa de ver, á poco que ande, algo que es innecesario apuntar aquí.

Toda la valentía característica del Groussac que rompía lanzas con todos y contra todo, se ha atenuado, y quizá vaya presto á desaparecer. El prólogo del reciente libro nos lo hace presumir así. Groussac está cansado de tirar al florete hiriendo siempre. Talvez le sobra aún agilidad, pero — por qué no decirlo — le ha llegado la hora de temer. El Groussac de ahora teme: y habla con un dejo marcado de pesadumbre; y sobre todo llama *glorioso anciano* al señor *historiador* Mitre, á aquel mismo de quien en cierta ocasión dijo que á diferencia de don Vicente F. Lopez, que tenía talento pero que no conocía el archivo, él lo conocía muy á fondo... y puntos suspensivos.

Pero aparte de todo esto, el *Santiago de Liniers* que en su estudio á propósito del libro de Ayarragaray *La anarquia*, el doctor Ingegnieros — aplicando el concepto de Renán, á la formación del pensamiento sociológico argentino — coloca en el segundo período, el del análisis, adolece de otros defectos sobre los cuales es bueno llamar la atención.

Por lo mismo que se ha asegurado que el señor Groussac *no se limita á escribir con pluma ó lápiz sus propias páginas, más acaso con papel de lija y goma de borrar los yerros de las páginas agenas,* debemos exigirle más de lo que por lo general se le suele pedir á un biógrafo.

He dicho que hay defectos en el libro de Groussac: Véamoslo. En primer término, los constituyen las pomposidades de una erudición del todo inútil que el autor almacena en los escaparates de sus notas, donde salen á relucir, desde el sonoro verso virgiliano, aprendido de memoria, hasta el título, en su idioma natal, de una obra de Shakespeare. Y después, — ¡oh injusticia! — se ha querido convertir en chiste, muy á propósito para ser rememorado en las amenas tertulias de café, una nota puesta por el señor Saldías en su libro sobre el Padre Castañeda, y en la cual recuerda, hablando de lo que era una escuela en los días de la Colonia, que siendo ministro de obras públicas de la provincia, hizo restaurar la

locomotora *Porteña* — la primera que conoció Buenos Aires — y colocarla en una sala del Museo de La Plata... (!)

En el libro del señor Groussac abundan las notas cargadas de una erudición tan ampulosa como innecesaria y con las cuales la técnica moderna de los estudios históricos está reñida por completo. A veces, tratando puntos de verdadera trascendencia, el señor Groussac interrumpe al lector para hacerle una cita en latín, ó recordarle tal ó cual frase de un determinado personaje de Molière — que entre paréntesis, diría Groussac, se llamaba Juan Bautista Poquelín — la cual divirtió enormemente á la famosa cocinera.

Por desgracia, empero, no es este el más serio de los defectos de la obra del señor Groussac. Indudablemente, hay en *Santiago de Liniers* verdadero trabajo de investigación histórica y prolija labor benedictina; pero también abundan juicios que acusan una precipitación inexplicable en un hombre que quiere ser á toda costa historiador imparcial.

Para mí no son otra cosa que juicios asaz precipitados esas opiniones emitidas doctoralmente al pasar, y las cuales no se apoyan en nada concreto. A todas les falta — por lo mismo que tienden á tener ribetes sociológicos — lo que de la Grasserie llama el *suelo natural*. Así, por ejemplo, — y aquí vendría bien la poda por irreverencia de que nos habla el autor — el señor Groussac peca contra los procedimientos y contra el criterio moderno, cuando haciendo uso de su punzante ironía, se permite ciertas libertades para con algo que hace al preliminar de la Revolución de Mayo.

Bien está que se analice y se destruya todo lo que á la luz de la crítica austera resulte falso, pero no es sereno, porqué sí, porque el hecho presta coyuntura para un floretazo y un buen gesto, sacrificar en aras de un placer, cuando mucho estético, lo que hasta ahora se tiene por verdad.

En mi espíritu bien amplio y lleno de Nietzsche, no caben — está fuera de duda — los anacronismos de la patriotería escolar; pero á fe que me subleva el prurito del snobismo cuando por quererlo ser más se lanza á escaramuzas de por sí *irreverentes*.

No soy de los que creen en la *grandiosidad* de la Revolu-

ción de Mayo, ni mucho menos de los que á toda costa pretenden que se reduzcan á silencio Roma y Esparta, porque asoma al mundo *la gran capital del Sud.* Por el contrario. Tengo para mí que el movimiento de Mayo, en realidad, está lejos de ser lo que creen la mayoría de los argentinos. Esto, empero, pienso que para decir la verdad en lo que á aquel hecho atañe, es necesario estudiar mucho y probar documentariamente cuanto se trate de sostener en contra de la tésis actual. Después de todo, nadie discute que el procedimiento que cuadra á esta clase de asuntos es el deductivo. El señor Groussac, á veces, no parece entenderlo así.

Todos estos defectos, de procedimiento unos y de criterio otros, no amenguan en lo mas mínimo el valor literario de la obra. El señor Groussac, tiene en este particular, una fama indiscutible, que soy el primero en reconocer. Precisamente por eso, huelga aquí todo juicio sobre su prosa, la mejor y más robusta de los escritores de América.

Hay también — y con esto termino — otro defecto en la obra, y este es capital. El señor Groussac se nos muestra, desde la primera á la última página, demasiado entusiasta por su héroe. Francés el biografiado y francés el biógrafo, teniendo ambos por escenario de su actividad á la tierra de América, el segundo se vuelve panegirista del primero — quizá contra su propósito — llevado por esa fuerza inexplicable, ó explicable talvez, que nos hace ver demasiado brillantes las acciones de nuestros compatriotas, cuando ellas se han llevado á cabo bajo un cielo y bajo una bandera que no son los que cobijaron nuestra cuna. Además, no creo que el señor Groussac pretenda ungir *héroe* á su biografiado. Liniers caudillo, después de todo, no fué mas que un producto de las circunstancias. Era natural que siendo el más aventurado de los que se levantaran contra el usurpador británico, fuese también el más favorecido por la simpatía popular. Y no entraña esto una injusticia. Si hubiese de levantarse un monumento á Liniers, sería el primero en contribuir con mi óbolo y con mis esfuerzos, empleados en propaganda de la idea, porque creo que debemos distribuir justicia histórica. El pueblo que inmortaliza en el marmol el recuerdo de uno

de sus servidores — indiscutiblemente útil en un momento dado — no debe pararse á hacer filosofía de la historia para ajustar á una equidad matemática la recompensa póstuma.

A nosotros no nos importa, ni debemos saber, lo que fué antes y lo que fué después de las invasiones don Santiago de Liniers, cuando tratemos de hacerle justicia respecto á su actuación en los dias de la Reconquista y la Defensa. Este es por lo menos mi criterio.

Y termino repitiendo, porque de ello estoy convencido, lo que dijo Juan Agustín García en sus *Ensayos,* esto es que Groussac moralista, fatigado de refutar en vano, prefiere sonreir de las tonteras oficiales y académicas que pasan, envueltas en períodos tan huecos como oratorios. Puesto en Francia, en su París — del cual se despide lagrimeando en el prólogó de *Santiago de Liniers* — su producción hubiera sido otra.

RÓMULO D. CÁRBIA.

LETRAS ARGENTINAS

«**Memorias de un Sacristán**», por JUAN A. GARCÍA.

Ingeniosamente ilustrada por el señor Carlos Clérice acaba de publicarse la segunda edición de esta obra, cuya aparición á fines de 1906, fué saludada con general aplauso por la crítica.

Emití en esa fecha mi opinión á su respecto, que de ningún modo ha variado, antes bien se ha afirmado con una segunda lectura, hecho que me induce á creer que ningunas palabras podría encontrar más sinceras y conformes á mi pensamiento para saludar esta nueva edición, que las que entonces escribí. Me remito, por consiguiente, á algunos parrafos de aquel juicio, que concretan en un todo mi opinión actual:

....

«Para la redacción de estas memorias, la historia, la hagiografía, la demonología, la paciente lectura de polvorientos documentos coloniales, han sido puestas á contribución. Y bien se sabe la autoridad que el autor tiene en la materia. El es quizás entre nuestros contemporáneos quien más y mejor conoce la época colonial, en cuyo meollo se ha hundido, inspirado tal vez por aquel aforismo de Estrada que ha puesto como lema á una de sus obras, á *La Ciudad Indiana*: «Si conociéramos á fondo todos los fenómenos de la sociedad colonial, habríamos explicado las tres cuartas partes de los problemas que nos agobian». Y *La Ciudad Indiana*, con todos sus

inevitables defectos, es viviente testigo del valor del doctor García como sociólogo.

Ahora, en las *Memorias de un Sacristán*, nos presenta un libro de otra índole, pero inspirado en la misma tendencia. Aquella fué una obra de erudición, casi de vulgarización; ésta al contrario es de género ameno, novelesco; pero ambas tienen por base un escrupuloso, un minucioso conocimiento de los hechos.

En las *Memorias de un Sacristán* aparece la Buenos Aires del siglo XVIII considerada en su faz clerical. No son más que un trozo de la socialidad porteña colonial, pero un trozo real, viviente, palpitante. Ese ambiente, esa vida surgen ante nuestros ojos, llenos de vigoroso colorido.

Por allí vemos deslizarse unos frailes que discuten, que se arremeten. Sus ánimos están sordamente roídos por ponzoñosas envidias. Su dialéctica dista mucho de ser sutil. No aparecen en ella los finos, los tentadores sofismas, los interesantes dilemas. En los áridos cerebros de estos frailes retoña sólo raquíticamente la teología, ya en plena decadencia en la metrópoli, allá en Salamanca, cuanto más en estas tierras poco propicias para semejantes acrobatismos mentales. En las controversias, á lo sumo tienen habilidad para extraviarse en la chicana. Mas si les falta agudeza filosófica, les sobra, en cambio, la más burda superstición. Por doquiera ven al espíritu maligno en acecho de las almas.

Un inquisidor... Se llama fray Francisco de los Ríos. Lo atormenta un vehemente celo por la extinción de la inmoralidad. En su estrecho cráneo va rumiando serias represiones de la heregía triunfante. Su dogmatismo se exaspera frente á toda contradicción. Por cierto que es un tipo que despierta interés. Nos parece verlo surgir de las páginas del libro, con su enjuto rostro de asceta, su color bilioso y sus delgados y pálidos labios, musitando graves amenazas.

Pasan monjas, pasan beatas... Por excepción hay un risueño obispo propenso á la afabilidad. La atmósfera está cargada de superstición. La idea del demonio obsesiona todos los ánimos. Con seriedad discuten los directores de almas sobre el modo de ahuyentar los íncubos y los súcubos. Estas cuestio-

nes son de suma gravedad: hay divergencias, se citan textos, se hace gala de una pomposa erudición. El culto católico se ha transformado en el más grosero fetiquismo.

En ese ambiente real, que sentimos, que comprendemos, surge una figura contradictoria, la del redactor de las memorias, el sacristán Raymundo. No es él un tipo de aquel tiempo: es más bien una figura tranquila, dulce, sonriente, que á duras penas parece reprimir bajo su hábito, su benévolo escepticismo finisecular. Algo hay en su espíritu de la sutil ironía de Anatole France. Lo envuelve una atmósfera asfixiante de renunciación, de anulación, de todo lo que implica instinto, alegría, placer: él, al contrario, ama la vida. Es discreto y sencillo. Deléitanle las ingenuas leyendas llenas de piadosas enseñanzas. Comprende la pasión humana, el extravío. Su filosofía es bondadosa y lijera, pero lo arrastra con frecuencia hasta las vecindades de la heregía. Si el comisario del Santo Oficio pudiese penetrar en el fondo de su alma, sin duda debería acudir á sus exorcismos para poner en fuga á tanto diablillo que la ocupa. Los vivaces ojos de Rita, la hembra lasciva, escándalo de severos frailes y de escrupulosas beatas, su aliento perfumado, su cuerpo voluptuoso, le llenan de angustia y de infinito perdón por las culpas humanas. ¿Qué siente él junto á la reja del confesonario, tras de la cual la cuarterona desmenuza lentamente y en voz baja, sus pecados amables, acariciándole el rostro con su aliento que huele á hinojo y á menta? ¿Qué siente «el hombre»?...

En las *Memorias de un Sacristán* no se desenvuelve una novela; sólo las constituyen unos simples cuadros rapidamente esbozados, pero que al armonizarse forman una gran tela en que el medio y la época se destacan con nitidez prodigiosa. Unicamente es de lamentar que el doctor García no le haya dado mayor rotundez al libro, que al concluír casi en forma trunca, nos deja con un íntimo deseo de saber más, de continuar algo más en compañía de Raymundo. Cuesta trabajo dejarlo. Se desearía seguir observando aún aquel fino, suave espíritu, á ratos atormentado, generalmente sereno.

Pero, aparte ya el interés puramente novelesco del libro, vale la pena detenerse sobre su mérito como obra erudita. Basta haberse puesto en contacto con los viejos papeles de la colonia, testigos y relatores de los hechos de ese tiempo, papeles á través de cuyos jadeantes períodos, de cuyo retorcido estilo ridiculamente hueco, se lee en las almas estrechas de nuestros antepasados, para comprender la ímproba labor contenida en las *Memorias de un Sacristán*, que han resultado toda una evocación. No falta tampoco en ellas aquí y allá, la frase breve, el rasgo fugitivo que encierra atinadísimas observaciones sobre nuestros mas fundamentales fenómenos psicológicos y colectivos. El carácter fugitivo de esas observaciones hará que pasen desapercibidas á muchos que hubieran quizás preferido verlas desenvueltas en numerosas paginas apoyadas sólidamente sobre eruditas notas. Todo es cuestión de temperamentos. Algunos diluyen en bien nutridos tomos los datos que han ido recogiendo merced á una asídua labor; otros sintetizan en un rasgo su rico caudal de experiencias. Estos logran dar una impresión de conjunto, presentarnos las cosas visibles y palpables; aquellos, no. Preferimos á los primeros, entre quienes se encuentra el doctor García.

Dignos también de atención son los conocimientos demonológicos presentados en el libro. Es por cierto de sumo interés conocer cual idea del diablo tenían los colonos americanos, desde que esa idea podrá servirnos de clave para explicarnos muchos caracteres importantes de su psicología. Esta tarea en parte la ha realizado el doctor García, que ha dedicado muchas paginas de las *Memorias* á tan entretenido como provechoso tópico, páginas en que conocemos las diversas modificaciones que el clásico rebelde, el Diablo europeo, ha sufrido al hallarse en contacto con los fetiches indios y negros. La materia se presta, sin embargo, para una más detenida atención de la que este libro ha podido prestarle. ¿Le deberemos al autor en el futuro un trabajo capital sobre el punto?»

«El Alma Española» por RICARDO ROJAS.

Rojas va afirmando paulatinamente y sin tropiezos su reputación literaria sobre una sólida base. Su obra, ya bastante vasta y sin nada de deleznable, acusa además todo un temperamento. No hay en ella discontinuidad como en la de otros escritores: ciertas características comunes de los tres libros que la constituyen, son testimonio de la unidad del pensamiento de su autor. El último de esos libros, recientemente llegado, es *El Alma española*, publicado por la biblioteca Sempére.

Es una recopilación de artículos críticos, que datan de diferentes fechas, sólidamente pensados, escritos con galanura, que dan muestras de la seriedad del pensamiento de Rojas y de su educación literaria poco común por aquí. Son artículos que no justifican talvez á primera vista el título demasiado amplio y significativo del libro, pero que, bien considerados, lo explican suficientemente. Ellos, en efecto, no son unas simples crónicas más ó menos superficiales, de aquellas que—como todas estas que se escriben al día viven una hora y mueren, cumpliendo su misión del momento. No. Algo alienta en ellas de más positivo y más serio: es el sentimiento profundo del alma española que Rojas posee y que en todas ellas ha puesto; es la compresión de esa alma, tan compleja y tan rica, de la que, yo creo que por desgracia, estamos nosotros, los argentinos, demasiado divorciados. Pero á Rojas no le falta el sentimiento de la tradición de la raza, de la que se siente el eco en todos sus libros; su lenguaje conserva algo de lo grave y jugoso de la buena prosa castellana; y, todo ello, adviértase, lo remoza con su cultura bien moderna y su conocimiento de las cosas de Francia.

Doblemente elogiable, pues, lo considero: no sólo por el talento que en todas sus obras demuestra, sino también por el espíritu de esas obras, que tiene mucho de castizo que me sabe á bien. Pues, ciertamente, ninguna cosa más provechoso para nuestras letras que esa influencia francesa, sólo reprobable por los rancios pedantes, que ha venido á airearlas, que les ha abierto horizontes, que las ha puesto en el buen

camino; únanse á ella enhorabuena, si es posible, otras influencias, sobre todo la italiana; pero manténgase en nuestras letras el espíritu español, que si la literatura francesa les ha aportado elementos que les faltaban, ese espíritu que es su lastre, les da el nervio, el colorido, el modo de ser propios del sentir de la raza, de la cual,—vamos!—no estamos aún tan desvinculados. Téngase efectivamente en cuenta que es el castellano nuestro idioma y que, si algo nos conviene, es ahondarlo y espulgarlo y conocerlo mejor, para usarlo con provecho, más bien que dar á nuestra lengua ese colorido gris que va adquiriendo por el calco que de ella hacemos sobre la francesa. Léase si no *El imperio jesuítico* de Lugones—justamente me refiero á un libro de actualidad—y dígase si no vale más esa prosa gallarda que sabe á castizo, que esa jerga mestiza é incolora en la que todos solemos nadar. Mas el tema es largo y no como para desarrollarlo en una breve nota bibliográfica. Me felicito, sin embargo, que á estas consideraciones me haya llevado el libro de Rojas, en el que me he sentido durante unas horas enmedio de una atmósfera sana.

«Burbujas de la vida», por MANUEL UGARTE.

Mi primera impresión, al recibir el libro, no fué, lo confieso, favorable á su autor. Su índole y el título ingenuo no eran, por cierto, los más propios para hacérmelo simpático. Tengo, en efecto, opiniones radicales sobre esas obras heterógeneas, formadas con los más opuestos artículos, obras sin espíritu y sin unidad, contra las que ya he tenido ocasión de arremeter varias veces. Y creí por un instante que la de Ugarte entrara en el número. Pero su lectura me conquistó y me mostró mi engaño.

Ugarte no ha necesitado esforzarse para reunir el material de ese libro. Cronista fecundo, brillante, poco ha debido costarle hallar las páginas necesarias entre su producción dispersa. Y como libro de crónicas, todas sabrosas en su superficialidad genérica, merece con justicia el elogio. Se lee sin esfuerzo, sugiere agradables reflexiones, y se deja de las manos con la misma benévola simpatía con que se despide en el café á un amable vecino de mesa que nos ha en-

tretenido unas horas con su charla espiritual y ligera. Además, si el vecino ha expuesto alguna paradoja más atrevida que seria, ó si ha emitido sobre algo ó alguien un juicio algún tanto apresurado, se lo perdonamos indulgentes, atendiendo á las circunstancias: é igual cosa diré de Ugarte, cuando lo hallo asaz pródigo en elogios para hombres y cosas que no los merecen. Por otra parte, estos sus pecadillos algo perjudiciales porque logran envanecer á tanto grafómano que anda por estas tierras, son compensados con exceso por la labor lenta pero proficua que él realiza desde París, sirviendo de vehículo de comunicación mediante sus cartas, sus artículos y sus libros, entre las diversas repúblicas hispanoamericanas, entre éstas y la madre patria, y, si se quiere, aún entre estas y Francia.

«**Cantos de juventud**» por Angel Diez de Medina.

Es el título del tomito de versos que este distinguido escritor boliviano, residente entre nosotros, nos remite. Versos ligeros, algo vulgares, con no pocas inexperiencias propias de la edad en que su autor nos dice fueron escritos, tienen, sin embargo, el mérito de constituir una notación nada monótona de la vida sentimental de su autor. Efectivamente el dolor y la alegría, el odio y el amor, la fé entusiasta ó el amargo escepticismo, la esperanza de un instante ó la desesperanza de otro, se confunden en esas rimas, dándoles variedad y animación.

Las precede un prólogo, que es una página de bella prosa que nos encariña con el autor por la no fingida modestia que en ellas se transparenta.

Roberto F. Giusti.

CONCURSO LABARDÉN

El día 16 del pasado mes de Marzo, dieron comienzo las representaciones de las obras seleccionadas por el jurado del concurso dramático iniciado por el Conservatorio Labardén. Ya era tiempo. Bastante se escribió y habló sobre él, durante el largo año de espectativa transcurrido. Hasta un pleito hubo en trámite. Decididamente, entre nosotros no tienen suerte los concursos teatrales. Basta si no recordar las divertidas escenas á que diera lugar el anterior.

Las bases del concurso fijaban en quince el número de las obras á seleccionarse de las presentadas. Ahora bien, el jurado en su fallo ha considerado á veinte obras dignas de tal distinción, lo que, á primera vista, indica que el éxito del concurso ha sobrepujado todas las esperanzas.

En la realidad, ¿resultarán todas ellas merecedoras de la elección? A anotar esto debe limitarse la crítica seria, aplaudiendo al jurado sin titubeos si así sucediera y dejando caer sobre él todo el peso de su severidad si aconteciese lo contrario.

«El Fruto Sano», la primera de las obras representadas, es una comedia de positivo mérito, que coloca á su autor al lado de nuestros mejores dramaturgos.

He aquí brevemente relatado su argumento:

El doctor Alberto Mendía, abogado de renombre, acaba de obtener un gran triunfo en la defensa de un acusado. Esto hace que en los momentos de iniciarse la acción, sea el hombre del día en los periódicos y salones.

En casa de Leonor, de quien se halla enamorado el doctor Mendía, no se habla de otra cosa. Sus padres, y Ricardo y Luisa, antiguos amigos de la familia, discuten á porfía sus méritos. Unicamente Leonor, mujer voluntariosa y coqueta, pues se siente poseída de su superioridad, presume no preocuparse de la fama que circunda á su festejante. Se le reprocha su conducta cruel y peligrosa, pues corre de este modo el riesgo de perder un candidato tan envidiable. Pero ella, segura de sí misma, desoye todos los consejos, y se ríe de los que

por carta le envía Elvira, su prima, chicuela que á pesar de su corta edad—dice—asume aires de hermana mayor.

En esta pendiente llega hasta rechazar directamente la mano que el doctor Mendía le ofrece, en una escena que juzgamos la mejor de la obra y digna en un todo de un gran dramaturgo.

Inmediatamente se vé que Leonor ha jugado con fuego. Alberto debía quedarse á cenar en la casa, festejando su triunfo. Pero rechazadas sus pretensiones y para no pasar un mal momento, prefiere retirarse, echando mano de un pretexto cualquiera. Ella, al enterarse de su partida, que no esperaba, sufre un violento choque en su amor propio y, aunque lo niega, demuestra su impaciencia, en la misma agitación con que cuenta que ha rechazado su mano, sin importarle gran cosa la celebridad del postulante.

Con esta escena termina el acto. Es este un primer acto casi perfecto. La exposición es clara y rápida. Los caracteres bien perfilados, se destacan nítidamente desde la primer palabra, especialmente el de la protagonista. El diálogo brillante y lleno de colorido está manejado con gran precisión. Un poco falso, sin embargo, el que tiene lugar entre el doctor Mendía y los padres de Leonor.

Segundo acto: Elvira, la primita, ha regresado de Europa con la mamá, señora que á pesar de ser una criolla de buena ley, apegada á la estancia y á la sencillez campesina, ha ido al viejo mundo en busca de unos títulos nobiliarios que, revisando papeles antiguos, se dió cuenta le correspondían.

Al alzarse el telón se halla reunida toda la familia; también están Ricardo y Luisa. Todos acosan á la buena señora por su manía nobiliaria, recibiendo de ella algunas contestaciones algo francas, y que ponen de manifiesto lo no poco de envidia que se oculta tras las críticas de los parientes. Esta escena, que mantiene el interés de los espectadores á pesar de su extensión, nos parece exagerada en el tono de acrimonía que tienen todas las frases que se pronuncian en ella, y por lo tanto poco real.

Tampoco nos resulta real la escena siguiente entre Leonor y Elvira, en la que, como al autor no le conviene descubrir el secreto hasta el final de acto, ésta oculta, á riesgo de pasar por hipócrita, el compromiso contraido en Europa con el doctor Mendía.

Naturalmente Leonor está ahora más enamorada que nunca de Alberto. Demuestra un interés por saber noticias suyas, que la descubren ante el menos avisado. Por fin su alegría estalla cuando su hermano Félix entra anunciando el regreso de Mendía y su próxima visita á la casa.

Este es recibido en las palmas de todos. Pero desde su aparición en la sala se ve que su interés ya no se dirige á la rara y caprichosa Leonor del primer acto, sino á su primita. Y como la tensión de esta escena no puede mantenerse más tiempo, termina el acto con el consabido *tableau*: el anuncio

hecho por la madre de Elvira, del próximo matrimonio de su hija con el doctor Alberto Mendía.

Este acto nos parece el más flojo de los tres y el más torturado. Por el efecto final, sacrifica la veracidad de las escenas y hace casi antipática á Elvira, á quien el autor quiere presentar como prototipo de bondad y buena educación, frente á Leonor que no tiene corazón, según sus propias palabras, y ha sido mal educada, si nos atenemos á lo que la madre de Elvira dice á la madre de Leonor, en una exposición didáctica sobre cual debe ser la educación de los hijos. A decir verdad, no notamos en el desarrollo de la obra semejante carencia de educación en Leonor; su manera de ser, depende de su temperamento y no de la educación recibida. Al contrario, nos parece una señorita muy educada y con quien de buena gana se sostendría un buen rato de conversación.

El tercer acto es muy rápido. No tiene en realidad más que una escena: la última, siendo solo destinadas á prepararla las que le anteceden.

Leonor y sus padres, anonadados por la revelación con que termina el segundo acto, no pueden, sin embargo, considerar perdida la partida. Se ilusionan pensando que la actitud de Alberto se deba quizás al despecho de verse rechazado por Leonor y así lo insinúan á Elvira y á la madre de ésta. Ambas se indignan ante la sola sospecha y quieren y exigen que el mismo Alberto sea quien despeje toda duda. Llamado con este objeto, se presenta y entonces tiene lugar la escena culminante de la obra: aquella en que Elvira y Leonor frente á frente del hombre que las dos aman, se lo disputan en un diálogo cálido de pasión, en el que Elvira hace con vehemencia el análisis del cariño de ambas y abre ante la vista de Alberto asombrado, un horizonte de sana felicidad futura. Su verba elocuente triunfa y cae el telón dejándola en brazos de aquel por cuya posesión tuviera que luchar tan denodadamente durante unos minutos. A pesar de la nobleza de alma que pone de manifiesto esta escena, las simpatías del público se quedan con Leonor. Posiblemente, depende en gran parte este resultado de la interpretación.

«El Fruto Sano», lo repetimos, es una hermosa comedia, con la cual ha inaugurado dignamente el concurso la serie de sus representaciones.

«La Soberbia», segunda de las obras seleccionadas por el jurado, ha merecido un juicio unánime. Crítica y público han estado contestes en afirmar, y con sobrada razón á nuestro juicio, que es una mala comedia, sin caracteres, de asunto pobre y de factura mediocre. Lo único que en ella ha resaltado á los ojos de todos, son unos lamentables chistes que salpican las escenas de vez en cuando. La elección de esta obra por parte del jurado, verdaderamente no se explica.

«Divina», tercera de las obras del Concurso, obtuvo la noche de su estreno un éxito franco y merecido.

Lamentamos que la absoluta falta de espacio nos impida dedicar toda la extensión que desearíamos al análisis de esta obra, reveladora de un talento joven y promesa de futuros triunfos.

Con un argumento simple, que se desarrolla lentamente, sin choques violentos ni *trucs* de ningún género, ha sabido el autor mantener durante tres actos pendiente al auditorio de la música arrulladora de las frases que brotaban espontáneas de labios de los personajes.

Y es este un verdadero triunfo si se tiene en cuenta lo convencional de los diálogos. Bien es cierto que si el señor Sarcey viviera me diría que no hay teatro sin convenciones; que es imposible alzar el telón sobre un rincón de realidad, y que el autor dramático no sirve á su público si no realidades arregladas. Pero, hoy en día, después de haber pasado el movimiento naturalista por la novela y por la escena, no es ya posible hacer la misma afirmación. Los naturalistas pensaban, y con razón, que cuanto más se daba la sensación de la vida, más se hacía obra de artista.

Esta incorrección de «Divina« seguramente no la encontraremos en las obras posteriores del autor quien no es todavía un « hombre de teatro » y por lo tanto hay que pasar por alto defectos que sería difícil no contuviera una primera obra.

Los caracteres bien estudiados, especialmente los de Lorenzo y Damiana. No así el de Divina, resultando inexplicable de todo punto su decisión final, dada la escena que tiene lugar momentos antes entre ella y Lorenzo. Para solucionar el conflicto que se le plantea, cualquier expediente, el del suicidio mismo era concebible, menos aquel á que apela.

Con todo, «Divina» es una comedia que puede figurar con justicia entre las obras elegidas por el Jurado.

En este mismo teatro, Julio Castellanos, autor ya ventajosamente conocido por sus producciones anteriores, ha estrenado una breve comedia de salón, titulada «Los Novios», que ha obtenido el éxito que le correspondía. En efecto la pieza, graciosa y bien tramada, llena de rasgos felices, mantiene despierta la atención de los espectadores durante todo su desarrollo. Y no es del caso pasar por alto sobre estas obras teatrales de escasa importancia, pues, si pretendemos crear un teatro nacional, no sólo hemos de atender á las obras de aliento sino también á las de menor cuantía, sólo sean simples entremeses, para desterrar una vez de la escena esos burdos sainetes, ofensivos del buen gusto y de las buenas costumbres.

ALFREDO A. BIANCHI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Enrique A. S. Delachaux—En momentos de terminarse la impresión de este número, nos llega la noticia de la muerte de este distinguido geógrafo francés, residente entre nosotros, impidiéndonos la falta de tiempo y espacio dedicarle toda la atención que sus sólidas cualidades de hombre de ciencia merecerían. El puede con justicia figurar entre aquella falange de hombres de estudio que de tarde en tarde ha enviado Europa á estas playas. ¡Lástima grande que una muerte prematura le haya impedido realizar la tarea á que su saber le destinaba, de cavar hondo surco mediante su vasta doctrina y sus amplias vistas, siempre llenas de un vivificante humanitarismo! Quedan, sin embargo, como frutos de su paso fugaz entre nosotros, los muchos artículos que en diarios y revistas del país escribió y la influencia ejercida por su enseñanza de cuatro años en la Facultad de Filosofía y Letras, y últimamente en la Universidad de La Plata.

Ida Baroffio Bertolotti—Esta distinguida escritora extranjera se incorpora desde el presente número al grupo de redactores de la Revista. Recientemente llegada de Italia, en el corto tiempo de permanencia que lleva entre nosotros, ha conseguido un envidiabilísimo renombre, mediante sus asiduas colaboraciones en *La Prensa*, que le han conquistado las simpatías de todos sus lectores, hasta de los más exigentes, mucho más tratándose de literatura femenina, siempre

recibida con la natural desconfianza. Posee, en efecto, la gentil escritora, un espíritu delicado, una penetración exquisita, y un estilo vívido y rico que hacen de cada uno de sus artículos una página de prosa irreprochable, varonil por el pensamiento, femenina por la delicadeza y la gracia.

En *Nosotros* ella tratará asiduamente esos estudios de vida y psicología femeniles, temas de su especial predilección en los cuales ya ha acreditado su pluma, iniciándolos con el que este número lleva sobre las mujeres que escriben, estudio en que la rapidez del desarrollo no obstaculiza ni la exactitud de las observaciones, ni la seguridad del juicio, ni la comprensión total del asunto.

Advertencia—Siendo especial empeño de la dirección de esta revista el de dar á sus colaboradores la más absoluta libertad de criterio, y, por tal razón, confundiéndose tan á menudo en sus páginas las más variadas y radicales opiniones, singularmente en los artículos de crítica literaria, opiniones que á veces no concuerdan, antes bien están en pleno desacuerdo con las de la dirección, ésta se halla en la obligación de advertir, aunque todo lector avisado lo habrá siempre supuesto, que no se responsabiliza de los juicios emitidos en las páginas de la revista, reservándose su independencia de pensamiento en todos los casos. Por otra parte, sería inconcebible semejante consentimiento invariable de la dirección con las opiniones en la revista vertidas, considerando la diversidad inconciliable de las tales, fundada en el carácter ecléctico que en materia artística, literaria ó filosófica quiso darle á *Nosotros*. Esto para evitar posibles malentendidos.

Libros recibidos—*Enrique Gómez Carrillo*—«Langueurs d'Alger»—Traduit de l'espagnol por Ch. Barthez—París—E. Sansot et Cia., 1908.

Manuel Ugarte—«Burbujas de la vida»—París—Paul Ollendorff—1908.

Ricardo Rojas—«El alma española»—F. Sempere y Compañía, editores—Valencia—1908.

Leopoldo Lugones—«El Imperio Jesuítico»—Ensayo histórico—Segunda edición, corregida y aumentada—Buenos Aires—

Arnoldo Moen y Hermano, editores—1908. (Nos ocuparemos de él en el próximo número).

Miguel de Unamuno—«Recuerdos de niñez y de mocedad»—Madrid—Fernando Fé y Victoriano Suárez, editores—1908. (Nos ocuparemos de él en el próximo número).

Angel Diez de Medina—«Cantos de juventud»—Buenos Aires—1908

José Eneas Riú—«Yerba mala»—Cuadro dramático en un acto—Buenos Aires—1908.

Revistas recibidas:—«Anales del Círculo de la Prensa»—Buenos Aires.

«Anales del Ateneo de Panamá»—Panamá.

«Archivos de Psiquiatria y criminología»—Buenos Aires.

«Archivos de Pedagogía y ciencias afines»—La Plata.

«Colección Ariel»—San José (Costa Rica).

«Cultura Española»—Madrid.

«El Fígaro»—Habana.

«El Cuento Semanal»—Madrid—Buenos Aires.

«Ensayos y Rumbos»—Buenos Aires.

«España y América»—Madrid.

«La Revista Artística y Teatral»—Buenos Aires.

«La Verdad»—Buenos Aires.

«La Rassegna Nazionale»—Firenze.

«La Lectura»—Madrid.

«Líneas»—Cartajena (Colombia).

«Mes Literario»—Coro (Venezuela).

«Nuevos Ritos»—Panamá.

«Páginas Ilustradas»—San José (Costa Rica).

«Revista de la Facultad de Letras y Ciencias»—Habana.

«Revista de Letras y Ciencias Sociales»—Tucumán.

«Revista Histórica»—Montevideo.

«Revista Jurídica y de Ciencias Sociales»—Buenos Aires.

«Vida Intelectual»—San Salvador.

NOSOTROS.

NOSOTROS

«LOS COLEGAS»

«Los Colegas», quinta obra de Concurso Labardén, (¿y aun se habla del Concurso Labardén?) estrenada hace apenas dos meses, es presentada hoy por la Dirección de Nosotros al veredicto de sus lectores.

De las cinco obras conocidas hasta ahora de éste, por muchas causas, célebre Concurso, «Los Colegas» es, indudablemente, sino la mejor, por lo menos la única que, junto con «El Fruto Sano», resiste á una crítica un poco severa.

El éxito obtenido por esta pieza la noche de su primera representación, es muy digno de tenerse en cuenta dadas las deplorables condiciones en que se la presentara. En efecto, desconfiando de su teatralidad, la compañía del Teatro Moderno, parece que se hubiera propuesto hacerla fracasar. Siendo, de todas las obras que ella ha puesto en escena, la que más necesitaba de un primer actor, fué la única en que no trabajó el primer actor de la compañía. No se ensayó, nos consta, más que dos veces. Ninguno de los artistas se sabía su papel. Substituyóse el texto con palabras improvisadas, á veces incorrectas y hasta absurdas. Por otra parte, se efectuaron en el original, sin derecho y sin criterio alguno, innumerables cortes. Escenas íntegras fueron suprimidas. Nosotros la ofrece hoy, tal cual la escribiera su autor para que pueda evidenciarse la sinrazón de tales supresiones.

Y si á pesar de todas estas circunstancias desfavorables, la pieza triunfó, hay que convenir en que ello se debió al mérito intrínseco de la obra.

«Los Colegas» es un drama intenso y sencillo, escrito con elegancia y vigor. Todo él abunda en efectos dramáticos de buena ley, presentando además, desde el principio al fin, una perfecta unidad en los caracteres.

El público sintió y pensó desde los primeros momentos con el autor, compenetrándose de la original idea, nervio de la obra, que aparte sus méritos artísticos, es también de una encomiable eficacia ética, lo que constatamos sin que esto importe una especial inclinación nuestra por las piezas moralizadoras.

Y ahora, juzgue el lector.

ALFREDO A. BIANCHI

LA FILOSOFÍA JURÍDICA EN LA FORMACIÓN DEL JURISTA

SEÑORES:

El nuevo plan de estudios para nuestra facultad, que ha entrado á regir en el presente año universitario, introduce, con relación á la filosofía del derecho, modificaciones de no ligera importancia.

La parte histórica de la materia, que en 1905, al crearse una nueva cátedra, se designó con el nombre de *Evolución de las instituciones jurídicas*, se llamará en adelante *Historia del derecho*; y tanto esta asignatura, como su antigua compañera la parte racional de la filosofía del derecho, quedan excluidas del grupo de ciencias indispensables para la formación del abogado, colocándoselas entre aquellas únicamente obligatorias para los que optan al título de doctor en jurisprudencia.

Impónese á mi juicio, en esta conferencia inaugural, que debe versar sobre cuestiones generales de la materia á mi cargo, aquilatar el alcance y mérito de la antedicha resolución, adoptada sin previo dictámen de los profesores respectivos, y que los ilustrados consejeros de la comisión reformadora del plan de estudios han explicado muy someramente, limitándose á decir en su informe á la facultad, que el curso existente de Evolución de las instituciones jurídicas «será reemplazado con ventaja por el de Historia general del derecho».

Cumple á mi distinguido colega el catedrático de esta asignatura, la tarea de examinar la conveniencia de la sustitución, en mi concepto nada feliz, si importa trans-

---

Aunque el asunto de esta conferencia, pronunciada por el Dr. Antonio Dellepiane en la clase inaugural de su curso de Filosofía del Derecho, se aparta un tanto de la índole de los temas tratados en la revista, su dirección se honra en publicarla, siendo su autor uno de nuestros más distinguidos hombres de estudio, que se ha conquistado un sólido renombre con largos años de constante labor, y cuyas producciones son leídas con agrado por quienes se ocupan entre nosotros, de las altas especulaciones del espíritu.—N. de la D.

formar en una mera exposición de las legislaciones que fueron, el curso de Evolución de las instituciones jurídicas, hecho con espíritu y método sociológicos, con ámplia informiación histórica y con la rica documentación etnográfica, hoy tan útil y provechosamente empleada para dar luz á los hechos del pasado, en forma que hasta los mismos romanistas, como escribe el eminente profesor de derecho romano de la facultad de Paris, reconocen ya que «la etnografía puede suministrar indicaciones, que se buscaría en vano en otra parte, acerca del estado de los primeros habitantes de Roma.» Por mi parte, he de limitarme á apuntar algunas consideraciones sobre la otra novedad del plan: la que consiste en eliminar á la filosofía del derecho, reducida ahora á un año, y desligada, al parecer, de la historia del derecho, del elenco de asignaturas necesariamente requeridas para formar el jurista.

La cuestión está lejos de ser nimia y su examen es de especial interés, no sólo para esta Universidad, sinó para la de La Plata, que yendo aún más lejos que su hermana bonaerense, ha repudiado á la filosofía del derecho hasta de los estudios del doctorado. No es pecar de caviloso hallar en estos hechos concordantes el síntoma de la difusión de una tendencia, que, caso de prevalecer, podría resultar nociva para la mentalidad nacional y el porvenir de los estudios jurídicos en la República. Conviene, pues, mostrar, una vez por todas, la necesidad superior de la filosofía del derecho para la formación del jurista, justificando, de este modo, una disposición transitoria del nuevo plan; disposición por cierto inexplicable é inconsecuente con el plan mismo, en tanto obliga á los alumnos actuales de 5.º año á cursar la filosofía del derecho, suprimida como no necesaria, cuando habría sido más lógico, dentro de las ideas del plan, sustituir el estudio de esta asignatura, no indispensable en la preparación del abogado, por alguna de las nuevas introducidas por indispensables, como la legislación industrial ó la ciencia política.

II

Toda ciencia es fragmentaria, por necesidad y hasta por definición: por definición, porque una ciencia no es sino un sistema de verdades concernientes á un particular y reducido orden de relaciones ó fenómenos; por necesidad, porque ese sistema de verdades ha sido puesto

en claro y es inculcado en los espíritus mediante un procedimiento abstractivo que consiste en separar de la totalidad de las cosas una determinada clase de hechos para considerarlos aisladamente y con prescindencia, parcial ó completa, de los otros hechos que en la realidad los acompañan.

No hay, así, ciencia ó grupo de ciencias afines, cuyas verdades no necesiten ser coordinadas, integradas y llevadas á un grado de generalización superior; que no requieran ser correlacionadas con los principios de otra ciencia; que no deban ser, además, discutidas en sí mismas, en su legitimidad, en su adquiescencia por el espíritu. No hay, en suma, ciencia ó grupo de ciencias afines, que no sea susceptible de tener su filosofía, vale decir, una disciplina sintética destinada á unificar los resultados de las ciencias particulares, á ligarlos con los de las demás ciencias y á ocuparse en el problema de la legitimidad del conocimiento, que implica poner el objeto conocido en relación con el sujeto que lo estudia.

Y si las mismas ciencias naturales no pueden sustraerse á esta necesidad, como ocurre por ejemplo con las de la vida, que tienen también su filosofía, de aplicación fecundísima hasta para la solución de problemas especiales de clasificación, de filogenia, etc., mal podían escapar á esa exigencia las que tratan de la sociedad, pues por su índole propia, así como por la complejidad de los hechos que consideran, reclaman, en mayor grado todavía, ese proceso de análisis, de integración y de síntesis, y más que todo, el examen detenido y profundo de los principios contingentes y de las verdades discutidas en que se asientan sus construcciones.

Esta doble necesidad subjetiva y objetiva; necesidad objetiva de las cosas, que obliga á seccionar la realidad fenoménica en partes ó tajadas, con el fin de examinarlas separadamente y llegar á su conocimiento especial y detallado; necesidad subjetiva de la mente, que exige la síntesis después del análisis, la correlación de lo encontrado en cada orden de fenómenos con lo descubierto en los demás órdenes de hechos, para llegar, así, á la comprensión de la totalidad de las cosas, aspiración suprema de los esfuerzos mentales del hombre, esa doble necesidad, digo, ha dado lugar á la constitución de dos ciencias sociales de índole filosófica: la filosofía jurídica, por una parte, y la filosofía social ó sociología general, por la otra; ciencias que guardan entre sí una afinidad evidente, cuyas relaciones de vecindad y de mutuo auxi-

lio son importantísimas, que, por tales motivos sin duda, se hallan expuestas á ser confundidas una con otra, razón por la cual conviene precisarlas y deslindar su contenido á fin de prevenir inconvenientes, nada escasos ó insignificantes, que esa confusión puede ocasionar.

III

El proceso cognoscitivo del espíritu humano, en orden al tiempo, guarda también sus leyes indeclinables y la filosofía social ó sociología general, obedeciendo á una de ellas, ha debido esperar, para ver la luz y organizarse como ciencia autónoma, á que lo estuvieran las varias disciplinas que estaba destinada á unir y totalizar en leyes más altas. Tanto la sociología general, como las ciencias sociales particulares toman por objeto de estudio la sociedad; pero aquella la examina en su unidad indivisa, mientras éstas la escrutan en su multiforme variedad, de que resulta la multiplicidad de las mismas.

En efecto, los hombres agrupados en sociedad, compelidos por necesidades distintas y solicitados por fines diferentes realizan actos de diversa clase; ya, mediante ciertos medios que producen y cambian, proveen á su subsistencia y bienestar (hechos económicos), ya, mediante una cierta organización y subordinación jerárquica mantienen el órden público y la paz social (hechos políticos), etc.

Ahora bien, cada categoría de actos, cada clase de fenómenos sociales posee modalidades propias, una fisonomía especial, condiciones particulares de producción, factores específicos; todo lo cual justifica su estudio por separado, ó sea la constitución de una ciencia especial, que precise su naturaleza y determine sus leyes peculiares. Así han nacido las diversas ciencias sociales particulares, economía política, ciencia política, ciencia del lenguaje, ciencia de las religiones, etc.

Estas ciencias sociales particulares, no se confunden todavía, en el sentir de muchos sociólogos, con las sociologías particulares. Así, la política no es la sociología política; la ciencia de las religiones no es la sociología religiosa. La introducción, en una ciencia social determinada, del punto de vista sociológico, con el método y el espíritu que le son conexos, dá lugar á la transformación de esa ciencia en una sociología particular y motiva la constitución de una ciencia independiente.

Pero estas sociologías particulares son también una cosa inidentificable con la sociología general. Acabamos de ver, en efecto, que los hombres de una sociedad practican actos diversos y que de esta diversidad se origina la de las ciencias que los estudian por separado. Pero, es claro que esta diversidad de actos, supone también una unidad, la del actor que los ejecuta; y de esta unidad del sujeto surje la vinculación, la correlación, la dependencia mutua de todos los hechos de una sociedad, que, no obstante su naturaleza y fines diferentes, son apesar de todo, actos de un mismo individuo, y por lo tanto se relacionan unos con otros, se condicionan unos á otros, se explican unos por otros. De aquí la necesidad de una ciencia superior, coordinadora é integradora de las sociologías especiales; de una ciencia que no abstraiga los hechos sociales, para estudiarlos aisladamente, sino que considere y estudie la sociedad en su totalidad indivisa, que dirija al todo social una mirada de conjunto; y esa ciencia, no es otra que la sociología general ó filosofía de las ciencias sociales.

IV

Entre las distintas categorías de hechos sociales están comprendidos los fenómenos jurídicos, ó, para expresarnos con más exactitud, todos los actos que el hombre realiza en sociedad, de asociación, de cooperación, de creación de riquezas, de intercambio de valores, etc., pueden ser considerados del punto de vista de su garantía por el poder público, y, de esta manera, nace el momento ó aspecto de esos actos que se denomina jurídico, desprendiéndose de aquí, que no hay acto humano ó fenómeno sociológico, bien sea económico, genésico, político, artístico, religioso ó científico, que no pueda revestir un carácter jurídico, y que, por lo tanto, el hecho ó fenómeno jurídico viene así á tener un carácter de generalidad sociológica, desde que afecta ó comprende á todas las manifestaciones de la actividad social.

Pero, si está fuera de discusión que el hecho jurídico sea sólo un momento ó aspecto de la vida social, por lo cual se ha dicho compendiosamente que *el derecho es la vida*, y que, como en la atmósfera, en él vivimos, nos movemos y existimos: *in ea vivimus, movemur et sumus;* si el fenómeno jurídico presenta, como hemos dicho, un carácter de generalidad sociológica, en tanto las normas jurídicas por las cuales se revela, tienen por misión y por

fin desempeñar una función de garantía, como técnicamente se la llama, ello no quiere significar ni trae aparejado que la vida social toda entera sea reductible á la vida jurídica, ni mucho menos que sea factible estudiar y explicar la sociedad, en la plena totalidad de su ser, por el solo lado de las normas jurídicas, bajo el único ángulo visual de las reglas encargadas de la función de garantizar todos los actos de la vida colectiva.

Por otra parte, es así mismo fuera de duda que los hechos ó fenómenos jurídicos, á igual de las otras manifestaciones de la actividad humana, tienen también su especificidad propia, esto es, su naturaleza, sus factores y sus condiciones peculiares. Surje de aquí que al lado, ó enfrente, de la sociología general, y entre las diversas ciencias sociales particulares,—ciencia económica, ciencia política, ciencia del lenguaje, ciencia de las religiones, etc. —hallará cabida otra ciencia, y quizás un grupo de ciencias, cuyo objeto sea estudiar los hechos ó fenómenos jurídicos especialmente.

Un grupo de ciencias, he dicho; y así es en efecto, porqué, como fácilmente se percibe, los hechos ó fenómenos jurídicos son susceptibles de ser considerados desde varios puntos de vista, naciendo de ello otras tantas técnicas independientes. Así, las normas jurídicas de un estado, ó como se dice en la escuela, su derecho positivo, clasificadas y divididas en categorías diversas, —derecho constitucional, derecho civil, derecho comercial, etc..—dan lugar á las disciplinas que se cursan en los primeros años de esta facultad, y cuyo conocimiento importa, en primer término, al que lo adquiere para explotarlo lucrativamente como funcionario judicial, ó como defensor de derechos atropellados ó desconocidos. Cualquiera de estas categorías de normas jurídicas pertenecientes á un estado, puede ser estudiado en su comparación con las de otros estados (derecho comparado). Cabe también efectuar un estudio de las normas jurídicas, desde el punto de visto histórico, averiguando los cambios que han experimentado á través del tiempo, bien sea en un solo pueblo ó estado (derecho romano, derecho egipcio), bien sea en todos los pueblos históricos antiguos y modernos (historia general del derecho), bien sea en las agrupaciones contemporáneas sin historia conocida (etnografía jurídica).

Hasta aquí, como Vds. habrán notado, no aparece la sociología jurídica, que, según el concepto de las ciencias sociológicas antes apuntado, implicará el estu-

dio, hecho con métodos especiales, del fenómeno jurídico, no en una sociedad ó en varias sociedades de un momento dado, ni á través del tiempo,—en una sociedad ó en todas las agrupaciones humanas—sinó en los factores que condicionan sus cambios y en las leyes que gobiernan sus transformaciones, en el tiempo y en el espacio terrestre.

Con este estudio de los hechos jurídicos, de índole integral, ordenadora y generalizadora, nos elevamos ya á la concepción de una ciencia que adquiere un sentido y cobra un valor eminentemente filosófico. Sin embargo, y malgrado el parecer de autoridades científicas que lo han pretendido, la sociología jurídica se distingue netamente de la filosofía del derecho. Pese al ilustre filósofo italiano Ardigó, que ha sustentado la tésis de la identidad de ambas ciencias, ellas difieren por su contenido. A lo sumo, estaría, por mi parte, dispuesto á admitir,—y en ésto me es grato encontrarme en numerosa y docta compañía—que la sociología jurídica es sólo un fragmento de la sociología del derecho, la parte de ésta consagrada á estudiar la fenomenología jurídica, que examina el proceso de formación histórica del derecho, señalando sus causas y sus leyes generales, que intenta, también, religar el hecho jurídico al enmarañado *complexus* de los fenómenos sociales y yendo aún más lejos en este sendero, que procura conectarlos con la totalidad de los hechos del cosmos, con el sistema del mundo, con el orden universal. ¿Qué es el derecho, como fenómeno social? ¿Qué causas han determinado su aparición? ¿Cuáles son sus orígenes? ¿Cuáles los cambios que ha experimentado y los factores de esas transformaciones? ¿Qué influencia ejercita el hecho jurídico sobre los otros de la vida social y recíprocamente cuál es la de éstos sobre el primero? ¿Qué relaciones mantiene con la fenomenología universal y qué misión desempeña en la totalidad de las cosas? He ahí las cuestiones que agita y trata de resolver la sociología jurídica ó *Filosofía de la historia del derecho ó Evolución de las instituciones jurídicas*, como también se la designa, en dos formas expresivas y acertadas que tenían ya entrada y arraigo en la Universidad de Buenos Aires.

V

Decía, hace un instante, que estos problemas constituyen apenas un capítulo de la filosofía del derecho, porque, á poco se reflexione sobre ellos, llégase á compren-

der que están lejos de agotar la humana curiosidad en lo referente al hecho ó fenómeno jurídico. Hay otra cuestión, otro interrogante supremo que se ha erguido desde temprano en la mente del hombre, reclamando una inmediata y satisfactoria respuesta. Aquello que las normas jurídicas prescriben; lo que está ordenado pena de nulidad, ó de restitución, ó de indemnización, ó de multa, ó de reclusión, ó de muerte, por la legislación positiva ¿es justo en sí, es intrínsecamente justo, responde á razones ó principios superiores que revistan un carácter de necesidad ineluctable, de obligatoriedad ineludible, de exigencia racional categórica? He ahí el problema que se ha levantado en el espíritu del hombre no bien éste ha sido capaz de distinguirse de lo que lo rodea y de replegarse sobre sí mismo á meditar.

El examen de las anteriores preguntas lleva en sí envuelto la formulación de las más arduas y trascendentales cuestiones. Júzguese, si nó por las siguientes: ¿Hay ó nó fines que deben ser forzosamente perseguidos por el hombre? Caso afirmativo ¿existen ó nó medios que imprescindiblemente deban ser usados para la realización de esos fines? Las normas jurídicas ¿han surgido ó nó como una necesidad inexcusable para garantizar las condiciones fundamentales de la coexistencia y la cooperación social sin las cuales no son posibles ni la conservación ni el progresivo desenvolvimiento humano, y sin las que no es imaginable siquiera la consecución de ningún fin individual, colectivo ó específico? Todas estas preguntas entrañan la investigación de los más altos problemas metafísicos que puedan solicitar nuestra actividad razonadora, y su solución, á que se vinculan nuestros más caros intereses, nuestra tranquilidad actual, nuestra felicidad en lo futuro, forman el programa de estudio de la filosofía del derecho, en su parte llamada racional, que los filósofos y juristas ingleses, adoptando la nomenclatura de Bentham, conocen con el nombre de *investigación deontológica del derecho ó deontología jurídica.*

La deontología jurídica, para usar de esta expresión que hoy se ha abierto camino en la ciencia, está, pues, encargada de la muy noble y muy difícil tarea de valuar las normas del derecho, de dosar su grado de justicia absoluta, de investigar su razón de ser en relación á los fines humanos, de averiguar si aquello que ha existido ó existe, en materia de mandatos legales, es lo que debe realmente ser. Noble y difícil tarea, he dicho, y pude agregar, empresa que está léjos

de ser fútil y estéril, dada la posibilidad de que el hombre,—ente racional y libre, capaz de comprender la norma y de conformar á ella su conducta—intervenga eficazmente en la sucesión de los fenómenos, para alterar sus condiciones, para torcer á voluntad sus rumbos y para dirigir y predeterminar sus resultados, en vista del propio bien y de la consecución del órden universal en que participa y colabora.

VI

Léjos estoy, pues, de aceptar, como Vds. ven, que la filosofía del derecho pueda ser absorvida por la sociología general, ó que sea dable confundirla, por no decir embrollarla con la sociología jurídica; y más léjos estoy, todavía, de conceder que el estudio de la vasta, espinosa y profunda disciplina, cuya sola adquisición exige años de largas y penosísimas vigilias al que se propone poseerla como maestro, que ese estudio, digo, pueda ser englobado en el de las distintas ramas del derecho y de la ciencia social, de suerte que, al considerar cada norma jurídica, cada institución social ó política, sea hacedero adquirir, á la vez que el conocimiento de la institución ó de la norma, la noticia completa y depurada de su fundamento racional y filosófico.

He dicho, en otra oportunidad, que el estudio del derecho, realizado con sentido al propio tiempo exegético y filosófico, constituiría fuera de discusión, el ideal del aprendizaje jurídico; ideal, por desgracia, inasequible en la práctica de la enseñanza, como me he apresurado á hacerlo constar, anotando, rápidamente, las razones que obstan al logro de ese fin; razones de tal modo graves y poderosas, que ha poco tiempo movieron á uno de los más distinguidos catedráticos de la facultad de París á complementar su enseñanza del derecho civil por medio de un curso libre de filosofía del derecho, que se dictó por espacio de seis años y se justificó con las siguientes consideraciones, procedentes de voz tan autorizada é insospechable como es la del apreciado civilista Mr. Boistel:

«No es exacto que la enseñanza de la escuela se arrastre en el comentario servil de los textos de la legislación positiva, sin investigar el vínculo profundo que une sus diversas disposiciones, sin determinar su razón de ser, á la vez filosófica é histórica, sin hacer su critica, del punto de vista de sus tendencias morales. No obstante, no es

posible negar que sea eminentemente útil fijar una especial atención sobre las ideas dominantes y directrices, consagrarles un estudio profundo, asentarlas sobre principios seriamente discutidos, hacer conocer las diversas soluciones propuestas, examinarlas en todas sus faces y establecer así una base sólida para el conjunto de las teorías jurídicas.... No es posible profundizar el conocimiento del derecho positivo, ni satisfacer por entero los aspiraciones de nuestra inteligencia si no se la pone en relación con una fuente más alta.»

VII

Acaban Vds. de oirlo por boca de una imparcial y prestigiosa autoridad científica: el aprendizaje del derecho civil, realizado en las Universidades, requiere ser completado con el de una disciplina filosófica que discuta y establezca sobre sólida base, como dice Mr. Boistel, sus principios fundamentales; y esa disciplina no es ni puede ser otra que la filosofía del derecho, cuya exclusión indebida de los planes de estudio de las universidades francesas constituye una verdadera anomalía, tanto más sensible é inexplicable cuanto que, bajo una ú otra denominación,—derecho natural, teoría general del derecho, etc.—ella figura, puede decirse, en todas las universidades alemanas, inglesas, italianas, austriacas, belgas, rusas, españolas, norte y sud Americanas.

Supérfluo casi me parece agregar que en idéntico caso al del derecho civil se hallan todas las demás técnicas de la facultad, sean jurídicas, sean sociales. Y el hecho tiene una explicación fácilmente alcanzable. Hay, en efecto, teorías jurídicas ó sociales, empezando por la teoría general del derecho, que sobrepasan, cuando se les escudriña, á fondo,—y así deben serlo,—los límites de las ciencias que las estudian. Los altos problemas del fundamento de la responsabilidad civil ó penal, la legitimación de la propiedad ó de la herencia, la delicada y candente cuestión del divorcio, el arduo problema de la delimitación de las funciones del estado, la teoría filosófica de las pruebas, la de la crítica del testimonio, y tantas y tantas otras como pudieran ser citadas, requieren, para ser tratadas y resueltas con probabilidades de acierto, la intervención y el auxilio de todas las ciencias filosóficas, comenzando por la psicología y la moral, y

ascendiendo hasta las alturas escabrosas y poco accesibles de la metafísica.

Con lo expuesto queda, á mi ver, suficientemente evidenciada la necesidad, y no sólo la simple utilidad, de la filosofía del derecho en la preparación del jurista, que privado de sus luces y nociones no pasa de un infecundo rumiador de códigos, destituido de vistas personales y de criterio jurídico certero. Nada diré de los peligros que entraña la formación de magistrados inaptos para suplir, con original y elevado pensamiento, los vacíos inevitables de la legislación, y hasta de hacerla evolucionar progresivamente, como ocurre en los países de verdadera vida judicial, construyendo, á ese efecto, teorias jurídicas nuevas, por medio de interpretaciones felices que consultan las últimas exigencias de la sociedad, sin dejar, por ello, de beber su inspiración en los más rigurosos principios de la eterna y absoluta justicia. Ni volveré, tampoco, para no pecar de insistente, sobre el premioso deber de contrariar la propagación de esas doctrinas que se glorian de permanecer esclavas de la constatación de los fenómenos, y, de temor á los vuelos altos del espíritu, comienzan por amputarle las alas. ¡Desgraciado el hombre de ciencia que se hace reo de estas imperdonables mutilaciones! ¡Ay de los pueblos que se adhieren obstinadamente á los hechos, y pierden así de vista el sano, el benéfico, el considerable influjo social del culto al ideal y á la especulación metafísica!

ANTONIO DELLEPIANE.

LOS COLEGAS

PERSONAJES

MARIO BLASCO, médico
ANÍBAL FERRANDO, médico y consejero de la Facultad de Medicina.
JORGE VILANA, médico.
MÁXIMO TÉLLEZ, hacendado.
DIEGO DE ARVAL.
ANTÚÑEZ.
PURA BREST.
SILVIA DE ARVAL.
ZULEMA ROJAS.
DOÑA LAURA, madre de Diego y Silvia y tía de Pura.
DOÑA EMILIA, madre de Mario.
MISS DOLLY, antigua institutriz de la familia de Arval.

Una criada, un criado, un mozo de hotel, un *groom*.

La acción es contemporánea, y pasa en Mar del Plata y en Buenos Aires.

ACTO PRIMERO

El centro de la terraza de un lujoso hotel, en Mar del Plata. Al foro, una balaustrada de piedra, que se extiende á ambos lados del escenario, prolongando la terraza. Diseminadas aquí y allá, algunas sillas y tres ó cuatro mesitas de hierro pintadas de blanco. Junto á la balaustrada, á uno y otro lado, un par de largos bancos del mismo estilo. En el medio de la balaustrada una gran escalinata. Por ella se desciende á una vereda que se supone va por el foro hacia la rambla; esta vereda no es visible de la terraza, porque está en un plano más bajo. En el fondo, á lo lejos, entrecortado por las techumbres de las casillas que se levantan sobre la rambla á lo largo de la playa, el magnífico paisaje del mar, en una tarde de estío.

ESCENA PRIMERA

FERRANDO, TÉLLEZ Y UN MOZO DEL HOTEL

(Ferrando y Téllez toman bebidas frescas sentados ante una mesita. Ferrando tiene una fisonomía astuta, lleva su barba gris entera y cortada en punta, gasta anteojos, y viste un terno de paño obscuro. Téllez es de franca é inteligente fisonomía, usa bigotes, y viste con elegante negligencia un traje claro. A respetuosa distancia les atiende un mozo del hotel, ora parado, ora paseándose somnoliento.)

TÉLLEZ.—Seguramente ha llegado á sus oídos la sensacional noticia que circula desde anoche...

FERRANDO.—¿Qué noticia?

TÉLLEZ.—Parece que su colega Mario Blasco se casa con Silvia Arval.

FERRANDO.—¡Pues no sería poca la suerte de ese mocito!... ¡Pues no sería poca esa desgracia para el hotel!...

TÉLLEZ.—¿Por qué tanta suerte para el mocito?

FERRANDO.—¿No le parece á usted bastante?... Conquistaría de pronto nombre, posición, fortuna. «Haría su América.»

TÉLLEZ.—¿Y por qué tanta desgracia para el hotel?

FERRANDO.—¡Cómo!... ¿No sabe usted que los pretendientes de Silvia aquí alojados forman legión? Recibidas las calabazas, todos se volverían á Buenos Aires. El establecimiento quedaría desierto y sus dueños no percibirían ya los miles de pesos semanales que ellos pagan.

TÉLLEZ.—¡Y vaya si gastan en vivir y deslumbrar á la niña festejada y de moda!

FERRANDO.—Cada cual piensa que se ha de casar con ella, y que entonces se resarcirá de sus gastos. Es dinero adelantado en la operación ó puesto á interés usurario. (*Pausa breve.*) ¡Mal negocio para el hotel el compromiso de Silvia Arval!

TÉLLEZ.—Mal negocio. Y eso sin tener en cuenta que muchos vencidos pueden arrojarse desesperados al mar, y desprestigiar el balneario, cubriendo la playa de cadáveres.

FERRANDO.—No se alarme usted. ¡Nada ha de suceder! Ni quebrará el hotel, ni habrá peste de ahogados. Y no porque no sean tantos los pretendientes de Silvia. Los conocidos se cuentan por docenas, ¡los vergonzantes por centenares!

TÉLLEZ.—¿Los vergonzantes?

FERRANDO.—¿Ignora usted que esas beldades millonarias arrastran, junto á sus pretendientes ostensibles, verdaderos ejércitos de «cazadores de dotes», tan pacientes y cautelosos como si fueran cazadores de serpientes?

TÉLLEZ (*riendo*).—¡Mire usted que yo he pretendido á Silvia!

FERRANDO.—Usted está fuera de toda sospecha, por su posición social y su carácter. Además, usted no ha... «trabajado»... en serio.

TÉLLEZ.—¿Piensa usted que Silvia, siendo tan linda, no tiene enamorados sinceros?

FERRANDO.—La sinceridad es un concepto muy relativo. ¡Hay tanto iluso, tanto sugestionado, tanto autómata que se da cuerda á sí mismo!

TÉLLEZ.—¿Por qué cree usted, entonces, que no se despoblará el hotel... ni se poblará la playa de cadáveres? Los autómatas que hoy se dan cuerda para querer, también se la darán mañana para huir ó para matarse.

FERRANDO.—No. Eso no sucederá... (*Pausa breve.*) Por la sencilla razón de que Silvia no ha de casarse con

Blasco. (*El mozo se acerca á levantar el servicio de los refrescos. Sin darle tiempo para ello, Ferrando le indica que se aleje, con impaciente ademán... El mozo se retira por la derecha.*)

TÉLLEZ.—Habla usted con una seguridad...

FERRANDO.—La seguridad de la experiencia.

TÉLLEZ.—Sin embargo, los hechos...

FERRANDO.—Las apariencias no son los hechos. Y, además, los hechos se destruyen por nuevos hechos.

TÉLLEZ.—Creo que Mario es intachable. No habría por qué deshacerle el compromiso...

FERRANDO.—¡Hum!... ¡Quien sabe!... (*Cambiando de tono.*) ¡Cállese usted, que por ahí viene! (*Entra Mario por la izquierda del espectador. Es alto, afeitado y de ademán resuelto. La arruga de su frente y el gesto de sus labios revelan una expresión de energía, que contrasta con el candor de sus ojos claros. Rara vez sonríe; frecuentemente parece distraído. Viene con un cigarro en la boca, paseándose por la terraza.*)

ESCENA II

DICHOS Y MARIO

(El diálogo de la presente escena debe seguirse con animación y vivacidad, como si los personajes, sobre todo Ferrando y Mario, se esforzaran en lucir su ingenio. Parecen aguijoneados por vago y oculto antagonismo, que da como una segunda intención á sus palabras. Bajo formas corteses y hasta cordiales, el gesto de Ferrando descubre cierta ironía; en la voz de Mario vibra sordamente la impaciencia propia de quien presume una hostilidad que no comparte ni acierta á definir y precisar. Ferrando y Téllez permanecen sentados. Mario, de pie, se apoya, sobre una mesa vecina; á ratos, se pasea.)

MARIO.—¡Hola!... Se alimentan ustedes...

TÉLLEZ.—No sólo de ideas vive el hombre...

FERRANDO.—¿Quiere usted tomar algo con nosotros?

MARIO.—No, mil gracias. Iré más tarde á tomar el té en la rambla.

FERRANDO.—En la amable compañía de la familia de Arval...

MARIO.—O de cualquier otra... (*Cambiando de tono*). Veo que interrumpo una conversación confidencial... (*Haciendo ademán de irse*). Ustedes disculpen...

TÉLLEZ.—Nada interrumpe usted...

FERRANDO.—Hablábamos de *sports*; del tiro á la paloma, del *tenis*, del *golf*...

TÉLLEZ.—Parece que hay una verdadera afición á este juego.

FERRANDO.—¿Lo cree usted así? De cien concurrentes al campo de *golf*, apenas si diez lo juegan. De

éstos, apenas si uno lo juega con gusto. Los demás concurren porque no tienen otra cosa que hacer, porque es una ocasión para el *flirt*, en fin, por moda... ¡La moda, qué gran tirana, que gran hipócrita!

TÉLLEZ:—¡No maldigamos de la moda! No imitemos á esos románticos melenudos que reniegan la del siglo presente... porque siguen la del siglo pasado.

MARIO.—La moda no es más que una forma del progreso. El amor á la moda es el instinto de perfección en los espíritus vulgares.

FERRANDO.—¡Vivir para ver!... Nunca hubiera pensado que dos hombres serios ponderasen la moda como una bendición del cielo.

MARIO.—Yo no la pondero. La defiendo contra los ataques que le dirigieron nuestros padres sin comprenderla, ¡y obedeciendo sin saberlo á su tiranía!

TÉLLEZ.—Antes era moda despreciar la moda... Hoy es moda andar á la moda.

MARIO.—Si no fuera por la moda andaríamos todavía con una corona de plumas sobre la nuca por toda vestimenta.

FERRANDO.—¡Y no quedarían tan mal así muchas de nuestras jóvenes amigas!

MARIO.—Es cuestión de costumbre. Si las viéramos siempre en *toilette* de salvajes, clamaríamos por el corsé, que tantos defectos disimula. (*Pausa breve.*) Sí, doctor, renegar de la moda es renegar de la civilización.

FERRANDO.—Si así piensa usted, ¿por qué no anda vestido de punta en blanco y saca modas como cualquier petimetre?

MARIO.—Porque no tengo tiempo. Soy médico.

TÉLLEZ (*á Ferrando, sonriendo.*) Y usted también, doctor, para ser consecuente con sus ideas, ¿por qué no anda vestido de salvaje y coronado de plumas?

FERRANDO.—¡A mi edad!... ¡Bonito quedaría!...

TÉLLEZ (*mirando á Mario de piés á cabeza.*)—Pues si no es usted un *dandy*, amigo Mario, en este momento lo parece. «No son todos los que están, ni están todos los que son.»

FERRANDO (*á Mario*).—Cierto. Se ha transformado usted. Hasta creo que va usted á dirigir un cotillón con la señorita de Arval... Pero su cambio no obedece á sus teorías sobre la moda. Las teorías han venido después, para justificar el cambio. (*Movimiento de sorpresa en Mario.*) Estará usted enamorado. En la época de celo, los animales se revisten de sus mejores galas.

Los cuadrúpedos cambian de pelaje, las aves despliegan sus plumas más brillantes, hasta los reptiles se endosan una piel nueva...

MARIO, (*interrumpiendo*).—¡Y todo esto á propósito del *golf!*

TÉLLEZ —Porque yo decía que ha despertado entre nosotros una verdadera afición...

FERNANDO.—Porque yo negaba que esta afición sea tan verdadera...

TÉLLEZ.—Si niega usted todavía, mire aquel grupo que viene. (*En efecto, por la izquierda entra un grupo de damas y caballeros, en trajes de playa, conversando alegremente. Entre ellos viene Zulema, una dama soltera; pero ya menos jóven de lo que pretende parecer. Es elegante, acaso demasiado elegante. Anda siempre muy empolvada y compuesta. Cuando va á decir alguna pequeña perversidad, guiña rápidamente los ojos. Cuando hay hay quien se la diga, los abre grandemente, y ríe con sonoras carcajadas, mostrando una blanquísima dentadura. Pronuncia bien, mas con alguna afectación, las palabras y frases francesas que á veces emplea.—Y cierra el grupo un jóven con un haz de bastones y palas de golf. Aunque todos se encaminaban á la escalinata, al ver á Mario se detienen, se codean, y acuden á él, rodeándole, para felicitarle cordialmente. No parecen apercibirse de Ferrando y Téllez, que continúan su conversación. Mario y los que llegan forman un grupo aparte, en primer término.*)

ESCENA III

DICHOS, ZULEMA Y DAMAS Y CABALLEROS

ZULEMA (*dando la mano á Mario*). —¡Qué sorpresa nos reservaba usted! ¡Mis felicitaciones!...

UN CABALLERO (*estrechando también la mano de Mario y palmoteándole en el hombro*).—¡Y las mías, Blasco! (*Las demás personas del grupo repiten sucesivamente: «¡Y las mías!...» «¡Y las mías!...» Mario hace un gesto de negación y protesta; pero no le dan tiempo para hablar...—Ferrando y Téllez se levantan.*)

TÉLLEZ (*á Ferrando, indicándole el grupo*).—Voy á pasearme un momento por la terraza... mientras pasa esa nube de langosta saltona.

FERRANDO.—Y yo me quedo... á observar sus estragos. (*Sale Téllez por la izquierda.*)

ZULEMA.—¡Y cómo venía preparándose el triunfo, tan calladito!

EL CABALLERO.—Ha dejado usted el tendal de muertos y heridos en el campo de batalla. (*En el grupo, una voz masculina dice: «¡Pobres!» Una voz femenina replica: «¡Ya resucitarán y se curarán!»*)

MARIO (*alzando la voz para ser oído.*)—Agradezco la intención de ustedes; pero no hay motivo para felicitarme.

ZULEMA.—¡Lo hay! *A tout seigneur...*

EL CABALLERO.—¡Vaya si lo hay! (*En el grupo repite una dama: «¡Ya lo creo que hay!»*)

MARIO.—Parecen ustedes mascaritas. Hablan todos juntos, en enigmas y en broma. Se anticipan al Carnaval...

ZULEMA.—Pero le halagamos el oído con palabras agradables. ¡Otras cosas oiría usted si tuviéramos careta!

MARIO.—¿Cosas desagradables?

ZULEMA.—Seguramente.

MARIO.—De manera que la careta... natural que llevan todo el año les sirve para decir palabras agradables. Y la máscara de trapo que se pondrán en el Carnaval... para desenmascarar el alma.

EL CABALLERO.—Poco le falta á usted para llamarnos sepulcros blanqueados, como el cura que predicó el domingo.

MARIO.—Eso sería descortés con las señoras. Podría creerse que me refiero al arte de Moussión...

FERRANDO (*Acercándose al grupo*).—¡Qué!... ¿Tendría usted, Blasco, después de defender la moda, el mal gusto de desaprobar á las damas que se embellecen pintándose?... ¡No sea usted ingrato!... Yo, por mi parte, cuando veo á una de ellas me dan ganas de acercarme, darle la mano y decirle: «Muchas gracias, señora, por la parte que me toca...» Porque ellas no se toman tanto trabajo para agradar á un hombre determinado, sino para agradarnos á todos. (*Risas.—Ferrando se retira hacia el foro, á mirar el panorama*).

ZULEMA (*Con intención*).—¡Felices las que despiertan pasiones sin tomarse tanto trabajo!

EL CABALLERO.—¡Felices los que toman la plaza sin sitiarla, y contra el sitio de los demás!

MARIO (*á Zulema y el Caballero*).—Parecen ustedes referirse otra vez á mi... Y el caso es que no sé porqué me felicitan ustedes.

ZULEMA.—El muy pícaro quiere que le hablemos de *ella*... ¡Pués no le daré el gusto!

EL CABALLERO.—¡Hágase usted el zorro!

UNA DAMA.—Y eso que las uvas no están verdes...

ZULEMA.—¿De qué habló usted ayer toda la noche en el salón de baile con Silvia Arval?

EL CABALLERO.—Todos sabemos que usted se ha comprometido con ella. Es inútil que lo niegue.

MARIO.—Pues lo niego, aunque sea inútil.

ZULEMA.—No lo niega usted muy convencido... ¿Espera que la mamá ratifique el compromiso de la niña?... ¡No tema, Blasco, que ha de ratificarlo! Aunque Laura es un poco *entêtêe*...

MARIO (*con disimulada impaciencia*).—Pueden ustedes creer lo que quieran. Lo único que yo debo decirles es que todavía no hay nada entre Silvia y yo.

LA DAMA.—¡Todavía! (*Risas en el grupo.*)

EL CABALLERO.—¡Se ha vendido usted! (*Vuelve Téllez, y se junta á Ferrando.*)

ZULEMA.—¿Y no nos agradece nuestras felicitaciones?

EL CABALLERO (*remedando á Mario*).—«Todavía» no es tiempo.

FERRANDO (*acercándose al grupo*).—No sé qué noticia acabo de pescar sin querer, porque no me gusta escuchar conversaciones agenas... (*Dando la mano y palmeando efusivamente á Mario.*) Ahora comprendo su *dandysmo*. Era un recurso para conquistar una mujer. Usted se ha disfrazado de *dandy* como yo me disfrazaría de conde... Y por haber obtenido usted el éxito deseado, lo felicito, lo felicito de todo corazón.

ZULEMA (*con intención*).—Pero si «todavía» no hay nada entre Silvia y él... (*Al grupo.*) Deberíamos aplazar nuestras felicitaciones...

EL CABALLERO.—É irnos ahora con la música á otra parte...

ZULEMA.—Hasta cuando haya algo y se le pueda felicitar...

EL CABALLERO (*despidiéndose de Mario*).—¡Hasta luego, pues! (*Téllez y Ferrando se sientan.*)

ZULEMA (*como apercibiendo recién á Téllez*).—*Tiens, tiens!*... ¡Qué triste está usted, Máximo! Parece que hubieaa sufrido alguna terrible decepción... ¿Por qué no viene con nosotros, á distraerse jugando al *golf?*

TÉLLEZ.—Iré más tarde. (*Zulema y sus acompañantes se encaminan á la escalinata.*)

LA DAMA.—Venga, Téllez. Cabe usted en el coche.

TÉLLEZ.—Gracias. Disculpen. (*Indicando á Ferrando.*) Tengo que hacer una importante consulta al doctor...

MARIO (*saludando á Ferrando y á Téllez*).—Les dejo á

ustedes... (*Ferrando y Tellez saludan á Mario, que sale por la derecha.*)

El CABALLERO (*todavía en el umbral de la escalinata, á Téllez, y refiriéndose á Ferrando.*)—¿Le pide uste dla receta de un filtro dea mor? ¡Es tarde ya! (*Sale por el foro con su grupo.*)

ZULEMA.—¿Le pide usted un remedio para contener la caida del cabello? ¡Sería demasiado temprano! (*El grupo baja riendo y conversando por la escalinata, y sale por la derecha del foro*).

TÉLLEZ. (*á Zulema antes de que acabe de descender por la escalinata*).—No ha llegado el momento, es cierto.

ESCENA IV

FERRANDO Y TÉLLEZ

FERRANDO.—Si se tratara de una tintura para disimular las primeras canas, antes que á mi debiera usted consultarla á ella.

TÉLLEZ (*pasándose la mano por el cabello*).—Felizmente, por ahora no hay canas, ni calva...

FERRANDO. (*sonriendo*).—Pero ya vendrán, ya vendrán... Y entonces será usted incurablemente un solterón ¡por imprudencia!

TÉLLEZ (*poniéndose de pié*).—¡Por imprudencia! Explíqueme usted eso, doctor. (*Comienza á pasearse*).

FERRANDO.—Si, amigo mío, por imprudencia. Usted deja pasar el verano cantando, como la cigarra, sin hacerse un hogar para el invierno, como la hormiga... ¿Por qué no piensa usted seriamente en casarse, en vez de perder el tiempo mariposeando aquí y allá?

TÉLLEZ (*deteniéndose*).—¿Y quien le ha dicho á usted que yo pierdo el tiempo «mariposeando aquí y allá»?

FERRANDO.— Mi buen sentido. Con su fortuna, su nombre, su mundo, su inteligencia, sus éxitos de *dilettante* en las letras, no tendría usted ahora más que llamar con el dedo á la niña con quien quisiera casarse y ella vendría hacia usted... ¡No es niñas casaderas lo que nos falta!

TÉLLEZ — ¡Bah!... Casarse por casarse... ¡Eso, nunca! (*Entra Diego por la escalinata del foro. Es un jovencito flacuchín y afeitado, parece un adolescente. Viste todo de blanco, con corrección y aspiraciones de elegancia.*)

ESCENA V

DICHOS, DIEGO Y DESPUÉS MISS DOLLY

DIEGO.—¡Adios! ¿Están ustedes de confidencia?

FERRANDO.—Un poco...

TÉLLEZ.—Y usted, Diego, ¿busca á su inseparable Miss Dolly?

DIEGO (*suspirando burlescamente*).—¡Desgraciado de mí! ¡Ya no puedo vivir sin el amor de esa beldad pecosa y de cartón piedra! (*Miss Dolly aparece por la izquierda. Alta, angulosa, rubia, de facciones hombrunas, de ademán tímido y fino, presenta el aspecto típico de una institutriz que ha dedicado su vida al servicio de buenas casas. Usa lentes. Habla correctamente el castellano, si bien con acento extranjero. Viste de colores claros, impropios de su edad y condición; pero no sin cierta elegancia romántica. Viene de prisa.*)

DIEGO (*adelantándose á recibirla*).—¡Al fin ven mis ojos el sol de la mañana! (*Le ofrece irónicamente el brazo, que ella no acepta.*)

MISS DOLLY.—Déjese de bromas, niño Dieguito. (*A Ferrando y Téllez.*) ¿No han visto ustedes, señores, pasar para la rambla á la señora Laura y á las niñas?

FERRANDO.—No, mis Dolly. Ellas no han pasado por acá.

DIEGO.—¡Y yo, que creía fuera á mí á quién usted buscaba!

MISS DOLLY (*á Ferrando y Téllez*).—Ustedes disculpen, señores. (*Sale por donde viniera.*)

TÉLLEZ (*á Diego*)—¡Pero, Diego!... ¿No tiene otra cosa en qué entretenerse que incomodar á esa pobre vieja?

DIEGO.—¡Qué poco conoces á las mujeres! Yo no incomodo á miss Dolly, sino que la divierto... A todas les gusta oir cumplimientos; y las que no pueden oirlos en serio, se contentan con oirlos en broma. Además, ella no es tan vieja...

TÉLLEZ.—Pudiera ser tu abuela...

DIEGO.—¡No!... Cierto que representa unos treinta años; pero tiene... más de sesenta. (*Cambiando de tono.*) Y si no me divierto con miss Dolly, ¿con quién iba á divertirme?... ¿La ruleta? Se ha suprimido. ¿Las niñas? En cuanto uno conversa con cualquiera, ¡me lo casan! ¿Las señoras? No hablan más que de los pañales de sus chicos. Y si alguna atiende á los jóvenes, ¡pobre de ella! ¡Cómo la ponen las mamás con niñas casaderas!

FERRANDO.—Está usted exajerando, Diego...

DIEGO.—...Y para colmo, en todo Mar del Plata no hay una sola mujer presentable de vida alegre. (*A Téllez.*) ¿Sabes lo que pasó á la pobre Ninón, que llegó ayer al *Confortable Hotel*, á tomar baños, muy enferma, por prescripción médica? ¡La echaron! Y como en ningún hotel querían recibirla, la pobrecita tuvo que volverse á Buenos Aires... *(Agarrándose la cabeza.)* ¡Qué país éste, qué país! *(Sale por la izquierda)*

ESCENA VI.

FERRANDO Y TÉLLEZ

FERRANDO *(prosiguiendo la conversación interrumpida)*.—¡Entiéndame usted!... Yo no le aconsejo que se case por casarse...

TÉLLEZ *(imitando á Diego)*.—¡Qué país éste, qué país! Aquí no hay más recurso que casarse, vivir tranqnilo con una mujer muy gorda, y dar á la patria una docena de hijos.

FERRANDO.—Dice usted bien. Por eso le digo que se case, y no con cualquiera: con la que elija entre todas... Ninguna niña dejará de aceptarle, ¡ninguna! si usted se sabe insinuar. *(Pausa)*.

TÉLLEZ (*Muy serio, casi con tristeza*). — Pues sépase usted, doctor, que me he insinuado. Hace ya tiempo que me decidí por una... ¡Y la quiero todavía, con toda el alma, como un chico de veinte años!

FERRANDO *(serio)*.—No habrá sabido usted cortejarla. Se habrá declarado antes de tiempo... ¿Ha visto usted á los paisanos cazar perdices á caballo, con un lazo corredizo atado al extremo de una caña? Se dá vuelta alrededor de la perdiz hasta marearla, y cuando ella se echa en el suelo, se le tiende el lazo y se la pesca. Si el lazo se tiende antes de que ella se eche, la perdiz se escapa volando. (*Pausa.*) Así se casan también las mujeres. (*Sonriendo.*) Su perdicita no se habría echado aún cuando usted le tendió el lazo y salió volando...

TÉLLEZ.—¡Para no volver más!

FERRANDO. — Puede ser que vuelva. (*Pausa breve.*) ¿Quién era ella, si no es indiscreción preguntarlo? Recuerde usted que un médico es un confesor.

TÉLLEZ.—Mi fracaso no es ningún secreto de confesionario. No soy de los que saben disimular...

FERRANDO.—¿Quién era, pues?

TÉLLEZ.—Creo habérselo dicho ya... La que se comprometió anoche con Mario.

FERRANDO.—¿Silvia?

TÉLLEZ.—Silvia.

FERRANDO.—¿Y está usted tan seguro de que se ha comprometido?

TÉLLEZ.—El mismo Mario me lo dijo, aunque en reserva y á requisición mía.

FERRANDO.—Hay mozos que se dicen comprometidos con una niña, para alejar á los competidores.

TÉLLEZ.—No es ese el caso de Blasco. Bien sabe usted que él nada tiene de mentiroso ni de fanfarrón...

FERRANDO.—Convengo en que fué sincero con usted. El ha creído comprometerse... Tal vez se comprometieran ella y él... ¡Pero del compromiso al casamiento!... (*Una pausa.*) (*Confidencialmente.*) Yo le aconsejaría á usted que no desistiera aún. Hasta le auguro la probabilidad de que se case con ella, si insiste. Las chicas no saben lo que quieren; un día dicen que sí y otro que no... Las mamás suelen ser más firmes; y me temo que la señora, mi amiga Laura, diga decididamente que no...

TÉLLEZ (*sorprendido*).—¿Por qué?

FERRANDO.—Por muchas razones. Blasco no puede serle simpático, pues su padre tuvo un pleito bastante ruidoso con la familia de Arval, pleito que ella no ha de haber olvidado del todo. Blasco es pobre, tiene deudas, carece de un nombre patricio... Y la señora ha fundado grandes esperanzas en Silvita. Todo le parecerá poco para su niña.

TÉLLEZ.—Usted olvida que Mario es una brillante promesa, profesor de la facultad, autor de varios libros notables...

FERRANDO.—Pero no es hábil para ganar dinero...

TÉLLEZ.—¿Y la gloria?

FERRANDO.—Con gloria no se paga palco y automóvil. Además, de esas promesas como Blasco, pocas se cumplen... La juventud del dia es impetuosa; tiene impulso... ¡Lástima que sus brios se acaben tan pronto!... Por mi parte, yo desconfío de prematuras reputaciones. Y nunca he fundado grandes esperanzas en Blasco... (*Pausa.*)

TÉLLEZ.—Yo lo creía amigo suyo...

FERRANDO.—Y lo es. Nada tengo contra él. Hasta ahora se ha portado bien...

TÉLLEZ.—¡Hasta ahora!... ¿Y después?... (*Entra Villana por la izquierda. Es un tipo mediocre, mas no vulgar; moreno, de ojos fríos y penetrantes, nariz aguileña, bigotes negros. Al apercibirle, Ferrando y Téllez suspenden la conversación, y se dirigen á él saludándole.*)

ESCENA VII

DICHOS Y VILANA

FERRANDO (*dándole la mano*).—¡Hola Vilana! ¿Desde cuando por aquí?

VILANA.—Acabo de llegar en el tren de la mañana. Prefiero madrugar á pasar una mala noche en viaje. (*Dando la mano á Téllez.*) ¿Y qué novedades se cuentan por Mar del Plata?

FERRANDO.—Las de siempre; algún noviazgo nuevo, falso ó cierto. Usted sabe que en nuestra sociedad rara vez hay otras novedades. Las mujeres son demasiado honestas, y los hombres viven absorvidos por sus negocios.

TÉLLEZ.—La gente no se ocupa aquí más que de casarse y de casar á los demás. Todos se casan de puro aburridos, sin saber cómo ni por qué. Más que un pueblo de baños, esto es una agencia de casamientos. Ya lo sabe usted, Vilana; no ha de volverse soltero de esta temporada...

VILANA.—¿Y cuál es el último compromiso?

FERRANDO.—El de Blasco... con Silvia Arval.

VILANA.—¡De Blasco... con Silvia Arval!

TÉLLEZ.—Sí. Su casamiento parece cosa hecha. Mañana bailará usted un cotillón dirigido por ellos. Y usted, ¿qué noticias trae de Buenos Aires?

VILANA.—También de Blasco... ¡Pero no con Silvia Arval! Un asunto bastante turbio...

FERRANDO (*sin poder contener su curiosidad*). — ¿Qué asunto?

VILANA (*sentándose*).—No estoy bien enterado... Ustedes saben que él es ahora director del Hospital Municipal del Norte... (*Ferrando y Téllez se sientan.*) En la caja estaba depositado un ciento de miles de pesos, para construir un nuevo pabellón... Casualmente en esa cantidad había una fuerte suma donada por la sociedad de San Vicente, que preside ó presidió la señora de Arval... Pues todo el dinero ha desaparecido de la caja, y se acusa al director de haberlo substraído.

TÉLLEZ.—¿A Mario?... ¡Imposible!... ¡El está sobre toda sospecha!

VILANA.—Yo no dudaba de él... Pero, desgraciadamente, parece que las apariencias están en su contra. El asunto se ha hecho de ayer á hoy un escándalo público. No ha faltado gente mal intencionada que pusiera en los diarios de hoy sueltos reticentes.

FERRANDO (*conteniendo su satisfacción interior*).—Ha de

haber un error en todo eso. Yo necesitaría ver las pruebas con mis propios ojos para creer en la culpabilidad de Mario. (*Insidioso.*) Verdad que gastaba un buen tren de vida, demasiado caro para un médico principiante...

VILANA.—Y que además pagaba la deudas que dejó su padre...

TÉLLEZ.—Gastara lo que gastase, ¡afirmo que Mario no es un ladrón vulgar!

FERRANDO.—¡Un ladrón vulgar! Nadie dice semejante cosa...

VILANA.—Yo me he limitado á contarles lo que se cuenta... Los comentarios... se los dejo á ustedes. (*Pausa.*)

TÉLLEZ.—Es extraño, muy extraño; y Mario parece no saber nada todavía...

VILANA.—Es que los diarios se han apresurado mucho esta vez, en el deseo de sorprender al público. Aun no lo nombran, naturalmente; pero dan tales señas y datos...

TÉLLEZ.—Debíamos avisarle.

FERRANDO.—Ya tendrá tiempo de saberlo.

VILANA.—Por mi parte, creo que nosotros no debemos decirle una palabra. Les pido reserva; no quiero meterme en líos.

FERRANDO.—Claro. De un momento á otro él recibirá su aviso llamándolo á Buenos Aires. Las malas noticias llegan siempre pronto. Entre gente desocupada y falta de temas, la llama correrá como en un reguero de pólvora.

VILANA.—Porque han de saber ustedes que desde ayer la justicia instruye el sumario, y que el subdirector ha prestado ya una declaración que compromete á Blasco.

FERRANDO.—¿El subdirector Rosales?... Lo tengo por decentísima persona.

VILANA—Lo mismo yo.

FERRANDO.—El caso es, entonces, más grave de lo que yo pensaba. Rosales tendrá sus razones y no ha de hablar sin pruebas... ¡Pobre Blasco! ¡Quien lo hubiera imaginado! (*Aparte á Téllez, sonriendo y palmeándole el hombro.*) ¿No le dije yo que usted debía insistir en sus festejos á Silvia? Ahora puedo asegurarle que ella no se casa con Mario. (*Pausa.*) Triunfará la oposición de Laura. La niña se sentirá muy abatida, necesitará consuelo... ¡Y espero que usted aprovechará el momento en que se eche la perdiz!... (*Entra Diego por la izquierda y se dirije directamente á Vilana, quien se levanta á saludarle.*)

ESCENA VIII

DICHOS Y DIEGO

DIEGO (*Estrechando la mano á Vilana*).—¡Tanto gusto de verlo por acá!

VILANA.—¿Y la familia?

DIEGO.—Buena. Está aquí conmigo, ¡y yo me aburro á morirme por acompañarla!... Como usted había anunciado su viaje, le esperábamos de un día para otro.

VILANA. — No he podido venir antes. ¿Y Pura está con ustedes?

DIEGO (*sonriendo*).—Como siempre. ¿Porqué habíamos de haberla dejado de Cenicienta en la estancia?... (*Serio*). Me acaba de decir Valdés que ha venido con usted en el tren... Yo lo andaba buscando porque tengo algo que hablar con usted..

VILANA (*á Ferrando y Téllez apartándose de ellos*).—Con el permiso de ustedes. (*Ferrando y Téllez se retiran conversando hacia el foro.*)

DIEGO.—¿Qué hay de verdad en el asunto de Mario? Usted, como colega de él, y por venir de Buenos Aires, debe saberlo...

VILANA.— Pues nada sé. ¿Qué quiere usted que yo sepa Diego?... He oído decir que los diarios de la mañana traen algo... Yo ni los he leído... Ya estarán en la sala de lectura. Puede usted consultarlos.

DIEGO.—Me parece que convendría prevenir á Mario...

VILANA.—Mal podria prevenirlo yo, que nada sé. El asunto es demasiado escabroso...

DIEGO.—Tan escabroso no ha de ser... Disculpe usted; yo lo creía amigo de Mario. (*Vilana hace un gesto de protesta por su amistad con Blasco. Siguen conversando.*)

FERRANDO (*prosiguiendo su conversación con Téllez*).—No tiene usted por qué tener el menor escrúpulo en cortejar ahora á Silvia. Usted no falta en nada á su simpatía ó su amistad con Blasco. Piense que si no es hoy usted, será mañana cualquier otro...

TÉLLEZ.—¡Pero sorprenderla así!...

FERRANDO.—Las mujeres todas son lo mismo. Más que al sitio se rinden al asalto. Les gusta ser sorprendidas y dominadas. Mi finada mujer se comprometió conmigo casi contra su voluntad, y después fué la mejor de las novias y la mejor de las esposas...

VILANA (*á Ferrando y Téllez*).—¿Quieren ustedes dar conmigo una vuelta?

TÉLLEZ.—Vamos.

FERRANDO.—Yo iré antes al salón de lectura.

VILANA (*á Diego.*) ¿Usted no viene, Diego?

DIEGO.—Luego iré. (*Ferrando, Téllez y Vilana salen por la izquierda. Diego se sienta, preocupado, con las manos en los bolsillos, en un banco que está en el fondo, junto á la balaustrada. Por la izquierda entra el mozo del hotel, y retira el servicio que estaba sobre la mesa. Por la derecha entran doña Laura, Silvia y Pura.*)

ESCENA IX

DIEGO, DOÑA LAURA, SILVIA Y PURA

(Doña Laura tiene el porte de una antigua matrona patricia. Aunque bien conservada, viste sencillamente. Es delgada, de facciones enérgicas y además resuelto. En su cabellera negra hay algunos hilos blancos. Lleva siempre «impertinentes» consigo, aunque pocas veces los emplea. Silvia es menuda, graciosa, naturalmente coqueta. Pura, alta y elegante; su andar y su palabra tienen un reposo extraño á su edad. Las tres vienen en cabeza. Al verlas Diego se levanta y se adelanta á recibirlas.)

DIEGO.—¿De dónde salen ustedes, sin vestirse á esta hora? Miss Dolly las andaba buscando desesperadamente...

DOÑA LAURA. — Estuvimos en el salón de música, y después en las habitaciones de Clara, viendo su colección de sombreros.

SILVIA.—Imagínate que se ha traído cuarenta y siete.

DIEGO,—¿Y cuanto tiempo pasará en Mar del Plata?

SILVIA.—Poco. Creo que ocho ó diez dias.

DIEGO.—Pues entonces, hijita, si no se cambia de sombrero cada cuarto de hora ó no se pone cada vez cuatro ó cinco, uno encima de otro, formando una torre de Eiffel sobre la cabeza, no sé como se dará tiempo para lucirlos todos. (*En otro tono, á doña Laura*). ¿Sabes mamá, que acaba de llegar Vilana? (*A Pura*). Me ha preguntado muy especialmente por tí. Voy á convidarlo á comer con nosotros esta noche.

PURA.—Lo que es por mí...

DOÑA LAURA.—Invítalo de mi parte. (*Disponiéndose á salir por la izquierda.*) Vamos, muchachas, á ponernos los sombreros para ir á la rambla.

SILVIA (*aparte á Diego, mimosamente*).—Invítalo también á Mario.

DIEGO (*entre dientes*).—Mario no estará para convites esta noche.

DOÑA LAURA (*á Diego, presumiendo la indicación de Silvia*).—No veo la necesidad de invitar á Blasco.

DIEGO.—Ni veo yo la necesidad de desairarlo no invitándolo, precisamente en estos momentos... (*Dona Laura, Silvia y Pura, que se disponían á salir por la izquierda, se detienen, intrigadas por las palabras de Diego.*)

DOÑA LAURA. (*impaciente*).—¡Precisamente en estos momentos!... ¿Qué le pasa á ese señor?

DIEGO.—Quizás algo grave, y que no debemos reagravar de nuestra parte... (*Silvia y Pura se manifiestan alarmadas.*)

DOÑA LAURA.—¿Algo grave?

DIEGO.—Es un decir, vamos... En todo caso no será para contárselo á mujeres. Vayan á arreglarse, que se hace tarde. ¿Quedamos en que lo invito también á Mario?

DOÑA LAURA.—No.

PURA.—Supongo que no será serio eso que le pasa... y que tú no puedes contar á mujeres.

DIEGO.—Es serio, muy serio.

PURA.—Cualquier cosa que sea, no afectará su honor.

DIEGO.—Afecta su honor... aunque yo lo tenga por un caballero. Creo que debemos invitarlo... sobre todo hoy...

SILVIA.—Cierto...

DOÑA LAURA (*á Silvia, estallando en una cólera antes contenida*).—Pues anoche estuvistes demasiado con Blasco en el salón de baile... Te advierto que se dice que se ha declarado... (*Una pausa.*)

SILVIA (*turbada*).—Hace ya tiempo que se declaró, mamá... Y anoche lo he aceptado.

DOÑA LAURA.—¡Lo has aceptado!... ¡Y sin decirme nada!

SILVIA.—Todo el día he estado por decírselo y no me he atrevido...

DOÑA LAURA (*exaltándose y dominándose*).—Pues yo no te doy mi consentimiento, Silvia... ¡De ninguna manera!... ¡De ninguna manera!...

SILVIA (*lagrimeando*).—¡Mamá, por Dios!... La gente del hotel ya lo sabe.

DOÑA LAURA.—¿Qué sábe?

SILVIA.—Mi compromiso...

DOÑA LAURA.—Si tu madre no lo sabía, nadie lo sabe. . ¡Lo que tu sabias bien es que yo me he opuesto siempre!... ¡Y lo que Diego acaba de decirnos, no anuncia nada bueno! (*A Diego*). ¿Quieres explicarte mejor?

DIEGO (*vacilando*).—No puedo... (*Como hablando consigo mismo.*) Pero si no se lo digo yo, cualquiera de esas

almas caritativas que tanto abundan en este país les dará la noticia, saturándola de arsénico...

DOÑA LAURA.—Así es. Mejor será que hables pronto y nos digas lo que pasa. Ven á nuestras piezas.

DIEGO.—No. Lo que pasa... es que se dice... que ha desaparecido una fuerte suma de la caja del Hospital que administra y dirije Mario, y...

PURA (*palideciendo*).—¿Qué dices, Diego?

SILVIA.—Aunque se acuse á Mario, eso no será cierto... (*Una pausa.*)

DOÑA LAURA.—Nada nos importa que sea ó no cierto. Por otras razones te niego mi consentimiento, Silvia, te lo niego. Tú eres muy niña para comprender... Y no insistas si no quieres matarme á disgustos, Silvia, ¡no insistas!

SILVIA.—¿Y yo que voy á hacer, mamá?... Ya le he dicho que sí...

DOÑA LAURA.—Ahora le dirás que no.

SILVIA.—Pero, ¿por qué se opone usted, mamá?

DOÑA LAURA.—Si te empeñas, nos volvemos esta misma noche á Buenos Aires...

PURA.—¡Tía Laura!

DIEGO.—Ya tendrán tiempo de romper el compromiso más adelante... Marcharse hoy sería dar una campanada.

SILVIA.—¡Piénselo usted bien, mamá!... Yo no puedo romper así no más... Las niñas tenemos también nuestro honor, y yo he dado mi palabra...

DOÑA LAURA.—El honor de las niñas es obedecer á sus madres. Tu palabra, arrancada por sorpresa, nada vale. Dile que le contestaste distraída... equivocada... confundiéndolo!...

SILVÍA.—¡Distraída!... ¡equivocada!... ¡confundiéndolo!... Todo el mundo se reiría de mi.

DOÑA LAURA.—La mitad del mundo se rie de la otra mitad. Ríete tu también del mundo.

SILVIA.—¡No puedo, mamá, no puedo! (*Llora.*)

DIEGO.—Váyanse á discutir y á llorar á sus cuartos. Cualquiera puede pasar ahora por aquí y ver esta pequeña escena de familia.

PURA (*con tono de ruego*).—Ven tú con nosotras.

DIEGO.—Dios me libre. Ni en el teatro me gustan las escenas trágicas.

PURA.—Piense un momento, tia Laura, que nada fundamental tiene usted contra Mario... Desairarlo esta noche, corriéndose la calumnia que se corre, sería

dar pábulo á la maldad de la gente... Podía usted invitarlo á comer, para no hacerle un gran mal... Tal vez más tarde dará usted su consentimiento á Silvia, y entonces ya no habrá remedio para reparar el mal que se le hace hoy.

DIEGO.—Eso digo yo.

DOÑA LAURA (*con intención, á Diego*).—Tú siempre has de decir lo que dice Pura. Por lo visto, para tí, tu madre y tu hermana no son nada cuando se trata de tu prima.

DIEGO (*con evidente enojo, casi indignado*).—¡Ya pareció aquello!...

DOÑA LAURA (*á Pura*).—Y tú, Pura, ¿te atreves á dar lecciones á tu tía?

PURA.—A nadie me atrevo á darle lecciones, tía Laura. Pero usted está irritada, y en los momentos de irritación todos podemos hacer ó decir cosas de las cuales después nos arrepentimos, cuando es demasiado tarde... Y Mario se justificará. Su reputación...

DOÑA LAURA.—¿Qué te importa á tí la reputación de Blasco?

PURA.—Usted sabe que su madre es mi madrina y fué amiga íntima de mamá, que murió en sus brazos... Yo lo conozco desde chica... Además, por Silvia...

DOÑA LAURA.—Nada tiene que ver Silvia en el asunto...

SILVIA.—Mi compromiso...

DOÑA LAURA.—No existe... ni existió más que en tu cabecita de chorlo. (*Cambiando de tono.*) ¡Vamos, pues, á ponernos los sombreros para ir á la rambla!

PURA.—¡Un momento, tía Laura, por favor!... Dígale usted á Diego que invite á Mario...

DOÑA LAURA.— ¡Basta! Que lo invite él, si quiere; pero no á mi mesa...

PURA (*con voz sorda*).—Mario es un caballero... No debemos ofenderlo...

DOÑA LAURA.—Si tanto te gusta, Silvia te lo cede...

DIEGO (*señalando á la derecha*).—Cállense, que viene gente y puede oirlas...

DOÑA LAURA.—Quedamos...

DIEGO (*impaciente*).—En que no lo invitaré. Lo que las mujeres quieren, lo quiere el diablo. (*Pura toma de un brazo á Diego interrogándole ansiosamente; pero doña Laura le hace un gesto para que la siga. Diego le dá la espalda. Salen por la izquierda doña Laura, su hija y su sobrina. Por la derecha entran Ferrando y Vilana, el primero con un periódico en la mano. Se sientan.*)

ESCENA X

DIEGO, FERRANDO Y VILANA

DIEGO.—Traen ustedes aire de conspiradores de melodramas. Les dejo, para que tramen cómodamente su complot. ¡Y que no corra mucha sangre!

VILANA. — Conspiraremos contra la salud pública. Es nuestro oficio, siendo médicos...

DIEGO,—Y si no conspiran, busquen ustedes el microbio del aburrimiento... ¡Qué gran servicio harían á este país si encontraran una vacuna contra ese mal! (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA XI

FERRANDO Y VILANA

FERRANDO (*entre dientes*).--O el microbio de la tontería con su correspondiente vacuna... ¡Qué hallazgo para el país! (*seriamente*). Ahora que estamos solos, dígame usted lo que hay de verdad en el asunto de Blasco. ¡Supongo que no se habrá venido usted de Buenos Aires sin averiguarlo!

VILANA.—Naturalmente. Y creo que nos conviene, á usted y á mi, hablar del caso y entendernos. Porque usted siempre ha sido verdadero amigo mío...

FERRANDO.—¿Puede usted dudarlo?... ¿Quién le hizo nombrar á usted profesor suplente de Blasco? ¡Y cuántas veces le he llamado á usted en consulta! ¡Cuántos enfermos le he enviado á su consultorio!

VILANA.—Usted sabe que yo lo proclamo el primer clínico de Buenos Aires, de la República Argentina, de América... y si no digo del mundo, es porque el mundo es demasiado grande... para mi y para usted.

FERRANDO.—Gracias. (*Pausa breve.*) En el asunto de Blasco, los diarios dan á entender que el culpable es él ó el subdirector Rosales...

VILANA.—Aquí, para *inter nos*, bien sabe usted que Blasco es incapaz de semejante delito...

FERRANDO.—El culpable debe ser Rosales.

VILANA.—A mí no me cabe la menor duda.

FERRANDO.—(*riéndose.*) A mi tampoco. Siempre fué un gran pillastre ese Rosales. No sé cómo lo nombraron subdirector del hospital.

VILANA.—Pues debe usted convenir aquí conmigo que, para nuestro grupo...

FERRANDO (*interrumpiendo*). — ¡El grupo de nuestros médicos más competentes!

VILANA.— ...Blasco es un colega incómodo.

FERRANDO (*hipócritamente*).—No tanto...

VILANA.—Cierto. Un poco más. ¡Incomodísimo!

FERRANDO.—Tiene en estado crónico é incurable esa curiosa enfermedad de los médicos jóvenes: cantar la verdad, y cuanto más desagradable, ¡cantarla más alto!

VILANA.—Pero esa enfermedad de nosotros, los médicos jóvenes...

FERRANDO (*interrumpiendo*).—Usted es un viejo, mi querido Vilana, un joven viejo.

VILANA.—...No reza conmigo. ¡Las verdades! Esas solo se dicen á los enfermos pobres ó á los malos colegas.

FERRANDO.—Los jóvenes no debieran olvidar que el secreto del éxito está tanto en la discreción como en la ciencia.

VILANA.—O más. Y Blasco carece de tino. Por eso no tiene un solo amigo en el gremio. Es demasiado vanidoso y demasiado ingenuo. ¿Sabe usted cómo ha llamado á los médicos viejos desde la cátedra? Fusiles de chispa.

FERRANDO.—¿Y sabe usted cómo ha llamado en las consultas, esa ametralladora Krupp de veinte disparos por segundo, á ciertos médicos jóvenes? Pistolitas de aire comprimido.

VILANA.—Olvida que él también puede equivocarse.

FERRANDO.—¡La juventud es tan intransigente! Piensen los jóvenes de hoy que mañana, cuando ellos y sus ideas envejezcan, vendrán otros jóvenes á atacarlos en sus últimas trincheras. «Quien á hierro mata...»

VILANA.—En resumen, Blasco, con sus estudios y su ojo clínico—ahora que nadie nos oye podemos reconocer que es rival formidable,—representa para nosotros, en la profesión y en la cátedra... algo como un quiste, una epidemia. una catástrofe.

FERRANDO (*riendose*).—¡Pues hay que estirpar el quiste, que curar la epidemia, que salvarnos de la catástrofe!

VILANA (*bajando mucho la voz, como si hablara en secreto*).—Y nada más fácil. La ocasión se nos presenta en el asunto del hospital, que por cierto no hemos buscado. Creeremos en la inocencia de Rosales y en la culpabilidad de Blasco... Le haremos el vacío, un *boycott* del que caerá para no levantarse más. Mar del Plata es el mejor campo de acción para nosotros... (*Pausa*). Pero veo un obstáculo que salvar en esta...

FERRANDO.—Campaña de descrédito.

VILANA.—No tanto.

FERRANDO (*riendo é imitando á Vilana*).—Cierto. Un poco mas. Esta emboscada para asestar á un inocente un tiro por la espalda.

VILANA.—Bueno. Esta «campaña de descrédito»... si usted se empeña en llamarla así... encontrará un obstáculo en la familia de Arval. Novio de Silvia, Blasco se refugia en el prestigio de la familia, como en un baluarte.

FERRANDO.—Pierda usted cuidado, Vilana. Ese noviazgo no se hará. Lo sé. Soy el médico de la casa...

VILANA.—¡Ah! Usted es el médico de la casa...

FERRANDO. — Ya lo sabe usted, si se interesa por Silvia...

VILANA.—Más bien sería por Pura...

FERRANDO.—Pues Pura, siendo menos rica y menos festejada que su prima, me parece más difícil. Tiene cierto criterio independiente. Piensa como un hombre... Es toda una mujer. (*Pausa*). (*Confidencial y festivamente*). Y se le ha quedado á usted en el tintero... ó en la garganta... lo que más interés tenía usted en decirme. (*Movimiento de protesta en Vilana*). Usted sabe que, á raíz del asunto del hospital, Blasco tendrá que renunciar á su cátedra. Usted aspiró á ella en el concurso...

VILANA.—Esa cátedra colmaría mis aspiraciones... Sería un honor inmerecido, y el mejor estímulo para mis estudios...

FERRANDO:—Cuente conmigo. Le prometo apoyarlo y hablar á mis colegas en la academia... (*Se pone de pie*). Y para terminar, permítame un consejo: ¡hable usted menos!

VILANA.—¡Bah! Con usted...

FERRANDO.—Por lo mismo, conmigo, medias palabras hubieran bastado. Supóngase que alguien nos escuchara... (*Movimiento de alarma en Vilana.*) O que á usted se le escapase en un momento de olvido ó de inconciencia... (*Gesto de protesta en el mismo.*) Cosas como las que hemos hablado, no deben decirse. Basta insinuarlas, sugerirlas...

VILANA (*sonriendo.*)—Con todo, me alegro de que no nos contentáramos con medias palabras. Así no hubiera usted sido tan explícito en lo de la cátedra... Hablar es á veces el mejor modo de entenderse.

FERRANDO.—El mejor modo de entenderse es tener intereses comunes. (*Por la derecha entran, ya de sombrero puesto y acompañadas de Diego, doña Laura y Silvia. Al ver á Vilana, que sale á su encuentro, le saludan. Ferrando queda sentado, leyendo su periódico.*)

ESCENA XII

DICHOS, DOÑA LAURA, SILVIA Y DIEGO

DOÑA LAURA (*dando la mano á Vilana*). — ¿Acaba Vd. de llegar?

VILANA.—Si, señora. (*Da la mano á Silvia.*)

DOÑA LAURA.—Le esperábamos á usted, ¡tanto se había anunciado!

DIEGO.—Y llega usted en la mejor época... para aburrirse. (*Vilana, Silvia, Diego y Téllez forman un grupo y conversan entre sí. Doña Laura se acerca á Ferrando, que continuaba sentado leyendo un periódico. Al verla, él deja de leer y se levanta.*)

DOÑA LAURA (*á media voz*). — Parece que ha hallado usted muy interesantes noticias en su diario.

FERRANDO.—En efecto... No salgo de mi sorpresa. Hay aquí un suelto lamentable que se refiere, aunque sin nombrarlo, á uno de nuestros amigos... La prensa no respeta nada ya... Verdad que se trata de un asunto de interés general.

DOÑA LAURA (*contrariada por el tema*). — ¿El asunto de Blasco?

FERRANDO.—Precisamente...

DIEGO (*acercándose á Ferrando*).—¿En este diario está la noticia? (*Gesto afirmativo de Ferrando*). ¿Quiere usted permitírmelo, si ha concluído?... (*Diego toma el diario que le entrega Ferrando.*) ¿Donde está el suelto? (*Ferrando indica un sitio en el periódico; y Diego se retira hacia el foro, á la derecha, á leer el suelto indicado*)

DOÑA LAURA (*á Ferrando*).—¿Qué piensa usted del caso?

FERRANDO.—¿Yo?... Nada. Todo puede ser verdad... todo puede ser mentira...

DOÑA LAURA.—Los antecedentes de Blasco...

FERRANDO.—No son malos. Pero los del doctor Rosales, el subdirector, son mejores. Uno de los dos es el culpable. Blasco gastaba demasiado... Nadie sabía de donde sacaba tanto dinero... Y Rosales es un modesto padre de familia. Entre médicos, todos nos conocemos bien...

DOÑA LAURA.—De modo que el culpable es Blasco ó es Rosales... y como Rosales es inocente...

FERRANDO.—Blasco se justificará... ¡Pasan cosas tan extrañas en el mundo!... En todo caso, él habrá sabido hacer las cosas.

DOÑA LAURA.—Aunque se justifique, su nombre...

FERRANDO.—En este país no hay sanción. Ni se premia

lo bueno, ni se castiga lo malo. Todo se olvida. Pasará un año, y ya nadie se acordará del asunto, ¡créame usted!

DONA LAURA (*con un gesto de indiferencia*).—De todos modos... (*En voz alta, á Silvia.*) Seguiremos á la rambla, Silvia.

SILVIA.—Un momento, mamá. Esperemos á Pura, que se está poniendo el sombrero y debe llegar con miss Dolly. (*Continúan conversando, en un grupo doña Laura con Ferrando, y todos los demás en otro grupo. Por la derecha del foro vienen Zulema, una dama y un caballero, del grupo que antes pasara para el campo de «golf». Suben por la escalinata.*)

ESCENA XIII

DICHOS, ZULEMA, UNA DAMA, UN CABALLERO Y DESPUÉS TÉLLEZ

ZULEMA (*á Diego.*)—¿Qué lee usted... ¿Son los últimos diarios de Buenos Aires?... (*Diego quiere disimular el periódico que tenía en la mano...*)

EL CABALLERO (*aparte á Zulema.*)—Ahí ha de estar la noticia sobre Blasco... esa que nos acaba de dar Valdés...

ZULEMA (*á Diego*).—¿Quiere prestarme un minuto el diario, Diego, usted que es tan *gentil?* (*Diego entrega el periódico, como contra su voluntad, á Zulema, que le da las gracias. La dama y el caballero se acercan á ésta. Ella busca el suelto; señálaselo por arriba de su hombro uno de sus acompañantes; ella lee en voz alta.—Téllez entra por la izquierda.*)

FERRANDO (*á Zulema y sus compañeros.*)—¿Están ya ustedes de vuelta del *golf?*...

EL CABALLERO.—Sí... No hemos jugado.

LA DAMA.—Había allí tantos ingleses... Zulema quería jugar al ajedrez con Teresita Llanos... (*Se calla, escuchando la lectura de Zulema.*)

FERRANDO (*á Téllez.*)—Ya ve usted, Téllez, la afición de nuestros criollos á los *sports*. Van al campo del *golf* á jugar al ajedrez y se vuelven porque había allí muchos ingleses...

TÉLLEZ.—No hagan ustedes caso al doctor Ferrando. Habla siempre mal de los criollos y él tiene el más grave de sus defectos: hablar mal de los criollos. (*Zulema, terminada la lectura del suelto, entrega el diario al caballero, y corre hacia Silvia. El caballero continúa leyendo y comentando el suelto.*)

ZULEMA (*abrazando á Silvia y besándola.*)—¡Pobrecita Silvia!... ¡Pero qué cosa más desagradable!... *C'est épatant!...*

DOÑA LAURA (*á Silvia*).—¿No llega todavía Pura con Miss Dolly?

SILVIA (*á doña Laura*).—Ya viene... (*A Zulema, en voz baja*). No me pasa nada... nada me pasa... ¿Tú te lo habías creído también?... ¡Si apenas conozco á Blazco!... Lo que es ahora, bien me guardaré de andar con él en ningún baile. (*Llega Mario por la izquierda, y se dirige sonriendo hacia Silvia. Al verle acercarse, Zulema y Vilana que estaban junto á Silvia, vuelven la espalda á Mario, y se acercan á doña Laura y Ferrando, como si tuvieran algo que consultarles. Téllez se retira un paso atrás, dejando que Mario pueda hablar en libertad con Silvia; pero sin desairarle como los otros. Silvia se pone seria, baja los ojos, se ruboriza... Mario comprendiendo que pasa algo grave, deja de sonreirse...*)

ESCENA XIV

DICHOS Y MARIO

MARIO (*á Silvia anhelosamente*).—¿Qué significa este recibimiento, Silvia, tan distinto del de ayer?... (*Silencio*) ¿Ha hablado usted con su mamá?

SILVIA (*con voz apenas perceptible*).—Sí... (*Téllez se junta al grupo donde está doña Laura*).

DOÑA LAURA (*llamando á Silvia*).—¡Ven, Silvia, vamos á la rambla! (*A Vilana*). Comerá usted con nosotros esta noche.

VILANA.—Con mucho gusto. Y ahora iremos á esperarles en la rambla, con Téllez y Ferrando...

TÉLLEZ.—Perfectamente. (*Salen por el foro conversando Vilana, Téllez, Ferrando, la dama y el caballero. Quedan doña Laura, Silvia, Zulema, Mario y Diego. Diego, á quien el caballero acaba de entregar el periódico que antes prestara él á Zulema, queda en el fondo, semi-sentado sobre la balaustrada.*)

MARIO.—Silvita, hable usted, por Dios. ¿Qué pasa?

SILVIA (*siempre sin mirarle, jugando con su sombrilla.*)—Mamá me ordena que rompa con usted...

MARIO.—¡Silvia!

SILVIA (*conteniendo el llanto*).—¡Perdóneme usted, Mario, y olvide lo que hemos conversado anoche!...

MARIO (*apoyándose en el respaldo de una silla, como si recibiera un golpe en el pecho*).—¡Esto es un mal sueño!... ¡No puede ser verdad, Silvia... que de la noche á la mañana usted me desprecie... destruya mis ilusiones... mis esperanzas... mi vida!

ZULEMA (*que entretanto se ha acercado á Silvia, tomándola cariñosamante de un brazo, y como si no viera á Mario.*)—¿No vienes, Silvia?... Ya nos alcanzarán Pura y miss Dolly en la rambla.

SILVIA.—¡Perdóneme, Mario! (*Silvia, llevada por Zulema y seguida de doña Laura, se encamina á la escalinata del foro*).

MARIO (*consigo mismo*).—¡Pero qué significa todo esto!

DOÑA LAURA.—¿Quieres acompañarme, Diego?

DIEGO.—Voy dentro de un momento. (*Salen todos menos Mario.—Por la derecha entran Pura y miss Dolly, ambas de sombrero. Pura se dirige hacia Mario y miss Dolly se hace a un lado. —El crepúsculo va obscureciéndose poco á poco.*)

ESCENA XV

MARIO, PURA Y DESPUÉS DIEGO

MARIO (*con ira reconcentrada*).—¿Me dirás tú, Pura, al fin, lo que esto significa?... Todos me vuelven la espalda... Todos me huyen como á un animal enfermo... ¡Y Silvia, la misma Silvia, me dice que su mamá le ordena que rompa para siempre conmigo!

PURA (*tan conmovida que parece no darse cuenta de lo que dice*).—Ten paciencia, Mario... ¡Domínate!... Yo no sé lo que pasa... Pero no debe pasar nada serio... Mi tía Laura se opone á tu compromiso con Silvia...

MARIO.—¿Por qué?... ¿Por qué se opone?...

PURA.—Yo no lo sé todavía... Tal vez el antiguo pleito de tu padre con su marido...

MARIO.—Esa no es una razón... ¡Y la actitud de los demás! Entre ellos estaba Vilana, mi suplente de la Facultad... ¡Pues no me ha reconocido!... ¡Lo que es á ese si le he de pedir claras y terminantes explicaciones!

PURA.—¿Piensas provocarlo?... ¡Sería una locura!... ¡Cálmate!... Míralo como si no lo conocieses, ni desearas conocerlo... No lo tomes en cuenta, ni á él ni á los demás... Esto pasará...

MISS DOLLY.—Señorita Pura, ya no podemos demorarnos. La señora Laura nos espera en la rambla... (*Entra Diego por el foro y contempla la escena.*)

PURA (*á Mario, sin contestar á miss Dolly.*)—Esto se arreglará. No dudes que esto se arreglará. Es cuestión de tiempo... Para todo hay remedio en la vida, para todo, menos para la muerte.

MARIO.—El rompimiento con Silvia es como la muerte para mí... ¡Hay tantos modos de morir!... ¡Hay tantas maneras de matar!

PURA.—¡Hazte valor, Mario! Para eso eres hombre... ¡Pero, por Dios, domínate y no provoques ahora un incidente á nadie, y menos á Vilana!... Piensa que algu-

nas veces se necesita más valor para contener la indignación que para castigar la injuria.

DIEGO (*a Pura, acercandose.*)—Pura, mamá y Silvia te están esperando en la rambla.

PURA.—*(a Diego).* Ya voy. (*a Mario, estrechandole la mano*). Ten prudencia... Silvia te quiere siempre... Luego ó mañana hablaremos... Si no tienes amigos y quieres desahogarte, Mario, búscame y te desahogas con migo, como con una hermana... Yo soy tan amiga tuya como cuando jugábamos al trompo ó á los soldados, ¿te acuerdas?... Y desde entonces, ¡he vivido tanto!... Puedo decirte, Mario, que conozco la vida. (*Bajan dor la esealinata y salen por la derecha del foro Pura y miss Dolly.*)

DIEGO (*acercandose a Mario*). — Los diarios le atacan, Mario. Creo que debe usted irse esta misma noche á Buenos Aires, á defenderse y arreglar allí sus asuntos... (*Diego entrega el periódico á Mario, señalandole el suelto a que alude. Mario toma estupefacto el periódico y lee... Diego baja lentamente por la escalinata y sale por la derecha del foro, con la mano en los bolsillos, silvando entre dientes un tango popular. Después de leer y releer el suelto, Mario levanta la cabeza y mira a su alrededor. Esta solo. La noche ha caído sobre la escena.*)

MARIO.—¡Y ellos lo han creído!... ¡Y ellos fingen creerlo!... (*Estruja el periódico en sus manos crispadas por un rapto de furor*). ¡Ah hipócritas! ¡Atacan á los demás para defenderse á sí mismos!

(*Telón.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un *hall* del hotel, en Mar del Plata. Dos puertas laterales á la derecha y dos á la izquierda, las del segundo término entreabiertas. Al foro, una galería de cristales que da á un jardín, con una puerta en el medio. A la izquierda del espectador, perpendicular al frente del escenario, una mesa cubierta de revistas y rodeada de sillas. Al lado derecho, en primer término, un sofá, sillones y sillas, formando un hemiciclo. Más atrás, en el mismo lado derecho, entre las dos puertas, junto á la pared, una mesita con una carpeta y un recado de escribir. A ambos lados de la puerta del foro, dos grandes macetones de madera con plantas naturales de anchas hojas.

ESCENA I

MARIO Y DESPUÉS ANTÚÑEZ

MARIO (*sentado de espaldas junto a la mesa de lectura, con un sobre azul en la mano, llamando*).—¡Antúñez! (*Por la segunda puerta de la izquierda, la puerta que se supone de su despacho, asómase Antúñez, empleado principal del hotel. Es hombre maduro, calvo, bajo, flaco, de facciones toscas y aspecto servil. Habla con acento español. Grande aficionado a traer y llevar cuentos y chismes, siempre esta deseoso de charlar con la clientela elegante del hotel. Viste un gastado saco de lustrina negra y lleva una lapicera en la oreja.*)

ANTÚÑEZ (*contestando*).—¡Señor!...

MARIO (*conteniendo su impaciencia*).—¡Acérquese, pues! (*Antúñez se acerca.*) ¿En qué día de la semana estamos?

ANTÚÑEZ.—En jueves, doctor...

MARIO.—¿Y en qué día de la semana pasan ustedes las cuentas á sus huéspedes?

ANTÚÑEZ.—El sábado, doctor...

MARIO (*mostrando el sobre que tiene en la mano*).—Si es así, ¿por qué me ha mandado usted hoy la cuenta á la mesa?... ¿Qué razón tiene para adelantarse?... ¿Pensaba usted que yo no le iba á pagar?

ANTÚÑEZ.—No, doctor, no... ¡Un cliente como usted!... Usted puede pagar cuando guste... Si quiere puede irse á Buenos Aires y mandarnos de allá el importe, doctor, cuando se acuerde y lo tenga á bien...

MARIO.—Si tiene tanta confianza en mí, ¿por qué no ha esperado usted al sábado, el día de pagar las cuentas?

ANTÚÑEZ.—Usted tendrá la bondad de disculparnos,

doctor... Se nos dijo que usted se marchaba esta noche á Buenos Aires. Yo le mandé la cuenta para no incomodarle á última hora...

MARIO.—¿Pero no sabía usted que mi madre llega hoy en el tren de la mañana? ¿Cómo creyó usted que yo me voy cuando ella llega?... (*Rompiendo la cuenta en pedazos, y arrojandolos al suelo.*) ¡Pues sépase usted que no pienso irme por ahora! La cuenta me la dará usted á su tiempo, como siempre. (*Antúñez recoge los pedazos de papel esparcidos.*) (*Pausa breve.*) (*Con voz mas tranquila.*) ¿Y ha dispuesto usted las habitaciones que le encargué anteayer para mi madre?

ANTÚÑEZ. — Sí, doctor. Los cuartos números 37 y 39.

MARIO.—Vea, Antúñez. Yo tengo una cita urgente esta tarde. No podré ir á recibir á mi madre á la estación. Mande usted un portero para que la traiga y le explique mi ausencia—¿comprende?—sin alarmarla. Usted la esperará aquí en la puerta y la conducirá á sus habitaciones, diciéndole que yo estoy ocupado y que iré dentro de un momento.

ANTÚÑEZ (*haciendo un gesto de inteligencia*).—Comprendo, doctor, comprendo... Puede irse usted tranquilo. (*Mario busca un periódico entre las revistas que se hallan sobre la mesa.*) La señora no se enterará de nada. Le diré...

MARIO (*impaciente*). — La señora no tiene nada de que enterarse por usted. Usted está aquí para servir al público y no para traer y llevar historias... (*Continúa buscando el periódico.*)

ANTÚÑEZ.—Está bien, doctor... Como usted me decía que cuidara no se alarmase la señora porque usted no va á recibirla á la estación...

MARIO (*interrumpiendo*). — No encuentro aquí los últimos diarios... En la sala de lectura tampoco están...

ANTÚÑEZ (*con ambigua sonrisa*).—Han desaparecido... De la sala de lectura han desaparecido también... Todo el mundo los pedía... Y como tanto se pedían, mandamos comprar los ejemplares que quedaran en el quiosco de la rambla, y allí los habían vendido todos, ¡todos! como pan bendito. (*Con muy marcada intención.*) Debe haber en ellos una noticia interesante, muy interesante, referente sin duda á alguna persona bien conocida y vinculada. ¡La gente es tan novelera! (*Antes de que Antúñez termine de hablar entra Zulema por la puerta del foro, Viene elegantísima, de traje blanco y de sombrero de paja.*)

ESCENA II

DICHOS Y ZULEMA

ZULEMA (*á Antúñez, como si no hubiese visto a Mario*).—Esta tarde debe llegar una gran caja para mí. Llévela usted á nuestro departamento en cuanto llegue, y colóquela abierta en la salita... La necesito hoy mismo. (*Entregándole un papel.*) Aqui tiene usted la guia del ferro-carril.

ANTÚÑEZ.—En la salita no sé si cabe un alfiler más... ¡Está tan llena de cajas y baules!

ZULEMA.—Haga usted sitio como pueda. Y ahora alcánceme usted papel para hacer un telegrama. (*Zulema da la espalda a Antúñez. Este sale refunfuñando por la puerta que se supone de su despacho. Entonces, Zulema toma al acaso una revista, y se sienta, hojeándola, frente á Mario. La mesa les separa.*)

ZULEMA (*insinuante, en voz baja.*)—No debía usted dar tanta importancia á estas pequeñas miserias de la vida... ¡Es usted tan superior á todos ellos!

MARIO (*fríamente.*)—¿A quiénes, señorita? (*Antúñez entra por la puerta de su despacho con el papel del telégrafo en la mano. Queda observando á Zulema y Mario, sin atreverse a anunciarse.*)

ZULEMA.—A Vilana y á Ferrando, sus colegas... A las de Arval, sus amigas... (*Mario se encoje de hombros y parece reanudar su lectura.*) Sé que ustedes han cambiado esta mañana palabras muy violentas con Vilana. No debe usted hacerle caso, Mario, no vale la pena... ¿Para qué provocar ahora un duelo?... Espere usted tranquilo mejor oportunidad para su desquite.

MARIO (*siempre frío é irónico*) —También creerá usted que he cambiado palabras muy violentas con las de Arval...

ANTÚÑEZ (*acercandose a Zulema*).—El papel del telégrafo, señorita.

ZULEMA.—Déjelo usted ahí. (*Antúñez deja el bloque de papel sobre la mesita que tiene el recado de escribir, y sale prontamente.*) (*A Mario, continuando la conversación interrumpida.*) Tampoco debe usted hacerles caso á las de Arval... Esa niña, Silvia, no es capaz de comprenderlo á usted.

MARIO (*irónico.*)—¿Y usted... sería capaz de comprenderme?

ZULEMA.—Yo lo aprecio. Soy su amiga. Siempre le he defendido á usted...

MARIO (*mordaz*).—Cuando no me vuelve usted la espalda, como ayer tarde en la terraza.

ZULEMA.—Discúlpeme usted... Yo no tuve intención de desairarlo... Usted lo ha creído así porque lo ve ahora todo negro.

MARIO (*firmemente y bajando la voz*).—Pues no se lo disculpo á usted, señorita... Por más que usted lo niegue—usted, que lo ve ahora todo rosa,—sé que también fué usted anoche despiadada conmigo... En este instante cambia usted de táctica... y me representa una pequeña comedia de la amistad.

ZULEMA (*picada*).—¿Con qué objeto podría yo representarle esta comedia?

MARIO.—De la amistad al amor...(*Pausa breve*). Su actitud me sugiere una reflexión, que callaré por cortesía.

ZULEMA.—Dígala.

MARIO.—¿No se enojará usted?

ZULEMA.—No...

MARIO (*después de un silencio breve*).—Pienso que al acercarse á una edad crítica, las mujeres no desperdician ocasión de pescarse un marido.

ZULEMA (*riéndose a carcajadas*).—¿Piensa usted que yo me finjo ahora su amiga para tener el honor de llevar el nombre... del director del Hospital del Norte? ¡Interpreta usted así la buena fe con que le defiendo, cuando *le mot d'ordre* es hablar mal de usted!...

MARIO (*poniéndose de pié y saludando lijeramente a Zulema*).—Es usted muy bondadosa... Mil gracias. (*Se encamina hacia la segunda puerta de la derecha y habla desde allí a Antúñez, que se supone adentro, en su despacho*). Antúñez, si ve usted al doctor Ferrando y al señor Téllez, dígales que les espero en mi habitación.

ANTÚÑEZ (*apareciendo ante la puerta de su despacho.*)—Descuide usted, doctor. (*Mario sale por la primera puerta de la derecha, Zulema se levanta...*)

ANTÚÑEZ (*a Zulema, indicandole el papel del telégrafo que antes trajera*).—Ahí le he dejado el papel para el telegrama, señorita...

ZULEMA (*malhumorada, saliendo por la primera puerta de la izquierda*).—Puede hacerlo usted mismo, si tanto le interesa.

ANTÚÑEZ (*hablando solo*).—¡Vaya si me interesa el telegrama que debiese mandar usted al banco!... ¡Con las cuentas que tiene pendientes en el hotel su señora madre!.. (*Entra Ferrando por la puerta del foro.*)

ESCENA III

FERRANDO Y ANTÚÑEZ

ANTÚÑEZ (*en la puerta de su despacho*).—¡Señor doctor!...

El doctor Blasco le busca. Me ha dicho que le espera á usted y al señor Téllez en sus habitaciones...

FERRANDO (*revolviendo las revistas que están sobre la mesa*).—Ni los diarios que llegaron esta mañana, ni los que llegaron ayer... ¿Qué ha sido de ellos?

ANTÚÑEZ.—Como había esos ataques contra el doctor Blasco, todo el mundo los solicitaba...

FERRANDO.—Y volaron, más que si tuvieran alas. (*Entra Téllez por la primera puerta de la izquierda. Antúñez sale.*)

ESCENA IV

FERRANDO Y TÉLLEZ

TÉLLEZ (*encaminandose hacia Ferrando*).—¡Al fin lo encuentro á usted! Tengo que hablarlo urgentemente...

FERRANDO (*sonriendo*). — ¿Qué pasa?... ¿Se nos viene el mundo encima?

TÉLLEZ.—Hoy, después de almorzar, Blasco y Vilana tuvieron un incidente... Se trata de algo serio... Mario nos busca á usted y á mi, supongo que para enviarnos á Vilana como padrinos.

FERRANDO (*después de un silencio*).—¿Aceptó usted?

TÉLLEZ.—Todavía no he hablado con Mario...

FERRANDO.—De modo que... según parece... está usted dispuesto á aceptar. (*Pausa breve*). Pues yo no aceptaré. Ese duelo no puede llevarse á cabo mientras Blasco no se justifique de su acusación.

TÉLLEZ.—¿No cree usted á Mario digno de batirse?

FERRANDO.—Ni lo creo, ni dejo de creerlo... Las leyes del duelo nos prohiben concertar un lance si pende una acusación formal contra alguno de los duelistas.

TÉLLEZ. — En este caso, la acusación no es grave...

FERRANDO.—Eso depende de criterios. Pero lo cierto es que, antes de resolverse el asunto pendiente, Vilana no debe aceptar el reto, ni nosotros podemos representar á Blasco, ni pudo soñar el mismo Blasco en semejante lance... (*Severo*). ¿Cómo es que él no se fué anoche á Buenos Aires, en cuanto supo la noticia?

TÉLLEZ.—Ya había hecho telegrama á su madre, que está enferma, para que se viniera...

FERRANDO.—La señora no vendrá, al conocer el escándalo que se ha hecho alrededor del nombre de su hijo.

TÉLLEZ.— Vendrá, porque nadie la habrá informado... Mario se ha quedado á esperarla... Y ahora no querrá él volverse á Buenos Aires sin batirse.

FERRANDO.—¡Batirse en su situación!... Eso es absurdo. Con tal sistema, cualquier pícaro, en vez de defenderse cuando se le acusara, provocaría á un caballero y se batiría. El duelo será su mejor absolución. Para el honor, más valdrá ser espadachín que ser honesto.

TELLEZ.—Usted sabe que Mario no es «cualquier pícaro»...

FERRANDO (*friamente*).—Como le dije, ni lo sé, ni dejo de saberlo. (*Un silencio.*)

TELLEZ.—Vamos á hablar con franqueza, doctor, de bombre á hombre. Usted se rehusa á ser padrino de Mario, ¿no es así?... (*Ferrando confirma con un gesto.*) Pues Vilana lo consultará á usted, en caso de recibir los padrinos de Mario...

FERRANDO.—Y yo me negaré también á ser padrino de Vilana.

TELLEZ.—Perfectamente. Pero... ¿aconsejará usted á Vilana que no se bata con Mario?

FERRANDO—Sí, señor. Es mi deber.

TÉLLEZ.—¡Piense usted, doctor, que perderá para siempre á nuestro amigo Blasco! Pondrá una lápida sobre su nombre.

FERRANDO.—Si la imputación es falsa, ya resucitará él bajo la lápida.

TELLEZ.—No lo crea usted. El mal queda hecho...

FERRANDO.—Pues si usted aprecia á Blasco, evite que se ponga él mismo en la picota, mandando padrinos tan inoportunamente. (*Por la puerta del foro entra doña Emilia, en traje de viaje, seguida de un «groom» con una balija de mano. Doña Emilia es una señora anciana, de cabello encanecido y aire enfermiso. Entra Antúñez a recibirla. Al verla, Ferrando se pone de pié, dispuesto a saludarla. Téllez, que no la conoce, se sienta, toma al acaso una revista y lee durante la siguiente escena.*)

ESCENA V

DICHOS, DOÑA EMILIA, ANTÚÑEZ Y UN «GROOM»

ANTÚÑEZ.—¿La señora de Blasco?...

DOÑA EMILIA.—Sí, señor.

ANTÚÑEZ.—Su hijo me ha encargado le diga á usted que tiene una cita urgente, por lo que no ha podido ir á recibirla á la estación .. Yo la conduciré á sus habitaciones. El irá allá más tarde, en cuanto se desocupe. (*Al groom.*) Al 37. (*El groom sale por la primera puerta de la izquierda.*)

DOÑA EMILIA.—Supongo que no estará enfermo... ni le ocurrirá nada alarmante...

ANTÚÑEZ.—No, señora. No ha podido recibirla por cumplir ciertos deberes sociales... (*Guiándola hacia la primera puerta de la izquierda.*)

FERRANDO (*tendiendo la mano a doña Emilia.*)—¡Usted aquí, señora!

DOÑA EMILIA.—Aquí me tiene, doctor...

FERRANDO.—¿Cómo sigue usted?

DOÑA EMILIA.—Mejor, gracias; pero mi enfermedad es incurable... En vano mi hijo trata de engañarme y distraerme.

FERRANDO.—Acaso le siente bien el aire de mar.

DOÑA EMILIA.—Vengo á ensayarlo. Aunque más fe le tengo á la alegría.... No hay mejor remedio que la alegría.

FERRANDO.—¡Gran terapéutica contra todos los males, y especialmente contra la vejez, es la satisfacción! Los viejos satisfechos de sí mismos y de los suyos, son los que más viven.

DOÑA EMILIA.—Y la mayor satisfacción para mí es ver contento á mi hijo. Sus triunfos son mis mejores drogas. Si lo encuentro aquí triunfante y feliz, como me anuncian sus cartas y lo espero, ¡no lo dude usted!... el aire de mar me sentará muy bien.

FERRANDO.—A pesar de no ser un tratamiento indicado para su enfermedad...

DOÑA EMILIA.—En todo caso no será perjudicial, pues que él me llama... Pero este pícaro no ha ido á esperarme á la estación y á traerme al hotel. Se contenta con avisarme por intermedio del señor (*indicando a Antúñez*) que lo retienen sus ocupaciones sociales, como serán escoltar ciertas damas en algún paseo... (*Con desconfianza*). Porque usted no tendrá, doctor, noticias desagradables que darme...

FERRANDO.—Al contrario, señora, al contrario... Si son verdad las voces que corren, parece que pronto tendremos una grande y feliz noticia ..

DOÑA EMILIA (*aludiendo al presunto noviazgo*).—¡No sea indiscreto, doctor!... Esas cosas no deben decirse sinó cuando están hechas. (*Una pausa.*) Pero no quiero detener á usted, y me despido...

FERRANDO.—¿Quiere usted que la acompañe hasta sus habitaciones?

DOÑA EMILIA.—Gracias. (*Indicando a Antúñez.*) El señor me acompañará...

ANTÚÑEZ.—Por acá, señora...

FERRANDO (*despidiéndose*).—Puedo servirla en algo?.

DOÑA EMILIA.—Dígale usted á mi hijo, si lo ve, que he llegado y lo espero en mi cuarto. (*Despidiéndose.*) ¡Hasta luego, doctor!

FERRANDO.—Adios, señora. Muy pronto se lo mandaré á Mario. (*Doña Emilia, conducida por Antúñez, sale por la primera puerta de la derecha. Ferrando la acompaña hasta la puerta. Téllez consulta su reloj. Por el foro entra Vilana.*)

ESCENA VI

FERRANDO, TÉLLEZ, VILANA Y DESPUÉS ANTÚÑEZ

FERRANDO. — ¿Qué tal, doctor Vilana?... Me dicen que usted se ha dedicado á Juan Moreira y anda buscando duelos y cuchilladas...

VILANA.—¡Yo!... ¡qué disparate!... ¿Se refiere usted al incidente que tuve hoy con Blasco?

FERRANDO (*con reticencia*).—Pues con Blasco me han dicho que va usted á batirse.

VILANA.—Está usted mal informado, doctor. Yo no me batiré con Blasco mientras esté pendiente la cuestión del hospital.

FERRANDO (*á Téllez*).—¿No se lo decía yo, señor Téllez?... Blasco debe dejarse de fantasías é irse á Buenos Aires.

TÉLLEZ (*á Ferrando*).—¡Doctor! (*A Vilana.*) Piense usted en lo que va á hacer, Vilana. ¿Rehusa usted dar cualquier satisfacción á Blasco?

VILANA.—Rehuso.

FERRANDO (*a Téllez*).—Y yo rehusaré la honra de ser su padrino.

TÉLLEZ (*irritado*).—¡Pues ustedes obran muy mal! ¡Esto es indigno!...

FERRANDO.—Perdone, señor Téllez... Usted no tiene derecho de juzgar nuestra conducta. Consulte usted, forme usted un tribunal de honor, y verá que todo el mundo nos da la razón.

TELLEZ.—El mundo es injusto.

FERRANDO (*a Téllez*).—Menos de lo que parece... En todo caso, si usted es amigo de Blasco, ¡piense antes de proceder y ándese con piés de plomo!

TÉLLEZ.—Me temo que esta negativa de ustedes, con lo que le pasa, le ponga fuera de sí, y que él cometa algún atropello...

VILANA.—Peor para él.

FERRANDO (*fríamente*). — Si no desea usted que se pierda, cálmelo. «Cuando los dioses quieren perder á un hombre, decían los griegos, le enloquecen.» (*Por la primera puerta de la izquierda entra Antúñez y se encamina hacia la segunda.*)

FERRANDO (*a Antúñez*).—¿Dejó usted bien á la señora, en su cuarto?

ANTÚÑEZ.—Si, doctor. Sólo se halla un poco inquieta pprque no ha visto á su hijo todavia. Como el doctor Blasco está alojado en el otro pabellón...

FERRANDO.—Bien, bien. (*Antúñez sale*).

TÉLLEZ.—¿Qué señora?... ¿La que pasó recién es la madre de Mario?

FERRANDO.—Si, acaba de llegar. Y ella es un argumento vivo para que usted tranquilice á su presunto ahijado y le ayude á olvidarse de Vilana.

TÉLLEZ (*haciendo ademán de levantarse*).—Voy á verlo.... Pero me hallo con el inconveniente de que he invitado á tomar té á la familia de Arval, y quedé en esperarla aquí...

FERRANDO.—Pues espere usted á sus invitadas, y cuando se desocupe le sobrará tiempo para verse con Blasco.

VILANA.—Claro. «Lo cortés no quita lo valiente.»

TÉLLEZ.—La cuestión es demasiado seria y premiosa.

FERRANDO.—Pero Blasco no parece considerarla tan seria y tan premiosa, puesto que no se marcha á Buenos Aires, para resolvér cuanto antes el punto principal... Bien puede esperar á usted una media hora más.

VILANA (*á Téllez, señalando el foro*).—De todos modos, me parece que no le queda á usted mucho tiempo para decidirse... Por ahí veo llegar á la familia de Arval. (*En efecto, por el foro, detrus de la galería de cristales, se ven venir a doña Laura, Silvia y Pura. Téllez se adelanta a recibirlas hasta el foro, donde se detiene saludándolas, mientras hablan Ferrando y Vilana.*)

ESCENA VII

DICHOS, DOÑA LAURA, PURA Y SILVIA

FERRANDO (*bajo á Vilana*).—Hágase usted fuerte en su actitud. Por ningún pretexto ni en ninguna forma acepte usted el lance ni dé explicaciones. No admita después en los demás la menor alusión al respecto. Manifiéstese enérgico, y nadie dudará de su valor.

VILANA.—Téngalo usted por seguro. Un caballero como yo no puede batirse con un individuo enjuiciado en una causa criminal como Blasco. En cuanto á mi valor, nadie se atreverá á dudar de él porque rechace el lance. Una actitud firme es ya un acto de valor.

FERRANDO.—Y eso es importante, el valor personal, donde la gente suele apreciar á los hombres más por el coraje que por el mérito...

VILANA.—Para nuestros gauchos, Juan Moreira vale más que Victor Hugo...

FERRANDO.—Y para nuestras damas, Juan Tenorio vale más que Juan Moreira. No haber sufrido calabazas es un gran título para un soltero. Mayor aún es el haberlas dado. Muéstrese decidido, y vencerá usted á Blasco. Manifiéstese desdeñoso é irresistible... ¡y también vencerá usted á Pura! (*Entre tanto llegan al frente de la escena, con Téllez, doña Laura, Sílvia y Pura. Vienen en traje de playa.*)

TÉLLEZ.—Aquí tienen ustedes á Ferrando y Vilana, sus amigos. (*Se saludan con una inclinación de cabeza y amables sonrisas.*)

FERRANDO.—Porque Vilana y yo nos hemos invitado á tomar el té en tan agradable compañía...

DOÑA LAURA.—Si ustedes no tienen inconveniente lo tomaremos aquí, y después bajaremos á la playa... Hace mucho calor para ir tomarlo en la rambla.

VILANA.—Y á la rambla va por la tarde demasiado pueblo.

DOÑA LAURA.—Casi no se ve allí gente decente.

FERRANDO (*riendo*).—Entonces, no irá más que gente indecente... Yo, francamente, no la había apercibido. A no ser que usted considere así á la gente en traje de baño...

VILANA.—Decente ó indecente, la muchedumbre que va ahora á la rambla, ¡el pueblo! no es simpático más que en los libros ó visto de lejos. Visto de cerca...

DOÑA LAURA.—¡Uf! Es detestable.

FERRANDO.—Sobre todo cuando se aglomera, suda y da pisotones y codazos.

TÉLLEZ.—Tomemos, pues, asiento aquí, resguardados contra los avances del pueblo por los sólidos muros del hotel. (*Doña Laura, Ferrando y Silvia se sientan en hemiciclo, a la derecha. Pura se sienta a la izquierda, en primer término, junto a la mesa de lectura. Vilana la sigue y se coloca de pie a su lado. Téllez queda de pie y toca un timbre eléctrico.*)

PURA (*á Vilana*).—Me alegro infinito de verle á usted. Estaba dispuesta á buscarlo por todas partes, y encon-

trarlo esta tarde de cualquier modo, vivo ó muerto. Tengo prisa en hablarlo... (*Se presenta un mozo del hotel por el foro.*)

TÉLLEZ (*al mozo*).—Tráiganos aquí el té para todos. (*Sale el mozo.*)

VILANA (*contestando á Pura*).—Celebro que usted deseará verme, Pura, y aquí me tiene á sus órdenes, para lo que se digne mandarme... (*Con emoción.*) Sólo por usted he venido yo á Mar del Plata. (*Entra el mozo con una mesa portatil, de las llamadas «de tijera». La coloca en segundo término, hacia la derecha, Cuenta disimuladamente con los dedos las personas presentes, mientras hablan, y luego sale.*)

TÉLLEZ (*bajo á Silvia*).—¿Cómo se siente usted, Silvia?

SILVIA.—¿Yo?... Bien, como siempre. ¿Por qué me hace usted especialmente esta pregunta? ¿Supone que he estado enferma?... Creo que desde ayer, la última vez que nos vimos, no he tenido novedad alguna...

TELLEZ.—Todo el mundo dice lo contrario...

SILVIA.—Pues todo el mundo se equivoca. Mi vida sigue siempre igual; un día sigue á otro día sin traerme nada nuevo... (*Sonriendo.*) Desgraciadamente, porque así no tengo nada que poner en el diario que llevo desde que salí del colegio, por consejo de las hermanas.

TÉLLEZ.—Omitirá usted ciertos episodios...

FERRANDO (*que ha oido lo anterior, á Silvia*).—Ó borrará usted hoy con el codo lo que ayer escribió con la mano.

SILVIA.—No hay una palabra borrada en mi diario. (*A Téllez.*) Podría mostrárselo á usted.

TELLEZ.—No pido tanto. (*El mozo entra con el servicio del té y lo dispone cuidadosamente sobre la mesita que antes trajera.*)

FERRANDO.—Las niñas siempre hablan en su diario de algún *él*, sin nombrarlo. Este *él* es un día uno y otro día otro. Cambia según las simpatías é impresiones. Pero está tan vagamente aludido que, cuando cuando la niña se compromete para casarse, cualquiera que sea el novio, puede leer el diario y creerse siempre ese *él*, que antes fuera Juan, Pedro, Diego...

TELLEZ.—O Mario.

SILVIA (*coquetamente, á Téllez*).—¡Qué malo es usted!... (*Riendo.*) ¿No sabe usted que Mario festeja á Pura?

VILANA (*bajo á Pura*).—¿Ha oído usted?... Su prima Silvia le echa el perro muerto.

EL MOZO (*que ha dispuesto ya sobre la mesita tostadas manteca y parte del servicio del té*).—Aquí está el té, señores Debo servirlo?

SILVIA.—Yo lo serviré. (*Se adelanta á servirlo.—El mozo sale.*)

PURA (*á Silvia*).—Voy á ayudarte. (*Silvia y Pura, seguidas de Téllez y Vilana, rodean la mesita del té, y se disponen á servirlo. Quedan en el frente del escenario doña Laura y Ferrando*).

DOÑA LAURA (*á Ferrando, prosiguiendo una conversación anterior.*) Créame usted, doctor. No ha habido absolutamente compromiso. Blasco pretendía á Silvita y ella no lo ha aceptado ni como pretendiente. Esto es todo.

FERRANDO.—Sin embargo, debo decirle á usted que Emilia, la madre de Blasco, acaba de llegar á Mar del Plata, llena de ilusiones por las cartas de su hijo. Deseaba que él se casara pronto, y la candidatura de Silvia colma sus anhelos. Presumo que viene á pedirle la mano de su hija.

DOÑA LAURA (*poniéndose de pie*).—¿Habla usted en serio?... ¡Es posible!...

FERRANDO.—Hablo en serio, Laura, y la prevengo como viejo amigo.

DOÑA LAURA.—Viene á pedirme la mano de Silvia!... ¡Pero esto se sabrá, se comentará, nos cubrirá á todos de ridículo!... ¿Está usted seguro?

FERRANDO.—Sí, señora. La madre de Blasco está aquí, en este mismo hotel, bajo este mismo techo, deseando verse con usted.

DOÑA LAURA.—¡Pues hay que evitar esa entrevista! ¡Hay que evitarla de todos modos! ¿Qué debo hacer, doctor? Dígame usted, ¿Qué debo hacer?... (*Zulema entra por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII

DICHOS Y ZULEMA

ZULEMA (*hablando animadamente, desde que entra.*)—¿Conque se habían ustedes reunido á tomar el té sin decirme nada, pícaras?... Pues mientras ustedes se olvidaban de mí, me acordaba yo de ustedes y andaba buscándolas.

DOÑA LAURA.—No huímos ni nos escondemos...

ZULEMA (*con intención*).—Yo suponía que sí; que huían ustedes de alguien y se escondían...

VILANA.—En todo caso no sería de usted, Zulema.

ZULEMA.—*Ça va sans dire.* (*Atropelladamente.*) ¿Saben ustedes que ha llegado Perucho?... (*A Silvia.*) Es el hombre indicado para dirigir mañana contigo el cotillón.

FERRANDO.—Se decía que los directores iban á ser Silvia y Blasco...

TÉLLEZ.—Creo que Mario no sabe bailar. Sólo aceptó por complacencia, para escusarse á última hora, suponiendo que siempre se le encontraría reemplazante...

ZULEMA (*con reticencia*). — El reemplazante tiene que ser usted.

TÉLLEZ.—Como Mario, ni siquiera sé bailar...

ZULEMA.—Tampoco tiene usted el talento en los pies. Entonces, voto por Perucho.

DOÑA LAURA.—Pues que sea Perucho.

SILVIA.—Perucho y Zulema. Yo me contentaré con ser dirigida...

ZULEMA.—Lo mismo yo. Yo no dirijo. Desde que se te designó á ti y tú aceptaste... (*Bajo á doña Laura.*) A no ser que se sienta indispuesta por su disgusto con Blasco...

DOÑA LAURA (*con autoridad y mirando á Zulema con sus «impertinentes»*).—Silvia y Perucho dirigirán el cotillón. Será muy lucido porque hay muchos objetos bonitos.

ZULEMA.—Pero hay demasiadas niñas...

VILANA.—Las niñas son también objetos bonitos.

ZULEMA.—...Hay demasiadas niñas, porque faltan mozos. Debían alquilarse algunos para bailar, como se alquilan para servir la mesa, en las fiestas.

FERRANDO (*bajo á Zulema*).—O también como se alquilan para servir de maridos, en la vida.

ZULEMA (*bajo á Ferrando*).—Cuando se tiene con que pagarlos. (*Alto.*) ¡Qué cabeza la mía!... ¡Me olvidaba de lo principal! .. Perucho me encargó que las salude y las invite de su parte á dar un paseo en su automóvil.

DOÑA LAURA.—Pero todavía ni lo hemos visto siquiera á tu Perucho...

ZULEMA.—Iremos luego á buscarlo... Debe estar aburriéndose en la sala de juego... (*Entusiasta.*) ¿Quieren ustetes que vayamos hasta el faro en el automóvil? ¡Está tan linda la tarde! Todos tendremos asiento, porque es enorme la *carrosserie.* (*A doña Laura, con intención.*) Claro está que, con Perucho, no cabe uno solo más de los que aquí estamos.

PURA.—¿Por quién dices eso, Zulema?

ZULEMA (*con una mirada de desafío*).—Por Blasco. (*A doña Laura*). Supongo que él no vendrá con nosotros. Tal vez á Perucho no le gustaría que se le creyera su convividado... (*Con fingida ingenuidad.*) ¡Y después sería una vergüenza tan grande que nos detuvieran á todos para

tomarlo preso! (*Pura muerde su abanico, roja de indignación.*)

FERRANDO (*por Zulema, riéndose.*)—¡Qué ingenuidad de niña, creer semejante cosa!

TÉLLEZ (*bajo á Silvia y Pura*).—¡Pobrecita!... ¡Y yo que la suponía una solterona de colmillos ya maduros!...

FERRANDO.—Al morder, esos colmillos darían más veneno que los de una serpiente de cascabel. (*Silvia se ríe involuntariamente, amenazando al médico con el abanico, como para castigarle por su mordacidad.*)

DOÑA LAURA.—Tranquilízate, Zulema. El señor Blasco no vendrá en ningún caso con nosotros. (*Mira imperiosamente á Pura para que no vaya á hablar.*)

FERRANDO (*á doña Laura*)—Dice usted bien, Laura. Cuando se le gangrena un brazo á un hombre, el brazo debe amputarse, para que la gangrena no se extienda por todo el cuerpo. Lo mismo en una familia, cuando un miembro se corrompe... Lo mismo en la sociedad.

ZULEMA.—Mientras se sirve el té podemos ir á ver el automóvil, que está allí afuera... Se ha sacado el *premier prix* en una exposición universal... Ha recorrido media Europa... Ha aplastado diecisiete personas... ¡Es magnífico!

TÉLLEZ.—Vamos á ver esa séptima maravilla.

PURA (*á Silvia.*)—Ve tú también. Yo serviré el té mientras tanto.

VILANA (*á Pura.*) Yo me quedaré para acompañarla, Pura.

PURA.—Vuelvan pronto, que puede enfriarse el té.

DOÑA LAURA.—En seguida. (*Salen todos por el foro, menos Pura, que queda sirviendo el té, y Vilana, que la acompaña.*)

ESCENA IX

PURA, VILANA Y DESPUÉS ZULEMA

PURA (*dejando prontamente la tetera sobre la mesa, en cuanto se ve sola con Vilana, y encarandose angustiosamente con él.*)—¿Es cierto, Vilana, que hay una cuestión de honor entre usted y Mario, que se han insultado ustedes, que se baten?

VILANA.—¡Qué ocurrencia!... ¿De dónde ha sacado semejante cosa? ¿Quién se lo ha dicho á ustedes?..

PURA.—A nosotras, nadie. Tía Laura y Silvia ignoran lo que pasa... Yo he sabido algo por medias palabras que pesqué al pasar, en la terraza, después del almuerzo. Parece que los hombres no hablaban de otra cosa.

VILANA.—Habrá oído usted mal...

PURA.—No he oído mal, no. Contésteme francamente, ¿se baten ustedes?

VILANA.—No. El duelo que usted supone no se realizará.

PURA.—¿No le ha mandado él los padrinos?

VILANA.—Disculpe usted, Pura, pero es cuestión que yo no puedo tratar con señoras... Todo lo que puedo decirle, es que no me bato con Blasco. (*Pausa breve.*) Y le agradezco profundamente su interés, Pura.

PURA.—Nada tiene usted que agradecerme...

VILANA.—Comprendo; usted no se interesa por mí... ni por usted misma. Habla usted por su prima Silvia.

PURA.—Hablo por mí...

VILANA. — Como Silvia estuvo comprometida con Blasco...

PURA.—No, no ha habido tal compromiso. Si yo me intereso por Mario, es porque soy su amiga, desde la niñez... Pero, dígame, por el amor de Dios, ¿es verdad que Mario le ha mandado á usted sus padrinos y que usted rechaza toda explicación ó lance... porque no lo considera hombre de honor?

VILANA.—Pura, yo me faltaría el respeto que me debo á mí mismo si le contase á usted mi incidente con Blasco y mi resolución respecto al duelo que él ha buscado...

PURA (*dominándose*).—¡Luego, él ha buscado un duelo! Y usted lo rehusa porque no lo considera adversario digno... ¡Así cree usted cumplir con sus deberes de caballero, insultando á un hombre honrado y negándole toda satisfacción ó reparación!

VILANA.—¡Un hombre honrado!... Por ahora, Blasco no lo es.

PURA.—¡Fíjese usted en lo que dice!... Si su caballerosidad le impedía contarme el incidente, á mí, una mujer, mayormente le impide difamar en su ausencia á un hombre que quizá vale tanto como usted. (*Pausa.*)

VILANA.—¡Pura!... Yo comprendo su exaltación y la disculpo... Usted conoce á Blasco desde chica... Usted es su amiga... Por eso, su generoso corazón de mujer no puede concebir la verdad, que á mí mismo me sorprende.

PURA.—¡La verdad! ¿Qué verdad?...

VILANA.—El delito cometido.

PURA (*conteniendo su indignación.*)—Por el momento, yo no conozco más delito que el del mundo que nos rodea y le inspira á usted su conducta, un delito de mentira

y de cobardía... (*Firmemente.*) Pues mire, Vilana, si usted procede como me dice, usted perderá mi aprecio, ¡y olvídese de que me ha conocido! (*Pausa.*)

VILANA.—Aunque yo quisiera, Pura, reparar el daño hecho á ese amigo de su infancia que usted tanto aprecia, yo lo no podría. Por usted, sólo por usted estoy dispuesto á todo; pero ahora nadie apadrinará en un duelo á Blasco... Blasco tendrá que esperar á que se resuelva su asunto en Buenos Aires. Entonces, si el asunto se resuelve en su favor, seré yo el primero, ¡se lo juro! en darle una reparación ó satisfacción, como usted me lo pide...

PURA.—Como su honor se lo manda.

VILANA.—Usted y mi honor, Pura, son los dos sentimientos más íntimos de mi alma: tal vez por eso los confundo... (*Una pausa.*) (*Emocionado.*) De todos modos, yo sé, yo estoy seguro que alguna vez usted me hará justicia y aprobará mi conducta. Un cariño como el mío, Pura, debe triunfar tarde ó temprano. Es él la voz de la naturaleza y de la vida. (*Viene Zulema por el foro, cantando á media voz.*)

ZULEMA, (*entrando, á Pura*).—Acabaste tu tarea? (*Pura sigue sirviendo el té.*)

PURA.—Estoy en eso.

ZULEMA (*á Vilana*).—¿Cómo no ha ido usted también á ver el automóvil de Perucho? Vaya usted, que bien vale la pena de verse.

VILANA.—Voy. Estaba acompañando á Pura. La deio con usted; quedará así mejor acompañada. (*Sale por el foro.*)

ESCENA X.

ZULEMA, PURA Y DESPUÉS MIS DOLLY

ZULEMA.—Mis felicitaciones, Pura. *Le roi est mort, vive le roi!*

PURA.—No te comprendo.

ZULEMA.—Perdida ya toda esperanza de casarte con Blasco, alientas á Vilana.

PURA (*con voz apagada*).—Tú sabes que nada tengo con Vilana, y que nada tuve con Mario.

ZULEMA.—Es cierto. Con Vilana nada tienes todavía. En cuanto á Mario...te lo arrebató Silvia y te resignaste. A mí que soy tu amiga no me lo negarás.

PURA.—¿Cómo no comprendes la insensatez de lo que dices, Zulema? ¿Piensas que yo hubiera podido desear el

novio de mi prima. de mi hermana? Y si hubiera sido así, ¿no ves que la ruptura de Mario y Silvia, antes que extinguir esas esperanzas mías que tú dices, las haría renacer, más fuertes que nunca?

ZULEMA.—Te calumnias. No me parece que te falte amor propio hasta el punto de que aceptes las sobras que te arroje tu prima, tu hermana...

PURA (*irónica*).—¿Acaso no las aceptarías tú?

ZULEMA (*continuando*) —...Y no creo que te falte tampoco tu dignidad de mujer, para que busques un hombre acusado de...

PURA (*ofendida*).—¡Basta, Zulema!... Como decías, somos amigas y nos conocemos bien. Hablas de despecho.

ZULEMA (*riéndose ruidosamente*).— ¿También tú creerás, como él, que la compasión que le tuve... es deseo de llevar su honroso nombre?

PURA.—¡Ah! ¡El lo creyó y te lo dijo!... Ahora me explico tu rencor... (*Con tristeza*). Eres muy mala, Zulema. Desde chiquita fuiste mala. ¿Te acuerdas que, en cuanto me veías una muñeca bonita, me la pedías prestada para rompérmela por gusto? Así has querido proceder ahora con mis amigos.

ZULEMA (*con amable sonrisa*).—Y tú eres muy tonta, Pura. Siempre fuíste tonta. Desde que me prestabas tus muñecas para que las rompiera, hasta que te dejaste quitar por Silvia ese ingenuo de Blasco, tu pasión secreta...

PURA.—¡Zulema! Te olvidas de ti misma.

ZULEMA.— ...Pero ha de volver á ti ese hijo pródigo. Prefirió á Silvia, porque ella era más rica que tú. Rechazado hoy por Silvia, por toda niña que se aprecia, volverá á tí, pues debe saber que algo heredaste de tus padres. Y si tú lo rechazas también... entonces, no hallando otro árbol en que ahorcarse, acaso se contentará conmigo, aunque yo nada tenga. ¡Bonita ocasión me daría para ponerlo en su lugar si se atreviera!

PURA.—Crees que sólo el interés...

ZULEMA.—Creo lo que veo. Veo que cada niña rica, como Silvia y tú, bonita ó fea, cuenta cuantos festejantes quiera. Y veo desdeñadas á las niñas pobres, por bonitas que sean... (*Riendo.*) Debo, pues, suponer que la riqueza atrae los novios...

PURA.—No todos los hombres necesitan la fortuna de su mujer. Por lo menos reconocerás que hay hombres ricos.

ZULEMA.—Los ricos buscan á las ricas, así como también las ricas buscan á los ricos, más que por interés, por

desconfianza. Su casamiento es generalmente la unión de dos desconfianzas. Ellas y ellos quieren ser queridos por sí mismos, lo que presumen de quienes no precisan de su dinero. Sólo á una romántica como tú ó á una inocente como Silvia puede ocurrírseles aceptar como amor la ambición de cualquier aventurero... ¡Las compadezco! (*Mientras hablaba Zulema, miss Dolly entra por la segunda puerta de la izquierda.*)

MISS DOLLY (*á Pura*).—La señora de Blasco ha mandado preguntar por doña Laura.

PURA.—¡La señora de Blasco! ¡la madre de Mario!

MISS DOLLY.—Yo contesté que volvería más tarde.

ZULEMA (*irónicamente á Pura*).—¿Quieres que te traiga un frasco de sales, si tanto te impresiona la llegada de tu futura suegra? (*Entran por el foro doña Laura, Silvia, Téllez, Ferrando y Vilana.*)

ESCENA XI

DICHOS, DOÑA LAURA, SILVIA, FERRANDO, TÉLLEZ, VILANA Y DESPUÉS DIEGO

DOÑA LAURA.—Hermosísimo, el automóvil.

MISS DOLLY, (*a doña Laura*).—La señora de Blasco ha preguntado por usted.

DOÑA LAURA.—¿Cuándo?

MISS DOLLY.—Hace un momento.

DOÑA LAURA.—Está bien, miss Dolly. (*Pausa breve.*) Puede usted salir. Le dejamos libre su tarde. (*Miss Dolly se encamina al foro. Entra Diego.*)

DIEGO (*á miss Dolly, saliéndole al paso*).—Y se va usted así no más, sin echarme ni una mirada... Cuando vea mi cadáver á sus pies, usted se arrepentirá, ingrata! (*Miss Dolly sale por el foro.*)

ZULEMA.—¿Qué esperamos? Podemos salir ya en el automóvil, sin perder más tiempo.

SILVIA.—Tomaremos primero el té.

PURA (*ante la mesita del té.*)—Ya está servido.

DIEGO (*bajo á doña Laura*).—Mamá, sabrás que ha llegado la madre de Mario, y que te busca.

FERRANDO (*haciendo grupo aparte con doña Laura y Diego*). —¿No se lo dije?

DIEGO.—De un momento á otro vendrá á buscarte hasta aquí...

DOÑA LAURA (*alarmada*).—Pues yo no quiero tener con ella ninguna entrevista desagradable. ¡Nada sé ni me importa de su hijo!

FERRANDO.—Hay que huirles, entonces. Ahí afuera tiene usted á su disposición un automóvil de 70 caballos y 150 kilómetros de velocidad por hora.

DOÑA LAURA.—No me queda otro remedio. *(En voz alta.)* ¡Silvia!... ¡Pura!... Acabamos de resolver con el doctor Ferrando irnos en el automóvil á tomar el té al faro ó al *golf.*

PURA *(presentándole una taza de té).*—Si ya está servido, tía Laura!...

DOÑA LAURA *(rehusando la taza).*—No importa. Aquí hace demasiado calor... y el té del hotel es tan malo...

TÉLLEZ.—De modo que me desairan ustedes...

DOÑA LAURA.—Perdone, usted Téllez. No le desairamos... Al contrario, espero que nos acompañe en nuestro paseo.

FERRANDO.—Vaya usted, Téllez.

TÉLLEZ.—No puedo ir ahora... Las veré más tarde en la rambla.

ZULEMA.—Yo no veo por qué este apuro, de repente... *(Bajo á Vilana.)* Aquí hay gato encerrado... ¡Se huye, su huye á un enemigo invisible!

VILANA *(bajo á Zulema).*—A un enemigo en camino...

ZULEMA.—¿Usted cree?... ¿A Mario?... Yo pensaba que el vencedor nunca huia del vencido.

VILANA.—Se huye, más que del vencido, del desesperado...

DOÑA LAURA *(encaminándose hacia el foro, con Silvia).*—Vamos, pues.

ZULEMA.—Pero no sin Perucho. Antes lo iremos á buscar todos, para que no se excuse. *(Señalando la primera puerta de la izquierda).* Por allá.

DOÑA LAURA.—Tardaríamos demasiado...

ZULEMA *(tomando del brazo á doña Laura).*—No, señora. Apenas si perderemos cinco minutos. *(Zulema y doña Laura se encaminan á la primera puerta de la izquierda).*

FERRANDO *(á Vilana, después de haber oído algo que le dijera Téllez.*—Usted las acompaña, Vilana... Téllez y yo nos quedamos.

ZULEMA *(desde la puerta).*—De ningún modo. Ferrando y Téllez vendrán también con nosotros. *(A Ferrando y Téllez, amenaznádoles con el dedo.)* No les admitiremos disculpa.

PURA *(bajo á Vilana).*—No se olvide de mi pedido... Salve usted caballerescamente la situación de Mario... ¡Yo se lo agradeceré toda la vida!

VILANA *(en voz alta).*—Doctor Ferrando, ya sabe usted que no deseo ningún mal á Blasco... Usted que lo

aprecia, trate de salvar su decoro... Le doy amplios poderes para que proponga en mi nombre la mejor solución. (*Bajo á Pura*). Me obliga usted á un sacrificio de mi amor propio que ningún otro poder humano me hubiera impuesto. ¿Está usted contenta de mí?

PURA (*bajo á Vilana.*)—Sí... y no... No sé qué pensar... Dudo de la sinceridad de Ferrando... Temo que usted prometa y él no cumpla... ¡Temo que usted se burle de mí!

VILANA.—Burlarme de usted... sería burlarme de mí mismo. (*Mientras Vilana y Pura cambian estas frases, Zulema, dona Laura y Silvia salen en grupo por la puerta del primer término de la izquierda. Silvia, en la prisa de salir, ha olvidado su sombrilla junto á un mueble.*)

DIEGO (*desde la puerta á Pura y Vilana*).—¿Se quedan ustedes?

VILANA (*saliendo con Pura por el foro*).—Ya vamos. Les esperaremos afuera.

DIEGO (*dejándoles pasar y riéndose*).—Siempre los enamorados se retrasan y apartan... Debe ser por modestia, para no dar envidia á los demás con el espectáculo de su felicidad. (*Sale por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII

FERRANDO, TÉLLEZ Y DESPUÉS MARIO

TÉLLEZ.—¿De qué peligro huyen?

FERRANDO.—De la madre de Blasco... y acaso tambien de su cachorro.

TÉLLEZ.—¡Pobre señora!

FERRANDO.—Veo que su asunto con Silvia marcha á toda vela. Me alegro. Soy el padrino de ese noviazgo á hacerse. (*Pausa breve.*) ¿Por qué no ha acompañado usted á su festejada?

TÉLLEZ.—No puedo retardar más tiempo mi contestación á Mario. ¿Oyó usted lo que le recomendó Vilana al despedirse?

FERRANDO.—Sí; que arreglara la cuestión en forma decorosa...

TÉLLEZ.—Para Blasco.

FERRANDO.—Verdad. Así dijo... ¿Sabe usted por qué?

TÉLLEZ.—No.

FERRANDO.—Es usted poco malicioso. Porque Pura, informada por algún indiscreto, se lo pediría. El ha querido contentarla con vagas promesas... Pero estas pro-

mesas no destruyen lo que tan terminantemente nos dijese antes: que no admite un lance de honor, sino con un hombre de honor.

MARIO (*entrando por la primera puerta de la derecha.*)—Esperaba á ustedes... Y como ustedes no venían, iba á buscarlos. Si la montaña no va hacia Mahoma... (*Mirando con extrañeza las muchas tazas de té servidas é intactas.*) Pero veo que ustedes esperan mucha gente...

TÉLLEZ.—Ya se han ido...

MARIO.—Se han ido de pronto, dejando sus provisiones, sus armas, sus bagajes, como ejército sorprendido y en forzosa retirada... (*Amargamente.*) ¿Será todo por mí? Pena inútil. No iba yo á atacarlas. Que descansen tranquilas. (*Tomando la sombrilla que dejara olvidada Silvia.*) Y yo reconozco este pertrecho de guerra. Yo mismo regalé á Silvia Arval esta arma de guerra. Ella me la ganó por apuesta en unas carreras. ¡Felices tiempos aquellos! (*Deja la sombrilla junto a un mueble.*) (*Cambiando de tono.*) Ya se imaginarán ustedes para qué los buscaba...

TÉLLEZ (*haciendo un aparte con Mario*).—Si, lo supongo... Usted ha tenido un incidente con Vilana y nos busca para mandarnos de padrinos... (*Mientras hablan Téllez y Mario, Ferrando se aparta, bosteza, enciende un cigarrillo, toma una revista y la mira...*)

MARIO.—¿Quién se lo dijo?

TÉLLEZ.—Todo el mundo. El hotel está hecho un semillero de suposiciones y de historias .. Sobre eso deseo hablar francamente con usted... Yo le aprecio; tengo la más alta opinión de su inteligencia y de su carácter; estoy dispuesto á servírlo en lo que usted quiera...

MARIO.—Gracias.

TELLEZ.—Pero creo que usted, por ahora, no debe mandarle los padrinos á Vilana. Él se negará á un duelo y todos están contra usted... Esto es lo que desgraciadamente he podido comprobar en la opinión general.

MARIO.—¡Cómo!...

TÉLLEZ.—Yo no debo engañarlo á usted y ponerlo en una falsa posición. Mi consejo, mi leal consejo de amigo, si usted me permite dárselo, es que se vuelva usted esta misma noche á Buenos Aires y allí arregle la cuestión pendiente sobre el robo del hospital. (*Una pausa.*)

MARIO (*demudado*).—¿Se niega usted entonces á servirme de padrino?

TÉLLEZ.—Yo no me niego. Pero me temo que Vilana

se rehuse á batirse con usted... Me temo que ese duelo sea imposible de verificarse ahora, en este ambiente... *(Pausa.)*

MARIO *(á Ferrando).*—¿Y usted que opina doctor?

FERRANDO.—¿Yo?... *(Un silencio.)* Que á usted le convendría, Blasco, postergar la solución de la cuestión de honor hasta que se resuelva en Buenos Aires la cuestión judicial. Por mi parte, no deseo más que servirlo... Dudo que lo consiga, porque Vilana... *(Pausa.)*

MARIO *(muy irritado, premiosamente).*—¿Ha hablado usted con Vilana? ¿Le ha aconsejado usted que me descalifique?

FERRANDO.—Vilana no escucharía mis consejos...

MARIO.—No es eso lo que le pregunto. Le pregunto si ha hablado usted con Vilana, ¿sí ó no?...

FERRANDO.—Dos palabras, de paso...

MARIO.—¿Le ha propuesto usted que no aceptase el lance?

FERRANDO.—Yo no podía proponerle nada...

MARIO.—¿Lo ha propuesto usted... ¿si ó no? *(Pausa.)* *(A Téllez)*, Téllez, usted que es un verdadero hombre de honor y un verdadero amigo, dígame, ¿ha estado Vilana aquí con ustedes?

TÉLLEZ.—Estuvo hace un momento...

MARIO.—¿Hablaron ustedes del asunto?

TÉLLEZ.—Algo...

MARIO *(indicando á Ferrando).*—¿Y este señor ha aconsejado á Vilana que no acepte un duelo conmigo por tener el derecho de no creerme un caballero? *(Téllez guarda silencio, conmovido por la violencia del gesto y del tono de Mario.)*

FERRANDO.—Perdone usted, doctor; pero...

MARIO, *(trémulo de ira).*—No tengo ningún «pero» que escucharle á usted. Inútil es que trate usted de engañarme. Veo claramente su perfidia...

FERRANDO.—¡Doctor Blasco! *(Por la primera puerta de la izquierda entran conversando en un grupo Zulema, Silvia. Diego y doña Laura. Todos se encaminan hacia la puerta del foro),*

ESCENA XIII

DICHOS, DOÑA LAURA, ZULEMA, SILVIA Y DIEGO

MARIO *(á Ferrando amenazadoramente).* — ¡También entre nosotros quedan cuentas pendientes! *(Ferrando se alza de hombros).*

ZULEMA *(á Ferrando y Téllez).*—¿Están ustedes confe-

renciando sobre la separación de la Iglesia y del Estado?... Sean ustedes galantes y acompáñennos.

FERRANDO.—Con el mayor gusto. ¿Y Perucho?

ZULEMA.—No le hemos encontrado. Se ha perdido. Iremos sin él. (*A Téllez*). Silvia le invita especialmente á usted Téllez. Vamos. Pura y Vilana están ya en el automóvil esperándonos.

FERRANDO, (*á Téllez*).—¿Cómo resistirnos á tanta invitación?...

TÉLLEZ (*alcanzando á Silvia su sombrilla*). —Su sombrilla, Silvia.

SILVIA (*muy turbada*). — Gracias. (*Salen por el foro Silvia, Ferrando y Téllez. Zulema y Diego siguen junto á doña Laura, y se detienen acompañandola cuando la habla Mario.*)

MARIO (*dirigiéndose á doña Laura con voz trémula*).—¡Señora!... Ruégole que me escuche una palabra...

DOÑA LAURA (*turbada y como si recién se apercibiera de Mario.*)—¡Ah! ¿Es usted, Blasco?... (*Muy fraímente.*) En este momento no puedo atenderlo... (*Haciendo ademán de irse.*) Será cuando vuelva. Ahora me esperan...

MARIO.—Perdone usted, señora. Sólo pienso hacerle una simple pregunta... y ahora mismo, pues no sé si será posible más tarde.

DOÑA LAURA (*á Zulema y Diego, un poco intimidada por la firmeza Mario y temiendo provocar una escena violenta si se rehusa*). — Sigan ustedes. Yo iré muy pronto...

DIEGO (*á doña Laura, saliendo con Zulema*).—La esperamos, mamá.

ZULEMA (*á doña Laura*).—No se demore Laura. (*Salen por el foro*).

ESCENA XIV

DOÑA LAURA Y MARIO

DOÑA LAURA (*con insultante frialdad*).— Ya lo escucho. Puede usted hablar.

MARIO (*hablando con lentitud y á media voz*). —¿No quiere usted sentarse, señora, para que conversemos con más comodidad.

DOÑA LAURA.—Usted se servirá disculparme... Llevo demasiada prisa para tomar asiento. Le ruego, pues, que tenga la bondad de decirme pronto en qué puedo servirlo...

MARIO.—Yo desearía saber, señora, qué razones ha tenido usted para ordenar á su hija Silvia que rompa su compromiso conmigo...

DOÑA LAURA (*como extrañada*).—¡Ordenar yo á mi hija Silvia que rompa su compromiso con usted!

MARIO.—Sí, señora; deseo saber sus motivos... Y me permito interrogarla, porque la cuestión afecta mi honor. (*Un silencio.*)

DOÑA LAURA (*recapacitando*).—Es que yo ignoraba por completo que mi hija Silvia se hubiera comprometido con nadie. Y aún debo decirle que usted se equivoca, pues si se comprometiera, ella me avisaría... Mal puedo yo haberme opuesto, entonces, á un casamiento que no ha existido más que en su imaginación.—Es esto cuanto puedo contestarle. (*Hace ademán de salir.*)

MARIO (*cerrándole el paso.*)—¡Señora!... ¿A qué viene esta comedia?... ¡Yo tengo derecho, por mi nombre, de exigir una contestación franca y categórica!

DOÑA LAURA.—¿Olvida usted que está hablando con una señora?... Recuerde que entre los dos hay una gran distancia, que usted no va á salvar faltándome el respeto. (*Pausa*).

MARIO.—No ha sido esa mi intención, y le pido me disculpe. Me siento tan profundamente herido que no me hallo en estado de medir mis palabras. Retiro las que pueden ofenderla....

DOÑA LAURA (*con reticencia*).—Comprendo...y lo disculpo.

MARIO.—Silvia se compromete un día conmigo... Al día siguiente me dice que usted se opone á nuestro casamiento, y rompe su compromiso, sin darme más explicaciones... Tampoco yo puedo insistir en pedírselas á una niña que obra bajo la autoridad de su madre. Por eso me dirijo á usted, señora... (*Pausa.*) Creo que nada se me puede enrostrar. No acierto, pues, á comprender la causa de su negativa...

DOÑA LAURA.—Le he dicho que no hay tal negativa.

MARIO (*sin escucharla*). —He oido decir que mi padre tuvo un pleito contra su marido de usted...

DOÑA LAURA.—Han pasado muchos años de ese desgraciado pleito. Mi marido mismo lo habría olvidado si viviera... Por eso yo no me he negado á tratar á usted como á los demás compañeros de baile de mi hija.

MARIO (*sordamente*). —Entonces, la causa puede ser otra... Ha llegado hasta usted la noticia de la defraudación en el hospital que dirijo, ¡y usted la ha creido!

DOÑA LAURA—No conozco tal noticia.

MARIO.—Debe usted conocerla como presidenta de la Sociedad de San Vicente.

DOÑA LAURA.—Pues no la conozco. Y aunque la conociera, le repito que nada he hablado con Silvia... En cuanto á lo que usted afirma sobre su compromiso, se me ocurre que usted ha tomado en serio alguna broma de mi hija, y ella, no atreviéndose á confesar su broma, le dijo á usted que soy yo quien deshace el noviazgo...

MARIO, (*exaltándose por grados*). —¡Usted sabe que es falso lo que dice!

DOÑA LAURA.—¿Me dice usted que miento?

MARIO.—¡Le digo que falta á la verdad! (*Entra Silvia por la segunda puerta de la izquierda, y se encamina hacia su madre.*)

ESCENA XV

DICHOS Y SILVIA

SILVIA (*a doña Laura.*)—¡Mamá!... ¡Ven!... Todos te llaman para partir...

MARIO.—¡Silvia!... Dígame, ¿no me ha dado usted palabra de casamiento?... (*Pausa breve.*) ¿No me ha dicho usted que su mamá le ordenaba faltar á su palabra?... (*Pausa breve.*) ¡Conteste usted, Silvia, que se trata de saber quien miente aquí... si la señora ó yo!

SILVIA (*llorosa.*)—Vamos, mamá... (*Un silencio.*)

MARIO.—Su silencio, Silvia, dice bien claro que no soy yo quien miente. Pero antes de irse debe usted decirme algo más... Sea usted leal alguna vez conmigo, se lo ruego, y dígame si usted ha creído lo que se me imputa... (*Pausa.*) (*Con ira creciente.*) ¡Conteste usted, Silvia! ¿Ha podido usted sospechar, sólo sospechar, que yo haya robado á las mujeres, á los enfermos, á los pobres? ¡Conteste usted! (*Silvia queda como clavada en su sitio. Doña Laura la toma de un brazo para llevarsela.* (*A doña Laura.*) ¡Puede usted llevarse á su hija, señora, una hija bien digna de usted!... ¡Pensar que ella pudiera haber sido mi mujer, la compañera y colaboradora de mi vida! ¡Pensar que yo hubiera podido dar á usted el nombre de madre!... (*Ríe amargamente.*) Tiene usted razón, señora, entre ustedes y yo hay un abismo, ¡y no seré yo quien trate de franquearlo! (*Aparece Zulema en la puerta del foro. Aunque ha oído las últimas palabras, se adelanta sonriente hasta la mitad de la escena, afectando no percatarse de nada. Al verla, doña Laura y Silvia cambian de actitud, en una brusca transición, como si hubieran estado conversando tranquilamente con Mario. El mismo Mario se repone y disimula su excitación.*)

ESCENA XVI

MARIO, DOÑA LAURA, SILVIA Y ZULEMA

ZULEMA.—¿Estaban ustedes discutiendo?

DOÑA LAURA (*vacilante*).—Si... á propósito de los baños de mar...

ZULEMA (*siempre sonriendo*).—Blasco se los recomendaría á ustedes como médico... Ustedes habrán contestado que á las personas nerviosas no les sientan... ¡Y yo les doy la razón! (*A Mario con burla.*) A propósito de baños, debo advertirle á usted, por si no se ha apercibido, que estas playas son siempre peligrosas. La corriente es muy fuerte. No debe usted aventurarse nadando, como lo hace siempre, tan lejos de la orilla. Uno de estos días se puede usted llevar un susto y tendrá que tragar mucha agua... ¡Hasta se puede ahogar en ese caliz de amargura! (*Sería á doña Laura y Silvia*). Ya todos están en el automóvil esperándolas á ustedes... mientras ustedes hablaban aquí tranquilamente de baños de mar.

DOÑA LAURA (*saludando ligeramente con la cabeza á Mario*). —Vamos. (*Doña Laura, Silvia y Zulema se encaminan á la puerta del foro*).

ZULEMA (*á Mario desde la puerta*).—Le dejamos á usted para que medite sobre mi consejo Nos tiene usted inquietas. ¡Aléjese del peligro! (*Salen doña Laura, Silvia y Zulema. Mientras hablaba Zulema, ha entrado doña Emilia por la primera puerta de la derecha. Da una ojeada á la escena; con su ojo de madre comprende la situación de su hijo, y adelanta hacia él tendiéndole los brazos, como para protejerle ó bendecirle. Al verla, Mario, embargado todavía por la emoción, queda perplejo, como si no la reconociera. Por la segunda puerta de la derecha ha entrado también Antúñez, quien se dirige á Mario con un pliego en la mano*).

ESCENA XVII

MARIO, DOÑA EMILIA Y ANTÚÑEZ

ANTÚÑEZ.—Ha llegado una citación para usted, doctor Blasco. Creo que es del juzgado de Buenos Aires... (*Como Mario no toma el telegrama ni contesta, Antúñez se queda esperando á respetuosa distancia.*)

MARIO.—¡Tú, mamá!...

DOÑA EMILIA.—Sí, Mario... Ven á preparar tu equipaje y volvámonos.

MARIO.—¡Pero tú lo sabes!... ¿Quién te lo dijo?...¿A quién se lo preguntaste?

DOÑA EMILIA.—Una madre no necesita preguntar para saber. (*Pausa. Mario abraza á su madre. Telón.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

CLARO DE LUNA

Viajera desconocida
que en el lago de cristal
bajo la luna dormida
iluminaste mi vida
con un recuerdo inmortal,
si refrenando mi ardor
tan solo te dí una flor
como prueba de ternura,
fué porque quise hacer pura
nuestra novela de amor.

De aquel sueño juvenil
que una noche fué esbozado
á los dos nos ha quedado
como una pena sutil.
Pero la luna de Abril
que nos invita á llorar,
también nos hace escuchar
los acentos de un laúd
que tendrá la juventud
de las estrellas y el mar.

MANUEL UGARTE.

Zurich.

LA HOJA DE PARRA

Á PROPÓSITO DEL DESNUDO EN EL ARTE

Hace dos meses, en París, y en vísperas de este viaje por Italia, un artista argentino me avisó de las vehementes censuras promovidas en Buenos Aires contra la Municipalidad, por haber decorado sus paseos con mármoles desnudos y alegorías que una pudibundez aldeana consideraba licenciosos. Hízome saber, además, que tales protestas habían sido inspiradas por el clero, y que sacerdotes á quienes se considera como directores intelectuales de aquella cristiandad, habían osado subir á la tribuna eclesiástica para aconsejar la demolición de esos monumentos. Confieso que al oirle, semejante noticia me llenó de profunda congoja, pues no podría haberse imaginado argumento mejor para demostrar hasta qué punto es externa nuestra civilización, y para hacer comprender á los rehacios del industrialismo hasta qué extremo puede ser funesta esa moral que desarrolla el progreso sin desenvolver la cultura. Pues hubiera sido un espectáculo singular en la historia del mundo, ver en aquella América novísima, tan llena de ímpetus generosos, caer en el parque público los mármoles alzados por el noble designio de una comuna burguesa—los mármoles desnudos que remedaban en su línea esbelta la gloria de los mármoles antiguos—y caer por la instigación irresponsable de un clero estulto, ignorante de las tradiciones estéticas de la Iglesia Católica, que en el siglo XVIII aún nos daba con Pío VI el más ilustre restaurador de las formas paganas, como había dado con Julio II y con León X los munificos protectores del Renacimiento, sin que ninguna preocupación mezquina embarazara ante sus ojos las actitudes libres de la Belleza.

Yo habitaba, á la sazón de esas noticias, frente al Jardín de las Tullerías, que me ofrecía á diario, desde el Arco del Carrusel hasta la puerta de la Concordia, el espectáculo de los mármoles y bronces, triunfando sobre pedestales pequeños y elegantes como las aras romanas, viviendo asi su pacifica familiaridad con el pueblo feliz que los admiraba, sin que ningún pensar maligno turbase la serena contemplación de Fauno velludo, de Flora voluptuosa, de Céfiro ligero, y de Orithya, Cibeles ó Deyanira contor-

---

Este artículo, fechado en Enero, se publica con retraso á causa de haber quedado detenido varios meses en el Correo. La índole del tema que trata, siempre en el tapete, no le hace perder, empero, nada de su interés, á pesar del mencionado retardo en su publicación.

N. DE LA D.

sionando el busto núbil en los brazos viriles de sus raptores. Antes de haber visitado los templos, los museos y los parques de Europa, ya mis opiniones eran en absoluto favorables á la idea del desnudo en el arte, de suerte que al visitarlos, sólo he encontrado en ellos el documento plástico que ratificaba una convicción anterior.

Y si en virtud de un credo estético muy sólido, debía producirme gran inquietud la noticia de esas protestas bonaerenses que hacían peligrar un loable pensamiento de cultura, no lo fué menos por la influencia educadora del Jardin vecino, en el cual se ve realizada la idea de convertir los parques públicos en museos abiertos donde la obra escultórica triunfe en la luz espontánea del espacio, y donde al par que decore la tersa linfa de las fuentes ó la discreta umbría de las frondas, restaure ante nuestros ojos, en la figura dramática de los Sátiros y las Dianas el gesto de los instintos generadores, ó glorifique nuevamente, en la línea tranquila de los Apolos y las Venus, esas formas excelsas de la naturaleza cuyo culto unifica en un solo amor el destino del arte y de la vida.

Han procedido bien los más prestigiosos órganos de nuestra prensa al condenar esa propaganda bárbara y regresiva; pero yo creo que si ahora la han dominado, su victoria es solo una tregua. Tales protestas renacerán apenas otra ocasión análoga vuelva á irritar esos pudores de dueñas, y esos instintos de vándalos. Por eso yo atribuyo una constante oportunidad al tema de esta carta, en la cual desearía dar á mis lectores el concepto europeo sobre el desnudo en el arte, proclamar su absoluta moralidad, y decir la completa injusticia de esas alharacas hostiles, que solo pueden hallar guarida en corazones fanáticos ó en mentes horras de toda cultura estética y humanista. Y si en virtud de razonamientos teóricos tales eran mis convicciones, ellas se han fortalecido con arraigo más hondo en mi viaje á través de los templos y los museos de Italia, pues nada como un viaje por este país que ha sido el centro del catolicismo para familiarizarnos con esos cuerpos desnudos, y convencernos de que en sus grandes siglos la iglesia no rechazó la desnudez de la figura humana. Las esporádicas protestas que á veces surgieron, no prosperaban en la voluntad de quienes tenían en sus manos el gobierno eclesiástico. Refiere Giorgio Vasari que cuando en el muro de la Capilla Sixtina, Miguel Angel pintaba su «Juicio final»—donde no os impresiona la composición sin armonías, sino el relieve escultórico de tantos hombres y mujeres desnudos,—Biagio da Cesena, maestro de ceremonias de Paolo III, criticó la concepción demasiado pagana y las figuras que se le antojaban licenciosas; pero el artista aún tuvo tiempo y libertad para castigar su estulticia, retratándole en la persona del Minos que va por la ribera del Infierno. Y se dice que cuando Biagio se quejaba ante el Papa de este castigo, Paolo III, sonriendo, solía contestarle:—Si el pintor te hubiese colocado en el Purgatorio yo hubiera podido salvarte; pero habiéndote confinado en el Infierno, no está en mi potestad el levantarte la pena, porque allí *nulla est redemptio*...

Así comprendían el arte aquellos grandes papas del Renaci-

miento; y fué menester que viniesen tiempos de decadencia artística y de decadencia religiosa, ó pontífices insensibles á la belleza, para que se sintiera la necesidad de vestir aquellos sexos inocentes y para que se atrevieran á vestirlos pseudoartistas — que han pasado con el mote de *camiseros* al otro terrible infierno de la Historia. Sería de ver á esos moralistas de Buenos Aires en aquella capilla donde el Papa dice su misa, para oír como concilian sus escrúpulos con esas caderas redondas y esos vientres sensuales de las figuras miguelangelescas, donde á veces cuerpos desnudos se entrelazan en cópulas ambiguas. Seguramente responderían que tales son los restos, conservados por respeto á la tradición, de una época en la cual el paganismo renaciente en el arte había invadido los dominios del culto. Sí: aquella es la época en que la madre de Pietro Aretino, que había sido una linda cortesana de Arezzo, sirvió de modelo para la Virgen que colocaron en el templo de su ciudad, y que el hijo, expósito y libertino, muchos años más tarde, en sus días de gloria, encargaba copiar sin duda para conservarla con orgullo en su palacio de Venecia. Sí: aquella es la época en que Nanni Grosso, agonizante en un hospital, según la anécdota que Taine nos refiere, rechazaba el crucifijo vulgar que se le ofrecía y pedía que le trajesen en cambio uno tallado por la mano de Donatello. Pero yo creo que esa confusión de lo religioso y lo profano, de lo místico y lo sensual, no fué en manera alguna un renacimiento del paganismo, sino un simple y vigoroso florecimiento del arte, que no es pagano ni cristiano, pues su obra no reconoce otro ideal que la perfección de las formas ni otra religión que el amor á la naturaleza.

He ahí por qué cuando el catolicismo necesitó decorar sus capillas ó eregir sus divinidades ante los ojos del pueblo, los artistas prefirieron para sus creaciones aquellos episodios de los libros santos que les permitían pintar la carne humana en su magnífica desnudez. Así se explica esa profusión incontable de Susanas perseguidas, de Sebastianes asaetados, de Magdalenas penitentes, de Cristos depuestos, de Juanes adolescentes, de Adanes seducidos y de Evas pecadoras,—temas que sin cesar se repiten en la imaginería religiosa de Italia. Y qué decir de las figuras simplemente decorativas con que los pintores gustaban exornar los lugares sagrados, tales por ejemplo aquellos frescos realistas del Tintoreto en la Escuela San Roque de Venecia ó en la Sala Constantina del Vaticano, aquella que pintó Francisco Penni junto al retrato de San León: una mujer desnuda que simbeliza la Verdad... Las citas podrían multiplicarse hasta lo infinito, y no sólo dentro de ese idealismo que reproduce la figura humana en su pristina y pura desnudez, sino de ese otro más audaz que complicó el desnudo con fábulas dramáticas, henchidas de sensualidad ó de lujuria; y no dejaré de mencionar que el gótico de las basílicas, siempre en rebusca de nuevas magnificencias decorativas, llegó á florecer en alegorías monstruosas; que en el Castillo de Sant'Angelo, antigua residencia de los Papas, aún puede verse obscenos episodios de sátiros abrazados á sus ninfas; y que una serie de medallones bizantinos en el vestíbulo de San Marco de

Venecia, ilustra la historia del génesis y los amores edénicos, con tal profusión de detalles que raya en las escabrosidades de la ginecología... Oh, nó! La Iglesa y la moral religiosa, para protestar del desnudo en el arte, necesitaría quemar primero sus frescos más admirados y sus basílicas más gloriosas.

Cabe, sin embargo, establer una diferencia importante entre la pintura y la escultura, respecto á esta cuestión, y es que la primera puede crear una composición admirable con figuras vestidas, mientras que á la segunda le es casi indispensable la desnudez. Esto se debe á que la escultura está limitada á la forma y al individuo, de tal modo que el color es producido en ella por una ilusión de la sombra, y que si puede agrupar varias figuras, lo hace, ó adhiriéndolas á un plano como en los sarcófagos y los vasos antiguos, ó uniéndolas por un vínculo tan débil que cada una de ellas conserve su individualidad, como ocurre con el Laocoonte, si he de ejemplificar mi teoría con una obra clásica. En cambio la pintura puede reproducir todo lo que reflejan nuestras miradas, y disponiendo de la perspectiva y el calor, su campo de composición es más extenso.

Ella puede copiar rincones de la tierra, así el paisaje y la marina, donde la figura del hombre no es indispensable. Ella puede manejar muchedumbres, así en los cuadros de cortejos y de batallas. Y como el placer pictórico es muchas veces producido por el contraste ó la gradación de los colores, las vestiduras tienen para ella una importancia esencial. Tal se ve, sobre todo, en las obras magníficas del Tiziano, bien los retratos, como esa Catalina Cornaro, suntuosa en sus sedas y sus joyas; bien la *Asunta* famosa, donde el contraste de los vestidos sobre el fondo rojizo que entona el cuadro, dominan tanto como la serenidad ya divina de la Madona y el asombro todavía humano de los Apóstoles. Pero nada de esto acontece con la escultura, arte de tres dimensiones que al completarse aislan en el espacio la obra realizada, y que necesita, por la misma simplicidad de sus recursos, buscar sus modelos entre aquelas figuras de la naturaleza que son capaces, por sí mismas, de sugerir profundas emociones

Entre aquellas figuras, ninguna como el cuerpo sagrado del Hombre. Cualquiera de mis lectores puede hacer la experiencia de que los animales, ó las formas inanimadas del Universo, tales como los árboles y las rocas, no tienen interés escultórico sinó en relación con la figura humana. La sala de los Animales, en el museo de antiguos del Vaticano, tiene un gran interés pintoresco, pero la perfección banal de aquellos perros cinegéticos y de aquellas vacas eglógicas, no os dá una sola emoción comparable á la que proporciona cualquiera de los dioses en las salas vecinas. Entre los propios animales, el león, por ejemplo, tiene su sitio como apéndice decorativo de la arquitectura en el umbral de los pórticos, ó como temible centinela de las columnas heróicas, pero nunca es de por sí, á pesar de su efectiva grandeza, un objeto exclusivo del arte. El caballo es el que más nos interesa, pero es porque su figura se asocia á los grandes momentos de la historia del hombre. Cuando lo hallamos solo como en el bronce

arcáico del Museo de Nápoles, nos despierta una simple curiosidad arqueológica, y no consigue conmovernos sino cuando imaginamos que aquel corcel perteneció á una cuadriga, y que atados al carro condujeron al soldado vencedor en la guerra ó al auriga vencedor en el circo. Los caballos que en la escultura han perdurado son los de la estatuaria, los caballos de los monumentos ecuestres, los caballos cuyos ijares sangraron al golpe de las espuelas del guerrero, los caballos que atropellaron con los ginetes de la patria contra los enemigos de la patria, los caballos que cuando muere Patroclo saben verter las lágrimas con que los hombres lloran á los héroes. Mas en todo eso, como veis, la figura central é inspiradora de la obra escultórica es siempre el Hombre; y entonces volvemos á nuestro punto de partida, para saber si hay el derecho de impedir al arte la libertad de representar en roca ó bronce esa figura con toda su magnífica desnudez.

Hoy ya nadie osaría contradecir esa libertad en Europa. Hasta los yanquis groseros y las púdicas inglesas han sido dominados por la pureza del desnudo; y es en la mayor aptitud de estas sociedades para el culto del arte donde finca precisamente la superioridad de su civilización sobre la nuestra. Aquí la mujer se ha independizado de esos prejuicios, más que por una prédica teórica, por la educación estética de los museos; mientras sé de viajeras argentinas que después de una visita al Louvre de Paris ó al Capitolino de Roma, han huido encandalizadas por el sexo desnudo de los Apolos y los Bacos, mientras la turista venida de Nueva York permanecía arrobada ante ellas, pues sus ojos solo veían la gracia de las cabezas juveniles, la fuerza de las espaldas robustas ó la elegancia de las piernas serenas. Yo aconsejaría á los que vienen á Roma que visitaran primero el museo del capitolio, el del Vaticano, el de las Térmas de Diocleciano, el de la Villa Borghese, todos los que conservan las esculturas clásicas salvadas de los siglos y de las ruinas, y que sólo más tarde habituado ya el ojo á la figura desnuda fuesen por la primera vez al Museo de Arte Moderno sobre la Vía Nazionale, arte de figuras vestidas y de decadencia. Y ante esos trajes de mármol, ante esos trajes sin color de los cuales sólo vemos la forma que el cambio de las modas tornara ridículos, yo les pediría que me confesaran si bajo pretexto de una falsa moralidad, prefieren esas fealdades grotescas ó la belleza del desnudo, glorioso por la insuperable plenitud de sus formas, por la elocuencia divina de su significado, por la eternidad universal de su gesto. Si algún velo las cubre, ha de ser esa túnica lijera que transparenta bajo un fino lino la silueta desnuda, así la Danzarina que se adelanta voluptuosa en el Gabinete de las Máscaras del Vaticano, y así el peplo y la falda de las Victorias, que un viento heróico delineaba sobre los pechos firmes, sobre los vientres jóvenes, sobre los muslos ágiles.

Es lamentable que los moralistas confundan á menudo la desnudez con la obscenidad. Yo estoy en contra de la obscenidad porque la creo antiestética; pero estoy en favor de la desnudez porque lo creo moralizante. Juzgo antiestética la obscenidad porque perturba la emoción artística con pensamientos impuros: y

juzgo moralizante la desnudez, porque ella nos enseña la serenidad de alma en la belleza, y la elegancia de las actitudes y la perfección de las formas, y nos hace sentir tragedias y dolores del espíritu en el gesto carnal que todo hombre comprende y que es perenne en los siglos. Estas ruinas fecundas de Pompeya han dado el museo de Nápoles una contribución de arte que sugiere sobre este asunto muy concluyentes reflexiones. Los pompeyanos tenían á Venus por patrona de la ciudad, y Gastón Boissier refiere que hasta los candidatos á las magistraturas edilicias ofrecían los favores de la diosa, como el voto mejor que podían formular á sus electores. A la sombra de este culto, floreció una cultura serena, inspirada en la pureza apolínea, pero creció á su vera otra dionisíaca, monstruosa, libertina y deforme. Ejemplo insuperable de la primera es el pequeño bronce de aquel *Narciso* praxitélico del cual me acordaré toda mi vida, porque jamás un efebo ha alcanzado una desnudez más casta ni una elegancia más exquisita. Ejemplo de la segunda es aquel grupo de mármol donde un sátiro y una cabra se entrelazan en cópula tan abominable, que la dirección del Museo lo ha confinado en una sala secreta. He ahí expresadas con ambas obras dos órdenes de ideas que es necesario no confundir: esta última es inmoral porque es obscena, porque es contranatura y por consiguiente contrabelleza; mientras el *Narciso* es moral porque nos pacifica el alma en una sana contemplación, y difunde por nuestro ser un goce etéreo, infinito, que está, como el de la música, más allá de nuestras palabras y nuestros pensamientos habituales. Si cubrís su sexo con la menguada hoja de parra, no haríais sino llamar nuestra atención sobre una parte de su cuerpo que si la dejáis desnuda se desvanece en la armonía de la línea que baja de la cabeza hermosa al cuello grácil y del torso elegante al glúteo firme y á la pierna viril.

Puéblese, pues, la tierra americana, no sólo de hombres que la trabajen, sino de bronces y mármoles desnudos que la glorifiquen. Bella es la Victoria de Samotracia que está vestida, pero la moralidad de su belleza no consiste en el velo que cubre su cuerpo decapitado, sino en el esfuerzo triunfador con que se avanza sobre la proa, tanto que hace sentir bajo su nave el rumor de las olas y en torno de sus alas entreabiertas el viento de la inmensidad. Bella es también esa Venus de Milo cuya belleza es grande como su fama, y aunque el seno y el vientre están desnudos, la carne de su cuerpo es impoluta, tanto que su alma ni lo sabe, y esa inocencia se transparenta en la serenidad de su frente y en la paz de sus ojos. Tal es el verdadero sentido de la moral en el arte. Sus criaturas viven más allá del bien y del mal. Sus formas son simplemente bellas ó feas. Los cánones morales podrían, tal vez, someter á su juicio el valor ético de las concepciones expresadas en las formas, pero jamás las formas mismas. No podemos someter esos hombres y esas mujeres ideales á los usos de nuestra vida cotidiana; y sería ilícito ir á abrochar un peplo al busto de la Venus Capitolina ó ir á envolver un manto á las espaldas de la Venus Calipigia, porque faltaban á los edictos de las buenas costumbres. Yo he visto por el contrario, en tor-

no de la Sagrada Desnudez, hombres venidos de las más diversas partes del mundo, unirse fraternalmente en los museos de Europa, para inclinarse en una silencíosa y pura adoración. Y mientras en nuestro país no pase lo mismo, mientras el pueblo pida hojas de parra para los mármoles desnudos, mientras la belleza no sea un culto y una religión, significará que el haber realizado al evangelio del frac predicado por Sarmiento, ha sido para nosotros una simple maniobra de sastrería, significará que hemos desarrollado el progreso sin haber desenvuelto la cultura, y esas muecas de enano seguirán ridiculizando nuestro vanidoso ademán de gigantes.

RICARDO ROJAS

Pompeya, Enero de 1908.

PONIENTE TRÁGICO

Cae la tarde en el estuario.
Los violines de las selvas centenarias lloran largos misereres.
Los saúces se estremecen bajo el soplo de la brisa,
Y sus lacias cabelleras de mujeres
Desoladas por el llanto de su sueño funerario,
Rozan la onda que se irisa
Como un cuerpo bajo el trémulo contacto de una mano.
Finge inmensos y fantásticos bajeles,
Fabulosas grutas de oro,
Caravanas infinitas de enigmáticos camellos,
Crines crespas y flotantes de corceles,
El crepúsculo violento que se extiende por el cielo,
Cual mirífico océano hecho todo de destellos
De joyeles,
Cual incendio de amatistas y zafiros;
Como rauda catarata de esmeraldas y turquesas
Desprendida de lo alto en briosos giros;
Como el gran derrumbamiento de una Alhambra portentosa,
Cuyos finos capiteles y arquitrabes
Se convierten en pavesas
Bajo la ígnea llama ardiente del ocaso,
Bajo la ígnea llama ardiente que hace rosa
De corola y tallo suaves,
De la nube crugidora como un raso.
Y en los ámbitos azules
Desparrama
Largos tules
En que imprime el sol poniente
Los colores atrevidos de su gama.
Cae la tarde como lluvia de turquesas. Los suspiros
De los árboles jigantes que decoran la ribera
Desfallecen en el fondo de los tibios horizontes,
Como queja plañidera
De las arpas rumorosas de los montes.
Una gran melancolía se difunde por el ámbito sereno.
La tristeza de las tardes desoladas
Se levanta desde el lecho de los mares y se extiende por [doquiera.
El silencio pulveriza los sonidos en su seno,

Y cual amplio cendal fino
Cubre todos los objetos que se alzan á lo largo
De las márgenes calladas.
Derrepente,
De las ondas silenciosas y amarillas,
Surge suave y lentamente
Una nave, por un lívido remero tripulada.
Boga lejos de las plácidas orillas,
Cual si un lúgubre presagio, un duelo amargo,
En las hondas lejanías la internara.
Yo conozco ese fantástico remero...
Un dolor indestructible lo devora,
Noche y día, á cualquier hora.
Las angustias más tenaces y crueles
Destrozaron su alma rara.
Comió espinas, bebió hieles.
Tuvo noches de suplicio, como el triste prisionero
A quien quema el amor santo
Y el Destino obliga, empero,
A estar lejos de su dulce bien amada.
Mucho más que en la agonía de la tarde
Con el trágico crepúsculo en su alma torturada;
Mucho más que la tristeza del ambiente
Es el áspero martirio y el horrísono quebranto
De su ser, en el misterio de la noche sumergido;
Mucho más que la inclemente
Amargura de las hojas, murmurando eterno olvido,
Es el drama doloroso que se fragua entre las sombras
De su frente de maldito;
Mucho más que todas esas pesadumbres del ocaso,
Es el fiero pensamiento que taladra su cerebro
Y se escapa de sus lábios, como un grito;
Mucho más que las congojas de ese instante
Dicen la angustiosa palidez de su semblante,
Su pupila fulgurante
Bajo la obra despiadada de la fiebre;
Mucho más, en fin, que todas esas maravillas
De la tarde inexorable, le tortura
De su amante el abandono;
La ruptura para siempre irreparable
Con aquella prodigiosa criatura
De cabellos como el oro,
De ojos verdes y quemantes, como vívida esmeralda;
Vaso lleno de perfume y de amor lleno hasta el borde;
Voluptuosa y amorosa hasta dar al paroxismo;
Blonda y roja como anuncio de la aurora;
Dura al lloro;
Atrayente y peligrosa como abismo:
Flor extraña de pasión y de pecado,
Lazo fuerte que ligándolo al pasado
Lo encadena en el presente

Y se extiende, firme y recio, hacia el futuro;
Hechicera de lascivos lábios rojos,
De mirar ígneo y obscuro,
De apariencia de sibila y enigmáticos antojos:
Indomable fuerza ciega y prepotente
Del fatal y dulce sexo,
Ante cuyas misteriosas seducciones
Se nublaba el pensamiento del remero;
Hondo y mágico venero
Del placer que da el delirio
Del amor, jamás saciado:
Tal fué aquella criatura
Para el triste tripulante de la nave,
Para el pálido remero que atraviesa
La onda suave
Con el trágico recuerdo de aquel bello ser amado;
Conduciendo el denso fardo de amargura,
Presa de hondo abatimiento
Y desventura,
Y sus sueños derrotados bajo el brillo indiferente
De las trémulas estrellas que aparecen en el cielo,
Sin calmar la fiebre intensa de su frente
Ni aportarle algún consuelo.

—

Y la nave avanza en tanto, lentamente;
Y se aleja por momentos de la tierra,
El crepúsculo la envuelve en su sudario,
Y los místicos rumores de la noche que se acerca,
La acompañan en su viaje misterioso.
Reina un vasto sentimiento de agonía en el estuario.
Se diría que algo muere en el borroso
Confín ancho de las costas serpenteantes.
La figura del remero bajo el palio de las sombras
Desvanécese y se alarga,
Toma un tinte visionario,
Y por fin desaparece en lontananza.
Y la nave, en tanto, avanza
Bajo el brillo parpadeante
De los astros que despuntan en el cielo,
Suavemente, lentamente,
Como el trémulo pañuelo
Que se agita en la ribera de la vida,
Despidiendo al desdichado
En su lúgubre y su trágica partida.

Eugenio Díaz Romero

INFORMACIÓN FILOSÓFICA

"Vingt-cinq années de Vie Littéraire" par *Maurice Barrés, de l'Academie Française, avec une introduction par Henri Brémond.*—Un vol. in 16, *Blond, editeur.*—París, 1908.

He aquí un libro que no será nunca recomendado demasiado á los extranjeros que se interesan por la literatura francesa contemporánea.

Es una reunión, excelentemente formada, de páginas escogidas en la obra ya considerable de Mauricio Barrés. La personalidad del joven académico es, del punto de vista puramente literario, curiosa y atrayente; pero les es difícil á quienes no están ya desde larga fecha y desde la infancia familiarizados con el genio francés, de penetrar en la intimidad de ese pensamiento tan hostil al cosmopolitismo. Y, sin embargo, Mauricio Barrès es digno como literato de atraer la atención del gran público internacional. Sus impresiones de España, sus páginas sobre la «voluptuosidad de Córdoba», sobre Toledo, sobre el Escorial, merecen ser recordadas por su interés psicológico.

Su nacionalismo, en fin, no es solamente una doctrina política de la cual nosotros no debemos ocuparnos aquí, sino una teoría literaria, presentada bajo un aspecto sumamente seductor, con sorprendentes recursos de dialéctica. Pero lo que sobre todo es menester alabar en Barrés, lo que está muy por encima de sus teorías sociales ó literarias, es su arte. Escritor de una pureza clásica, ha sabido expresar en una prosa rítmica y concisa, las más sutiles delicadezas sentimentales. Como ironista se deleita en la sátira violenta ó en la jovialidad intelectual, al modo de Renan, un Renan cuya sonrisa esconde á menudo la aspereza de sordas cóleras. Poeta y paisagista, Barrés nos lleva consigo por los museos de Italia, por las viejas ciudades españolas, por Grecia y, sobre todo, por la Lorena.

Es la Lorena que él ha cantado con mayor amor; su pequeña patria es la región á la cual vuelve con fidelidad, después de las largas excursiones que una curiosidad apasionada le obliga á emprender.

El lector de estas «páginas selectas» encontrará además en este volumen un cuadro fiel de la evolución del pensamiento de Barrés. El autor de *Déracinés* ha partido, en efecto, del individualismo radical para acabar en el nacionalismo: él se ha conven-

cido que el individuo no se halla aislado, que el *yo* orgulloso no se basta, siendo la existencia una condición creada por necesidades históricas y geográficas que es menester saber aceptar. Nuestra raza habla en nosotros mediante los instintos y los sentimientos elaborados por una larga serie de antepasados; una tradición se nos impone, querámoslo ó no. No rebelarlos contra nuestras propias leyes «aceptar nuestro determinismo», tal es la fórmula última á que llega el individualisme primitivo de Barrés. Y, justamente, en este volumen, los textos han sido agrupados en modo de hacer sensible la continuidad de la evolución que desde un *Hombre libre* llega á las *Amistades francesas.* Agreguemos que la introducción del señor Henri Brémond, clara y sabrosa, es un excelente prefacio á la lectura de estas páginas selectas.

Indicamos, pues, con placer á los espíritus afectos á las letras francesas, este volúmen, que ha coronado un éxito legítimo.

«*Morale des Idées-Forces*» por *Alfred Fouillée. Bibliothéque de Philosophie contemporaine*, *F. Alcan*, *éditeur*, *París*, 1908.

Los lectores de la notable obra que Fouillée ha consagrado á la *Crítica de los sistemas de moral contemporáneos*, esperaban desde tiempo atrás la síntesis moral personal prometida al público por el autor del *Evolucionismo de las ideas-fuerzas.* La parte puramente crítica de la doctrina de Fouillée, pedía un complemento. Su *Moral de las ideas-fuerzas* que aparece ahora, nos prueba que el autor, no ha perdido ninguna de las cualidades de su análisis claro, de su dialéctica flexible y sutil, de su erudición siempre bien informada. Pero lo que nos parece sobre todo interesante es la noble preocupación de conciliación y de unidad que caracteriza el punto de vista de Fouillée. De acuerdo con el hermoso pensamiento de Leibniz, Fouillée trata antes de todo de conciliar los pensamientos divergentes, de harmonizar los fragmentos esparcidos y, por decirlo así, las facetas de verdad que toda doctrina esconde.

En este libro, particularmente, el autor ha querido conciliar la moral tradicional con la teoría kantiana del imperativo moral; ha ensayado de hacer la síntesis de las morales de lo deseable (hedonismo antiguo) y de las morales del deber. Por otra parte, la misma conciliación es intentada en lo que concierne á la ética clásica, fundada sobre las revelaciones de la conciencia y la nueva ciencia de las costumbres, elaborada por la sociología en la escuela de Dürkheim y Lévy-Brühl. Esta tarea era difícil; tratemos de ver cómo Fouillée la ha realizado.

El verdadero punto de partida de la moralidad se halla en la sola reflexión de la conciencia sobre sí misma. Es necesario plantear al principio «un análisis radical de la experiencia interior y de la idea misma de moralidad, en que la conciencia se expresa». Pero la conciencia no está aislada; ella es un individuo, un sujeto de una sociedad de conciencias. Al *cogito* de Descartes

que ha desempeñado un rol tan grande en la filosofía teórica, es necesario, en filosofía práctica, substituir un *cogito, ergo sumus.* Así, la moral de las Ideas-Fuerzas huirá de la estrechez de las doctrinas basadas sobre un principio único y abstracto: en vez de ser unilateral, ella será *omnilateral.* Apoyándose en una síntesis completa de los resultados de la experiencia, ella utilizará así las condiciones objetivas de la vida social como la reflexión sobre la conciencia. Esta moral será, pues, metafísica en sus principios, científica en lo que concierne á los datos objetivos sobre los cuales ella establece sus reglas y deduce sus aplicaciones. Es una primera conciliación.

De otro lado Fouillée reacciona contra el kantismo ortodoxo y se aproxima á las morales antiguas. El cree en el valor práctico de las verdades puramente racionales: no hay heterogeneidad absoluta entre la verdad y la moralidad. Una idea verdadera puede tener un cocficiente moral. Aunque reconociendo la importancia de la noción de ley en la moral kantiana, Fouillée protesta contra una doctrina que separa la razón y la conciencia humanas, que rehusa al sentimiento un papel legítimo, y que, para fortificar mejor la razón práctica, la separa de todo lo que la sostiene. La moral kantiana implica un dualismo de los elementos concientes, dualismo que Fouillée se niega á admitir. «Una de las más íntimas bases de la moralidad, es precisamente esa disposición científica y filosófica que caracteriza al hombre: sentido de la unidad, aspiración á la síntesis total. En la sociedad como en sí mismo, el hombre concibe y quiere la unidad. Es imposible no querer existir y vivir universalmente. Esta vida, comenzada por la inteligencia, tiende, bajo la ley de las ideas—fuerzas, á terminarse en el sentimiento y la voluntad reflexiva.» He aquí una segunda síntesis.

Es necesario agregar que la moral de la obligación no es el estado más elevado de la moralidad. La verdad moral es la moral de la libertad. Fouillée substituye al imperativo categórico el «*Supremo persuasivo*». En este punto, unos sutiles análisis psicológicos nos indican el sentido en el cual son entendidos esos términos. «Lo que nosotros debemos, es lo que ya queremos en el fondo mismo de nuestro ser y de nuestra conciencia, por esto mismo que tenemos en nosotros una voluntad que va á lo universal como nuestro pensamiento, no sólo una voluntad concentrada en el yo egoista.» El principio de la moralidad, es pues, en el fondo, el bien, lo deseable. Solamente que, el bien no debe ser definido por una aspiración parcial, deseo único, sino por el conjunto de nuestras tendencias, por la ciencia completa de nuestro ser. Será necesario asímismo utilizar el carácter estético del ideal moral, bien que una moral puramente estética no puede bastar. En suma, es necesario considerar los diversos elementos racionales, estéticos y sentimentales y volitivos de la moralidad, sin atribuir un papel exclusivo á ninguno de ellos.

EM. DUPRAT.

DE MI VIDA

¡FRIOS!

I

Conversábamos... conversábamos... en fin... de todo y de nada con un oficial de justicia amigo mío, cuando se oyeron repetidas llamadas de auxilio.

Corrimos hacia el sitio desde donde partían.

Frente á una vieja casa de inquilinato se agolpaba la gente pretendiendo derribar al vigilante que impedia el paso en la puerta. Mi amigo Equis, el oficial, al ser reconocido por el agente pasó. y me hizo pasar á mi también, yendo ambos á dar, después de salvar el interminable zaguán, á una habitación tan miserable como desordenada. Una cama de fierro, dos sillas desesterilladas, una mesa de pino blanco á modo de escritorio y un ropero antiguo, sin espejo, y pintado, eran los muebles todos de aquel cuarto alfombrado de revistas, diarios y fajas á nombre de Roger Hant.

Todo esto lo he reparado después, porque ni bien franqueamos el umbral de aquella pieza, un horripilante cuadro hízonos contraer de terror, al menos á mí que no soy oficial de justicia. Sobre el lecho purpurado por la sangre, un hombre, joven aun, á deducir por los cabellos ebanáceos, pues en el rostro difícil ó imposible era reconocer indicios seniles ó lo contrario: parecía desgarrado á zarpazos de fiera sitibunda y vengativa. En aquella cabeza había horribles amplias heridas por todos lados. La frente abierta por el medio como á golpes de hoz, dejaba salir, entre coágulos de sangre negra, como pedazos de algodón granate, nauseabundos despojos de la despedazada masa cefálica. De la naríz descarnada surgía oscura sangre también. La boca, abierta, enormemente abierta, recordaba no sé qué heridas asquerosas, pestilentas, y dentro, mostraba, colgantes algunos y algunos rotos, unos dientecitos pequeños como de mujer que tintados por la sangre imaginábanse de coral. Los ojos, ¡oh los ojos! no puedo hablar de los ojos. Y de los oídos destrozados como á fuerza de barreneos, brotaban espumarajos purpurinos ahora, sonrosados después, grisáceos y verdosos en seguida...

¡Ah, horrible, horrible!

La bala suicida, disparada en la boca, habíale dado aquella repugnante desfiguración facial. Un segundo miré de fijo aquel cuadro y aunque mi interesada vista hubiera deseado observarlo un día entero, la helada sensación de terror que mordía mis carnes no me lo permitió, y pretendí salir. Pero mi amigo Equis me pidió que recogiera de sobre el escritorio todo aquello que creyera interesante para la identificación del suicida.

Obedecí.

De espaldas al cadáver, puse manos en la obra, y á poco, dí en el cajoncillo de la mesa, con cinco cuadernos de doscientos y tantos folios cada uno en cuyas tapas leíase escrito en gruesas y firmes letras góticas: «*De mi vida*».

Como los cuadernos estaban numerados, tomé el último y leí el final.

He aquí la transcripción del último capítulo:

II

Terminada la cena en un modesto restaurant de arrabal, encendí un cigarrillo no menos modesto que el restaurant y salí sin rumbo... ó mejor dicho... con rumbo á cualquier café central donde abonar diez centavos por un pocillito de agua sucia, cinco azucarillos y quince ó veinte bodrios musicales; para, después, cuando el reloj, ese inmortal mensajero anunciador de nuestro nacimiento y de nuestra muerte,—primero parcial, en seguida absoluta,—juntos los brazos, musita la oración de la noche, dándose devotamente, católicamente, doce golpes en el pecho, irme á dormir.

¡Que delicioso es dormir!

«La vida es un sueño corto y deleitable»—dijo mi pluma incauta, mi pluma adolescente, mi púbera pluma de quince años, tres tomos anteriores á éste, página 155, capítulo XII.

«La vida es un *sueño... corto... y deleitable*».

Sonrío.

¡Ah, si la vida fuese un sueño! Si nuestras almas no amasen; si nuestras almas no odiasen; si nuestros cerebros no levantasen quimeras, gigantescos andamiajes de ilusiones; si nuestros cerebros no amamantaran envidias, egoismos, hipocresías; si nuestros cerebros no maquinaran venganzas; si fuéramos nada más que un montón de carne, animada, si, pero sin cabeza, ó con cabeza de palo, con cabeza de piedra, con cabeza de mármol!

¡Ah, si la vida fuese un sueño!...

***

Salí del café... de un café central donde hube abonado diez centavos por un pocillito de agua sucia, cinco azucarillos y quince ó veinte bodrios musicales.

La noche estaba fría, fría y triste, tan triste y fría que hacía pensar en almas de escépticos, en corazones de esposas viejas y sin hijos, y en la vida, y en el porqué de la vida, y en la muerte, y en el porqué de la muerte, y en el más allá de la muerte.

La noche estaba fría, fría y triste. En las calles desiertas casi, las mechas incandescentes de algunos faroles oscilaban como si tuviesen frío, mucho frío: algunos se apagaban recordando mendigos que se murieron ateridos, otros permanecían inmóviles, impasibles, indiferentes, como si tuvieran gabanes de gruesas pieles y hubieran bebido sendos ponches de rhom. En las esquinas, los vigilantes, envueltos en sus capotes, se resguardaban del rocío y pretendían también resguardarse de la brisa glacial acurrucados en las puertas de los almacenes ya cerrados. Unos miraban al suelo, pensando talvez en que un hada milagrosa ó una bella hechicera disfrazada de vieja bruja, abriendo de improviso un boquete en la tierra, aparecería entre una humareda de incienso para decirles: *Yo soy Todolopuede ¿qué queréis? Pedid.—Ser millonario.—Tomad esta varita de virtud, agitadla tres veces y pedid que serán cumplidas ipso facto vuestras órdenes.* Otros, miraban al cielo, esperando ver desprenderse un aerolito y contar después hasta veinte, antes que se perdiera el bólido en el espacio, y luego ansiar, como el primero, ser millonario, ó, si menos ambicioso, tan sólo un ascenso á sargento, y ver satisfechos sus deseos, según dicta la vulgar superstición. Pero ni el boquete se abría, y aunque la piedra meteorólica se desincrustaba del vacío, nunca llegaban á contar hasta veinte, y si llegaban, los millones ni el ascenso aparecían para no desviar la rutinaria característica de la esperanza, ese imposible de lo imposible, esa interminable senda alumbrada pero sin metas, ese inconmensurable mar navegable, pero sin puertos.

Otros se adormecían. Luego el trote de un caballo de carruaje les despertaba. ¡El oficial! No. No era el oficial. Y volvían á amodorrarse semisoñando en que la vida era un sueño.

¡Ah, si la vida fuese un sueño!...

***

Llegué á mi vivienda. Al introducir la llave en la puerta pensé en las puertas de la felicidad siempre sin cerrojos y siempre herméticamente cerradas, y en las puertas del dolor siempre abiertos de par en par y siempre con una amable portera, joven y hermosa, que, con la flamante mirada de sus aleves ojos ingénuos que parecen brindaros un mundo de dichas inequiparables, y la sonrisa fementida de sus labios sanguíneos, os atrae, os atrae.

Entré á mi habitación.

¡Qué sola estaba mi habitación, qué frío estaba aquel cuarto de bohemio en donde jamás, desde cinco años ha, entró un amigo porque los amigos son como las amigas: objetos de venta, y yo nunca pude reunir unos centavos para comprarme un compañero y una compañera para... ¡vaya! para ambos. ¡Y pensar que nunca podría comprarme estas frágiles chucherías pueriles, mientras los trabajos literarios de un día, de un mes, de un año, sigan dando á sus padres tan sólo para vivir una hora, un día, una semana!

¡Qué sola estaba mi habitación, qué sola y fría! más fría y sola que de costumbre porque, días pasados, hasta mi biblioteca también me había abandonado para irse con un vampiro ruso.

¡Oh, Sudermann, Maupassant, Baudelaire, Ibsen y vuestros compañeros de estante, perdonadme, pero los primeros fríos me acobardaron!

¡Y sin embargo! ¡sarcasmo de sarcasmo! vosotros todos apenas si me distéis para un par de mamelucos y media docena de camisetas! Pero, mañana, mañana vuestros retratos me darán para una frazada. Mas, ¡oh, ingrato de mí! ¡desagradecido! Algo más me distéis, sí. Me distéis esta vida neurótica, hipocondríaca, y, si no me distéis también este escepticismo misantrópico, acaso cooperastéis en la obra de la Humanidad y de los Años, cooperastéis á envenenar mi alma inocente de los quince eneros, ó al menos, me predispusisteis á ello... Hoy ya soy un viejo niño de quince eneros y siete junios, con canas en el alma, achaques en el corazón, y frío, mucho frío en el cerebro!...

¡Ah, si la vida fuese un sueño!

***

Me acosté.

¡Ah, qué helada estaba mi cama! ¡Qué helada! ¡Qué helada!

***

Comencé á dormirme.

¡Qué delicioso es dormir!

¡Si pudiese dormir eternamente!

¡Ah, el sueño si que es la vida!

***

Un vecino que cruzaba el patio, encendió un fósforo al cruzar por mi habitación y la luz de la cerilla, franqueando los cristales de la puerta, hizo brillar mi revólver sobre su repisa.

¡Ah, qué deliciosas ideas danzaron un vals cadencioso y melífluo en mi cabeza!

Pero, no obstante, me levanté, tomé mi revólver y lo oculté en el cajón del ropero.

¡Cobarde! ¡Cobarde!

Tuve miedo que algún otro vecino encendiese un fósforo frente á mi pieza y la fulguración incitante de mi revólver me llevara á ser valiente.

¡Cobarde! ¡Cobarde!

Y más cobarde fuí aún. Pensé que, ya en el cajón, podría brillar al contacto de otra lucecilla y cerré los postigos.

¡Ah, qué cobarde soy, qué despreciablemente cobarde!

¡Ah, si la vida fuese un sueño! Si la vida fuese un sueño ¿sería lo que soy?

III

Tal capítulo estaba fechado 20 de Mayo.

Y aquella noche era 31...

FEDERICO S. MERTENS

SEMBLANZAS DE LA TIERRA

CABRERA

Un puñado de intrépidos varones
comandaba aquel bravo aventurero,
llenos los brazos de vigor guerrero
y las almas pobladas de visiones.

Contemplaron las fértiles regiones
que festonan las aguas del Primero,
alto el glorioso pabellón ibero
y jadeantes los rústicos bridones.

Y en nombre de su dios y su monarca
tomaron posesión de la comarca
que se hundía en lejanas lontananzas...

Mientras en sus recónditos follajes
las indómitas turbas de salvajes
afilaban las puntas de sus lanzas...

LA CONQUISTA

Era la nueva raza que venía
de los mares remotos del oriente
y en su mirada audaz resplandecía
el fantástico mundo de su mente.

¡Quien sabe qué dolores presentía,
que doblegando la tostada frente,
ante su planta temeraria huía
tímida y triste la nativa gente!

Y buscaban con trágica pavura
las miradas atónitas é inquietas
el seno maternal de la espesura,

Y allá por los lejanos horizontes
asomaban las bélicas siluetas
sobre el amplio silencio de los montes...

FRAY FERNANDO

En la silente soledad moría
el alma de la América llorosa,
el alma vagabunda y silenciosa,
reina en otrora de la selva umbría.

Mientras la fiera inquisición rujía
como enorme serpiente pavorosa,
se erguía la ignorancia tenebrosa
como la noche amenazando al día.

Lleno, entonces, de mística clemencia,
quiso alzar otro templo de la ciencia
un viejo sacerdote venerando...

Y allí está con su inmóvil apostura
en la perpetuidad de su escultura
la sombra paternal de Fray Fernando.

LA EPOPEYA

Viento de rebeliones vengadoras
sacudía los tronos carcomidos,
alumbrando los pueblos oprimidos
una risueña claridad de auroras.

Del Plata, por las márgenes sonoras
resonaron sus fuertes resoplidos,
y marcharon sus hijos atrevidos
agitando banderas redentoras.

Y cuando á despertar á sus hermanos
pisaban los confines de los llanos
al rebelde marcial de sus tambores,

Surgió desde el silencio de la sierra
un aullido frenético de guerra
como una llamarada de rencores...

EL DEÁN FUNES

Por un raro capricho del destino
del sacerdocio se enroló soldado,
aquel fogoso luchador templado
como agudo estileto florentino.

Tenía algo de trágico y felino
su patriótico ardor de iluminado,
cuando excrutaba el porvenir soñado,
señalando á los pueblos su camino...

Al través de su verba convincente
flotaban las ideas de su mente
como lenguas de fuego de una hoguera.

Y ante sus pensamientos luminosos
se plegaban los labios silenciosos
como diciendo: su razón impera!

PAZ

Romántico señor de las contiendas,
tenían sus homéricas hazañas
una altiva grandeza de montañas
y un solemne misterio de leyendas.

En la ruda intemperie de sus tiendas
que azotaba el rigor de las campañas,
ardía en el altar de sus entrañas
el fuego de sus bélicas ofrendas.

La visión de la patria desolada
anublaba la luz de su mirada
con un grave dolor meditabundo,

Y al filo de sus sables vengadores
estrellaban sus bárbaros furores
las selváticas hordas de Facundo...

VÉLEZ SÁRSFIELD

Formidable adalid del pensamiento
en su olímpica frente dilatada
revelaba la raza no domada
de Gutiérrez, de Rawson, de Sarmiento.

En las ásperas bregas del talento,
cuando tronaba su palabra airada
era su cabellera enmarañada
como un penacho desafiando al viento.

El más temido entre los más temidos,
se azuzaban nerviosos los oídos
ante la magestad de su sapiencia,

Cuando al herir sobre la carne viva
fluía de su verba persuasiva
el sonoro raudal de su elocuencia.

LAS MONTAÑAS

Solitarias montañas silenciosas
que dilatan sus páramos desiertos,
escalando los ámbitos abiertos
donde reinan las águilas gloriosas.

Rememoran leyendas misteriosas
en la quietud de sus peñascos yertos,
como si el alma de los tiempos muertos
meditara en la nada de las cosas.

Y cuando el sol desfalleciente arde
envolviendo las crestas del granito
en los trémulos brazos de la tarde,

Evocando insondables pesadumbres,
parece que soñara el infinito
tendido sobre el lecho de las cumbres...

ROMAGOSA

Caballero cruzado de la idea,
rumbo á la gloria atravesó la vida
con la corona de laurel ceñida
como una aureola de su sien febea.

Guerrero de Micala ó de Platea,
le atraía la liza embravecida...
y buscaba el abismo del suicida
como el punto final de su odisea...

Derrochaba su intrépida hidalguía,
sin frase torpe ni intención ambigua;
la frase altiva, la intención bravía,

Azotando la faz de los malvados,
como esos reyes de la edad antigua,
que peleaban al par de sus soldados...

EL DIQUE DE SAN ROQUE

Serpeando por las costas del Primero
que corre entre la abrupta serranía,
canta el progreso resonante y fiero
en la lira de hierro de la vía.

Al caer de las tardes de Febrero
sobre la sepulcral monotonía,
gime en el triste resplandor postrero
el fúnebre rumor de una elegía.

Y allá sobre el confin, donde se evoca
soñando en un letárgico embeleso
el alma impenetrable de la roca,

Alza el titán su contextura huraña,
como una fortaleza del progreso
enclavada en el pie de la montaña.

LEOPOLDO VELASCO.

«RECUERDOS DE NIÑEZ Y MOCEDAD»

POR MIGUEL DE UNAMUNO

El Sr. Unamuno, escritor que encuentra particular deleite en hablar de sí mismo, acaba de publicar las memorias de sus años juveniles. Tan insistente ha sido siempre en él la manía de recordar su persona en cuanto escribe que la aparición del presente libro se dejaba prever mucho antes de ser anunciada por su propio autor.

Creo encontrar en el egotismo de que alardea el fecundo escritor vasco, las trazas discretamente veladas de una fogosa egolatría cuyo deplorable resultado es el de hacerle indiferente por trabajos de objetivación que darían á su nombre el mismo noble brillo alcanzado en el «En torno al Casticismo». Ese invariable *replegamiento sobre sí mismo* constriñe á Unamuno á ser áspero y monótono. La lectura de un detalle de mediana importancia en la vida de una persona, por ilustre que sea, resulta anodina casi siempre. Y Unamuno menudea en referencias de este género en la mayor parte de sus escritos. En su último libro nos relata un período de su existencia asáz idéntica al de todas las gentes; circunstancia que no puede ser más consoladora, pues nos enseña, una vez más, á no ver cosas extraordinarias en las primeras faces de la vida de los hombres de talento.

No puede ser más reconfortante saber que uno de los primeros filólogos sufrió en el aprendizaje del latín idénticas contrariedades á las que sufre hoy cualquier escolar. Es igualmente alentador, reconocer que aún aquellos espíritus mejor nutridos—y precisamente éstos—han debido redoblar sus energías para lograr por sí mismos una ilustración cuyos cimientos no fraguó el colegio ni ningún maestro. La frecuente rutina del auto-didacta suele hallar en estas semejanzas esperanza y aliento eficaces; pero nada más. Las memorias y biografías interesan sólo cuando son interesantes de verdad; es decir, cuando vienen de algún aventurero ó de Sara Bernhardt. La biografía y el recuerdo son novelas más ó menos ciertas, que sin hacer excepción á las de otro género saben ser amenas sólo cuando en ellas se refiere algún suceso culminante que intriga y que seduce. Narrar lo que cada día ocurre á cada uno de los hombres no podría ser más pesado. Es lo que acaba de hacer el señor Unamuno. Sus recuerdos son los de cualquier estudiante circunspecto. Tal vez dándoles otro escenario que el de

la escuela y el colegio, resultasen menos áridos. Así, su única utilidad es la que he indicado.

Y es lástima! Siendo la de Unamuno una inteligencia tan alta y fuerte podía desplegarse en trabajos de una mayor impersonalidad que son siempre los más duraderos.

Ahí están para atestiguarlo muchos de los capitulos de sus comentarios al Quijote, aquellos en los cuales expone por ejemplo su original concepto de justicia; ahí está ese libro de rarísima penetración crítica que se llama *En torno al Casticismo*: ahí está su preciso y su precioso ensayo sobre la Ideocracia; ahí... cada una de las páginas en que olvida un poco su persona ó en que solo se refiere á un sentimiento ó á una pasión que lo agita: sus salmos son una condensación rítmica y emocionante de una preocupación espiritual profunda que sin duda ha de sobrevivirle. ¿Porqué encastillarse en el yo? La variedad de temas que éste proporciona, es tan reducida que á la postre se hace fuerza el repetir cosas ya expresadas. Una gran ilustración es responsable mientras no aborda el mundo, mientras se cierra al exterior y sólo sirve do lente aplicada á un yo deformado por la sugestión y el amor propio. Tal es mi pensar modesto sobre este particular.

Mas debo también reconocer, que este mismo temperamento áspero é intolerante ha servido á Unamuno para hacerle consignar más de una idea vívida y sincera. Desgraciadamente el indomable egoísmo que le produce esa infinita ansia de vida y terror casi enfermizo del no ser, reside en lo más íntimo de todas las almas sin alcanzar una manifestación en palabras. Es un egoísmo pudibundo, tímido, que busca la forma más eficaz de refrenarse, de anularse, sin conseguirlo totalmente. Pero en todo caso, es ésta la distinción más palmaria entre el egoísta y el que no lo es. Si en el fondo, las acciones en apariencia más desinteresadas son tan egoístas como las demás, por lo menos es evidente que su agente al ejecutarlas no ha tenido conciencia de ese fondo egoísta y ha podido olvidarse de sí mismo. A Unamuno parece enorgullecer la hipertrofia de su yo y por paradojal que parezca, es este orgullo, la raíz de su idealismo. Ama á Dulcinea, porque Dulcinea encarna la gloria, el vivir imperecedero, y ama á sus semejantes en un desborde de amor propio y porque encuentra simpatizantes por excelencia sus principios egotistas. Derivar con toda conciencia el amor á los demás, de un exceso del amor á sí, acaso sea exacto; pero tenerlo siempre presente, me parece funesto. No es de observación psicológica el que la intensidad de un sentimiento ó de una idea produzca una desviación de parte del mismo hacia otros sentimientos ú otra idea. El sentimiento se tornará pasión morbosa y la idea, idea fija. El egotismo, no se tornará altruismo, sino egolatría.

Con todo, el Sr. Unamuno es escritor tan noble y sincero que consigue lo que pocos alcanzan: suscitar general discusión sobre su personalidad y sus ideas bajo cualquier pretexto. Casi todas sus publicaciones atraen por su notable enjundia. Esta última responde seguramente, tan sólo á algún paréntesis abierto en su labor más seria.

LUIS IPIÑA.

«DE MI VILLORRIO»

VERSOS DE LUIS C. LÓPEZ

He abierto este libro á la media noche, desganadamente, como alguien que ahito de sensaciones suaves, desaira el roce lánguido y sedante de unos cabellos infantiles. He abierto la obra y pronto fuí forzado de avizorar el espíritu; asombrarlo luego con amable inquietud, y hacerle entrar por fin en este libro, mitad callejuela rancia, ajetreada de vulgares vaivenes, mitad camino de campiña, de campiña olorosa cuando es Diciembre.

Porque éste es un libro original. Imaginad, si podéis, un prado sentimental, con un molino color humo que hace gestos cansados, y un arroyo que en los cromos lo pintan de plata, y un vientiño mañanero que rompe las rosas rosadas y un cielo—azul, morado, pizarra, —donde las nubes se han dado cita y en manso coloquio cambian fábulas banales, y allí, arrastrando la lengua de plata de la esquila, una vaca grande, de ubres pesantes y perfiles embotados: La Vaca Vulgaridad.

Ese señor López, que hace versos en la lejana Colombia—Colombia está más lejos que París,—tiene un exquisito, un sedeño, un suprasensible temperamento y tal vez por eso, no hurta á su verso el detalle prosaico, sucio, vulgar que madura en todos los minutos. A lo mejor se pone á labrar un sándalo y se llega una señora de trazas feas—la tilinguería, la vanidad, la *ventre-à-terre*, de las gentes — y porque sí, porque se le da la gana, le saca los cinceles de las manos, y ¡claro! el poeta que quería hacer una rosa de olor, da suelta á un poco de ironía, á un poco de sátira epigramática, que el epigrama es insulto desalentado y queja que se sonríe...

> Oye, amada muy mía, me voy tornando obeso,
> Como un abad.—El bruto del Alcalde asegura
> Que me tiene rollizo lo sabroso del queso;
> Y, ponte muy contenta: soy amigo del cura...

Y más tarde:

> ... Ni qué tú, desgreñados los tirabuzones
> De tus cabellos, busques nuevas sensaciones
> Con algún dependiente de Lanman y Kemp.

Y también dice:

...(Ya no me río
De tí, Rubén Darío).

Oíd, todavía:

...Hombre de pelo en pecho, rubio como la estopa
Rubrica con la punta de su machete y por
La noche cuando toma la lugareña sopa
De tallarines y ajos, se afloja el cinturón...

Su mujer, una chica nerviosamente guapa,
Que lo tiene cogido como con una grapa
Gusta de las grasientas obras de Paul de Kock.

En *Mitin*, la colectiva estupidez, salida de madre, arma fiero zipizape que la guardia pretoriana se encarga de docilizar á punta de bayoneta, y el poeta

—Como no soy apóstol del Derecho—contempla desde un tejado, la furia de los hombres tranquilamente, con toda la frialdad de un erudito.

Más allá se le ocurre:

....Ciñendo rica sotana
De paño, le importa un higo
La miseria del redil,

Y yo, desde mi ventana,
Limpiando un fusil me digo
¿Qué hago con este fusil?

Bien quisiera multiplicar las citas, pero me toca el temor de que esa tarea por lo larga, resulte tela de Penélope. Bastan, tal vez las que tengo desengarzadas de este libro muy breve, para que adviertan muchos, una de las facetas más típicas del psiquismo del autor.

Es posible que alguien diga que en esos versos no encuentran poesía, porque López no exorna las cosas con muselinas de irrealidad. Es posible que diga: zagala ventruda, si ventruda la ve, y quizás acierta, que las zagalas de todos los días, no son como las del Arcipreste, *fermosas, garridas é loçanas*. Como quiere Epitecto, López acepta las cosas como son, no como se desean.

Quizás la poesía de esta índole bien revela un poco de tedio, un mucho de ese fastidio, que la siempre materia infiltra en nuestros espíritus cuando éstos se rinden á las plantas graves de Nuestra Señora la Tristeza. Quizás la poesía de esta índole bien revela arraigada desilusión, pero decidme si esta desilusión que da en hacer versos no es la ilusión de la desilusión, como la locura de Alonso de Quijano, era la razón de la sinrazón.

Yo quiero bien á esta poosía y la quiero alabar, porque sabe despertar en nuestro retablo subjetivo rica variedad de imágenes y suscitar contrastes, acicates del pensamiento analizador, porque siembra exotismos y estrambotismos que habilitan para nuevas sensaciones dormidas células cerebrales y porque á ratos insinúa lineamientos tan vagos, que nos inducen á acentuarlos, á darles colorido y ademoleración, según el estado de nuestros ánimos, pues el poeta no quiere imponernos su imagen hecha y derecha, no quiere que la miremos simplemente, sino que la sintamos y la creémos junto con él, y así le vemos esquiciar un personaje y cada lector aporta á la escena las bambalinas propias de su espíritu.

Esta poesía con sus vaguedades, sus salidas de tono, sus afinamientos y sus contradicciones, refleja—tal un espejo—el espíritu del hombre, siempre indeciso, siempre incoherente, siempre voluble, enigmático y misterioso como un trípode délfico.

¿Aceptáis la *tabula rasa?* Bueno, es una *tabula rasa,* pero sobre ella no se fijan los caracteres, no se labran, antes bien danzan en loca farándula, de suerte que rara vez logramos sorprenderlos en reposada, serena actitud.

No hagáis caso, por favor, á esos señores que os dicen: Este hombre es bueno, este hombre es franco. Digan mejor: este hombre tiene momentos de bondad, este hombre tiene momentos de franqueza. Luciano y Catulo os harán el elogio de la virtud y à línea corrida escribirán un epigrama brutalmente puerco. O, digan mejor, si quieren, este hombre es virtuoso en esta época, como Sócrates, cuya virtud á ratos se nos hace dudosa, era el hombre más virtuoso en tiempos de Alcibíades.

No creamos, por consiguiente, que la razón pueda sintetizar en fórmulas algebraicas, esa paradojía y esa incoherencia de nuestro espíritu y lo muestre al exámen uniforme é íntegro. (El concepto uniformidad, no responde á cosa ó cualidad existente. Aceptamos el término por incapacidad y pobreza de nuestros medios para establecer diferencias). Pero ocurre que la educación intelectual, la robustez del pensamiento y la norma de conducta ideológica—que también la hay—apaguen temores y deseos y aduerman las larvas de locura espiritual. Zenón no temió á Antígono, porque *pensaba* que no debia temerlo. Talvez en un huequecito de su corazón alzaba plegaria á los númenes poderosos para que velaran por la integridad de su cuerpo maltraído.

Revenons á nos moutons.—El autor de este libro tiene á menudo la buena virtud de corporalizar con admirable justeza en los duendes del abecedario las sensaciones de perfiles más huidores, de tornasolados más nimios, de alitas más frágiles é impalpables. Y advierto que á prima vista muchas de sus imágenes no admiten explicación que apague la curiosidad.

Acostumbra escribir la impresión primitiva, no siempre mesurada, más bien que la impresión destilada en los tamices de la lógica. Así os dirá que la voz de las campanas semeja peinar ternuras canas; que por la carretera la diligencia camina como si jugara al ajedrez; que el barbero trabaja alegre como un vaso de

vino moscatel; que la cigüeña de la hortaliza ordeña la ubre del cangilón. Y tantas más que no quiero citar.

Pienso que esos atrevimientos son sinceros. Y si alguien viera asomar por allí, una caperuza de fumistería, yo le aconsejaría que malgrado la repulsión de ambos términos, hiciera concordar sinceridad y fumistería en la creencia de que ésta última se funda en recursos estéticos sinceramente concebidos.

Las imágenes de que hablo dos líneas más arriba, nacen súbita y espontáneamente y no se conforman á las cualidades relativas más visibles entre dos objetos, entre dos seres, sino que penetran, por fenómeno más bien instintivo que intelectual, los atributos íntimos ó convencionales, que resisten á comprobaciones físicas: el ala de la materia. De esta suerte, si al hablar de un labio, nuestros padres decían á la invariable, labio de coral, conformando la imagen á la sensación que primero les hería ó al menos la más cuerda: la del calor; si nosotros sentimos mejor, ó más habilidad tenemos para expresar el sentimiento, bien pudiéramos decir, refiriéndonos á un labio de niño: labio de corola de lirio.—¡Pero el lirio no es rojo! dirá alguien.—No señor, el lirio no es rojo, pero existe una inefable simpatía entre una hoja de lirío y un labio de niño.

A los dos les atribuímos pureza, tersura, delicadeza, y no sé qué gracia ingénua, qué dulcedumbre que acariciadora tiembla en la de ambos comba fina. Hay colegialas que parecen gorriones y hay hombres que parecen bueyes mansos. Cuando os sorprende una de estas analogías, es inútil razonar, que el razonamiento no os dará satisfacción... y creed en la excelencia de los temperamentos que perciben la espiritualidad de la cosa antes que la cosa misma.

Si mi pluma no fuera de tanto rato cautiva de este libro, que me ha dejado ocasión de insinuar algunas frases sobre asuntos de poesía, hablaría tal vez, de la emoción de este poeta ante el paisaje, pero más quiero dejar á él la palabra y á vosotros el comento. Leed y sentid:

DE TIERRA CALIENTE

Flota en el horizonte opaco dejo
crepuscular. La noche se avecina
bostezando. Y el mar, bilioso y viejo,
duerme como con sueño de morfina.

Todo está en laxitud bajo el reflejo
de la tarde invernal, la campesina
tarde de la cigarra, del cangrejo
Y de la fuga de la golondrina...

Cabecean las aspas del molino
como con neurastenia. En el camino.
tirando el carretón de la alquería,

marchan dos bueyes con un ritmo amargo,
llevando en su mirar, mimoso y largo,
la dejadez de la melancolía...

UNA VIÑETA

Tarde sucia de invierno. El caserío,
como si fuera un croquis al creyón,
se hunde en la noche. El humo de un bohío,
que sube en forma de tirabuzón,

mancha el paisaje que produce frío,
y debajo de la genuflexión
de la arboleda, somormuja el río
su canción, su somnífera canción.

Los labradores, camellón abalo,
retornan fatigosos del trabajo,
como un problema sin definición

y el dueño del terruño, indiferente,
rápidamente, muy rápidamente,
baja en su coche por el camellón.

Se me ocurre que por poco que se repitiesen los libros de la índole del que nos ocupa—que es un libro bueno sin llegar á la maravilla—se trocaría, y en lo muy hondo, el carácter de la literatura joven de Colombia, donde la poesía, en manera especial, se enriquece á diario, con labor asídua de múltiples astros de luz más ó menos larga.

Enrique J. Banchs.

«EL IMPERIO JESUITICO»

POR LEOPOLDO LUGONES

(Segunda edición)

Si se considera esta obra con un criterio meramente *literario*, en el más superficial sentido de la palabra, y sin el menor asomo de crítica de fondo, nada cabe, por cierto, agregar á lo ya dicho sobre ella, á pesar de la escasa atención que se le ha dedicado, salvo contadas y honrosas excepciones.

¿Sobre qué, en efecto, reeditar los elogios? ¿Sobre el estilo?... ¡Por Dios! Pues no es poco enojosa tarea el volverlo á presentar una vez más á Lugones como estilista, de lo cual, por otra parte, él no ha de sentir ninguna necesidad!

Si él es ó no quien mejor maneja hoy día el idioma castellano, como últimamente se ha afirmado, no entraré aquí á discutirlo, pues me llevaría muy lejos, si bien quizás á disentir con quien tal dijo; sin embargo, su no común riqueza de léxico, su fuerza en la expresión, y la originalidad de sus combinaciones verbales que tan dilatada influencia han tenido sobre nuestros jóvenes escritores, obligan á reconocer en èl á nn vigoroso escritor, cuya prosa, aunque desigual y adoleciente á menudo de falta de flexibilidad, es verdaderamente admirable.

Bastaría para probarlo, ese celebrado primer capítulo de *El imperio jesuítico*, que es, sin duda, uno de los más bellos trabajos de estilo con que cuentan nuestras letras, hermoso cuadro de conjunto, rico en colorido, un cuadro todo luz y sombra, que da una cabal representación de esa España en decadencia que Lugones se propuso pintar. Y obsérvense en ese cuadro como se destacan con nítida precisión las siluetas de los tipos más característicos de la sociedad de entonces,—el hidalgo, el soldado, el hombre de ley, el estudiante, el clérigo, el gitano, el pícaro, la alta dama y la chula—delineadas todas ellas con unos pocos trazos no menos expresivos que pintorescos.

Es la de Lugones una prosa robusta, personal, inconfundible. Es *su* prosa, y como tal, no debe ni puede ser recogida por nadie. Si ciertas formas estilísticas propias de ella han hecho fortuna, si su influencia es enorme y fecunda sobre la nueva generación, no creo, empero, que esta influencia pueda ser duradera

Como él nos dice de Quevedo, ha de quedar ciertamente «sin sucesión, de pié como un monolito sobre la coraza de su prosa».

Otra vana tarea es repetir lo ya dicho sobre las condiciones de historiador que en este libro ha revelado. Se le pidió una *memoria* y él escribió una obra completa, con la cual ha enriquecido dignamente nuestra bibliografía histórica, una obra al par de minuciosa investigación y de síntesis brillante.

Bien. De acuerdo voy con todo esto; pero, si considerada en general la obra me obliga al aplauso, no obstante confieso que mi lápiz ha ido marcando de cuando en cuando—muy raramente—en las páginas del libro unas pocas notas marginales que establecían mi disconformidad con ciertas afirmaciones del autor, en desacuerdo con la verdad de los hechos; y, como tengo entendido que el primordial objeto de la historia es el de llegar á una relativa verdad, debiéndose siempre dar por bienvenido, venga de donde venga, todo aquello que pueda contribuir á hacérnosla alcanzar, me he de permitir de reproducir aquí rápidamente aquellas rectificaciones, sin atribuirles mayor importancia de la que en realidad tienen y sabrá darles el justo criterio del lector.

Al tratar Lugones de la muerte de Solís y sus compañeros, á cuyo propósito niega expeditivamente que sus cuerpos hayan podido ser pasto de los indios,—cuestión que no entraré á debatir, pues la polémica á que ha dado origen no ha hallado todavía, á mi parecer, una conclusión satisfactoria—afirma de paso que se debe considerar á los *charrúas* como miembros de la nación guaraní (pág. 113).

No sé cuales fundamentos tiene Lugones para lanzar semejante aserto categórico; mas, sea como sea, si él lo da por exacto, á él es, empero, á quien incumbe la prueba, pues, todos los actuales conocimientos etnográficos demuestran absolutamente lo contrario.

No me corresponde, por lo tanto, otro papel en este caso frente á la antedicha afirmación, que el de negarla, pues datos y argumentos sobrados para probar su inconsistencia no habrían de faltar en el momento oportuno, si fuera menester.

Pero en un error más craso incurre Lugones algo más adelante, á página 123, al atribuir á Ayolas la fundación de la Asunción, atribución desde hace años demostrada inexacta, siendo actualmente del patrimonio común de quienes de estas cosas se ocupan, que la fundación de dicha ciudad fué obra de Juan de Salazar y no de aquel primer enviado del adelantado, como se entendió por una errada interpretación del relato de Schmidell.

Una tercera afirmación inexacta la encontramos á página 129, donde se lee que en los cinco primeros lustros de su apostolado en el Paraguay, sólo fundaron los jesuítas 19 pueblos. Me inclino á creer, con suficientes razones, que el autor se ha apoyado para decirlo, en el prólogo interesantísimo, aunque demasiado partidista, puesto por el malogrado Blas Garay á la traducción castellana de la historia del P. Techo.

Dice Blas Garay:

«Y el hecho históricamente comprobado es... que los primeros (*pueblos*) que á su cargo tuvieron (*los jesuítas*) los fundaron los españoles antes de la entrada de la Compañía (*esto lo funda en una nota que analizaré inmediatamente*); que hasta 1614 no pudieron implantar ninguno más, y que, descontados los tres al Norte del Paraguay, hechos con el objeto de que sirviesen de tránsito para las misiones de Chiquitos, y, como todos, en gran parte con el auxilio secular, y los seis de San Borja (1690), San Lorenzo (1691), Santa Rosa (1698), San Juan (1698), Trinidad (1706) y San Angel (1707), que, como colonias respectivamente de Santo Tomé, Santa María la Mayor, Santa María de Fe, San Miguel, San Carlos y Concepción, no dieron más trabajo que el de transmigrar á otro sitio á los indios ya reducidos; quedan diecinueve, los cuales, con una sola excepción, la de Jesús (1685), fueron todos establecidos en un período de veinte años...» (1)

Aceptado lo cual el cálculo les resulta ya fácil tanto á Blas Garay como á Lugones, quien, sin la necesaria crítica aceptó las afirmaciones del primero. Descartando, en efecto, como ellos hacen, las tres misiones en el norte, de San Joaquín, San Estanislao y Belén, fundadas entre 1746 y 1760; luego la de Jesús que data de 1685 y las 6 citadas colonias establecidas entre 1690 y 1707; agregando á estas 10 misiones que son ya de la segunda mitad del siglo XVII y principios del XVIII las 4 que ellos dan como de fundación «genuinamente española», se obtienen 14 pueblos que, restados de los 33 que existían en 1767, en la época de la expulsión, dan por resultado 19 de origen verdaderamente jesuítico.

Y no haya extrañeza si refuto indistintamente á Lugones y á Blas Garay, trayendo á colación las afirmaciones de éste para rebatir las de aquél, puesto que, si así no hiciera, tomando en cuenta los argumentos del publicista paraguayo, el aserto lanzado por Lugones sin pruebas, y que se basa, no hay duda, en el párrafo transcripto, no tendría siquiera donde apoyarse. Solo puede hallar un punto de apoyo en los datos que como verdaderos suministra Blas Garay.

Y vuelvo al asunto. Respecto al cálculo efectuado más arriba, paréceme que no puede resolverse con una tan sencilla operación de suma y resta.

Trece reducciones fundaron los jesuitas entre 1610 y 1630 en el Guayrá, y así Blas Garay como Lugones comienzan por no incluirlas en la cuenta. El porqué lo ignoro. Su destrucción posterior en nada amengua el mérito de los jesuitas al establecerlas, no tratándose además aquí de dilucidar cuales quedaron y cuales no de las reducciones, sino de apreciar la importancia de la conquista laica en contraposición con la religiosa.

Pero, prescindamos pródigamente de ellas y analicemos los argumentos restantes.

En el párrafo reproducido dice Blas Garay que los primeros pueblos que los jesuitas tuvieron á su cargo los fundaron los españoles antes de la entrada de la Compañía, y, para probarlo agrega la nota siguiente:

« Loreto, San Ignacio Mirí, Santa María de Fé y Santiago eran de fundación genuinamente española; San Ignacio Guazú, Itapúa y Corpus, de establecimiento posterior, fueron formados con indios ya sometidos por los conquistadores seculares, por lo cual estaban, como aquéllos, sujetos á encomiendas. »

---

(1) Páginas XIX, XX y XXI del prólogo.

Pues bien, esta nota no pasa de ser un tejido de incongruencias y no sin razón, desde que su redactor da como fuente de ella á Azara, si grande autoridad en otras materias, mala, malísima en todo lo concerniente á las misiones.

¿Loreto y San Ignacio Miní de fundación genuinamente española? Pero, ¿á cuál de los dos Loreto y de los dos San Ignacio Miní se refiere, á los del Guayrá ó á sus traslaciones posteriores al Yabebirí? Si á los del Guayrá ¿por qué no haber entonces nombrado ni por incidencia á los otros 11 pueblos de la región que, como hemos visto, no incluye en la cuenta? Y si es á los del Yabebirí ¿cómo nos da entonces á San Ignacio Guazú, Itapúa y Corpus cual de establecimiento *posterior*, cuando las traslaciones al Yabebirí se hicieron en 1631, mientras aquellos tres mencionados pueblos son todos anteriores á esa fecha? E, incongruencia mayor aún, ¿cómo pueden ser de establecimiento *posterior* estos tres pueblos al de Santa María de Fé y Santiago, fundados en 1762?

Todo esto no tiene ni pies ni cabeza. Además Lugones no puede recoger de ningún modo el dato de que Loreto y San Ignacio Miní eran de fundación española, ya se refiera á los del Guayrá ó ya á sus traslaciones posteriores, pues á página 127 del libro admite, aun en contra de Azara, que las fundaciones jesuíticas del Guayrá nada tuvieron que ver con las láicas, cuestión, eso sí, que también se prestaría para un más maduro examen.

Quedamos, pues, en que Loreto y San Ignacio Miní, y nos referiremos para mayor claridad á los trasladados al Yabebirí en 1631, cuando la invasión del Guayrá por los paulistas, son de fundación jesuítica.

Esto sentado pasemos á otro cálculo.

A los cinco lustros de haber comenzado la conquista jesuítica, existían las siguientes reducciones: (1)

Al occidente del Paraná: San Ignacio Guazú (1611), Itapúa (1614 ?), Natividad del Acaray (1619 ó 1624 ?) y Corpus (1622): entre el Paraná y el Uruguay: Concepción (1620), Reyes del Yapeyú (1626) y Asunción del Acarana (1630 ?), esta última trasladada, probablemente unos siete años después, más al sud, á la izquierda del Uruguay; y al oriente del Uruguay: San Nicolás (1627), Candelaria (1627), Mártires (1628 ?), San Joaquín (1633), Jesús María (1633), San Cristóbal (1634 ó 33), Santa Ana (1633), Natividad (1632), Santa Teresa (1633), San Carlos de Caapí (1631), Apóstoles (1632 ó 33), Santo Tomé (1632 ó 33), San José (1633), San Miguel (1632), Santos Cosme y Damian (1634).

Veintitrés misiones acabo de contar en las cuencas del Paraná y el Uruguay, á las cuales si agrego las dos de Loreto y San Ignacio Miní, debatidas más arriba, se logra un total de 25 establecidas antes de 1635, año en que rematan los cinco lustros fijados por Lugones.

Veinticinco fueron y no diez y nueve, lo cual no tendrá mayor importancia; pero establece una incontrovertible verdad.

---

(1) Las fechas entre paréntesis señalan el año de la primera fundación; aquéllas seguidas de interrogante no logré fijarlas con absoluta certeza.

Blas Garay y Lugones se olvidaron en absoluto de tomar en cuenta que, de las 15 reducciones que los jesuitas llegaron á tener al oriente del Uruguay, en su propósito de alcanzar la costa del Atlántico, sólo 10 se establecieron al occidente del río, cuando los paulistas ocuparon esa región, desapareciendo las 5 de San Joaquín, Jesús María, San Cristóbal, Natividad y Santa Teresa.

A todo esto el autor podría con razón contestar que poco le interesan tales minucias, y haría bien y me tendría con él; sin embargo, puesto que se ha lanzado en cálculos de la índole de los nombrados, tanto más cuando dichos cálculos son el resultado de un eslabonamiento de yerros, como los analizados, bueno es rectificarlos y poner las cosas en su debido lugar, aunque para ello sea menester rendir homenaje á una engorrosa cuanto fácil erudición.

El capítulo III de *El imperio jesuítico*, trata de las dos conquistas, la láica y la espiritual, entre las cuales establece un paralelo. Al referirse á la segunda relata Lugones brevemente, fundándose en Lozano, la historia de los primeros pasos de los jesuitas en el Paraguay, desde su entrada en 1588. Sin embargo, al llegar á 1607, fecha en que el primer Provincial del Paraguay, P. Diego de Torres Bollo, empezó activamente sus tareas acompañado de 15 sacerdotes, interrumpe Lugones el relato ordenado de los trabajos de los jesuitas, para no reanudarlo ya más.

Francamente no me explico este singular método de exposición. Pues, justamente cuando, comprendiendo la utilidad que reportaría el envío de misioneros al Guayrá y alentado además por la carta del Rey á Hernandarias, en la cual S. M. expresaba la voluntad de que la conquista de los indios se hiciera mediante la doctrina y predicación del Evangelio, se resolvió el P. Torres Bollo á mandar al Guayrá á los PP. italianos José Cataldino y Simón Mazeta, quienes fundaron en 1610 las dos reducciones de Loreto y San Ignacio Miní, las primeras de las 13 que llegó á tener esa región en el espacio de veinte años, he aquí que Lugones da por terminada su relación de los trabajos de los jesuitas. ¿Por qué? ¿acaso no le interesa más á su propósito de detallar la historia de la marcha progresiva de los jesuitas en sus fundaciones, á partir de 1610, que la de sus insignificantes tareas preliminares entre 1588 y 1609?

Sin embargo, nada de lo anteriormente apuntado se dice en el libro, dejándose en el más absoluto silencio la conquista religiosa del Guayrá, cuyas trece misiones sólo son mencionadas de paso dos ó tres veces con el exclusivo objeto de decirnos que fueron destruídas. ¡Pero alguna vez debieron ser fundadas! En *El imperio jesuítico* eso se calla.

Y, lo que es más deplorable, el mismo procedimiento ha seguido al referirse á las misiones del Paraguay. ¿Cómo se hizo la colonización jesuítica, cómo se extendió desde la fundación de San Ignacio Guazú, en 1611, por los P. P. Lorenzana y San Martín? No lo sabemos: el libro lo pasa en silencio, y si los nombres de Lo-

renzana y Mazeta aparecen es por otros motivos menos importantes. El asunto de la obra, mil razones de método, de claridad, de precisión, el hecho de que se haya el autor ocupado de los trabajos preliminares de los jesuitas, todo eso le obligaban á hablar de los avances progresivos de la conquista espiritual, sólo fuera en pocas páginas bien definidas.

Pues bien, de estos datos que la índole de la obra requería, sólo se nos dice en el libro, aparte las mencionadas referencias á las misiones del Guayrá:

«Las orillas del Yababirí adonde arribaron por último los emigrados (*del Guayrá*) sustentaban diez reducciones desde 1611. Allí fueron acogidos, empezando recién con su establecimiento la existencia firme del núcleo central del Imperio, y las fundaciones definitivas que, andando el tiempo, serían los treinta y tres pueblos célebres. Las trece primeras recibieron los mismos nombres que las abandonadas de la Guayra, estribando en esto, sin duda, los errores cronológicos de Azara y de sus secuaces»... (pág. 162)

Párrafo que contiene dos errores de detalle:

1.º Esas 10 reducciones (yo cuento 11, tal vez porque Lugones calla la de Natividad del Acaray que dan todos los mapas), no estaban propiamente dicho á orillas del arroyo Yabebirí, sino repartidas en una dilatada extensión, que va desde el Tape hasta el río Paraná y desde el Tebicuary al Ibicuhy.

2.º Tampoco es cierto que á raíz de la emigración del Guayrá, las trece primeras misiones que se fundaron en las cuencas del Paraná y el Uruguay recibieran los mismos nombres que las abandonadas: una rápida confrontación demostrará que *no todos* los nombres volvieron á aparecer.

Ese error de método que ha hecho callar al autor lo más fundamental de la conquista jesuítica, cual es la época de sus comienzos, su marcha lenta pero firme durante los primeros años, sus núcleos de irradiación, los nombres de sus esforzados fundadores, etc., es la deficencia más importante que se puede señalar en este hermoso libro, tan completo si se le mira desde otros muchos puntos de vista.

Y basta ya. Mi lápiz aquí se ha detenido en su roedora tarea, por fortuna, bastante breve. Más largo tiempo me ocuparía, al contrario, la de expresar las gratas impresiones que la lectura de esta sólida obra me ha reportado, y aún la verdadera admiración en que por instantes me ha sumergido esa pluma que es paleta y cincel á un tiempo mismo y que tiene también todo el macho vigor, la bravía aspereza, la filosidad cortante de una garra.

ROBERTO F. GIUSTI.

NOTAS Y COMENTARIOS

Advertencia.—Dificultades imprevistas que se opusieron á la salida del número 10 en el plazo fijado,—lo que comunicamos en su oportunidad á nuestros suscritores—y los deseos de la Dirección de dar á sus lectores un drama completo de algún autor nacional, la han determinado á reunir los dos números sencillos de Mayo y Junio (10 y 11) en uno solo doble, de 128 páginas, restableciendo así su normalidad en la aparición de los números subsiguientes.

La dirección se vé, por lo tanto, obligada á pedir disculpa á sus lectores de esta involuntaria demora en la salida del número de Mayo, subsanándola mediante la determinación antedicha, y también á sus colaboradores, por la tardanza que se origina en la publicación de sus producciones, explicable tardanza si se piensa que la capacidad de cada número no basta, con ser mucha, para dar cabida á todos los artículos dignos de publicación que á esta mesa de redacción llegan mensualmente de aquí y del extranjero.

Por esta razón esperamos nos disculparán los siguientes colaboradores cuyas producciones aparecerán en los números próximos: Srta. Clotilde Guillén y señores José León Pagano, Ricardo Rojas, Juan Aymerich, Ricardo Levene, Juan Julián Lastra, Eloy Fariña Núñez, Arturo Pinto Escalier, Nerio A. Rojas, etc.

Ricardo Rojas.—Este distinguido escritor argentino, nuestro colaborador, de quien oportunamente nos hemos ocupado en los números anteriores, está por terminar su gira por Europa, para volver en breve á estas tierras.

Con interés afectuoso de compañeros le hemos seguido en su provechoso viaje á través de los países del viejo mundo de más antigua cultura, de los cuales nos ha transmitido de contínuo sus impresiones en sus interesantes correspondencias á *La Nación*, habiéndonos sido dado observar con verdadero placer no exento de un cierto orgullo de compatriotas, la favorable acogida que por doquier se le ha hecho, sobre todo en la madre patria, cuyos periódicos más importantes se han disputado la publicación de sus composiciones poéticas. Y, como otro más de sus éxitos, nos comunicaba el telégrafo últimamente, la conferencia dada por él sobre Olegario Andrade en el Ateneo de Madrid, ante un auditorio selecto, cuya autoridad realzaban personalidades literarias de

tanta importancia como Emilia Pardo Bazán, Rubén Darío, José Santos Chocano y Francisco Grandmontagne.

Nuestras efusivas felicitaciones para el amigo y el poeta.

Palabras de aliento.—Max Grillo, conocido literato colombiano, de quien publicamos en el núm. 3 un bellísimo artículo sobre don Miguel de Unamuno, nos escribe una afectuosa carta, de la cual transcribimos los siguientes párrafos que nos alientan á proseguir en la labor emprendida, y que dicen de la halagüeña simpatía con que va siendo acogido en toda América, nuestro modesto esfuerzo por estrechar los vínculos intelectuales que á las demás naciones hispano-americanas nos unen: «Laudable por todos los conceptos es la publicación de Vds.; palestra para los jóvenes ingenios de esa próspera Nación; lugar de cita de los escritores sudamericanos donde se den á conocer unos á otros; lazo de confraternidad que puede dar resultados trascendentales en el acercamiento de nuestros pueblos. Ya es tiempo que la Argentina se dé cuenta de que está llamada á asumir la dirección de las demás Naciones de origen hispano. Yo sueño en verla á la cabeza de Sud América, con legítima hegemonía. En la realización de este ideal las publicaciones como «Nosotros» llenan un hermoso deber. Tenemos que conocernos, ante todo.»

Un nuevo colaborador extranjero.—Es éste el señor Emile Duprat, distinguido profesor francés, quien se encargará regularmente desde la fecha de la información bibliográfica sobre las novedades filosóficas y religiosas que aparezcan en Francia, como asimismo mantendrá al corriente á nuestros lectores del actual movimiento filosófico de dicho país, mediante estudios sucesivos que enviará sobre sus más ilustres representantes.

El señor Duprat tiene á su cargo la misma sección en la importantísima revista *Cultura Española*, cuyos últimos números publicaban un detenido estudio de él sobre Bergson; y colabora tambien asiduamente en otras varias renombradas publicacaciones, tales como *Coenobium*, y la *Revue de Philosophie*, revelando en todos sus escritos el espíritu sagaz que ya pone de manifiesto en las breves pero jugosas notas que en este número aparecen.

Miecio Horszowski.—Miecio Horszowski, el pequeño y prodigioso concertista polaco de quien nos ocupáramos no hace aún tres meses, acaba de experimentar una gran desgracia: la muerte de su madre. Así Miecio queda privado, no solamente de la madre que él adoraba, sino también de la persona que antes que ninguna otra le inició con inteligencia y amor en los grandes triunfos de su excelso arte. La pobre señora ha muerto á los 39 años, en Cannes, donde Miecio había adquirido una villa para reposar de las fatigas de sus conciertos.

LIBROS RECIBIDOS.—Max Grillo: «Raza vencida».—Tragedia en dos actos.—Prefacio del autor.—Bogotá (Colombia)—1905.

Luis C. López: «De mi Villorrio». — Prólogo de Manuel Cervera.—Madrid—1908.

Carlos Olivera: «Mujeres de Ibsen».—La Plata—1908.

Francisco Ramos Mejía: «Rosas y su tiempo»—Segunda edición corregida.—Tres tomos. — Buenos Aires.—Félix Lajouane y Cía., editores—1907.

Juan B. Ambrosetti: «Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de «La Paya» (Valle Calchaquí.—Provincia de Salta) —Facultad de Filosofía y Letras.—Publicaciones de la Sección Antropológica—Nº 3, (1ª parte.)—Buenos Aires.—1907.

Justo González Hervás: «Vértigo en altura».—Novela.—Prólogo de José Francés.—Madrid.—Librería de Gregorio Pueyo.—1908.

«Los derechos de la Salud».—De este hermoso drama de Florencio Sánchez, que Nosotros publicó íntegro en el número 6, se ha ocupado extensamente la antigua y conocida revista de Florencia *La Rassegna Nazionale* en su número de la primera quincena de Abril, analizando su argumento y aplaudiendo ciertas apreciaciones sobre él vertidas en el aludido número de Nosotros por los señores Bunge y Bianchi.

Es este un hecho digno de ser recordado, así porque constituye un timbre de honor para Nosotros, cuyas publicaciones comienzan á ser transcriptas y comentadas en el extranjero, como porque redunda en mérito de nuestro arte teatral, que tiene en Sánchez su columna más sólida. Y á este propósito recordemos también que *Nuestros hijos*, una de las últimas y mejores obras dramáticas del afamado dramaturgo, será en breve representada en su versión italiana, por la compañía de Ettore Berti y Gemma Caimmi, en el Teatro Urquiza de Montevideo.

Nosotros.

NOSOTROS

LOS COLEGAS

(Conclusión)

ACTO TERCERO

El despacho del doctor Blasco, en su casa de Buenos Aires. El mueblaje es cómodo y hasta elegante; un escritorio, bibliotecas, un sofá, sillones, luz eléctrica..... Sobre el escritorio, que está en segundo término á la izquierda, un florero con flores frescas. Una puerta á la izquierda, que se supone comunica con el consultorio; otra á la derecha, que debe comunicar con las habitaciones interiores; y una última en el medio, al foro. Por ésta, completamenta ablerta, se ve un vestíbulo, que sirve de sala de espera del consultorio y del despacho. Hay allí una pequeña mesa circular, con albums, revistas y una planta de helechos. Junto á la mesa, un par de sillas.

ESCENA I

MARIO Y DESPUES DOÑA EMILIA

(Mario está sentado ante su escritorio, escribiendo. A poco entra doña Emilia por la puerta de la derecha; está muy pálida y evidentemente enferma y débil; se apoya en un bastón. Al verla entrar, Mario se sorprende, se pone rápidamente de pie y acude presuroso á sostenerla. Tomándola de la cintura la conduce á un sillón).

MARIO *(sentando á su madre en el sillón y arreglándole cariñosamente unos almohadones en el respaldar).*—¡Cómo, mamá!... ¡Te has levantado contra mis prescripciones, y te vienes sola hasta aquí!...

DOÑA EMILIA.—Sí, hijo; estoy harta de cama. Necesitaba distraerme un momento... Por eso he venido á verte trabajar. Continúa, pues. No quiero interrumpirte, sino contemplarte.

MARIO *(cerrando las puertas de la izquierda y la derecha)* —Es una imprudencia esta escapada. Debieras ser más razonable. Pareces un chico.

Doña Emilia.—Eso querría ser, al sentirme ahora tan viejita y enferma: una chica mimada, mimada por ti.

Mario *(ante la puerta del foro)*.—¿Sientes frío, mamá?

Doña Emilia.—No. Deja abierta esa puerta para que entre aire. *(Aspirando con fuerza)*. ¡Aire, aire es lo que necesito!—Y tú sigue trabajando y déjame tranquila. *(Tose ligeramente y se lleva el pañuelo á la boca)*.

Mario *(sentándose á su lado)*.—No tengo nada urgente que hacer.

Doña Emilia.—Entonces, ya que me siento tan bien esta tarde, vamos á hablar un momento de tus asuntos.

Mario.—Ya sabes que mis asuntos están felizmente resueltos.

Doña Emilia.—No, hijo. Tus asuntos no están todava resueltos. Tú me lo dices siempre para no alarmarme, y yo finjo creerte para tranquilizarte... *(Pausa breve)*. No, hijo. Tus asuntos no están resueltos. Pero yo sé que se resolverán pronto, y á tu entera satisfacción. He pensado mucho sobre eso, y creo que no puede ser de otro modo.

Mario *(echándolo á broma)*.—Dime siquiera de qué asuntos se trata...

Doña Emilia.—Primero, de la causa sobre el robo del hospital. Después, de la cuestión de honor que dejaste pendiente con Vilana. Y por último... de algo que yo me sé y no te lo digo.

Mario.—Pues de todo eso... sólo me intriga lo que tú te sabes y no me dices. No se me ocurre qué puede ser... ¡Estás tan enterada!

Doña Emilia.—Pues también sé que esperas de un momento á otro el fallo del juez... Y que si te es favorable, estás decidido á saldar inmediatamente cuentas con Vilana.

Mario *(sorprendido)*.—Sabes más que yo...

Doña Emilia.—Y aún más de lo que te digo. Sé que el fallo condenará á Rosales y te absolverá, declarando que la causa no afecta tu honor...

Mario.—No era eso difícil de presumir.

Doña Emilia.—Y sé que Vilana te dará espontáneamente una satisfacción y tal vez antes del fallo, en cuanto lo presuma.

Mario.—¿Por qué?

Doña Emilia.—Porque le conviene, si quiere seguir en la facultad, donde tu renuncia no puede ser aceptada.—No tienes más que cruzarte de brazos y esperar. Si tomaran esa actitud de espera los hombres exasperados, ¡cuántos errores se evitarían! *(Una pausa)*.

Mario.—Pues tienes razón. Vilana y Ferrando me han enviado un emisario, preguntándome si podía recibirlos... amistosamente.

Doña Emilia.—Los recibirás, supongo. A enemigo que huye...

MARIO.—Más creo en una amnistía y hasta en una estratagema que en una huída... Pero, sea como sea, los recibiré. *(Pausa breve).* Quedamos, pues, en que todo acabará bien para mí. "Fin bueno, todo bueno". Debes alegrarte. Y espero que la satisfacción ayudará tu convalescencia. Harás el esfuerzo de vivir para verme vencer. Siempre he tenido la superstición de que nada acaece en la vida con más oportunidad que la muerte. Se vive... cuando el porvenir nos reserva goces. Se muere... cuando el porvenir sería una noche sin aurora.

DOÑA EMILIA.—¡Hijo mío, no nos hagamos ilusiones sobre mi enfermedad! *(Tose otra vez ligeramente, y vuelve á pasarse el pañuelo por la boca, con lentitud).* Esto marcha, y creo que acabaré muy pronto. Tú como médico debes saberlo mejor que yo.

MARIO *(con fingida alegría).*—Pues como médico sé que pronto vas á sanarte.

DOÑA EMILIA.—Nueva mentira piadosa, Mario, con la que ni me engañas ni te engañas á ti mismo. *(Cambiando de tono).* Precisamente, me he levantado hoy porque quiero hablarte de cosas importantes, para tí y para mí. Acá me parece que podré hacerlo mejor que en la cama. Tal vez sea esta la última conversación seria que yo pueda sostener contigo...

ESCENA II

DICHOS Y UNA CRIADA

UNA CRIADA *(entrando por el foro con una carta en la mano).*—Una carta para la señora.

MARIO *(levantándose y tomando la carta).*—Démela usted, ¿No tiene contestación?

LA CRIADA.—No; ha venido por correo.

MARIO.—Está bien. Gracias. *(Sale la criada por el foro).*

DOÑA EMILIA.—Leeme tú esa carta, hijo. Yo no tengo anteojos para leerla... ni cabeza.

MARIO *(después de leer la carta, y quedando de pie).*—Son tres líneas muy cariñosas de Pura... Contesta una tarjetita que le enviaste ayer, el día de su cumpleaños... *(Pausa breve).* ¿Y cómo no me dijiste que querías escribir á esa niña?

DOÑA EMILIA.—Porque tú no me lo hubieras permitido y yo no tenía fe en lo que tú escribieras en mi nombre, estando tan enojado con la familia de Arval.—¿Qué me dice Pura?

MARIO *(dejando la carta sobre el escritorio).*—Dice que va á venir hoy á verte. *(Pausa breve).* Pero tú no puedes recibir todavía ninguna visita. Estás demasiado débil. La conversación te haría mal. *(Toca el timbre).* Voy á dar orden para que no la hagan entrar.

DOÑA EMILIA *(con vivacidad insólita en su estado de pos-*

tración).— Sí. Que la hagan entrar. Tengo que hablar con ella... *(A la criada, que entra por el foro).* Espero una visita, la señorita Pura... Si viene, voy á recibirla aquí. *(Sale la criada).*

MARIO *(contrariado).*—¡Sería una locura!

DOÑA EMILIA.—Todas las cosas verdaderamente buenas y hermosas parecen locuras *(Pausa breve). (Mostrando á Mario un medallón que lleva en el pecho).* Quiero ofrecerle unas cartas y esta miniatura de su madre. Tú se lo entregarás todo cuando yo muera. *(Sacándose el medallón y pasándoselo á Mario).* Mira que linda era mi amiga Carmen. Este es su mejor retrato.

MARIO *(contemplando la miniatura del medallón).*—Era realmente muy linda.

DOÑA EMILIA.—¡Y tan inteligente, tan buena!

MARIO *(pensativo y para sí mismo, contemplando siempre la miniatura).*—Pura se le parece. Tiene la misma belleza y la misma expresión de inteligencia y de bondad, que no he encontrado en ningún otro rostro humano.

DOÑA EMILIA.—Pues es de Pura y de los Arval de quienes quería hablarte. *(Mario devuelve la miniatura, hace un gesto de viva contrariedad y comienza á pasearse por la pieza; pero lentamente á causa del estado de doña Emilia, para no molestarla).* A ellos se refería eso que me sé y que tú te ignoras...

MARIO.—Sabrás que Silvia se casa con Téllez; la noticia ha aparecido en todos los diarios. Sabrás también, puesto que te lo he dicho, que á mí ahora me es completamente indiferente ese casamiento. Silvia no es capaz de comprenderme; nunca me hubiera hecho feliz . Hasta me alegro del triunfo de Téllez. En su círculo de títeres, él es casi un hombre.

DOÑA EMILIA.—No se trata ya de Silvia, sino de Pura...

MARIO.—Es también de la familia.

DOÑA EMILIA.—... Y de tí.

MARIO *(parándose y recostándose contra el escritorio).*—¡De Pura y de mí!... Pura siempre ha sido buena y gentil. Se ha portado hasta generosamente conmigo. Pero de ahí no puedes inducir que debamos casarnos. *(Ríe un tanto forzadamente).* Ni ella ha pensado en casarse conmigo, ni yo con ella... Ni con nadie. Me quedaré solo, para cuidarte.

DOÑA EMILIA.—Poco tiempo tendrás ya que cuidarme, mi pobre hijo; siento muy próxima la muerte. Seamos valientes ante la muerte. Y ser valiente ante la muerte es pensar en la vida, en la vida de los que quedan. *(Movimiento de protesta en Mario).* ¡No te alarmes, hijo! No voy á darte consejos patéticos. Lejos de eso, quiero hacerte la agradable revelación de un pequeño descubrimiento que he hecho.

MARIO.—Un descubrimiento, y agradable, ¡te felicito!... No se hacen tales todos los días.

DOÑA EMILIA.—He visto algo que no vieron tus ojos, y quiero abrírtelos yo antes de que tú cierres los míos.

MARIO.—¿Y qué quieres hacerme ver, madre?

DOÑA EMILIA.—El porvenir. Mira un poco hacia atrás... Mirando hacia atrás es generalmente como se ve hacia adelante. *(Pausa breve).* ¿Has olvidado que cuando eras niño tuviste una noviecita?

MARIO *(ligeramente emocionado).* No lo he olvidado, mamá. Cuando éramos chicos jugábamos siempre á los novios con Pura Brest.

DOÑA EMILIA *(después de un nuevo acceso de tos, leve como los anteriores).*—Y en cuanto creciste y te apuntó el bozo sobre el labio, se acabó el juego. Miraste á la amiguita con la indiferencia del hombre hecho y derecho.

MARIO *(interrumpiendo).*—Siempre fuí amigo de Pura.

DOÑA EMILIA.—Murió Carmen, y Pura fué recogida por la familia de Arval. Entonces dejaste de ver largos años á la amiguita de tu infancia... Y cuando te encontraste de nuevo con ella, te enamoraste ó creíste enamorarte de su prima Silvia... ¿No es así?... *(Mario asiente con la cabeza).* Hubo un momento en que estuviste suficientemente ofuscado para creer que Silvia te quería... ¡Y la que siempre te quería en secreto era la pobre Pura! *(Pausa breve).* Este es mi descubrimiento.

MARIO.— ¿Cómo lo hiciste?

DOÑA EMILIA.—Porque soy tu madre, porque conozco á Pura, porque soy mujer... *(Pausa).*

MARIO.—Pues si eres mi madre, si me conoces á mí, si tienes intuición de mujer... sabrás que yo no estoy enamorado de Pura.

DOÑA EMILIA.—¿Quién sabe?... ¡El corazón tiene sus sorpresas!... ¡El amor sabe disfrazarse tan bien, de amistad, de compasión, hasta de odio!... Tal vez tú mismo no te conoces todavía... Lo malo fué que Pura era una victoria que se te brindaba demasiado fácil. Necesitabas lucha y obstáculos; los hallaste en Silvia, y por eso te propusiste conquistarla.

MARIO.—Te he dicho que nunca pensé en Pura.

DOÑA EMILIA.—Lo dices, sí; pero lo repites demasiado... Y lo repites porque tienes miedo de quererla. Así, cuando eras chico y te perdías en la obscuridad, silbabas para darte valor.

LA CRIADA *(entrando por el foro).*—La señorita Pura. Pregunta si la señora puede recibirla...

MARIO.—Iré yo á decirle que todavía no puedes recibir visitas, que vuelva más adelante...

DOÑA EMILIA.—¿Cómo médico ó cómo hijo me prohibes verla?

MARIO.—Como médico... y como hijo.

DOÑA EMILIA.—Pues yo, no como tu enferma sino como tu madre, quiero recibirla, ¿has oído?... ¡Quiero recibirla! *(Pausa).*

MARIO *(á la criada).*—Dígale usted que pase. *(Sale la*

criada). (Palmeándole la espalda á doña Emilia y haciendo ademán de irse). Te dejo sola con ella...

Doña Emilia *(tomándole de un brazo).*—Quédate tú también. Ayúdame á atenderla. Es quizá la felicidad que viene á esta casa.

Mario.—¡Pobre mi felicidad si dependiera de la familia de Arval!

La criada *(entrando por el foro).* Por aquí, señorita. *(Entran por el foro Pura y miss Dolly. Mario se adelanta á saludarlas. La criada sale).*

ESCENA III

DICHOS, PURA, MISS DOLLY Y DESPUES LA CRIADA

Mario *(dando la mano á Pura é indicándole á doña Emilia)* —Ahí está mamá, que la esperaba á usted. *(Pura abraza á doña Emilia. Miss Dolly saluda á Mario y á doña Emilia con una ligera reverencia).*

Doña Emilia.—¡Cuánta amabilidad, venir á ver una vieja enferma!

Pura.—¿Cómo se encuentra usted, Emilia?

Doña Emilia.—Estoy mejor... desde que tú estás aquí.

Mario.—Siéntese, Pura.

Pura *(á miss Dolly, indicándole la puerta del foro).*—Ruégole, miss Dolly, que me espere un momento en el vestíbulo.

Mario *(á miss Dolly).*—Ahí tiene usted ilustraciones inglesas para entretenerse mientras espera.

Miss Dolly *(bajo á Pura).*—¡Cómo no me dijo usted, señorita Pura, que venía á casa del señor Blasco!... Tal vez no le guste á la señora Laura...

Pura.—Tranquilícese, miss Dolly, que yo no he de comprometerla... *(Indicándole otra vez el vestíbulo).*—Y tenga la bondad de esperarme un momento.

Miss Dolly *(encaminándose al vestíbulo).*—Por lo menos, no tarde usted mucho, señorita Pura. *(Miss Dolly vuelve á hacer una ligera reverencia, pasa al vestíbulo, cálase los lentes, toma algunas revistas, y sale con ellas por el foro. Supónesela de espera en el vestíbulo, leyendo en un sitio no visible desde el despacho. Pura, á indicación de Mario, toma asiento junto á doña Emilia. Mario queda de pie).*

Mario.—Por casualidad, Pura, encuentra usted levantada á mi madre, que recibe esta visita sólo por ser suya.

Doña Emilia.—¿Cómo?... ¡Ahora se tratan ustedes ceremoniosamente de "usted", cuando se tutearon desde que aprendieron á hablar!

Mario.—Es que Laura prohibió á Pura que se tuteara con ningún mozo, incluso conmigo, ¡especialmente conmigo!...

PURA.—Sin embargo, yo siempre te he tuteado, Mario, y no por desobedecer á tía Laura, sino porque nunca podría acostumbrarme á tratarte de "usted". Pero si tú... pero si usted se empeña en que lo trate de usted, desde que rompiste con nosotros...

MARIO.—No tengo ningún empeño de que me trates de este ó aquel modo. Ya que te dignas tratarme, trátame como quieras.

PURA *(con lágrimas en la voz)*.—No seas rencoroso, Mario, y perdona á Silvia y á tía Laura, ¡y perdóname á mí también!

DOÑA EMILIA *(acariciando la mano de Pura)*.—¡Vaya!... No se peleen ustedes. *(A Pura)*. Mario y yo te hemos querido siempre como quisimos á tu madre. No puedes figurarte el gusto que me da tu visita. *(Tose)*. *(Cambiando de tono)*. ¿Qué noticias me traes? ¿Has encontrado novio, como tu prima Silvia?

PURA.—Ni lo busco, ni lo hallaré sin buscarlo...

DOÑA EMILIA.—Me han dicho que un colega de Mario, el doctor Vilana, te festeja asiduamente.

PURA *(ruborizándose)*.—Quizá menos que con nadie me casaría con Vilana. *(Mario toma unos papeles del escritorio y parece revisarlos)*.

DOÑA EMILIA.—Sin embargo, todo el mundo pondera á Vilana. ¿Por qué con él menos que con nadie?

PURA *(á media voz)*.—Porque lo conozco demasiado.

MARIO *(levantando la cabeza)*.—¿De verlo en fiestas?

PURA *(después de una pausa)*.—¿Para qué esa pregunta, Mario? Digo que con él menos que con nadie, y aunque lo apoye mi tía Laura, tengo mis razones... *(bajando la voz)*. Bien sabes que tuve una oportunidad de conocerlo... y que esa oportunidad no fué una fiesta.

MARIO.—¿Ultimamente en Mar del Plata, cuando su incidente conmigo?

PURA.—Sí.

MARIO.—Pues si lo desechas por esos sentimientos de... emulación... que le supones, nunca te casarás con nadie. Todos los hombres los sienten.

PURA.—¡Todos, no!... Tú no los sientes.

MARIO.—Tal vez no los revelo del mismo modo; pero los siento...

PURA.—No es cierto. Tú no los sientes, Mario.

DOÑA EMILIA.—Tienes razón, Pura; él no es capaz de sentir envidia.

MARIO.—En todo caso, un hombre, por sentir ó no envidia en sus luchas por la vida, no será más ó menos capaz de hacer feliz á su mujer.

DOÑA EMILIA.—Según quien sea esa mujer. Para ser feliz.

la esposa debe apreciar al marido. Hay mujeres que jamás apreciarán un hombre de bajos sentimientos.

MARIO.—Las mujeres más nobles se han enamorado á veces de los hombres más viles.

PURA.—¡Hay tantos modos de enamorarse!...

MARIO.—Sea como sea, "nadie puede decir de esta agua no beberé". Yo estoy perfectamente convencido, Pura... de que acabarás casándote con Vilana.

PURA.—Todo puede ser.

MARIO.—Seguirás el ejemplo de tu prima Silvia: el casamiento razonable. La acción constante de tu tía dominará poco á poco tu voluntad. Es la gota de agua que horada la piedra.

PURA.—Todo puede ser. Pero ni Téllez es Vilana... ni yo soy Silvia.

MARIO.—¿Y estará Silvia tan enamorada de su novio como lo estuvo de mí?

DOÑA EMILIA.—¡Mario, no toques ese tema!.

MARIO.—¡Felicítales á ella y á él de mi parte! Cuando tú entrabas, decía yo á mi madre que Téllez es el mejor... en su círculo.

PURA *(sonriendo)*.—En el "reino de los ciegos", quieres decir... Téllez es sin duda un sujeto bueno é inteligente; pero... ¿Cómo te diré?... Es un *dilettante*, solamente un *dilettante*, en su estancia, en las letras, ¡en la vida!... Parece mandado hacer para Silvia. *(Seria)*. El también te aprecia á ti. Ha de venir á saludarte uno de estos días.

MARIO.—Tendré mucho gusto... Como no es mi colega, no es mi enemigo.

ESCENA IV

DOÑA EMILIA, MARIO, PURA Y LA CRIADA

LA CRIADA *(entrando por el foro)*.—Un señor pregunta por el doctor... Dice que viene de los tribunales.

MARIO.—Hágalo pasar al consultorio y dígale que me espere. En este momento estoy ocupado. *(La criada sale)*.

DOÑA EMILIA.—Vendrán á notificarte la sentencia definitiva...

PURA.—Por mí no te detengas, Mario...

MARIO.—¿Tienes mucha prisa en conocer la resolución de los jueces?... Yo creí que tú no eras de los que dudaban de mí. Te suponía segura de que la sentencia no puede ser sino favorable á mi parte. Pero este apuro tuyo prueba que, en el fondo, tenías tus vacilaciones y deseas salir de la curiosidad...

PURA.—Eres injusto conmigo, Mario. ¿Cómo iba á tener dudas y vacilaciones, yo, que me he criado contigo, y que te conozco á mí misma, casi más que á mí misma?

MARIO *(conmovido á pesar suyo).*—Gracias, Pura.

PURA.—Y, á pesar de tu sospecha contra mi amistad, insisto, Mario, en que no te detengas por mí y vayas á conocer los términos de la resolución del juez... de esa resolución que no puede menos de serte favorable.

MARIO *(encaminándose á la puerta de la izquierda).*—Voy entonces... *(Desde la puerta).* Hay tanta estupidez y tanta perversidad en el mundo, que todavía puedo traerles una mala noticia.

PURA.—No es posible. *(Pausa breve).* Ya lo ves. Tú mismo tienes tu duda rebelde y secreta sobre el resultado del juicio.... Pues yo no la tengo, ¡no la tuve nunca!

DOÑA EMILIA.—Yo tampoco. *(Sale Mario).*

ESCENA V.

DOÑA EMILIA Y PURA

DOÑA EMILIA.—Hazme ahora tus confidencias, Pura, como antes... ¿Te acuerdas?... *(Pausa breve.)* ¿Eres feliz en casa de tu tía?

PURA.—¿Hay alguien que sea feliz en el mundo?

DOÑA EMILIA.—Veo ya que no lo eres, mi pobre Pura. ¿Por qué? ¿No te quiere Laura?

PURA.—Sí. Quererme, me quiere, á su modo...

DOÑA EMILIA.—¿Y?

PURA.—Es que últimamente tiene algunas ideas... algunas sospechas...

DOÑA EMILIA.—¿Cuáles?

PURA.—¡Ah, no se las diría!..

DOÑA EMILIA.—Estamos solas.

PURA.—Ni estando sola conmigo me atrevo á decírmelas á mi misma. *(Un silencio.)*

DOÑA EMILIA.—Y los demás, ¿son buenos contigo?

PURA.—Silvia es como una hermana menor.

DOÑA EMILIA.—¿Y Diego?

PURA.—Diego tiene un corazón de oro. Es allí mi mejor amigo. *(Pausa breve.)* Demasiado amigo, segun tía Laura....

DOÑA EMILIA *(extrañada).*—¿Demasiado amigo?... *(Un silencio).*

PURA.—Ya le he dado á usted noticias mías, Emilia. Deme usted ahora noticias suyas y de Mario...

DOÑA EMILIA.—Ya conoces mi situación... A Mario, debes disculparlo si no ha estado bastante cariñoso contigo. ¡Está tan amargado!

PURA.—Es natural. Pasa por una época terrible.

DOÑA EMILIA.—Una de esas épocas de crisis que sobrevienen en la vida de los hombres, hasta de los más dichosos, y

en las cuales se atropellan las penas y los desengaños. Son tormentas desenfrenadas, verdaderos cataclismos del alma... Pero la naturaleza reacciona, y más tarde vuelve á salir el sol.

PURA *(como para sí misma.)* A veces sobre las ruinas del alma.

DOÑA EMILIA *(como respondiendo al pensamiento de Pura).* —En Mario, la tormenta pasará sin destruirlo... Es un hombre de estudio y de pensamiento. Tiene una fuente de vida en sus trabajos, que lo distraen de otras preocupaciones.

PURA.—¡Y no son pocas para Mario esas preocupaciones en estos últimos tiempos!

DOÑA EMILIA.—El rompimiento de su noviazgo, el robo del hospital, el consiguiente escándalo, las cuestiones con los colegas que aprovechan ahora el mal momento para desprestigiarlo, mi enfermedad... *(Tose y se fatiga.)* Una mujer, sólo una mujer que lo comprendiera hubiese podido curar su corazón de tantas heridas y defender su carácter contra tantas amarguras.

PURA *(lentamente.)*—Yo creí que esa mujer fuera Silvia.

DOÑA EMILIA.—Y te equivocaste. *(Tose y se pasa el pañuelo por la boca. Su fatiga crece por grados hasta el final de la escena.)*

PURA *(poniéndose de pié, alarmada)*—¿Se siente usted mal, Emilia?... ¿Quiere que llame á Mario?

DOÑA EMILIA.—No; ya ha de venir. Oyeme antes. *(Cierra los ojos, mareada, y á poco los reabre, como reponiéndose un tanto).* Te equivocaste... Esa mujer no era Silvia... Eras tú. *(Pausa).* Yo se lo he dicho. El no ha querido escucharme; está todavía demasiado resentido con tu familia... ¡Se le ofendió tan gravemente!... Algún rencor debe quedarle contra Laura, contra Silvia, contra todos, ¡hasta contra tí, Pura!... *(Silencio)*

PURA.—Está usted muy fatigada, Emilia... Debe recostarse...

DOÑA EMILIA.—Dentro de un momento... Antes de despedirme de ti quiero ofrecerte unas cartas de tu madre... y esta miniatura. Cuando yo muera, Mario te las llevará... si tú no quieres venir á darme el último adiós. *(La fatiga llega á su mayor grado; doña Emilia pierde el conocimiento).*

PURA *(gritando).*—¡Mario!... ¡Mario!... ¡Pronto acá, Mario!... *(Mario acude corriendo por la puerta de la izquierda, la criada por la puerta de la derecha y miss Dolly por el foro).*

ESCENA VI

DOÑA EMILIA, PURA, MARIO, MISS DOLLY Y LA CRIADA

MARIO *(desabrochándole la bata á doña Emilia).*—No es

nada...un simple desmayo... *(A la criada).* Traiga en seguida una copa de agua de azahar y el agua de Colonia... *(La criada sale apresuradamente por la puerta de la derecha).*

MISS DOLLY *(ofreciendo un frasco de sales que traía en su saco de mano).*—Aquí hay sales, doctor...

MARIO.—Hágaselas aspirar... *(Miss Dolly hace lo que se le indica).*

PURA *(abanicando á la enferma).*—Parece que reacciona...

MARIO *(á media voz).*—Sí. Reaccionará pronto... No me perdono haberla dejado recibir visitas y conversar... ¡Pero estaba tan empeñada en verte!

LA CRIADA *(presentándose por la derecha con la copa pedida y un frasco de agua de Colonia).*—Aquí está el agua de azahar, señor.

MARIO *(dando á beber á la enferma).*—Pura, tú puedes pasarle un poco de agua de Colonia por las sienes... *(Pura hace como se le dice).*

DOÑA EMILIA *(volviendo poco á poco en sí, con voz muy débil).*—Tenías razón, hijo... Estoy muy floja... No debí recibir á Pura... Pero me alegro de haberla visto, ¡me alegro tanto!

MARIO.—No hables, mamá. Te llevaremos á la cama... *(A la criada).* ¿Está preparado el cuarto de la señora?

LA CRIADA.—Sí, señor.

MARIO *(preparándose á levantar á doña Emilia).*—¿Quieres ayudarme, Pura? *(Mario toma de un lado á doña Emilia, Pura del otro, y la llevan por la puerta de la derecha. La criada les abre la puerta y les sigue).*

ESCENA VII

MISS DOLLY Y DESPUES LA CRIADA

(Miss Dolly, muy emocionada, se apoya de pie contra un mueble, huele sus sales, suspira, se alisa el cabello. En seguida entra la criada por la puerta de la derecha).

MISS DOLLY.—¿Cómo sigue la señora? ¿Qué tiene?

LA CRIADA.—Sigue mejor. No ha sido nada. Pronto le pasará...

MISS DOLLY.—¿Y la señorita Pura?

LA CRIADA *(con grosera malicia).*—Ha quedado adentro con el doctor. Y el doctor me encarga le diga á usted que los espere un momento. *(Encaminándose á la puerta de la izquierda y señalándola).* ¿El señor que estaba ahí no ha pasado por acá?

MISS DOLLY.—No.

LA CRIADA.—Me ha dicho el doctor que lo acompañe á la puerta de calle... Voy á eso.

(La criada sale.—Miss Dolly, cuando se siente sola, da una vuelta por la pieza, observándolo todo. Toma la carta de Pura, que estaba sobre el escritorio, le echa una rápida mirada, la deja,y se sienta entre el escritorio y la puerta del foro).

La criada *(apareciendo por la puerta del foro y dirigiéndose á unos señores que están en el vestíbulo).*—Pasen ustedes, señores. El doctor me ha dicho que haga entrar á los que vengan y les diga que lo esperen.

(Entran por el foro Téllez y Diego. Adelantan hasta el primer término de la escena, sin apercibir á miss Dolly, que, al verles, queda como muda y paralizada de terror).

ESCENA VIII

MISS DOLLY, TELLEZ, DIEGO Y LA CRIADA

Tellez *(á la criada, que está á sus espaldas, sin mirarla).*—Tardará mucho en salir el doctor?

La criada.—No, señor. Siéntense ustedes. *(Sale).*

Tellez *(apercibiendo á miss Dolly.*—¡Miss Dolly!

Diego.—¡Miss Dolly, la ingrata, de cita aquí con Blasco!

Miss Dolly *(poniéndose de pie, en una turbación tal que tiene que reponerse un instante antes de hablar).*—Sí... He venido acompañando á la señorita Pura...

Diego.—¿Pura está aquí?

Miss Dolly.—Sí, niño Diego... Está en las habitaciones interiores...

Diego.—¡En las habitaciones interiores!...

Miss Dolly.—Sí, niño Diego... Vino á visitar á la señora madre del doctor Blasco... La señora sufrió un síncope... Tuvieron que llevarla adentro, con el doctor Blasco...

Tellez.—No tiene esto nada de extraño, Diego. Pura ha venido á visitar á su madrina, á quien tanto quiere...

Diego *(visiblemente contrariado).*—Es que mamá se lo tenía prohibido... terminantemente prohibido... ¿No lo sabía usted, miss Dolly?

Miss Dolly.—Algo sospechaba... Pero la señorita Pura me pidió que la acompañase, sin decirme á dónde veníamos...

Diego.—¡Caramba!... Esto es una incorrección de Pura.

Tellez.—No tanto. Su buen corazón la ha traído aquí... Y como caballeros debemos guardarle el secreto.

Diego *(sentándose).*—Lo que más siento es que mamá se dará por ofendida con esta escapada... Fíjate que á ella no le faltan sus motivos, después de lo que pasó en Mar del Plata.

Tellez *(sentándose también).*—Tan grave no es lo que pasó, puesto que tú has venido...

Diego.—Por insistencia tuya.

Tellez *(á miss Dolly).*—¿Por qué no se sienta usted, miss

Dolly? *(Miss Dolly vuelve á sentarse en la misma silla de antes en segundo término, entre el escritorio y la puerta del foro). (A Diego).* Debíamos esta pequeña reparación á Mario. ¡Le hicimos tanto daño, y con tanta injusticia! Yo me acuso de haber sido demasiado condescendiente con sus falsos amigos... ¡con sus verdaderos enemigos!
(Apenas se sentara, miss Dolly tomó al acaso un grueso volumen que estaba sobre el escritorio... Lo abre, mira las láminas, lo cierra violentamente, y lo pone donde estuviera, exclamando á media voz: "Schocking!...).

DIEGO *(que se ha apercibido de lo que pasa á miss Dolly).* —¡Qué imprudencia, miss Dolly! ¿No es ese un libro de medicina?

MISS DOLLY *(con voz que es un suspiro).*—Sí...

DIEGO *(con fingida indignación).*—¡Y usted miraba las figuras!... ¿Cómo se ha atrevido usted á bajar sus castos ojos de doncella sobre las desnudeces y los horrores que se ven en las figuras de un libro de medicina?... ¡Quién lo hubiera creído, Dios mío, quien lo hubiera creído!

MISS DOLLY.—Yo no sabía de qué trataba el libro, ni que tuviera figuras...

TELLEZ *(irónicamente sentencioso).* — La ciencia ó el arte lo disculpan todo. Sólo carecen de disculpa para hacer lo que se les antoja, los que nada saben de ciencia ni de arte. ¡Pobres! No hay mayor mal que la ignorancia... *(Serio á Diego).* Me decías que has venido por insistencia mía... Supongo que no te arrepentirás.

DIEGO.—No. Mario es buen muchacho.

TELLEZ.—Es más. Es un espíritu superior, á pesar de sus niñerías y candideces, ¡y por sus mismas candideces y niñerías!... Los que marchan mirando al cielo no pueden ver los pequeños accidentes de su camino en la tierra; por eso tropiezan fácilmente. Los que no levantamos la vista de la tierra, en cambio, no tropezamos nunca.

DIEGO.—Para mí, esto es una suerte... Ninguna aspiración me compensaría de estarme dando á cada rato de narices contra el suelo.

TELLEZ.—Lo peor es que á esos que llevan la vista fija en lo alto, la envidia les pone obstáculos en su camino, como una trampa para que caigan... Con Mario, sus colegas fueron cobardes y venenosos, verdaderos colegas, ¡hinchados como escuerzos por el *odium medicorum!*

DIEGO.—Será así... Pero debes reconocer que Ferrando y Vilana son buenos sujetos y buenos médicos; pudieron estar equivocados...

TELLEZ.—Son buenos para tí y para mí, que no les hacemos sombra. Son amables amigos y serán honestos padres de familia. ¡Pero no caritativos colegas! He oído decir que nadie, después de los tenores, siente más la rivalidad profesional que

los médicos, y no sólo los de una misma especialidad, sino también de grupo á grupo, y aún de categoría á categoría...

DIEGO.—¿Y los *jockeys*... y los tenorios... y los literatos?

TELLEZ.—Todos son amigos de los demás y enemigos entre sí. Sólo los vagos no tienen enemigos profesionales. ¡Hay tanto espacio para la vagancia!

DIEGO.—¡Qué felicidad para mí ser uno de ellos!

(Mientras Téllez y Diego siguen hablando, miss Dolly parece no poder resistir á la tentación de mirar otra vez las láminas del libro de medicina... Lo toma, y lo deja de nuevo, ruborizada... Espera un rato... Viendo al fin á los dos jóvenes distraídos en su conversación, acaba por abrirlo y distraerse ella también en saborear aquel pequeño fruto prohibido...)

TELLEZ.—Hasta nosotros, los criadores, los *cabañeros*... ¡Si supieras los líos que se arman en cada exposición rural con motivo de la adjudicación de premios á los mejores productos expuestos, y las rechiflas y maldiciones que se llevan los jurados! Por eso yo nunca quise ser miembro del *jury*. Y nada te diría de esos *juries* que, en concursos artísticos y literarios, no juzgan ya toros, caballos y carneros, sino la fiera de las fieras, ¡el hombre!... Si alguna vez, ¡líbreme Dios de semejante desgracia! se me obligara á formar parte de alguno de ellos... ¡créeme!... antes de aceptar me aseguraría la vida.

DIEGO.—Ya que vas á entrar en mi familia, acepta y asegúratela á mi favor, en una compañía seria, ¿oyes?... ¡Me vendría tan bien esa herencia! *(Pausa)*.

TELLEZ *(sério)*.—Mira, Diego, con todo, la vieja *invidia medicorum pessima*, la emulación profesional, es un sentimiento útil... Es una defensa natural é instintiva contra una posible tiranía. Es un contralor para evitar tiranos indignos... Porque un hombre que impone sus ideas es siempre un tirano.

DIEGO.—¡Ahora salimos con eso!... Acabarás ponderando la envidia...

TELLEZ.—Veo el pro y el contra. *(Pausa breve)*. Además de ser útil á la sociedad, esa envidia profesional es útil al envidiado. Le estimula para alcanzar el triunfo definitivo. Y cuando definitivamente lo alcanza, los mismos que le tiraban piedras le queman incienso. El hombre superior es como una pelota de goma. Cuanto con más fuerza se le arroja contra el suelo, más alto rebota.—Tarde ó temprano el egoísmo individual reconoce el mérito, por su utilidad para todos.

DIEGO.—Más bien tarde que temprano...

TELLEZ.—Cierto. Muchas veces el triunfo llega después de que el luchador perdió un brazo ó una pierna en la contienda ¡y aún después de que yace tendido en el campo de batalla!

(Mientras Téllez hablaba, Diego se ha acercado en puntas de pie á miss Dolly, y mira agudamente sobre sus hombros el

libro que ella hojea... Absorta en su libro, miss Dolly no lo ha apercibido).

DIEGO.—¡Miss Dolly!... ¡Miss Dolly!... *(Al oirle, miss Dolly cierra rápidamente el libro, lo deja sobre el escritorio, y se pone de pie, roja de confusión). (A Téllez).* ¿A qué no te imaginas lo que leía y observaba miss Dolly en su libro de medicina? *(Dice algo al oído á Téllez, con grandes aspavientos)*

MISS DOLLY *(balbuceante de inocente vergüenza).*—¡No!... ¡Eso no!... ¡eso no!...

TELLEZ.—¿Cómo, eso no?... Fíjese, miss Dolly, que usted no sabe lo que me ha dicho Diego... y "quien se excusa, se acusa".

MISS DOLLY.—Yo miraba... yo leía.

TELLEZ.—No se afane en convencernos de su inocencia, miss Dolly. Estamos de antemano convencidos. A los chicos miedosos les gusta las historias terroríficas, á las mujeres de vida alegre las historias tristes, y á miss Dolly... las estampas de los libros de medicina.

(Entra por la puerta de la izquierda la criada, llevando en las manos una bandeja con un frasco. Se encamina hacia la puerta de la derecha, cruzando la escena en primer término).

ESCENA IX

DICHOS, LA CRIADA, DESPUES ANTUÑEZ Y POR ULTIMO MARIO

DIEGO *(á la criada).*—¿Tardará mucho el doctor?

LA CRIADA.—No sé... Creo que no... La señora ya está mejor... *(sale por la derecha).*

DIEGO *(á Téllez, después de una pausa).*—¿Qué te parece que nos fuéramos?... Yo tengo prisa. Me esperan en el club. Mario no tendrá ahora la cabeza como para recibir nuestra visita. Volveremos otro día. Lo que siento es dejar aquí sola, en la cueva del lobo, ¡y con sus libros llenos de figuras medicinales! á esta encantadora miss Dolly, el ángel de mis horas melancólicas...

MISS DOLLY.—Parece increible que el niño Dieguito tenga ánimo para darme bromas, hallándome en esta situación...

TELLEZ.—No es tan crítica la situación. *(A Diego, después de meditar un instante).* Tienes razón, Diego. Podemos irnos ahora, para volver más adelante. De este modo evitaremos á Pura la desagradable sorpresa de encontrarnos aquí.

DIEGO *(disponiéndose á marcharse).*—Yo me lavo las manos en la cuestión de Pura.

TELLEZ.—Te las lavarás en tu casa... Aquí no veo lavatorio.

MISS DOLLY.—¿Y yo qué hago?... ¿Qué debo hacer yo?

DIEGO.—Esperar á la señorita y acompañarla á casa.

MISS DOLLY.—Pero después, ¿qué diré á la señora?

DIEGO.—Dígale usted lo que quiera. Cualquier cosa que haga Pura, estará siempre bien hecha.

ANTUÑEZ *(entrando por el foro y saludando profundamente).*—Ustedes perdonen, señores... La criada me ha dicho que entre aquí á esperar al doctor.

DIEGO.—¡También Antúñez!... Vendrá á consultarlo sobre su enfermedad crónica...

ANTUÑEZ.—¿Qué enfermedad, señor de Arval? Yo me creía sano...

DIEGO.—La enfermedad de meterse en lo que no le importa...

TELLEZ.—Y de venir á donde no lo llaman.

ANTUÑEZ.—Vengo á traerle la cuenta del hotel de Mar del Plata al doctor Blasco. El se enfadó cuando yo se la pasé... La rompió y dijo que no pensaba marcharse todavía á Buenos Aires... Pero se marchó el mismo día, sin acordarse de pagarla. Y yo, que he venido de Mar del Plata por otros asuntos, aprovecho la oportunidad para cobrarle esa cuentita olvidada.

TELLEZ.—Y para meter las narices en su casa, curiosear un poco, y volverse al hotel con nuevas historias y chismes... ¿No es verdad, ilustre señor de Antúñez?

ANTUÑEZ.—No, señor Téllez, no... ¡Qué falsa opinión tiene usted de este su servidor!...

TELLEZ *(despidiéndose).* — Espere usted ahí al doctor Blasco.

DIEGO *(lo mismo).*—Y respete usted entretanto á miss Dolly, que lo detesta. ¿Ha oído usted? ¡Lo detesta! En otro tiene ella puestos sus cinco sentidos y sus mil amores.

MISS DOLLY *(á Antúñez).*—No haga usted caso, señor...

DIEGO *(á miss Dolly, indicándole á Antúñez).*—De él es de quien no debe usted hacer caso, miss Dolly.

TELLEZ *(desde la puerta, á miss Dolly).*—Ya lo sabe usted, miss Dolly. *(Indicando á Diego).* Si sufre usted de amores *(indicándole á Antúñez),* ahí tiene el remedio...

DIEGO *(interrumpiendo).*—Sólo aquí, aquí puede ponerse al nivel de un *gentleman* un inmigrante fondero. ¡Qué país éste, que país!

TELLEZ *(continuando).*—... Pues tres remedios hay para curarse de un amor desgraciado: la ausencia, la muerte y otro amor. Como Diego no piensa en ausentarse y menos en morirse, no le queda á usted más que el tercer remedio: otro amor. Coquetée usted con Antúñez y se olvidará de Diego. Amor con amor se cura.

MISS DOLLY.—Vaya usted con Dios, señor Téllez... Estoy asegurada contra incendios.

MARIO *(entra por la puerta de la derecha). Hablando bajo á Pura, que ha quedado sin entrar, del otro lado de la puerta).* —Espérame un momento, Pura... Aquí hay gente que es

mejor que no te vea... *(cierra la puerta y se dirige á Téllez y Diego, saludándoles).* ¡Hola!... ¡Ustedes por acá!...

TELLEZ.—Pero en un momento bien oportuno...

DIEGO.—Nos vamos y volveremos otro día...

MARIO.—Me disculparán de que no pueda atenderles ahora... *(salen por la puerta del fondo Mario, Téllez y Diego).*

ESCENA X

MISS DOLLY, ANTUÑEZ Y DESPUES MARIO

ANTUÑEZ.—¡Qué bromistas, esos señores!

MISS DOLLY *(sentándose otra vez junto al escritorio, en actitud displicente).*—¡Oh! son bromas inocentes. Están demasiado contentos de la vida para dar bromas ofensivas.

ANTUÑEZ.—¿Y usted, miss Dolly, está contenta de la vida? *(Pausa, Miss Dolly, considerando indiscreta la pregunta, guarda reserva). (Cambiando de disposición y de tono).* No sabía que usted, miss Dolly, fuera amiga personal del doctor Blasco. Porque supongo que usted habrá venido á visitarle por su cuenta...

MISS DOLLY.—No.

ANTUÑEZ.—Entonces, habrá venido usted acompañando alguna de las niñas, que estará de consulta con el doctor...

MISS DOLLY *(con energía).*—¡No!

ANTUÑEZ.—Entonces, habrá venido usted con algún recado de la señora...

MISS DOLLY *(turbada).*—Sí... He venido á preguntar por la madre del doctor Blasco, que está enferma...

ANTUÑEZ.—¡Conque doña Laura tiene todavía atenciones con el doctor Blasco, después de todas aquellas cosas que se contaban!...

(Mario entra por la puerta del foro, y hace un gesto de sorpresa y desagrado al oir á Antúñez su última frase...)

MARIO.—¿Me esperaba usted aquí, Antúñez?... ¿En qué puedo servirlo?...

(Miss Dolly sale otra vez por el foro, discretamente. Supónese que se sienta en el vestíbulo, de modo que no se la ve por la puerta abierta).

ESCENA XI

MARIO Y ANTUÑEZ

ANTUÑEZ *(saludándole y presentándole la cuenta).*—Venía á saludarle, doctor, y á traerle la cuenta que dejó sin pagar del hotel... Pero si le molesto volveré otro día... cuando usted ordene...

MARIO.—Déme usted esa cuenta.

ANTUÑEZ *(entregándole la cuenta).*—Aquí está con el recibo.

MARIO *(tomando la cuenta, mirándola y sentándose en el escritorio).*—¿Por qué no me la mandó por correo? *(Abre el cajón del medio y saca de él un libro de cheques, donde escribe).*

ANTUÑEZ.—Temía molestarlo, doctor... Como se decían allí tantas cosas, pensé que usted estaría demasiado ocupado para ocuparse de esta bagatela...

MARIO *(dejando de escribir y levantando la cabeza).*—¿Qué se decía?

ANTUÑEZ *(muy satisfecho de la oportunidad de una conversación confidencial con el doctor Blasco).*—Tonterías, doctor, tonterías sin pies ni cabeza. Mentiras de gente envidiosa... bromas de gente desocupada...

MARIO *(levantándose con el cheque firmado, en la mano, curioso de oir hablar á Antúñez).*—¿Qué tonterías?... ¿qué bromas?...

ANTUÑEZ.—Usted podría enfadarse, doctor... Son maldades que no le llegan ni á la suela de sus zapatos...

MARIO.—¡Vaya!... Repítamelas usted amistosamente. Tengo verdadera curiosidad de saberlas... Desde que me vine á Buenos Aires no he hablado con nadie que me las pudiera contar.

ANTUÑEZ.—¡Doctor!... ¡Me pone usted en un aprieto!...

MARIO.—Hable usted no más, con franqueza... Me haría usted un verdadero servicio con informarme. *(En su deseo de ser informado llega hasta palmearle el hombro, lo que sorprende gratamente á Antúñez).*

ANTUÑEZ.—Se decía que la señorita Zulema Rojas...

MARIO.—No me interesa lo que se decía de la señorita Zulema Rojas.

ANTUÑEZ.—Se decía también que la señorita Pura...

MARIO.—Tampoco me interesa lo que se dijera de la señorita Pura.

ANTUÑEZ.—¡Esto sí que le interesa!

MARIO.—No me interesa más que lo que se refiere á mí.

ANTUÑEZ.—Pues se decía que la señorita Pura estaba loca, perdidamente enamorada de usted... Me parece que esto bien se refiere á usted, y no á mí ó al Papa.

MARIO *(interrumpiendo impaciente).*—¿Y qué más se decía?... Cuénteme usted lo que circulaba respecto á mis relaciones con la familia de Arval.

ANTUÑEZ.—No me atrevo, doctor. Eran bromas, más bien bromas que calumnias; bromas que le dijeron á la misma señora doña Laura...

MARIO.—¿Qué le dijeron?

ANTUÑEZ *(luchando entre la tentación y el temor de hablar).*—Le dijeron... le dijeron...

MARIO.—Siéntese usted y cuente, pues, señor Antúñez.

ANTUÑEZ *(quedando de pie)*.—Así estoy bien, señor doctor; gracias. Pues dijeron...

MARIO.—Que yo me burlé de su hija...

ANTUÑEZ.—No, señor doctor.

MARIO.—Que su hija se burló de mí...

ANTUÑEZ.—No, señor doctor.

MARIO.—¿Y?...

ANTUÑEZ.—Dijeron...

MARIO *(ofreciéndole un puro en una caja que estaba sobre el escritorio)*.—¿Fuma usted?

ANTUÑEZ *(tomando el puro y guardándoselo en un bolsillo del chaleco)*.—Gracias, doctor... Pues dijeron... ¡Já, já!... Le dijeron á la señora de Arval... que ella y usted quisieron hacer un negocito con los fondos de la Sociedad de San Vicente y el hospital. Usted se casaba con la niña, y entre suegra y yerno se repartirían las ganancias... Como el pastel se descubrió á tiempo, hubo que romper el noviazgo...

MARIO *(dominando su ira)*.—¿Y quiénes decían eso?

ANTUÑEZ.—No sé, doctor. Algunos bromistas!...

MARIO.—¡Bromistas! ¡Usted los llama bromistas!...

ANTUÑEZ.—En este país se les llama más bien "vivos"... y "locos lindos"...

MARIO.—En este país, como en todos los países civilizados de la tierra, se llaman infames á quienes dicen tales cosas. *(Entregándole el cheque)*. ¿Y sabe usted cómo se llaman aquí á los que las repiten?

ANTUÑEZ *(guardándose el cheque después de mirarlo)*.—No.

MARIO *(indicándole la puerta del foro)*.—Tilingos.

(Antúñez sale después de saludar profunda y amablemente, balbuceando su agradecimiento y sus excusas con frases como estas: "Muchas gracias, señor doctor... Usted disculpe, señor doctor... No lo tome usted á mal..."

(Mientras se retira Antúñez, entra la criada por la izquierda).

ESCENA XII

MARIO, LA CRIADA Y DESPUES MISS DOLLY

LA CRIADA.—Acaban de entrar dos señores. Han insistido mucho en verlo. Dicen que son dos colegas suyos y que ya habían anunciado su visita...

MARIO.—¿Usted no los conoce?

LA CRIADA.—Sí. Ya estuvieron aquí otras veces, el año pasado... *(Sin poder recordar sus nombres)*. Me dijeron que anunciara á...

MARIO.—Ferrando. Vilana...

La criada.—Eso es. Los hice entrar al consultorio y les dije que esperen...

Mario.—Hizo usted bien. Voy en seguida. *(La criada sale por la izquierda). (Asomándose á la puerta del foro).* ¡Miss Dolly! *(Entra miss Dolly). (Indicándole el consultorio).* Están ahí los doctores Ferrando y Vilana. *(Gesto de desagradable sorpresa en miss Dolly).* Me parece conveniente que no se encuentren con ustedes en esta casa, ni las vean salir de aquí... Yo los despacharé en unos pocos minutos. Ustedes esperarán mientras tanto. *(Indicándole las habitaciones interiores).* En esa salita está Pura; vaya usted á acompañarla.

Miss Dolly.—Por favor no les diga usted...

Mario.—*(Indicando otra vez la puerta derecha).*—Vaya usted tranquila y explíquele á Pura... *(Miss Dolly sale por la derecha).*

Mario *(abriendo la puerta de la izquierda).*—Pueden pasar ustedes.

(Entran Ferrando y Vilana. Se saludan todos sin darse la mano. Un silencio).

ESCENA XIII

MARIO, FERRANDO Y VILANA

Ferrando.—Pienso, doctor Blasco, que está en nuestro deber hablar ahora con franqueza y resolver posiciones... Mi norma de conducta ha sido siempre la verdad.

Mario *(de pie, sin ofrecerles asiento).*—Pienso lo mismo, y mi conducta tuvo siempre esa norma. Por eso les he contestado á ustedes, por intermedio de su emisario, que tendría mucho gusto en recibirlos.

Ferrando.—Pues veníamos á felicitar á usted por la terminación del asunto del hospital. Sabemos que Rosales será condenado...

Mario.—Muchas gracias.

Vilana.—Y al mismo tiempo, vengo yo á retirar mis antiguas apreciaciones ofensivas para usted...

Ferrando.—Hemos creído que la mejor solución del asunto era esta entrevista, no dudando que usted, en su casa...

Mario.—No los insultaría, ni los pondría en la puerta de la calle... Así lo he prometido. Estén ustedes tranquilos.

Ferrando.—Y en cuanto á la cuestión de honor, está en el interés de todos evitar un nuevo escándalo...

Vilana.—Yo le escribiré á usted una carta, dándole la satisfacción que merece. Cumplo así con mi conciencia y con una persona que le aprecia y me lo ha pedido...

Mario.—Le ahorraré á usted esa molestia. Doy por terminado el asunto con sus explicaciones verbales. *(Vilana se inclina, asintiendo).*

FERRANDO.—Algo más solicitamos de usted, como colegas, como compañeros de la facultad... Que olvide lo pasado y seamos tan amigos como siempre. *(Pausa breve).*

MARIO.—Eso no. Si ustedes me han pedido franqueza, debo decirles que nunca fueron ustedes mis amigos y que yo nunca olvidaré lo pasado.

VILANA.—Esto es casi amenazarnos con una venganza.

MARIO.—Es sólo anunciarles que tomaré mi desquite.

FERRANDO.—Volvemos así á la situación que desearíamos evitar...

MARIO.—Quedamos así en la situación que ustedes han buscado. *(Un silencio).*

FERRANDO.—¿Puede saberse de qué género será el desquite que usted nos anuncia?

MARIO.—¿Lo sé yo acaso?... Sólo sé que no hay plazo que no se cumpla... La vida tiene sus ironías. *(Pausa breve).* ¡Doctor Vilana, doctor Ferrando, tengan ustedes por seguro que alguna vez nos encontraremos cara á cara y nos hablaremos sin máscara! Y esa vez... el triunfo será mío.

VILANA.—Veníamos como amigos...

MARIO.—Ustedes no han sido ni serán nunca más que mis enemigos.

FERRANDO *(conciliador, como si tratara de hacer entrar en razón á un niño).*—Siempre exagerado usted. O forjándose persecuciones, ó levantando castillos de naipes...

MARIO.—Rato hace que soplaron ustedes sobre mi castillo de naipes. Las cartas están esparcidas sobre la mesa. No hay ya para qué ocultar el juego. Ahora jugamos á cartas vistas.

FERRANDO.—Es usted incorregible.

MARIO.—Aun no siéndolo, ¡no serían ustedes quienes me corrigieran! *(Pausa breve).*

FERRANDO *(á Vilana).*—Habiendo tomado este giro nuestra entrevista, lo más prudente me parece retirarnos...

VILANA *(con ira).*—Y esperar.

MARIO *(sonriendo irónicamente).*—Esperemos. *(Al pronunciar sus últimas palabras, Ferrando y Vilana saludan ligeramente y salen por el foro).*

MARIO *(ante la puerta de la derecha).*—¡Pura!... ¡Miss Dolly! *(Entra Pura).*

ESCENA XIV

MARIO Y PURA

PURA *(ante la puerta).* Aguárdeme todavía un momentito, miss Dolly *(Pura se da vuelta y queda un instante mirándose en silencio con Mario).*

MARIO.—¿Has oído?

PURA.—Sí, á todos.

MARIO.—¿Fuiste tú la que pidió á Vilana?...

PURA.—Fuí yo.

MARIO.—¿Y conocías los cuentos aquellos de Mar del Plata?

PURA *(casi sin voz)*.—Sí... *(Pausa)*.

MARIO.—Pues eres muy valiente...

PURA *(Indicando la puerta por donde salieran Ferrando y Vilana)*.—Parece què no les has perdonado... ¡Cuánto debes haber sufrido, Mario!

MARIO.—Sí, he sufrido mucho Pura. Y tanto, que casi he perdido mi antigua confianza en mí mismo. Ahora soy otro. Me siento también capaz de odios. No pudiendo subir hasta mí, ellos me han rebajado á su nivel.

PURA.—Ese debe ser el peor mal que los malos hagan á los buenos: enseñarles á odiar.

MARIO.—Y eso es lo que no les perdono, lo que no les perdonaré nunca: que me enseñaran á odiar. ¡Era tan cómodo vivir sin odiar! ¡Es tan penoso vivir odiando!

PURA.—Quizá sea un defecto ser demasiado bueno, como eres... Su enseñanza pudiera serte provechosa...

MARIO.—No cambio el provecho por lo que me cuesta. *(Pausa breve)*. Todavía ni se ha pronunciado el juez: se me venía á notificar un trámite insignificante...

PURA.—Ya saldrá la sentencia... La crisis ha de pasar. Y cuando pase, volverás á ser el hombre de antes. Te encontrarás á tí mismo, como quien encuentra una joya que ha perdido.

MARIO.—Sólo con tu ayuda... ¡Soy tan torpe para encontrar lo que pierdo!

PURA.—Mi pobre ayuda la tendrás siempre. ¡Lo que he rezado por tí... no podrás agradecérmelo sino volviéndote creyente!

MARIO.—Creo en ti, Pura... Eso es ya creer un poco en Dios.

(Un silencio. La escena se ha venido obscureciendo con la rapidez propia de una habitación casi cerrada al caer una tarde de otoño).

MARIO *(con voz ligeramente trémula)*.—Estás pálida, Pura... ¿Qué tienes?

PURA.—¿Yo?... Nada. *(Pausa breve)*. ¿Conservas esperanzas de que mejore Emilia?

MARIO.—No. Pronto me quedaré solo, completamente solo en la vida.

PURA.—Es triste. Pero no eres el único que está solo. Muchos hay que siempre están acompañados, y sin embargo viven solos con su alma *(Un silencio)*.

MARIO *(siempre con voz insegura)*.—Mucho te agradezco que hayas venido, Pura, mucho...

PURA.—Pero más me hubieras agradecido que no viniese.

contentándome con mandar preguntar por tu madre. ¿No es cierto? *(Pausa breve).* Dime. ¿no es cierto? *(Pausa breve).*

MARIO *(como quién habla á su pesar, casi mecánicamente, algo que tenía muy pensado).*—Pues que me lo preguntas, no debo ocultártelo... Tú perteneces á una familia con la cual no puedo tener ya relaciones cordiales. *(Silencio).* Por tí, por mí, mejor sería que no hubieses venido.

PURA *(lentamente, con los ojos bajos, como distraída).*—Por mí, me explico... ¡Pero, por tí!... ¿Qué mal puede hacerte mi visita?

MARIO *(conteniendo un arranque pasional).*—¿Para qué venir á despertar en mí ideas... y sentimientos... que pueden hacerme desgraciado?

PURA.—No sé qué ideas ó sentimientos que te hagan desgraciado puedo despertarte... *(Con femenina malicia, alzando los ojos, sonrientes).* ¡Ah, recién me doy cuenta! Diseúlpame... Mi visita te será desagradable porque te recuerdo á Silvia.

MARIO *(bruscamente).*—Eso es. Has puesto el dedo en la llaga.

PURA *(después de una breve pausa, esforzándose por parecer serena).*—Me voy... Es muy tarde... Miss Dolly estará desesperada...

MARIO *(tomándole ambas manos, casi sin voz).* — ¿Te vas?... ¿Te vas para siempre?... No te lo decía yo, Pura?... ¿Para qué has venido á ofrecerme tu amistad, tu compasión?... ¿No pensaste que sólo serviría para exasperarme y entristecerme, esta limosna de ternura que me traes, este mendrugo de cariño que me arrojas como á un perro hambriento?.... ¿Qué consuelo puedes darme tú, pobre esclava de las preocupaciones sociales, que no me ofenda tanto como el desprecio de los tuyos?.... ¿No ves que yo no puedo aceptar tu sacrificio y que tu gesto de caridad me duele y me enrojece el rostro como un bofetón... ¡no ves que yo devuelvo á tu mundo insulto por insulto, desdén por desdén, odio por odio?

PURA.—¡Mario!... ¡tú no tienes el derecho de insultarme!

MARIO.—¡Claro! *(Ríe amargamente).* Yo, el hombre obscuro y trabajador, el desgraciado á quién la sociedad sindica de robo, el ladrón Blasco, no tiene derecho de acusar á nadie, y menos á una pobre niña que aunque lo desprecia también lo compadece!...

PURA.—¡Calla, por Dios, Mario, calla! ¿Estás loco?.... *(Tiembla, llora).*

MARIO.—¿Qué tienes Pura?... Pareces enferma... tiemblas... lloras... *(Mario tiende instintivamente á abrazarla... Ella se aparta con rapidez, pálida como una muerta... Y él deja caer sus brazos y se contiene con un esfuerzo doloroso, como físicamente doloroso. Un silencio).*

ESCENA XV

DICHOS Y MISS DOLLY

MISS DOLLY *(entrando por el foro, á media voz)*—No hay luz... Ya no se ve casi... *(Palpa el marco de la puerta y aprieta un botón de luz eléctrica. La estancia se ilumina. Mario se sienta con la cabeza entre las manos).*

MISS DOLLY.—Señorita Pura, hace ya una hora que estamos de visita, y la señora se enojará tanto cuando lo sepa... Hace un momento estuvieron aquí el niño Dieguito y el señor Téllez...

PURA *(reponiéndose, mas todavía con voz trémula).*—¿Qué dice usted, miss Dolly? ¿Diego y Téllez han estado aquí?

MISS DOLLY.—Sí, señorita Pura. Y se fueron cansados de esperar, mientras usted estaba adentro con el doctor. *(Una pausa).*

MARIO.—Ya lo ves, Pura. Te siguen. Nos espían... Entre nosotros no puede haber ya ni la sombra de nuestra antigua amistad. ¿No tuve yo razón en decirte que hiciste mal en haber venido?

PURA.—No, Mario, no tuviste razón. Ahora tampoco la tienes. *(Pausa breve). (A miss Dolly).* Vamos, misss Dolly. *(A Mario, disponiéndose á salir).* Tengo que pedirte una promesa antes de irme...

MARIO *(bajo á Pura, entusiasta y al mismo tiempo ligeramente irónico).*—¡Es todo un acto de heroismo, Pura, haber venido á ver á mi madre desafiando la cólera de tu familia! Te lo agradeceré mientras viva. ¡Y en agradecimiento cumpliré cualquier promesa que me pidas! *(Al oído).* Aunque sea la de tenderme en la mesa del anfiteatro, para que mis colegas me despedacen.

PURA.—¡Ah!... Lo que tengo que pedirte es bien poco... Que si el estado de Emilia llega á agravarse, me llames para que venga á atenderla en la hora de la muerte, como ella atendió á mi madre.

MARIO.—Te lo prometo.

PURA.—¿Me das tu palabra?

MARIO.—Te doy mi palabra.

PURA *(tendiéndole la mano).*—Adiós, Mario. *(Mario besa largamente la mano de Pura).*

MARIO *(Sordamente).* Adiós, Pura. *(Miss Dolly hace una reverencia á Mario, y sale con Pura por el foro. Mario las acompaña hasta la puerta, y, apoyándose contra el marco, las ve alejarse. Telón).*

FIN DEL TERCER ACTO

ACTO CUARTO

(Una sala en casa de la familia de Arval. Lujo y buen gusto. Hacia el fondo, un piano, cubierto por una rica tela antigua. Profusión de luces y flores. Puertas laterales y otra al foro. Por la puerta abierta al foro se entrevee un follaje de invernáculo).

ESCENA I

DOÑA LAURA Y DESPUES MISS DOLLY

(Doa Laura, vestida con un severo y elegante traje de sarao, inspecciona la sala, preparada como para una fiesta. Mueve algunas sillas, da sus últimos toques á los ramos de los floreros...)...

MISS DOLLY *(entrando por la puerta de la izquierda)*.—¡Señora!...

DOÑA LAURA.—¿Qué hay, mis Dolly?

MISS DOLLY.—La señorita Pura ruega á la señora que la disculpe... Dice que no puede bajar porque tiene dolor de cabeza.

DOÑA LAURA.—¡Eso no es más que un pretexto!... No sé qué pueda tener esa señorita Pura de un tiempo á esta parte, con sus encerronas y sus tristezas... Cualquiera que no me conociese creería que ella es una víctima en esta casa.

MISS DOLLY.—Tal vez esté enferma...

DOÑA LAURA.—Y cuando le he ofrecido llamar al médico, ha puesto el grito en el cielo como si la amenazara con el demonio... Suba usted á decirle que se vista como es debido y baje á recibir á mis invitados. Vendrá alguien para ella. Si no baja, tendré que ir yo misma á traerla. *(Miss Dolly queda parada; tiene algo que decir y no se atreve).* Vaya pronto, miss Dolly; ya es tarde y puede llegar la gente.

MISS DOLLY.—Es que... yo quisiera hablar con la señora...

DOÑA LAURA.—¡Pues despáchese usted, miss Dolly!... ¿Qué tiene usted que decirme?

MISS DOLLY.—Algo serio... Perdóneme si no lo he hecho antes... Hace varios días que deseaba hablar con la señora...

No me apresuré porque esperaba que el niño Dieguito y el señor Téllez hablaran antes...

DOÑA LAURA.—¡El niño Dieguito! ¡el señor Téllez!... ¿Qué tiene usted de común con ellos? ¿Qué secreto misterioso va usted á comunicarme?

MISS DOLLY.—Se refiere á la señorita Pura...

DOÑA LAURA.—Ahora entiendo todavía menos... ¡La señorita Pura, usted, Diego, Téllez, qué cuarteto más original!

MISS DOLLY.—El doctor Blasco...

DOÑA LAURA.—¿También el doctor Blasco?... ¡Entonces es quinteto!

MISS DOLLY.—La señora había prohibido á la señorita Pura que fuese á casa del doctor Blasco á visitar á su madrina...

DOÑA LAURA.—¿Habrá cometido ella semejante inconveniencia? ¡Bien se lo prohibí yo! *(Miss Dolly guarda silencio).* ¿Y usted, cómo se ha atrevido usted á acompañarla sin decirme nada?

MISS DOLLY.—Yo la acompañé sin saber á dónde iba...

DOÑA LAURA.—Usted está aquí á mi servicio. Debe hacer lo que yo mando, y no lo que manda la señorita Pura.

MISS DOLLY.—Lo sé, señora. La señorita Pura me pidió que la acompañara, como otras veces, y como yo no le pregunto nunca...

DOÑA LAURA.—¿Por qué no me lo dijo usted en cuanto estuvieron de vuelta?

MISS DOLLY.—Allí me encontré con el niño Dieguito y el señor Téllez, y pensé que ellos hablarían antes que yo...

DOÑA LAURA *(se pasea agitada).*—¡Eso no tiene sentido común!... ¡Pues no faltaba más!... *(Parándose ante miss Dolly).* Dígale usted á Pura que baje inmediatamente á hablar conmigo. Ya sabe usted que estamos de comida. Ayúdela á vestirse pronto.

(Miss Dolly sale por la puerta de la izquierda; doña Laura se encamina al foro).

DOÑA LAURA.—¡Silvia!... ¡Téllez!... *(Entran Silvia y Téllez, la primera en traje de baile y el segundo en traje de etiqueta).*

ESCENA II

DOÑA LAURA, SILVIA Y TELLEZ

SILVIA *(Acudiendo presurosa).*—¿Llamas, mamá?... ¿Quieres que yo vaya á buscar á Pura?

DOÑA LAURA.—No, hija; ya fué miss Dolly. *(Bruscamente á Téllez).* ¿Cómo ha podido usted ocultármelo?

TELLEZ.—¿Ocultar qué, señora?

Doña Laura.—¡El encuentro que tuvieron usted y Diego con Pura en casa de Blasco!

Tellez.—No me pareció que fuera nada de particular...

Doña Laura.—¡Nada de particular, que una niña vaya sola á visitar á un mozo que no está en buenas relaciones con su familia!

Silvia.—Pura no fué sola, mamá, sino con miss Dolly...

Tellez.—Y fué á visitar á una señora enferma, su madrina, la amiga de su madre.

Doña Laura.—¡Y después de las historias que todos sabemos! ¡Y habiéndole yo recomendado tanto que no fuera! *(A Téllez).* Supongamos que en vez de usted y de Diego se encontrara allí con otros hombres, ¿cómo hubieran comentado estos hombres el encuentro en sus conversaciones de club?

Silvia.—Déjala tranquila cuando venga, mamá. A Pura le pasa algo. Ayer lloró la noche entera; yo la he sentido, aunque ella lo negara después.

Doña Laura.—Si yo le permitiese esos caprichos, ¿qué se diría de la educación que doy á mi sobrina?... Ya bastante nos ha molestado antes con su antojo de no salir. *(A Téllez).* ¿No sabe usted que casi á la fuerza tuvimos que sacarla á sociedad? ¡Y todavía se ha dicho que yo quería tenerla encerrada en casa, para que no eclipsase á Silvia!

Tellez.—Hacer caso de esas habladurías, señora, sería ponerse al nivel de los que hablan.

Doña Laura.—Pues al nivel de los que hablan vivimos. Con ellos nos codeamos y chocamos. Dependemos de su opinión, como ellos de la nuestra. Valemos por ellos, y ellos valen por nosotros. *(Entra Ferrando por el foro, en traje de etiqueta)*

ESCENA III

DICHOS, FERRANDO Y DESPUES MISS DOLLY

Ferrando *(dirigiéndose á doña Laura y dándole la mano).* —¡Hola!... Entro sin anunciarme... Como sabía que me esperaban y les oí conversar...

Doña Laura.—Es usted de los que no necesitan anunciarse en esta casa. ¿Está usted bien?

Ferrando.—Como siempre, más fresco que una lechuga. Y, por lo visto, soy el primero en llegar, después del novio. Los viejos somos ahora más puntuales que los jóvenes, si es que han quedado jóvenes en el mundo. *(Dando efusivamente la mano á Silvia).* De ustedes no hay ya que preguntar, ¡con la buena noticia que he sabido!... Porque supongo que esta comida será para participar á los amigos el acontecimiento de familia. *(Saludando á Téllez no menos efusivamente).* ¡Mis felicitaciones, querido amigo! ¡No se lo anuncié yo este verano, cuando

usted se creyó vencido?... Hasta creo que apostamos cualquier cosa... No se olvide usted, que algo me debe.

TELLEZ.—Es verdad, doctor. Ha sido usted profeta. Es usted muy perspicaz.

FERRANDO.—Los médicos somos perspicaces porque somos fisonomistas. ¡Estamos tan acostumbrados á leer en los semblantes de los enfermos!... Y el amor es una enfermedad como otra cualquiera.

TELLEZ (*bajo, indicando á Silvia*).— Usted profetizó el amor donde aun no existía...

FERRANDO (*lo mismo*).—Existían los síntomas precursores. Las enfermedades pueden pronosticarse á veces antes de producirse. Se producen por el estado del organismo. Aunque el bacilo de Kock anda en todos los pulmones, no todos somos tísicos. Unicamente se enferman los que no pueden resistirlo y expulsarlo. Lo mismo pasa con el microbio del amor. Anda en todos los corazones. Pero sólo se arraiga y propaga cuando el corazón está débil y triste.

SILVIA.—¿Me critican ustedes?

FERRANDO.—¡Bueno fuera!... Preguntaba para cuándo es la boda.

TELLEZ.—Para fin de año.

SILVIA.—Y después nos iremos á Europa.

FERRANDO.—¡Oh juventud feliz! (*Bajo á Silvia*). ¿Ve usted como yo he sabido ver en su corazón lo que usted misma no veía aún?... (*Alto á doña Laura*). Y usted, señora, ¿qué me cuenta de nuevo?

DOÑA LAURA.—¡Que acabo de recibir un disgusto bien grande!

FERRANDO.—¿Se ha excusado á última hora alguno de sus invitados?

DOÑA LAURA.—No. Sólo vienen tres ó cuatro amigos de confianza: usted, Vilana, Zulema... No son los de afuera los que dan disgustos.

SILVIA.—¡Pero, mamá!...

DOÑA LAURA.—El doctor es el médico de casa, y por consiguiente el amigo de la familia. Me parece que delante de él bien puedo hablar con confianza. Y más puesto que debo, no sólo disculparme de las críticas que se pueden hacer á mi autoridad sobre Pura, sino consultarlo sobre la misma Pura.

FERRANDO.—¿Qué le pasa á su sobrina?

DOÑA LAURA.—Se lo diré á usted, pidiéndole reserva... No tengo otro de quien aconsejarme.

FERRANDO.—Usted sabe, Laura, que soy un viejo y sincero amigo.

DOÑA LAURA.—Lo sé, doctor. Mil gracias.

FERRANDO.—¿Está enferma Pura?

DOÑA LAURA.—Enferma, no parece estarlo... Más valiera eso tal vez.

FERRANDO.—¿Qué le pasa, entonces?

DOÑA LAURA.—Le pasa... que contra mi expresa prohibición ha ido á casa de Blasco.

SILVIA.—Con miss Dolly...

TELLEZ.—Y á visitar á doña Emilia.

DOÑA LAURA.—¡Como ustedes quieran! Pero con los antecedentes...

FERRANDO.—Que yo conozco.

DOÑA LAURA.—Y con lo que se murmuraba en Mar del Plata...

FERRANDO.—¿Qué se murmuraba?

DOÑA LAURA.—Que Pura tenía una marcada inclinación por Blasco.

SILVIA *(sorprendida)*.—¿Que Pura estaba enamorada de Blasco? ¡Qué disparate!

FERRANDO *(bajo y sonriendo, á Silvia)*.—Mal podría usted saber lo que pasaba en el corazón de Pura, si no supo usted siquiera lo que pasaba en el suyo.

DOÑA LAURA.—Yo me temo que algo haya de verdad en eso que se dice de Pura... *(Aparte á Ferrando)*. Pero no pierdo la esperanza de que triunfe nuestro amigo Vilana.

FERRANDO *(aparte á doña Laura)*.—De usted depende.

(Entra miss Dolly por la puerta de la izquierda, y saluda con la cabeza á Ferrando).

MISS DOLLY.—La señorita Pura dice que bajará en seguida. Ya estaba arreglándose, porque pensaba que la señora la mandaría llamar...

DOÑA LAURA.—Está bien. Gracias. *(Sale miss Dolly)*.

ESCENA IV

DOÑA LAURA, SILVIA, TELLEZ Y FERRANDO

FERRANDO *(señalando á miss Dolly que se retira)*.—¿La confidente de Pura?

SILVIA.—¡Oh, no! Pura no hace confidencias... Yo creo que nunca ha sentido esa necesidad.

DOÑA LAURA.—Ahí está, como un ogro, metida en su cuarto.

SILVIA.—En estos últimos tiempos parece muy triste.

TELLEZ.—¿No conoce usted un remedio contra la tristeza? ¡Se haría usted inmortal si lo descubriera!

FERRANDO.—Eso sólo se cura en toros y vacas.

TELLEZ.—¿Es incurable en el hombre?

FERRANDO.—En las niñas, la tristeza es una nube de primavera. Nube que refresca, pasa y deja el jardín más florido y oloroso que nunca.

TELLEZ.—Las sonrisas son las rosas.

SILVIA.—En el jardín de Pura ya no hay rosas.

Doña Laura.—Siempre fué Pura independiente y hasta voluntariosa, y ahora está más rara que nunca... *(A Ferrando).* Que le parece á usted, doctor, ¿no se me criticaría, y con razón, si yo permitiese á mi sobrina escapadas como la visita á casa de Blasco?

Ferrando.—Seguramente, Laura. Por eso hizo usted muy bien en prohibirlo.

Doña Laura.—Dígame usted también, doctor, ¿no debo tomar una resolución enérgica para que el hecho no se repita?

Ferrando.—Debe usted tomarla, si no quiere exponerse y exponer á Pura á la maledicencia pública.

Doña Laura *(indicando á Téllez y Silvia).*—Pues estos señores opinan que hacer caso de las habladurías es ponerse al nivel de los que hablan...

Ferrando.—La sociedad es un gran mar, con sus abis- y odio con odio. Despreciar la opinión es hacerse despreciar por la opinión. ¡Y nada más peligroso!

Doña Laura.—Creernos superiores al juicio de los demás es el mejor medio de extraviarnos...

Ferrando.—La sociedad es un gran mar, con sus abismos, sus borrascas, sus calmas. Cada individuo es una gota de agua en ese mar. Si la gota pretende aislarse y salta sobre una piedra de la orilla, se secará al beso del primer rayo de sol.

Téllez.—Se vuelve usted poeta. Y todo para reprobar el generoso impulso de Pura... Fué con las manos llenas de rosas y volvió con las manos llenas de espinas.

Doña Laura.—Por lo visto, no sólo Ferrando se vuelve poeta... ¡Y todo para disculpar la rebeldía de una muchacha sin experiencia, que compromete su reputación y el nombre de su familia! Porque nada más delicado que la reputación de una niña... Basta una sombra para mancharla. Basta una sospecha para ahuyentar á sus pretendientes. No sé qué pensará el doctor Vilana, si llega á saber que Pura...

Ferrando.—Felizmente, Vilana es un espíritu elevado y sordo á esas pequeñeces.

Doña Laura.—Aquí todos somos sus partidarios.

Ferrando.—Es ya un médico notable.

Doña Laura.—No dudamos que Pura acabará aceptándolo. A propósito de Vilana. Ya sabe usted que lo he invitado á comer. Nada ha contestado, aunque nos mandó una bonita canasta de claveles blancos. ¿Cree usted que vendrá?

Ferrando.—No lo dudo. A los médicos debe perdonársenos algún retardo. Nunca somos dueños de nuestro tiempo.

Silvia.—Tampoco ha venido Zulema todavía.

Téllez.—¡Antes de que Zulema acabe su *toilette!. (Entra Diego, de "smocking", por el foro).*

ESCENA V

DICHOS Y DIEGO

DIEGO *(después de saludar con una sonrisa á Téllez, dando la mano á Ferrando).*—Buenas noches, doctor.

DOÑA LAURA.—Me extraña, Diego, que tú tampoco me dijeras nada de la extravagancia de Pura...

DIEGO.—Dejemos ese asunto, mamá. Yo no creo que la visita de Pura á Emilia fuera tan extravagante. Ella es mayor de edad, sabe lo que hace, y me inspira plena confianza.

DOÑA LAURA.—¿Y yo, tu madre, no te inspiro también plena confianza?... Pues yo prohibí á Pura lo que ha hecho. Tú, como mi único hijo varón, debiste hacer cumplir las órdenes de tu madre.

DIEGO.—Ya le dije, mamá, que yo no quiero intervenir para nada en las cosas de Pura. Su prohibición me parece hasta ofensiva para ella. No seré yo quien se meta á hacerla cumplir.

DOÑA LAURA.—Tus deberes, Diego...

DIEGO.—Mis deberes de caballero y de hombre son dejar en paz á una pobre muchacha que se ha refugiado bajo nuestro techo.

DOÑA LAURA.—Tu deber de hijo...

DIEGO.—Dejemos de lado mi deber de hijo, pues que yo no hablo de sus deberes de tutora ó madre adoptiva de Pura.

DOÑA LAURA.—¡Me faltas el respeto, Diego!...

(Pausa breve).

DIEGO.—Entonces, retiro lo dicho.

DOÑA LAURA *(con reticencia y á media voz).*—Pero no puedes retirar lo que sientes. Y cuando se trata de tu madre y de tu prima... optas por tu prima. ¡Así entiendes tú el deber!

DIEGO.—¡Fíjese usted en lo que dice, mamá!

DOÑA LAURA.—Tiempo hace que me vengo fijando. *(Una pausa).*

DIEGO *(con violencia).*—Más tarde nos explicaremos... No olvidemos que ahora tenemos visitas.

FERRANDO.—Somos todos de confianza, Diego, y la señora tiene razón.

DIEGO *(sin disimular su ira).*—Tiene razón, ¿en qué?

FERRANDO.—En quejarse de Pura. *(Diego vuelve la espalda á Ferrando).* No es posible mantener el decoro de una familia si no se respeta la autoridad del jefe.

(Entra Pura por la puerta izquierda, en un traje de baile que realza su natural belleza y elegancia. Está algo pálida y ojerosa.—Diego sale por el foro).

ESCENA VI

DOÑA LAURA, SILVIA, TELLEZ, FERRANDO Y PURA

PURA *(saludando á Ferrando y sonriendo)*.—Hablaban ustedes de mí... y seguramente muy mal. *(Saluda á Téllez)*.

TELLEZ.—Mal... y bien.

SILVIA *(seria)*.—Yo... bien.

FERRANDO *(sonriente)*.—Yo... mal.

PURA *(después de saludar á Téllez)*.—No necesitan ustedes decir más. Ya sé de qué trataban. *(Seria)*. Pues muchas gracias á los que hablaban bien... *(sonriendo)* y muchas gracias á los que hablaban mal.

FERRANDO.—Aquí todos somos amigos suyos.

PURA.—Yo no tengo enemigos.

DOÑA LAURA *(á Ferrando y Téllez)*.—¿No quieren ustedes pasar al *hall?* Estarán allí más cómodos.

FERRANDO.—Como usted disponga.

(Encamínanse conversando hacia el foro Silvia, Téllez y Ferrando).

DOÑA LAURA *(mirando con sus "impertinentes" el tocado de Pura)*. Tengo que hablarte seriamente, Pura.

PURA.—Estoy á sus órdenes.

(Salen todos menos doña Laura y Pura. Pausa).

ESCENA VII

DOÑA LAURA Y PURA

DOÑA LAURA.—Dime, Pura, ¿no te hemos tratado siempre en esta casa con las consideraciones que te debíamos?

PURA *(casi sin voz)*. Es cierto, tía Laura. Y usted ha sido muy bondadosa conmigo...

DOÑA LAURA.—Al vivir con nosotros, ¿no te comprometías á obedecerme como si yo fuera tu madre?

PURA.—También es cierto, tía Laura.

DOÑA LAURA.—Entonces, ¿por qué has desoído mis consejos y fuiste á visitar á la familia de Blasco?

PURA.—Perdóname, tía Laura. Emilia me escribió una carta que partía el alma, y yo pensé que debía ir... Ella cuidó á mi madre sin apartarse de la cabecera en su última enfermedad.

DOÑA LAURA.—Excusas no te han de faltar... Yo no quiero discutir contigo. Pero el hecho es que me desobedeciste. ¿Has meditado sobre las consecuencias que puede traerte el desobedecerme?

PURA.—Como creí que obraba bien...

DOÑA LAURA.—No obrabas bien, Pura: obrabas muy mal.

PURA.—Obraba según mi conciencia y mi corazón.

Doña Laura.—Tu conciencia y tu corazón te engañaban. Debiste más bien escribir á esa señora, sin ponerme en el caso de despachar á miss Dolly...

Pura.—¡Despachar á miss Dolly, después de tantos años de servicio!... ¡No vaya usted á hacer eso, tía Laura!... Yo la llevé sin que ella supiese...

Doña Laura.—De todos modos la despediré, ahora que se casa Silvia, para evitar que te acompañe en nuevas escapatorias. No quiero que comprometas más esta casa. *(Pausa).*

Pura.—Sólo le pido permiso para ir á ver una vez más á Emilia. Ella quiere entregarme al morir unas alhajas y cartas de mi madre. Yo le prometí ir á recibirlas cuando ella me llame... ¡y cumpliré mi promesa, tía Laura, la cumpliré!

Doña Laura.—No irás, Pura, no irás. Si vas, te rebelas contra mi autoridad. Puedes prever los resultados... ¿No comprendes que esas visitas á casa de Blasco te comprometen?

Pura.—¿Por qué?

Doña Laura.—Se dice que tú quieres á Mario.

Pura.—Como un amigo, como un hermano...

Doña Laura *(entre dientes).*—Tienes una curiosa manera de sentir tu cariño de hermana...

Pura.—¡Tía Laura!... *(Pausa).*

Doña Laura.—¿Y él. Mario?...

Pura *(amargamente).*—¡El!... ¡A él no le importa nada de mí, absolutamente nada!... ¿Acaso me ha dado siquiera señales de vida desde que fuí á su casa, exponiéndome á la indignación de mi familia!... Pierda usted cuidado. Mario tiene muchas cosas en qué pensar para acordarse de mí.

Doña Laura.—Eso no me importa. Lo que me importa, ¡y no toleraré! es que vuelvas á provocar la murmuración yendo otra vez á su casa, ¿oyes? ¡No lo toleraré! *(Pausa).*

Pura.—¡Tía Laura! Hablemos claro. Usted está descontenta conmigo no sólo por ese motivo... sino también por otros...

Doña Laura.—Estoy disgustada, muy disgustada por tu conducta en estos últimos tiempos. Te encierras, no quieres ir á ninguna parte, no hablas casi, no me escuchas.

Pura *(con suprema angustia).*—¡Pero hay algo más, tía Laura, hay algo más!...

Doña Laura.—¿Qué?

Pura.—Dígalo de una vez, tía Laura... Usted quiere que yo salga pronto de aquí, que yo me case...

Doña Laura.—¡Pura!

Pura.—Usted quiere que yo salga de aquí, que me case... porque piensa... usted supone... algo muy feo, tan feo...

Doña Laura.—¡Pura!

Pura.—Usted sospecha del cariño que me tiene Diego, su hijo, mi primo, ¡mi hermano!...

Doña Laura.—Nada te he dicho...

PURA.—Pero usted lo piensa, lo piensa siempre... Hace un momento, cuando yo entré á esta sala y usted discutía con su hijo, ¿qué pensaba usted? ¿qué pensaba usted de mí?...

DOÑA LAURA.—Yo sé que eres buena, muy buena...

PURA *(como delirando)*.—Sí, tía Laura. No lo niegue. Usted sospecha... ¡Yo lo veo, yo lo siento, yo respiro como un veneno esa sospecha en el aire de esta casa! *(Se arroja sollozando sobre un sofá)*.

DOÑA LAURA.—¡Qué niña eres!... ¡Serénate!... ¡Pueden encontrarte así las personas que vengan!... *(Pausa breve)*. ¡Pura, por Dios, haz de cuenta que nada te he dicho!... *(Un largo silencio)*.

PURA *(poniéndose de pie, con inusitada entereza, casi con altivez)*.—¡Hablemos claro, tía Laura!... Yo estoy aquí demás.

DOÑA LAURA.—¡Nadie te dice semejante cosa!

PURA.—Ya sé que nadie piensa en ponerme en la puerta. Pero esta prisa por casarme...

DOÑA LAURA.—Es por tu bien. Tú no tienes otro porvenir. Las mujeres no tenemos otro porvenir.

PURA.—Lo sé. No tengo más parientes que ustedes. Debiendo salir de aquí no hay más solución que el matrimonio ó el convento. Y como no siento vocación religiosa, no me queda más que el matrimonio... Pues le prometo á usted casarme pronto, cuanto antes. Sólo le pido un plazo, un plazo corto, el que se da siempre para liquidar las malas mercaderías ó desalojar las casas mal ocupadas.

DOÑA LAURA.—No tomes el asunto por el lado trágico. Es sólo cuestión de casamiento...

PURA.—Tiene usted razón. El casamiento es más bien una cosa cómica.

DOÑA LAURA.—O por lo menos un acontecimiento feliz, sobre todo cuando se tiene pretendientes como los tuyos. Ahí está Vilana... ¿Piensas aceptarlo?

PURA.—A Vilana ó cualquier otro... Pero deme usted tiempo...

DOÑA LAURA.—Todo el que necesites... Yo no quiero noviazgos improvisados de la noche á la mañana. Siempre salen mal. Recuerda lo que le sucedió á Silvia...

PURA.—Sí... sí... No se apure, tía Laura, que yo también trataré de complacerla.

DOÑA LAURA.—Pues para complacerme, empieza por secarte esas lágrimas... Arréglate el pelo... Pon una cara más amable á mis invitados...

(Antes de que termine su frase doña Laura entran por el foro Vilana, también de frac, y Ferrando).

ESCENA VIII

DICHOS, VILANA Y FERRANDO

VILANA *(entrando y deteniéndose)*.—A mal tiempo, buena cara.

FERRANDO.—Aquí se lo traigo... Tenía miedo de entrar.

VILANA *(dando la mano á doña Laura)*.—Y, por cierto, que venimos á sorprender un coloquio de familia...

PURA *(sonriendo y tendiéndole á su vez la mano)*.—Verdaderos secretos de familia.

VILANA.—... Y, para colmo, con algún retraso.

DOÑA LAURA.—Ninguno. Todavía esperamos gente.

PURA *(forzadamente amable)*. — Recibimos sus claveles blancos, como heraldos que nos anunciaban su llegada...

FERRANDO.—La llegada del príncipe que viene á romper el encanto que mantiene triste y cautiva á la princesa de los rizos de oro.

PURA *(á Vilana, sonriendo)*.—¡Adelante!... Ningún dragón de fuego me defiende.

DOÑA LAURA *(con visible complacencia)*.—Veo que estoy demás aquí. Yo nada entiendo de encantos...

PURA *(para sí)*.—¡Ni de desencantos! *(Se retira á segundo término hablando aparte con doña Laura.—Ferrando y Vilana quedan solos en primer término)*.

FERRANDO *(bajo á Vilana)*.—Tuvimos esta tarde sesión en la facultad. Por mucho empeño que pusimos, yo y varios compañeros, la renuncia de Blasco no fué aceptada.

VILANA.—Me lo temía. Los términos de la sentencia le son tan favorables... como que el juez no se contenta con condenar á Rosales, sino que absuelve á Blasco y declara que la causa no afecta su honor.

FERRANDO.—Y la intendencia lo confirma también en la dirección del hospital, y los médicos y empleados le preparan un gran banquete... Los estudiantes, por no ser menos, le proyectan á su vez no sé qué manifestación de desagravio... Es el caso de que yo le repita á usted lo que usted decía hace un instante: "A mal tiempo buena cara".

VILANA *(sonriendo)*.—Y la he puesto... La hemos puesto cuando fuimos á visitarlo, ¡á meternos en la cueva de la fiera! Voy á contarle á Pura nuestra visita, para que crea en mi buen corazón. *(Dáse vuelta hácia Pura)*.

FERRANDO *(alto á doña Laura)*.—Parece que aquí estorbamos...

DOÑA LAURA.—Así parece... *(Ferrando y doña Laura salen por la puerta de la izquierda)*.

ESCENA IX

PURA Y VILANA

VILANA.—No sé qué noto en usted esta noche... Usted es otra.

PURA.—Otra soy, en efecto... Acabo de tomar una gran resolución, de esas que generalmente solo se toman una vez en la vida.

VILANA.—¿Me haría usted el honor de tomarme por confidente?

PURA.—¡Oh, no es ningún secreto!... Siéntese usted para oirme mejor... *(Ambos se sientan)*. He resuelto casarme. *(Pausa)*. ¿Halla usted extraña esta resolución?

VILANA.—La resolución, no. A usted la hallo extraña.

PURA.—¿A mí?

VILANA.—A usted... Porque hasta hace poco tiempo me decía usted que no pensaba casarse.

PURA.—He cambiado de opinión.

VILANA.—Habrá usted encontrado un hombre que le guste...

PURA.—Todavía no lo sé.

VILANA.—¿No quiere... no ha querido usted á nadie?

PURA.—Se lo he dicho ya otra vez.

VILANA.—¿Y se acuerda usted lo que yo le repuse?

PURA.—Me acuerdo. Que el amor me sorprendería cuando yo menos lo pensara. *(Pausa breve)*. Pues hasta ahora se ha equivocado usted: el amor no me ha sorprendido.

VILANA.—Según lo que usted entienda por amor. Ha leído usted demasiado *Pablo y Virginia* y *Rafael*. Esa lectura romántica le ha sugerido una falsa idea del amor en nuestros tiempos.

PURA.—¿Sí?...

VILANA.—El amor no es ya un torbellino ni un abismo. Es lo que usted ha visto en Silvia: la amistad razonable, el aprecio fundado.... Cuando un hombre y una mujer son amigos y se estiman, el amor viene después, con el casamiento. Y ese es el amor verdadero y durable, el amor del corazón y la cabeza.. El otro por mucho que se le idealice, no es más que el amor de los sentidos, ¡el viejo diablo metido á fraile!

PURA.—Poco á poco voy creyéndolo así...

VILANA.—Y acabará usted por creerlo completamente. *(Emocionado)*. Entonces se resolverá usted á aceptar el hombre que siempre la quiso, el único hombre que verdaderamente la ha querido....

PURA.—¿Usted?

VILANA.—Sí; yo. *(Una pausa)*. Usted se formó últimamente en Mar del Plata un mal juicio de mí. Creyó usted que, por motivos indignos, era yo capaz de hacer una guerra sorda á su amigo el doctor Blasco... Pues bien, debo confesarle ingenua-

mente que me equivoqué respecto de Blasco. Su amigo era inocente de la imputación que se le hizo...

PURA.—¿Lo han declarado así los jueces?

VILANA.—Sí. ¿No lo sabía usted? La noticia ha salido hoy en todos los diarios, y, por cierto, que en términos elogiosísimos para él....

PURA.—Yo no leo los diarios. *(Para sí misma).* ¡Y él, no haberme escrito una palabra!

VILANA.—Por ciertos indicios, y sobre todo por aquello que usted me dijo, ¿recuerda? ya antes de que saliera la sentencia, yo pensé que ella sería favorable á Blasco. Y fuí á su casa á darle ámplias satisfacciones... ¿Está usted contenta de mí?

PURA.—Ha cumplido usted con su deber, Vilana.

VILANA.—¿Acaba usted entonces, por desechar las prevenciones que tenía contra mí y por reconocer la rectitud de mis sentimientos y de mis procederes?

PURA.—Sí.

VILANA.—Gracias. Da usted ahora el primer paso para quererme, Pura... Y usted llegará á casarse conmigo, como se lo he pronosticado, y será muy feliz, ¡se lo prometo!

PURA.—Es posible. Con ese casamiento, no se lo debo ocultar, daría yo un gran gusto á mi familia y hasta una feliz solución á ciertas cuestiones enojosas... Pero deme usted tiempo para pensarlo, Vilana.

VILANA.—Le doy á usted todo el tiempo que quiera, pues cuanto más lo piense usted, más seguro estoy yo de la victoria.

(Entra Zulema por el foro, muy apresurada, envuelta en una lujosa "salida de baile").

ESCENA X

DICHOS Y ZULEMA

ZULEMA *(besando cariñosamente á Pura).* ¡Aquí me tienen ustedes!... Entro de la calle, pregunto dónde está Vilana. Ferrando me dice al oído que se halla de gran conferencia con Pura... *(dando la mano á Vilana)* y me vengo directamente hasta aquí, sin sacarme el abrigo ni detenerme, para ser la primera en felicitarlos.

VILANA.—Le agradecemos la intención. Pero todavía...

ZULEMA.—¡Todavía!... Me contesta usted como Blasco, cuando creyó comprometerse con Silvia... ¡Tenga usted cuidado! Mire que esa contestación es de mal agüero... *Pas de chance!*

PURA.—Estás sofocada, hija... Vete á sacarte el abrigo.

ZULEMA *(encaminándose á la puerta de la izquierda).*—Espérenme ustedes, que ya vuelvo... Tengo muchas cosas que decirles. *(Sale).*

ESCENA XI

PURA Y VILANA

VILANA.—¡Qué afán casamentero el de Zulema!

PURA.—Quiere casar á todo el mundo... y no principia por casarse ella misma.

VILANA.—Eso sería más difícil... En todo caso, intenciones no han de faltarle.

PURA *(sonriendo)*.—Tiene la manía de felicitar. Y lo cierto es que, á juzgar por ciertos antecedentes, sus felicitaciones resultan á veces de mal augurio, como ella misma recordaba...

VILANA.—Por lo menos son de mala intención. Es ella como el perro del hortelano...

(Zulema entra por el foro, habiéndose ya despojado del abrigo. Corre hacia el piano, lo abre, se sienta y ataca brillantemente la "Marcha Nupcial" de Mendelsohn.—Luego entran Diego, Silvia y Téllez).

ESCENA XII

DICHOS, ZULEMA, DIEGO, SILVIA, TELLEZ Y DESPUES DOÑA LAURA Y FERRANDO

DIEGO.—Pura, ¿qué hay de verdad en la noticia que nos acaba de dar Zulema?

SILVIA.—¿Es cierto, Pura?

FERRANDO *(entrando por la puerta de la izquierda)*.—¡Hola, hola!... ¡Con que esas teníamos!...

DOÑA LAURA *(siguiendo á Ferrando)*.—¡Lo esperábamos doctor Vilana, aunque no tan pronto!

VILANA.—Me sorprenden ustedes.

PURA.—No; esto no es más que una picardía de Zulema...

DIEGO.—Ella nos ha dicho que se acaban de comprometer ustedes.

PURA *(llamando)* ¡Zulema!

(Zulema se levanta del piano y acude al llamado).

FERRANDO *(á Zulema, sonriendo)*.—Venga usted, mentirosa, á rendir cuentas de su mentira.

ZULEMA.—¿Qué mentira?... *(A Vilana y Pura)*. Por la manera de contestar de ustedes yo supuse... y como todas se casan en esta familia... *(Haciendo ademán de bendecir)*. Silvia con Téllez... Pura con Vilana... Creo que hasta la señora con Ferrando...

DIEGO *(á Zulema)*.—¡Cómo sentirá usted no ser de la familia. *(Todos ríen)*.

PURA *(ligeramente irritada, á Zulema)*.—¡De dónde has sacado que yo me case con Vilana?

ZULEMA.—Por tu contestación, como te he dicho. Por lo menos creí que estabas comprometida á medias...

PURA.—Yo no entiendo eso de comprometerse á medias... O se da ó no se da palabra de casamiento.

ZULEMA.—Sin embargo, nada más general que los compromisos á medias. Hasta creo que son una especialidad de esta tierra... Pero tienes razón, Pura. A mí no me agradaría tampoco eso de estar á medias de novia... Me suena como estar á media ración.

FERRANDO.—Siempre será mejor que el ayuno forzado...

DIEGO.—Mala cosa es el ayuno, Zulema. Llena la boca de bilis... *(Todos ríen).*

ZULEMA *(riendo á carcajadas).*—Pues ya están galantes ustedes conmigo...

DIEGO.—De tanto hablar de media ración y de ayuno, me han despertado ustedes el apetito...

ZULEMA.—¿El apetito de qué?...

DIEGO.—Ya debe ser hora de ir á la mesa...

ESCENA XIII

DICHOS, MISS DOLLY Y DESPUES UN CRIADO

MISS DOLLY *(ante la puerta de la izquierda, bajo á doña Laura).*—He hecho servir la comida, señora.

DOÑA LAURA.—Podemos pasar al comedor.

(Miss Dolly sale, y todos los demás se disponen también á salir por el foro, Ferrando con doña Laura, Téllez con Silvia y Diego con Zulema, cuando entra por ahí un criado con una tarjeta en una bandeja de plata y se la presenta á Pura).

DOÑA LAURA *(al criado).*—¿Qué es eso?

EL CRIADO.—Un señor que pregunta por la señorita Pura.

DOÑA LAURA.—¿No le ha dicho usted que no podemos recibirlo porque tenemos invitados?

EL CRIADO.—Sí; pero ha insistido tanto...

PURA *(después de leer la tarjeta, al criado, muy turbada).*—Hágalo usted pasar al escritorio y dígale que me espere. *(El criado sale por el foro. Pausa).* Es el doctor Blasco...

ZULEMA.—¡Blasco! *(Con intención de incomodar á Vilana y á Ferrando).* Es ahora *l'homme du jour.* ¿Han visto ustedes que elogios le prodigan los diarios? Hoy no he leído menos de dos ó tres columnas de ponderaciones. *(Haciendo como si leyera).* Es un carácter austero, un trabajador incansable, una gloria de la patria... Los médicos del hospital y los estudiantes de la Facultad le ofrecen grandes manifestaciones públicas, que él rehusa porque su modestia está á la altura de sus méritos...

FERRANDO *(vagamente irónico).*—Los verdaderos hombres de ciencia son siempre modestos.

VILANA.—Nosotros nos felicitamos de que al fin se haya hecho paso la verdad...

PURA *(á doña Laura)*.—Blasco viene á verme de parte de Emilia... Tal vez me trae las cartas y alhajas de mi madre... Le pido permiso para recibirlo, tía Laura...

DOÑA LAURA *(secamente)*.—Y yo te niego ese permiso.

PURA.—Entonces, tendré que ir á recibirlo en la puerta de calle...

DOÑA LAURA.—¡Pues no faltaba más!... Mándale preguntar lo que quiere...

PURA.—He dado orden al sirviente de que lo haga pasar al escritorio.

DOÑA LAURA *(tocando con el timbre eléctrico)*.—En mi casa, nadie da órdenes más que yo. *(Al criado que se presenta por la puerta de la derecha)*. Diga usted á ese señor que la señorita Pura no puede recibirlo.

EL CRIADO *(indicando la habitación que se supone á la derecha)*.—Ya lo he hecho pasar, señora... Está ahí esperando...

DOÑA LAURA.—Dígale de mi parte que se retire... tía Laura. Eso no puede ser. Es el hijo de Emilia.

PURA *(interponiéndose entre el criado y la puerta)*.—No.

DOÑA LAURA *(al criado)*.—¿No ha oído usted?

DIEGO.—Mamá, Blasco es mi amigo.

TELLEZ.—Y el mío.

VILANA *(á doña Laura)*.—Es amigo de todos, señora...

FERRANDO.—No debemos proceder tan violentamente, querida Laura... Sin necesidad de que lo reciba Pura, ¿no puede ir alguien á ver lo que desea?

DIEGO.—Eso me parece mejor. Iré yo. *(Sale por la derecha, y el criado por el foro)*.

TELLEZ *(bajo á Silvia)*.—Yo he venido á visitarla á usted, Silvia, á usted sola. Tengo mucho que decirle, y veo que estamos perdiendo el tiempo aquí y escuchando lo que no nos importa...

SILVIA.—Vámonos á la antestla.—*(Salen por la izquierda)*

ESCENA XIV

DOÑA LAURA, ZULEMA, FERRANDO, VILANA Y DESPUES DIEGO

ZULEMA *(á doña Laura)*.—Acaso ese señor Blasco tendrá que decir á Pura algo reservado y confidencial.

DOÑA LAURA *(bajo y severamente á Pura)*.—Ya ves los resultados de la visita.

ZULEMA *(que ha sorprendido la recomendación de doña Laura á Pura)*.—¿Qué visita? *(Silencio)*.

PURA.—Mi última visita á Emilia.

ZULEMA.—¿A Emilia, la madre de Blasco?... ¿Has tenido

tú el valor de ir á la casa de Blasco?... ¿Y no perdiste la cartera?

VILANA.—Usted sabe, Zulema, que Blasco es un caballero y un amigo de Pura.

ZULEMA.—Yo también hago justicia á Blasco. Era una broma... Peores las gastan ustedes conmigo.

(Diego entra por la puerta de la derecha y la cierra detrás de sí).

DIEGO *(á Pura).*—Mario quiere hablar de cualquier modo contigo. *(Señalando la derecha).* Te espera ahí.

DOÑA LAURA *(á Diego).*—Pues Pura no puede recibirlo. Vuelve á que te diga para qué la quiere. *(Diego no se mueve).*

PURA.—Es el último favor que le pido, tía Laura. Déjeme ir...

DOÑA LAURA.—En mi casa no se ha faltado jamás á las conveniencias...

ZULEMA *(á Pura).*—Piensa en lo que dirá el mundo, si acudes así al primer hombre que te llama.

FERRANDO.—Aquí no hay más que un pequeño mal entendido, bien fácil de solucionar si procedemos con prudencia... *(A doña Laura).* ¿Por qué no va usted misma, Laura, y trata de hacer entrar en razón á ese mozo? Será un nuevo sacrificio que usted haga por la educación de los suyos.

DOÑA LAURA.—No podría... Me ofendió tan gravemente...

ZULEMA *(después de acercarse á la puerta de la derecha y aplicarle el oído).*—¡Schit!... *(Pausa breve).* Se pasea como una fiera enjaulada de un extremo á otro del cuarto... *(Pausa breve).* Parece que está muy nervioso...

DIEGO.—Y no es para menos. Hacerlo entrar, negarse después á recibirlo, mandarle un emisario...

DOÑA LAURA *(á Ferrando).*—¿Por qué no va usted en mi nombre, doctor?

FERRANDO.—¡Yo!... Imposible. He tenido mis pequeños disgustos con Blasco... Además, no soy de la familia.

ZULEMA *(á doña Laura).*—Si usted quiere, Laura, voy yo...

DIEGO.—Sería el mejor modo de ponerlo pronto en fuga.

ZULEMA *(riéndose).*—¡Insolente!

DIEGO.—Usted no me ha dejado concluir... De ponerlo en fuga; pero con una flecha de Cupido clavada en medio del pecho.

VILANA.—Yo no me ofrezco á recibir al doctor Blasco, porque soy el menos indicado...

PURA.—Es inútil que nadie se incomode. Ha venido á verme á mí...

DOÑA LAURA.—¡Pura!...

DIEGO.—Me parece que también yo estoy aquí demás... *(Sale por la izquierda).*

FERRANDO.—Lo mismo nosotros... *(Quiere salir con Vilana).*

Doña Laura *(reteniéndoles)*.—Quédense ustedes. Se lo ruego... Ayúdenme á convencer á esta niña.

Pura.—Estoy convencida de antemano... Blasco ha venido á verme... y yo voy... *(Quiere salir por la derecha)*.

Doña Laura *(amenazadoramente, tomándola de la muñeca)*.—¿Te olvidas que estás todavía en mi casa? *(Se abre la puerta de la derecha y se presenta Mario, que saluda gravemente con una inclinación de cabeza. Un largo silencio)*.

ESCENA XV

DOÑA LAURA, PURA, FERRANDO, VILANA Y MARIO

Mario *(articulando lentamente, como quien quiere ser comprendido en pocas palabras)*.—Siento interrumpir á ustedes, señores, y les pido disculpa...

Doña Laura.—¡Se ha atrevido usted á venir á mi casa sin mi consentimiento!... Le ruego que se retire.

Mario.—¡Señora!... He pasado mi tarjeta á la señorita Pura Brest y el portero me ha hecho entrar. Vengo á pedido suyo y de mi madre. Seré breve. *(A Pura)*. Cumplo mi promesa, Pura. Mi madre está en sus últimos momentos y quiere verte. *(Pausa breve)*. Pero, en tu interés, debo hacerte presente que, si vienes, no se te perdonará en tu casa...

Pura.—No importa.

Doña Laura.—¡No irás con él!... Eso sería descabellado...

Pura.—No es descabellado, tía Laura; es mi deber. Al morir mi madre me encargó que quisiera y respetase á Emilia como á ella misma. Ahora Emilia me llama. Es este el primero... y el último pedido que me hace. Debo obedecerla. Podría acompañarme miss Dolly...

Doña Laura.—¡Pura!... Te prohibo que salgas. ¿has oído!... Te prohibo que des un escándalo y faltes á tu nombre!...

Pura *(siempre con firmeza y aparente tranquilidad)*.—Perdóneme, tía Laura. Esta vez no puedo obedecerla. *(Pausa breve)*. ¿Permite usted siquiera que alguien me acompañe?

Doña Laura.—No. Si sales, sales escapada, contra mi voluntad, y para no volver nunca á esta casa. *(Pausa breve)*.

Mario.—El tiempo urge, Pura. Decídete por ti misma. Yo nada puedo aconsejarte.

Ferrando.—Razonemos un poco, Purita. Usted es una niña buena, muy buena, demasiado buena... Por eso no se da cuenta de la maldad del mundo. Yo, que soy viejo amigo suyo, le aconsejo que no desafíe la maledicencia.

Vilana.—Usted, Pura, se forja además deberes que no existen. Su mamá, al morir, sólo le recomendó que tuviera cari-

ño y respeto á su señora madrina; pero no que le sacrifique su nombre y su porvenir...

MARIO *(á Ferrando y Vilana, sin poder refrenar un gesto de desprecio).*—Creo que nadie les consulta. Pura es bastante inteligente para comprender lo que valen los consejos de ustedes. ¡Sólo se da un consejo noble cuando se tiene un alma noble!

VILANA.—¡Usted nos provoca!

MARIO.—No deseo provocar á nadie. Hago, sí, constar que sólo á espíritus perversos puede ocurrírseles dudar de la virtud de una niña, porque honra la memoria de su madre y va á darle el último adiós á una pobre mujer que la llama al morirse.

FERRANDO.—¡Mida usted sus palabras, doctor!

VILANA *(fuera de sí).*—¡Recuerde que, cualquiera que haya sido el fallo de sus jueces y nuestra benevolencia, la opinión pública no le da á usted el derecho de insultarnos!

MARIO *(perdiendo también el dominio de sí mismo).*—Hago también constar que sólo á dos miserables puede ocurrírseles que un hombre honrado como yo, aproveche la agonía de su madre para atentar contra el honor de una niña que acude á despedirla con sus caricias y sus lágrimas. *(Se hace un silencio, tan intensamente dramático, que parece esperarse un grito...).*

FERRANDO *(con voz trémula).*—Ya ve usted, Pura, el hombre á quien quería confiarse. Aprovecha la presencia de señoras para insultar á sus pares, sino á sus superiores. *(A doña Laura).* Señora, ¿no lo oye usted? Puede usted arrojarlo de su casa como á un perro.

MARIO *(inconscientemente declamando en su exaltación).*—Como un perro es usted quien debiera ser arrojado de cualquier casa honesta. ¿Cuáles son sus méritos, cuáles sino una rastrera simulación de competencia y el saber difamar á quienes, mejor preparados, pudieran arrancarle su máscara y su pan?...

VILANA.—Esto es demasiado *(Llama). (A doña Laura).* Llamo á su sirviente, señora, para que ponga en la calle á quien la insulta al insultar á sus amigos.

MARIO *(á Vilana).*—¿Se cree usted ya con derechos de dueño y señor en esta casa por sus pretensiones á casarse con Pura?... Pues sépase usted que si ella lo acepta, será como una última tabla de salvación en el naufragio de su vida. En el fondo de su alma, diga lo que diga, ella le desprecia. Sabe perfectamente que usted es capaz de todas las villanías.

VILANA.—Usted me dará cuenta de sus insultos...

MARIO.—¿Qué?... ¿Otra vez la ridícula comedia de un duelo?... ¡No, señor mío! Esta vez seré yo quien se rehusa á batirse... ¿Sabe usted por qué? Porque lo considero á usted indigno. ¡Y sepa usted también que este es un motivo sincero y no como fué el suyo, un pretexto cobarde!

(Atraídos por las voces de la disputa han entrado sucesivamente, por la izquierda, Téllez, Silvia, Diego, miss Dolly.—

Téllez se coloca junto á Mario, y Diego entre Ferrando y Vilana. Miss Dolly ha quedado ante la puerta, sin atreverse á adelantar).

ESCENA XVI

DICHOS, TELLEZ, SILVIA, DIEGO Y MISS DOLLY

TELLEZ.—¡Mario!

DIEGO *(casi al mismo tiempo).*—¡Blasco!

DOÑA LAURA *(á Mario, próxima á desfallecer).*—Retírese usted!... ¡Retírese usted!...

PURA.—Yo me voy con él.

DIEGO.—Yo te acompañaré, Pura.

PURA *(como sin saber lo que dice).*—¡No, me voy con él, sola con él!...

SILVIA.—¡Pura!... Piensa en nosotros, piensa en mí... *(Un silencio).*

MARIO *(á Vilana y Ferrando, bajando la voz).*—Ya lo ven ustedes. ¿No les anuncié yo que todo plazo se cumple y que la vida tiene sus ironías? Sin que la busque, me ha llegado la hora de la venganza. Y mi venganza es más grande que un bofetón ó una estocada. Es el desprecio. No necesito la sangre de ustedes, ¡me basta la vergüenza!

VILANA *(á Pura).*—¿Será usted todavía capaz de seguirlo, Pura?

PURA.—Sí.

MARIO *(á Vilana).*—Y ésta es la mejor de mis victorias.

DOÑA LAURA.—Si te vas con él no vuelves á mi casa... Te separas para siempre de tu familia y de tus amigos... No te queda más solución que la calle y la deshonra...

MARIO.—Disculpe usted, señora... Otra solución le queda... *(A Pura, vibrante de emoción).* Pura, tú eres libre y yo te ofrezco mi nombre y mi vida. ¿Quieres dejar este mundo de vanidades y mentiras y vivir conmigo un mundo de trabajo y de verdad?...

(Pura se cubre la cara con ambas manos. Reclina la frente sobre el pecho de Mario y estalla en sollozos de pasión y de júbilo).

DIEGO.—Tiene razón Mario. Aquí está su triunfo y su venganza...

MARIO.—El mejor triunfo de la vida de un hombre es encontrar la mujer que lo comprenda.

(Mario y Pura salen por la derecha.—Telón).

FIN DEL DRAMA

LA GÓNDOLA DE MARIA ANTONIETA

El museo Marino
Del Louvre, abre camino
Al Ensueño que parte peregrino.

La rigidez inerte
De la materia fuerte
Exhala en el mutismo doble muerte.

No cruzan las gaviotas
Ni dan agudas notas
Sobre el bauprés de las silentes flotas.

Á los rudos alciones
Substituyen gorriones
En las urnas con sol de los balcones.

Reemplaza los olajes
Y los vastos mirajes
La opresión de los muros sin paisajes.

Oh! el dolor sin lamento,
Oh! el épico tormento,
De la inacción mientras resopla el viento!

Evocan los navíos,
Brillantes y sombríos,
Firmamentos, occanos, puertos, ríos.

Cruzan naves cargadas,
De riquezas soñadas,
Realidades de cuentos de las hadas.

Surgen naves de guerra
Que dieron á la tierra
El ígneo espanto que la nube encierra;

Y con gloria y pesares
Lepantos, Trafalgares,
Al torbellino de los hondos mares.

Orzan rudas fragatas
De velas escarlatas
Cual sangrienta visión de sus piratas.

Van rítmicas cual odas
A principescas bodas,
Piraguas coronadas de pagodas;

Ante áureos hipocampos
Que entre los remos blancos
Fueron en Grecia de galera bancos.

Viran las carabelas
Que empujaron las velas
A completar el mundo con sus telas.

Llegan caïques, coro
Que perturbó el tesoro
De Stambul vista sobre el Cuerno de Oro.

Pasa el navío chino
De las Flores, que fino
Lleva el Amor en seno alabastrino.

Las cufas de Basora
De palmera sonora,
Son aves que al girar buscan la aurora:

Auroras orientales
En ríos de cristales
Cadentes de las cunas siderales.

La verdad, la leyenda,
Sobre las flotas, tienda
Construyen, cantan y el Amor su venda

Se quita entre marinos
Acres soplos, salinos,
Y el combo hinchar de los flotantes linos;

Porque gentil y altiva
La góndola, cautiva
Con el espectro de la Reina viva.

El fulgurante lago
De Versalles aciago,
Tiende sus aguas en imperio vago

De realidad que es sueño,
Y la mente beleño
Aspira en el esquife del ensueño.

Su bauprés es sirena
Dorada, con cadena
De delfines; la popa cantilena

Escucha de Cupidos,
Que brindan conmovidos
A la deidad sus pámpanos floridos.

Pasa errante la brisa
Llevando la sonrisa
De Fronsac amador de Cidalisa.

El soplo de fragancia
Toca con elegancia
Las armas esculpidas de su Francia.

Tiene frescor de fresa;
¡Ah! cómo suave besa
Sobre el fondo de pálida turquesa

La corona, el argento
De las lises, y el cruento
Dragón que mata San Miguel contento

La sirena silente
Lleva en seno turgente
El áureo signo de Escorpión ardiente;

Y alzándose sobre ella
Luminosa descuella
La Reina mártir, en la dicha bella.

En el rápido viaje
Su vaporoso traje
Es el alma risueña del paisaje.

La fugitiva estela
Del barco se constela;
Tender el arco de Cupido anhela.

La Gran Cruz de Versalles
Se alarga y finge calles
De perspectivas á los griegos valles;

A las islas lejanas,
Adonde van lozanas
Las risueñas festivas caravanas;

Y vibra vaporosa
Amante, azul y rosa,
La visión de Watteau maravillosa.

¡Cantad á Citerea,
Su ritmo centellea
Y el mundo alado de las danzas crea!

La góndola entre flores
Convoca los Amores
Y es sonrisa de sol hecha colores.

Dominós de alegría
Le dan algarabía;
Su dicha acrece el esplendor del día.

Suenan los arlequines
Cual Anfión, sus violines
Y brincan encantados los delfines.

Sin ser de noche, trina
Filomela divina,
Al contemplar la Reina en Colombina.

A su lado fulgura,
Mortaja de blancura,
Pierrot, espectro de belleza pura;

Modulador de un canto
Donde se anuncia el llanto
Velo glorioso de inmortal quebranto.

Oh! góndola vestida
Por la mente encendida
Símbolo augusto de la humana vida;

Tras de llevar vibrante
El poder fulgurante
De una Francia exquisita y arrogante;

Y derramar con gozo
Gracia, pensar radioso?
¿No fuiste sombra y colosal sollozo?

Ah! si en cierta quimera
En Versalles, ligera
Del lago vuelves á tocar la esfera;

No darán los boscajes
De los antiguos viajes
Abates, damas, caballeros, pajes;

Pero la honda tristeza
De tu frágil belleza,
Y la heroica visión de tu grandeza;

Se equipará en la gira.
Mientras Amor suspira.
Con los ensueños que tu reina inspira!

ANGEL DE ESTRADA (hijo)

París.

SOBRE EL AMOR

Fragmentos del libro en prensa «Al margen de la Ciencia»

I

Amor y timidez son estados de espíritu absolutamente inseparables. Amar es temer. El amador teme á su amada como el albino teme á la luz; el amor ciega como el albinismo. La teme por sí y por ella. Teme ser inferior al concepto en que desearía ser tenido, no responder al juicio en que se le estima, romper el propio ensueño con una palabra imprtuna, con un atrevimiento imprevisor, con un gesto brusco. La pasión unánime es niebla que empaña, tul que mitiga, resplandor que deslumbra; idealiza las cosas borrando sus contornos, las esfuma en penumbras de imaginación, las fragiliza en demasía. En el espíritu ebrio de emociones la persona amada parece el polen de una flor endeble que toda leve aura puede volcar para siempre; caja musical complicadísima cuyo engranaje trabaría un visible átomo de polvo; telaraña sentimental que se quiebra al calor de toda llama; seda suave de Esmirna que una gota de rocío mancha por toda la eternidad.

Amar es sufrir agradablemente; es gozar de una ansiedad perenne, de un sobresalto ininterrumpido. Es mirar al objeto amado y suponer que las miradas pueden ajarlo; tocar su mano temblorosamente, con la inquietud de que sus dedos puedan resquebrajarse entre los propios; oirlo hablar temiendo que el esfuerzo de las palabras enmudezca sus labios.

El que ama llora á solas sin saber por qué: es un esclavo del propio miedo.

Hombres audaces con otras cien mujeres, se espantan cierto día frente á una. El fenómeno parece extraño. ¿Cómo? ¿El más osado, el más impertinente, el más afortunado, tiem-

bla ante esa mujer? Es paradojal, pero lógico. El hombre que sabe engañar á mil casquivanas sin amarlas, es incapaz de conquistar á la única que ama. Cuando se atreve—si alguna vez lo ensaya—se limita á ofrecer su esclavitud incondicional. Es la historia eterna: Don Juan se arroja humildemente á las plantas de doña Inés anhelando la esclavitud de su amor. Huelga decir que cualquiera Manón hace lo mismo con su caballero Des Grieux.

En todo conquistador y en toda coqueta hay un germen de Don Juan ó de Manon.

II

El enamorado tiene la idea fija de su amor. Las sensaciones recibidas por su cerebro se asocian con otras que se refieren á la persona amada. Si ve un hermoso jardín, sueña un idilio pastoral; si oye un rumor de alas entre las ramas, supone que los pájaros se aman y desearía aletear como ellos; si un manjar sabe á miel, cree tener entre los propios los otros labios y morderlos como ciruelas maduras; si toca un terciopelo, recuerda la mano cuyo contacto frisa sus nervios con inefable calofrío; todo perfume despierta una comparación con el que de ella emana. Si ve el mar de índigo ó de ultramarino, reconstruye un paseo romántico en barquilla, como en un verso de Musset; si un retazo de cielo, cree descubrir el parpadeo de sus ojos en la titilación de las más luminosas estrellas, como en una canción de Petrarca; si un bosque silencioso, supone que en traje agreste de ninfa va á salir de entre las frondas, como en una evocación de Pierre Louys. Todo breve ruido semeja un beso, toda apretura un abrazo, todo contacto una caricia. El cerebro del amante es un piano en el cual todas las teclas golpean sobre una sola nota. Sus palabras rematan siempre en el mismo tema, su conversación es una interminable estrofa de versos monorrimos. Como á Dafne en la leyenda griega, Pan le ha enseñado á frasear sus soplos en una siringa de pasión, cuyas cañas suenan perpetuamente la historia de Psiquis y de Amor.

III

Las variedades del amor son infinitas. El uno ama sabiendo que es correspondido con vehemencia superior á todos los obstáculos; el otro se apaga lánguidamente y se suicida ante el amor imposible; éste mata en su crisis de celos; aquél

paga con su vida el precio de un amor absoluto, ó ve triunfante un rival, ó siente serpentear en su alma la pasión culpable: son los héroes de Shakespeare y de Goethe, de Zola y de Wagner, de Barrés y de D'Annunzio. Iguales todos por la intensidad de su fiebre devastadora, todos distintos por el color de su llama. Un mismo fuego devora heterogéneos combustibles, como un rayo único de sol se descompone en la infinita policromía del iris.

IV

Así como ciertas enfermedades suelen beneficiar á los pacientes—la tuberculosis embellece á Margarita Gauthier, la histeria ilumina á Santa Teresa, la locura inspira á Hamlet,—el amor favorece á algunos enamorados. Este privilegio corresponde á los artistas; y es justo, por ser ellos los más sensibles á la plenitud de las pasiones. Nadie podría convencernos de que Wagner no amaba al escribir "Tristán é Isolda", Petrarca al rimar los sonetos á Laura, Canova al esculpir su Dafne y Cloe, Leonardo al pintar la sonrisa sin par de la Gioconda. La llama que consumió sus corazones nos ha dejado prodigiosas cenizas.

En los demás el amor es una divina catástrofe.

V

Cualquier hombre sufre en su vida cien dolencias corporales y diez afecciones peligrosas; sólo una ó dos se vuelven crónicas y le acompañan hasta la muerte. Con el amor esa regla se repite; cien accesos pasan como nubes en un cielo estival, uno ó dos se arraigan en el espíritu y lo embargan por toda la existencia. En un año hay cien días de viento y sólo uno de cielón.

VI

Amar á la mujer es servirla, someterse á sus más instables anhelos, esclavizarse á su intención. Las mujeres dignas de ser amadas merecen del hombre el holocausto absoluto de la rendición incondicional, porque amar es el sacerdocio de un rito cuyo ídolo es la persona amada. Las hetairas que se entregan sin conquista no merecen el amor, porque no ins-

piran respetuosa devoción. Amamos para dar felicidad más que para recibirla; el amador solo necesita la dicha subjetiva de complacer á quien ama. La juventud, la belleza, la gracia y el talento, sumados en un cuerpo lozano, esperan y necesitan el homenaje de servidores fieles; la beatitud de amar es por sí sola un bálsamo á todos los dolores, una compensación á todas las inquietudes, un acicate á todas las energías, una sonrisa á todas las esperanzas.

VII

La distancia agiganta las pasiones intensas, borrando en la memoria los lunares y los defectos para poner en relieve las cualidades y las virtudes. El que de cerca ama, de lejos idolatra; el que puede olvidar no ha amado nunca. Si la mala fortuna es el reactivo de la amistad verdadera, la ausencia es el árbitro más seguro del amor.

VIII

El matrimonio puede ser su antídoto más eficaz; si los químicos pudieran analizarlo encontrarían en él todos los elementos constitutivos del tedio y del hartazgo. Armando Charpentier, en un libro lleno de observaciones perspicaces, demostró que el amor sólo llega á sobrevivir un par de años en el consorcio; se refería, naturalmente, á los casos más favorables. Este juicio no implica una opinión contraria al matrimonio; ¿medio siglo de amistad completa no vale más que una pasajera fulguración de amor?

Por desgracia la amistad completa no siempre sobreviene con tanta prisa como el amor huye. Entonces la enfermedad cura desagradablemente y deja una cicatriz afrentosa como un estigma, la desarmonía conyugal, la infelicidad irremediable. Es decir, ordinariamente irremediable; pues tales cicatrices pueden extirparse mediante la cirugía del amor, que es la culpa, el engaño recíproco. Pero entonces apaece un peligro de otra clase, la recidiva; pocos infelices escapan á ella. Sólo es difícil la primera culpa.

IX

En Italia, país de las pasiones más vehementes, el amor está en todas las cosas: en las playas tranquilas, en

las nubes gárrulas, en las flores olientes como incensario, en los borujos de las olas coquetas, en la tierra, en el mar. ¿Podía no estar en el corazón de Romeo?

El vió en la sonrisa de Julieta un amanecer y en su primera palabra oyó una melopeya; desde ese minuto la amó locamente como todo el que sabe amar. El amor es una enfermedad así: atracción de precipicio, violencia de alud, fragor de catarata. La primera sonrisa fué el prefacio de otras mil; hubo caricias como aleteos de mariposas que hacen estremecer una corola, frases musicales como versos de Samain, suspiros suavísimos como favonios, promesas, ensueños, melancolías, toda la gama de alternativas que conoce quien ha amado alguna vez.

Pasaba innumerables noches al pié del balcón, atisbando el más leve suspiro, durmiendo muchas veces sobre los fríos mármoles de la calle solitaria. Enternecida Erato por la constancia del amante, dejó á sus ocho hermanas y vino en su ayuda, aconsejando á Julieta. Esta abrió una noche su ventana y lo divisó.

—¡Ojos que seréis la clara luz de los míos, mientras plazca al cielo! ¡Boca que besaría mil veces, dulcemente, como la abeja sorbe el polen de los cálices predilectos! Seno delicioso, refugio de mis caricias, estuche único de mi adoración y mi ternura! ¡Cómo vivir sin vosotros! Yo podría morir aquí; y moriría, seguramente, alguna noche, si antes que la muerte no viniese en mi ayuda vuestro amor. En cualquiera otra parte estoy tan cerca de la muerte como aquí. ¡Dejadme al menos expirar en este sitio, junto á vuestra persona, como sería mi dicha vivir, si pluguiera al cielo y á vos!

Un minuto después la luna envolvía sus cuerpos y se insinuaba tenuemente en ellos, como una etérea solución de perlas finas. Sólo el antiguo odio desleía un reflejo escarlata en torno de ambos: su amor sentía ese halo triste, como el obstáculo de una maraña imprecisa. Y las estrellas, en su titilación silenciosa, parecían lágrimas adamantinas del llanto infinito con que la noche comprendía su angustia. Cada estrella una gota.

Se dieron el primer beso. Quien lo haya dado sabe que la primera vez el amor tiembla tímidamente sobre los labios, como la mañana primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos—prolongado, insistente, interminable—tiene sabor á miel himeta y desciende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania á Isolda y á Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano?

Sobre el balcón y bajo la luna se estrecharon con frenesí muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios recí-

procos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas.

Desde entonces, después de la hora en que el véspero luce las sombras trágicas de los sublimes amantes parecen despertar, inconscientes, eternas, pasearse por las calles de Verona y llegarse hasta el balcón, poblado otrora por sus más caros ensueños, reviviendo las horas felices. Y la casa de Julieta, en las noches de luna, diríase el templo de un culto imaginario; y sale de sus ventanas un perfume hierático, extraño, como si fieles esclavas de Bitinia ó de Frigia agitaran incensarios de amor; y se oyen palpitaciones, calofríos, anhelos, como si un enjambre de impolutas vestales se estremeciera por el vigoroso abrazo de faunos robustos.

JOSE INGEGNIEROS.

VERSOS DE ESTE OTOÑO

EL ELOGIO DE LOS NIÑOS

Canto el brote.
Canto el capullo,
Canto el labio breve y groseruelo
Y la sonrisa tierna sobre el labio menudo.

Venid á mi lirios de la vida,
Lirios blancos,
Lirios frágiles,
Lirios llenos de aroma santo.

Gracias demos á la Vida,
Señora Vida, gracias, gracias,
Porque nuestro camino es dulce
Nuestro camino constelado de cabecitas castas.

¿Quién está en mi árbol?
¿Quién está en mi árbol con sonrisa de olor
Criaturitas tembladoras como corolas,
Reid y llorad en mi árbol en flor.

Preparémonos para la victoria;
Venceremos á los buitres del Mal:
Tendrán los niños senda pacífica
Para descender á nuestra aldea sentimental.

La casa estaba vacía
Y las alcobas estaban oscuras.
He aquí que han venido los niños
Y la casa se ha llenado de lunas.

Nuestro corazón estaba oscuro con su sangre,
Como una coraza de ébano,
He aquí que los niños nos miran
Y el ébano se torna campana y campanero.

También eran oscuras nuestras pupilas
No veían á la paloma ni al cordero,
Nos reposamos una tarde en una frente infantil
Y á la paloma y al cordero vieron.

Vieron el racimo en la viña,
Vieron la nave y la vela,
Vieron la puerta y la ventana
Y vieron el lino en la mano de la abuela.

Mirar á los niños aclara los ojos,
Aclara la sangre en el corazón,
Endulza la piel de la mano
Y endulza el hilo de la sensación.

Escuchad hombres y mujeres:
Hombres y mujeres hacéos ricos
En los niños encontré mi diamante
Diamante de fortaleza y seda de suspiro.

Y si me escucháraís aún os diría:
Hombres y mujeres, suaves estad,
Suaves como los niños y los nidos.
Ved la gracia de nuestra hermana la Suavidad.

Ved la gracia, hombres y mujeres.
No déis prisa al pie que tiembla,
Abierta está la cabaña de la felicidad.
Abierta está la puerta.

¡Cómo sonríe el Sol en los niños!
¡Cómo sonríe el Sol! ¡Cómo sonríe el Sol!
Abrid los brazos tibios
A los ungidos del celeste calor.

En vano ponéis las manos sobre los ojos,
En vano, que para la santidad infantil
Cristal es la carne de la mano
Y la carne de los ojos rocío de Abril.

Así os penetrará la santidad infantil:
Como agijón en la miel.
No la sentiréis en el desierto,
En el desierto murió el cordero y el laurel.

Murió también la mariposa,
La blanca, la azul y la de siete colores,
Hombres ceñudos id al desierto,
Id al desierto porque os llamamos pecadores.

Quien en la casa mueva la mano
Y no la mezcle en una temprana cabellera,
¿Qué alegría tendrá para abrir el surco?
¿Qué alegría para rendir á la fiera?

Como el vino nuevo da buen olor
Y dulce humor el pan puesto al fuego,
Los niños dan paz y serenidad,
Paz y serenidad para hacernos pacíficos y serenos.

Sin temor vemos caer el Sol:
En paz y serenidad y alegría estamos:
Sin temor vemos llegar la nube:
De paz y serenidad nos acompañamos.

He alzado las manos á las estrellas.
A las estrellas he alzado las manos
Por los niños muertos he alzado las manos
A las estrellas donde alumbran sus almas.

Nuestro pan más blanco sea para los niños.
Para los niños la pluma más blanda,
Y el mejor escabel cerca del fuego
Y el ánfora mejor labrada.

Las vírgenes iluminan los ojos infantiles.
Por eso tienen ceguedad de nuestras cosas.
Como palomas ciegas son sus manos,
Como palomas, como palomas...

Las hadas les bajan los párpados.
¿Quién puso una flor sobre la almohada?
Sobre la nieve del campo ha caído una rosa.
Rosa rosada....

Estábamos en la alcoba tibia
Y los niños en el jardín jugaban
En el jardín jugaban y vimos
Que todos los niños tenían alas.

Entonces bajamos al jardín
Para jugar con los niños milagrosos...
¡Cómo florecían los ciruelos!
¡Cómo se alegraban nuestros ojos!

Los niños eran tan buenos
Que casi no eran humanos,
Con los niños jugamos y por un instante
Casi no fuimos humanos.

Al claro de luna vinieron los Reyes;
Trajeron en venados flores y telas.
A nuestros niños ¿qué les dieron?
A nuestros niños les dieron palomas de Galilea.

Y cuando la aurora de los dedos de rosa
Trajo al día luminoso y bendito
Los niños se juntaron á las palomas
Y no sabemos cuáles son las palomas, cuáles los niños.

¡Cuán cerca está de los labios el tierno corazón!
Cerca como la entraña y el ombligo;
Los labios quieren hablar y resucitan
El día primero de nuestro balbucear latino.

Ved como se abren sus grandes ojos nobles:
Como dos yemas de cielo sobre una toca de monja
Si azules son, y si negros son,
Como dos lágrimas de la noche en la nuca de la aurora.

La madre desciñe sus senos...
Ved la turbación del girasol:
A los dos soles tibios seguir no puede...
¡Oh, santa hermosura! ¡Seno de turbación!

De emoción se tiñen los labios menudos
Y arrimados á la diáfana piel materna
Nadie sabe si gustan de un cariño eterno
O de una savia de estrella.

Hugo
Que en el arte de ser abuelo fuiste gran artesano,
¡Quien tuviera la sonrisa que nacía en tus labios
Cuando los pájaros de tu casa te besaban las manos!

Tu sonrisa quien la tuviera
Hugo, torre de bondad,
Quien la tuviera para la mañana y para la tarde,
Para Pascua y para Navidad.

He cantado el brote
Y la sonrisa tierna sobre el labio menudo...
La noche quiere llegar y el Sol detiene
La cuadriga heróica en el círculo oscuro.

HOMBRE DE LA PLAZA

A través de los días y los meses
Me vuelve muchas veces
La olímpica, délfica traza
Del hombre que hablaba en la plaza.

Y el redondeado gesto
Que magnificaba el denuesto
Contra las instituciones
Y el río suelto de las pasiones...

Y recuerdo también el puñado
De gente dominguera que lo oía
Con un poco de atonía,

Bajo el gran gesto reposado
Coronado de sol-oro fino
Vespertino.

EPISTOLA

Damita que amabas antes
A los troveros guedejados
Que á busca van de consonantes
Entre las sedas y magnolias
Entre suspiros y velludos
Y luz de luna en languifolias:

Y que de buena fé creías
En la romántica quejumbre
Y en las supermelancolías
Y en las plasticidades helénidas
Y en las invocaciones á la cumbre
De los murientes melesigénidas.

Damita, entonces era
Tu alma paloma suave
De una fría primavera
Y pálida te encerrabas
En tu alcoba y en un grave
Ensueño la tarde estabas.

Y como no habías llegado
A edad de tener ironía
Te enternecías al rimado
De una desperanza ilusa
Y á la malabaría
De *¡ay de mí!*, y *¡ronda, musa!*

Y pienso que llegaste á creer
Que los bardos de gestos bellos
Y barba á medio florecer
Y ojeras amorfinadas
E hiperbólicos cabellos,
Eran de *crías* más sagradas.

¡Oh, dama, oh, dama, oh, dama!
Ahora que eres madrecita
Y tu sonrisa se derrama
Sobre sonrisa menudita,
Dama con ojos de lluvia fina
Y voz de gajo de mandolina.

Ahora que no tienes muñecas
Ni secretos con las amigas,
Ni libros nuevos, ni jaquecas
Y haces compota y te fatigas,
Dama, damita, linda como
Nardos y cuellos de palomo;

Ahora que en tu hogar eres una
Lámpara de luz tranquila
Y ya no enciendes ninguna
Velcidad loca en tu pupila,
Dama, damita, de paso tan blando
Como un vellón blanco que está suspirando:

Te ruego amigablemente
En este verso un poco triste
Que apagues el inconsciente
Ensueño que antaño tuviste,
Dama, damita, la del corazón
Como una canción, como una canción.

Y veles porque tu retoño
Se entregue á cosa mejor
Que contemplar el otoño
Y luego ser rimador,
Dama que te vuelves un si no es seria
Y con un poquito de pena y de histeria.

Porque esta tarea inútil
De hacer verso dama mía
Es como la lluvia fútil
Sobre una cristalería...
Dama, damita, el mejor rimado
No valiera cuanto pasar por tu lado.

Vela de tu hijo la planta,
Apártale del mal camino:
¡No sea cítara santa
Ni pájaro divino!...
¡Dama, vuelve tus ojos á mi vida
Que por darse á versos ha sido perdida!

AL PORVENIR

Ni he sido presa vil de las pasiones
Ni me ha herido el amor sañudamente,
Llaga no fuí de ajenas compasiones
Y no fuí de mis males voz doliente.

Sembré con mano pródiga ilusiones,
—Toda tierra es benigna á esta simiente,—
Y en las cuatro estaciones
Mi corazón está suave y sonriente.

Amo la dulce vida como á una
Mujer cuya sonrisa es la fortuna
Más brillante que el oro y el zafir,

Y trabajo y perdono y sueño y hablo
Y mi alma tranquila es cual venablo
De azucenas lanzado al porvenir.

HACEN SEÑAS

Cuando vuelvo el alma al pasado
Y llamo á todos los que he amado
Y á los que vivieron á mi lado
Y la Intrusa los ha llevado,

Cuando evoco el cariño ido
El ultraje padecido
El sentimiento incomprendido
Y el mal que me ha entristecido,

Pienso que he vivido mucho
Y que pronto han de llamarme
Todos los que me dejaron.

Cuanto más amo y más lucho,
¡Más quisiera ir á juntarme
Con los que me abandonaron!..

NOSOTROS

Dad paso á nosotros los avergonzados,
Nosotros los tímidos, nosotros los suaves,
Nosotros los callados,
Nosotros las alas de todas las aves.

Nosotros los que amamos silenciosamente
Los que miramos mucho y nos dolemos más,
Los que sentimos por el que no siente
Y somos los humildes, los que vamos detrás...

Boca de los suspiros,
Lámpara de bondad.
Cuágulo de zafiros
De dulzura y piedad,

Somos todo eso
Y también la más blanca casa sentimental,
Damos calladamente la abejuca del beso
Y quien lo siente ignora que es de nuestro panal.

Nosotros los humildes que ora somos cantores,
O monjes ó artesanos ó talvez vagabundos,
Buscamos á las almas junto á los ruiseñores
Porque somos profundos.

Nosotros los que somos simples de corazón
Tememos á los hombres y les compadecemos
Y ese temor nos viene de la desilusión,
Y el compadecimiento de ilusión que aun tenemos.

Somos los prometidos esposos de las cosas...
La dueña nos olvida pero la casa se abre,
Amemos á la casa, la puerta, las baldosas,
La fuente y la campánula que en el patio entreabre.

Nosotros los lejanos, todo virtualidad,
Con un fleco de aromas amansamos el alma.
Olòr y luz es toda nuestra sensualidad:
Nuestras naves son naves para la mar en calma.

Nosotros los no vistos, los imperceptibles,
Que desde nuestra celda removemos el ponto.
En esta dulce vida somos los imposibles
Y moriremos pronto.

 ENRIQUE J. BANCHS.

LA CIENCIA Y EL ARTE

Nada existe aislado en la naturaleza: mantenido por infinito número de hilos, todo se halla sostenido y sostiene á su vez el infinito número de cosas con que se encuentra en relación. Rota una sola ligadura se produce una catástrofe, esto es una serie de movimientos y oscilaciones que miran á mantener el equilibrio roto, hasta que la fuerza creadora tiende un nuevo brazo que permite continuar los procesos vitales de conservación y evolución. La naturaleza es indivisa, y el espíritu, una de sus partes, conserva los caracteres del todo. Clasificaciones arbitrarias se han hecho y se harán para separar funciones que tienen un carácter distinto de las demás, pero que, como las olas del mar que se levantan y bajan produciendo burbujas en las crestas que se pierden luego en el líquido homogéneo, sin poderse distinguir las moléculas que formaban esas interminables y sucesivas cascadas de perlas, así también el espíritu ondula, efervesce, decae, se unifica y siempre es el mismo bajo distintos aspectos. ¿Cómo es posible pues, que una producción del espíritu sea característicamente opuesta á las demás? Salen de un mismo *todo*, y si bien unas han vivido en las profundidades incoloras y tranquilas del mar del pensamiento, otras en las olas que se mueven blandas ó furiosas y otras finalmente, son burbujas cristalinas que juegan y chocan entre sí, una misma materia las forma, la inteligencia; una misma fuerza las une, el sentimiento, y un mismo movimiento las arroja ó mantiene en el secreto: la voluntad.

Pretender, pues, hacer del cerebro un casillero; de la producción intelectual, un catálogo; y de las fuentes de inspiración un archivo, es empresa vana y ridícula.

El poeta y el hombre de ciencia, son inversamente hombre de ciencia y poeta. En la poesía hay ciencia y en la ciencia, poesía. En la música hay ciencia y en la ciencia hay ritmos y armonías. ¿En dónde empieza la línea que divide ambas producciones? ¿En qué versos, en que líneas, la Divina Comedia, es ciencia y no arte y en cuáles otros es arte puro sin mezcla de ciencia? ¿No hay por acaso, ciencia en el conocimiento gra-

matical de la lengua que el poeta usa? ¿No hay ciencia en el descubrimiento de las afinidades que ligan entre sí, las letras, las sílabas y palabras? ¿No hay ciencia en observar la verdad del mundo externo aunque se refleje con mente de poeta?

Pero, no es sólo la pseudo-ciencia la que señala huellas en el arte. La ciencia madura, dogmatizada y rigurosamente formulada se entreteje con todas las faces del pensamiento.

Ahora bien, ¿quién domina á quién? El arte dirije á la ciencia ó la ciencia dirije á la primera?

1°. El arte no está subordinado á la ciencia, pero la dependencia es estrecha.

2°. La dependencia es de dos órdenes: material é intelectual; material, puesto que el arte necesita para exteriorizarse de la materia prima, cuya utilización y facilidad de aplicación depende de los descubrimientos de orden científico y de los adelantos de la técnica; intelectual porque la mente que posee más ventanas abiertas sobre el mundo externo é interno, vé mayor número de bellezas, aumentando éstas en relación directa á los adelantos científicos. Ahora bien, esta influencia intelectual puede ser directa é indirecta.

La influencia directa se manifiesta por la preponderancia del razonamiento, del juicio, del análisis y síntesis, dominado todo por una tendencia netamente científica. La indirecta se refleja por las mismas funciones intelectuales, pero sin la tendencia científica. La primera es consciente, querida por el artista y dá generalmente un pésimo resultado. La segunda es inconsciente, se mezcla con todos los factores que constituyen el medio ambiente del artista y constituye una fuerza creadora.

Estas dos influencias, directa é indirecta, *consciente* é *inconsciente* se mezclan casi siempre y lo que caracteriza la obra, es la mayor ó menor cantidad de una sobre otra.

El reflejo inconsciente, es inútil ilustrarlo; es tan evidente que se impone á la razón. La obra de arte no ha representado las cosas sino en el estado en que la ciencia se las entrega. Y salvo los casos de adivinación profética común en los poetas, el arte ha caminado al paso de la ciencia.

Basta recorrer la riquísima colección de primitivos alemanes, italianos, franceses de las galerías del Louvre, del Zwingle de Dresden, de la "Altere Pinakotek de München, de la Galería degli Ofizzi de Florencia para reconocer que la inspiración en el camino de la verdad, no adelanta nunca la investigación científica.

La teología, la astronomía, la anatomía, la física, etc., según se reflejan en esos cuadros apenas merecen el nombre de ciencias—y la inspiración se ve sofocada, empequeñecida, comprimida en la red convencional, fabricada por el hombre para explicar la organización del mundo físico y moral á su gusto é interés. Es el arte oprimido por la ignorancia que bate sus alas

de cuando en cuando para remontarse, pero cuyos esfuerzos son vanos hasta que la libre investigación y explicación del mundo le abre los dominios de la verdad.

Y con la renovación de la ciencia en el Renacimiento, empieza el arte, libre de trabas, á ser grande, fecundo; á interpretar luminosamente las verdades eternas, las relaciones inquebrantables y las maravillas de la naturaleza al fin revelada.

Pero, como el velo que cubre todos esos misterios se corre antes que la técnica de las artes estuviera en el caso de poderlos interpretar, la inspiración está casi siempre en desacuerdo con la representación; la idea brilla luminosa é intensa y hace fuerzas para quebrar los moldes que la encierran, pugna por hallar los medios que la habiliten para ponerse en íntimo contacto con la belleza y estos medios tiene que tomarlos de la ciencia que se los brinda generosa. El arte de los Cranach Goujon, Metsys, van Outvater, Meemling, Van Eyck, Crivelli, Lippi etc., reflejan el primer estado de la lucha entre el arte y la verdad revelada, entre la inspiración y la ciencia. Con Holbein Dürer, Veronese, Tintoretto, Tiziano, Correggio, Rafael, Miguel Angel, Vinci, tenemos el segundo momento en que la ciencia, cual poderoso reflector, al servicio del artista, ilumina las sombras, avanza los objetos y recula los horizontes; quiebra la bóveda de los cielos, y las estrellas y el sol radiante dejan bajo su luz de desempeñar el principal papel, desapareciendo casi por completo de las telas de los maestros.

Al lado de estas dos acciones, directa é indirecta, existen otras dos que llamaré positiva y negativa.

Positivamente influye, creando nuevos aspectos, nuevas orientaciones ó tendencias, cuyo ejemplo más notable es el realismo y aún más, el realismo naturalista de la época moderna.

Y negativamente influye haciendo desaparecer géneros ó maneras. Un ejemplo evidente nos dá de la Sizeranne en "Le miroir de la vie" al demostrar el porqué de la desaparación del género llamado de batallas. Los medios de guerra modernos son antiestéticos, opacos, incoloros; el ruído tiende á desaparecer; la pólvora sin humo suprime la niebla poética que envolvía á los combatientes en las guerras de ayer. Los proyectiles, que provocan la rigidez cadavérica instantánea ha suprimido las bellas muertes, las hermosas agonías de los antiguos y ya no es dable representar el "gladiador muriendo" que enriquece las salas del Louvre.

Masas monstruosas, horribles, se mueven solas como por encantamiento guarecidas tras de enormes murallas, vestidos los soldados con horripilantes trajes; hasta el acero brillante ha desaparecido para dejar lugar al bruñido opaco que se desvanece en la lontananza. Todo esto es feo, es informe, no es

artístico y la inspiración ya nada tiene que hacer en los campamentos.

Los caracteres del arte moderno son distintos de los del arte antiguo, casi diría que se oponen. A la idea simple, unitaria, que simboliza el arte clásico, se opone la multiformidad del moderno. Uno, es el arte sencillo y despreocupado de la infancia, que persigue y acaricia una sola idea, un sólo capricho aun no satisfecho, otro es el arte de la madurez, que solicitado por un sinnúmero de vías, de deseos é ideas, queda siempre descontento una vez la obra acabada. Es siempre en el segundo, el trabajo sin terminarse que pudo perfeccionarse, al que algo faltó para ser mejor.

Impenetrable, confundiéndose en Dios, creyeron el alma humana los antiguos y se abstuvieron de interpretarla; impenetrable también la cree el positivismo moderno, pero, empujado por el espíritu de observación y análisis que domina el siglo, el filósofo, el hombre de ciencia pura la desmenuzan, escudriñan y disecan, y el artista envuelto en la corriente general hace obra de filósofo y de hombre de ciencia.

El musgo, la piedra, el grano de arena, el agua, han empezado á vivir bajo el microscopio y ante los agentes químicos. La vida, para el biólogo moderno, como chispa eléctrica ha penetrado en todos los rincones del universo y ante esa nueva conquista de la ciencia, el arte no ha quedado indiferente. Ha querido ver la vida en el paisaje, en la montaña, en el mar y en la caverna. Pero no se ha contentado con darles la vida que el biólogo le aseguran que tienen; junto con la vida les ha dado sentimientos, odios, pasiones, ideas y hasta voluntad. Y toda la escuela impresionista se desarrolla en este ambiente antropomorfista.

El artista clásico ha glorificado á la naturaleza impulsado por el miedo; el moderno lo hace admirado de su grandiosidad; la ama, la comprende, entra en íntimo coloquio con ella; no la teme; sabe que si es á veces mala, no lo es por venganza—y hasta en sus maldades la admira.

Ahora bien, no se ama más que aquello que se conoce, que no se teme. ¿Y quién, sino la ciencia le ha abierto al artista el pasaje á la comprensión consciente y sabia de la naturaleza?

Y el amor que hacia las cosas despiertan la física, la química, la geología, etc., lo despierta hacia los animales la moral del positivismo y antes que esta el culto por la naturaleza de Buffon y luego Rousseau. La psicología moderna levanta aun más el pedestal en que la simpatía los había colocado y el arte inglés moderno sobre todo es insuperable en el arte de darles alma y con ellas sentimientos é ideas, sin necesidad de recordar animalistas que como Rosa Bonheur han descollado á tal altura que no es menester recordarlos, pues acuden solos á la mente cuando se trata de citar ejemplo del género que nos ocupa.

Si todas las afirmaciones que hasta ahora he formulado á favor de la influencia de la ciencia sobre el arte pueden ser contradichas con mayor ó menor éxito, poniéndose en un punto de vista opuesto, creo que toda contradicción es imposible en el siglo XIX, cuya característica es indudablemente el "espíritu científico".

E ntodas las artes se manifiesta su influencia, por medio, sobre todo, de una tendencia que á veces se exagera de encontrar y fijar la *verdad*.

El impresionismo en pintura, el wagnerismo en música, las escuelas de Rodin y Meunier en escultura y el realismo en literatura son sus más salientes formas.

El pintor desmenuza los colores del espectro en su paleta, estudia sus influencias sobre la retina—desmenuza las atmósferas del mediodía y del norte y llega á fusiones finales, al dominio de un color que la ciencia le ha revelado es el compañero inseparable de tal ó cual estado sentimental ó intelectual. Descubre armonías de vibraciones entre el sonido y el color y trata de componer sonatas bethovianas ú óperas wagnerianas. Y encuentra en el sonido el color y en el color el sonido.

El wagnerismo con la revolución que ha operado en la música sólo ha sido posible á raíz de un desarrollo decisivo de la acústica. Y la obra escultórica de Rodin y Meunier es obra de filósofo, de psicólogo y la del segundo es sobre todo la de un socialista ardiente y entusiasta, que estudia y analiza las miserias y angustias del trabajo con la maestría de un Marx ó de un Bernstein.

El espíritu científico en literatura es tan poderoso que se sobrepone á todas las divergencias de escuelas y es el lazo que las une caracterizando la producción del siglo.

En "Mme. Bovary", obra que exclusivamente tiende á la belleza, hay el deseo evidente de alcanzar "la magestad de la ley y la precisión de la ciencia", lo que se evidencia por el espíritu que la anima, por el deseo de alcanzar la verdad, y por el método empleado. Flaubert en su correspondencia (II serie 1850-54) escribe "La literatura tomará cada vez más los caracteres de la ciencia; será sobre todo *expositiva*, lo que no quiere decir didáctica; hay que hacer cuadros, mostrando la realidad tal cual es, pero cuadros completos, pintando ambos lados".

La tendencia de Flaubert, sin embargo, hay que recordar, no es perseguir un fin científico, sino por el contrario pide ayuda á la ciencia para llegar á un más alto grado de precisión, exactitud y verdad, á fin de alcanzar la realización de la belleza.

Los hospitales y laboratorios constituyen el medio ambiente en que se mueve la obra de los hermanos Goncourt, á

fin de hacer la historia moral de la sociedad que refleja el pesimismo resultante de las investigaciones del positivismo.

La "Introducción al estudio de la medicina experimental" de Claudio Bernard es el verdadero manifiesto de la "Novela experimental" de Zola, el cual declara que el novelista debe ser un observador y un experimentador. "El observador dá los hechos tal cual los ha observado, dá el punto de partida y establece el terreno sólido sobre el cual van á caminar los personajes y desarrollarse los fenómenos. Luego el experimentador aparece é inicia la experiencia, esto es, hace mover á los personajes en una historia particular para demostrar que la sucesión de los hechos será tal cual el determinismo de los hechos puestos en estudio lo exije". "Continuamos con nuestras observaciones y experiencias la obra del fisiólogo que á su vez continúa la del físico y del químico. Debemos operar sobre los caracteres, sobre las pasiones, sobre los hechos humanos y sociales, como el químico y el físico operan sobre los cuerpos brutos, como el fisiólogo opera sobre los cuerpos vivos".

Estas citas no requieren comentarios y son la más evidente prueba del acercamiento cada vez más preciso de la ciencia y literatura y así lo entiende Zola en la misma obra, al decir: "La novela experimental es una consecuencia de la evolución científica del siglo..... sustituye al estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, el estudio del hombre natural sometido á las leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio; es, en una palabra, la literatura que corresponde á nuestra época científica así como la literatura clásica y romántica han correspondido á una edad de escolástica y teología".

Rosny ha ensanchado los límites del cuadro en que se movía su maestro, y muestra no sólo la relación del individuo con su medio, sino también la que le une con la humanidad, con el Cosmos entero. Tiene en la ciencia una fe absoluta, la adora como á una Religión y funda en ella la felicidad del porvenir.

Después de los grandes maestros, tenemos á los discípulos é imitadores que han querido seguir las huellas señaladas, aprovechando las tendencias del siglo en edificar obras en que el interés principal resulta de alguna anomalía ó perversión sexual.

Y sin detenernos en Verne y Flammarion que equivocan el fin por el medio, tenemos aun en la misma corriente á Bourget, Ohnet, Feuillet Maupassant, Gyp, Daudet, etc., que han sufrido más ó menos artísticamente la influencia de las corrientes científicas dominantes.

En poesía, á la inquietud vaga de los románticos ha sucedido una melancolía darwinista: la obra de Leconte de Lisle traduce este estado filosófico de los espíritus y es obra de erudito al mismo tiempo que de poeta.

A Sully-Prudhomme lo que más le conmueve son las antinomias á que llega la ciencia humana en sus últimos límites con los postulados de la voz interna. Una afirma la justicia, la otra la niega. Nuestro espíritu reclama la inmortalidad y la ciencia demuestra que la inmortalidad es sólo de la materia. Estas contradicciones lo llenan de duda, de vacilaciones; no quiere someterse á los dictámenes de la ciencia y reconoce sin embargo que llevan el sello de la evidencia.

La filosofía, cosmogonía, biología, historia y prehistoria son las ciencias que mayor contingente han prestado á los poetas; sin embargo, este contacto, salvo casos excepcionales, no ha sido feliz y sólo ha marcado un grado de degeneración en la inspiración poética.

Augier y Dumas en el teatro no han escapado á la tendencia general que se ha manifestado en este género por una verdadera preocupación de la verdad en la "mise en scene", caracteres, indumentaria, etc. Se han empeñado en dar al teatro "trozos de la vida", pero se llegó á cuidar tanto de la verdad fisiológica, que dándose al olvido la psicología se bastardeó la verdad científica que tan rigurosamente pretendían seguir.

En Becque ha influido el determinismo científico, casi diré mecánico, y sus personajes llegan á moverse en una forma automática y desempeñan simples funciones psico-fisiológicas.

En Pailleron, Ohnet, Sardou, Maupassant, hay numerosos sabios que desempeñan el principal papel, con menoscabo es cierto, aunque no hayan pretendido hacerlo de la dignidad de la ciencia.

La consecuencia de este consorcio íntimo de la ciencia con el arte tiene por resultado hacerlo cada vez más abstracto, más elevado, más difícil de entender, más sutil, y menos accesible á todas las inteligencias. El arte no se socializa, por el contrario, tiende á una aristocratización cada vez más evidente y creo que llegará un momento en que la influencia de la ciencia sobre él será tan fuerte y extensa que el arte será el privilegio de la aristocracia intelectual.

CLOTILDE GUILLEN.

VEN LIGERO Y OLVIDA...

Primaveral princesa de diez y seis abriles
¿Por qué hoy en tus labios las sonrisas sutiles
Como antes no florecen?
¿Por qué están tus mejillas purpurinas tan pálidas,
Y tus ojos azules de miradas escuálidas
Que han llorado parecen?

¿Qué tienes? Es que acaso la lágrima primera
Cayó al jardín de tu alma, que es una primavera,
Marchitando una flor?
¿Qué tienes? Hoy están pensativos tus ojos
Talvez hayas sabido de los incendios rojos
Voraces del amor.

Deja que el viento frío de las horas malditas
Desfloradas arranque tus frescas margaritas
Y rosas de ilusión.
Tienes simiente joven: siembra para el futuro:
No importa que la nieve de invierno prematuro
Caiga en tu corazón.

Ven ligero y olvida tus dolores tempranos,
Revive tus sonrisas, que los llantos son vanos
Y es preciso vivir;
Guardemos la alegría como la luz un astro,
Sigamos los consejos sabios de Zoroastro
Y sepamos reir.

Sonríe ante el destino y vive con la risa.
Que ella sea el incienso de tu diaria misa
Dulce y primaveral.
Primaveral y dulce como tu alma ungida.
Y olvídate del mundo y de la triste vida
Y del bien y del mal.

Ven ligero y olvida tus dolores tempranos,
Princesita romántica, juntemos nuestras manos.
Quiero besar tu sien,
Quiero marchar contigo, romántica princesa,
Para escanciar nepentes en tu boca de fresa:
Yo he llorado también.

Nemo A. Rojas.

NOTAS Y COMENTARIOS

El atentado contra "Salomé".

Conocida es la nota que un grupo de damas de nuestra alta sociedad, presentó el mes pasado á la empresa del teatro de la Opera, solicitando la no representación, por inmoral, de la *Salomé* de Ricardo Strauss, que, sin embargo, habían ya presenciado sin ruborizarse hipócritamente, los principales centros artísticos europeos.

Esta actitud de dichas damas no podría ser más censurable, tanto que, en verdad, extraña que no haya levantado un unánime grito de protesta, siquiera de parte de aquellos órganos de publicidad que pregonan de independientes y de cultos. Y esto lo decimos, porque, en el fondo, la mencionada nota no es otra cosa que una patente manifestación de la escasa cultura de nuestra sociedad.

Lo que en ninguna ciudad civilizada del orbe hubiera pasado sin una merecida rechifla, aquí se ha realizado tranquilamente, apenas con la oposición tibia de uno ó dos diarios, y con el apoyo tácito ó expreso de la mayoría.

Pero es que en Buenos Aires ya estamos curados de sustos.

Después del caso de la pobre *Iris*, que, por una desdichada ocurrencia de Miguel Cané, se vió puesta en el índice, le hemos dado el vergonzoso espectáculo á Eleonora Duse de prohibirle la representación de *La abadesa de Jouarre*, por no sabemos cuales necias inspiraciones clericales, y luego nos hemos visto en el trance de presenciar con las manos cruzadas la prédica idiota, llevada hasta desde el púlpito, contra los castos, los bellos desnudos que la Municipalidad creyó oportuno colocar en las plazas. Todos estos hechos son otras tantas pruebas inequívocas de nuestro colectivo achatamiento intelectual. Curados de sustos, pues.

Pero ¿hasta cuando durará este estado de cosas, esta absurda censura ejercida por la moral frailuna y los monjiles pudores de las viejas sobre todo espectáculo de arte?

No nos incumbe la defensa de *Salomé*: es una bella tragedia, digna del alto espíritu deOscar Wilde y cuya música íbamos á juzgar—que no necesita que nadie rompa lanzas en favor de su moralidad. La belleza lleva en sí misma su propia defensa.

Además sobre este particular se ha escrito ya lo bastante. ¡Con decir que fué representada en Nápoles con permiso del Arzobispo!....

Tampoco hemos de indignarnos con la empresa de la Opera, que no ha persistido en su prpósito de ponerla en escena, aunque fuera en función popular. Acaso haya convenido á sus intereses la pudibundez aldeana de sus abonadas.

Sólo no limitamos, pués, á consignar nuestra protesta por la ofensa inferida en nombre de una falsa moral contra el arte y contra la naturaleza de aquellos que nos sentimos ya lo bastante superiores y dueños de nuestros bajos instintos como para no temer que,—suprimida la hoja de parra—la visión de la belleza en toda su pura desnudez pueda inspirarnos lascivos deseos y hacernos incurrir en pecado.

La visita de Enrique Ferri.

Acaba de llegar á Buenos Aires este distinguido orador y hombre de ciencia que ya ha iniciado su serie de conferencias en nuestro teatro Odeón, contratado por uno de los más hábiles empresarios que actúa en esta plaza intelectual.

Esta llegada de Ferri, el *leader* de partido cuyos bellos gestos, derrotas ó triunfos, siempre ruidosos, nos ha transmitido el telégrafo día á día; el sociólogo de nota, el orador fogoso, el criminalista que ha abierto nuevos derroteros penales, nos obliga á darle la más calurosa bienvenida y á felicitarnos contemporáneamente de que Buenos Aires ya no sea sólo el bienquisto mercado de cueros y cereales de estas lejanas regiones—lejanas para Europa—de *South-America*, sino también la gran ciudad latina que despliega sus alas como para remontar el vuelo siempre más alto, y que es yá considerada por las más preclaras intelectualidades europeas, como merecedora de una visita. Pero.... Completo sería nuestro regocijo si Ferri hubiera venido espontáneamente, llevado por un natural deseo de visitar este interesante rincón del mundo, y no contratado á semejanza de un artista, para una *tournée* que en este caso es de conferencias, pero á la que no falta, y es natural que no falte, la *réclame*. Y si, bien predispuestos, admitimos que las condiciones de nuestra sociedad actual que todo lo mercantiliza, hacen naturales estos viajes bien remunerados, no por ello dejan de ser menos simpáticos.

¡Cuánto más grata fué para nosotros aquella visita que años atrás nos hiciera De Amicis, con aquella su familiar bonhomía!....

Ferri hablará de muchas cosas en el Odeón. Sus conferencias versarán sobre lo más distanciados tópicos, así científicos, como literarios, históricos ó de mera información novedosa

Eso también es de dudosa utilidad y de interés discutible. Nada dirá, en efecto, y sus primeras disertaciones lo demuestran, que ya no hayamos leído ó podamos leer en los libros más á mano, ó que, en el mejor de los casos, no haya dicho él en su vasta producción. Y para eso no necesitábamos—y menos el gran público que irá á escucharlo por snobismo—que él viniera de Italia. En definitiva, más podría interesarnos oir de sus labios un discurso partidista en cualquier reunión obrera que una conferencia distinguida ante un auditorio en guante blanco.

Por creer, pues, con plena convicción, que no es otro el objeto que le trae sino ese meramente utilitario que enunciamos, allí estriba nuestra oposición á felicitarnos de este viaje, tanto más cuanto no habiendo otra cosa que conveniencia debajo de estas amables visitas de los intelectuales europeos, ellas como es natural, en vez de halagar deben herir nuestro amor propio de pueblo que aunque jóven, tiene el justo orgullo de no abrir admirativamente la boca en todas las ocasiones.

"NOSOTROS" en Madrid.

Nuestro colaborador, el conocido escritor español, D. Francisco Acebal, director de *La Lectura* de Madrid, acogiendo con el más cordial compañerismo una proposición de la dirección de NOSOTROS, ha resuelto gustoso de esforzarse en colocar esta revista en el mercado de libros y difundirla entre los intelectuales de allá, empeñado con sus mejores deseos en establecer entre ambas publicaciones un lazo de verdadera amistad.

Nos anuncia también nuestro colega que *La Lectura* está próxima á crear una casa editorial, lo que contribuirá á afirmar y ampliar nuestras relaciones con ella, pues espontáneamente ofrece á NOSOTROS las mismas ventajas para sus suscritores que á los de *La Lectura*, y en primer término la adquisición de las obras que publicará dicha casa editora, con un 25 por ciento de rebaja en el precio.

A este empeño decidido del distinguido colega de establecer sólidos vínculos de amistad entre NOSOTROS y *La Lectura*, á sus desinteresados ofrecimientos y á su aplauso por la obra que NOSOTROS realiza, vaya de nuestra parte un "gracias" efusivo, sincero, partido de lo más hondo de nuestro corazón.

"NOSOTROS" en Cuba.

A las halagüeñas palabras de aliento que NOSOTROS recibe continuamente en cartas, diarios y revistas, así de Europa como de América, y que á menudo hemos transcripto con el único fin de dejar constancia del intercambio intelectual, lento pero

eficaz, que poco á poco va estableciéndose entre todos los intelectuales de habla latina. debemos unir en este número las que Julio Laurent Pagés, distinguido escritor cubano, director de la bella revista *América*, nos dedica en *El Diario Español* de la Habana, en su número del 4 de Mayo.

De las dos columnas en que nuestro colega se ocupa de *Nosotros*, analizando el texto de sus primeras ocho entregas, transcribiendo su *Presentación* en la primera y los nombres de sus redactores, entresacamos los párrafos siguientes que resumen el artículo del señor Laurent Pagés:

"Entre el sinnúmero de periódicos y revistas literarias y científicas que, á mi regreso de Europa, me he encontrado entre mi correspondencia, hay una recientemente fundada en la capital de la progresista República Argentina y que tiene por nombre el título de una novela inédita del notable literato Roberto J. Payró: *Nosotros*.

"En estos tiempos en que el cinematógrafo quita concurrencia al drama y á la ópera, en que la mayoría de los literatos jóvenes del continente son *poseurs*, en estos tiempos, repito, en que el noventa y nueve por ciento de los que se dedican á la literatura resultan al final detestables grafómanos, la aparición de una revista de las cualidades de *Nosotros* resulta un grito de protesta contra las costumbres de la época y un verdadero estímulo para los que, más aconsejados por el espíritu, se entregan con sincero entusiasmo al culto del Arte.

"La verdadera juventud literaria de América habrá visto con intensa alegría la aparición de *Nosotros*.

"Desde hace algún tiempo se notaba en el campo de nuestras letras un vacío que, aún á los más fanáticos y esperanzados, parecía difícil el que se llenase. Una verdadera revista literaria continental en la que la firma de todos los escritores, viejos ó jóvenes, de cada uno de los diferentes países hispano-americanos viesen sus trabajos al lado de los de sus colegas distantes, hermanados por un estrecho lazo cordial y sincero.

. . . . . .

"Por lo manifestado, una revista de las proporciones de *Nosotros* está llamada á ocupar uno de los puestos más prestigiosos en las letras americanas".

Al compañero que desde tan larga distancia, nos tiende afectuosamente la mano, nuestro más sincero agradecimiento.

Ernesto Mario Barreda

En nuestra constante intención de anotar en estas páginas todo esfuerzo, toda iniciativa que pueda significar, ó un progreso argentino en el campo intelectual, ó un estrechamiento de

vínculos espirituales entre este país y los demás de América ó la madre patria, debemos agregar al triunfo de Ricardo Rojas en el Ateneo de Madrid, de que hablamos en el número anterior, el de otro argentino, un poeta, Ernesto Mario Barreda, quien leyó últimamente en dicha institución, ante un numeroso y selecto auditorio, sus composiciones poéticas, bellas poesías en las cuales la corrección se hermana á la galanura, valiéndole á su autor el éxito más merecido.

Una vez más debemos, pues, felicitarnos y expresar además nuestra simpatía por el Ateneo de Madrid, que tan favorable acogida ha siempre dispensado á los buenos escritores de América.

Advertencia

La impresión de esta revista que equivale á la de un libro, por las mil dificultades que importa, le ha impedido aparecer esta vez en la fecha fijada.

Pedimos disculpa á nuestros lectores por este pequeño retraso sólo debido á imprevistas dificultades de impresión.

De los últimos libros recibidos, se ocupará Nosotros en el próximo número de Agosto.

Nosotros.

NOSOTROS

AÑO II — TOMO II

INDICE

A

Alberini Coriolano	El Amoralismo subjetivo	119 195
Aymerich Juan	Sonetos	133

B

Banchs Enrique J.	"De mi villorio"	322
" " "	Versos de este Otoño	390
Baroffio Bertolotti Ida	Cuando la mujer escribe	174
Bianchi Alfredo A.	"Los derechos de la salud"	87
" " "	Concurso Labardén	226
" " "	"Los Colegas"	223
B.	Miecio Horszowski (soneto) con retrato	112 bis
Blixen Samuel	Charlas de un montevideano	61
Bravo Mario	El regreso (versos)	178
Bunge Carlos Octavio	Florencio Sánchez	71
" " "	Hoyos, novelista español	169

C

Canata Julio S.	Mandolinata (versos)	207
Cancio Juan	¡Bravo Sánchez!	59
Cárbia Rómulo D.	"Santiago Liniers"	214
Costa Rubert Alfredo	Revista de Revistas	91 155

D

Della Costa (hijo) Pablo . Canto á María (versos) . . 138
Dellepiane Antonio. . . . La Filosofía Jurídica . . . 235
Díaz Romero Eugenio . . . Poniente trágico (versos) . 306
Doello Jurado Luis. . . . Florencio Sánchez. 81
Duprat Emilio. . . . . Información filosófica. . . . 309

E

Estrada (hijo) Angel de. . La góndola de María Antonieta (versos). 379

F

Fortún Fernando. . . . . Idilios (versos). 166
Friedrich Hans . . . . . "La Nave". 97

G

Gerchunoff Alberto. . . . "La casa de la Primavera". 142
Giménez Pastor Arturo. . Florencio Sánchez. 79
Giusti Roberto F. . . . . Letras argentinas. . . . 150 219
" " " . . . . . "El Imperio Jesuítico" . . 327
Guillén Clotilde . . . . . La Ciencia y el Arte. 398

I

Ingegnieros José . . . . . Sobre el Amor 384
Ipiña Luis. . . . . "Recuerdos de niñez y de mocedad" 320

L

La Dirección . . . . . Explicación. 5

M

Márques Sterling M. . . . Los versos de Fray Candil. 113
Más y Pi Juan . . . . . Juan Maragall 145
Mertens Federico S. . . . De mi vida. 312

Montero Bustamante Raul. La obra de Florencio Sánchez 74
Monteavaro Antonio . . . El hermano de Florencio. . 76

N

Nápoli Vita V. de . . . . En la frontera. 65
Nervo Amado. . . . . Los que ignoran que están muertos. 110
"Nosotros" . . . . . Notas y Comentarios. 94, 159, 220 . . . . . 333 406

R

Pardal Ambrosio . . . . . La labor de Sánchez 82
" " . . . . . De Amicis. 210
Pardo José . . . . . Prosas para Margot. 185
Pichardo Manuel S. . . . . Esta noche de Noviembre (versos) 118
Pinto Escalier Arturo . . . La dama inefable (versos). 193

R

Rojas Ricardo . . . . . El desnudo en el arte . . . 299
Rojas Nerio A. . . . . . Ven ligero y olvida. (versos) 405

S

Sánchez Florencio . . . . . Los derechos de la salud. (teatro). 7
Shérif Leonardo . . . . . Tarde de sol y de fatiga (versos). 167
Soussens Carlos de . . . . Cantique des Cantiques (versos). 108

T

Thespis. . . . . Los Colegas (teatro) . . 246. 337
Tobal Gastón Federico . . El diario de Lucy Ocampo. 184

U

Ugarte Manuel . . . . . Claro de Luna (versos) . . 298

V

Vaz Ferreira Carlos . . . . Reacciones. 161
Vedia Joaquín de . . . . . Florencio Sánchez. 69
Velasco Leopoldo . . . . . Semblanzas de la tierra (versos). 316

AP
63
N6
t.1-2

Nosotros

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY